

Elementos y paradigmas del desarrollo.

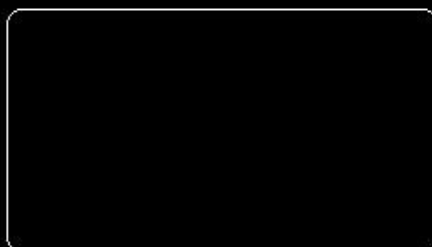


Alfredo A. Repetto Saieg.

Una vez más, la tarea urgente de nuestros países latinoamericanos es el crecimiento y el desarrollo a través de un régimen que esté a la altura de las circunstancias históricas en cuanto a los desafíos que implica, por sí mismo, la inclusión, el pleno empleo, el uso más racional de nuestros recursos y materias primas, la tecnología conveniente y las oportunidades de todos para mejorar nuestras condiciones y calidad de vida, de educación y de la salud. En este sentido, esta obra insiste en reivindicar el humanismo que se estructura bajo la lógica de la primacía del derecho a la vida como prioridad para construir regímenes políticos que trabajen a favor de ciertas políticas y elementos que son fundamentales en el proceso de lucha a favor de la primacía de las necesidades, siempre urgentes, de los trabajadores. Políticas públicas y elementos que tienen que ver con el cambio de paradigma porque precisamente trabajan en la defensa del trabajo, el desarrollo y el crecimiento. Por lo mismo, es necesario trabajar a favor del reconocimiento de los derechos de todos a través de la construcción de un régimen que reconozca las especificidades de los pueblos originarios a partir de un sistema político plurinacional e intercultural, la lucha por la soberanía alimentaria de nuestros pueblos, por una educación y una salud entendida como servicio público, la economía social como nuevo paradigma de desarrollo y la lucha contra las grandes transnacionales que controlan todos y cada uno de los bienes y servicios que son fundamentales para la defensa de la vida de las personas, es decir, que controlan la alimentación, a través de la propiedad oligopólica de las semillas y de los organismos genéticamente modificados, la salud, a través del control de las patentes de los medicamentos, y del trabajo o el salario de las personas a través del control de los mercados de la oferta, la demanda y la imposición de precios y condiciones en beneficio de sus propios intereses globales.

Contacto con el autor:

<http://teorianacionalypopular.blogspot.com/>



Elementos y paradigmas del desarrollo.

Alfredo A. Repetto Saieg.



Reconocimiento-No comercial-Compartir Igual 3.0 Unported

Autor de la obra: Alfredo Armando Repetto Saieg.

De acuerdo a esta licencia usted es libre de:

- *copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra*
 - *hacer obras derivadas*

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento - No comercial - Compartir igual: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial y las obras derivadas tienen que estar bajo los mismos términos de licencia que el trabajo original.

El texto legal completo de esta Licencia puede encontrarse al final de esta obra.

Índice:

Capítulo 1: Estrategias y alternativas políticas.....	10
La hegemonía neoliberal como antecedente de crisis.....	10
Los organismos de crédito y la regulación de las finanzas.....	18
Democracia, comunicación e información.....	28
Movimientos y actores políticos contra el sistema.....	35
El lenguaje del poder.....	42
Capítulo 2: Las dimensiones de las crisis del capitalismo.....	54
Presiones estructurales al sistema comercial globalizado.....	54
Los modelos de calidad institucional del régimen político.....	70
La creación del valor y la dictadura financiera- especulativa.....	80
Proteccionismo, planificación y relaciones de fuerza.....	88
Las nuevas tendencias globales a propósito de nuestro desarrollo.....	93
La inflación como proceso de disciplina social.....	99
Capítulo 3: Las crisis y las políticas de inclusión social.....	105
Representación y movilización: desafiando al neoliberalismo.....	105
Las políticas populares como eje de gestión.....	113
Eficiencia y solvencia del modelo nacional y popular.....	124
Soberanía y cambio político.....	128
El gobierno en la construcción de un régimen inclusivo.....	139
El desarrollo, el crecimiento y la deuda social.....	147
Capítulo 4: Desequilibrios y sustentabilidad del régimen político.....	153
Las tres negaciones del neoliberalismo.....	153
Hegemonía y contrahegemonía.....	164
La democracia, la igualdad y el autoritarismo.....	172
El reformismo, el dogmatismo y la variable de las crisis.....	183
Capítulo 5: Monetarismo, deuda, crisis, inflación y democracia.....	193
La deuda como problema estructural.....	193
El financiamiento del desarrollo.....	203
Las consecuencias de la crisis en la estructura política.....	211
La exclusión como opción y las alternativas de la democracia.....	218

Capítulo 6: Bases para un modelo de desarrollo.....	228
Las cuentas pendientes del crecimiento y desarrollo.....	228
La economía social como alternativa.....	237
Las políticas interculturales, plurinacionales y el reconocimiento.....	251
La batalla por la ley de medios de la democracia.....	262
Soberanía alimentaria.....	268
Capítulo 7: Desarrollo y bienestar.....	282
Nuevas formas de articulación del régimen político.....	282
La gobernabilidad, la gestión y las bases democráticas.....	289
Los valores democráticos en la lucha por el bienestar.....	295
Los desafíos del desarrollo.....	299
Epílogo.....	305
Referencias bibliográficas.....	314
Texto legal completo de la Licencia de esta obra.....	328

Capítulo 1: Estrategias y alternativas políticas.

La hegemonía neoliberal como antecedente de crisis.

A pesar de las crisis periódicas del Estado capitalista y sus dogmas, el análisis económico de los grupos neoliberales en relación a los costos y los beneficios de la regulación pública supone implícitamente que la alternativa a ésta es el *automatismo del mercado*. A su vez, éste supondría un mercado que es perfectamente competitivo, es decir, sin fricciones y sin los costos de transacción. Por eso, en la evaluación sobre la dicotomía entre regulación o desregulación habría que analizar la performance y la naturaleza de estos organismos e instituciones privadas que reemplazan la regulación pública y desde ahí evaluar el comportamiento de esas organizaciones en relación con la misma regulación y el comportamiento de los mercados involucrados. Por ejemplo, es necesario ver en que medida hay algunas inversiones en activos específicos, incertidumbre respecto a la demanda, costos futuros, contratos incompletos y relaciones de largo plazo entre los agentes económicos. En verdad, con solo algunos de esos factores que estén presentes es posible que aparezcan nuevas *estructuras privadas de gobierno no-mercantiles*, es decir, contratos de largo plazo que sean capaces de cubrir las tareas y necesidades antes en manos de la *regulación pública*. Lo que también es cierto es que surgen determinadas situaciones en las que la regulación y la coordinación no pueden resolverse a través de mecanismos mercantiles o no mercantiles. Acá es necesaria la intervención pública en la búsqueda de algún equilibrio y solución. En los sistemas económicos modernos definitivamente (donde la especificidad y la interdependencia es bastante compleja) las posibilidades de fallas y problemas de coordinación no son solo muy altas y probables sino que costosas para el conjunto de la sociedad. Por eso, no es posible seguir sacrificándonos en beneficio del automatismo del mercado porque finalmente este solo exacerba los problemas de los hombres. En ese sentido, es necesario buscar un equilibrio entre los mercados y la regulación pública basada en el pleno empleo de la fuerza de trabajo y de cada uno de nuestros recursos en general. Lo acepten o no algunos, el mercado es solo uno de los mecanismos de coordinación en los procesos de producción e intercambio de mercancías.

Las crisis nos demuestran en toda su crudeza la lógica de esta postura donde el mercado es solo un mecanismo más de regulación y coordinación y que necesariamente tiene que someterse a los designios y objetivos del bien común cuyo núcleo está en la primacía del derecho a la vida. A pesar de esto, los sectores neoliberales insisten todavía en el mercado como forma óptima de coordinación y de regulación de las actividades económicas en general.

Actividades económicas que ellos definen a partir de la interacción entre sujetos individuales y racionales que buscan alcanzar sus propios intereses particulares a menores costos y más beneficios. Ahí precisamente está la falla teórica de origen del neoliberalismo y de la ortodoxia económica en general: definen al mercado como interacción entre sujetos económicos autónomos que negocian de forma descentralizada para conseguir sus intereses. En esa definición, el mercado está en el limbo, es de otro mundo, uno ideal donde no existen los problemas, donde no se observan relaciones duraderas entre ofertantes y demandantes y el único propósito de los ajustes de mercado, en estas condiciones, es darle coherencia a una serie de medidas relacionadas con transacciones instantáneas. Es esta definición la que sustenta toda una serie de políticas que son reaccionarias y el núcleo del automatismo de los mercados, su ideología y religiosidad, mitos y fábulas. Es éste el núcleo del llamado Consenso de Washington que se basó en los mismos supuestos sobre las potencialidades de coordinación mercantil con ausencia de las estructuras públicas. En este sentido, la teoría neoliberal, como toda ideología política justifica, defiende y reivindica la naturaleza de las reformas estructurales. Sin embargo, en este caso en particular dice muy poco sobre el tránsito desde su aplicación (como falsa solución a la crisis del régimen de bienestar) hasta la concreción de efectos esperados por esas políticas y cambios estructurales. En el neoliberalismo, la liberalización comercial como la desregulación de los mercados de bienes está llamada a optimizar la asignación de los diversos factores y recursos pero, este proceso no tiene porqué ser de resolución inmediata. En el proceso de aplicación del neoliberalismo en nuestros países ni siquiera se discutió sobre la experiencia de esa transición ni dio pie para plantear algunas formulaciones sobre la viabilidad o no de los mercados como exclusivo regulador de la economía o sobre la secuencia de las reformas, o sea, cuándo y en qué circunstancias nuestros sistemas económicos tenían que abrirse y desregularse en relación a los nuevos dictados del neoliberalismo global. En cambio, la realidad nos mostró una y otra vez que el programa de desregulación y liberalización de los sistemas económicos no es sustentable en el largo plazo por las consecuencias implícitas del régimen neoliberal. A modo de ejemplo, éste no supera las restricciones externas y bajo ningún aspecto tiende a la resolución del tema del pleno empleo si no que es un régimen altamente excluyente por lo que deja de ser creíble. La cuestión es que en términos económicos si logra resolver el tema de la caída de la tasa media de ganancia del capital y en ese sentido- solo en ese sentido- se torna viable para los sectores de poder hegemónicos. Eso es suficiente para ellos.

El elemento clave para la instauración y la defensa del neoliberalismo es precisamente ése porque soluciona la crisis relacionada con la caída de la tasa media de ganancia y a partir de ahí logra reforzar otro elemento clave

para el nuevo régimen político: la credibilidad de los actores económicos en el sostenimiento de las nuevas reglas de juego y parámetros defendidos por los gobiernos de turno. Pero, el ajuste en nuestros países se da por recesión lo que implica una contracción de los mercados (incluido el del empleo) que conlleva exclusión, pobreza y marginación social. En otras palabras, cuando el ajuste se da por recesión tenemos que los costos directos de la producción de bienes y servicios caen (aumentando la tasa media de ganancia del capital que se apropia de una parte de los salarios de los trabajadores por esa vía) aumentando al mismo tiempo la productividad del trabajo y su difusión generalizada por todo el aparato productivo, que es la otra forma de bajar estos costos de producción vía mayor explotación y flexibilidad del trabajo. Se sigue la necesidad de regulación por parte del sector público porque, en el caso de la etapa neoliberal, de regulación y coordinación mercantil exclusiva, los cambios en la función y la lógica de la producción y en la estructura fabril, impactaron fuertemente sobre los niveles de empleo agravando los problemas sociales pero también los políticos, los comerciales y económicos al interior de nuestros regímenes políticos. En estas circunstancias, esos regímenes pierden legitimidad en relación a los modos más democráticos del ejercicio del poder pudiendo derivar tanto en regímenes populares como en formas diametralmente opuestas, altamente autoritarias y conservadoras del ejercicio de ese mismo poder que se circunscriben bajo los parámetros del populismo.

De ahí que el neoliberalismo siempre nos insiste en el diálogo bajo sus propios parámetros. Nos insiste en un falso consenso social que solo busca reivindicar sus formas y verdades para que no tengamos conciencia de su inherente prepotencia, autoritarismo y utopía. A pesar de que nos hable de la libertad de los mercados, de su desregulación, flexibilidad y de la utopía del automatismo, lo que nos esconde es que en todos los regímenes políticos hay trabajadores y capitalismo, hay beneficio y plusvalía y, por tanto, lucha de clases antes que consenso. Entonces, la estrategia de los trabajadores debe ser la del cambio en los términos del humanismo más trascendente, es decir, en mejores términos de calidad de vida. El ideal de los marxistas es claro: los trabajadores no se oponen en modo alguno a las medidas progresivas porque militan, por su propia condición en la estructura social, en el corto o en el mediano plazo (de acuerdo a la evolución de la conciencia de éstos) en favor del bien de las mayorías. Mientras tanto, las crisis nos muestran cómo el neoliberalismo no solo es incapaz de resolver la cuestión del desempleo sino que en primer lugar lo agrava a límites intolerables como nos lo muestra la experiencia de muchos países tanto los centrales como los de la periferia. Con crisis mediante, vemos cómo se suceden una infinidad de posibilidades relativas con la regulación de los mercados y que son lógicas y racionales. En

la práctica, existen varias maneras de coordinación de la actividad económica que define variables, opciones y medidas que quedan circunscritas en lo que conocemos como la política económica que estructura un régimen político. Una política económica que dependiendo del régimen al que nos dirigimos va desde el intercambio en el mercado clásico hasta la propia organización jerárquica y centralizada que es más rígida en cuanto a controles y objetivos. La falacia del libre mercado es que el neoliberalismo también cuenta con una política económica, con sus regulaciones. La gran falacia del neoliberalismo es el automatismo de los mercados porque éste jamás se autoreguló sino que más bien expresa, defiende y actúa en beneficio de determinados intereses relativos con la acumulación privada de los capitales y con la supremacía del derecho a la propiedad como derecho rector en la definición del régimen de producción y de las formas de distribución de bienes socialmente generados.

Lo que interesa acá son esas políticas y formas de coordinación y de regulación económica que buscan resolver las necesidades y urgencias de los trabajadores. Políticas públicas que nos desafían a buscar la mejor manera de coordinar las medidas aplicadas y que implican la presencia del régimen para lograr la mejor racionalidad de los asuntos de las mayorías. En ese contexto, la gestión de la agenda pública por parte de los trabajadores, a través de las organizaciones que los representan, es central. La regulación de la economía por los sectores populares es despliegue y desarrollo de democracia en su máxima expresión. Entonces tenemos que dejar de ver al sindicalismo como sector y empezar a verlo como un factor central en la lucha por el poder, por el control de la agenda de gobierno. Tenemos que asumir esa responsabilidad como trabajadores sin caer en lo corporativo, sin caer en los reclamos de lo sectorial. Tenemos que darle al trabajador la posibilidad de ver la totalidad, todo lo que está en juego en la definición y lógica de la política económica a la vez que acompaña sus reclamos sectoriales o de una negociación paritaria, pero mirando la totalidad, sabiendo que todos en realidad somos trabajadores y por eso lo más racional es defender los intereses de los sectores populares a partir de un proyecto político inclusivo que implica una política económica de regulación de las actividades de los mercados para trabajar en beneficio de los que vivimos de un jornal. La función de los dirigentes y sindicalistas es mostrar todo lo que el sindicato significa en la vida de los trabajadores, en la vida de la población cuyas funciones van mucho más allá del simple reclamo sectorial. Es tarea de los trabajadores generar las condiciones para que el pueblo pueda sentirse orgulloso del país en el que vive, esto es, pueda amarlo con argumentos consistentes. Cohesionar un país es el prólogo necesario para que colectivamente pueda llevarse adelante una noción de destino. Se trata de dejar atrás todas y cada una de las sentencias de los neoliberales respecto al libre mercado y sus necesidades. Se trata de plantear una política económica

acorde a una visión más democrática del régimen lo que no es una cuestión menor. De hecho, la tarea, que tiene consecuencias que trascienden nuestras vidas y que inciden en la política económica, es titánica, más todavía cuando venimos de varias décadas en las que florecieron expresiones fuertemente fundamentalistas del Estado capitalista bajo la égida del régimen neoliberal. Por fin, la creación de un clima de época en el que prevalezca una política económica que regule los mercados en beneficio de las urgencias de las mayorías no es resultado del hallazgo fortuito sino que es el producto de la voluntad, de la lectura feliz del contexto histórico, del propósito de sumar a las grandes mayorías nacionales en un régimen de inclusión social y, en primer lugar, de la gestión democrática de la agenda pública por parte de los trabajadores que desde siempre son los protagonistas de la cultura popular.

Si consideramos los efectos de las continuas crisis a las que nos tiene acostumbrado el Estado capitalista y sus dogmas, vemos que son pocas las oportunidades en que la historia del Estado capitalista de producción y de distribución, tanto en sus aspectos económicos y comerciales, nos muestra grandes cambios en las tendencias políticas, del poder y comerciales a nivel global y que son cada vez más drásticas y en tiempos políticos cada vez más acotados. En estas circunstancias, las formas de reaccionar de esos grupos de intereses que están más comprometidos con el capitalismo es la de intentar reforzar y reasumir la lógica inherente de sus formas de dominio. De todas maneras, en la medida en que las consecuencias de las crisis son cada vez más graves, se vuelve más grande el desafío de estos sectores para poder defender la racionalidad de sus verdades. De hecho, si hasta no hace mucho el sistema comercial global acuñaba algunos logros nada despreciables como un crecimiento sostenido en términos comerciales en todas las regiones de la aldea global, por otro lado y en la generalidad de los casos, ese crecimiento no se tradujo en una mejora de la calidad de vida de los trabajadores. Esa es la más importante crítica que es posible contra las razones del neoliberalismo porque los índices de crecimiento económico, una buena performance de las políticas macroeconómicas (...) no necesariamente implican una mejora real y sustancial de la calidad de vida y expectativas del trabajador. Teniendo en cuenta este hecho, tanto en las zonas centrales del poder como en los países menos desarrollados, los beneficios comerciales y económicos no eran para nada menores. Importantes países de Latinoamérica se beneficiaron de una suba en el valor de las materias primas y recursos energéticos y, dependiendo del régimen imperante en cada uno de ellos, los trabajadores se benefician o no a través de una distribución de la riqueza y de los recursos generados. Pero, cuando las economías más importantes, esas que controlan los centros del poder de decisión del sistema comercial global entran en recesión, en una crisis derivada de la acumulación privada del capital, la situación siempre

termina perjudicando a los trabajadores. El Estado capitalista en los países centrales se mostraba aceptable en términos de bienestar social y seguridad laboral de los trabajadores pero el crecimiento de la economía, en especial en Estados Unidos, se relaciona más con la especulación, con los desequilibrios tanto externos como internos, con el consumo artificial e inclusive con el gasto fiscal (incluyendo por cierto los gastos militares bastante excesivos en términos económicos) antes que en el crecimiento de la economía real, la de la producción de bienes tangibles. El problema es que el sueldo real de los trabajadores, en ese contexto, tiene un crecimiento menos importante, más lento y decreciente; esto se exagera por la falta de una cultura política del trabajador en relación con el ahorro pero también con la resistencia, con la conciencia y el poder. El *consumo* se financia en su mayor parte a través del endeudamiento del pueblo. Además, este proceso de falta de un crecimiento real del jornal de los trabajadores, nos muestra un proceso cada vez mayor de concentración de la riqueza. Una concentración de la riqueza y la propiedad que una vez más favorece a los dueños del capital. La política económica está así al servicio de éstos, de sus logias e intereses. En otras palabras, la única forma posible de expandir el gasto del trabajador, el consumo interno, es a través del endeudamiento progresivo y constante en el tiempo. No a través de una renovación de la industria o a partir del ahorro interno ni la creación de nuevos empleos, sino a través del endeudamiento cada vez más importante en términos de desarrollo.

Lo que nos revelan las crisis del Estado capitalista es que detrás del sueño de los sectores neoliberales, es decir, del consumo por el consumo y la especulación desenfrenada de todo tipo de productos y artículos, se incuba un escenario dantesco que, si bien en apariencia puede ser apacible y apetecible, produce una gran burbuja financiera y especulativa que termina estallando en perjuicio, una vez más, de las mayorías nacionales, en perjuicio de todos esos que viven de un salario. En perjuicio de los trabajadores como clase social a nivel global inclusive. Lo que más asombra de las crisis del neoliberalismo es que sus consecuencias pueden evitarse si no fuera por la falta de control y regulación de las operaciones financieras, si no se aplicaran de manera tan fanática los preceptos del automatismo de los mercados. ¿Cómo es posible, entonces, que regímenes económicos nacionales más o menos desarrollados, pujantes si se quiere, que parecen tan sólidos, sanos, robustos y poderosos se vengán abajo como si nada en momentos de crisis? ¿Cómo es posible que el sistema comercial globalizado se derrumbe a la vista de todos ante el menor incidio de crisis? La respuesta es simple: se viene abajo por la hegemonía absoluta del capitalismo financiero y especulativo, es decir, el neoliberalismo que por propia lógica milita contra la economía productiva. El problema es que la economía productiva- mucho más tangible y real- es la crea empleos,

es la que incluye, produce el ahorro y el desarrollo dadas ciertas condiciones en materia económica y decisiones políticas. Las crisis se producen por el dominio absoluto del neoliberalismo militante, es decir, por los niveles de desregulación a que nos llevó el dogma absoluto y autoritario de la libertad de los mercados financieros y especulativos. Con sus evaluaciones sesgadas, limitadas e irracionales, las consultoras y calificadoras de riesgos, que en teoría presentan juicios de valor respecto a la orientación para los potenciales inversores, se convierten en responsables directos de las crisis porque son ellos los que alimentan las burbujas financieras y especulativas a través de esos métodos. Detrás de esas acciones y dogmas de los tecnócratas, detrás de su omnipotencia y de su soberbia, de sus maniobras reaccionarias sin ningún límite, inescrupulosas y autoritarias que predicán a favor de la especulación, simplemente está ese fundamentalismo que nos conduce al automatismo del mercado. Está, detrás de esto, su supuesta racionalidad y su libertad. Esto es importante porque detrás de los grandes bancos, detrás de los especuladores y financistas, hay una ideología pero también hay empleos, personas, vidas, proyectos, trabajadores y ejecutivos. A través de este método especulativo, de pretensiones racionales, fueron tomadas las decisiones que derivan en las crisis. A los tecnócratas, esos que juegan y bailotean con nuestros recursos, con nuestros sueños y formas de vida, no son leales porque bajo ningún aspecto le deben lealtad al gobierno, a las instituciones democráticas, a las organizaciones civiles ni mucho menos a los trabajadores. Estos tecnócratas no le deben lealtad siquiera a las empresas, a las grandes transnacionales que los contratan. En sus decisiones no tienen en cuenta el bien común porque no les importan las consecuencias a largo plazo de sus acciones, maniobras y decisiones altamente parciales e ideologizadas. Esa misma ideología, fanática e irracional, los vuelve inmunes ante el sufrimiento de la población. Por eso, a pesar de las consecuencias de las crisis en la vida de los trabajadores de los países menos desarrollados pero también de los centrales, se hace caso omiso de las graves consecuencias de esas experiencias.

Lo que importa es solo la estabilización del sistema comercial global. Se hace caso omiso de los problemas del desarrollo, de la moralidad o falta de ésta por parte de la economía. Aún hoy no se han tratado en su debida profundidad temas centrales como los relacionados con las formas políticas que tiene que contener régimen para satisfacer las necesidades y aspiraciones de la mayoría. No es parte de la agenda pública, tanto a nivel nacional como global, temas como los de la responsabilidad social de los grandes dirigentes, de los tecnócratas, las responsabilidades sociales de las empresas en relación con la creación de empleo, en relación a su poder en cuanto formadores de precios, la protección de los empleos, la protección social y la inclusión, la equidad e igualdad en el acceso a las oportunidades, los beneficios, la ética,

la moral y la solidaridad entre los hombres. En cambio, nos siguen hablando de políticas de desregulación, apertura, de liberalización, del automatismo de los mercados, de la libertad y la razón o no de éste. Siguen recomendando las mismas recetas de contracción del consumo, de ajustes, enfriamiento de la economía, de los verbos y la gramática de la reacción a la que estamos ya tan acostumbrados los países latinoamericanos.

Por su parte, los regímenes nacionales y populares apuestan todos sus recursos a una visión del desarrollo basada en nuestros mercados internos, en la inclusión e integración entre los pueblos. El humanismo es la estrategia válida que, respetando la cultura y las especificidades de cada país, intenta abrirse camino por doquier. No significa respetar las estructuras del régimen si no que a través de la toma del poder de decisión por los trabajadores esas estructuras tienen que ser violentadas en beneficio de un sentido común de defensa de los intereses de la mayoría en todos los ámbitos colectivos en que estos intereses se expresen y manifiesten. La única manera de lograr una real (*r*)evolución permanente, nacional y popular pero también global bajo los términos trotskistas, es a través de la participación de los trabajadores en la profundización de los cambios necesarios en esa eventual nueva realidad. Los problemas socialmente dignos de resolución son esos que afectan a la mayoría y por lo mismo sus posibles resoluciones deben reconsiderar los intereses de éstas a través de la movilización en todos los ámbitos en que se expresa la lucha por la primacía. Entonces, ¿cuáles son las rutas a recorrer en los procesos de cambio y de formación de las alternativas que nos ayuden a vivir en mejores condiciones materiales y espirituales?

Lo que habría que hacer en el campo de los regímenes populares, en beneficio del cambio con miras al bien de las mayorías, es buscar un mínimo equilibrio entre las conquistas de los trabajadores, las estrategias históricas de la izquierda y al mismo tiempo ser capaces de llegar a los sectores productivos urbanos y rurales. Trabajadores somos todos y así la formación de un gran conglomerado político que sea representativo de esos intereses es prioritaria. Es lo que se conoce como la gran formación de una gran liga de trabajadores y organizaciones que se movilicen en los procesos de cambios. Es la tarea primera del reformismo político como opción válida de cambio. Es la formación de un gran conglomerado político- ideológico y estratégico de las mayorías que le dispute el sentido común a los sectores de derecha, históricamente conservadores y reaccionarios. En un primer momento, no se trata de plantear políticas como la de la redistribución de la riqueza desde posiciones clasistas sino que es necesario hacer estos planteamientos desde una perspectiva de humanización de las relaciones entre los hombres y de la

dignidad de los trabajadores como precondition para una sana convivencia, para la paz social y desde ahí para una mayor seguridad de las personas.¹

Es necesario responsabilizarnos de todos nuestros errores para pelearle a la derecha política, en cada una de sus versiones y en todas las regiones del mundo, el sentido común del que se apropió ya que la *radicalización política* solamente es posible en la medida en que seamos capaces de arrebatarle a los sectores reaccionarios ese mismo sentido común y así crear nuestra mayoría. Entonces, la radicalización política se hace camino al andar en la medida en que los trabajadores sean protagonistas, en la forma en que por diversos canales de participación, que incluyen organizaciones gubernamentales, sean éstos capaces de hacerse con las estructuras de los centros de poder y de decisiones que afectan al régimen político. El arte de lo posible y de dominio de los trabajadores, y de las respectivas organizaciones que los representan, a través de esas múltiples organizaciones que ahondan en la participación y en la movilización de la mayoría, de lo popular, contiene todas las actividades, de sentidos y de estrategias en cualquier ámbito. En conclusión, el arte de lo posible y de dominio contiene múltiples actividades ideológicas, estrategias políticas y decisiones económicas que incentivan procesos de integración y de inclusión.

Los organismos de crédito y la regulación de las finanzas.

En un principio, el Fondo fue exclusivamente pensado como garante de última instancia de la estabilidad del sistema monetario internacional organizado tras el fin de la segunda gran guerra mundial. Este objetivo se desglosó en dos tipos de funciones del organismo de crédito internacional. En primer lugar, debía velar por la estabilidad de todo el sistema financiero garantizando la cooperación monetaria para impedir las devaluaciones competitivas y, en segundo lugar, debía asegurar la liquidez internacional del sistema comercial de posguerra prestando fondos a los países miembros que registraran un temporal desequilibrio de sus balanzas de pago. Un segundo momento en la historia de este organismo se produce a partir de Agosto del '71 cuando los Estados Unidos unilateralmente pondrán fin a la conversión del dólar en oro aboliendo de hecho ese sistema de convertibilidad. A partir de entonces el Fondo se dedicó a supervisar reglas y normas que eran casi inexistentes. Su tercer, su nuevo momento histórico, vino de la mano del desarrollo de la crisis de la deuda externa en las tierras del sur. Esta, la crisis de la deuda en Latinoamérica que provocará fundamentalmente la cesación

¹ La educación y la salud, el trabajo digno y la inclusión de las mayorías son las principales medidas y políticas de seguridad y no las reformas penales que bordean la prepotencia y refuerzan la lógica de los amigos y los enemigos.

de pagos en numerosos países de la región a partir de 1982, será también responsabilidad del Fondo porque, sin deslindar las responsabilidades de los propios gobiernos mayoritariamente dictatoriales en esa época, a partir de ese segundo momento, del fin de la convertibilidad del dólar en reservas de oro y durante unas dos décadas, éste prestó dinero a muchos países que ven crecer sus deudas de manera desmesurada. Así, endeudados, en crisis, vegetando en una década perdida nuestras tierras hipotecarán su desarrollo, la posibilidad de implementar un proyecto consensuado por las mayorías a cambio de nuevos préstamos que, esta vez, profundizarán las condiciones cada vez más humillantes para acceder a esos nuevos empréstitos. Esas condiciones serán humillantes en el sentido de que no solo profundizarán nuestros problemas, profundizarán la brecha social y de distribución de la riqueza sino porque además prescinden de la soberanía y del poder de decisión de nuestros pueblos. El momento de crisis de la deuda en Latinoamérica es clave porque a partir de ahora el Fondo logrará dar créditos a cambio de planes de ajuste estructurales que buscaron imponer el neoliberalismo como característica del nuevo régimen político. Las reglas, así mediatizadas, del sistema comercial global nos impondrá desde ahora un proyecto político altamente excluyente y de profundo costo. En este tercer momento de gloria, el Fondo simplemente se convertirá en el gran gendarme, en el defensor de las políticas y medidas adoptadas por el *Consenso de Washington*. La nueva situación así adoptada, la desregulación financiera, la liberalización de los intercambios comerciales acompañada de altos tipos de intereses, se mostró como un método casi infalible en la destrucción de empleos, en la extensión de la cesantía y de la exclusión a costa de los trabajadores. En el régimen neoliberal son ellos la variable de ajuste, desde siempre. Por ejemplo, la reorientación estructural del sistema productivo típico del régimen benefactor a uno de lineamientos neoliberales, centrado en la apertura económica, en la desregulación y en la liberalización comercial (...) condujo al cierre de miles de empresas en cada uno de nuestros países, en las economías más grandes como de Argentina o Brasil, en algunas intermedias como Colombia o Chile y en las más pequeñas como Costa Rica o Uruguay.

Por otro lado, la austeridad fiscal e incluso políticas tan inviables y utópicas como las del déficit cero aplicadas en un contexto de retroceso de las conquistas de los trabajadores, significaron un aumento, más allá de toda lógica, del desempleo, la marginación, de la quita del poder adquisitivo de las jubilaciones y hasta la consecuente ruptura del pacto social que fundaba la gobernabilidad democrática. Debido a este tipo de consecuencias sociales y políticas, por las consecuencias económicas, de exclusión, de crecimiento de la marginación, del arraigo de la pobreza estructural en regiones como el Asia, en Latinoamérica, en Europa y Estados Unidos, en el África negra, y

por la propia crisis desatada desde los países centrales, fue asestado un duro golpe contra las políticas neoliberales y sus instituciones financieras globales como el Fondo o el Banco Mundial. La pérdida de credibilidad del Fondo obligó a un necesario cuestionamiento de sus prácticas financieras y de las condicionantes aplicadas a los países menos desarrollados para que éstos pudieran ser merecedores de préstamos de estos mismos organismos. Pero, a finales del siglo anterior las cosas empezaron a cambiar por lo menos en las intenciones. Se anunció una nueva arquitectura financiera a nivel global y tiempo después se anuncia la adopción de otro consenso. Mientras tanto, los países latinoamericanos aprovecharon esa otra coyuntura comercial global de alza de la cotización de los commodities, de las materias primas y la baja de los tipos de intereses, para acumular reservas de cambio. Ejemplos fueron Argentina y Brasil en el 2006 que, junto con Tailandia, fueron pioneros en una larga lista de países que reembolsaron de manera anticipada la totalidad de sus deudas. Esta vez, el Fondo sin sus principales clientes, perdió parte considerable de sus ingresos, además vio caer no solo sus créditos sino que su propio prestigio ante los ciudadanos y los gobiernos de esos países que consideraron con razón las directivas y políticas del FMI como directamente responsables de las crisis. El 2008, con la venida de la crisis desde los países centrales, desde los centros de poder del sistema comercial globalizado, nos mostró un FMI sin los suficientes recursos para hacer frente a la demanda de préstamos de ciertos países que habrían quedado fuertemente expuestos por la caída de la especulación financiera y de la tasa de ganancia del sistema como globalidad. Países como Rumania, Turquía o Ucrania tuvieron que recurrir al Fondo para salvar la situación económica derivada de esa crisis. Acá comienza un cuarto momento del Fondo donde reivindicará las viejas prácticas sin cambiar en demasía su fachada porque, en esta misma reunión, se decidió una reforma más que timorata, cobarde y discreta de la lógica y las estructuras del Fondo. Lo trascendente es que no se progresó en lo referente a las formas en que los nuevos préstamos del organismo de crédito son entregados a los países en emergencia. Las condiciones subsistieron y la exigencia de nuevos ajustes estructurales no desaparecieron. Las condiciones y las exigencias de cambios a una profundización de la lógica neoliberal sobrevivieron. Esas políticas del pasado, que tanto daño causaron en nuestras tierras, persistieron y así éstas están lejos de desaparecer. Sus créditos continúan vinculándose con la adopción de políticas procíclicas relacionadas con el alza de los tipos de interés, el congelamiento de los salarios o con la reducción del gasto público y de la utopía del déficit cero. Se presenta otra fachada con las mismas viejas prácticas y vicios. Esto nos muestra que el neoliberalismo y su automatismo del mercado persisten, aún gozan de buena salud en el campo académico, en las ideologías y en muchas de las prácticas

políticas de una infinidad de regímenes políticos nacionales como también en las estructuras del sistema comercial globalizado. Entonces, la derecha y su neoliberalismo aún existe. Persisten esos que defienden a los monopolios, los que buscan el déficit cero, esos que recortan becas a los estudiantes y que descalifican como populismo los intentos de nuestros pueblos por lograr una habitación mejor. Persisten esos que deciden ayudar a las transnacionales y bancos mientras dejan que los trabajadores sobrevivan como puedan.

Lo que nos muestran estas crisis globales es que la ideología persiste, nos muestra también que detrás de las ideologías encontramos determinadas formas y maneras de organización de los regímenes políticos y determinadas políticas que buscan la resolución a los problemas de nuestras sociedades. Las crisis nos muestra que es necesario presentar ante el público el ejercicio, a veces arduo, de animarnos a entrar y buscar en otra realidad, en un mundo en que ya no será posible militar a favor de la mediocridad de los estilos de lucha. Las crisis nos muestra que el neoliberalismo está acabado pero, como reptiles, continúan al acecho de sus víctimas negociando en cada mesa las formas de seguir defendiendo e imponiendo sus propios intereses. Las crisis nos muestra como ellos van como profetas, como traficantes y mercaderes, tras cada uno de los derechos de los hombres. Las crisis nos demuestra que las ideologías existen y persisten, unas son más justas o más desiguales, más racionales o irracionales conforme se ubiquen más a la izquierda, más a la derecha. El neoliberalismo se defiende, persiste y conspira contra el bienestar del trabajador. El neoliberalismo continúa imponiendo, a través de diversos organismos de crédito globales, condiciones presupuestarias y monetarias tan restrictivas como en el pasado reciente. El esquema no experimentó cambio alguno porque- como contrapartida al salvataje de los sistemas bancarios de los países afectados por las crisis- se imponen políticas públicas restrictivas, de austeridad y de saneamiento que en primera afectaron a los trabajadores. La profundidad de las crisis desatada en los centros del poder económico también nos mostró el núcleo de injusticia que impune subyace en los centros neurálgicos del poder de decisión en el ámbito del sistema comercial global. Nos mostró que este sistema comercial global no responde, sin embargo, a la naturaleza de las cosas, de los hombres y desde allí a una posible eternidad inmodificable de los preceptos y teorías dominantes. Se visualiza, además, el poder de las corporaciones económicas en los ámbitos globales pero también nacionales y local. Esas corporaciones y poder económico, que han militado constante e históricamente contra los proyectos democráticos e inclusivos, continúan ejerciendo poder y múltiples formas de presión.

¿Alguien olvida acaso el 24 de marzo de 1976 en Argentina o el 11 de septiembre de 1973 en el Chile de la Unidad Popular? ¿Alguien olvida lo que significaron las dictaduras que nos gobernaron a partir de sus oprobios?

¿Olvida alguien la prepotencia de Strossner, de Videla o Pinochet? ¿Olvida alguien lo que significó para los gobiernos democráticos de Argentina y Perú la oposición de esos mismos poderes que desataron procesos inflacionarios inmediatamente después de recuperada la democracia formal? Es por eso que no dejan de ser relevantes las formas y maneras en que estas corporaciones aún hoy intentan presionar a los gobiernos de nuestra región. Las crisis nos muestra que los grupos y las corporaciones económicas nacionales, pero en especial las de tipo globales, no son democráticas porque actúan en beneficio exclusivo de sus intereses y lo hacen muchas veces apropiándose del sentido común, constituyendo sus discursos a través de corporaciones mediáticas que así intentan moldear la opinión pública. La crisis nos muestra que para esas corporaciones, el régimen democrático es una mera formalidad, apenas cierto dispositivo que no tiene relación con las reivindicaciones de igualdad en beneficio del trabajador. Nos muestra que los regímenes populares representa para ellos un gran peligro que definitivamente hay que neutralizar. Pero, además, las crisis nos demuestra que el neoliberalismo carece de propuestas reales y racionales. No cuenta, en verdad, con el diseño de políticas públicas y medidas generales, concretas y viables para superar la crisis, la exclusión o la baja de la tasa media de ganancia sino a través de la esclavitud de las mayorías nacionales. Esto no quiere decir que no tengan un programa. De hecho, el programa se basa en un retorno a las reformas estructurales de los '90. A su vez, los gobiernos populares se presentan ante la ciudadanía con la claridad de un proyecto de inclusión y movilización de los trabajadores en todos los ámbitos. Los dos modelos en pugna no son nuevos. Uno es el neoliberal, que es auspiciado por la derecha criolla y sustentado política e ideológicamente por la defensa de la arquitectura financiera global y sus corporaciones. El otro es el proyecto radical que busca satisfacerlos a todos. Como parte de estas pugnas, encontramos a los actores políticos que dan sentido al régimen de ayer y de hoy. Me refiero no solo a las principales fuerzas políticas sino también a todos esos actores que gravitaron en nuestra historia como los diversos gobiernos, la burocracia y las fuerzas armadas, los medios de comunicación, sindicatos, las múltiples organizaciones civiles, de base y corporaciones económicas entre tantos otros. No es necesario tampoco un gran esfuerzo intelectual para vislumbrar como el neoliberalismo bajo la apariencia inocua de los temas económicos teóricos y técnicos, encubre ese giro sustancial para la negación brutal de la soberanía de los pueblos y una vuelta a las diversas estrategias relacionadas con el endeudamiento externo. Se busca volver al Fondo porque las tasas de interés serían más bajas pero omiten la cuestión de las condicionalidades, de la hipoteca de una política económica soberana, popular. Es grave la situación política para justificar la inocencia política. Antes, hay que denunciar, batallar, profundizar y acelerar

positivamente todas esas políticas que impactan en la defensa del trabajo y del derecho inalienable de la vida de todos. La dignidad de los trabajadores o la de los excluidos, de los pobres estructurales que no tienen posibilidad real de una ocupación o de un proyecto de vida, no puede ser una cuestión de menor cuantía en esta realidad. No puede ser negociable bajo ningún aspecto. La realidad crítica es la que intenta desembarazarse de las consecuencias de las crisis del régimen neoliberal. Y a pesar de que seguimos escuchando que la democracia como mejor forma de vida está en deuda con la redistribución de la riqueza, al mismo tiempo, poco hacemos para movilizar los recursos que salden esa gran deuda. Estamos en deuda porque la equidad no tiene posibilidad alguna sin una participación justa. La no resolución de estas disyuntivas es simplemente una ofensa, un mensaje de lo que realmente están dispuesto a hacer los sectores gobernantes. Precisamente, temas como las formas de implementar, de defender y de priorizar una mejor redistribución de la riqueza para el goce de las mayorías, la lucha contra la concentración económica y de la propiedad o la justicia en las relaciones laborales, son todas cuestiones que buscan radicalizar y profundizar la lucha contra la lógica y las estructuras del reordenamiento neoliberal. Frente a esto, la indiferencia y ceguera de los reformistas no es buena consejera porque son tiempos de disputa, de acción y de reacción. Siempre han sido tiempos de disputa y lucha de clases pero, en esta realidad, esas acciones recrudecen, son más violentas. Estamos en la época de nuevos actores y movimientos, de los diversos estamentos de cada uno de nuestros gobiernos, de sindicatos y del marco de la cultura popular en cada variante. De ahí que de la participación, compromiso y movilización de los trabajadores depende todo. El humanismo y su futuro están.

La derecha neoliberal está presente. Tienen mucho poder aún en esta realidad que es muy crítica. Sin embargo, una vez más lograron racionalizar sus supuestas resoluciones frente a las continuas crisis que los desbordan. Ellos continúan recurriendo a la persistencia política de sus simbolismos, a sus sentidos metafóricos y sobre todo a una falsa objetividad que pretende organizar su régimen político y su Estado. Se valen para esto de sus sistemas jurídicos y de las leyes creadas por su imperio de la razón, por múltiples elementos no racionales y por una falta absoluta de un proyecto político que conduzca a las grandes mayorías a estados mejores de la humanidad. Los efectos devastadores de las crisis financieras, especulativas, de la crisis de la economía más real que nos ocupa, todavía parecen no haber alcanzado una masa crítica que conduzca a reordenamientos estructurales, de sentido más profundos en el sistema de las finanzas, en el propio orden defendido por el sistema comercial global. El pragmatismo, el racionalismo, la persistencia de ciertos elementos ideológicos de defensa de los intereses del neoliberalismo

global siguen incólumes. Revolotean en las conciencias de miles y millones. Entonces, ¿podría afirmarse que debido a las medidas de protección y de ayuda a las entidades financieras, al fuerte respaldo que los países más poderosos siempre están dispuestos a ofrecer al FMI, forman las bases de un sistema comercial global que busca otras maneras de acción, que intenta terminar con las irracionalidades de los neoliberales? Esto no es así. En realidad, todas las evidencias nos llevan a responder de manera negativa. La regulación política del Estado capitalista y los límites a la liberalización de las finanzas, comprendidas éstas como parte de un proyecto mayor de redistribución de la riqueza para hacer real esas premisas de igualdad de oportunidades, nos dicen que se requiere más que simples declaraciones o políticas de compromiso para superar una coyuntura crítica. Por eso, todos los que imaginaron que los compromisos de los centros globales de poder en momentos de crisis se presentarían como una oportunidad histórica para avanzar en otra arquitectura financiera, en otras políticas de regulación de la especulación, se equivocaron. Bajo ningún aspecto se plantean medidas concretas de reformulación de los organismos financieros globales ni mucho menos se critica a las entidades directivas que controlan los centros del poder global a través de mecanismos surgidos del propio neoliberalismo dominante que, entonces, se convierten en cómplice de la liberalización, desregulación y de la continua miseria y exclusión de millones de trabajadores. No son criticadas estas entidades, que son las directas responsables de las crisis del capitalismo que también afectan los índices de empleo, del consumo del trabajador, la salud, la educación y sus expectativas de vida. Volvemos siempre a lo mismo, es decir, a las múltiples condicionalidades del Fondo, a la pérdida de soberanía que implica además aspectos económicos y también estratégicos. Las principales razones que nos invitan a no creer demasiado en la voluntad reformadora de los dominantes son las siguientes:

- a) En primer lugar, los diversos actores involucrados, los centros del poder de los países centrales y sus transnacionales, los organismos de crédito internacionales, la estructura financiera, económica y política, la estructura de poder a nivel del sistema comercial globalizado, a través de sus leyes que, mediatización mediante son defendidas por los países en vías de desarrollo y hasta los subdesarrollados, no están dispuestos a ceder en sus intereses ni siquiera frente a los efectos devastadores de las crisis sobre los trabajadores.
- b) En segundo lugar, por lo anterior, tampoco estos actores son capaces de presentar un frente común de acción que involucre

en la práctica la adopción de medidas de bienestar para la calidad de vida de los trabajadores.

- c) Finalmente, los problemas y las consecuencias de las diversas crisis a las que nos tiene acostumbrado el capitalismo, que con la imposición del neoliberalismo siempre son generadas por la especulación y la desregulación defendida e implementada por estos mismos actores globales a través de diversas formas de coaptación ideológica, económica y cultural, nos muestra que las soluciones planteadas y la propia definición de las causas y síntomas de las crisis son de inspiración neoliberal. Por eso, los diagnósticos y posibles soluciones a las crisis en todo momento son abordadas colocando el acento en la gestión de riesgos. Las resoluciones entonces se relacionan con la exigencia de mayor transparencia o de una desregulación más prudente, es decir, desde una visión de supervisión que no considera las causas reales de las crisis del capitalismo.

El problema es que el surgir de las situaciones de crisis continuas del capitalismo, crítica a nivel global, nos muestra muy claramente que la más peligrosa característica del proceso de globalización es precisamente la timba financiera y que nadie está exento de sus consecuencias. En el surgimiento del proceso de globalización financiera, característica distintiva del sistema comercial bajo las premisas e intereses neoliberales, los diversos actores y agentes económicos y políticos privados junto con los mercados financieros logran imponer sus propios intereses particulares frente a los intereses más inclusivos, los de la mayoría. Consecuentemente con ello, no se desarrollan en paralelo las instituciones y organizaciones globales de control, supervisión y regulación de intereses, ni tampoco mecanismos de provisión de liquidez similares a los existentes en los sistemas financieros nacionales. Esto a la larga repercute en la falta de gallardía y coraje para implementar medidas efectivas que logren neutralizar, dentro de lo que es posible, el desarrollo de las consecuencias más nefastas de lo que es una situación crítica. Lo central a considerar es que la globalización financiera implica que ciertos mecanismos de las crisis, de transmisión de sus efectos, operan a través de la frontera porque todas las carteras financieras de los agentes están diversificadas globalmente de manera que las pérdidas sufridas por alguno de sus activos en determinada zona repercuten en otros regímenes nacionales. Así, son los trabajadores de nuestros países los que sufren las consecuencias, quienes en fin terminan pagando los costos de las crisis. Costos cada vez más elevados. En otras palabras, hay agentes financieros que desarrollan sus negocios en muchas áreas de la aldea global y esto afecta inexorablemente las conductas

y la situación de sus filiales en esos otros países. Y aunque se pongan en práctica ciertas políticas públicas, fuertes medidas de coordinación y de alcance global para regular y regularizar el sistema financiero, las medidas y políticas anticrisis son finalmente decididas y aplicadas de manera aislada por cada país; en ese sentido, las medidas de alcance global declinan respecto a las primeras. Medidas anticrisis, estructurales que busquen reformar el sistema comercial globalizado, necesita de un gran acuerdo entre todos, requiere otras instituciones que actúen en este nivel. Pero, fundamentalmente requiere de un proyecto superador, de primacía de la vida del hombre sobre cualquier otra consideración.

En el pasado y también en el presente, tanto Estados Unidos como el resto de los países más desarrollados siempre se opusieron a la constitución de otra arquitectura financiera y comercial, de una estructura globalizada del sistema comercial más justa, equitativa y capacitada para prevenir y superar las crisis no solo porque éste vulnera sus intereses como países dominantes sino porque, en ese sentido, esta construcción global supondría importantes acuerdos que involucran ceder soberanía nacional en relación a estructuras y organizaciones globales. De ahí se entienden la abundancia de generalidades y las pocas precisiones sobre medidas concretas que nos lleven a superar las crisis del sistema comercial global. Desde ahí es también posible entender la falsa voluntad política de los países desarrollados para implementar medidas estructurales de cambios en la lógica del sistema comercial global. Las crisis globales requieren y exigen soluciones globales. En los hechos, esto supone no solo resignar soberanía nacional sino el trabajo coordinado entre todos, entre los países centrales y los periféricos. Supone trabajo conjunto entre los intereses privados y públicos, entre instituciones nacionales y los organismos e instituciones de crédito globales. La cuestión es que por su lógica tanto el Fondo como el Banco Mundial ya no están en condiciones reales de ser parte de la solución. La contundencia de esta afirmación es simple: en momentos de crisis, tanto el Fondo como el Banco Mundial no están en condiciones de presentar soluciones, que sean concretas y reales, a las consecuencias del neoliberalismo global ni mucho menos se adaptan en relación a los cambios necesarios. Es que solo las economías más desarrolladas, las dueñas del poder y de la lógica de los intercambios comerciales globales tienen voz y voto en esas instituciones mientras que los excluidos son los países de la periferia. Las instituciones crediticias pertenecen a una gran arquitectura financiera y especulativa. Son instituciones que avalan la imposición del neoliberalismo precisamente porque son muchos los que quedan fuera de las decisiones de estos organismos.

La crisis del Estado capitalista nos ofrece una invaluable oportunidad de plantearnos otros modos de hacer las cosas, la oportunidad de plantear un

cambio mucho más radical. La presencia de los países periféricos en el seno del Fondo, del Banco Mundial o de Naciones Unidas, es irrelevante porque nuestro modelo de desarrollo, nuestra propia presencia y participación en el modelo del sostenido por el sistema comercial global nos impone sus reglas a través de leyes mediatizadas que defienden intereses dominantes. Es decir, políticamente nosotros también somos claramente irrelevantes. Este hecho les resta legitimidad a esas instituciones. Los organismos de crédito globales- el Fondo, el Banco Mundial- y otras como Naciones Unidas, en la práctica diaria, son sostenedores de la política económica y dominio de los intereses de unos cuantos países- los menos- sobre los demás, los más. Esto deriva en crisis, en catástrofe alimentaria, también en catástrofes relacionadas con el hábitat y con la posibilidad de vivir o no en un ambiente más sano. Estos organismos globales actúan para que los países centrales puedan mantener su hegemonía sobre el sistema comercial global. Estas dos organizaciones- el Fondo y el Banco Mundial- están dirigidas de facto por las preferencias de las grandes potencias industriales. Urge entonces, con miras a un proceso de transición, rediseñar un sistema de representación mayor en el seno de estos organismos de crédito que permita a todos los países un más decidido rol en la arquitectura económica y política global como primer paso para sustituir la lógica actual del sistema y su neoliberalismo endémico. El posicionamiento político y estratégico de los países centrales, tendientes a mantener el estatus y la resistencia a la incorporación de nuevos actores en los procesos de toma de decisiones globales, nos demuestran que sus objetivos son volver lo más rápido posible a la situación anterior a las crisis y así evitar nuevamente una reformulación de su racionalidad neoliberal. Los países del centro del poder global lo que menos necesitan es una nueva crisis de la deuda de los países más vulnerables. No se trata de ser solidarios con estos padecimientos ni tampoco de otro progresismo, el de los organismos globales de crédito. Resulta que todos esos compromisos, esas deudas que los países periféricos no estén en condiciones eventuales de afrontar, terminan convirtiéndose en activos tóxicos de algún acreedor de los países centrales y esos acreedores pueden ser fondos de riesgos, los holding, las transnacionales o los bancos de los países más desarrollados que ante esta eventualidad- el no pago de los compromisos y la cesación de pagos- termina afectando directamente los intereses de los dominantes.

Por último, en relación a los efectos de las crisis es que éstas- por más que se originen en los países de economía centrales- afecta a los países menos desarrollados por el lado de la demanda interna. Los afecta a partir de la fuga de capitales y la pérdida de ingresos por las ventas al exterior, lo que conocemos como caída de las exportaciones. El problema es que esta caída de la demanda interna de los países periféricos implica una caída en las

compras a los países desarrollados. En estas circunstancias, la capitalización de los organismos de crédito globales es necesaria para que a través del apoyo con esos créditos a los países periféricos se pueda evitar la eventual cesación de pagos y el deterioro de los intercambios comerciales. Basta con solo un país relevante, un grupo de países de la periferia, una zona emergente que no pueda mantener el flujo más o menos normal de sus pagos al exterior para originar un efecto terrible sobre el resto del sistema comercial global. El problema de esa línea de créditos de rápido desembolso y flexibles, es que están condicionados a las precalificaciones adoptadas por el Fondo, es decir, para ser beneficiario de esos créditos es necesario respetar las políticas del neoliberalismo. Los organismos globales de crédito y las instituciones que los sostienen en verdad no cambian por voluntad propia, lo que cambian son las circunstancias a las que finalmente se adaptan. Las periódicas crisis del Estado capitalista- cuando no es terminal- pueden derivar en nuevas normas de regulación del dinero, del comportamiento de los organismos de crédito, en las instituciones y las agencias comerciales, inclusive en el propio Fondo y en el Banco Mundial. Sin embargo, esas crisis no logran un cambio real en la distribución del poder global ni de las políticas e intereses fundamentales de los regímenes políticos hegemónicos en beneficio de un sistema comercial global más justo. No lo logran porque lo que define a una crisis terminal (en contraposición con las crisis periódicas) es la lucha de los trabajadores. Crisis terminales hay muy pocas en la historia del hombre. La revolución francesa que acabó con el feudalismo e impuso el capitalismo es una de ellas.

Democracia, comunicación e información.

Las crisis profundizan en las fracturas sociales. Además, las continuas crisis globales a través de todos estos años nos demuestran que hace rato el sistema comercial global está incapacitado estructuralmente para resolverlas en sus fundamentos porque responde a los intereses que producen las crisis. Esta tremenda evidencia- de indudable veracidad- nos lleva a cuestionar los grandes mitos del neoliberalismo y sus corporaciones. Si la real aspiración a un futuro menos demencial, si la fe en la razón de los hombres y la creencia en una tecnología que nos incluya a todos, que nos concilie definitivamente con nuestro ecosistema, con nuestra naturaleza de hombres libres, de bien, si el desarrollo pensado como progreso y como igualdad de oportunidades, son la premisa de lucha del trabajador, entonces y solo entonces, ya no es posible continuar sosteniendo la utopía del libre mercado, del automatismo de éste. La primera opción siempre es informarse. Por eso, los discursos de los dominantes se han mercantilizado por todos lados. Sin embargo, es necesario que conserven cierta racionalidad mínima para ser creíbles ante las mayorías.

El debate aún es el eje explícito del dominio de uno u otro racionalismo por más decadente que caractericemos las ideas en sus formas concretas. Los constructores de la agenda mediática son los que producen e imponen ciertos enunciados que luego serán incorporados a determinados circuitos lineales y redundantes. Es el pánico el que suspende las formulaciones argumentativas. Las crisis imponen una lucha desigual entre dos regímenes políticos que se sustentan también en dos discursos incompatibles que aparece como manera opuesta de lo que en verdad predomina en cada uno de ellos. Resulta que el discurso alternativo y popular, el sustentado por los regímenes nacionales y democráticos, los más o menos soberanos, más o menos representativos del trabajador, lo muestran como emocional, irracional y fabulesco a pesar que tienen relatos altamente válidos al reivindicar la intervención del régimen político en la economía como actor defensor de los recursos y de las materias primas de nuestros países, como actor protagónico en la distribución de la riqueza mientras que el discurso de los dominantes, más irracional y menos argumentativo, que insiste en el neoliberalismo a pesar de las crisis, que se basa en el pánico a los trabajadores y que ostenta la sátira (...) nos lo quieren mostrar como la más racional alternativa. Mientras tanto, las iras suscitadas por las crisis, por la violencia ejercida sobre nuestro ambiente en nombre de los intereses de corporaciones, preocupan sobremedida a los ideólogos del neoliberalismo. De ahí deriva el despliegue de recursos para reforzar los preceptos ideológicos de su mundo que maximiza los intereses del capital especulativo. Pero, conscientes que su modelo se viene de bruces analizan, escondidos, a hurtadillas, agazapados en todos los rincones, los signos de la emergencia económica que pueda movilizar a los trabajadores en la búsqueda de mejores horizontes.

¿Otra realidad, otro mundo?

La irrefrenable carrera del neoliberalismo en beneficio de la suba de la tasa media de ganancia a través de la especulación financiera desenfundada y desregulada, acaba por agrietar los pilares básicos del Estado capitalista. La lógica del régimen político neoliberal así sufre golpes importantes aunque no mortales. La realidad nos dice que de todas formas la lógica del sistema comercial globalizado no varía en lo fundamental. Precisamente por eso es necesaria la *(r)evolución* de los humanistas. Esa es una ruptura con el pasado y un compromiso con otro futuro. Quien no acepte esta ruptura con el pasado y este compromiso con el devenir, más allá de la lógica del capitalismo y su régimen, entonces no puede adherir al humanismo. Este significa que el centro del Universo, de nuestras preocupaciones y de acciones es el hombre y sus necesidades, su vida material y hasta sus necesidades espirituales. Es necesario resignificar el concepto de *(r)evolución* para que de él no se apropien los sectores conservadores. Es necesario resignificar esos conceptos

porque implican luchas, movilización, sueños y esperanzas. Por un lado, el propio concepto de (*r*)*evolución* nos evoca la irrupción de nuevas esperanzas y, por otro lado, la violencia de los sectores hasta ese momento dominantes. La violencia de los que buscan la restauración del antiguo orden, del régimen que los trabajadores en su mayoría, deciden eventualmente combatir. Nos evoca la militancia de los grandes artistas que se unen a las organizaciones de base, de participación y de movilización de los trabajadores para celebrar el nuevo amanecer que minimiza y supera las grandes contrariedades, las tragedias y el nepotismo de las minorías.

Con el retorno a la democracia en nuestra Latinoamérica, el glosario político y reaccionario del régimen político fundamentado en la dictadura de seguridad nacional, la de los enemigos internos, es reemplazado por ciertos conceptos económicos, por términos mucho más reaccionarios pero también más sutiles, como el de *realismo político*, *productividad*, *automatismo del mercado*, que sostienen políticamente la razón neoliberal. Son incorporados en nuestra gramática conceptos como los de *flexibilidad laboral*, *eficiencia*, *excelencia*, *tolerancia cero*, *globalización* o *exclusión*. Son éstos, los nuevos dioses persas al servicio del fundamentalismo que se vuelven arrogantes en la palabra y en el discurso que pretende hablarnos audazmente porque el Estado capitalista y su régimen (sea en forma de dictadura o de pretensiones democráticas) tiene una teología al servicio del Estado y mercado capitalista. Se vuelve así necesario construir otro léxico que forma una nueva gramática de dominio y de poder porque el neoliberalismo invierte en un discurso y en una razón que tiene sus fuentes originales incluso en los conversos que ahora son parte del realismo político, del reformismo o el poco probable consenso democrático. El léxico ahora impuesto al trabajador por el neoliberalismo es generado de esta forma incluso por los antiguos promotores de la lucha de clases, a pesar de ser a veces testigos privilegiados de las contradicciones del Estado capitalista. Mientras tanto, los trabajadores de otros tiempos y épocas, en otra y esta realidad que no es menos brutal, convocan al pueblo inmerso en su dolor, en intereses que les son extraños en demasía. Muchos todavía no logran clarificar el engaño que surge de su conciencia a pesar de ser testigos de la exclusión, la pobreza y desigualdad estructural, testigos segados por el sol y que sin embargo nos incitan- con sus palabras y sus paradigmas- a la desmovilización latente de los movimientos sociales y políticos. El dolor se vuelve insoportable. Según esos preceptos, la izquierda, esa que está inmersa en el reformismo como fin mismo, aún es opción de poder aunque la realidad continuamente contradice esas expectativas. Las necesidades y urgencias de las mayorías contradicen también esas pretensiones altruistas.

El neoliberalismo y su nueva retórica, sus nuevos preceptos y su razón fueron presentados sin grandes explicaciones como los mejores factores de la

ansiada movilidad social, de las oportunidades y redistribución de la riqueza. Fueron presentados como motor de desarrollo, de igualdad y de fraternidad entre los hombres. Lo que muchos no captaron es que el neoliberalismo no tiene límites salvo esos que los trabajadores sean capaces de imponerle en beneficio propio. Para los grupos dominantes no son suficiente las ganancias ni la rentabilidad siempre extraordinaria del capital en algunas coyunturas históricas. Para las transnacionales, la renta no puede dejar de expandirse porque esa es la lógica de la acumulación del capital. Por ejemplo, está fuera de cualquier contexto, de cualquier lógica del neoliberalismo detenerse en las rentas extraordinarias. Está fuera de toda lógica una distribución un poco más equitativa de los beneficios del capital. El problema no es la generación de rentabilidad sino las formas en que esos beneficios se distribuyen. Todo régimen- el humanismo incluido- requiere financiación, cierta rentabilidad para ser políticamente operativo, entonces, la cuestión se relaciona en cómo distribuir estos beneficios. Desde esa perspectiva, todo se condensa en la problemática de la lógica de la distribución de los beneficios generados por los factores productivos que dispone el trabajador. Los negocios se expanden por doquier pero para los dominantes no importan las crisis alimentarias, la pobreza y exclusión, la crisis estructural o coyuntural del sistema comercial globalizado. No importa el aumento del desempleo, la contaminación o la deforestación, la violencia ejercida contra el hábitat o la violencia ejercida contra otros, siempre que los negocios, la renta, la tasa media de ganancia pueda avanzar sin consensuar en su camino a la reacción. Esta es la razón de los neoliberales. Tampoco importa que el régimen esté derrumbándose por su voracidad e irracionalidades. Estamos hablando de un discurso fuertemente reaccionario, muy violento, de coacción simbólica, un discurso mítico y falaz que descalifica a sus críticos. De ahora en adelante, ninguno de los monarcas neoliberales será justo en su pensamiento, acciones y reacciones porque hablamos de un discurso soberbio e intolerante que intenta devenir en verdad revelada.

El léxico, la nueva gramática de poder de los sectores neoliberales, que deriva de una disciplina, de una mitología basada en falsos profetas, controla la razón de la mayoría y determina las condiciones de su uso. Impone reglas relativas con la exclusión de los trabajadores. Impone ritos y algunas fábulas. Impone un pensamiento, un accionar y cierto reaccionar. Finalmente, impone la conservación, el refuerzo, la construcción de otros discursos que circularán en un espacio más exclusivo y elitista, impone un nuevo arte de poder y de dominio distribuyéndolos según reglas estrictas que reforzarán los preceptos básicos del régimen de pretensiones democráticas. Impone otras formas de apropiación, difusión e información. El saber neoliberal es entonces ejercido y apropiado sólo por unos cuantos elegidos que son los que pueden opinar de

economía, de política y de lo que sea. Son los tecnócratas al servicio de los intereses dominantes. Su doctrina- el automatismo del mercado- tiende a la difusión y desde allí podemos ver la dependencia doctrinal detectada a la vez por el enunciado y el sujeto que enuncia. Por eso, me irrito contra el resto del pueblo, del modo en que permanecen todos sentados en silencio incitando a otros a la contención. No son santos ni justos, tampoco son misericordiosos. Prometen tierras y terminan corrompiendo nuestras vidas para destruir toda libre expresión de las facultades del hombre. En un ámbito caracterizado por procedimientos de inclusión y exclusión del trabajo, de los derechos formales conquistados en otras épocas por otros trabajadores, otras ideologías pero en realidad bajo las mismas reivindicaciones y necesidades, el léxico doctrinario neoliberal, en los tiempos y épocas de pretensiones democráticas, denuncia al sujeto, a los partidos políticos y organizaciones de todo tipo que nos hablan o se movilizan, que intentan representar intereses considerados por los sectores dominantes como herejía. Le prohíben así cualquier otra. El saber neoliberal se sirve también de algunos tipos de enunciación y conceptos para vincular a los sujetos y separarlos de sus comunidades. Sin la violencia coercitiva de la oratoria política dictatorial del período de los '70 y '80 en Latinoamérica, el relato, el mito, la gramática y léxico neoliberal, se instala en el credo popular y reemplaza al discurso dictatorial con elementos de coerción y segregación más sutiles. Esos elementos (de coerción y segregación) no serán fácilmente percibidos por los trabajadores, de ahí su propia genialidad, porque devendrá en un eficaz instrumento de renovación, control y dominación lingüística que sustentará la primacía política de las élites.

Anunciará los conceptos positivos que históricamente fueron una gran conquista de los sufrimientos de los marginados y los trabajadores de manera que se apropiará de los conceptos de *igualdad*, *fraternidad*, *libertad*, de las ideas de *democracia*, *tolerancia*, *consenso*, *reformismo* (...) Se apropiará de tal manera del imaginario colectivo que sus mitos borrarán la historia o por lo menos eso intenta. Ahora, otros serán los que marcharán tras las huellas de los antiguos ideales de la igualdad, fraternidad, de la preocupación por el prójimo. Borrarán nuestra historia y desde ahí el futuro se bifurca. Entonces, se hace necesario el valor para intentar siquiera señalar el carácter auténtico de los personajes involucrados en esa comedia de los pueblos. En el intento por evitar esa reacción de los excluidos, se vacía al trabajador de cualquier recuerdo anterior a las dictaduras cívico- militares. Así, queda relegado a los rincones del olvido cualquier legado de las luchas, de las reivindicaciones de los trabajadores que deben combatir contra el partido militar a costa de sus vidas en muchas oportunidades. Se vacía a los trabajadores de todo recuerdo de la represión, de los crímenes cometidos por las dictaduras de seguridad nacional. De ese olvido nace el mito democrático, el de la transición política

de pretensiones democráticas y formal, el crecimiento con una poco probable igualdad y el gobierno ciudadano. Ahora, las formas del dominio son otras, se usa y abusa del discurso democrático, del republicanismo, del formalismo de las leyes. Ya no nos respetan y por eso nos conducen, con cada una de sus irracionalidades, por las tierras estériles de la reacción. No se permite ningún sueño pero a la vez nos obligan a llevar a mejor término sus empresas, sus ejecuciones a favor de intereses que nos son ajenos ni foráneos. Nos obligan hasta que sus conciencias quedan saciadas. Ahí está el problema y ahí está la transición democrática en términos reformistas, la más grande de las falacias que recuperó los antiguos mitos, las verdades y conceptos burgueses con sus valores frente al orden, la disciplina, la propiedad privada y costumbres que le son características. Vacían el glosario político, público y comunicacional de ciertos nombres y conceptos como el de lucha, clase social o explotación. Ahora solo es posible la reconciliación nacional pero siempre en beneficio de la gobernabilidad de los neoliberales, de la ley y antes que nada del realismo de la política. La ideología política de los sectores neoliberales y los intereses dominantes, que defienden con todas sus fuerzas, acaban con la inclusión y con la solidaridad mientras subvierten en ese proceso el derecho a la vida, el bienestar, la salud y educación. En este proceso, jugó un rol central la propia concentración de la información y de las comunicaciones en manos de unos cuantos grupos multimedios que controlan, de ahora en adelante, los medios masivos de comunicación que celebrarán los intereses y la visión política de los dominantes.

Nos encontramos en un punto de fuerte inflexión que políticamente se manifestó en algunas dificultades que siempre hubo en Latinoamérica por parte de los movimientos, de los conglomerados y de coaliciones populares, para plantear políticas hacia los medios de comunicación e información que supere la lógica de lo utilitario. De ahí que el neoliberalismo pueda reforzar su mito de la *sociedad de la comunicación* como un instrumento libertario, como herramienta válida que da más autonomía y libertad a los sujetos antes que ver en este régimen las contradicciones más funestas de una razón que oprime la conciencia. Ese planteamiento forma parte de un mito relacionado con la idea que no se trata solo de reducir las distancias sino también de estrechar relaciones sociales. Pero todo depende de las relaciones de fuerzas, de la lucha librada entre los unos y los otros, de los controles y contenidos, de quien los ejerce y quien es privado de ellos. Los grupos dominantes, en este proceso de primacía de sus intereses, endulzan sus palabras pero no por piedad y respeto, antes bien por interés y mientras tanto nosotros sufrimos las penalidades de ellas derivadas. Se muestran como amantes del diálogo pero siempre están combatiendo en busca del botín de la primacía, del gran caudal neoliberal. Muchos asuntos son privados y no públicos nos dicen a pesar de

que a todos nos afectan. Andan de un lado para otro en busca de noticias que refuercen sus vivencias, su concepción de la vida, de la producción, de la historia o de Dios. Pero, la historia, los diversos procesos políticos, las luchas y combates, no son vanos, no transcurren porque sí. En algún sitio se produce una inflexión y se combate cuerpo a cuerpo, teoría contra teoría, cosmovisión contra cosmovisión. Entonces la historia transcurre y no lo hace en vano. El nuevo siglo así inauguró una visión crítica sobre las ideas relacionadas con las supuestas características liberadoras y libertarias de la información, sobre los supuestos de estrechar relaciones sociales. Con el siglo XXI, se inaugura una visión crítica con la ayuda del movimiento social, sindical y popular. Ya no estamos tan a la deriva pero, en el camino, quedaron los mejores. Ya no nos estamos tan apesadumbrados en la patria pero necesitamos la ayuda, el compromiso y la movilización de todos. Hoy existen dos puntos de vista en relación al tema de la información. Una es de los que piensan en términos de transparencia y democratización de la administración del acceso público a los medios de información como internet mientras los otros, por el contrario y en una posición mucho más conservadora y antojadiza, sustenta el patrimonio privado de las múltiples herramientas de comunicación en beneficio propio. Ya sabemos de que lado está el humanismo porque se trata de apropiarse de la tecnología y sus recursos a partir de supuestos basados en relaciones sociales más inclusivas, basadas en relaciones humanas que reivindicuen la tutela, el derecho a la vida, basadas en tecnología que es conveniente y que busca reivindicar lo mejor de los hombres. Entonces, el derecho a propiedad sobre la tecnología pasa a un segundo o tercer plano mientras la mitología neoliberal, incapaz, carente ya de argumentos y de los paradigmas racionales, construye figuras míticas que solo terminan levantando una promesa que es característica de las futuras recompensas de felicidad en que se aventuran a defender las religiones. Urge así la movilización en beneficio de los objetivos de la profundización democrática para terminar con el cepo autoritario hecho a imagen y semejanza de las dictaduras que nos gobernaron en un pasado no tan lejano.

Estos desafíos guardan acciones excesivamente importantes, graves y grandes y hay que estar a la altura de las circunstancias para salir airosos de ese proceso de emancipación e incredulidad. Tendremos que estar a la altura de las circunstancias para acabar con la prepotencia, insolencia, soberbia y desigualdad por la que militan los dominantes. Provocaremos la rebeldía y un gran revuelo pero éste es gratificante para radicalización de la inclusión y la democracia. Es la política la que así se coloca en el centro de la escena, de las barricadas de unos y otros. El debate atraviesa así todas las ideologías y fuerzas dividiendo opiniones, articulando y movilizandolas, estimulando la discusión del país que queremos. Lo importante es que los trabajadores

piensan. El pueblo sabe votar. No hay nada que temer porque la utopía, la gallardía de un régimen político más inclusivo, más veraz, de un país mucho más justo, siempre sale a la calle cuando es el pueblo quien vota. El derecho a la vida es el primer derecho humano desde siempre. No existe otro que esté más ligado a la calidad de habitación, a vivir con menos miedo, a reconstruir otro espacio público. Al neoliberalismo y sus sicarios estas cosas le importan poco porque a la hora de gobernar atentan contra la democracia y contra la convivencia social. Poco les importan los reventados por la desigualdad, por el alcohol, por el arrebato emocional, la demencia y la depresión. Ellos están en contra de la calidad de vida, de la vida institucional del régimen porque están contra el bienestar de la mayoría, de esa que por los siglos de los siglos fue acallada.

Movimientos y actores políticos contra el sistema.

En los regímenes de la complejidad de hoy en el que los trabajadores no tienen contacto cara a cara con nadie por fuera de su entorno inmediato, los medios de información son los que definen lo común. Por ejemplo, ¿qué es lo que sabemos cada uno de nosotros, digamos un trabajador medio, sobre temas como el funcionamiento del gobierno, de la economía que controla el presupuesto, sobre los mercados y sus diversidades, sobre el clima, la salud o los deportes? Lo que cada uno sabe es de lo que se entera por los mensajes distribuidos a través de los medios de comunicación como los diarios, las radios, televisión, el cable o las nuevas tecnologías como internet. Me refiero al trabajador medio que se convierte en consumidor de información cada vez más banal. Entonces, a pesar de las nuevas tecnologías de punta, el hombre común (que está continuamente interconectado) está desinformado por una avalancha de informes, noticias y comunicaciones que saturan la mente del trabajador. El arquetipo neoliberal del hombre así no se relaciona en verdad con sus semejantes y solo les importa el presente, el ahora, ese instante que más bien es superfluo. Las tesis no tienen cabida, tampoco el debate de ideas, de proyectos o paradigmas. El intercambio de opiniones tampoco tienen que ver con la realidad de la mayoría. Los sectores dominantes y sus círculos de publicistas y tecnócratas, en cambio, pretenden que las hipótesis por ellos difundidas a través de los grandes medios de comunicación sean parte de la verdad. Intentan construir la realidad y verdades del hombre. Ya es posible afirmar que los medios de comunicaciones definen y configuran la realidad desde la perspectiva que crean opiniones y pueden colocar, en primer plano, ciertas disyuntivas que ellos mismos perciben como socialmente importantes para la defensa de sus intereses de clase. Son constructores de agenda pública y desde ahí tienen fuerte incidencia en configurar la realidad. Además, de ahí

deriva la importancia de definir el rol que les compete a los grandes medios de información y comunicación en la reconstrucción de un gobierno y, más aún, de un régimen de oportunidades reales para la mayoría. Es necesario, en primer término, establecer ciertos mecanismos legales para desarticular los multimedios en su actual configuración, sentar las bases para defender la neutralidad de la red de redes y la pluralidad de contenidos en la web para finalmente establecer formas nuevas, otras maneras de crear y replantear los objetivos y horizontes de una esfera pública de información en beneficio de la democracia, la pluralidad e inclusión. Es necesaria otra esfera pública de comunicación que transmita otro valor y sentido, una cultura más gallarda de los hombres, una pluralidad de sentidos que afiance lo más altruista del amor por el prójimo.

Desde esta nueva perspectiva política, para garantizar la pluralidad de contenidos, la redistribución de la riqueza, la igualdad de oportunidades, de información o elección de las fuentes del saber del hombre es indispensable garantizar el derecho al acceso democrático e igualitario a la comunicación por parte de los trabajadores en un clima de respeto y equidad. Es necesario defender la libre expresión para todos los trabajadores. Es indispensable que los trabajadores y sus organizaciones de representación, las organizaciones sociales y de base, puedan ser parte del juego democrático en la articulación creada a partir de la participación, información y comunicación. Estos grupos sociales de interés, los sectores representativos de la mayoría, tienen que expresarse en el proceso de formación de la agenda pública para así plantear políticas que por definición son más democráticas. Las mayorías- a través de sus organizaciones de representación- tienen que ser escuchadas cuando se busca definir los problemas socialmente más importantes en la búsqueda de mejores políticas que se implementen en la resolución de esas disyuntivas. Deben ser escuchados para participar activamente en las tomas de decisiones sobre los asuntos que nos competen a todos. Es indispensable así asegurar la diversidad y pluralidad de contenidos de la información. Es indispensable acabar con los monopolios mediáticos. Si no fuera de esa manera, el proceso inclusivo y más democrático se vuelve una quimera, un formalismo que solo favorece el estatus. Intimamente relacionado con lo anterior, es indispensable fortalecer los medios de información relacionados con los sectores populares y los medios públicos. Es indispensable fortalecer la cultura, la soberanía, el sentido, los valores del hombre de trabajo, del luchador social, del dirigente honesto y conmovedor. Es indispensable la ley de radiodifusión, de servicios de comunicación social- audiovisual que garantice la pluralidad de contenido y sentido, la democracia y equidad. Es indispensable acercarnos a otras formas de vida, un estilo más lúdico, artístico y humano. Es indispensable recuperar nuestra historia, informar sobre los hitos y verdades sobre nuestras

hazañas en las que el pueblo es protagonista indispensable en la formulación de la realidad. De ahí, que como mínimo, un régimen reformista debe buscar regular el sector privado en defensa del derecho a la libertad de expresión y de información. Debe buscar políticas que fortalezcan los medios públicos y la multiplicidad de actores políticos en la comunicación social. Es el primer paso para el radicalismo en el tema de la democracia de la comunicación. Así, las nuevas tecnologías son una gran oportunidad para el trabajo de los sectores populares. Son una tarea indispensable para socavar los mitos y las falsas hazañas de esos que se creen imprescindibles en el sentido histórico.

Las nuevas tecnologías son una oportunidad para rever el monopolio de la información. La tecnología debe colocarse de parte del desarrollo de los hombres y por lo tanto es prioritario un proyecto de tecnología conveniente. Las nuevas tecnologías son incluso prioritarias en la defensa no- violenta de las conquistas de los trabajadores, de los derechos humanos, de su dignidad y bienestar. Ya no es admisible que la información sea propiedad de grupos económicos con fuertes intereses sectoriales. Los medios comerciales buscan la rentabilidad económica y, en esa carrera feroz por hacerse con la audiencia (el conocido rating) pasan por alto que las comunicaciones no son un simple negocio más. Tienen derecho a la búsqueda del rédito económico pero esto no invalida el rol que les corresponde en un régimen político democrático en relación a la información. Las comunicaciones no pueden ser una mercancía más. Es en ese momento donde aparece el fenómeno del sentido único que los medios masivos de comunicación fomentan y donde los actores políticos que representan son siempre los mismos. Se repiten los opinólogos y así se cierran espacios de diálogo y de consenso social para que otros protagonistas tengan voz, cuenten sus realidades, su visión de las cosas y eventualmente formen canales de defensa de sus intereses sectoriales. Entonces, los medios de comunicación ya no reflejan la realidad sino que la configuran y así el debate de las ideas, de los proyectos políticos en pugna en cierto momento de la sociedad y hasta las mismas formas de la democracia, forman un mito del que se nutren los dominantes. Habitamos una verdad que mediatiza el saber de los hombres. La gravedad de esto es que se convirtió al conocimiento en un factor de producción y valoración del capital en beneficio de los intereses minoritarios. Consecuente con la lógica de este proceso, cada vez se requiere más de los medios para analizar porciones de la realidad, situación que los convierte en factores determinantes, en cuarto poder monopolizado por las transnacionales ligadas al tema. Es importante que sepamos que no hay peor censura que la consolidación, persistencia y defensa de la lógica e intereses de los monopolios. Los medios tampoco son neutrales ni mucho menos son objetivos. Antes que nada, en ellos, lo que prima es la parcialidad, la defensa de intereses sectoriales. Como cualquier otro sujeto en el proceso de creación

de la agenda pública, son agentes con intereses sectoriales, con cierta visión de las cosas, de la realidad, con una visión de la política y sus luchas, del juego del poder y la resistencia. Son actores que transmiten información y que de esa manera configuran la realidad de acuerdo a sus intereses. Esto no es censurable pero lo que sí es censurable son las pretensiones de objetividad e imparcialidad que ellos se abogan en este proceso de lucha.

La experiencia colectiva del hombre nos muestra que ésta se encuentra dotada de mediación y las respuestas sociales, es decir, el diálogo, la falta de consenso o no, los enfrentamientos y formas que adquieren las resoluciones públicas que se implementan en cierto momento, se producen en función de lo que se nos aparece como la misma realidad. Es decir, en este presente, lo que finalmente se nos muestra como realidad es lo que aparece en los medios de información. Mientras tanto, detrás de esa información hay tecnócratas que se sientan, se ríen y defienden esa realidad. Ellos desde su propia visión, son los que dediden qué mostrar, qué ocultar y qué parte se muestra, cómo o bajo qué circunstancias. Por eso, no es admisible considerar la información como simple mercancía, como una actividad meramente comercial, si no que es necesario considerarla como derecho humano y bien público. Así, en base a estas políticas públicas, otro arte de poder, los trabajadores y los dirigentes del humanismo terminan reflejándose en cada una de sus obras y luchas. En vez de sólo criticar la monopolización de la información por parte de los medios de comunicación, en vez de solo criticar la falta de democracia, de valores errados con los que intentamos vivir en esta actualidad, sobre todo en las grandes urbes, en las capitales, la consolidación de la información y las comunicaciones parcializadas, interesadas, el cambio climático y la violencia o la falta de equidad, debemos ser capaces de proponer alternativas de vida, de valores, de propiedad de la información, del rol social de ésta, una vida donde el arte del poder de las mayorías logre un rol fundamental en nuestra cotidianidad. Lo que no nos plantean los paradigmas de la información de los sectores dominantes es que, a diferencia de las sociedades de antaño, el actual Estado y su régimen político basado en la primacía de la propiedad, en la producción y en el consumo desenfrenado, del consumo como satisfacción personal, como éxito social, son posturas absolutamente antinaturales porque atentan contra la vida de los hombres.

Existen hoy nuevas rupturas que formarán y definirán los frentes de batalla por la consolidación y construcción de otro pasado mañana. Rupturas que redefinen el desarrollo de las reglas mediatizadas que configuran el sistema comercial globalizado. Existen rupturas y conflictos entre las grandes potencias, conflictos entre el Norte y el Sur o entre el centro y la periferia donde cada ruptura y consenso, disyuntiva, cada conflicto y sus resoluciones tienen su dinámica pero relacionándose unas con otras. La primera ruptura en

esta realidad reconfigurada por el sistema comercial globalizado es la que existe entre los tres principales centros de acumulación de poder y capital, o sea, entre los países de Europa, Estados Unidos y Japón. Ellos están en una grave competencia que crece día tras día. Esta disyuntiva, esta trilogía, la trilogía de los dueños del sistema comercial global, más allá del surgimiento de países emergentes, más allá de las crisis, intentan defender sus intereses e ideales a la par de la progresiva caída de la hegemonía de Estados Unidos sobre el sistema comercial globalizado realmente existente. La segunda es la ruptura entre el norte desarrollado, el xenófobo, racista e imperialista y el sur colonizado y sometido. Es una disyuntiva histórica que el sistema comercial global institucionalizó a través de esas leyes mediatizadas con las que se asume la primacía de las relaciones comerciales entre los pueblos del mundo. Es una ruptura importante que solo puede contener los mejores desenlaces para los países de la periferia en la medida en que cada uno de nosotros actúe, se organice y se movilice en consecuencia. La tercera ruptura es la que afecta nuestros artes, nuestras propias formas de racionalizar estrategias en beneficio de la primacía de nuestros derechos e intereses. Una ruptura entre los luchadores y activistas que no aceptan las razones del régimen neoliberal. Es ésta una división, una ruptura en el ámbito ideológico, en el ámbito de las respuestas que seamos capaces de formar para construir los baluartes de un régimen, un mundo globalizado en base a las máximas de esos principios fundamentales del humanismo. Es una ruptura y una lucha alimentada por los intereses de clases. Esta es la ruptura más importante aunque recibe menos atención de los medios de comunicación e información. El problema para los partidarios del cambio de lógica del régimen y su correspondiente Estado, es el grado en que puedan evitar ser barridos por las prioridades y las consignas de las otras dos rupturas y si eventualmente, gracias a su acción colectiva, gracias a su arte de poder, moldear los resultados de esas otras rupturas antes de ser moldeados por ellas.

Esta tercera disyuntiva, sus elementos y sus sentidos se relacionan con la forma en que las nuevas estructuras y sus múltiples baluartes reemplazarán al sistema comercial global actual predominante pero decadente. Esta tercera contradicción es vital para la elevación de otro arte de lo posible alternativo, de nuevos trazos y bosquejos, que nos desafía a plantearnos como alternativa y principal interrogante si de verdad tenemos que transitar hacia un sistema comercial globalizado alternativo y en comunión con las políticas de cambios que superen al Estado capitalista, que cambie la naturaleza de los Estados nacionales o, por el contrario y muy a nuestro pesar, si hay que defender un régimen que mantenga y consolide las características del capitalismo y su esencia altamente jerarquizada, mercantilizada y polarizante. Las urgencias de este siglo giran alrededor de la construcción de otro sistema comercial

global en que las decisiones políticas, económicas, las decisiones que son más racionales y humanas, sean un imperativo que cuente con posibilidades reales de afectar las estructuras que impiden una mayor equidad, justicia e igualdad a nivel global. Mirar para otro lado es un grave error, es la negación de la lucha, de las consecuencias. Esta así la principal disyuntiva política y estratégica porque estamos jugándonos la posibilidad de mejorar nuestra realidad y valores como hombres, como humanistas, más naturales y de una nobleza altruista. Es la disyuntiva cabal porque estamos ante el porvenir de la humanidad. Dada la actual crisis del sistema comercial global, de su caos y de las continuas crisis que atraviesa, sus resoluciones mitológicas que de verdad producen falsas luces, que ilumina con los colores más rebosantes de melancolía, que produjo el desencanto más atroz, más frecuente y cercano, lejano y distante, que produce otros estados de ignominiosa vigilia, una vida de nula esperanza, con luces que reflejan la muerte, la exclusión y la significación de nuestras vivencias, que produce la más tenebrosa oscuridad, es que creo que la única posible dirección es la lucha por cambios de nuevos juicios de valor que sea capaz de movilizar y producir grandes alteraciones en las relaciones humanas que se vean reflejadas en las estructuras políticas e institucionales por ellos formadas. El combate por otro sistema comercial global, que sea absolutamente más democrático, humano, vital, menos feo, con indicios de una época más viril, es una prioridad y necesidad histórica. Se lo debemos a los miles de millones de excluidos, a los hambrientos, a los desempleados y en general a todos los que resisten.

En relación a la solución de esta cuestión, en que se encuentra inmerso el campo de los sectores populares, debemos buscar preguntas y respuestas menos complejas pero de consecuencias mucho más profundas, porque hoy nos encontramos, con nuestras acciones pero también con nuestras omisiones y depresiones, moldeando y configurando un sistema comercial global que definirá las nuevas verdades socialmente generadas, que racionalizará otros mitos, dogmas y verdades en la búsqueda de nuevos o viejos intereses de dominio, de parcialidad y de lucha en todos los frentes. El problema es que mientras el sistema comercial globalizado continúa con sus crisis y frenesí, con sus histéricos aletazos en beneficio de su perduración por los tiempos y los siglos de los siglos, ninguna de estas posturas políticas estuvieron a la altura de las circunstancias históricas, del contexto en que se plantean las luchas por el dominio, por la primacía, su reforzamiento o caída. La urgencia de este , es que ninguna de esas posturas desarrolló con claridad teórica y práctica, con sus verdades socialmente generadas, una producción política capaz de plantear nuevos parámetros organizacionales y estructurales que requiere primero del arte de lo posible y luego nuestro arte del dominio. Ninguna de estas posturas fue capaz de delinear las nuevas musas, los nuevos

trazos que fundarán otro régimen político con su correspondiente expansión y globalización que tendrá que defender los intereses de las mayorías. Por ahora, la división se plantea en momentos de emotividad y no de paradigmas alternativos o de máximas que coloquen a los hombres en nuevas alturas como amos de su destino. Precisamente a través de estas problemáticas, se nos plantean una serie de desafíos. Por ejemplo, antes que excluir hay que incluir, dialogar con todas esas organizaciones y eventos que intentan definir otra globalidad. Es necesario dialogar, luchar, convencer de forma que los trabajadores estén de nuestro lado, en la vereda del reformismo radical. Los activistas y los foros, los eventos, los análisis teóricos, los dirigentes políticos y asociaciones de diversa índole deben ganarse a favor de nuestra causa y de nuestras máximas. Lo que determina la capacidad del espacio abierto para servir a las metas de transformación de la realidad, de transformación en un sentido más democrático e igualitario, se vislumbran en los nuevos cielos, en las formas en que las organizaciones de base como los movimientos sociales y los diversos foros, puedan desarrollar mecanismos y sentidos, razones y juicios para conciliar un espacio abierto y una actividad política real. Una política que conduzca nuestras tropas, que las movilice en beneficio de una humanidad que se sabe mejor y más perfectible.

El espacio abierto es una herramienta al servicio de los intercambios de puntos de vista. Un espacio abierto no es un muro que contiene las críticas y el disenso. Un espacio abierto más bien es una herramienta de análisis de la realidad que padecemos y en este sentido es una herramienta de movilización y compromisos políticos más maduros y poderosos que intenta producir un régimen que, en lo concreto, se base en el respeto del derecho a la vida. Es una herramienta de unidad y de formación de alianzas y organizaciones en la lucha. Se convierte entonces en un semillero de conciencias, de combatientes que en un futuro no tan lejano lucharán por el derecho a la vida más digna y los preceptos y verdades más racionales. En ese sentido, hay que reunir a todos los que están contra de la globalización bajo los preceptos neoliberales. La organización y los desafíos que esto involucra implica que hay que ir más allá incluso de un espacio abierto de discusión de las estrategias de acción alternativa porque es necesario construir organizaciones que sirvan como instrumento de estímulo a nuevas formas de reivindicación de derechos en el ámbito nacional y global. Así como las organizaciones no- gubernamentales tienen que evolucionar desde un rol asistencialista a uno de fuertes cambios, de avanzada en las luchas, así como las organizaciones no- gubernamentales de una vez y por siempre tienen que jugar por el respeto del derecho a la vida de todos nosotros si quieren ser opción de futuro, así también deben luchar por la primacía de otras formas de organización en todos los ámbitos- desde lo local hasta lo global- y batallar en consecuencia.

El lenguaje del poder.

Es necesario empezar definiendo la historia de los trabajadores que, recorriendo varios senderos, andan errantes buscando una mejor calidad de vida para sus semejantes. Es necesario relatar la historia del trabajador de Latinoamérica, de sus dirigentes, sus perspectivas y talentos combativos. La historia de todos los que han conocido los dolores en el proceso de búsqueda de una vida digna y el retorno de sus sueños. Es necesario relatar también la historia de sus insensateces, de la insensatez de los dominantes que hicieron sucumbir a sus víctimas bajo los preceptos y teorías cada vez más distantes de las necesidades de las mayorías. Y, en verdad, la única realidad posible en estos tiempos es la realidad de la crítica, de la pérdida del sentido común de los dominantes, la realidad de crisis en sus formas de vida, en sus preceptos e intereses de los dominantes y sus representantes. La única realidad es la de las crisis que continuamente azotan al sistema comercial globalizado en su cultura especulativa, autoritaria y neoliberal. Una crisis que no tiene ya la apariencia de esos remezones cíclicos y habituales que sacuden los modos de vida de los trabajadores. Las crisis del sistema comercial globalizado exhibe síntomas y catástrofes estructurales inherentes al régimen de producción y de acumulación, exhibe momentos de resolución, de cambios estructurales para no ser presos nuevamente de múltiples agujeros negros. Estamos en una fase decisiva en que hay que arbitrar medidas severas relativas a la redistribución de la riqueza, a la búsqueda de una mayor igualdad y a la materialización de los derechos formales de los trabajadores. Estamos en una fase decisiva en que hay que arbitrar políticas que luchen y confronten contra la razón del sistema comercial global. No es otro el camino y ya no podemos seguir culpando a los falsos profetas. En vez de eso terminamos culpando a los dioses porque serían ellos los que proveen los males, o sea, la imperfección inherente del hombre y las relaciones entre ellos instituidas. Por lo mismo, no es pequeña la estupidez del hombre, los que soportan dolores innecesarios más allá de sus propias fuerzas y más allá de lo que les es posible soportar, de lo que les corresponde soportar. Yacemos inmovilizados, víctimas de una muerte que no es justa y sufrimos conociendo la profundidad de la supuesta imperfección. Sufrimos con pensamientos perniciosos, totalmente alejados de las necesidades de los hombres y nos mantenemos apartados de la tierra, de la vida en su máxima expresión, en su máximo nivel. Retenemos dolores, lamentos y mentiras que con astutas razones nos hacen permanecer quietos e inmóviles. Pero, definitivamente, entramos en una fase de profunda crisis y por eso de posibles transformaciones. El tránsito del régimen de bienestar al neoliberal, especulativo y reaccionario, provocó deterioros institucionales,

políticos, sociales e ideológicos que son funcionales a los intereses de los dominantes, funcionales a los intereses de las grandes transnacionales y sus monopolios. Ello o la anarquía, la postergación histórica de los derechos de los trabajadores. A partir de la lucha en nuestras tierras se organizan y se agitan nuevas reivindicaciones, banderas y colores, nuevos actores políticos que son legítimos representantes de los marginados y despreciados por una élite racista y xenófoba. Los tiempos de lucha nos muestran otras directrices, como se elaboran propuestas libertarias, estrategias y combates, las luchas de aguda trascendencia, grandes y robustas, en la que los guerreros del hoy se encolerizan tomando por asalto el régimen. Tampoco se detienen en el umbral de una vida justa porque la historia es un avance, un progreso, un continuo ascenso de nuevos caudillos, de otras ideas del pueblo. El enemigo no es solo externo. El más peligroso es el adversario interno, el que se nos manifiesta en ciertos hábitos políticos y culturales de desorganización y de continua trasgresión, que se encuentran muy arraigados en amplios sectores del régimen. Se manifiesta en el desapego a la ley, en el clientelismo y el asistencialismo político, en la corrupción y en la violencia estructural. Se nos muestra en las formas de los mitos religiosos y políticos que constituyen toda una Biblia de todas las manifestaciones del retraso secular. En este contexto se plantean una serie de interrogantes que me parecen importantes:

¿Quién les dio los derechos exclusivos de los que gozan? ¿Quién, de dónde son entre los hombres? ¿Dónde está su verdad? ¿A quienes defienden sus intereses? ¿Qué esconden éstos?

Por supuesto, todo esto no es más que el resultado visible y concreto, es la consecuencia de siglos de oprobio, explotación y despojo, de ignorancia masiva, opresión y conquista combatida por los actores políticos que entran en escena y que por lo menos buscan el mandato de formar un régimen, más o menos democrático, pero capaz de resolver los problemas derivados de la igualdad, la libertad y el desarrollo. Al mismo tiempo, el hecho de que los gobiernos reformistas no resuelvan la situación a favor del radicalismo, de la inclusión real y material de los trabajadores, que no sean capaces de encarar los dramas estructurales como por ejemplo las cuestiones de la igualdad y del desarrollo, denota un profundo fracaso de sus políticas públicas y de las expectativas de cambios de los hombres que dieron sustento político a esos gobernantes. Por otro lado, ¿el contexto político como se manifiesta en los regímenes reformistas como fin último? El caso más emblemático siempre fue el de Chile, donde la Concertación de socialistas y demócratas cristianos se agrietó y se bifurcó bajo una creciente agitación y presión social y política que derivó en la llegada al poder de la derecha política en el 2010. En ese sentido, el duopolio se afianzó. Además, a pesar de los progresos reales, de consolidación de la democracia en términos formales y simbólicos, ninguno

de estos regímenes reformistas fueron por los cambios en los fundamentos de las estructuras neoliberales, como sí pasó en los regímenes más radicales. En esos países, el rechazo creciente del que fue objeto el neoliberalismo condujo al cambio en lo esencial y es así como la estructura neoliberal poco a poco perdió vigencia. El reformismo continúa en la postura de complicidad con las estructuras neoliberales y llegó a apoyar las actuaciones más reaccionarias de Estados Unidos en el orden global como es su política en relación al Oriente Medio. Lo novedoso de esto es que ese tipo de ideas ahora son defendidas en nombre del derecho de injerencia humanitaria. Frente a esta pretensión de Estados Unidos por consolidar su propio régimen político neoliberal, muchos sectores de la izquierda en nuestros países se dividen entre los sostenedores de políticas negociadas, que así limitan las reformas políticas y sociales, los defensores y partidarios del reformismo y, por otro lado, los defensores y sostenedores de la integración política, de políticas públicas que navegan en aguas tormentosas, pero sublimes y humanistas, del radicalismo político. Yo les contesto a los primeros con la verdad: en los países en que esa izquierda reformista domina, los cambios reales no han hecho más que anunciarse y cuando empiecen las presiones desde las bases, por la frustración de sus expectativas, entonces y solo entonces, el radicalismo se hará con la escena política.

En el ámbito regional se impone respetar los tiempos de cada uno, se impone la comprensión y la solidaridad, el respeto por las diferencias, por las particularidades de cada uno de los pueblos, el respeto por el proceso local y la unidad en la integración. Ahí están los fundamentos de los nuevos tiempos y, mientras tanto, la crisis de la globalidad neoliberal nos desafía a plantear, desde nuestra especificidad, de acuerdo a nuestra cultura y vivencias, tipos de modificaciones radicales de las estructuras institucionales dependientes de nuestros regímenes políticos. El reformismo es usado para poder conformar grandes conglomerados pluriculturales que batallan por los cambios mientras que el radicalismo sirve para confrontar con las relaciones de producción del neoliberalismo, con sus estructuras, por la lucha a favor de modificaciones necesarias en la redistribución del ingreso e inclusión social. El radicalismo sirve para combatir las desigualdades, para redefinir las relaciones políticas y de justicia y equidad. El radicalismo nos señala la persistencia de las grandes desigualdades pero también nos señala el proceso de gran resistencia de los dominantes frente a las reformas que les cercenan sus privilegios como clase de privilegios. La resistencia política de los dominantes frente a todo régimen popular y democrático que altera sus formas de vida, su parasitismo histórico y tradicional o el ejercicio de sus privilegios como grupo social, como clase al servicio de los intereses neoliberales, es resistido con todas las fuerzas y de todas formas. En esa urgencia por combatir cada una de esas manifestaciones

de la resistencia de los conservadores, se trata de reformular políticamente una teoría del régimen que, basándose en el derecho a la primacía de la vida, combata decididamente los intereses dominantes. Es decir, que combata la contradicción inherente de la naturaleza de clase capitalista del Estado y sus relaciones sociales para resolver la más antigua disyuntiva de la izquierda que se relaciona con la lucha por la reforma o *(r)evolución*. De todas formas, esta disyuntiva fue resuelta por el humanismo que nos dice que es necesaria la reforma para desarrollar, en todos los ámbitos, la *(r)evolución* humanista. En otras palabras, me refiero a ese reformismo que transmuta en radicalismo, esa es la consigna. Esta antinomia, que fue resuelta por el humanismo desde el punto de vista ideológico, en la práctica política es bastante bizantina e inútil porque en regímenes políticos, más o menos radicales, con sus diversos matices, cualquier política que busque una correcta forma y funcionamiento de los derechos constitucionales, de igualdad, una equitativa distribución de los costos e ingresos y, en fin, un régimen político que garantice una salud o educación con ciertos estándares de calidad, definitivamente está aplicando políticas que transforman de manera radical la situación precedente. Ahora, los trabajadores se movilizan y deciden nuevas posiciones y en el proceso se han llenado de gloria, de coraje y de ímpetu. Ahora, los trabajadores regresan a sus fábricas, a sus factorías, a su Patria, la grande. Levantan esfinges en honor a los grandes luchadores y les ofrecen exequias, flores en abundancia. Ya no están dispuestos a legar a las generaciones por venir solo lágrimas. Reflexionan y participan, se ocupan y preocupan.

Una vez más, la realidad nos demuestra que la oportunidad de avanzar es concreta a pesar de la resistencia y lucha de las élites. Las dificultades no son pocas y los tiempos apremian. Esta resistencia de los dominantes es una resistencia a marchar a la par de la historia, del desarrollo, la modernización de las formas de vida del trabajador, de los regímenes y de nuestros Estados. Ellos son los irracionales. Entonces, este es un tema de tácticas y de tiempos políticos, es un tema de decisiones, de racionalidad, de aceptar los errores de cada uno, es un tema de reconocer el fracaso histórico del modelo vigente, del Estado de acumulación capitalista. Es un problema también económico, cultural e ideológico, de lucha de clases en la que cotidianamente se juega la satisfacción de las necesidades de unos y de otros. La situación es esa en los países donde domina el gobierno neoliberal. ¿Que sucedería si los gobiernos neoliberales que persisten se decidieran a democratizar la estructura sindical y partidaria? ¿Qué sucedería si tuvieran que enfrentarse con la maquinaria empresarial al plantear, por ejemplo, una reforma impositiva progresiva? En este caso, la democratización sindical o la reforma impositiva progresiva es un tema radical desde su mismo núcleo porque violenta viejas estructuras de raigambre reaccionaria y de poca o nula representatividad. ¿Qué sucedería si

los sindicatos y las cámaras de empresarios en esos países dejaran de ser todo un actor político de presión y volvieran a representar las necesidades de los trabajadores? En realidad, el nivel de participación de la fuerza de trabajo en el ingreso de un país es constitutivo a la creación de un sólido mercado de consumo interno para el desarrollo nacional, entonces, la democratización de las instituciones y las organizaciones que componen el régimen no es solo un problema político de representación sino que es además un problema moral, ético, institucional y económico. Urge la pregunta: ¿si llevar adelante esta reforma no es una revolución qué lo es? ¿Qué sucedería en esos países si se planteara una auténtica reforma de la ley donde ésta represente los intereses de la mayoría conciliándose con la representación política de las bases? ¿Qué sucedería si se planteara una reforma que no distorsiona la voluntad popular? ¿Si esto en verdad no es una (*r*)evolución y si esto no es radicalismo político qué lo es?

La historia está de nuestro lado, la razón y la fuerza también lo están. Los recursos están de este lado. Somos los que mejor provistos estamos de recursos y espacio físico, de capacidades humanas y culturales. Por eso, es necesario frenar la depredación constante a que nos conduce necesariamente el Estado capitalista. Por eso, es necesaria la movilización que vaya tras los intereses que son funcionales al radicalismo y denunciar el reformismo como final, el de los sectores medios que siempre, en el momento de las grandes decisiones nacionales, de quiebres y de rupturas, son timoratos en acceder al poder porque siempre les horrorizó la movilización de los trabajadores (como si ellos no lo fueran) o el auge de movimientos sociales de base. Se intentó también desgastar la legitimidad inherente de la protesta y las movilizaciones de los trabajadores bajo el discurso del realismo político. Inclusive, llegaron a criminalizar la protesta, la pobreza y la exclusión a través de la aplicación de leyes anti terroristas a los disconformes. Un caso paradigmático es el trato que los regímenes neoliberales tienen con las demandas de los indígenas a quienes aplican la represión feroz. Este desgaste empieza en la definición de las demandas de los trabajadores. Es decir, regímenes de esas características responden a las demandas sociales y políticas, a todas las demandas de los trabajadores por sus derechos, como si formaran demandas por privilegios y con ello se evitan respuestas, resoluciones universales, es decir, para todos. Por ejemplo, esto obliga a los sindicatos u organizaciones de toda índole a acercarse al poder de modo estratégico y por eso, finalmente, son amigables, dialoguistas y sumisos. Si el juego no se acepta, esa organización no percibe los subsidios y privilegios que otorga la sumisión al poder. En cambio, *lo popular*, como representante de los más postergados, es difícil de criticar porque los trabajadores no vienen del mundo académico, no saben de teoría. Vienen del mundo de las necesidades urgentes. No pueden esperar porque

viven al día. Así, no es posible cuestionar las intenciones e intereses que con variantes intentan manifestar nuestros pueblos- desde el rol regulador del régimen político hasta el control y delimitación de la lógica del mercado, la nacionalización de recursos sobre los bienes comunitarios como la energía, el agua, la tierra, educación y salud porque nuestros países bajo sus batallas, cultura, avances, retrocesos, victorias y fracasos hacen lo que pueden. Lo que resulta evidente es que salida posible estamos dispuestos a plantear, por qué medidas estamos dispuestos a movilizarnos para orientar la realidad en términos de justicia, redistribución de la riqueza, por la democracia, la profundización de los derechos formales, el progreso y la inclusión.²

Por ejemplo, lo que sí resulta evidente es que la experiencia chilena durante el régimen político de la Unidad Popular nos mostró que de nada vale la legitimidad institucional, el respeto de las leyes y reglas democráticas, las propuestas claras, las manos limpias, los grandes ideales, la transparencia y el progresismo, frente a los implacables combates librados por el imperio de turno y sus representantes locales cuando de defender sus privilegios y granjerías se trata. Lo que sí resulta evidente es que la experiencia chilena durante el régimen de la Unidad Popular nos demostró que resulta imposible hacer auténticas reformas en el contexto democrático formal- reformas que busquen superar la naturaleza capitalista del Estado- sin una amplia mayoría estable, bien organizada y en un contexto regional solidario que se traduzcan no solo en manifestaciones de apoyo sino, además, en metas comunes. Lo que sí resulta evidente es que los dominantes quedaron estupefactos ante el hechizo de los trabajadores, ante las hazañas de los nuevos hombres, de sus cantos y reivindicaciones. Cantan los trabajadores unos al lado de los otros, extasiados y el canto triste ya no es capaz de dañar la razón, sus corazones. Quedaron estupefactos frente a la lucha de los postergados y marginados. Permanecieron estupefactos porque los trabajadores añoran el respeto, la ley, las conquistas, los derechos y la democracia hasta las últimas consecuencias. Entonces, lo que sí resulta evidente es la búsqueda de una estrategia inclusiva y de formación de un régimen de concreción de una mejor calidad de vida

² El reformismo de los sectores medios paga por sus múltiples errores y por su deficiente manejo del régimen formalista que conlleva una infinidad de consecuencias políticas relacionadas con su gobernabilidad mediocre y espuria. El *clientelismo político* (que antes permitía avanzar a la cabeza de las diversas aspiraciones sociales) ahora confronta con sus límites, impuestos por una sociedad disgregada. Desde ahí, se entienden las continuas dificultades de los dirigentes sindicales para mediar entre las empresas y sus compromisos políticos y las necesidades de las bases que dicen representar. La estructura comunicacional y política típica de este reformismo, la estructura conformada por el gobierno, los partidos tradicionales y los sindicatos, también tradicionales, se encuentra obsoleta y cuestionada en muchos espacios y sitios.

posible para el pueblo. La teoría surge del conflicto, de las resoluciones de la historia de los trabajadores, de sus reales luchas y necesidades.

Las crisis (en la medida que no alteran la naturaleza capitalista de las relaciones comerciales globales) no cambian la distribución del poder, la lógica y toma de decisiones de los centros de poder en el sistema comercial global. No cambia tampoco las razones, las instituciones de los centros económicos que son hegemónicos. No es una sorpresa porque es bien utópico creer que las normas de la globalidad en términos del neoliberalismo, el comportamiento de los actores y sujetos globales como el Fondo, cambien en el sentido de subordinar los intereses de los dominantes en beneficio del bien común. Bajo ningún aspecto es viable que estos actores globales cambien para impulsar siquiera el desarrollo de las economías periféricas. Muy por el contrario, éstos siempre pretenden que sean esas economías las que paguen los costos de las crisis cuando son los centros de poder globales quienes las generan a través de sus preceptos, políticas de liberalización de las finanzas. De ahí que el desarrollo y crecimiento económico, el saneamiento de nuestras economías, el impulso de un proceso de industrialización bajo la égida de la tecnología que es conveniente, conveniente a nuestros intereses y nuestras estructuras, de acuerdo a nuestra cultura y nuestro medio ambiente, el respeto por éste, el mejoramiento de la calidad institucional de nuestros regímenes políticos depende de nuestros pueblos. Depende de las formas en que seamos capaces de movilizarnos tras esos intereses y los objetivos de mediano y largo plazo. Son los trabajadores, esas mayorías de descamisados, de los excluidos y marginados, también los que se encuentran incluidos en el mercado laboral, los indígenas, somos todos los llamados a movilizarnos tras las metas del bienestar, el mejoramiento de nuestra vida y realidad.

El proceso histórico de construcción de la realidad depende de un despliegue soberano de nuestros recursos, de nuestras vivencias, de nuestro sistema de tecnología conveniente que nos ayude en el diseño, en la teoría y en la praxis, de las estrategias de acumulación y producción, del desarrollo y transformación de la realidad. Una vuelta a los '90, a las políticas pregonadas solventadas y defendidas por el Fondo o el Banco Mundial, es volver a los grandes fiascos y fracasos de un pasado no tan remoto, de un pasado signado por la miseria, por las dictaduras del capital, por las disconformidades y los desencuentros entre las mayorías y sus opciones de poder. Un pasado que en nuestra región no puede ni debe volver a repetirse porque la producción y el empleo, la inclusión social, el mejoramiento de la calidad del trabajo de los hombres, de los asalariados, de la educación y la salud y del hábitat depende, en fin, del ejercicio de la soberanía y hegemonía popular en todo sentido. Nos es necesario conquistar el comando, las directrices y matriz del destino nacional y así seremos pueblos soberanos y trabajadores más satisfechos. En

el proceso de desarrollo de nuestras capacidades y en el uso de los amplios recursos que disponemos, en el mejoramiento del empleo, del pleno empleo o de la vivienda más digna, la defensa irrestricta del trabajo bajo los términos de la primacía del derecho a la vida, a través de los procesos industriales con tecnología que es conveniente y la soberanía nacional y popular, tenemos las directrices y paradigmas primeros que nos conducen a ese crecimiento y ese desarrollo. Es pagar un precio muy alto seguir defendiendo, en el mundo de hoy, regímenes que se sustentan en políticas que defienden otros intereses, el de los sectores y grupos dominantes, intereses que son extraños al bien de los trabajadores. Extraños, confusos, inciertos, tensos, reaccionarios y rígidos. Esos intereses tensan, presionan desde todos los ámbitos, los mejores valores del hombre, la dignidad de esa especie histórica que llamamos humanidad y que desde tiempos inmemorables busca mejores formas de convivencia entre todos. Detrás de esos intereses además hay mucho temor, existe también una fe enorme en que la ciencia empírica y su positivismo, que la razón científica y tecnológica consiguiente resolverá nuestros problemas. Sin embargo, detrás de esa fe solo hay procesos que malogran incansablemente los sentimientos más profundos del hombre y sus derechos humanos. Detrás de esta fe de los neoliberales, de su automatismo del mercado, lo humano propiamente dicho, el hombre material y espiritual, el ser genérico, el espacio de los afectos, el respeto por los otros, de la relación y la comunicación, quedan finalmente relegados a otras épocas, a los valores de los irracionales, los nostálgicos. Todo esto queda exacerbado, se extrema, con el surgimiento de las crisis que combaten directamente los valores de la vida. En nombre de la crisis y de sus posibles soluciones, la vida del hombre es desplazada y reemplazada pero, al mismo tiempo, el arte de dominio de los grupos dominantes se resquebraja en innumerables lenguajes y conceptos que se fragmentan. Bajo las presiones de las crisis, nacionales o globales de diversas características, en su historia, cada pueblo, realidad y verdad, enfrenta ciertas circunstancias y encrucijadas sobre la vigencia o no de los valores que cimientan la existencia de todos. En este sentido, las crisis son motivos de replanteos de nuevos paradigmas y otras formas de pensar las estructuras del régimen político en cuestión. Por eso, este momento particular de la historia del sistema comercial globalizado, nos permite conocer si estos valores, si esos paradigmas y teorías e intereses mantienen o no su validez.

Cada actor político plantea sus verdades y sus formas de reacción de acuerdo a su propia consecuencia, ideología e intereses frente a las tomas de decisiones del régimen político en relación a las crisis. De acuerdo a cómo sean estas acciones, de las posturas, estrategias políticas de los trabajadores de un país, de sus conciencias, éstos procederán de manera solidaria o no, responsables y portadores de cierta esperanza, mitos o sueños compartidos o,

muy por el contrario, serán insensibles y apáticos frente al sufrimiento de sus semejantes e individualistas ante las experiencias- materiales, existenciales y espirituales- de los otros y consecuentemente solo serán capaces de ver el porvenir dentro de un horizonte particular, individual y egoísta. Es la antigua lucha entre la solidaridad social (el ser genérico, el humanismo y lo popular, la soberanía nacional, la participación de los trabajadores y de las bases) y el individualismo representativo del elitismo, de la dependencia, la exclusión y la participación de la mayoría a través de mecanismos de coerción política, económica y cultural. Todas estas tomas de posición son posibles frente a las crisis pero no todas las opciones son deseables en la búsqueda de un proceso de humanización de las costumbres y las relaciones sociales en general. En este punto, al humanista le es necesario plantear las formas del ser frente a las otras maneras individualistas y egoístas defendidas por el neoliberalismo dominante. Se trata de la abolición de las injusticias que nos carcomen y nos revelan, que nos gritan y desafían a combatir y, en verdad, la única forma de acabar con éstas de manera perdurable es a través no solo de la rebeldía del trabajador como conjunto, sino de nuevas formas mucho más humanas, de conducta personal de todos. De cambios en nuestras aptitudes, en las formas en cómo defendemos la ética, cómo polemizamos y cómo nos relacionamos con los demás en la vida cotidiana. De cómo somos capaces de resistir para cambiar las cosas. De cómo somos capaces de ser uno mismo. Eso nos ayuda a ser mejores personas, nos ayuda a vivir. Nos ayuda a convivir con los otros, mejorar nuestras relaciones. Precisamente por eso es necesario equilibrar la balanza de nuestra humanidad. Exigencia, trabajo, conciencia, movilización, compromiso y participación política desde el lugar que nos corresponda. Consecuencia y saber. Libertad, humanismo, responsabilidad y esfuerzo pero sobre una base de aprendizaje, de cultura popular y combate. Hay que emitir, luchar por mensajes claros. Es necesario endulzar y mejorar la realidad. Así habrá menos resentimiento y menos pavor, menos inanición, más esperanza, otro sueño. La rebeldía también se dirige a nosotros, a nuestra aptitud y esto nos desafía a formar un hombre auténticamente humanista desde todos los puntos de vista. La rebeldía se dirige contra lo que hace el neoliberalismo contra todos, o sea, es rebeldía dirigida a la destrucción y superación de todo el catálogo de los valores de Occidente y de la razón instrumental de dominio que contiene un régimen de poder que contradice el bienestar común. Hay que entender el peligro que entraña el lenguaje, los conceptos, los valores y las tesis, los adjetivos y verbos dominantes. Cuando el hombre entienda que la palabra no es el objeto, cuando entienda que existen abstracciones como los conceptos de *libertad*, *justicia* o *democracia* u otro eslogan que no son solo palabras porque los dominantes las envuelven bajo determinados valores afectivos, bajo una razón, y que cada civilización, cultura y grupo humano

tiene sus nociones respecto a esos conceptos que forman el lenguaje de cierta época histórica, ahí habremos dado un tremendo salto adelante.

Por otro lado, se plantean algunas interrogantes en relación al tema. Por ejemplo, ¿podemos regular, en este contexto, la cultura popular, es decir, plantearla desde un aspecto más ético? ¿Los trabajadores serán dogmáticos o flexiblemente racionales? ¿Hablaemos en nombre propio o dejaremos que otros digan por nosotros? ¿Seremos leales al dogmatismo o a un pensamiento un poco más crítico, cambiante y modificable a través del tiempo, de acuerdo a las exigencias de bienestar del trabajador como clase? Cuando entendamos la imposibilidad de las verdades que son absolutas, cuando la verdad de las teorías y de los paradigmas las entendamos desde una perspectiva de poder, de un lenguaje y gramática de dominio o resistencia, antes que desde una visión esquemática, conservadora y formal de la razón, de supuestos valores objetivos, entonces, el espíritu y la materialidad del hombre podrá aprender las analogías de las estructuras del dominio, de todas las cosas y de los mitos que forman los intereses dominantes. En ese momento el autoritarismo y el sectarismo, la exclusión y explotación del trabajador irá desapareciendo de la civilización humana. El lenguaje, la gramática, el verbo y los sustantivos, las preposiciones y proposiciones, las disyunciones, los conceptos y las palabras dan vida y hasta reivindican los derechos de los trabajadores. Sin embargo, hay otras palabras que nos conducen a la muerte de la conciencia. Conducen a la destrucción de los valores, a las aberraciones del hombre, a grandes y monstruosas matanzas y a las falacias de la historia y la convivencia. Esos discursos y políticas que nos conducen a la aberración son los que no reflexionan o, mejor aún, reflexionan de manera automática y lo hacen sobre el instante, el momento y así el contexto queda definitivamente violentado. Esos discursos, que basan su ecuación en el clima fugaz del instante, siempre pretenden tener la razón. Entonces, una de las grandes falacias de la historia de la humanidad es atribuir a estas catástrofes causas individuales, atribuir las al egoísmo y ambición, a las locuras de un líder o de una dirigencia política. El egoísmo, la ambición y la corrupción de los valores suceden todos los días, en todos los ámbitos y en todos los regímenes pero el más grande genocidio de opositores, por parte de las dictaduras de seguridad nacional, de los judíos por parte de los nazis y ahora de palestinos bajo la ocupación sionista, jamás fueron hechos en beneficio o en provecho de algún individuo, de un líder, sino de una causa, de alguna distorsionada religión o credo, de cierto mentado ideal. El arte de lo posible debe así nutrirse de las mejores palabras, de otra gramática del poder, de las luchas y combates en beneficio del bienestar, más aún en momentos de crisis.

Son las crisis las que nos enfrentan a estos cambios y a estos desafíos. En los regímenes que se dicen democráticos, el empleo del trabajador como

fuerza laboral es central. Es una cuestión de valores, una cuestión estructural que debe movilizarnos ante las disyuntivas y los desafíos que nos plantea su resolución. Es el pleno empleo quien asegura primariamente la primacía del derecho a la vida en toda su amplitud. Ahí está el origen de la lógica del humanismo militante, en las nuevas relaciones de producción, acumulación y distribución de los beneficios sociales. Es así porque el empleo reinserta a los trabajadores devolviéndoles parte de su dignidad. La inclusión, que es muy distinta de la exclusión, mejora la convivencia democrática, las relaciones de poder, distribuye mejor los beneficios y los resultados económicos de los productos que son de todos, de carácter social. Consolida mejores derechos porque tiende a la igualdad de oportunidades e incorpora a los trabajadores a un mayor bienestar. El pleno empleo, como reaseguro del humanismo y del radicalismo, es la garantía para un régimen más noble y menos mítomano. El desafío es construir y defender los puestos de trabajo. Esto nos pone frente a la prueba de demostrar que los regímenes populares, de grandes, nuevos y nobles cambios y transformaciones, no son simple resultado de la casualidad o de la debilidad de los dominantes sino de las nuevas formas que adquiere la participación de las mayorías. El destino, el rumbo trazado por los pueblos no es parte de una obra más o menos abstracta porque detrás de las formas de vida, de la lógica de las decisiones tomadas por los regímenes políticos de pretensiones democráticas, existe una deliberada política y proyecto que respeta y defiende algunas convicciones y no otras. Estas convicciones se corporizan en el accionar del régimen político, en nuestras aptitudes también, en la defensa prioritaria de las fuentes de trabajo, en la búsqueda del pleno empleo de las fuerzas productivas en beneficio de todos. Por lo mismo, en momentos de crisis, los desafíos son mayores y las responsabilidades son mucho más concretas. Es necesario preguntarse de qué manera se evidencian y rastrean las relaciones de dominio en el régimen. Lo hacen a través de la exclusión del trabajador, a través del miedo a perder las fuentes de trabajo, a través de la pobreza y marginación. Por eso, la defensa del trabajo obliga a todos en especial a los empleadores. Les obliga a trabajar con mayor sensatez y responsabilidad social. También la empresa privada tiene una tremenda responsabilidad social en la producción, en la generación de empleo digno, en la capacitación y bienestar de los trabajadores en general. El gobierno y el sector público son fundamentales porque éste debe tomar las decisiones correspondientes para que las empresas se comprometan en el bienestar de los trabajadores y se aboquen a la producción, inversión y el rol prioritario que le asigna un modelo de inclusión y de desarrollo del mercado y consumo interno a partir de fortalecer la demanda agregada. El régimen político tiene que cumplir el mandato de protección de las fuentes de trabajo, del interés general porque es este bienestar el que siempre queda comprometido ante el

genocidio político, económico y social de las medidas aplicadas por el grupo que responde y que representa a los clanes familiares dominantes. El trabajo es el centro de la política porque implica la primacía del derecho a la vida, de mayor bienestar, mejor salud y educación y por eso es tan necesario procurar las garantías que hagan de éste la dignidad de todos.

Tendríamos que ser los trabajadores los que decidamos cuáles son los valores y conceptos propios, las políticas públicas, sus tendencias y metas o valores más importantes, el grado de bienestar social y la satisfacción de cuales necesidades y no otras. Para eso, es necesario hacernos con los centros del poder de decisión para gestionar en propio beneficio y no desviarnos del fin que nos urge que en fin tiene que ver con una amplia humanización de las relaciones sociales. El humanista es un artista del poder y de la resistencia, es quien todo lo puede porque además es el creador de las mejores directrices relacionadas con el bienestar de las mayorías, con la mejoría concreta de las condiciones de vida del hombre. Es verdad, nace imperfecto, sus conquistas y estructuras políticas lo son pero precisamente por eso debe reinventarse y redefinirse de una manera continua y constante. Por eso el humanista de por sí no es un dogmático a riesgo de caer en el ostracismo y en la impotencia que caracteriza y es propia de la mayor parte de esos grupos políticos que se definen a sí mismo como progresistas y en realidad no hacen otra cosa que racionalizar las formas de dominio de los clanes familiares que controlan nuestras vidas. Entonces, cada vez que el régimen toma ciertas decisiones políticas y no otras, cada vez que plantea opciones nos está educando para bien de los dominantes o para el bien de los trabajadores, de acuerdo a qué régimen político nos estemos refiriendo. En esa circunstancia, existir, decidir y coexistir es educar e influir y al mismo tiempo influir también es educar, es disuadir, es incidir y reorientar en favor de ciertos intereses que contradicen y aún niegan otros. Entonces, si entendemos que los procesos sociales en que se encuentran inmersos los hombres tienen que ver con relaciones de fuerza, con la imposición de una u otra forma de vida, el poder y la resistencia de los trabajadores implican el diálogo pero bajo ningún punto de vista implica el consenso con los dominantes. Implican negociaciones, valores y paradigmas propios. No olvidemos que precisamente es el autoritarismo el que, por todos los medios, evita el diálogo en beneficio de los trabajadores. El autoritarismo ordena desde altares que supone ampliamente mejores y aún superiores y se involucra con instancias y medios que parecieran indiscutibles, irrevocables y de pretensiones supremas.

Capítulo 2: Las dimensiones de las crisis del capitalismo.

Presiones estructurales al sistema comercial globalizado.

El sistema comercial globalizado en los términos neoliberales enfrenta continuas crisis de características fundamentales y estructurales, crisis que son masivas y extensivas a toda la aldea global que además no son solo económicas sino que también son sociales y políticas. El sistema comercial globalizado, como régimen político histórico, está en el más pleno apogeo de una seria crisis de representatividad, de exclusión de las mayorías de los beneficios del desarrollo, crecimiento y de sus máximas, una crisis de poder y hegemonía que así se expresa en una crisis de su propia razón instrumental de dominio. En consecuencia, esta nueva situación continuamente requiere de renovación, de formación y aparición constante de nuevos demonios, de las más catastróficas sonatas, del mal gusto, de mitos y fábulas cada vez más arrogantes e inverosímiles. En el Oriente Medio, la misma confusión, la crisis de identidad y de representación política, social y cultural mantiene en terapia intensiva al mundo islámico donde las fuerzas políticas secularizadas están en retirada ante al fundamentalismo religioso. Mientras tanto, el mundo no es capaz de plantear, por ejemplo, ciertas opciones y opiniones que sean válidas y sobre cuales tienen que ser las medidas que tienen que formar parte de un nuevo programa político que descomprima la situación de la realidad actual. La crisis permanente del sistema comercial, que es globalizado en base a las razones y premisas neoliberales, se expresa así en parámetros que son plenamente concretos. Existen, una serie de tendencias y fenómenos de crisis del sistema comercial globalizado que nos anuncian otras estructuras y determinantes cambios en las propias reglas a nivel del sistema mismo.

En primer lugar, la relación de fuerzas establecida en la lucha entre los actores políticos que tiene que ver en cómo y bajo que tipo de parámetros se determinan los costos y niveles de los salarios, es decir, de la venta y compra de la fuerza de trabajo calculado como promedio en el sistema comercial global. Lo que puedo decir al respecto es que las zonas más periféricas del sistema comercial globalizado, donde la fuerza de trabajo es menos costosa, es más alienante, donde existe otra disposición de los cuerpos, de las almas sojuzgadas, otras superficies, causas y efectos y donde la miseria, los sueldos y los derechos no alcanzan, son parte de las áreas donde precisamente buscan establecer sus procesos productivos las transnacionales por las condiciones ventajosas que tienen para esa producción en relación a los costos laborales. En otras palabras, en los países donde los salarios en dólares son menores, donde los derechos laborales son prácticamente inexistentes y donde con más

fuerza se logra aplicar la flexibilización laboral, siempre en beneficio de los intereses más concentrados, es donde esas corporaciones deciden invertir en la producción de sus bienes dados los menores costos laborales que involucra esta realidad. De esto se sigue que, en el más largo plazo, los trabajadores de esas nuevas zonas industriales, de bajos costos que favorecen la inversión de las corporaciones, buscan otras formas de organización política, sindical y de creación de otras maneras que permitan a esos mismos trabajadores mejorar las negociaciones colectivas sobre derechos laborales, niveles de salarios y calidad de vida. Con esto la política de presión y de movimiento constante de las transnacionales, en relación a esa política de ubicar, migrar y de reubicar sus procesos productivos en las zonas periféricas de la aldea global (donde las conquistas laborales y los salarios de los trabajadores son más bajos) va perdiendo eficacia porque una de las fuentes primarias de los salarios bajos, de la miseria y de la vida que ya ni siquiera es un argumento, en realidad, es un proceso estructurado en base al reclutamiento de inmigrantes que vienen de áreas rurales y que generalmente ingresan por primera vez en el proceso productivo capitalista. En ese sentido, ellos están dispuestos a recibir salarios más bajos porque ese ingreso neto es de hecho más alto del que recibían con anterioridad, como peones rurales. Son sectores sojuzgados en extremo, sin artículos de fe, desarraigados social y políticamente, de forma que no tienen ni cuentan con maneras eficaces de defensa de sus propios intereses y estilos de vida. Sin embargo, al pasar unos años de trabajo, esos antiguos jornaleros inmigrantes, ciertamente son incorporados al mercado laboral lo que implica que, de ahora en más, empiecen a presionar por niveles salariales mucho más justos en paralelo con los demás trabajadores de otras zonas y rincones del sistema comercial global. En este caso, en el que nuevamente se encarecen los costos laborales por los derechos logrados por los trabajadores, la única opción de las transnacionales es una nueva migración, es decir, una nueva reubicación de los procesos productivos que otra vez están a la caza de las zonas con trabajos y derechos mucho más precarios. El problema para los grupos dominantes es que esas formas de conducción de la lucha depende de que siempre, en todo momento y en cada lugar, existan nuevas zonas, dentro del sistema comercial global, en el cual reubicar los procesos productivos y éstos, a su vez, depende de la existencia de un sector de peones rurales que, sin embargo, están en extinción. Una vez que el proceso de urbanización se complete a nivel del sistema comercial global, cuando ya no se pueda echar mano de ese ejército de trabajadores y peones rurales que son de reserva, cuando esto sea una verdad, la única opción real de las transnacionales será continuar con la lucha de clases ahí donde se produce, sin posibilidades de reubicarse y así las probabilidades están contra los intereses dominantes.

Otra de las presiones que son estructurales y que definen las crisis del sistema comercial globalizado bajo las máximas neoliberales, tiene que ver con los costos de los insumos materiales relacionados, por ejemplo, con los desperdicios tóxicos e industriales de las materias primas y de los procesos productivos de esas empresas. En ese sentido, el tratamiento de las materias primas produce una serie de desechos y de desperdicios y si son tóxicos éstos deben ser eliminados de forma segura para la salud y cuidados del entorno. Pero, las transnacionales buscan minimizar esos costos de eliminación de los desechos y generalmente estos terminan vertidos en lagos y ríos, en el mar del apetito de la utilidad del capital global. Las toxinas y los desechos así se convierten en contaminante de los alrededores, violentan el ambiente. El problema es que esa solución solo funciona mientras existan áreas no usadas donde verter los desperdicios y las toxinas. ¿Cuáles son las alternativas al respecto? A nivel del sistema comercial globalizado, los regímenes pueden emprender una campaña global de limpieza de los recursos del ecosistema y de una renovación orgánica, sin embargo, esto no es posible mientras exista una fuerte irracionalidad del sistema. No lo veo posible dada la globalidad que moldea el neoliberalismo bajo sus formas de vida. Además, los recursos financieros y económicos, las fuentes de tributación para esa campaña de limpieza y de concientización solo pueden venir de dos sectores centrales, es decir, de las transnacionales que causaron el daño ecológico o de los demás, de nosotros. En el primer caso, las presiones sobre los niveles de la ganancia de éstas serán muy fuertes pero, en el caso de que nosotros nos hagamos responsables, las cargas fiscales aumentarán de manera significativa. Eso nos muestra los ponderables económicos del problema ambiental. Entonces, siguiendo este razonamiento, no veo ningún tipo de solución a las cuestiones ecológicas, de contaminación y de agotamiento de los recursos dentro de la estructura de este sistema comercial globalizado bajo la tiranía de la especulación y de la acumulación privada del capital. Desde esta perspectiva, otra tendencia, que es de carácter apocalíptico respecto de la estructura y formas de vida, respecto de la razón de los neoliberales y su concepción del desarrollo, se relaciona directamente con el tema de la tributación, de los impuestos. En ese sentido, en la medida en que los trabajadores adquieren una mayor conciencia de sus derechos y que, por ejemplo, definen como democratización del régimen la respuesta dada por esas estructuras a las demandas relacionadas con sus intereses como asalariados, demandas relacionadas con conquistas cada vez más universales y que tienen que ver con los reclamos populares de una mejor y fundamental salud, de educación como instrumento para la creación de oportunidades para todos y como un válido instrumento de ascenso social, de jubilaciones que nos permitan una feliz vejez, seguros de desempleo y de seguridad social en toda su amplitud

(...) los gastos del régimen son mayores. El problema es que estos de alguna manera tienen que financiarse.

Lo anterior se traduce en el aumento progresivo y permanente de las tasas de tributación en la mayoría de las zonas de la aldea globalizada. En el largo plazo, bajo la óptica del racionalismo de los neoliberales, lo concreto es que esos niveles de tributación interfieren con la posibilidad de acumulación del capital. Por eso, los sectores y grupos dominantes perciben las crisis de los regímenes políticos a través de una crisis fiscal y así ejercen presiones, a través de los organismos de crédito, contra los países más castigados para que reduzcan los impuestos, el déficit fiscal y se comprometan en un fuerte proceso de ajuste económico y fiscal. La contradicción se presenta en las circunstancias de que mientras existe un fuerte respaldo político e ideológico de los trabajadores en relación a las conquistas sociales, de mejoramiento de la infraestructura educativa y de sanidad, de jubilaciones, de mejoramiento de la calidad de vida y otras medidas, existe también un fuerte respaldo a la reducción de impuestos. Estas contradicciones el régimen neoliberal no es capaz de resolverlas en el largo plazo porque representan, ante todo para la razón instrumental del dominio neoliberal, un gran costo para la acumulación privada del capital. Digo que el neoliberalismo una vez más no está a la altura de las circunstancias porque para éste las conquistas y derechos de los trabajadores representan un costo mientras que en el humanismo antes que hablar de costos hay que hablar de inversión en especial cuando se trata de esos servicios y bienes que por definición son públicos como la educación, la salud o el transporte. En consecuencia, esos bienes y servicios tienen que financiarse con el trabajo y el desarrollo de todos los hombres.

Existe una cuarta tendencia, presión o tensión que se relaciona también con lo anterior en el sentido que tiene que ver con la democratización, o sea, con la realización más o menos acabada de los derechos y demandas de los trabajadores que así quedan incorporados en el acervo cultural, político e ideológico del régimen. El punto es que la democratización y la concreción de las demandas populares se traduce políticamente en una curva ascendente que favorece la redistribución de las riquezas, los beneficios, las ganancias y las utilidades que son socialmente generadas. Este proceso de redistribución de la riqueza, de las ganancias y de la igualdad de oportunidades, que implica la aceptación de políticas públicas que busquen mejorar la calidad de vida de los trabajadores, también son medidas poco populares para los dominantes y por eso, progresiva pero ininterrumpidamente, el neoliberalismo libra las más cuentas luchas en la necesidad de limitar esa redistribución. Es que en el largo plazo esa redistribución de la riqueza afecta la acumulación del capital en manos de unos cuantos privilegiados. De esta manera, a través de los más diversos mecanismos de coerción social y política, sean directos o indirectos,

buscan frenar la defensa de los intereses de la mayoría, haciendo su aparición la exclusión estructural como un fenómeno de exclusiva responsabilidad del neoliberalismo. La tensión se produce porque si bien el propio régimen y las políticas y acciones públicas redistributivas, que son características de un régimen benefactor, refuerzan la dominación, es decir, la hacen más racional, más soportable y lógica, a su vez, limita la acumulación en los términos de depreciación extrema impuesta por el régimen neoliberal. Entonces, se sigue que en el corto, mediano y largo plazo (aunque las fuerzas más reaccionarias se hagan con grandes victorias en los frentes de batallas) las limitaciones que se imponen a la redistribución de la riqueza y a la negación de las conquistas materiales históricas de los trabajadores, terminan por minar el dominio y el control del racionalismo neoliberal. En otras palabras, una redistribución más o menos equitativa, justa e igualitaria en los términos del régimen político de bienestar puede reforzar la razón de dominio y control pero, por otro lado, una redistribución más regresiva y reaccionaria, en los términos del régimen neoliberal, hacia arriba y que además excluye al trabajador, necesariamente en el largo plazo revela todos sus mitos y su falso humanismo y dogmas. De ahí es posible explicar la enormidad de fábulas que componen la utopía del neoliberalismo.

Estos mitos y fábulas, cada una de estas presiones y tensiones forman, a grandes rasgos, las manifestaciones más concretas de las grandes presiones y las tendencias estructurales que definen la realidad de crisis del sistema comercial global que nos desafían a pensar en un proceso de transición que plantee otras estructuras en el ámbito global. Graves tendencias, presiones estructurales que juegan contra la capacidad del capital para continuar con su proceso de acumulación en los términos depredadores en que lo entiende el sentido común de los neoliberales. Estas presiones y tendencias se exacerban debido también a la pérdida de legitimidad y de consenso de los regímenes como estructura de poder en la que la razón neoliberal tiene mucho que ver. Las premisas que se nos revelan en toda su experiencia histórica son que los regímenes políticos son un elemento vital, un elemento primario en relación a la capacidad de los capitalistas para acumular capital, reforzar su lógica y cada una de sus divinidades, arcángeles y demonios. Los regímenes políticos nacionales vuelven posible la forma legal, política, comercial y económica de desarrollo y evolución de los monopolios que forman las fuentes primarias de la acumulación de capital. Sus transnacionales juegan un rol de fuente primaria de ingresos, de acumulación, despliegue y acumulación de fuertes utilidades. Son los regímenes políticos los que hacen posible esta situación porque, entre otras medidas, domesticar racionalmente a los trabajadores ya sea a través de la represión o del apaciguamiento. Este proceso también nos revela el estado y condiciones de la lucha por la hegemonía. A su vez, la

complejidad de la razón neoliberal pero también los mitos y fábulas que la forman, nos muestran la complejidad de las batallas que son libradas en beneficio de la primacía de unos o de otros derechos. En consecuencia, es en esta realidad donde hay que analizar el sistema comercial global, es decir, en un contexto de crisis que es ideológica y de sentido, en un contexto de gran exclusión, de retroceso absoluto de las conquistas democráticas- incluso de los derechos formales- para plantear cómo nos deshacemos de sus dogmas y visión de la globalidad.

Hoy como ayer nos enfrentamos a un contexto de crisis en el arte y en el discurso del peor estadista, una que se inspira en una tenebrosa musa, en marchas, cánticos fúnebres y pasiones desenfadadas, un contexto de crisis global que se manifiesta en la pérdida del poder hegemónico de Estados Unidos y que se manifiesta, de una o de otra manera, en la aparición de actores globales que están más ligados a la democratización y la inclusión de todos, que también se manifiesta en la aparición de otros actores ligados al fundamentalismo religioso preferentemente en la zona del Oriente Medio y en la emergencia de otros actores y potencias emergentes. En otra época, esa que se caracterizó por la Guerra Fría, cuando las luchas por la hegemonía eran menos aguda, cuando las luchas estaban delimitadas por las máximas de la razón instrumental del sistema, los frentes de batallas parecían más claros y estaban mejor delimitados bajo la lógica instrumental y reglas de disuasión. En ese contexto era más probable hablar de movimientos contra sistémicos en su interior. Esos diversos movimientos contaban con un arte de poder más definido en relación a las organizaciones terroristas de hoy. Por ejemplo, tenían un proyecto, ideas, máximas que se pretendían alternativas, incluso conocían los significados de sus posturas y tenían al enemigo frente a ellos. Lo mismo puede decirse respecto a los movimientos que defendían el estatus, el orden y la guerra fría que imperaba. Sin embargo, lo que las crisis actuales nos revelan con su representación más destemplada, sarcástica, descuidada, fría y políticamente indiferente, es que la crítica no hace a las certezas. Nos muestran las periódicas crisis de los neoliberales que la visión de la lucha fue errónea porque los ideales, los movimientos y organizaciones políticas se circunscribieron dentro de la lógica de la primacía del derecho a propiedad. La izquierda de esa época intentó la lucha contra la razón y naturaleza del Estado capitalista y su régimen pero siempre estuvo bajo su yugo al no poder desvincularse de las formas en que esa razón planteaba el desarrollo, las formas de producción y de distribución de los productos y principalmente las formas de propiedad. Así, los oponentes no eran auténticos adversarios y los aliados y amigos muchas veces no fueron los reales aliados y amigos. Los hombres adherentes al progresismo e izquierda de esa época se comportaron con poca habilidad, al igual que hoy. Por lo mismo, es urgente la formación

de nuevos movimientos y otras organizaciones que trabajen con un arte de poder que termine con las estructuras de la razón neoliberal y reivindique la vida del hombre. Un arte por lo posible que se deshaga de las peores dudas, de las maldades, del egoísmo, de la inoperancia y del reformismo como falsa práctica de lucha, de las causas y circunstancias mismas del arte dominante.

Las crisis continuas del neoliberalismo, tanto el día de ayer como hoy, siempre terminan siendo responsabilidad de otros en el sentido de que serían generadas y atribuidas a un exceso en el gasto público ya sea por parte de los organismos de poder globales o por los regímenes nacionales. Se supone que este gasto sería el detonante de un elevado déficit y de una exuberante deuda pública, todos problemas que dificultarían la recuperación económica de los países marginales. Además, bajo esa perspectiva no solo se hace responsable de las crisis a los pueblos que los padecen (que de todas maneras tienen que pagar los costos de su opción por el neoliberalismo) sino que se libra de culpa y pecado a la banca global y el régimen que solventa a ese nivel. En otras palabras, si bien el régimen tiene su responsabilidad política directa en las crisis, esa responsabilidad tiene que ver con la opción de haber apoyado y defendido un sistema altamente improductivo, falso e irracional como es el neoliberalismo que- también desde esa postura ideológica- busca desligar las responsabilidades que le competen a las estructuras comerciales y financieras globales. Esta opción olvida que la razón neoliberal- que siempre fue reacia a la redistribución de las riquezas- nos lleva a tener mayores desigualdades en la renta que repercute en la concentración de la propiedad en los países que insisten en el dogma dominante. Como consecuencia de esa deficiente matriz de crecimiento y de desarrollo de esos países, los trabajadores históricamente tienen menor capacidad adquisitiva lo que crea una economía del consumo basada en el crédito y especulación antes que en la producción de bienes para suplir las falacias que limitan la reproducción del capital. El problema es que esa es una matriz productiva y de consumo especulativa que lleva al colapso en todos los términos. Es decir, la economía de la especulación nos conduce a una reducción importante de la demanda agregada que reduce el consumo, enfría la economía y finalmente conduce a la recesión por el ajuste venido de parte de la oferta contra la demanda. Son esas características estructurales las que nos explican que, a pesar de que la deuda pública no sea en realidad tan abultada, surjan ciertas dudas en cuanto a la capacidad de pago de los países afectados. Entonces, el déficit fiscal no se debe al aumento del gasto o la inversión pública sino que se debe a los menores ingresos al sector público debido a la caída del consumo, de la producción, del ahorro, de la inversión y así también de la recaudación de impuestos para sostener el modelo.

Al plantear esos grupos de interés dominantes una política neoliberal se olvidan que las monedas de cada país representan determinados niveles de

productividad de la economía nacional. En consecuencia, no era lo mismo el euro para los alemanes o franceses que para los griegos o españoles, como tampoco puede ser lo mismo un dólar para Estados Unidos que para Ecuador. Al no contar con moneda nacional se renuncia a la soberanía monetaria y a sus instrumentos de política económica para resolver los asuntos y dramas de la mayoría. Hay que considerar que la productividad alemana es mayor que la de los griegos y por eso Alemania buscó mejorar su balanza comercial con una política salarial y precios restrictivos mientras los griegos buscaban aumentar esas variables. Al cabo de años esa diferencia en la productividad de los países de la zona euro acumuló una diferencia importante que trajo desequilibrios en la zona de la moneda común. Los griegos, los españoles, los irlandeses y portugueses tuvieron un serio problema de competitividad porque no podían devaluar y corregir los precios relativos por la inexistencia de moneda nacional. La alternativa de los ajustes y la reducción del gasto, si bien como siempre perjudicó en primer lugar al pueblo, era la única opción posible bajo la óptica neoliberal. Esta fue una situación muy parecida a Argentina en el período álgido del neoliberalismo, en plena convertibilidad y crisis, porque tanto ayer como hoy, no tenía que ver con la liquidez sino con la solvencia nada menos que del sector público en particular y del régimen en general y sus medidas neoliberales. Pero, estas crisis no alteraron los ánimos ni los intereses de los dominantes porque son procesos necesarios para captar y aún distribuir rentas y poder tanto a nivel nacional como global. En el caso de la crisis en Europa y en Estados Unidos se trató de salvar a los bancos a costa de la apropiación de los salarios del trabajador y sus conquistas históricas. La cuestión a la que se enfrentaron los países menos desarrollados de Europa tuvo que ver con la elección o no del régimen político popular como forma de convivencia democrática, es decir, si se reestablecía o no la competitividad del país apoyándose en el mercado, en el ahorro y consumo interno, en la redistribución de la riqueza y generación de empleo, para lo cual tenían que salir de la zona euro y devaluar. La reestructuración la deuda y crecer con los propios recursos como en su momento lo hicieron países como Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela luego del fracaso del neoliberalismo, era una opción. La otra fue la dominante- fue la neoliberal- o sea, defender un fuerte ajuste y la reducción del gasto en todos los niveles hasta restaurar la competitividad del régimen: los que se salvan son los acreedores y, otra vez, se privatizan las ganancias y se socializan las pérdidas de manera que el régimen no entre en cesación de pagos ni en la devaluación con lo que, con el tiempo los trabajadores pagan esa deuda.

En un contexto recesivo, de crisis, bajo ningún aspecto es razonable creer que el problema de la deuda se resuelve disminuyendo el déficit fiscal y los gastos corrientes del sector público. Por el contrario, lo más razonable es

buscar una estructuración de la deuda nacional sin las condiciones del Fondo. Además, implica una distribución de los costos donde también pierdan esos que irresponsablemente especulan contra el interés del trabajador. También se trata de eso, de defender unos u otros intereses y actuar en consecuencia. Pero, una vez más ellos no pierden y demuestran así el poder de presión que poseen en relación a los regímenes nacionales que son mucho más débiles. La misma falta de crédito nos muestra el excesivo poder de los actores que controlan los flujos de capital financiero. Es la banca quien, con sus acciones especulativas, crean burbujas que estallan y generan los problemas de falta de crédito. La cuestión es que, desde ese momento en adelante, empieza a crearse otra burbuja, la de la deuda pública. En relación a la cuestión social y al empleo (que están directamente vinculadas entre sí) en situación de crisis ésta continúa degradándose a pesar de la soberbia de algunos que insisten en la defensa del neoliberalismo. Otra vez la disyuntiva está relacionada con qué régimen estamos dispuestos a defender. Otra vez tiene que ser el centro del debate porque no es menor la ira y la frustración popular que con las crisis manifiestan los trabajadores. El cuadro crítico de ajustes pregonados por los organismos de crédito globales, las huelgas, manifestaciones y expresiones violentas se multiplican y se vuelven usuales en esos particulares momentos de crisis. Por eso, hay que insistir en la gobernabilidad y en la gestión de la democracia como régimen. La urgencia del debate se manifiesta también en que por el dominio de los neoliberales crece la abstención política. Esto nos revela no solo el descreimiento en los valores e instituciones democráticas sino la adhesión a diversos fanatismos políticos- religiosos basados en los valores de la discriminación, del racismo y xenofobia. En tiempos de crisis, otra vez es la pobreza la que domina y es la desesperación la que prima.

¿Quiénes son los pobres en este contexto de crisis? Los pobres son los campesinos siempre explotados por las corporaciones, por las distribuidoras, son las mujeres solas con hijos, los jóvenes precarizados, los jubilados que no pueden contar con la ayuda de sus familias y esas parejas con hijos viviendo con un solo sueldo porque hoy, en nuestros países, vivir con un solo sueldo no alcanza. También pobres son los que pierden el trabajo. En ese sentido, la violencia de las crisis se presentan de manera bestial, o sea, a través del desempleo, marginación y exclusión. La cuestión del deterioro de las conquistas y derechos del trabajador se plantea de manera bastante grave por las incidencias que las políticas neoliberales tienen como respuestas a las crisis y la relativa caída del régimen político de bienestar en los '70, con el auge de la globalización económica, financiera y especulativa que va en contra del régimen popular. El control del neoliberalismo se expresó en una nueva lógica de organización del trabajo a nivel global. El estatuto del trabajador y de sus conquistas históricas fueron degradadas en favor del

capital que desde ahora tendrá todas las de ganar a través de políticas de flexibilización laboral. La degradación del trabajador, sus contratos y la pérdida de conquistas laborales, agravó las desigualdades porque excluyó, de hecho, a un número cada vez más grande de trabajadores del sistema de salud, de la educación y en general del sistema de protección del régimen de bienestar. Los trabajadores son aislados del contexto nacional definido por los sectores neoliberales. Abandonados cada uno a su suerte, en feroz competencia de todos contra todos, el trabajador pierde paulatinamente los valores de la solidaridad de clase y pasa a vivir en una especie de jungla que desconcierta a sindicatos y organizaciones de bases- otrora poderosos- que se ven tentados a la colaborar con los patronos. Con el neoliberalismo la eficacia económica se convierte en la máxima preocupación y por eso ahora las empresas transfieren al sector público las obligaciones, normas y leyes de la solidaridad y contención. Por otro lado, como también el sector público en general se desentiende de esa tarea, son la aparición de las organizaciones no gubernamentales las que en parte buscan suplir esas crecientes necesidades. El problema es que a partir de la crisis del 2008 queda demostrado que ni siquiera en los países más desarrollados este tipo de régimen económico y político es viable en el largo plazo. También esa crisis nos demostró que los planes de austeridad (que exacerban los problemas y no resuelven nada) se aplican solo para satisfacer las exigencias y los intereses económicos de los actores financieros que precisamente fueron los grandes responsables de la crisis de entonces. En ese sentido, las recetas y las soluciones posibles que el FMI junto con la Comunidad Europea impuso a países como España o como Grecia, como condición para otorgar los créditos necesarios que los ayudaran a hacer frente a sus compromisos financieros, son las mismas que años antes se aplicaron sobre los países latinoamericanos. Nuevamente incorregible, el Fondo no fue capaz de reconocer que los países que no crecen no pueden pagar sus deudas porque simplemente se quedan sin recursos. Nuevamente el FMI no es capaz de reconocer que el crecimiento no dependen del ahorro o de capitales externos en exclusivo sino del ahorro y de la inversión interna. Desde esa óptica, el FMI y los organismos financieros y de créditos globales en general se convierten en una especie de Vaticano porque sus recetas, medidas y políticas, sus falsas soluciones a los problemas de los países no responden a políticas económicas ni ideológicas más o menos racionales sino que responden a una fe y un gran dogma cada vez más metafórico.

La causa central de la crisis en los países europeos en esa época en particular tuvo que ver con la imposición de una moneda sobre evaluada que no reflejó la productividad de cada país. El FMI entonces encaró la crisis como si el problema fuera fiscal cuando, en realidad, tiene relación con las bases del régimen. Hacer un ajuste fiscal no solo empeora la situación sino

que tampoco ataca la fuente del problema porque si hay menos salario hay menos consumo se contrae el mercado interno, el ahorro, la inversión y el crecimiento y desarrollo no son más que una quimera. Los organismos de crédito que actúan a nivel global se centran en la cuestión financiera, en el gasto del sector público y su deuda y aunque también se trata de soluciones en relación a las crisis que son producto de la irresponsabilidad fiscal y de gastos de los gobiernos (con lo que el Fondo actúa en consecuencia) ese solo es una parte de la historia porque en realidad las crisis tienen que ver con la matriz del neoliberalismo como régimen. Todo esto implica que hay que ser más responsables en relación a qué matriz de desarrollo estamos dispuesto a defender y aplicar. Países como España, Grecia o algunos de Europa del Este padecieron las asimetrías entre la región más pobre de esta zona y los más desarrollados. Entonces, si las recomendaciones de los organismos de crédito globales fueron las mismas es porque los centros del poder global no son capaces de modificar el vértice del modelo de acumulación y reproducción del capital a favor de la fuerza de los trabajadores. Ni siquiera fueron capaces de una crítica en un contexto de crisis global que amenazó con desplomar las economías de los países más desarrollados. De hecho, esos países mostraron fuertes signos de deterioro en todos los ámbitos siendo el caso más extremo el de los griegos quienes llegaron a niveles de endeudamiento insostenibles. En Argentina se intentó el mismo esfuerzo y el gobierno de la Alianza no pudo sostener el modelo neoliberal, a pesar del megacanje, que buscó patear los vencimientos de esa deuda para más adelante. No funcionó y se decidió mandar más recursos a través del blindaje que tampoco funcionó. Mientras tanto, con una recesión monstruosa se avanzó a favor de la flexibilización laboral como si en verdad esas políticas públicas pudieran generar empleo y conducir el crecimiento. A pesar de ello, el Fondo con motivo de la crisis no varió sus propuestas planteándose otra vez las recetas del recorte de salarios, el canje de la deuda y préstamos que hipotecan el futuro de muchos al caer bajo la órbita de las presiones y recomendaciones de los organismos globales de crédito. En otras palabras, todo este ajuste en los gastos del sector público, la baja de salarios y la pérdida de las conquistas y beneficios sociales se hizo para favorecer al sector financiero que son siempre los responsables de las persistentes crisis del Estado capitalista en su etapa neoliberal. El sector de las finanzas y especulación financiera global así una vez más se escuda tras la ideología neoliberal para preservar sus intereses como sector jaqueando al resto de los actores sociales, políticos y productivos.

Por otro lado, las crisis revelan la urgencia de construcción de nuevas teorías, paradigmas, valores y elementos centrales que modifiquen el patrón de desarrollo. El problema del neoliberal es que en muchos países de la aldea global se siguen enfrentando los dos modelos de desarrollo y crecimiento que

imperan. Por un lado, tenemos el especulativo y financiero- más cercano al neoliberalismo- y el modelo nacional- popular. Mientras el nacional- popular se nos muestra eficiente, incluso en períodos de crisis, el neoliberalismo una vez más muestra sus deficiencias. Si la globalización del sistema comercial bajo las directrices dominantes no es otra que la disolución de la soberanía de los pueblos a favor de la mercantilización de todo, si esa globalización se expresa en la imposibilidad de defender y plantear programas nacionales de desarrollo, entonces, el régimen nacional- popular significa volver a politizar las relaciones de los hombres, significa volver la política a un lugar central en la composición y definición del régimen. Es necesario y urgente reducir la incidencia y poder sobredimensionado del sector financiero en el nivel global porque su excesivo desarrollo daña las economías nacionales, es decir, daña la producción, el uso racional de los recursos, la generación de empleos, la satisfacción de las necesidades de todos, el consumo y el ahorro interno. Globalización y soberbia, una corre detrás de la otra porque solo de esta manera es posible entender racionalmente el fenómeno de no aprender de las experiencias ajenas como es el caso de la crisis de Argentina y las formas posteriores de resolución de esa crisis. En esa perspectiva, la crisis argentina parece no haber traído aparejada ninguna enseñanza entre los que controlan los mecanismos y organismos superiores del sistema comercial globalizado.

Llamo crisis estructurales o terminales a todas esas que marcan nuestra historia, que nos muestran un punto de inflexión en la evolución del régimen dominante en cierta época y, por eso mismo, en los paradigmas y teorías que sustenta la razón de dominio en ese particular contexto histórico. Un ejemplo de esa crisis es la de los años '30 que precisamente puede definirse así por la conmoción que produjo al interior del régimen político que se ve reflejada en las soluciones que se proponen para reencauzar nuevamente la acumulación privada del capital. En los casos de estas crisis se manifiestan en primer lugar en el mundo del dinero y en la especulación financiera para luego trasladarse a la economía real, la productiva. Así, por ejemplo, la crisis del 2008 deviene de la desregulación de la especulación financiera, de visiones de corto plazo y del crecimiento constante de la liquidez financiera a través del déficit de Estados Unidos. Deviene de la desregulación extrema en el sentido de que fueron formándose una serie de sofisticados instrumentos especulativos que multiplicaron e hicieron viable las operaciones sustentadas en negociados globales y en activos que eran claramente vulnerables. Deviene finalmente, analizando la crisis con mayor profundidad, de la caída de la tasa media de ganancia de los dueños del capital. Es precisamente esta la característica que define a las crisis del capitalismo como estructural o terminal a diferencia de las que son coyunturales. El carácter global de la crisis es otra característica importante de ésta porque, si bien otras crisis afectaron a algunos operadores

o mercados específicos, la que empezó a fines del 2007- 08 en los centros del poder global, comprometió al mundo del capital financiero y especulativo en su globalidad para luego trasladarse a la economía real. El carácter terminal y estructural de estas crisis se refleja además en las soluciones que desde todos los ámbitos se plantean y defienden por doquier por los regímenes políticos afectados. Por ejemplo, estas resoluciones implican cambios importantes de aptitud, en la práctica política, en relación a determinadas políticas públicas defendidas por los regímenes de las más grandes economías industriales. En ese sentido, luego de hablarnos hasta el cansancio de las virtudes y valores del librecambio, del automatismo del mercado, de la desregulación de las finanzas o de la defensa irrestricta de la propiedad privada, sin ningún tipo de escrúpulos, esos mismos sectores dominantes (como siempre lo hicieron de una u otra forma) intervienen en la economía, en las relaciones comerciales y en la esfera de la producción, de las finanzas, de la economía y acumulación del capital para reestablecer la confianza y seguir defendiendo las estructuras del Estado capitalista de producción. Entonces, intervienen para continuar la defensa de sus intereses como clase dominante. Anuncian obras públicas y programas sociales de amplio alcance con el objetivo expreso de sostener la demanda efectiva, el empleo y la producción de servicios y bienes. También anuncian salvamentos para las grandes empresas y los bancos de inversión. Es que la fase superior del imperialismo, o sea, el sistema comercial global bajo las premisas, las directrices e intereses de los neoliberales, nos condujo, en el ámbito económico y productivo, a ciertas tragedias intolerables incluso para el libre desenvolvimiento de la acumulación del capital. Por ejemplo, en el aspecto social y político fuimos conducidos a la explotación y exclusión más desenfadada de millones de trabajadores que socavaron las economías más vulnerables e incentivaron un proceso de concentración del poder de tal profundidad que los trabajadores en su mayoría son expulsados a la periferia.

Las ecuaciones del régimen neoliberal respecto al automatismo de los mercados y su consecuente racionalidad, que nos plantea que el mercado es el más eficiente actor para asignar los recursos, beneficiaron a las grandes transnacionales, monopolios y sus formas de habitación. Por eso, el sistema financiero altamente especulativo, reaccionario, excluyente y con beneficios exclusivos cae en crisis, se tambalea producto de sus acciones, de sus propias estrategias de desarrollo que van en directo beneficio del desarrollo de la acumulación privada del capital. Esta globalidad nos amenaza, nos castiga, alerta y nos consume. La globalidad se tambalea pero no cae porque no basta con las crisis. Es decir, en el proceso de superación de un régimen social es fundamental, además, el arte de la resistencia, del poder de los sometidos, del trabajador, los excluidos y aún de los marginados en este histórico caso. De todas formas, las crisis (sean del tipo que sean) siempre son un duro golpe

contra la ideología neoliberal, contra el supuesto final de la historia o lucha de clases, contra teorías como de las expectativas racionales y del libre cambio porque, en fin, producen un despertar de la conciencia, algunas reacciones más alegóricas y creativas. Las crisis siempre son un duro golpe a la hegemonía y control global del Estado capitalista y su neoliberalismo porque, en diversos momentos de la historia, la especulación y sus modos nos llevaron a la crisis del mercado, a la crisis de la acumulación del capital, a la insolvencia de ciertos operadores y problemas de deuda en algunas zonas de Asia, en países como Rusia o Latinoamérica. Entonces, ¿cómo podemos seguir sosteniendo las políticas que caracterizan al neoliberalismo? ¿Cómo no habrían de perder credibilidad? ¿Cómo podríamos continuar sustentando racionalmente cada una de estas estrategias, esa gramática y ese arte de lo posible y de dominio?

De hecho, a principios del siglo XXI algunos países de Latinoamérica, los más castigados por las políticas neoliberales, reaccionaron irrumpiendo, en nuestra realidad como región, con regímenes que, con sus variantes y sus soluciones políticas, desautorizaron la visión neoliberal. En estos países se conjugó la crisis de la acumulación privada de los capitales, en su versión neoliberal, con un arte de lo posible del trabajador que condujo al régimen a una alternativa distinta pero capitalista al fin. Sin embargo, la experiencia nos muestra las otras formas que adquiere la resistencia y los nuevos sentidos de la política, la viabilidad del financiamiento del desarrollo con ahorro interno y recursos propios, la viabilidad de la tecnología conveniente, el crecimiento del mercado interno, la integración regional, la inversión y la inclusión de los trabajadores en los mercados de empleo y consumo. En verdad, no estamos en condiciones concretas de cambiar el mundo, de alterar definitivamente las estructuras del sistema comercial global; sí podemos alterar nuestra realidad como pueblo, sí tenemos capacidad de decidir cómo insertarnos y qué estrategias desarrollamos respecto a esa globalidad. Estamos en condiciones de plantear la ocupación de otros lugares. Sí estamos en condiciones de descansar en el ahorro interno, en la defensa de nuestra soberanía, nuestra cosmovisión de la realidad, del mundo, de consolidar nuestro equilibrio macroeconómico, la estructura productiva y la tecnología conveniente a un régimen humanista. Sí estamos en condiciones de plantear nuestras propias políticas públicas en la resolución de las contradicciones que nos aquejan. Sí podemos integrarnos como región y desde ahí desarrollar políticas que sean comunes en todos los ámbitos para fortalecer nuestros puntos de vistas, estrategias y arte de dominio frente a las acciones del sistema comercial global, sus leyes y su derecho.

¿Qué enseñanzas nos dejan los hechos referidos a las constantes crisis producidas por el estado de cosas neoliberal? Primero, es necesario concluir

que el desarrollo económico de los pueblos continúa en la misma senda de lo que siempre debió ser, es decir, en la senda de la configuración de nuestro espacio nacional, territorial y regional, de políticas públicas esenciales para desplegar nuestra potencialidad de recursos en todos los ámbitos, generando y asimilando nuestras experiencias en base a la resolución de problemáticas que afectan al trabajador como mayoría, como clase social que asume el poder de decisión en nuestros regímenes políticos nacionales. Una enseñanza no menos importante respecto de las crisis, es que son un crimen financiero, económico, político y social contra los hombres y su convivencia. Un crimen contra el amor al prójimo, contra la cultura del trabajo y la lógica de los hombres porque, en fin, son crímenes contra la humanidad todas las políticas sustentadas por los poderes financieros y económicos de Estados Unidos, de los países centrales, de las transnacionales y sus intereses, con la complicidad política efectiva que el sistema comercial globalizado perpetuó contra el bienestar de millones de trabajadores en todo el mundo a través de esas normativas que lo forman y sustentan su lógica. Criminales son todos esos locos que no escatiman esfuerzos por conquistar y acumular más capital, más poder, con todos los recursos y medios, legales o ilegales, a su disposición. Son los tecnócratas que asumen las formas de banqueros, de especuladores, comunicadores, dirigentes políticos y lacayos al servicio del automatismo de los mercados. ¿Y qué pasa? Lo pregunto porque después de las crisis, por lo menos hasta hoy, ni siquiera desaparecen o se actúa contra los grandes paraísos fiscales, no se actúa contra los depósitos bancarios de dudoso origen ni contra el fenómeno de la corrupción, el narcotráfico, la trata, la esclavitud, el lavado de dinero u otro tipo de metodología financiera ilegal. Tampoco se actúa contra el hambre, contra la marginación ni contra el inherente racismo de la ideología dominante. En momentos de crisis coinciden una serie de factores que sustentan ideológicamente su carácter de crimen contra la humanidad del trabajador. En primer lugar, el neoliberalismo nos conduce a una crisis alimentaria acompañada por una caída de la inversión en el agro, por la sustitución de las plantaciones de maíz y el avance indiscriminado de las plantaciones de soja y productos para la industria energética, es decir, nos conduce al uso más irracional de las tierras en ese proceso que busca la primacía de la producción de biocombustibles y la especulación financiera. En segundo lugar, se produce una crisis climática con raíces en la tecnología usada en la agroindustria y el modo que asume el consumo y la producción. Además, nos conduce a una crisis energética donde la demanda de energía, preferentemente de petróleo y sus derivados, supera ampliamente la oferta disponible. En cuarto lugar, las crisis conducen incluso a la bancarrota de los bancos, una bancarrota bursátil y financiera que es global y que se traslada a su tiempo a la economía real por la conectividad propia del comercio global.

De esa manera, se profundizan las consecuencias nefastas del neoliberalismo y todas las implicancias sociales que conlleva de por sí. Entonces, el núcleo de las diversas crisis terminales y estructurales del régimen de producción capitalista se rastrea y se visualizan en la caída de la tasa media de ganancia del capital porque subvierte la acumulación privada de éste. En este sentido, las crisis del Estado capitalista lo son de superproducción de capitales y de mercancías donde precisamente la tasa de ganancia, es decir, la diferencia entre plusvalía y capital total invertido declina constantemente. Esto se debe principalmente a la tecnificación de los procesos productivos, o sea, por la automatización, la mecanización y la robotización que disminuye el peso del trabajo en relación a la valoración de las máquinas. El capitalismo de todas formas, en su afán de sobrevivir, contrarresta estos fenómenos- el de la caída de la tasa media de las ganancias- a través de múltiples fuerzas y fenómenos.

En la realidad de los últimos años estos fenómenos están relacionados con la conquista de otros mercados de consumo tras la caída del socialismo real que le permiten así al capital obtener mano de obra, recursos y materia prima abundante y a bajo costo. Todo esto sumado a los nuevos mercados para vender mercancías. Por otro lado, la formación del sistema comercial global bajo los términos neoliberales le permitió al régimen de producción capitalista (apertura económica y desregulación financiera mediante) abaratar los recursos, las materias primas y los bienes de consumo en los países del centro. Las nuevas tecnologías así operan reduciendo los costos mientras que al mismo tiempo permiten aumentos en la productividad a través de la cada vez más magra participación de los salarios en los mercados de consumo que de ahora en adelante se hacen más restringidos y exclusivos. Pero, en el más largo plazo, ninguno de estos factores o metodologías del capitalismo como régimen de acumulación privada de capital, es capaz de contrarrestar la caída de la tasa media de ganancia. A lo más solo puede aplazarla. Agotados todos los mecanismos para contrarrestar este fenómeno de la caída de la tasa media de ganancia del capital, éste sale en búsqueda de una valoración artificial de esa tasa ampliando el crédito, la especulación financiera a niveles inauditos y lejos de todo proceso racional. Agotados estos mecanismos, en la década del '70, la humanidad fue erigiendo las bases del neoliberalismo que se mostraba como solución válida, de acuerdo a los intereses e ideología dominante, a las disyuntivas estructurales del régimen de acumulación. Esto quiere decir que para que una crisis de tipo estructural (que se produce por la caída notable de la tasa media de ganancia del capital) evolucione hacia una crisis final del régimen político deben conjugarse, junto con la crisis, el desarrollo de un arte de lo posible del trabajador. Sin ese arte de poder de la amplia mayoría que se moviliza y participa, las crisis devienen en terminales y estructurales pero también en cíclicas. Lo grave es que siempre alguien paga los costos de las

crisis de caída de la tasa media de ganancia y probablemente siempre serán los trabajadores mientras éstos no sean capaces de movilizarse en beneficio de un régimen que en verdad sea alternativo; mientras éstos no sean capaces de formar un arte de lo posible que los conduzca a la cúspide del poder en las tomas de decisiones que hacen a la lógica del régimen. El Estado capitalista, a través del neoliberalismo o cualquier otra opción, una vez más, intentará conducir los salarios al nivel de subsistencia para elevar la tasa de ganancia y reiniciar un nuevo ciclo. Un nuevo ciclo de exclusión, de marginación y de pobreza estructural. Un nuevo ciclo, un nuevo crimen de lesa humanidad que es viable bajo dos opciones políticas principales. Por un lado, a través de la opción de regímenes de pretensiones democráticos y altamente formalistas y por otro lado, cuando la realidad lo requiere, ese control se ejerce a través de gobiernos dictatoriales. Desde esta perspectiva, se vuelve urgente la defensa de nuestras conquistas como trabajadores, la conformación de un arte de lo posible y resistencia, el desarrollo de una coyuntura que haga hincapié en las diversas problemáticas de la mayoría y en nuestra capacidad como región para preservar los derechos humanos y la calidad institucional del régimen político gestionado por los trabajadores.

Los modelos de calidad institucional del régimen político.

¿Ausencia real de las regulaciones económicas, de la ética bursátil y prepotencia de los tecnócratas que controlan la lógica del poder? ¿Ausencia de responsabilidad total en el manejo de la gestión, de las políticas públicas del régimen de pretensiones democráticas? Las causas de las crisis son todo eso pero mucho más porque el análisis final nos conduce a horizontes mucho más profundos. Nos obliga a cuestionar la ley general de la acumulación del capital y desde ahí nos conduce a la caída de la tasa media de ganancia de los capitales, como acabamos de ver. Pero, casi nadie parece dispuesto en verdad a ir al fondo del asunto, es decir, a las causas estructurales de las crisis de las que es responsable el neoliberalismo. Es así como las discusiones referentes a las crisis siempre giran alrededor de los esfuerzos de los dominantes para que los programas de ayuda se destinen al sistema financiero y no a las necesidades más apremiantes del trabajador. Siempre a la defensiva, estos sectores neoliberales ante las crisis que ellos mismos provocan y generan, se atrincheran detrás de ciertos parámetros que consideran de su exclusividad como la propiedad sobre los medios productivos, las ganancias y su derecho a insistir en ciertos límites respecto de la actuación del régimen. Esto no es novedad porque los dominantes al fin y al cabo solo defienden sus intereses, su cosmovisión de las relaciones humanas y su lugar privilegiado. Lo grave es que muchos sectores del llamado progresismo, los reformistas políticos de

la llamada izquierda, muchas veces no son capaces de plantear soluciones estructurales a los momentos que se viven. No son capaces de plantear reales soluciones que tengan en cuenta la relación estructural entre el delirio del sector financiero a que nos conducen los factores de poder, en relación a la economía productiva. La mayor parte de los reformistas, sus tecnócratas, sus intelectuales y dirigentes simplemente desestiman este vínculo.

La idea de los reformistas políticos, tanto los de derecha como los de la izquierda, insisten en sus creencias y mitos de que más temprano que tarde las crisis del neoliberalismo son resueltas a través de la intervención política del régimen donde por lo demás tanto los mercados financieros como los de consumo se recuperan y todo vuelve a sus causas naturales. Pero, ¿de dónde sale todo el dinero que es real, ese que tiene respaldo, que los organismos de crédito globales inyectan para resolver las crisis? ¿Basta con el gran circo de los bonos de la deuda pública? ¿Cuánto vale en realidad el dólar como divisa internacional? ¿Cuánto valdrá en el futuro? Es evidente que en el largo plazo el sistema comercial globalizado no podrá seguir en funcionamiento con esta moneda como referencia. Simplemente, si los dominantes de estos regímenes centrales no están dispuestos a hacer la reforma al sistema financiero, mucho más temprano que tarde, la hará el propio mercado del capital. Y ya sabemos cuáles son las maneras en que éste, el mercado, actúa en casos de extrema supervivencia. Actúa a través del colonialismo, del pillaje y de la piratería, a través de guerras comerciales o invasiones militares. Fue precisamente Marx quien nos mostró, en toda su crueldad, la lógica capitalista intrínseca que conduce a las guerras como superación de las crisis del capitalismo como régimen de acumulación. Estos hechos nos conducen a otra dimensión de las crisis, a una dimensión relacionada con la exclusión del trabajador del mercado de empleo y consumo porque el neoliberalismo actúa bajo la lógica de la reducción de costos de producción para elevar las tasas de ganancias del capital. Aumentar o mantener la tasa de ganancia, mediante un tipo de racionalización productiva que baje costos, está en la lógica del capitalismo y es también la base de su eficiencia. Pero, desde hace un buen tiempo, desde la imposición del neoliberalismo, esta racionalización y sus implicancias se convierten en una necesidad que no tolera concesión. Precisamente, ese hecho allana el camino para el dominio del neoliberalismo como régimen a nivel global. Pero, resulta que finalmente el neoliberal reduce la tasa de empleo, produce exclusión, miseria y pobreza y así no es capaz de solucionar la disyuntiva planteada entre los incluidos y los excluidos de los beneficios del régimen dominante. Así, es preciso considerar los aspectos éticos de este tipo de medidas, de acciones y reacciones de los regímenes políticos de los países del centro ante la crisis.

En momentos de crisis siempre se habla mucho sobre los exorbitantes salarios de los tecnócratas y también se habla bastante de una moralización del capital pero estos argumentos son solo una más de las estrategias del neoliberalismo para obviar sus problemas estructurales. Es que los conceptos como el de *moralización del capital* solo nos conducen a la tolerancia contra el régimen y desde allí a la complicidad respecto de su razón. Este concepto de ética del capital solo es una estrategia publicitaria. Intenta desviarnos de las cuestiones relativas a las formas en que el régimen actúa y las maneras en que las crisis se desarrollan. Pero, todo esto no significa que tengamos que ser indiferentes como trabajadores al aspecto moral de las cuestiones que nos aquejan. ¿No es el amor al prójimo un concepto fuertemente moral? ¿No lo es el humanismo como alternativa de las mayorías? ¿No lo es la inclusión de los excluidos, la ocupación y preocupación por los marginados? El aspecto ético se muestra como prioridad. Esto significa que tenemos que abordarlo muy seriamente porque de este aspecto, moral y ético del régimen neoliberal, se deduce que éste es esencialmente inmoral. O, mejor dicho, se forma por un relativismo moral de proporciones épicas. El Estado capitalista está más allá de toda moral porque su lógica nos muestra la actividad de los hombres, esa que crea riqueza, como mercancía. Y sabemos que quiere decir todo esto, sabemos que en esos términos la fuerza de trabajo, el propio trabajador y su actividad no se perciben como fin en sí mismo si no como un medio. Por eso, todas las crisis del capitalismo, las cíclicas, las estructurales o terminales, las crisis finales, son fenómenos no solo financieros, económicos y políticos sino también éticos. La moral y sus falencias juegan un rol muy crítico desde esta perspectiva. Entonces, entre las causas morales y éticas de la crisis que deben ser consideradas por nuestros pueblos, están la desregulación de las finanzas, el régimen político mínimo en su rol y aún así de pretensiones democráticas, las privatizaciones, la ideología y la razón que elimina la protección social de los trabajadores, esa lógica que contrariando el interés colectivo, desmanteló los sueños de todos. Esa lógica que desmanteló el bienestar. Además, la falta de moral es posible visualizarla en el caos tremendo en que nos sumieron las plazas financieras globales que condujo en una primera etapa a la caída de la globalización del dinero y desde ahí al fin de una época caracterizada por la desregulación extrema y la inmoralidad de las operaciones financieras que convirtió a los mercados en un inmenso casino a merced de los intereses dominantes. Las estadísticas respecto a la incidencia del mercado financiero en el sistema comercial globalizado nos muestran que solo el 5% del total de las operaciones bursátiles corresponden a intercambios y transacciones reales de servicios y bienes mientras que el otro 95% corresponden a movimientos financieros especulativos. Ese inmoral fundamentalismo del mercado global es el que colapsa primero. Entonces, las crisis nos revelan hasta qué punto el

régimen político neoliberal se muestra altamente ineficiente e ineficaz, falto de ética e insensible a las necesidades de los trabajadores, nos muestra como a partir de la caída de los paradigmas de la economía dominante se deja de formar una ciencia en el sentido en que ellos la entienden. Si el neoliberalismo produce exclusión, pérdida de derechos adquiridos por los trabajadores, si busca la reducción de costos sin concesiones para elevar o mantener la tasa media de ganancia del capital tenemos que interrogarlo sobre ciertas cuestiones:

¿Qué pasa en el largo plazo con las políticas públicas que buscan reactivar el consumo de los trabajadores a través de la recuperación del créditos y la inclusión laboral? ¿Cómo crear empleo, consumo e inclusión? El hecho es que la población global aumenta y los hombres mejoran su esperanza de vida al mismo tiempo que la oferta de bienes de consumo aumenta y el trabajo disminuye, ¿qué solución el neoliberalismo puede plantearnos ante este tipo de problemas? ¿Cómo, desde esta perspectiva, sería capaz de dar solución a la crisis alimentaria? Simplemente el neoliberal no puede responder. La economía dominante es un conocimiento altamente improductivo, ineficiente, fuertemente subjetivo. La economía en manos de los neoliberales dejó de ser una ciencia que se pretende objetiva porque ésta, como conocimiento social, tiene sus reglas y lo que hizo fue generar un funcionamiento de la economía que contradice los intereses y las necesidades más elementales de los hombres. Lo que se desplomó en el centro del sistema comercial global es la primacía absoluta de lo financiero y especulativo sobre la producción, sobre la economía generadora de bienes y servicios tangibles que eventualmente son capaces de elevar el bienestar de todos. La falta de ética del neoliberalismo hizo que los tecnócratas se extralimiten en su ideal, concepción, en su creencia de pensar que lo financiero y especulativo puede funcionar de manera autónoma y permanente sin regulación, sin ningún aprecio sobre lo que ocurre en la base material del sistema comercial. La lógica imperante es la de la *renta financiera* y no de la *renta productiva* que es la que genera riqueza, desarrollo e inclusión, igualdad y distribución de las riquezas. De ahí la importancia del análisis y reflexión para conducirnos a la generación teórica- práctica de un arte de lo posible basado en el humanismo, en el ser nacional y en modelos de regímenes que aspiran a la resolución de los reales problemas que aquejan a sus componentes, sus sectores y clases sociales. El camino es el que afianza las bases democráticas e inclusivas de los regímenes políticos de una amplia base popular, decididos a afianzar la soberanía del pueblo y militar en beneficio de la igualdad de oportunidades.

Por otro lado, en el ámbito de determinadas organizaciones políticas, comunitarias y de base es donde se ve un mayor compromiso con las ideas, valores y proyectos estratégicos de mediano y largo alcance que se precian

de alternativos y así, de ahora en adelante, son esas mismas organizaciones prioritarias en la reconstrucción de un arte de la resistencia y del poder. Es necesario recuperar la capacidad y el poder real para los regímenes políticos que todavía no son capaces de desembarazarse de la lógica neoliberal y de la estrategia del reformismo como final cerrado. Hay alternativas, otros países y regímenes políticos. Abramos las ventanas y nuestras conciencias para verlo. Pero atención, los dominantes no se equivocan cuando expresan su falta de ética y su odio de clase. Están resistiendo pero, mientras tanto, la mayoría de los trabajadores pueden ser más autónomos, libres, equitativos y expresivos. Se lucha y resiste, muchas veces de manera cruenta, para llegar a horizontes donde la democracia es la que triunfa. La democracia como régimen político goza de amplio consenso en todos los niveles de la sociedad. De esta forma, se acentúa el espacio donde se dirimen ciertas diferencias y expectativas. Sin embargo, no se ha podido solucionar, en las entrañas y en las estructuras del régimen político, las disputas más cruentas, violentas y hasta caóticas, sobre quien realmente ejerce el poder. Ese poder de decisión fundado en el poder económico, en el poder político y en la formación de la lógica de la agenda pública. El no haber solucionado esta disputa estructural por quienes ejercen realmente el poder de decisión, es que somos conducidos a una democracia tutelada, exclusiva, formal y reaccionaria. Por eso, las tareas pendientes de los trabajadores, más allá de toda crisis, se relacionan con el contenido, con el sentido, las razones y la lógica de las políticas públicas que emergerán de un régimen que es representante de las mayorías nacionales. De ahí que una tarea pendiente es la batalla en beneficio de instituciones políticas de mejor calidad, de un régimen inclusivo porque cuando los principales centros de salud y educación, cuando el transporte y los servicios públicos en general se deterioran a niveles increíbles, cuando las amenazas, el deficiente nivel de representación política y de participación son moneda común, éstos terminan socavando la fe de los representados sobre las instituciones democráticas. Entonces, en el combate por un régimen democrático, de una mayor calidad institucional, el humanismo no puede subestimar la construcción política, social y cultural desde las múltiples expresiones y manifestaciones del campo que forma parte de la cultura popular porque es, desde las bases, donde empiezan a librarse los combates en beneficio de una razón inclusiva, por la reparación de los daños que el régimen neoliberal desarrolla por doquier.

Los logros después de tantos años de democracia abstracta y formal son decididamente superficiales porque no atacan las estructuras del régimen desde la cual emergen las problemáticas que nos aquejan. En este contexto histórico, los logros del régimen político de pretensiones democrático son menores pero son producto de presiones antes que convicciones. Los logros son menores, los fracasos tremendos. El gran fracaso de nuestros regímenes

formalistas son, por ejemplo, la exclusión, el mercado librado a su suerte, la marginación, la soberbia, todos enmarcados en un proceso de profundización de las desigualdades y concentración de la riqueza. La reivindicación de los derechos de los hombres en toda su amplitud, entonces, tiene que ser una causa nacional, regional y aún global para poder transitar de una buena vez los caminos de la soberanía, libertad y bienestar. La legislación resulta un camino más o menos fructífero en este sentido. Esta nos demanda respuestas a diversas interrogantes. Por ejemplo, ¿cuál sería el conflicto político por excelencia? ¿Cómo intenta resolverlo el régimen, es decir, en beneficio de qué tipo de interés? ¿Quiénes pujan por resolverlo? ¿Cómo actúan los sujetos políticos en estas batallas? La legislación resulta central como metodología de análisis porque en ella vemos plasmados, a través de leyes y normativas, la resolución de estas batallas y quienes son los que imponen sus puntos de vistas, sus estrategias y quienes no. La legislación de nuestros pueblos nos recuerdan quienes son los vencedores y quienes los perdedores. Detrás de la legislación podemos rastrear, además, la formación del régimen político y consecuentemente sus políticas públicas. Se rastrea el Estado en acción. La legislación hace visible estos factores ideológicos, sean racionales o sean irracionales, que nos permiten aprehender la dimensión jurídica de lo social. Por eso, las políticas públicas se relacionan con el derecho y la ley en general porque éstas se cristalizan a través de la legislación sustentada por el régimen.

En este artículo analizo el rol del régimen, de sus instituciones, de la responsabilidad que le corresponde en el desarrollo de las crisis que cada tanto se hacen insostenibles para las estructuras del Estado capitalista. La responsabilidad que compete a los diversos actores políticos que forman el régimen es así fundamental para entender todas las crisis y sus respectivas resoluciones. Es que todas las políticas se forman a través de un modelo de Estado, de un modelo de acumulación, de producción y distribución de las riquezas. Todas las políticas públicas están ideológicamente configuradas y desde ahí la lógica del régimen optará por esas que considera racionales. Todas las políticas públicas impulsan, desde sus núcleos, un proyecto, un determinado régimen que refuerza la razón y el poder de unos actores contra otros. Además, las políticas públicas generan procesos burocráticos internos al régimen, generan leyes, normativas y una legislación que las sustenta. Es decir, todas las políticas públicas sustentan un modelo y ciertas relaciones de poder por lo que subyace en ellas el elemento jurídico que las hace válidas y las torna obligatorias. Las políticas públicas y su legislación construyen la realidad y proveen a los actores en conflicto una lógica y un modelo de interpretación para comprender, defender o modificar la realidad de todos. Finalmente, las políticas públicas orientan y justifican su propia acción. El marxismo debe considerar los eslóganes y las reivindicaciones relacionadas

con la calidad de las múltiples instituciones y organizaciones políticas del régimen de pretensiones democráticas porque la calidad institucional también es parte de los valores y directrices esenciales respecto de un régimen que se precie de democrático e inclusivo. Es éste un reclamo bastante razonable por parte de los trabajadores que son los directos beneficiarios o víctimas de las reacciones del régimen a través de sus políticas, acciones y omisiones. Se supone que la calidad institucional, la legislación y las normativas en general ayudan a que prevalezca la ley, la racionalidad, la democracia y el respeto, los derechos humanos, la ocupación y la preocupación por el otro frente a, por ejemplo, la ilegalidad y el caos, la irracionalidad de los actores políticos, la violación de los derechos del hombre, la falta de respeto e indiferencia frente a cuestiones que aquejan a la mayoría. Si consideramos lo afirmado anteriormente, en relación a la esencia de las políticas aplicadas por el propio régimen, se entiende que éstas impulsan un proyecto y que por lo mismo sustentan ciertas relaciones de poder, de la razón y modelo de interpretación. Entonces, la cuestión de la calidad institucional no es un problema tan simple de discernir. Sucede que no existe una sino varias formas, concepciones e ideas frente al problema relativo a la calidad institucional que responden, en lo central, a dos tipos de regímenes políticos que defienden intereses que tienen que ver con los actores políticos dominantes y sus fuerzas económicas, culturales, ideológicas y sociales que despliegan en la lucha por la primacía.

Por un lado, tenemos un modelo, una calidad institucional ligada a un régimen exclusivo, oligárquico, reaccionario, conservador y, por otro lado, tenemos una calidad institucional referida a un régimen que es inclusivo, popular y defensor de los intereses y especificaciones nacionales. Desde esa perspectiva, no pueden obviarse las diferencias entre las políticas públicas aplicadas por un régimen u otro, es decir, las pugnas que se establecen entre la gobernabilidad del régimen, su calidad institucional y las relaciones establecidas así entre los actores políticos en una sociedad en constante desarrollo. Por su parte, la calidad institucional de un régimen determinado surge de las relaciones establecidas entre la gobernabilidad, las políticas aplicadas y la política misma entendida ésta como la determinación de cierta lógica y la primacía de los intereses de unos u otros actores políticos que batallan entre sí. Además, es distinta la calidad institucional requerida en un régimen donde dominan los intereses oligárquicos, elitistas y neoliberales y un régimen inclusivo- popular, defensor del interés nacional. Precisamente es ahí donde quedan establecidas las relaciones entre la gobernabilidad y el régimen político porque, en definitiva, la gobernabilidad del régimen sirve a la administración de la situación política planteada por el neoliberalismo en los casos de regímenes políticos elitistas y exclusivos. En cambio, cuando las políticas públicas desplegadas por el régimen tienen un sentido relacionado

con los intereses nacionales y populares, con la inclusión y la participación, con la reivindicación de la cultura popular, entonces, éste se convierte en un instrumento central de cambio del régimen neoliberal y la administración- en ese sentido peyorativo- se contrae a favor de una gobernabilidad relacionada con el desarrollo de todos los recursos disponibles en el proceso político que busca la inclusión del trabajador. En el neoliberalismo, la gobernabilidad se relaciona con la administración de ciertas políticas ligadas a una concepción ideológica y racional que fue típica del Consenso de Washington, es decir, la calidad institucional se refiere a los gobiernos que sean estables y eficientes, se refiere a las cuentas claras, la falta de regulaciones en el ámbito financiero y especulativo, el retroceso del régimen en su rol de mediador o de árbitro y en su rol productivo. Se refiere a la defensa de procesos de privatizaciones y del sector público con déficit fiscal cero. Se refiere a un tipo de estabilidad política, económica, financiera, monetaria y social que se consigue a costa de negar y neutralizar los derechos de las mayorías. Un ejemplo paradigmático, en el caso latinoamericano, fue la administración llevada adelante hasta las últimas consecuencias por la Concertación Democrática en Chile respecto a la nunca acabada transición democrática. Chile así se mostró como un país económicamente muy estable pero detrás de esa aparente gobernabilidad se incubaron fuertes y graves problemas estructurales relativos con la calidad de vida de todos los que viven de su trabajo. Entonces, ¿es la gobernabilidad neoliberal viable históricamente, o sea, en el más largo plazo? Por ejemplo, si consideramos la gobernabilidad en el Chile del neoliberalismo vemos que esta es una quimera de la que solo se despierta a través de la participación y movilización de los trabajadores como clase de mayorías. Así, son otros los criterios políticos, sociales y económicos para tener en cuenta cuando nos referimos a la calidad institucional de los regímenes políticos. En cambio, para los liberales, los regímenes tienen una fuerte calidad institucional si éstos son eficientes y prolíjos en relación a la aplicación de las diversas políticas de desregulación de los mercados, de la flexibilización laboral o de la apertura, políticas todas que ahondan en el automatismo de los mercados, aún a costa de los derechos humanos. En base a estos parámetros se mide el riesgo país y poco importan otros índices como el desempleo, la miseria, la exclusión, la marginación y la pobreza estructural o si, en definitiva, se vulnera o no la soberanía y los intereses nacionales.

La calidad institucional del régimen, en relación con el marxismo, recorre otros caminos y considera nuevos parámetros, temas y soluciones que tienen relación con la inclusión del trabajador o en qué medida actúa para bajar los índices de pobreza y desempleo, en qué forma defiende el bienestar de las mayorías y sus intereses, la calidad de habitación de los trabajadores, la redistribución de la riqueza, la igualdad de oportunidades y el acceso de

todos a servicios, por definición públicos, tan importantes como la educación y la salud de nuestras poblaciones. Bajo el auspicio del régimen neoliberal estas cuestiones no solo son sistemáticamente ignoradas sino que además la propia racionalidad de aquellos intenta eliminarlas de la agenda pública del régimen porque sus preocupaciones son otras. Al régimen neoliberal no le importa cómo son administrados y manejados los servicios públicos, cómo se afianzan los intereses o las bases de la cultura popular, cómo se jerarquiza la tecnología respecto a la industrialización y el sistema productivo y mucho menos le interesa de qué manera se distribuyen mejor los ingresos. No le importan los insoportables niveles de actuación en la vida pública de ciertos dirigentes políticos, las palabras, los términos y conceptos teatrales, el campo de reacción de los actores que intervienen en la puja por el poder en términos reformistas, los análisis críticos, el escenario y toda esa serie de elementos que se muestran como constitutivos en relación con la gramática del poder y del dominio, no le importan las falsas escenografías que circulan por la política, los niveles de dramatización y la puesta en escena de la razón de dominio. No les importan las falsas construcciones de la realidad o aquel poderoso ejercicio de definición de esa brutal capacidad para incidir en la vida. No les importa el carácter ideológico de los medios de comunicación y de información, de las formas en que estos monopolios son creadores de opinión y de debate, no les importa en la medida en que éstas refuercen el dominio, la actuación, la indignancia de los que resisten y la exclusión de los elementos que hacen al cambio social. Para el neoliberalismo, en relación al tema de la calidad institucional, los problemas no son sobre la forma ni sobre el sentido sino que son más bien de carácter técnico. En el plano del sistema comercial global los ejemplos abundan. En ese sentido, la desregulación y la libertad económica, el libre cambio o especulación, son consideradas desde siempre como sinónimos de calidad institucional en la medida en que, a través de estos mecanismos, podían soslayarse las crisis derivadas de la caída de la tasa media de ganancia. Estas serán políticas y estrategias racionales y éticas. Pero, no impide que los dominantes no tengan escrúpulos en reclamar la intervención del régimen lo que, una vez más, nos muestra que el Estado, en tanto abstracción, es garante de las relaciones capitalistas de producción que, a través de su régimen político, se convierte en el sustento ideológico y material del régimen de producción y distribución. El neoliberalismo nos dice simplemente que no es posible otra alternativa. Sin embargo, el régimen solo es capaz de recuperar calidad institucional cuando se convierte en actor central de las transformaciones que van en beneficio de los intereses de los trabajadores.

De acuerdo a los liberales, la calidad institucional del régimen se enfrenta con la Nación y con el mercado mismo porque en ellos, el mejor

régimen es el mínimo en relación a su estructura, a sus intervenciones en la economía y en los problemas sociales que son cotidianos. La mejor calidad del régimen es así el más simple en atribuciones, en prerrogativas, roles y magnitud. La calidad institucional del régimen político se relaciona con un rol subsidiario, es decir, relegado al mantenimiento del orden público, de la seguridad de los ciudadanos, ligado a la represión de las manifestaciones y representaciones populares por lo que, bajo ningún concepto, puede abocarse a la construcción de la infraestructura necesaria en la búsqueda de solución de nuestros graves problemas de exclusión. No hay que olvidarnos que para el neoliberalismo, el automatismo de los mercados es prioritario, central. Es un mercado necesariamente ético y su pureza derivaría de las expectativas racionales de éste en la asignación más eficiente de los diversos recursos con los que cuenta la sociedad. Eso es calidad institucional y estabilidad política, económica y social para el dogma de los liberales. El régimen político recupera calidad institucional, siempre de acuerdo a los liberales, cuando es ejecutor y administrador de políticas públicas y de proyectos tradicionales ligados a los actores dominantes, a sus empresas, transnacionales y bancos. El régimen, bajo las directrices liberales, recupera calidad institucional cuando extravía sus sentidos y su razón de ser como aparato institucional, es decir, cuando se nos presenta como el Estado capitalista en acción. Es claro así que, en la definición y ejecución de las políticas públicas, el régimen es irremplazable tanto en la definición y ejecución de las políticas progresistas como las reaccionarias. Es el régimen político y su lógica el único elemento real al alcance de los trabajadores, de las fuerzas populares organizadas en diversas instituciones para imponer sus propios intereses, cosmovisión y su política. Al mismo tiempo, para las fuerzas reaccionarias, el régimen político es el instrumento por excelencia para consolidar la disciplina y la represión social en la defensa de sus intereses de clase.

El auténtico problema no es entonces si el régimen político interviene o no en la economía porque siempre lo hace si no más bien hay que pensar en términos de qué tipo de intervención del régimen en la economía estamos dispuestos a defender, apoyar o denunciar. Qué tipo de interés defenderá la intervención del régimen, cuáles son sus tomas de posiciones, sus estrategias, proyectos, en nombre de quién o quienes actúa, bajo que parámetros justifica su accionar y reaccionar. El auténtico problema de análisis, acción y reacción política de los trabajadores, es actuar para ver quien controla el régimen, el gobierno o el sector público y cuáles son las políticas que cada actor está dispuesto a sostener, cuál es su proyecto político de corto, mediano y de largo plazo. El auténtico problema de análisis es ver de que forma actúan los sujetos políticos para incidir en la conformación de la agenda pública. La consideración política de todas estas variables, en el momento de referirnos a

conceptos tan importantes como la *calidad institucional* del régimen político, nos ayudará a entender y plantear mucho mejor nuestros problemas, nuestras estrategias y así nos ayudará a entender mejor nuestra realidad como pueblos del sur. Las etapas de crisis y cambios nos desafió a plantear otros espacios y frentes de batalla que nos permitan avanzar en lo ideológico, en nuestras verdades, en el arte de nuestras nuevas posibilidades políticas profundizando las discusiones, las razones, la implementación de ciertas políticas públicas y nuestra definición de la *calidad institucional* a que aspiramos para la conquista y defensa de los intereses de todos. En el largo plazo, la calidad institucional del régimen tiene que asociarse a propuestas relacionadas con el trabajo constante que nos permita profundizar en la industrialización de nuestro sistema productivo, en la inclusión de los trabajadores a través de la generación de empleo, la recuperación de nuestros mercados internos y la recomposición de los salarios que, en definitiva, es el motor del consumo, de la producción, del ahorro e inversión. La calidad institucional también tiene mucho que ver con el poder de compra y consumo de las mayorías, tiene que ver con la recomposición de nuestro tejido social que implica, entre otras medidas, una mejor distribución de las riquezas y de la propiedad que es fundamental en la generación de esa riqueza y de su mejor distribución. La mejor calidad institucional del régimen político se asocia con las múltiples conquistas sociales, políticas, económicas, comerciales y culturales de los trabajadores, cuando la asociamos con la defensa de la primacía del derecho a la vida, con el humanismo, la cultura popular y sus manifestaciones, con el respeto a nuestros semejantes y nuestra especificidad como pueblos. Calidad institucional significa colocar el acento en la tecnología que es conveniente y en la innovación, en la necesidad de incentivar por todos los medios que estén a nuestro alcance los cambios, la presión y movilización del trabajador en beneficio de sus intereses como clase. De lo anterior concluyo que los distintos planteos teóricos y prácticos acerca de la *calidad institucional*, de la lógica del sector público, de la forma de actuar del gobierno o las aptitudes y acciones del régimen y de los mercados para administrar o cambiar las directrices económicas, sociales o culturales, tiene que ver con cierto modelo y con un proyecto político dominante, que controla en perjuicio o beneficio del trabajador. La *calidad institucional* es un medio e instrumento formal pero tangible de primera necesidad que está incluido en un proyecto político global sin el cual todo se desvirtúa.

La creación del valor y la dictadura financiera- especulativa.

Anteriormente, hasta la imposición de esta lógica y el correspondiente ascenso del neoliberalismo en todas las esferas de la sociedad, las empresas

estaban obligadas a crecer en términos absolutos y tangibles, a aumentar su producción, era valorada su función y responsabilidad social en este sentido, eran valoradas como pilares de construcción y desarrollo del mercado y del consumo interno pero, desde ahora, solo estarán obligadas a crecer desde la perspectiva de generar la máxima ganancia para ciertos grupos reducidos, es decir, los accionistas de esas unidades de producción. Esta ganancia máxima, además y desde ahora, no dependerá solo de la distribución de los dividendos sino principalmente del alza de las cotizaciones en la Bolsa de valores de las acciones de la empresa en cuestión. El desarrollo de las nuevas tecnologías, relacionadas con la comunicación e información, logra a su vez acrecentar la movilidad de los capitales favorecida también por la desregulación de los sistemas financieros nacionales, de cada país, como a nivel tanto regional y global. De hecho, este tipo de desregulación y libertad de movimiento es una característica del neoliberalismo. Por eso, a través del entendimiento de la centralidad de esa libertad de los capitales es posible, en gran medida, tener una visión más profunda de las crisis y la imposibilidad de las soluciones planteadas a través de las políticas públicas que vemos implementadas por los regímenes políticos. En la medida en que este concepto de *creación de valor* fue acrecentándose, dominando e imponiéndose, servirá finalmente de elemento fundamental que racionaliza las nuevas estructuras económicas y políticas, culturales e ideológicas surgidas con el dominio del neoliberalismo porque en adelante es aplicado en todos los sectores de la vida colectiva del hombre. ¿Cuáles son las consecuencias de ese proceso? ¿Qué efectos implica el dominio de este concepto al interior de la razón neoliberal que lo distingue del régimen anterior, del régimen de bienestar? Esto quiere decir que una empresa cualquiera, de esas que cotizan sus acciones en la Bolsa de valores, necesariamente tiene que favorecer, con sus políticas y con sus estrategias, la máxima ganancia para sus accionistas. La máxima ganancia que sea posible alcanzar en términos racionales, es decir, retornos sobre las inversiones que en el corto plazo rondan por ejemplo un 15% anual. ¿Qué existe detrás de esta idea? ¿Qué existe detrás del concepto de *creación de valor* a utilidades de un 15%? Detrás de estas obligaciones, detrás de la necesidad de favorecer el interés desmedido de los accionistas, se encuentra, sin más, la idea de un mejor gobierno y gestión de la empresa que a toda costa, en los más breves plazos, logre ganancias para los accionistas. En verdad, la empresa lo que siempre busca es precisamente ganancias para sus accionistas, es su razón de ser y en ese sentido nada le es reprochable. El problema surge cuando cambia el rol del régimen bajo los nuevos parámetros y directrices de la producción de los beneficios y ganancias, o sea, cuando el modelo del régimen clásico, basado en la economía real, en un modelo productivo, que es inclusivo, de desarrollo y defensa del mercado interno, reniega del rol de esas empresas

que hasta este momento debían hacer sus operaciones bursátiles bajo los conceptos relacionados con la *innovación tecnológica y organizacional* y cuyo retorno sobre las diversas inversiones solo intervienen en el mediano o largo plazo, dando paso, a partir de ahora y bajo el dominio neoliberal, a la imposición de una lógica del corto plazo con respecto a la generación y la *creación de valor* al interior de esas empresas. Es decir, las empresas que continúan bajo la lógica de la producción tradicional, bajo los ideales de innovación del modelo productivo clásico, son perjudicadas con este enfoque más especulativo y decididamente financiero. Son perjudicadas las pequeñas y medianas empresas que, en el ámbito de Latinoamérica, son el eslabón más dinámico e importante en el desarrollo de nuestro mercado interno a través de la creación de empleos e incentivos al consumo, el ahorro y la inversión.

El régimen neoliberal, a través del concepto de *creación de valor* nos niega la estrategia industrial de producción nacional y de inclusión social, para presentarnos otro tipo de empresa que desde ahora cotiza en la Bolsa y también en el circuito productivo pero solo para favorecer a las instituciones especulativas y financieras y sus respectivos representantes. El mismo salario de los tecnócratas, esos que se encuentran al timón de las grandes empresas nacionales y transnacionales, depende de las ganancias y cotizaciones de las acciones en la Bolsa de las empresas que dirigen y controlan. Ellos no tienen otra opción que alienar sus intereses con los de los accionistas y así van por la mayor rentabilidad en el menor plazo y a cualquier costo. No tienen otra opción política y estratégica que seleccionar esas políticas que estimen más susceptibles de subir en el menor plazo la cotización de las acciones de las empresas que representan en la Bolsa de valores. Esto significa que una actividad productiva que genere un 7% u 8% anual de utilidades sobre los capitales invertidos será despreciada como estrategia de crecimiento frente a las que generen tasas superiores al 10% o 15% inclusive. Será despreciada a pesar de que esa actividad productiva pueda generar mayor paz social a través de la inclusión, de la generación de empleo, de la capacitación de los trabajadores o mejoras salariales. Por ejemplo, pensemos en las actividades que tienen que ver con la industria farmacéutica y veremos más claramente cómo las actividades productivas son desbaratadas frente a las opciones de rentabilidad que generan las actividades especulativas aún en tiempos de crisis. En estas industrias, los ciclos de investigación para la elaboración, el posterior permiso y la comercialización de un medicamento son bastante más prolongados que en otros rubros de la producción. Además, bajo la óptica de rentabilidad de los dominantes, es decir, de *creación de valor*, las empresas farmacéuticas en su proceso de producción de medicamentos buscan primero la identificación previa de pacientes (que son los eventuales consumidores) a partir del poder adquisitivo de éstos, buscan los clientes más prometedores,

para decidir sobre sus políticas de inversión en la producción y la búsqueda aplicada de nuevos medicamentos que eventualmente aliviarán determinadas dolencias y enfermedades. En ese sentido, entre la obesidad o el HIV, siendo que esta última enfermedad afecta a millones de personas pero especialmente a los trabajadores de los países que tienen un poder adquisitivo mucho menor en relación a los trabajadores de los centrales, las empresas deciden invertir en medicamentos contra la obesidad porque ésta afecta a los trabajadores de los países centrales que tienen más recursos y poder de compra dejando, de esa manera, morir a millones de personas de HIV en los países más pobres porque no tienen los recursos para invertir en medicamentos.

La necesidad de lograr beneficios excesivos en el plazo más corto crea otro ritmo para la supervivencia de la empresa y el interés de sus tecnócratas. Crea otra realidad en la fuerza de trabajo, en las necesidades de habitación, de salud, de empleo para decidir, en fin, sobre la vida de los hombres. En los rubros de las empresas dedicadas a la producción de artículos de consumo suntuarios como autos o los fabricantes de repuestos, frente a la necesidad de incrementar sus ventas producto de la obligación de obtener cada vez mayor rentabilidad a menores plazos, traducen sus decisiones en una reducción de costos de fabricación a partir de depreciar el salario real de los trabajadores. Bajo esta perspectiva, si a los tecnócratas que controlan una empresa, ya sea ésta privada o pública, se le exige rentabilidades que ronde un 20% durante un año, probablemente reaccionarán despidiendo personal en beneficio de los intereses de la empresa, accionistas y de él mismo, contratando empleados en fábricas donde los costos laborales son menores que en los países centrales. El tecnócrata incluso tiene la opción en este caso de cerrar la fábrica del país de origen- la sección productiva- para trasladarla a los países en vías de desarrollo. Así, a través de la reducción de los costos de la *fuerza de trabajo*, somos conducidos a políticas basadas en la precarización y flexibilización del trabajador, la tercerización de empresas y la sobre explotación de la fuerza de trabajo que nos lleva, en fin, al tema nunca resuelto de los incluidos y los excluidos de los beneficios del régimen. Todo se relaciona y funciona como una máquina de una sola lógica que nos dice que la política más racional es la reducción de los costos de producción a través de estas políticas que solo benefician la *creación de valor* buscando contrarrestar la caída histórica de la tasa media de ganancia del capital.

Estos conceptos buscan reforzar el interés central de la acumulación privada del capital soslayando los efectos más dramáticos de sus acciones. Pero, ahora notamos las perversidades inherentes de la *creación de valor* en los términos explicados. Esas perversidades descansan en el hecho de que se sustenta en el corto plazo, en una noción de crear valor que se opone a la lógica de la empresa productiva enmarcada en una matriz de inclusión y de

desarrollo del mercado y consumo interno. Ahora, la lucha es estructural y definitiva porque los tecnócratas toman posiciones y decisiones estratégicas mientras los trabajadores son controlados en beneficio del aumento de la tasa de ganancia media del capital, o sea, de la baja de los costos productivos, el desempleo y la continua humillación. Los tecnócratas arman sus trincheras y se desplazan por el campo de batalla. A partir de este momento se trabaja y se planifica, se piensa y dirige en beneficio de la deshumanización de todas las relaciones sociales, de las relaciones en el trabajo, la fábrica, la empresa y en los centros de decisiones. Se deshumaniza la gestión y la planificación en el sentido de suprimir todo rastro de solidaridad y de valores que en otras circunstancias el hombre podría usar para alterar y cambiar su realidad. Los efectos catastróficos de la dictadura especulativa abarcan a partir de ahora todos los rincones de la realidad, todas las acciones y decisiones tomadas por el régimen político. De un momento para otro, los empleos mejor cotizados en el mercado laboral, los que necesitan más capacitación, empiezan también a verse afectados en los países centrales por la lógica de la creación del valor a escala global. De golpe, los sectores medios y los más populares de esos países se ven desquiciados por los efectos de las políticas neoliberales que los conducen a la inseguridad laboral y social, a la crisis y el endeudamiento económico y al desempleo estructural. Por su parte, la exclusión ensancha el horizonte de miseria porque es la lógica de crear valor a cualquier costo, es la organización global y fundamentalista del automatismo del mercado, la que crea la desocupación en beneficio del crecimiento y mantenimiento de la tasa media de ganancia. El fin supremo de crear valor es lograr la plusvalía más elevada a cualquier costo, al costo de la exclusión, miseria y marginación de la mayoría porque en la medida en que estos conceptos no sean cuestionados y se imponen son la mayoría las que sufren los efectos del neoliberalismo.

La prioridad de crear valor a cualquier costo culmina con el control y la toma del poder por parte de los accionistas y sus representantes, es decir, por parte de los tecnócratas de las empresas y bancos de crédito e inversión. La ideología política del neoliberalismo cumple esa función de control y de dominio de la lógica de la gestión de las decisiones a nivel del régimen. Ellos simplemente toman el poder y gestionan lo público y lo privado contra los intereses del trabajador. Las crisis reflejan también esas luchas, las relaciones de fuerzas entre los sectores de tecnócratas dominantes, entre los defensores de los intereses de los clanes familiares dominantes y los trabajadores. Frente a las presiones que se derivan de las acciones y de la ideología e intereses de los tecnócratas, el trabajador crea estrategias individuales de supervivencia que, en la medida en que el tiempo pasa, se van transformando en políticas, estrategias y gestión colectiva de los mismos de acuerdo al contexto político e histórico de esas luchas por la primacía. De manera simétrica, y muchas

veces anticipadas, los mismos tecnócratas luchan con la propaganda, con la propiedad de los medios de comunicación e información, con la omisión, la mentira, los mitos y las tergiversaciones de la realidad.

La caída de la tasa media de ganancia del capital conduce al Estado capitalista de producción, de acumulación y distribución a otra concepción política y estratégica del sistema político, de las formas de la acumulación, de las directrices y parámetros económicos y de creación de valor. Desde la creación de valor tuvimos que sobrellevar otra cantidad de circunstancias que derivan en la imposición del régimen neoliberal. En última instancia, esto provocó el desplazamiento masivo de los capitales productivos al campo de la especulación financiera. Empieza a incubarse paulatinamente una crisis caracterizada por la desregulación de las finanzas y libertad de movimiento de los capitales pero, la creación de valor como concepto, como estrategia de acumulación, de acrecentamiento de las tasas de ganancias del capital, será alcanzado y por unos años el Estado capitalista logrará postergar la crisis derivada de la caída de la tasa media de ganancia. Es la caída del bloque soviético (con la consiguiente apertura de nuevos y vírgenes mercados para los capitales) quien dará un respiro a las contracciones y contradicciones del estado capitalista de producción en este sentido. Vimos también como esta necesidad de elevar la tasa media de ganancia, de crear valor bajo todas las circunstancias, conlleva la reducción de los costos de producción mediante la deflación de los salarios o sea, la pérdida del poder adquisitivo del salario de los trabajadores y la supresión o recorte de históricas conquistas sociales. También vimos como este proceso implica la exclusión social de la mayoría de los beneficios del régimen político y la imposibilidad del neoliberalismo para hacer algo al respecto. De ahí derivan los mitos redistributivos y fábulas seudo democráticas del neoliberalismo que bajo ningún concepto cumple con esas políticas. Es ahora cuando se nos revelan como falsas las esperanzas de los reformistas o de los autonomistas. Definitivamente, el neoliberalismo no puede hacer nada al respecto porque mantener y aumentar la tasa media de ganancia del capital solo es posible a través de la racionalización del sistema productivo y esto implica imponer la creación de valor en los términos vistos más atrás y la deflación de los salarios reales, es decir, la lógica de achicar los costos de la producción de los bienes es constitutiva de las estructuras del régimen. Simplemente, esta reducción de los costos es la principal razón de ser de la eficiencia del capitalismo como sistema. Esa reducción de los costos de producción, en desmedro de los intereses de los trabajadores, en contra de una mejor distribución de la riqueza, la equidad e igualdad de oportunidades, es la base sobre la que hay que plantearse la superación histórica del régimen neoliberal y su correspondiente Estado capitalista. Desde la perspectiva de los intereses de los dominantes que controlan los ejes de la economía, de la

política y centros de decisiones a nivel global, en cada uno de los ámbitos en que se expresa la lucha por la primacía, es la reducción de los costos una necesidad prioritaria que no admite ninguna concesión ni consenso. Por eso, llegado el momento definitivo, ese diálogo y acercamiento (al que apuestan los reformistas, todos los que buscan conciliar) es imposible. En el momento definitivo, los sectores de la clase dominante y sus intereses no son capaces de ceder sin sacrificar su dominio mientras que los trabajadores no pueden ceder un ápice el terreno conquistado sin caer en el ostracismo político, el desencanto y la desmovilización de las bases y la dirigencia. Por eso, llegado el momento final son ellos o nosotros.

Fue el desarrollo tecnológico en las comunicaciones, la información y producción las que lograron reducir los costos productivos y las empresas fueron así más eficientes. El desarrollo de la tecnología vino en auxilio de los dominantes pero hoy ese desarrollo, las características de la producción de la información y la cultura como socialmente producida, van minando la lógica mercantilista de una cultura que ya no puede ser elitista ni juzgada desde una simple visión mercantilista de eficiencia. Esta eficiencia en los costos de producción de las grandes empresas fue lograda a través del neoliberalismo, a través de sus políticas. Esa eficiencia fue lograda a partir del aumento de las ganancias a través de los despidos y recortes de plantillas, la disminución de los aportes patronales, de las jubilaciones, la disminución de los costos sociales y fiscales en general, la deflación o la caída de los salarios reales del trabajador. El problema de estos nuevos métodos que buscan crear valor, de aumento de la productividad de la empresa, primero en términos financieros y luego en términos especulativos antes que reales, es que solo es posible a través de la pérdida del poder adquisitivo de los salarios de los trabajadores, es decir, del poder de compra de sus salarios dada la deflación que éstos sufren en el proceso. Es de esa manera como el régimen neoliberal excluye. Es así como el neoliberalismo, antes que desarrollar el mercado y consumo interno, lo atrofia y lo contrae. Es así como el neoliberalismo apuesta solo a los números y a determinadas cifras.³

³ La evolución de las finanzas, el pronóstico del tiempo, la inflación, la mortalidad infantil o índices de desnutrición, de hambruna e ignorancia, el porcentaje de aprobación del aborto, el rating de los programas de televisión, la cantidad de cloacas por habitante, la cercanía o distancia, el pasado, el presente y el futuro, todo y todos son susceptibles de medición. Para el neoliberalismo nada puede ser comprendido sin números, sin cifras y estadísticas. Puede ser ésta una obviedad porque los números nos traen calma en medio del desenfreno, orden en medio del caos y el frenesí propio de la realidad, además nos guían en medio de la confusión y conducen nuestra existencia. Pero, todo es relativo y los números son esquivos, son paradójicos y misteriosos. Mienten a favor del neoliberal.

No es posible ignorarlos porque el neoliberalismo genera grandes mitos en torno de éstos y así tenemos números, cifras y estadísticas que superan a los números reales, los

Esta pérdida del poder adquisitivo de los salarios contrae el consumo y por eso la inclusión social, el mercado interno y el bienestar general no son posibles. Así, el régimen reduce sus estrategias y sus campos de acción y de reacción adquiriendo una dimensión mucho más elitista, anti democrático y represivo. La pérdida del poder adquisitivo de los salarios se revela por el rápido aumento de endeudamiento de las familias, por la propia insolvencia económica de la mayoría de los hogares que así son un reflejo de la caída de la participación de los sueldos en la distribución de la riqueza. La insolvencia de los hogares es la traducción real, en nuestra cotidianeidad, de los efectos y consecuencias de las crisis. Esta crisis se refleja en la economía a través de las presiones ejercidas por el capital para mantener o aumentar la tasa media de ganancia que deriva en la caída de los salarios y se manifiesta finalmente en la construcción de un régimen neoliberal. Pero, el neoliberalismo implica también otras políticas de la reacción más sobrecogedora. Por ejemplo, para preservar el empleo, en los países donde las empresas tienen ciertas ventajas comparativas dado el bajo costo de los salarios con respecto a otros países más desarrollados y la débil legislación referente a la seguridad laboral, la protección y las conquistas sociales en general, éstos buscan preservar los niveles de empleo defendiendo el nivel de ganancias de las grandes empresas y evitar que éstas emigren a otras tierras. Es el proceso que conocemos como *deslocalizaciones*. Es decir, en el afán de preservar y de defender las ventajas comparativas y los niveles de ganancias de las transnacionales, los gobiernos terminan transfiriendo las cargas sociales, responsabilidad y financiamiento de éstas, a manos de los mismos trabajadores. De obligación de las empresas, las cargas sociales son transferidas al trabajador. Así se reducen los salarios indirectos formados por las prestaciones sociales que en su momento fueron conquistas laborales de trabajadores de otros tiempos. Cae el salario real y también el indirecto. Caen los salarios reales, cae el poder adquisitivo de los trabajadores y estamos en las puertas de otra grave crisis social y humanitaria producida por el neoliberalismo: el endeudamiento y la insolvencia de los hogares. Esto ocurre en Latinoamérica pero también en los países del centro como lo demuestran las crisis. El neoliberalismo usa argumentos como los de *creación de valor* para cuestionar los acuerdos y consensos, las luchas que dieron origen a las regulaciones anteriormente conquistadas y defender los

racionales, negativos, enteros, los irracionales e imaginarios. Por eso existen algunos números comprados como los de las encuestas. Hay números falseados y desconocidos, como esas estadísticas que reflejan los porcentajes de miseria e inanición. Hay números exagerados como la de los gurúes de la economía que continuamente nos hablan de caos, catástrofes, hiperinflaciones y caída de los gobiernos populares. O números discutibles como los del rating y hasta cifras escondidas como las de las licitaciones. Entonces, en el control de los números y sus sentidos también se juega una parte de la razón, del sentido común. Se juega una porción del poder que inevitablemente rodea las vidas de todos.

intereses y ganancias de las empresas en perjuicio del trabajador, su salario y modo de vida, de su educación, salud y seguridad. De hecho, las reformas que originan el neoliberalismo como régimen de dominio de la minoría sobre la mayoría contribuyen, de manera directa e indirecta, a la misma insolvencia económica de los hogares de los trabajadores, de la deflación de sus salarios, de la caída de sus conquistas laborales y la pérdida del nivel de bienestar. El neoliberalismo nos conduce entonces al empobrecimiento relativo y absoluto del trabajador en los países periféricos pero también en los desarrollados.

Con la primacía de los intereses neoliberales al interior del sistema comercial global, la pérdida de poder adquisitivo del salario del trabajador, las amenazas de emigración de empresas a tierras más atractivas en términos de costos laborales y la consiguiente erosión de las conquistas sociales de la población local, nos conducen a un estado de cosas por lo menos intolerable. Por eso, estamos transitando épocas de crisis estructurales y terminales. Es así que hay que movilizar todos los recursos para defendernos, plantear el proteccionismo desde el marxismo, de la primacía de la vida, de la tecnología conveniente, de la movilización en beneficio del empleo de los recursos nacionales. Hay que considerar cambios más profundos, posibles y nuevos objetivos de producción y reparto de las riquezas por todos y todas generadas y movilizarlos porque solo de esa manera las crisis estructurales y terminales devienen en crisis finales.

Proteccionismo, planificación y relaciones de fuerza.

Ante una crisis de cualquier característica, ya sea estructural, ya sea terminal o final, los países y sus respectivos regímenes políticos cuentan con ciertas respuestas, varias políticas en función de la resolución de todos esos desafíos que la crisis plantea a los actores políticos en pugna por la primacía de una lógica sobre otra, un arte de poder sobre otro de resistencia. Entre las políticas públicas, que son susceptibles de invocarse, tenemos, por ejemplo, el proteccionismo y las nacionalizaciones, el monetarismo, la devaluación, la desregulación, las limitantes impuestas al accionar de los regímenes políticos y hasta las *(r)evoluciones*. Son diversas tomas de posición y decisión que buscan, desde un arco ideológico- estratégico, la resolución de los desafíos planteados por las crisis. Entender cuál de esas políticas, sean populares o reaccionarias, será implementada implica el examen, el análisis de la realidad de cada país, implica analizar las posiciones económicas e intereses de los grandes actores políticos que son parte del proceso de toma de decisiones. Implica analizar la fuerza de las estructuras, de las bases y actores políticos intermedios como lo son el sindicato y la organización patronal. Implica la capacidad de los partidos políticos para establecer y priorizar coaliciones

estratégicas o no, las disposiciones reales del régimen político para intervenir en las decisiones que atañen y afectan a las mayorías, a sus posibilidades de intervenir en las empresas y finalmente, la posición del país en relación al sistema comercial global. Entonces, para entender qué tipos de políticas se aplicarán frente a determinadas disyuntivas o crisis es necesario considerar una serie de variables políticas, sociales, ideológicas e institucionales que caracterizan la relación de fuerzas entre clases antagónicas en cierto contexto histórico. Esto nos remite a la idea de que una crisis, cuando es entendida como una ruptura respecto a períodos de normalización política, económica y social, es un desafío para los actores políticos en su globalidad que, de hecho, se expresa en una serie de diversas respuestas en función, por ejemplo, de la fuerza de presión del mundo del trabajo y sus sindicatos y organizaciones, de la orientación política del gobierno, de las disposiciones del régimen, de la lógica del Estado y el grado de dependencia en relación al sistema comercial global. Todas estas variables y su análisis nos llevan a entender porque con relación a la crisis de los '30 del siglo anterior, Estados Unidos reaccionó con la política del New Deal mientras Alemania, la otra potencia que disputaba la hegemonía global, reacciona instaurando el nazismo. Las características del régimen político de cada uno de estas potencias y las variables en juego, nos demostraron hasta qué punto éstas son capaces de condicionar una u otra respuesta frente a la crisis. Llegado el caso, son dos las opciones sobre las que gira la resolución política de los problemas que aquejan al régimen: la opción neoliberal o la opción del proteccionismo. La opción liberal, en boca de los neoliberales, es la regla y alternativa última y el proteccionismo es la excepción. Es éste otro de los dogmas de la economía clásica a pesar de que otra vez el neoliberal nos mienten desvergonzadamente. El librecomercio y su liberalismo dogmático progresó bastante en el pensamiento económico de los hombres primero con las tesis de los fisiócratas, luego con los escritos de Adam Smith y por fin con el *Tratado de Comercio francés- inglés de 1786*. Sin embargo, el librecomercio siempre fue la excepción y el proteccionismo definitivamente fue la regla, la opción de opciones. Es decir, en la práctica política, podemos ver que la supremacía ideológica del liberalismo de antaño en Europa nunca significó que desapareciera el proteccionismo. En realidad, este se relacionó directamente con el surgir del nacionalismo a comienzos del siglo XIX y con la toma de conciencia del desarrollo económico que nació con la revolución industrial y con el avance de la industria inglesa. Durante el siglo XX, el proteccionismo sacó ventajas no despreciables en todos los países que se unían a los desarrollados. Fue el caso paradigmático de Estados Unidos. El caso más sobrecogedor de proteccionismo en la historia fue el de Estados Unidos. Los sectores partidarios del proteccionismo necesitaron una guerra civil y miles de muertes para eliminar políticamente la influencia de

los partidarios del librecombaio del sur que se sustentaban en el sistema de la esclavitud. La defensa de las industrias y de las factorías de Estados Unidos, usando el sistema de las barreras aduaneras, subsistió hasta por lo menos la década del '30. Hoy, el proteccionismo se desarrolla a través de políticas que tienen que ver con subsidios a su producción interna.

Por otro lado, Alemania en el siglo XIX y Japón en el XX, los países del sudeste asiático luego de la Segunda Guerra Mundial, son países que apelaron también al proteccionismo para defender su desarrollo industrial y sus conquistas. En verdad, el *librecambio* solo perdura en los países y en las regiones que formarán finalmente la periferia de nuestra globalidad y a partir de ahí se entiende la falta de desarrollo endémico de éstos. En esos países además la opción del librecombaio fue forzada a través de determinadas leyes y de normas mediatizadas que los países del centro del mundo impusieron al sistema comercial internacional primero y globalizado después. Podemos incluso ir más lejos en nuestra crítica a la opción del librecombaio porque la liberalización comercial, la libertad del capital y su desregulación financiera, en el proceso de globalización neoliberal, bajo ningún concepto condujo a un mayor desarrollo económico a nivel del sistema comercial global. Por eso, la pobreza y la exclusión estructural se incrementaron, el desamparo también lo hizo, el hambre, la desnutrición, la falta de educación y así el neoliberalismo nos condujo a una crisis social de proporciones maquiavélicas. Surgen al respecto algunas interrogantes: ¿qué es la contrarrevolución neoliberal? En esencia, es una estafa orquestada por un régimen depredador, un régimen que ya ante nada es capaz de detenerse. ¿Qué es la excelencia gerencial de los tecnócratas? Es la forma más desvergonzada de explotación de la fuerza del trabajo. Es una forma de explotación generalizada, despótica e impiadosa, es una gran presión y extorsión dirigida a todos los que viven de un salario. Esta desvergonzada explotación de la fuerza de trabajo se traduce también en una sobre exposición del sujeto y la familia, inviables en términos económicos, que son las que corren con todos los riesgos sociales que van más allá de cualquier posibilidad de su control y de todos los medios financieros. En general, en nuestros países, en los países centrales y periféricos, la violencia derivada de la deshumanización neoliberal conmueve. Es extrema porque la explosión del desempleo, el cierre de fábricas, etc., nos muestra una vez más la ineficiencia del modo capitalista de producir. Estos fenómenos radicalizan las protestas sociales. Como causa de la pobreza estructural, de la exclusión del trabajador del mercado laboral, formalizados sus derechos, el desempleo simplemente se extiende y los desocupados nos desafían al tiempo que los consumidores pierden la confianza. Sin dudas, es el desempleo una manera muy violenta de represión. Es una muestra más de la profunda violencia que

el capitalismo despliega como instrumento de alineación y deshumanización. Por eso, nos da mucho odio y resentimiento.

¿Qué pasa con los que aún conservan sus puestos de trabajo? Estos, sin dejar de trabajar, piensan, se les vienen ideas escalofrantes y aterradoras, ideas más allá de todo raciocinio porque lo que hacen no es trabajo, es un castigo, un descenso en los infiernos de Dante. ¿Porqué sufrir sin decir nada? ¿Qué pecados cometimos para merecer semejante destino? ¿Qué hicimos para estar sujetos a semejante faena? ¿Qué pecados para ser considerados una mercancía en un mercado de intercambio de bienes deshumanizado y catastrófico? ¿Somos castigados por querer llevar una vida normal? Vuelven los tiempos sombríos y el concepto de crisis no alcanza para explicarnos todo esto, de que estamos en el cambio de una era. Entonces, es evidente que el comercio global no solo pone en competencia ciertos bienes sino también regímenes completos. La Comunidad Europea debería constituirse en un gran espacio regional de políticas solidarias, de inclusión y, por el contrario, fue la libre competencia la que formó las bases ideológicas de los tratados europeos que originaron la comunidad. ¿Qué es el *librecambio*? Es la plena libertad de los capitales. ¿Qué es la libertad del capital? Este concepto nos remite a la libertad, la ausencia de trabas políticas y sociales que tiene el capital en su generalidad para aplastar la conciencia, la vida, la esperanza, las opciones y el trabajo de los hombres. En palabras de Marx:

*“Es la libertad del capital. Cuando se hayan hecho caer algunas de las trabas nacionales que encadenan todavía el avance del capital, no se habrá hecho otra cosa que liberar enteramente su acción. En la medida en que se deje subsistir la relación del trabajo asalariado con el capital, por más que el intercambio de mercancías se haga en las condiciones más favorables, siempre habrá una clase explotadora y una explotada (...) Señores, no se dejen ganar por el concepto abstracto de libertad. ¿Libertad de qué? No se trata de la libertad de un simple individuo, en presencia de otro individuo. Es la libertad que tiene el capital de aplastar al trabajador”*⁴

Nos mostraron que son dos las opciones, es decir, la del librecambio o la proteccionista, pero éstas no son tan fundamentalistas porque en el proceso de sobrevivencia del Estado capitalista como régimen de acumulación todo vale. Tanto una como otra opción pueden simultáneamente echar mano de las políticas neoliberales o proteccionistas. En última instancia, lo fundamental es la defensa de los intereses de los sectores y grupos dominantes, de los clanes familiares anglo-estadounidenses. En relación con la primera opción,

⁴ Extracto de un discurso que el autor pronunciara en Bruselas el 7 de enero de 1848 ante la *Asociación Democrática*.

con la opción liberal o neoliberal, las bases sobre las que se sustentan las políticas tendientes a la resolución de las crisis se basan, por lo menos en teoría, en el automatismo de los mercados que es quien dispone a su entera discrecionalidad de cada uno de los factores de producción nacionales o sea, que a este automatismo de los mercados le es lícito desplazar a los hombres de sus empleos, desplazar fábricas y hasta las máquinas hacia otros rubros y sectores productivos. El régimen puede intentar transformar al trabajador y al productor del campo en granjeros con un más alto nivel de especialización o en ganaderos. Pero, todo esto implica un cambio, una transformación radical de los modos de producción, de las características del desarrollo del mercado y consumo interno. Por eso digo que el automatismo del mercado es bastante relativo y que en períodos de crisis éste solo en teoría podría mostrarse como mejor forma de asignación de recursos. En otras palabras, la opción liberal o neoliberal en períodos críticos no es auténtica porque, más temprano que tarde, el régimen político y sus recursos públicos en los que se incluyen los económicos, tendrá que venir en auxilio de los mercados como sucedió en los años '30 y como sucedió en el 2008 con el salvamento de las entidades financieras. Los cambios en períodos de crisis son profundos y son radicales, cuestionan las relaciones de fuerza políticas hasta ese momento generadas, los modos de vida, la ideología, el sistema económico y las instituciones de los dominantes y los dominados, la lógica de unos y las irracionalidades de otros que, en definitiva, significa que dejar en manos de los dominantes la resolución de estos problemas o defender la no intervención del régimen es ideológicamente un crimen. Es militar a favor de la reacción, del desencanto, de la desmovilización de nuestros intereses. Es militar contra la democracia y la participación, la organización del trabajador que en teoría debe sustentar las estructuras democráticas. Es militar contra la esperanza, la lucha y contra las victorias populares.

También hay que considerar que la intervención del régimen político en cuestión no tiene porqué implicar la adopción de medidas populares y de ahí la urgencia de la participación y movilización de los trabajadores en los procesos políticos. Definitivamente, la intervención del régimen político, aún en tiempos de crisis, puede generar conscientemente un retraso en el proceso de modernización de un país, un retraso en relación a la adopción de un plan nacional de desarrollo inclusivo, soberano y popular. Respecto de la opción de la intervención política pueden decirse otras cosas bastante importantes. Por ejemplo, la opción del proteccionismo, cuando se funda en la lógica del derecho a propiedad sobre el derecho a la vida no implica una superación respecto al capitalismo. En estos términos, la opción de la intervención no contradice la lógica del Estado. En tiempos de normalización institucional, las distintas opciones políticas, es decir, las que se apoyan ideológicamente

en el régimen neoliberal o en el intervencionismo, oponen a los productores que trabajan para los intereses ligados al mercado interno y los otros, los que trabajan con sus prioridades en el mercado global. Es el juego del poder que se desarrolla al interior del régimen y que atraviesa a toda la sociedad, atraviesa las clases y grupos sociales, sus organizaciones y no cuestiona ni las prerrogativas del capital ni las relaciones de poder. Pero, en períodos de turbulencias y crisis, este régimen divide a la clase y los grupos dominantes y dirigentes generando enfrentamientos de intereses y diversas concepciones de desarrollo. Generalmente, el desenlace de estos enfrentamientos viene de las múltiples acciones que pueda desarrollar el poder de las fuerzas del trabajo y sus movimientos y organizaciones que determina la capacidad de los mismos para reaccionar o no ante esa realidad histórica. Por lo mismo, es el trabajador como colectivo y clase social el protagonista y dueño legítimo de la historia de la humanidad.

Las nuevas tendencias globales a propósito de nuestro desarrollo.

El siglo XXI políticamente quedó inaugurado a nivel global con una conmoción profunda en las relaciones económicas, políticas, comerciales y financieras del sistema comercial globalizado. Desde esa perspectiva, los hechos determinantes, a ese nivel, fueron principalmente dos:

- a) Por una parte, tenemos el surgimiento, en las últimas décadas (en la zona que comprende el continente Asiático y el Pacífico) de otro centro de gravitación política, comercial y económica que comparte la hegemonía que ejercieron, en los últimos cinco siglos, las naciones más avanzadas que conforman el área del Atlántico Norte.
- b) Por otro lado, tenemos la inviabilidad de las reglas y normas bajo las que funcionó el sistema comercial internacional y luego el global, desde el fin de la segunda gran guerra mundial, particularmente a partir del predominio de políticas neoliberales y la consecuente especulación financiera.

En relación al primer hecho determinante a nivel global, es decir, del surgimiento de un nuevo polo de desarrollo y de crecimiento en el espacio de Asia- Pacífico, se destaca el protagonismo de China y otras naciones que implica incorporar al mercado global, como consumidores y productores, a millones de trabajadores. Este proceso provoca alteraciones estructurales en la dinámica del sistema comercial globalizado que voy a definir como *efecto China*. Por una parte, este provoca la ampliación de la demanda agregada de

alimentos y de las materias primas en general, lo que se refleja, por ejemplo, en el aumento constante de los precios y los valores de los commodities y la valorización de los recursos naturales en los que los países de Latinoamérica tienen ventajas comparativas. Por otra parte, produce la incorporación a las cadenas de valor transnacionales de mano de obra de bajos salarios casi en los límites de la esclavitud, lo cual también debilita la demanda de empleo genuino y de calidad en las economías industriales avanzadas y en la propia capacidad negociadora de los sindicatos. Este proceso tiene una particular importancia en áreas productivas intensivas en tecnología. En las economías industriales más avanzadas, el efecto China influye en la distribución de los ingresos de los trabajadores, a través de la disminución de la participación de los mismos en el ingreso y el consecuente debilitamiento del consumo en la demanda agregada. Contribuye, también, al desequilibrio en la balanza de los pagos internacionales que caracteriza a esas economías centrales. Mientras tanto, en las economías de los países emergentes, como en Latinoamérica, la oferta de manufacturas, que son cada vez más complejas en los sectores de vanguardia, genera una competencia de precios bajos que llega a afectar, si no existe la correspondiente regulación del régimen, la transformación productiva de estos países. Así, desde la perspectiva de esas economías periféricas el factor chino proporciona, por una parte, el impulso de la valorización de las materias primas, pero también implica una amenaza contra nuestro desarrollo y transformación industrial en el sentido de vernos tentados otra vez a apoyar la generación de recursos exclusivamente en los bienes del sector primario.

La realidad nos demuestra cómo las inversiones extranjeras, que se concentran en la explotación de recursos naturales de los países periféricos, en ningún caso impulsaron, en esos países, la transformación productiva y la formación de economías avanzadas, social y políticamente inclusivas, que lograran superar el flagelo de la dependencia estructural. Esto se produce porque el desarrollo de nuestros pueblos implican otras formas de gestionar el conocimiento, otras maneras de tecnología conveniente y la incorporación de constante valor agregado y tecnología a los recursos naturales y materias primas, integrando las cadenas de valor dentro de los espacios nacionales y de la región y, consecuentemente, transformando la inserción en la división internacional del trabajo. Por el contrario, cuando nuestros países se resignan a ser proveedores de bienes relacionados con las materias primas, delegando la explotación de éstas en las transnacionales, se condenan al subdesarrollo, por ricos que sean sus yacimientos de petróleo, minerales o fértiles sus tierras. Lo que falta no son las inversiones extranjeras directas sino proyectos industriales que agreguen valor a la producción nacional para así enriquecer las redes de producción, el tejido económico y social de nuestros países que a

su vez se vuelven imprescindibles en el impulso al desarrollo de las empresas nacionales que promuevan nuevas relaciones internas e integración regional. Sencillamente, no podemos ser países avanzados, con estructuras políticas e institucionales fuertes y eficientes, con bienestar e inclusión social de la mayoría, si se insiste en la explotación de los recursos naturales y materias primas a través de inversiones esencialmente extranjeras dentro del modelo de centro y periferia defendido por las relaciones comerciales globales. El camino del desarrollo es el de la inclusión a través del mercado, del ahorro y del consumo interno, a través de la reivindicación de las necesidades de los trabajadores. Además, la extraordinaria acumulación de reservas globales en China y otras naciones emergentes de la zona de Asia influye en la esfera financiera y especulativa global. En la zona que comprende la cuenca de Asia y las costas del Pacífico, particularmente en China, la influencia de las políticas en el comportamiento del sector financiero es mucho mayor y su potencial de recursos está más orientado a servir a objetivos de la estrategia de desarrollo y de proyección global. En consecuencia, desde la perspectiva de las economías emergentes como las de Latinoamérica debe administrarse, con el mayor cuidado posible, la presencia del poder financiero asiático en nuestras realidades internas porque, en definitiva, esa presencia es una fuente potencial de desarrollo, de crecimiento y cooperación, pero también puede generar un riesgo de subordinación y de sometimiento a los dictados de la potencia asiática. Además, la desregulación de las finanzas demuestra ser incompatible con el comportamiento ordenado de las relaciones comerciales globales constituyéndose en un obstáculo fundamental al crecimiento bajo los términos de la soberanía e igualdad. La regulación del mercado financiero y la represión de sus excesos especulativos son condiciones necesarias de un sistema financiero global suficientemente estable, más sano y predecible. La reducción de ganancias del sector financiero es también condición necesaria para viabilizar las políticas del pleno empleo, la estabilidad de los precios y la eliminación de la brecha entre los salarios y la productividad, preservando en las mayores economías, los márgenes de beneficios en las actividades productoras de bienes y servicios no financieros. En fin, la irrupción de las crisis pero sobre todo el ritmo de su profundización promueven presiones muy significativas en el reconocimiento del importante aporte de las políticas públicas que hacen hincapié en la demanda agregada dentro de paquetes más amplios que incluyen el salvamento de los bancos, la flexibilización de los mecanismos monetarios y una política fiscal expansiva a través del gasto y de la reducción de los impuestos.

No puedo dejar de mencionar el tema de las asimetrías al interior del sistema comercial global. Existen una serie de países, dispersos en toda la geografía del planeta, con recursos materiales y capacidad para gestionar el

saber que simplemente no cuenta con herramientas suficientes para resolver su atraso estructural. Esta debilidad acrecienta la distancia que separa a esos países de los centrales, todos esos que controlan el sistema comercial a través de leyes mediatizadas por la razón neoliberal. Esta es la principal causa que amenaza la paz de los hombres, es decir, la seguridad global, convirtiéndose así en fuente y caldo de cultivo del terrorismo, del narcotráfico, del comercio ilegal, del tráfico de personas y armamentos, de la aparición del fanatismo religioso, político, económico y cultural que condicionan decididamente la construcción de un sistema comercial global más justo y bienaventurado. Es imposible alcanzar un sistema global más justo, más racional, más equitativo, seguro y estable, sin resolver los problemas de los países estructuralmente dependientes, es decir, esos que derivan la naturaleza de clase del Estado y del régimen de las relaciones políticas, sociales, comerciales y económicas instituidas por los países centrales a través de leyes y normas mediatizadas, que abarcan a alrededor del 25% de la humanidad y que incluyen las zonas de mayor violencia institucional, miseria, exclusión, pobreza, marginación y desigualdad social. Necesariamente, por sus condiciones estructurales, esos países, fuertemente subdesarrollados, se caracterizan por las condiciones de pobreza extrema y por una escasez crónica de ahorro y divisas. Por eso, sus problemas son objeto de continuos e innumerables pronunciamientos y de buenas intenciones de parte de los organismos como Naciones Unidas y de los programas de ayuda que en conjunto siempre son incapaces de resolver los desafíos planteados porque no basta con programas y pronunciamientos de buenas intenciones. Otro mundo posible nos reclama acciones conjuntas y concretas donde la comunidad internacional se comprometa en la resolución de los graves problemas que nos afectan a todos lo que implica además una transferencia suficiente de recursos y asistencia científica y técnica para impulsar el desarrollo de esos países. Pero, hoy las cifras involucradas son una ínfima proporción de los recursos comprometidos al nivel global en relación a los que se destinan para otros fines, como los que se usan para rescatar a bancos y especuladores financieros de las debacles a las que se exponen. Las circunstancias históricas, derivadas de las crisis del sistema comercial global y la emergencia de nuevos actores en el escenario comercial global, particularmente China y otras tantas naciones emergentes de Asia y Latinoamérica, además, logran modificar continua y constantemente el rol del dólar como patrón monetario global y demanda así la creación de nuevas fuentes de liquidez para abastecer el aumento de esa demanda de dinero del sistema comercial, la creación de nuevos recursos para fondear determinados programas que logren enfrentar algunas situaciones de gran emergencia y la proporción de recursos para financiar el desarrollo de países dependientes.

Desde los años '70, algunos importantes fenómenos como la inflación en Estados Unidos, la integración del continente europeo y el fortalecimiento de las economías emergentes empiezan a cuestionar la hegemonía monetaria de Estados Unidos. En este sentido, la participación del dólar como moneda de reserva en los bancos centrales de cada país, en los '80, cayó, desplazado por otras divisas como el marco de los alemanes, el yen de los japoneses y después el euro. Cayó también el porcentaje de los bonos internacionales denominados en dólares que pasaron a ser nada más que un tercio en relación a la década anterior. Por eso, la política de ampliación del curso forzoso del dólar estadounidense a los países en transición, es decir, los emergentes y periféricos de Europa del este, de Asia o Latinoamérica, a través de la que se buscó contrarrestar esta tendencia sustituyendo las monedas nacionales de esos países por el dólar. Un sistema que se implementó en unos pocos países como Panamá y luego Ecuador mientras que, en Argentina, se implementaba la convertibilidad del peso impulsado con fuerza en los años noventa bajo el dominio neoliberal. La introducción del euro como moneda dominante en Europa y el avance en las negociaciones del *Área de Libre Comercio de las Américas* proveyeron nuevos argumentos en favor de la dolarización plena o, al menos, de la adopción de tipos de cambio totalmente fijos que es vista como antesala de la dolarización completa. Pero, la crisis argentina del 2001 obligó a dar marcha atrás con la dolarización por varias razones entre las que tenemos la desfinanciación del sector público y del régimen político porque un tipo de cambio con moneda sobrevaluada milita decididamente contra la producción nacional porque busca asentar el desarrollo a través del ahorro e inversiones externas. Esto sucede también en los países centrales (como lo demostró la crisis del 2008) y con mayor razón en los periféricos donde las consecuencias de ese tipo de políticas, por la estructura productiva mucho más dependientes de las normas del sistema global, potencia aún más el drama de la imposición de un régimen neoliberal.

Por otro lado, las tensiones comerciales y económicas de comienzos del nuevo siglo lograron erosionar la confianza en el valor del dólar como divisa y alteraron la composición de las reservas globales. En este escenario, los bancos centrales de las diferentes naciones diversificaron su cartera de monedas y metales. Como reflejo del lento pero constante debilitamiento del dólar, algunos países tomaron medidas económicas para resguardar el valor de sus activos externos. Entonces, el problema central del sistema monetario global es que tiene como base una divisa, el dólar, cuyo único respaldo es la cada vez más débil salud de la economía de Estados Unidos. Esto lleva a que el dólar se deprecie constantemente en relación con sus valores históricos y con respecto a otras divisas que se usan en el sistema. En verdad, la primacía del dólar como divisa de cambio y ahorro depende más que de la economía

de Estados Unidos del financiamiento de los múltiples inversores extranjeros y en especial del exceso de ahorro de ciertos países emergentes, como China, que confían hasta ahora en los bonos del tesoro de Estados Unidos o en el uso del dólar como moneda de reserva. Son los chinos los que colocan gran parte de sus exportaciones en Estados Unidos, en una variedad de productos, bienes y servicios y también en los más diversos rubros, desde los textiles hasta los electrónicos, por las que, a cambio, reciben dólares que destinan en cierta proporción a comprar bonos del tesoro. Este endeudamiento le permite a Estados Unidos mantener ciertos niveles de consumo que están muy por encima de sus posibilidades. En Europa la creación de la moneda única fue un paso fundamental en el proceso de integración. Pero, para hacer realidad esa unidad todos los países renunciaron, a nivel nacional, a instrumentos claves de su política económica como la fiscal con lo que sometieron a las mismas reglas a países muy distintos por sus niveles de desarrollo y potencial de recursos como Grecia o Alemania. Europa así buscó la unidad económica sin haber logrado la unidad comercial y por eso continuamente surgieron las asimetrías y contradicciones entre los sistemas productivos, comerciales y económicos de cada país miembro que además se multiplicó en períodos de crisis. Lo que hay que considerar en el caso de Europa es que su proyecto común se dió bajo las consignas ideológicas del neoliberalismo y así, en el largo plazo, esa comunidad no tenía mucho futuro. Finalmente, si bien las crisis en Europa refleja sus antinomias internas, también nos demuestra como sobrevive aún hoy, a pesar de todo, un sistema financiero global altamente reaccionario que multiplica los ataques y las medidas contra los intereses de los trabajadores, contra la producción nacional, que genera empleo y ahorro, que aumenta los desequilibrios en los intercambios comerciales globales.

En relación al tema de la inoperancia de las políticas neoliberales y, en general, de todas las medidas, estructuras e instituciones construidas a partir del final de la Segunda Guerra Mundial, solo puedo decir que se hace muy improbable que el neoliberalismo resuelva los problemas globales relativos a las amenazas a la paz, la seguridad, el narcotráfico (...) que afectan a todos, porque no puede resolver las asimetrías de poder entre el norte y el sur que es fundamental para mejorar la convivencia global. También es poco probable en términos racionales el reinicio de una fase prolongada de crecimiento del sistema comercial global y una mejora general de las condiciones de vida de los trabajadores sin resolver las cuestiones críticas planteadas en la etapa actual de la globalización. Esas cuestiones, conjuntamente con la inoperancia de las estructuras institucionales de ese sistema comercial global como las Naciones Unidas o el rol del Fondo Monetario Internacional, son la base de la inoperancia del régimen global para buscar soluciones a los dramas que nos afectan. La cuestión es que en los plazos previsibles de la política no es

posible esperar acuerdos y tratados globales de gran alcance para resolver las cuestiones actuales del sistema comercial global. Sin embargo, a diferencia de la década de los '30, cuando la crisis desató las políticas de sálvese quien pueda y la desorganización del sistema comercial mundial, en la actualidad, la interdependencia política y comercial entre las economías centrales es tan profunda y paradigmática que es inconcebible un epílogo semejante. En este escenario del sálvese quien pueda, es poco probable esperar cambios en la normativa de las finanzas y del comercio global a la altura de los desafíos planteados que logren mayor equidad y desarrollo de los países dependientes para contribuir al mejor desarrollo del hombre. Probablemente, continuarán por un largo tiempo las modificaciones parciales, de coyuntura, postergando, una vez más, acciones más profundas, de características estructurales.

Para el resto del mundo, donde están incluidos los países de nuestra Latinoamérica y los de economías emergentes en general, las señales de estos elementos y tendencias del sistema comercial global son más claras. Así, es indispensable movilizar nuestros recursos internos, poder mantener la casa en orden, con manejables niveles de deuda y una mayor libertad de maniobra y de soberanía en la gestión del régimen político por parte de los trabajadores. Solo en ese escenario es posible desarrollar políticas nacionales de desarrollo en todos los ámbitos para profundizar la integración de nuestro sistema productivo a través de tecnología conveniente. El funcionamiento ordenado y lógico del sistema global requiere fortalecer la capacidad de maniobra de nuestros países para regular el impacto de la globalización. La expansión del comercio global nos beneficia a todos pero los desequilibrios que provoca la globalización desregulada pueden culminar como en los años '30, es decir, en el proteccionismo general. Se trata de introducir normas y reglas razonables de comercio entre los países que contemplen los problemas de las mayores economías pero también de los países periféricos en la búsqueda de mejores condiciones de estabilidad y equidad. Hoy la realidad nos muestra que hay un largo trecho por recorrer desde el momento en que la cooperación global se muestra insuficiente para resolver los problemas de todos por lo que, en fin, cada país tiene que asumir las responsabilidades que le corresponden para resolver sus dramas y llevar mayor bienestar para sus pueblos.

La inflación como proceso de disciplina social.

Si bien es cierto que hubo suba de precios en general en los regímenes políticos nacionales, soberanos y populares que aparecieron en su momento en Latinoamérica, catalogar esas subas de precios de los bienes y servicios como inflación- ligados sólo a las mediciones periódicas del IPC- esconde intencionalidades políticas que como mínimo buscaron enfriar la economía

contra los intereses del consumo y mercado interno y a favor de los grandes monopolios exportadores. Desligar el proceso de inflación de las periódicas mediciones del IPC no es una cuestión meramente lingüística o de semántica sino que en primer lugar busca denunciar esas intencionalidades políticas desestabilizadoras de los grupos económicos y de interés más concentrados. Es que históricamente hablar de inflación implica tener en cuenta algunos datos económicos que exceden a las mediciones del IPC como por ejemplo el déficit fiscal y la consiguiente emisión espuria de moneda nacional para cubrir de momento ese déficit, los agregados monetarios relacionados con el PBI, la huida de la moneda nacional y la compra desenfrenada de divisas como el dólar. Sin embargo, en ninguno de los países latinoamericanos, ni siquiera en los que perdura el neoliberalismo desenfrenado, existió déficit fiscal o alguna de las graves variables inflacionarias. Antes bien, en ese período hubo superávit fiscal y de la balanza de pagos internacionales por la suba de las materias primas y la mayor producción y consumo interno. Por ejemplo, en el caso de Venezuela bajo la conducción de Chávez el país batió récords de crecimiento económico mientras los monopolios, al servicio de intereses foráneos enemigos de ese régimen, no pararon de inquietarse por un proceso inflacionario que nunca hubo. Desde esa perspectiva reaccionaria, esos grupos económicos apostaron a la explosión de la burbuja petrolera que dejara sin recursos al régimen venezolano. Pero, resulta que en los siguientes cinco años, el PBI del país aumentó nada menos que un 95%, la pobreza se redujo a la mitad y la exclusión en un 70%. Así, el gasto social por habitante aumentó tres veces y mejoró la atención en salud e integración a través de la educación popular. Tampoco al régimen venezolano le faltaron divisas para financiar la reactivación económica pasada la etapa más dura de la crisis global.

Entonces, en esos regímenes claramente alternativos al neoliberalismo no solo hubo crecimiento constante de la calidad de vida de las mayorías sino que tampoco hubo inflación, antes bien, existió un proceso de tensión real de reacomodamiento de los precios (muchos de los cuales componen la canasta básica de alimentos) pero esas tensiones tuvieron que ver con las presiones producidas por el crecimiento económico y las políticas de redistribución de la riqueza. Tuvieron más que ver con la puja distributiva entre los sectores representantes del capital y el trabajador. No hay inflación sino suba puntual de precios. Desde este punto de vista, ¿cómo se explican estas distorsiones que producen el alza del costo de vida? Definitivamente, los responsables son los grupos económicos oligopólicos que son los grandes formadores de precios que así controlan las cadenas de comercialización y los mercados de esos bienes. Y son esos formadores de precios los que aumentan los precios para quedarse con el aporte de divisas en los mercados producto de la suba

de los salarios y las políticas que en general buscan una mejor distribución de las riquezas y la consiguiente igualdad de oportunidades. En otras palabras, hay más dinero en el mercado para el consumo y estos grupos económicos en vez de aumentar las inversiones para que suba la producción, y satisfacer el mayor consumo interno, aumentan los precios para seguir ganando lo mismo, o incluso más todavía, sin realmente producir una mayor cantidad de bienes. No es casual entonces que los productos que más suben componen la canasta básica de alimentos controlados por las corporaciones. Este proceso, cuando logra asentarse como una realidad, produce una mayor concentración de la riqueza y de la propiedad al fallar en favor de los intereses de las grandes corporaciones globales. En ese contexto, las pequeñas y medianas empresas nacionales, que son las generadoras del empleo, son perjudicadas porque ellas no son formadoras de precios. Para una pequeña o mediana empresa, el aumento de los precios aumenta los costos de fabricación de sus productos lo que implica, en esas circunstancias, una pérdida de cuotas de mercados y la consiguiente caída de la demanda ante la importancia que tienen en la generación de trabajo. Estas empresas, a diferencia de las corporaciones transnacionales, dejan su dinero e inversiones en el sistema productivo local.

En un primer momento, para no caer en un proceso inflacionario por expectativas y para que la puja en la distribución de la riqueza favorezca a los sectores populares, es necesario trabajar con el conjunto de los actores y de los sujetos sociales, políticos y económicos para implementar diversas políticas económicas de inversión, de ahorro y de consumo que fortalezca la solvencia fiscal, el mercado y el ahorro interno que implica necesariamente que a mayor demanda tiene que haber mayor oferta en especial por parte de los sectores industriales porque solo así se favorece la creación de empleos y la producción nacional. Por eso es necesario un cambio dramático y central en relación a las leyes de entidades financieras en esos países, donde los bancos aún no están al servicio de las necesidades de las pequeñas- medianas empresas que son quienes sostienen la producción nacional, el ahorro y el consumo. Es necesario un cambio sustancial desde lo conceptual, es decir, hay que pasar de una ley para los bancos, característica del neoliberalismo, a una ley enfocada en las múltiples necesidades de la producción nacional. Es determinante que la actividad financiera sea pensada e instrumentada de manera que sea un servicio público. No puede ser de otra manera porque las actividades de esas entidades financieras, los bancos, inciden sustancialmente en el proceso económico, en el consumo, la producción, el ahorro interno y en las expectativas de los trabajadores siendo así un factor determinante en las relaciones comerciales del trabajador y su compromiso con el proyecto del régimen político en cuestión. Por eso, la actividad financiera siempre fue una actividad muy regulada que implica además democratizar el acceso al

crédito fomentando los préstamos a las pequeñas y medianas empresas para que las normativas del desarrollo en términos populares respondan a los parámetros de eficiencia social. Ya no es posible seguir defendiendo esas normas y leyes neoliberales que nos hablan, en el ámbito de la ley de bancos y sus normativas, de ideas de liberalización de los mercados financieros que por lo general implican desregulación de los mercados sobre el sistema en su conjunto que en definitiva es el modelo que nos lleva a las crisis. El primer objetivo de una nueva ley de bancos necesariamente arranca de la regulación del crédito y de los medios de pago para crear las condiciones que permitan mantener un desarrollo económico ordenado, creciente e inclusivo, con un sentido social, humanista y un alto grado de ocupación de todos los recursos y factores productivos. También es prioritario que el régimen político asuma el rol de fiscalizar las ganancias de los formadores de precios y que, en ese sentido, se trabaje en dos direcciones centrales. En primer lugar, una política impositiva diferenciada en relación a las pequeñas y medianas empresas para que puedan tener mayores márgenes de maniobra y en segundo lugar una política que busque atenuar la concentración de la riqueza en las actividades estratégicas para el desarrollo nacional que sea constante en el tiempo.

Si en verdad buscamos no caer presos de un proceso inflacionario, que siempre va en directo perjuicio de los trabajadores, si buscamos profundizar un modelo de desarrollo del mercado, la producción y el consumo interno de los trabajadores y si, en fin, buscamos consolidar un proyecto de desarrollo inclusivo cuyo eje esté en la producción nacional y en el sostenimiento de la demanda interna, entonces, tenemos que preguntarnos sobre la manera que adquiere el desarrollo en nuestra región a partir del análisis de los problemas que frenan el desarrollo. Así, tengo que hacer referencia a la vinculación de las condiciones internas de nuestros países latinoamericanos con su contexto global, es decir, hay que considerar las condicionantes políticas, económicas, sociales y culturales impuestas desde los centros globales del poder a cada uno de nuestros regímenes políticos. Además, hay que analizar cada una de las vulnerabilidades estructurales de nuestros regímenes en un contexto de dependencia, inestabilidad y vulnerabilidad estructural que derivan de esa misma dependencia. Una primera cuestión tiene que ver con las respuestas que nuestros regímenes políticos son capaces de dar ante las oportunidades y los desafíos que nos plantea la inclusión en un sistema comercial global bajo los intereses y directrices del neoliberalismo porque no hay que olvidar que, a pesar de que las crisis del neoliberalismo desencadenan transformaciones en las reglas de los intercambios comerciales globales, no son suficientes para negar la subsistencia de los rasgos esenciales de la globalización en los términos neoliberales y las relaciones que éste construye con el desarrollo o no de los regímenes políticos nacionales. Se producen pequeños cambios que

aunque mejoran las perspectivas de desarrollo para los regímenes políticos, no implican grandes cambios en el sistema comercial global. Primero, se amplían las funciones de los regímenes políticos en relación a la regulación adoptada frente a la irracionalidad del sistema financiero. En segundo lugar, se amplía la intervención sobre los mercados a través de una mejora parcial de la distribución de ingresos (teniendo en cuenta por supuesto la inmensa cantidad de trabajadores que en su momento pierden sus empleos) y la demanda agregada. Se busca entonces sostener la producción y el empleo. Por último, las crisis provocan la pérdida de cierta influencia de las ideas neoliberales aunque el automatismo de los mercados no es cuestionado. Por eso, es impostergable observar esta globalidad desde nuestras perspectivas para construir políticas que defiendan y sustenten un proyecto de desarrollo nacional que busque la equidad e igualdad de oportunidades dentro en el mismo sistema comercial global. De todas formas, las crisis globales- en la medida en que no son finales- en lo sustancial no modifican estructuralmente los comportamientos de la globalización en los términos del neoliberalismo.

El desarrollo implica organizar e integrar de la mejor forma todos los recursos que tenemos como pueblos para poner en marcha los procesos de acumulación en sentido amplio. Nuestros países pueden crecer, aumentar la producción, el empleo, la productividad de los trabajadores, pueden mejorar las condiciones de vida y terminar con la exclusión, pero este proceso solo es posible bajo las directrices de los que defendemos la primacía de la vida. La globalización neoliberal pone a prueba nuestras posibilidades en ese sentido. Es necesario defender las condiciones que forman la integración de nuestros regímenes en términos populares, es necesario buscar nuevos liderazgos con estrategias de acumulación de poder fundado en la movilización de todos los recursos disponibles a nivel nacional. Es necesario buscar una permanente estabilidad institucional y política que solo es posible con la primacía de los trabajadores en los centros de gestión, la vigencia de un pensamiento crítico y la aplicación de políticas económicas generadoras de oportunidades para la mayoría, que proteja el interés del trabajador tanto a nivel local, regional, provincial y nacional para arbitrar mejor los conflictos derivados de la puja distributiva entre el capital y la fuerza laboral a fin de asegurar los equilibrios macroeconómicos. Desde la perspectiva de defensa de semejante proyecto de desarrollo que asegure el crecimiento y equilibrios macroeconómicos más o menos racionales (por ejemplo, el superávit gemelo o sea, fiscal y de balanza de pagos internacionales) es necesario- para poder desplegar los recursos de producción nacional- pensar ese desarrollo a partir de una política económica que plantee un tipo de cambio real de equilibrio desarrollista porque este tipo de cambio muestra que puede promover la integración productiva de un país que busca el desarrollo a través de la movilización de sus recursos internos.

La industria manufacturera desempeña un rol clave en relación a ampliar el espectro productivo por la importancia que tiene respecto a su capacidad para absorber mano de obra ligada estrechamente a los rasgos de productividad en ascenso. El nivel en que se establece este cambio de equilibrio desarrollista necesariamente busca una matriz que asegure equilibrio entre la producción de bienes relacionados con la exportación de materias primas, en las que tenemos ventajas comparativas, y la producción manufacturera de por sí con mayor valor agregado que sostiene el desarrollo del mercado, del consumo popular y del ahorro interno. El sistema comercial globalizado proporciona un marco de referencia para el desarrollo nacional de nuestros países, para la construcción de un régimen más justo y soberano. Todas las condicionantes que no podemos soslayar, teniendo en consideración las asimetrías en el desarrollo económico de nuestros países en relación con los desarrollados, resultan del ejercicio del poder de coacción de las potencias dominantes a nivel global pero también dependen de la aptitud de cada régimen político para participar en las transformaciones desencadenadas por el avance de la ciencia y sus aplicaciones en el campo productivo. Las lecciones dejadas por las crisis continuas del régimen neoliberal nos dice que el desarrollo de nuestros países depende de nuestras acciones, de la forma de pensar el bien de todos, de la manera de incluir, del trabajo y que para defenderse de las crisis del sistema comercial globalizado, del que somos parte, es necesario mantener las cuentas en orden: operar con equilibrios macroeconómicos en las finanzas públicas y reestructurar la propiedad privada en función del derecho a la vida que nos desafía a regular esa propiedad en función de los intereses de la mayoría para que las corporaciones y sus grupos de interés no controlen los precios y desde ahí la producción y el desarrollo económico de nuestros regímenes. Los acontecimientos históricos vuelven a demostrarnos el rol prioritario de nuestros recursos como base para la construcción de un país justo, sano, equilibrado, popular y democrático.

Capítulo 3: Las crisis y las políticas de inclusión social.

Representación y movilización: desafiando al neoliberalismo.

De la mano de la Concertación de pretensiones democráticas, en Chile, la desigualdad social otra vez, durante todos los años que le tocó gobernar, alcanzó los límites más escandalosos. La Concertación y sus derivados, como coalición que formara parte integral del duopolio, en su momento y con sus dichos, con sus hechos y aptitudes políticas, con su visión de la economía, del crecimiento y la política, impidió y boicoteó inclusive cualquier intento de un real desarrollo nacional. Entonces, tendría que empezar por afirmar que el desequilibrio económico en el país fue una vergüenza que desafió todas las conciencias de los que resistían al régimen neoliberal. Por ejemplo, los informes mundiales sobre desarrollo humano, dependientes de Naciones Unidas y otras organizaciones de este tipo, continuamente ubicaron a Chile entre los diez regímenes políticos con mayor grado de desigualdad a nivel no latinoamericano sino global. Los gobiernos de la Concertación agudizaron la cuestión de la desigualdad haciendo más utópica la búsqueda del desarrollo. Por supuesto, se puede crecer por décadas a tasas chinas pero una cosa es el crecimiento y otro es el desarrollo de un país que es más complicado porque implica precisamente la búsqueda de la igualdad de oportunidades para las mayorías. El duopolio no pudo traer el desarrollo de la mano de sus políticas porque en los hechos aplicó políticas neoliberales sustentadas también en la consigna neoliberal, es decir, que desmovilizaron para que las cosas en verdad no cambiaran. El colmo de la hipocresía también se justificaron en consignas como el *crecimiento con igualdad* a través del que, un presidente surgido del socialismo en el que militó Allende, impuso la flexibilización laboral. Entonces, ¿de qué estamos hablando? Hablo de que en el Chile de esa época los trabajadores vivieron la aplastante, cruel y tremenda realidad del régimen neoliberal completamente marginados de la gestión de la agenda pública. De hecho, una disposición constitucional, de la misma fraudulenta Constitución de los '80, la Constitución de la dictadura, impedía que los dirigentes sindicales accedieran al Parlamento pero éste estuvo saturado de empresarios que trabajaron para sus intereses corporativos.

Tendríamos que preguntarnos así qué es lo que pasó en ese época con el movimiento social y popular que no pudo salir del aletargamiento en que los sumió el régimen neoliberal. Esta no es una pregunta menor porque cuando las consecuencias del neoliberalismo y su crisis empieza a mostrarse en su cruda realidad, la única opción posible de resistencia es la participación y movilización de los trabajadores. En otras palabras, cercados ya todos los

mecanismos de la representación formal por parte del régimen, la única posibilidad de cambio se impone a partir de la movilización. La realidad simplemente impone la movilización por sobre la representación. Por eso, en su momento la estrategia de acumular fuerzas fue de fracaso en fracaso y por eso también profundizó su propia dispersión. Lo que digo es que en esas circunstancias de dominio del neoliberalismo, insistir en la representación política a expensas de la participación y la movilización de los trabajadores es un tremendo error político- estratégico porque estamos actuando dentro de los límites de un reformismo y realismo político que no es capaz de enfrentar al neoliberalismo más allá de lo coyuntural. Así, no es una opción válida la representación política en desmedro de la participación de los trabajadores porque se basa en leyes que en el fondo son exclusivas, antidemocráticas y formales en el sentido que favorecen los intereses, formas de propiedad y de acumulación de capitales para el crecimiento de los grupos minoritarios- los que son dominantes- cuyos intereses están ligados a una cosmovisión de la realidad que se sustentan en teorías, en una cultura y racionalidad impuesta desde los países centrales a expensas de los intereses de los trabajadores. La representación política no es una opción porque así los trabajadores conviven con los principales parámetros de la desmovilización y despolitización que se impuso a sangre, fuego, bayonetas y bombardeos de la Moneda, de fábricas, poblaciones y barrios populares, mientras el duopolio para nada inocente, la amplió al traicionar todas las esperanzas de trabajadores que habían luchado, que dieron sus vidas y que confiaron en sus promesas frente a un contexto de cambios que se veía promisorio ante la derrota electoral, política e histórica de la dictadura a principios de los '90. La Concertación ya en el poder, y desde antes incluso, desmovilizó y fragmentó aún más el movimiento social. Así, son un par de millones los trabajadores que no votaban ni se inscribían, permaneciendo fuera de un sistema que no los representó y por el cual mucho menos se movilizarían. La pregunta es entonces cómo convocar a las mayorías para que se movilicen en favor de las transformaciones que el país necesita para dejar atrás las consecuencias del neoliberalismo. Cómo hacerlo cuando la mayoría es indiferente. Como la realidad posterior nos demostró, la solución, es decir, la toma de conciencia y posterior movilización de esa mayoría para solventar esos necesarios cambios solo vienen del ámbito de lo social. En otras palabras, los cambios se sostienen en los grupos de los trabajadores y en las corrientes que se oponen al neoliberalismo a partir de la movilización que planteó formas nuevas de gestión y movilización de los trabajadores. En ese contexto se impone una alternativa política- estratégica al sistema de representación que defienden los factores de poder dominantes, que sólo se construye fortaleciendo las expresiones sociales, incorporando nuevos actores, perdiendo el miedo a la lucha y la movilización social.

Una consecuencia importante de los regímenes altamente formales y abstractos es que cuando éste reivindica la representación formal por sobre la participación del trabajador, las diversas manifestaciones de descontento son cruel y rápidamente reprimidas bajo la concepción del orden público, como si el espacio público no estuviera en continua y constante disputa. Por eso en el largo plazo el régimen inaugurado por la dictadura y luego profundizado por el duopolio nunca pudo ser un sistema político, jurídico, económico y social democrático porque entendió de forma equivocada la gobernabilidad y estabilidad de la *transición democrática*. El régimen (amparado desde la Constitución del '80 y sus paradigmas) nos demostró una y otra vez que no estuvo hecho siquiera por ni para los trabajadores. Fue lo contrario, es decir, el régimen buscó estabilidad y gobernabilidad a expensas de los intereses de los trabajadores formalizando de la peor manera las bases del neoliberalismo. Sobre esta cuestión de la ilegitimidad de la representación formal y abstracta, a los trabajadores del mundo se les plantea desde siempre el desafío político de construir con las dueñas de casa (que también son trabajadoras), con los temporeros, desocupados y trabajadores eventuales, la unidad de acción entre todos porque si hay algo que nos enseñan las crisis del neoliberalismo es que los costos, siempre y de una u otra forma, la pagan los trabajadores cuando el régimen está en manos de los sectores más reaccionarios del país. Se trata de acciones de base, de políticas auspiciadas por los más pobres en el ámbito cotidiano de los lugares en que viven y que consisten en reconstruir el tejido social despedazado por décadas de control neoliberal. Construir desde la base es la premisa, es decir, a partir de asambleas de los trabajadores ocupados y desocupados, se trata de organizar políticamente comités barriales donde se discuta la política y de ahí ver cómo se avanza. Se trata de buscar alternativas que busquen la participación y la movilización por los problemas cotidianos del trabajador. En esas circunstancias, cualquier construcción política que sea viable, que pretenda solucionar los problemas de los sectores que son más vulnerables socialmente, de los pobres, necesariamente tiene que tener un carácter social porque es central que se base en la solidaridad y respeto por la diversidad. La experiencia de muchos países latinoamericanos nos demuestra que la organización desde la base es prioritaria y central para avanzar porque los trabajadores no tienen otra alternativa que tomar el camino de la lucha y organización independiente para resolver sus necesidades y derechos en un ámbito de fuerte representación formal que, a través de múltiples factores, los excluye de las oportunidades para aspirar a una calidad de vida que sea más digna. Por otro lado, el poder de los grandes grupos políticos y sociales, culturales y económicos que controlan la agenda pública en beneficio propio, no tolera el avance de los grupos sociales más vulnerables organizados desde

las bases, por lo que de una u otra manera intuye y reconoce el peligro, y así hace todo lo que está a su alcance para deslegitimar a los sectores populares.

Muchos se sienten abatidos por la indolencia pero con la organización los trabajadores, tanto los ocupados como los desocupados, aprenden a ser más solidarios y superar las dificultades, aprenden a respetarse más y luchar por sus derechos porque los trabajadores tienen todo el derecho a buscar una vida mejor. La única solución es construir organización popular y hacerlo unidos. La lucha real, las fundamentales, son masivas porque no es posible, bajo los términos de representación formal, confiar en los que se erigen como representantes de los trabajadores que están a la espera y no saben que pasa. Trabajar en asambleas abiertas, pluralistas y democráticas, participativas e inclusivas, que definen su línea de acción en los distintos barrios y comunas populares en favor de los intereses de esos sectores, es una forma de hacer política. Es la base social la que define y le da sustancia. La alternativa al régimen de representación formal, que coarta las expresiones de los sectores más vulnerables, pasa por desenmascarar y batallar contra los operadores del poder. Esta es una alternativa real que para concretarse tiene que ser lo más amplia posible, diversa, con una visión política de mediano y largo plazo. Tiene que apuntar al humanismo, a los cambios estructurales. Para cambiar hay que construir un referente de unidad política que incorpore los problemas de todos, que busque resolver las necesidades de los trabajadores para desde ese ámbito buscar soluciones viables. Ya no podemos darnos el lujo de creer en las promesas de los actores social e históricamente dominantes. Hay que agrupar inquietudes, reivindicaciones y confluir en una corriente que primero tiene que ser autónoma de los partidos políticos que, lo reconozcan o no, en esas circunstancias entran en una profunda crisis de representatividad por la inviabilidad de largo plazo del régimen formal de representación política. Es ese el momento político de unirse y darle la espalda a quienes traicionan el mandato popular que significa el final del neoliberalismo en el sentido de terminar con su herencia. Existe un sentimiento común del trabajador que se organiza con el fin de acabar con el neoliberalismo y es llevar adelante una política independiente para formar una corriente de avanzada. Es un embrión. Muchos líderes gremialistas son cooptados por el poder dominante, por la lógica de la patronal que impide a su modo avanzar en mayores conquistas de los sectores populares. Sin embargo, la alternativa está en una política sindical y gremial libre, que permita que la voz de los trabajadores se exprese y que no que lo hagan sólo las cúpulas que se dicen representativas de las bases.

Los trabajadores tienen que apoyarse entre todos, sumar sus luchas y experiencias, organizar y formar nuevos dirigentes porque la política es una cuestión de todos los días y está en todas partes. Afirmar el rol de la política

es tarea del militante. Muchos dirigentes sociales se alejan de la política partidaria por cómo ven que se maneja y controla el proceso de toma de las decisiones. Así, otra vez, la única alternativa será posible con la fuerza de los trabajadores, coordinados, organizados y movilizadas activamente. No tiene mucho sentido convencer a dirigentes políticos cuando el trabajo sólido está en crear conciencia en cada trabajador, construir a partir de solucionar los auténticos problemas. A los únicos que beneficia el desprestigio de la política es a los grupos económicos más concentrados que no quieren cambios, son conservadores, porque el régimen los favorece sobremanera. Los sectores sociales más vulnerables tienen capacidad de representarse, de organizarse y batallar como lo demostraron en muchos casos los trabajadores una vez que el neoliberalismo no les deja opción posible. Se requiere, sin lugar a dudas, que los intelectuales, los académicos y todos los que quieran favorecer las luchas populares, presten su apoyo decidido, pero que se subordinen a las políticas que levantan las organizaciones sociales y no al revés. La pobreza no se resuelve con pequeñas luchas pero reivindicamos todas y cada una de las batallas porque a través de éstas levantamos al trabajador en su pelea. De ahí surge algo por eso la primera tarea es ponerse de pie, luchar y ahí se verá cómo el movimiento crece. Quizás los horizontes no sean muy claros en el cómo, en los métodos pero sí en el dónde nos ubicamos políticamente. En ese sentido, viene en auxilio, para la constitución de un arte de lo posible, el humanismo que nos exige que los problemas se resuelvan en el fondo lo que a su vez implica que sean los trabajadores quienes definan sus metas. En otra época, se armaban organizaciones que definían plazos, pero se demostró que esa política no sirve. Hay que construir desde abajo, con otros tiempos y con otros ritmos y mitos. Solo así se pueden dar los pasos sólidos que aventuren una mejor época.

Los desastres naturales que ocurren en los países menos desarrollados, estructuralmente más vulnerables pero geopolíticamente fundamentales para la política de dominio global de Estados Unidos, nos muestran una vez más formas muy reaccionarias de aplicación de la ayuda humanitaria como la misma ocupación de las tropas de Estados Unidos del país afectado. Esto es preocupante porque en este caso estamos frente al intento de aplicar, en todas sus consecuencias, los principios de una doctrina poco conocida y que se relaciona con la idea del *capitalismo de guerra y desastre* frente a catástrofes naturales. La importancia de este concepto de *capitalismo de guerra* es que a través de él, el neoliberalismo logra que el Estado capitalista triunfe en el mundo pero no porque los pueblos de buena gana asuman como propias las supuestas bondades del automatismo del mercado, de la desregulación de las finanzas o la coordinación exclusivamente mercantil (...) sino porque las reglas del juego de este régimen capitalista, a través de leyes mediatizadas y

bajo el control de los centros globales del poder, imponen en éstos políticas neoliberales a partir de esa concepción de la ayuda humanitaria en momentos de catástrofes, crisis humanitarias o genocidios que son aprovechados como pretexto para ese control del automatismo del mercado sobre nuestras vidas. Todos los que comulgan políticamente con los dictados del también supuesto automatismo de los mercados, con su fe y con su religión, los regímenes que atraviesan ese tipo de crisis terminal por las causas de las crisis humanitarias o naturales, se convierten en espacios políticos y sociales propicios para ejercer influencia a través de la planificación de la ayuda y la militarización que conlleva el llamado al orden. Así, estas catástrofes, las calamidades que son naturales o provocadas, sirven de escenarios para la implantación de las ideas neoliberales precisamente porque esos países en general son Estados fallidos, o sea, su institucionalidad política, económica y social es muy frágil por lo que son mucho más permeables a esas tensiones y presiones por parte de los organismos de crédito globales que auspician la defensa de intereses propios. Por ejemplo, los atentados del 11 de septiembre del 2001 en Estados Unidos, las guerras contra Irak o contra Afganistán devinieron en grandes oportunidades para el negocio de las transnacionales que se comprometieron en la reconstrucción. Es bastante conocida la gran oportunidad generada para las empresas dedicadas a la seguridad en la guerra de Irak o de Afganistán, el control del petróleo en el primero y el negociado de los medicamentos por parte de laboratorios transnacionales en el caso de las pandemias globales. Además, es impresionante el negocio que significó para todos, menos para los iraquíes, la reconstrucción que logró inyectar en esa economía a las entidades transnacionales que, a través de la inyección de miles de millones de dólares, se convirtieron en beneficiarios de la ocupación. Algo parecido pasó con la reconstrucción de Afganistán.

En las circunstancias concretas de los países que caen bajo el yugo del *capitalismo de guerra y del desastre* siempre están los militares en la calle por las consecuencias de un estado general de crisis, más o menos terminal, mientras la prepotencia de Estados Unidos, como el mejor representante de las transnacionales, ofrece su ayuda para remontar ese trance convocando, en fin, a esos mismos consorcios a asumir la reconstrucción exigiendo, eso sí, el mantenimiento de los toques de queda contra las eventuales movilizaciones y el probable descontento social. En el contexto del capitalismo de guerra, las crisis políticas, humanitarias y desastres o catástrofes naturales, sirven a los dominantes como excusa para quitar derechos y postergar reivindicaciones, evitar saldar las deudas históricas con los trabajadores y postergar las urgencias de los sectores más precarios. Esos desastres ponen al descubierto las fragilidades y deudas del régimen para con los trabajadores. A través del *capitalismo de guerra* queda claro la debilidad de las organizaciones no

gubernamentales, de las redes sociales de contención, de los movimientos de los trabajadores, de sus organizaciones populares como las federaciones o los sindicatos. Las debilidades de las organizaciones populares es una asignatura pendiente en el proceso de real democratización del régimen que conlleva un desafío enorme en el sentido de dejar atrás el Estado fallido que caracteriza por lo general a estos países. Es un desafío enorme porque ese Estado fallido también es funcional al interés de los grupos dominantes, es consecuencia de la depredación de esos intereses respecto a lo que tendría que considerarse como público. Desde esta perspectiva, no es extraño que los dueños del país, siempre al servicio de intereses foráneos, a través de sus sociedades y unidad en la acción, se manifiesten abiertamente contra cualquier suba de impuestos para solventar, por lo menos hasta cierto punto, los enormes gastos que sean necesarios para reconstruir la infraestructura de un Estado y un régimen que sea funcional a la democracia y a la libre expresión del pueblo. Más allá de los errores cometidos por la administración pública, más allá de la hipocresía de sus dirigentes y de las incompatibilidades de muchos de sus funcionarios en relación a la superposición de los intereses privados con los públicos, la política deriva en grandes negociados y corrupción que además hace suya los dogmas neoliberales que animan al gobierno en cuestión a profundizar el proceso de las privatizaciones y debilitar aún más las estructuras y el sector público del régimen, en relación a sus atribuciones y sus roles, dejando en el peor desamparo a los más débiles. Por eso, se vuelve urgente la necesidad de promover la participación de los trabajadores, es urgente la movilización de los distintos estamentos, organizaciones, partidos y movimientos populares (de los trabajadores, pueblos originarios, mujeres, estudiantes, sindicalistas, mineros y profesionales) en una organización más fuerte que los conduzca a luchar por sus intereses, de manera autónoma, pero en coordinación para construir un arte de lo posible alternativo. Es necesario crear otros referentes y organizaciones, partidos políticos y movimientos sociales, foros y redes que unifiquen las diversas asociaciones en la tremenda tarea de conquistar la dignidad de los hombres en base a la soberanía popular.

En general, todos los pueblos en los que domina aún el neoliberalismo, se vive inmerso en una gran paradoja. En esa paradoja de que para que el Estado capitalista funcione bien, los precios tienen que mantenerse en alza para resguardar la tasa media de ganancias y como es el neoliberalismo quien resolvió esa crisis de la caída de la tasa de ganancia, entonces, me atrevo a aventurar que no hay vuelta atrás en relación a la lógica de ese régimen. En otras palabras, la única opción dentro de la lógica del Estado capitalista, es el neoliberalismo o un régimen aún más extremo en relación a las políticas de desregulación y liberalización de los intercambios comerciales. No se trata de una broma porque así es más fácil notar que hoy el capitalismo no tiene

opción: o apuesta al neoliberalismo o da un paso al costado en favor del humanismo. Marx fue el que nos enseñó que un régimen de producción solo desaparece cuando en él ya se desarrollaron todas sus maneras posibles de vida. Precisamente por eso estamos en tiempos de transición y el capitalismo del desastre solo es una política de shock que intenta seguir reivindicando sus intereses minoritarios. La imagen proyectada al trabajador por las dirigencias políticas, que controlan el régimen, transforma a los empresarios en mecenas sociales, en auténticos filántropos que arriesgan su capital y su esfuerzo en beneficio del bien. Serían los grandes benefactores de la humanidad que crean trabajo para todos y ese sería el suficiente motivo para concederles todos sus caprichos en relación a la plusvalía, las ganancias y las políticas tendientes a reforzar los beneficios del capital en contra de la fuerza de trabajo. No vaya a ser que se molesten y decidan cerrar sus factorías bajo el pretexto de acoso a la propiedad y de las utilidades privadas. Incluso los regímenes de los países centrales una vez iniciada las crisis periódicas a los que nos tiene acostumbrados el neoliberal, se lanzan a salvar a las empresas y bancos que de otra forma tendrían que hacerse responsable de las crisis que generan. En relación a las secuelas de las crisis del régimen neoliberal, como éstas no son finales, termina imponiéndose otra vez el propio automatismo del mercado como eje del sistema comercial global. Desde esta perspectiva, se entiende la pronta ayuda de los centros globales del poder global al sector especulativo y financiero en general. Sin embargo, no es tan pronta la ayuda cuando del mercado laboral se trata. Es decir, ¿qué pasa con la cuestión del incremento del desempleo en períodos de crisis? Porque en realidad nadie habla mucho del problema del desempleo a pesar de la gran capacidad que tienen las crisis del neoliberalismo para destruirlo y, aunque la economía se recupere más o menos rápidamente, el mercado del trabajo es mucho más rígido, es decir, si bien es fácil quedarse sin trabajo, los regímenes políticos, aún de los países centrales, tienen muchos problemas para rápidamente crear nuevos empleos que más o menos logren volver a la situación anterior a las crisis. ¿Qué pasa con toda esa gente que se queda sin trabajo? ¿No tiene eso que ver acaso con el aumento de la xenofobia y las leyes de inmigración cada vez más dura al interior de los países centrales? Siempre se corta por lo más débil, es decir, frente a la imposibilidad del elector de los países centrales (que mayoritariamente dan su apoyo a los sectores de la derecha política, una derecha de ideología superflua, elitista y neoliberal) de hacerse responsables por apoyar las políticas elitistas y excluyentes, pretenden hacer responsables de todos sus males, de los índices de desempleo e incluso de las crisis, a los inmigrantes que siempre hicieron los trabajos que ellos no están dispuestos a realizar.

Los límites estructurales de las políticas que buscan superar las crisis del neoliberalismo se expresan, desde siempre y con todo su potencial, en los países más pobres, en los que el antídoto contra la depresión económica y el endeudamiento no puede continuar si aspiran al desarrollo. Sin embargo, bajo el interés neoliberal, el endeudamiento es inevitable porque el capital financiero termina dominando siempre a expensas del capital productivo por lo que sus consecuencias se notan. En otras palabras, es tan simple como decir que la única manera de desarrollo de los pueblos es a través del trabajo, a través del desarrollo del mercado y del consumo interno porque es éste el único capaz de generar los recursos (ahorro interno e inversiones) necesarios para estimular un circuito virtuoso de producción nacional, de creación de empleo, inversión y consumo. En cambio, bajo las expectativas neoliberales, el consumo y el ahorro interno se retrotraen y las empresas, al ver reducidos sus mercados (al no poder vender) reducen su capacidad de producción instalada, para no perder dinero y reaccionan despidiendo trabajadores. Otra vez estamos ante una profunda contradicción entre las fuerzas productivas que se socializan cada vez más y las relaciones sociales de producción que tiene un carácter privado: es la crisis general del sistema capitalista que tiene su correlato en la lucha de los trabajadores y que se expresa en el consumo-alegre y desenfrenado- de todos los recursos del planeta, para vivir bajo un régimen depredador comiendo y divirtiéndonos sin medir las consecuencias de nuestros actos y omisiones. De ahí surge el capitalismo del desastre.

Las políticas populares como eje de gestión de las crisis.

Es importante repensar- bajo las condiciones de transformación social en beneficio del trabajador y de crisis constante del sistema comercial global definido a partir de parámetros y directrices neoliberales- las condiciones en que los trabajadores en general desempeñan su oficio en los gremios que de una u otra forma fueron y son protagonistas de una larga lucha por la mejoría de esas condiciones de trabajo que viene desde los años '70 hasta el presente. En ese trayecto, los trabajadores, en la generalidad de los casos, pagamos un alto costo en vidas por defender no sólo las reivindicaciones particulares y específicas de nuestros sindicatos, sino también las libertades democráticas y derechos abolidos por las dictaduras de seguridad nacional que se jugaron el todo por el todo, terrorismo de Estado mediante, por el orden y la seguridad interna en un contexto de exclusión y marginación de la cultura popular. Sin embargo, producto de la lucha y protagonismo de los sectores populares, por lo menos en algunos pueblos latinoamericanos, los cambios en el ámbito de las relaciones económicas, políticas, culturales y sociales lograron modificar en parte a favor de los intereses de la mayoría, el escenario y las condiciones

en que se libra la disputa por el campo de representaciones, por el sentido de las cosas y la propia racionalidad de la acción política de los actores y sujetos que buscan incidir en la agenda pública de los gobiernos. En otras palabras, la emergencia de gobiernos populares en el aspecto cultural, soberanos en lo económico e independientes en lo político, con propuestas definitivamente críticas y superadoras respecto al régimen neoliberal que se hizo con nuestras estructuras en los '90 y el impacto de las crisis del sistema comercial global, crearon otro contexto que modifica política, material y simbólicamente el rol de los sectores hegemónicos que buscan incidir en las configuraciones en que se manifiesta el poder bajo las condiciones de vida de los trabajadores. El modo en que se plantea el desarrollo productivo y tecnológico, la manera en que se plantean los beneficios de éste, la correspondiente concentración de la propiedad de los medios de producción y la acumulación de capital en todas sus variantes, en especial el financiero en esta etapa del capitalismo signada por el protagonismo de la especulación, no sólo son fenómenos materiales sino que son hechos políticos y hasta culturales que caracterizan un nuevo régimen político dominante que está acompañados por modificaciones que son decisivas en aspectos como la relación de los medios de comunicación con el sector público, la relación de la economía respecto a los sectores populares y hasta las formas en que se plantea la lucha entre los múltiples actores y sujetos de poder, los modos en que se manifiestan o enmascaran las perspectivas de intereses de clases en el discurso político mientras otros conceptos como el de *verdad absoluta*, *independencia* y otros términos tan amplios y confusos, pero llenos de sentido, de mitos y generalidades como el de *racionalidad*, encubren el objetivo de control y dominio hegemónico sobre el proceso político, además de naturalizar los mensajes que relativizan o defienden los derechos sociales postergados por mucho tiempo.

Desde fines de la década de los '80, que nos sorprende con la crisis final del socialismo real (muy autoritario ante la imposibilidad de convertirse en una auténtica opción ante los burgueses y sus formas de vida) nos lleva al surgir de las nuevas teorías del fin de la historia, de la lucha de clases, con el dominio del neoliberalismo y la imposición del automatismo de los mercados como expresión del nuevo Estado capitalista, los actores y sujetos sociales y políticos dominantes acompañaron y promovieron decididamente el proceso de traspaso de la renta social al circuito de las finanzas, constituyéndose no sólo en voceros de los núcleos y factores más concentrados de los capitales globales, que no tienen relación alguna con los intereses nacionales, sino integrándose a ellos. Condiciones de este cambio fue el proceso general de las privatizaciones de empresas públicas y la desregulación de la economía. Pasó que con esos gobiernos, altamente formales en su objetivo democrático e inclusivo, emergieron nuevos y más poderosos factores de poder de presión

ante el sector público; ni hablar respecto a los actores que son representativos de la cultura popular como algunos partidos, los sindicatos, las asociaciones y organizaciones políticas de todos los tipos. Esto les otorgó a esos actores (a través de la primacía de lo especulativo por sobre la economía real y gracias a la expansión de los servicios tecnológicos) una concentración monopólica que conduce a una privilegiada capacidad de influencia sobre la agenda del gobierno. En esta época, de la mano de un consumismo desenfrenado e individualismo extremo patrocinado desde el neoliberalismo y su fin de las ideologías, en las elecciones no se jugaban dos modelos de país, no se juegan dos paradigmas por la ausencia de una real alternativa frente al dominio del régimen neoliberal. Más bien, se jugaba la calidad democrática del régimen, su propia capacidad, real o no, de cambiar para mejor la vida de millones de trabajadores. Entonces, no se trató de dos opciones ideológicas antagónicas. Se trató de la elección entre el mundo de la acción política, visto como retrógrado y anacrónico, y el mundo del show y del espectáculo.

De ahora en más, el mundo del show y del espectáculo, que a expensas de la satisfacción de las necesidades de los trabajadores logra triunfar sobre la política como acción transformadora, plantea una razón que proviene de la gestión, del relato, de la discusión en términos relativamente comunes dentro de la contienda electoral y en términos de control social. Así, los candidatos y dirigentes encarnan la no-política, el fin de las ideologías y el consenso, el falso consenso, frente a la lucha de clases que nos desafía a plantear nuestras urgencias en el ejercicio del poder de las mayorías. El neoliberalismo era y es el mundo de la no-política porque no importan los conceptos ni la ideología, no importa la palabra, el debate, ni el relato porque son anacronismos. El problema es que ante las crisis que padecemos el neoliberalismo nos muestra que ni siquiera tiene capacidad de gestionar ni de especializarse en el manejo de las cuestiones públicas. No es de extrañar entonces que ante las crisis continuas el neoliberalismo insista en las mismas recetas. Es que en su concepción ideológica ya no hay códigos, carrera ni especialización porque cualquiera puede ser político. En ese contexto, cuando el colapso parcial del neoliberalismo, con sus crisis en todos sus niveles se hace patente, permite que aparezcan los gobiernos populares. Al mismo tiempo, el desarrollo y la profundización de las reformas sociales y políticas de esos gobiernos genera una durísima confrontación con las corporaciones llegándose a combatir de lleno la concentración mediática de la palabra y del sentido de las cosas. Por eso, hoy tenemos la capacidad real de discutir sobre la vigencia del modelo popular y también las ofertas que tengan quienes pretenden definirse como alternativas políticas a ese modelo. Sin embargo, los gobernantes, siempre bajo la óptica neoliberal, basan su tarea en sugerencias, en falsos paradigmas y definiciones que solo solidarizan con la primacía del derecho a propiedad

por sobre toda otra consideración. Por eso, continúa ganando la banca global mientras que los grandes perjudicados siguen siendo los trabajadores. No hay que hacer futurología para saber como terminan las crisis cuando el Estado capitalista logra recomponer sus dogmas y su tasa media de ganancia. Ya lo vivimos los latinoamericanos. ¿Existen opciones viables a esta salida, existen opciones reales para evitar que el derecho a propiedad valga más que la vida de los hombres? Sí, es lo que intentamos hacer. Las bases deben abanderar a las fuerzas plurales rehaciendo los sindicatos, el rol y el protagonismo y la capacidad de conducción y transformación de la política. Es necesario un arte de lo posible que plantee una fundación nacional basada en la justicia social, en la redistribución de la riqueza y en la primacía de la vida del hombre como derecho humano rector. Es verdad que el Estado capitalista tiene buena salud, siempre se reencarna en uno u otro tipo de régimen político pero, a estas alturas, los diversos regímenes a través de los que se manifiesta, están exhaustos. A pesar de la seducción del consumo desenfrenado, la conciencia del trabajador y los paradigmas dominantes cambian. Estamos frente a un escenario político global pleno de tragedias, de crisis pero también de vastas oportunidades. En el presente, la idea moderada de la democracia formal y abstracta, siempre auspiciadas desde los centros globales del poder ante la inoperancia propia de no poder cumplir con los valores que dicen defender, son insostenibles. Se acaba ese mundo de ricos que juegan con su poder económico y sexual. Se acaba el mundo del automatismo del mercado por lo menos en su versión extrema. Ahora vamos a aprender mucho y tenemos que argumentar con razones y convicciones que logren derrotar las falacias de los factores de poder concentrados. Vamos a tener que argumentar también con emociones, con valores, otra ética y con identidad. Vamos a confrontar con ideas porque nosotros, a diferencia de los opositores a toda manifestación de la cultura popular, sí tenemos un proyecto político de largo plazo. Sí creemos en la participación y en la gestión política de las mayorías. No hay que temer a quienes se dicen librepensadores porque ellos son el pasado, son el dominio de las minorías sobre la mayoría que ya se vuelve insostenible. Los sectores dominantes más concentrados, ni lerdos ni perezosos, buscan así condicionar no la soberanía y autonomía (siempre relativa) de un régimen político frente a los grupos de poder opositores sino la capacidad de la acción política para generar los cambios en favor de los trabajadores.

Finalmente, como la misión central de los dominantes es preservar un sistema de creencias y valores en el que, entre otros mitos, se identifica el automatismo de los mercados con la democracia y justicia social, todo lo que perturbe el automatismo del mercado pone en riesgo la democracia. Es el fundamento último de la racionalidad del Estado capitalista. El régimen correspondiente, bajo el auspicio de ese paradigma fundamental, presenta al

mercado como fenómeno espontáneo, racional e inapelable. De ahí en más, los otros, los que se opongan, son representados como irracionales, como los enemigos de la naturaleza del hombre. Por su parte, son en gran medida los diversos medios hegemónicos los que se ocupan de inducir la representación de que el otro es enemigo potencial. Por eso, las medidas de inclusión y de justicia social, las políticas de los gobiernos populares en general, contienen, además de la cuestión material, un gran valor en términos de simbolismo: ellas nos plantean una ruptura radical y definitiva con la lógica del mercado. No es posible hablar de autonomía absoluta de la actividad política en relación a las cuestiones sociales (al modo como lo hacen los neoliberales y su reformismo político que se expresan por ejemplo en un antagonismo, más o menos insalvable, entre la democracia política y la emancipación social, comercial y económica) simplemente porque donde existe una necesidad nace un derecho y donde se conquista un derecho nace una responsabilidad para ampliar, defender y hacer operativos todos esos derechos conquistados porque, desde ese punto de vista, cada derecho soluciona ciertas necesidades, urgentes o no, de los trabajadores. En este sentido, las políticas económicas de los gobiernos populares se caracterizan mucho más por el avance en el campo de lo práctico, buscando crear nuevos derechos para el trabajador, es decir, por la modificación de las estructuras materiales del régimen político antes que por una teorización, sistemática y acabada, de los objetivos, las metas e instrumentos en cierto momento de la historia. En otros términos, antes está el hecho y luego está la palabra. Históricamente, en el movimiento popular siempre dominó la cultura de los resultados que se miden por el nivel de calidad y de satisfacción de las necesidades de los trabajadores. Antes que al modo leninista- que nos interroga sobre el *¿qué hacer?*- el modelo popular trabaja creando derechos, incluyendo y batallando contra el capital a través de la generación de poder de gestión de los trabajadores. Este modo de hacer hay que rastrearlo en el germen de los diversos movimientos populares que produjo Latinoamérica porque en sus orígenes, encontramos a dirigentes y trabajadores que, como tales, buscan la victoria y ganar todas las batallas, no comentarlas ni analizarlas. Los gobiernos populares ganan las batallas de la política, de la economía, la inclusión social y hasta lo cultural porque, en fin, lo popular no puede entenderse sin hacer referencia directa a la democracia e igualdad de oportunidades. Lo que no entienden muchos de esos que se dicen revolucionarios, leninistas o trotskistas, es que mejor es la construcción sobre bases materiales sólidas, sobre las bases de la producción, de la distribución y del consumo, entendidas como facetas de una misma unidad, para nada lineales, estáticas ni separadas, que lanzar sobre el papel los principales ejes del régimen, es decir, de un proyecto nacional que es un ejercicio necesario pero también limitado si ese modelo político- teórico no puede ser constatado

con la realidad última del trabajador. Y si de la realidad política hablamos, la acumulación de reservas internacionales por parte del Banco Central para financiar el desarrollo del modelo nacional, soberano y popular, es uno de los pilares centrales de las variables macroeconómicas del régimen para de ese modo financiar el modelo productivo popular porque son precisamente esas reservas las que posibilitan sostener, a lo largo del tiempo, un tipo de cambio de equilibrio desarrollista que lo es en tanto estimula la defensa de la producción de los bienes y servicios nacionales y así, además, milita a favor del desarrollo del mercado interno y la generación de empleo y consumo.

Este modelo de desarrollo popular del mercado y del consumo interno, del ahorro, acumulación de reservas y creación de empleos, es la constante de los gobiernos populares. El modelo inclusivo, nacional y popular, otra vez en manos de lo mejor de los trabajadores, da lugar tanto a la recuperación de la economía real, es decir, de la producción, hasta lograr sanear el sistema especulativo- financiero. En esas circunstancias, las reservas acumuladas por el Banco Central son genuinas o sea, provienen del superávit comercial, de la diferencia entre lo que exportamos e importamos. Las reservas acumuladas por el Banco Central no son producto, como en la época neoliberal, del endeudamiento externo sino que, en primer lugar, provienen de las fuerzas productivas del país y así se retroalimentan como consecuencia de un modelo económico que es mucho más coherente porque fomenta ante todo la defensa de la producción nacional. Por eso, los sectores populares no tienen que amedrentarse cuando hablamos del poder, del arte de la resistencia y dominio de los intereses de los trabajadores en relación con otros intereses que son claramente minoritarios pero de mucho poder de presión. De eso se trata. Cómo se obtiene el poder, cómo se usa y qué se hace y cómo, son algunos de los elementos que nos permiten distinguir entre los regímenes políticos dictatoriales y los que son o se pretenden democráticos, entre los modelos que defienden los intereses de la oligarquía o el proyecto político y cultura popular. El sistema de acumulación de poder nos llama a la estrategia política, a la movilización, a la consecuencia, la militancia y resistencia del trabajador. En efecto, la estrategia y arte de poder popular consisten en la conducción y realización de un modelo político por los mejores medios posible que, a su vez, recibe su inspiración y sus metas de la acción política mientras se apoya en la habilidad táctica. De lo contrario, podemos naufragar en un idealismo que implica considerar al trabajador y las cosas, así como las relaciones que las regulan, cómo queremos que sean antes que cómo son. Desde el punto de vista del modelo nacional y popular, la elaboración de una estrategia, que es política y también económica, tiene que estar tan alejada de la quimera como del conformismo que desmoviliza la fuerza del cambio. La enunciación de utopías del fin de la historia o de la guerra de civilizaciones

pertenecen a los sectores dominantes, sin embargo, la utopía del socialismo que iguala en oportunidades les pertenece a los que creemos en la equidad y la justicia. Es necesario hacerse responsable. Lo concreto, es que cada una de estas utopías, de las quimeras de la derecha o de la izquierda, pertenecen al género de la política- ficción que son loables en cuanto aspiración pero que son ineficaces como concreción de la realidad. Por el contrario, proyectar la continuidad de un presente que tiene rasgos de injusticia, que aún sustenta las bases fundamentales del neoliberalismo, es una de las tantas pruebas a las que se expone la mediocridad, el servilismo y la complicidad. El proyecto popular, soberano y nacional, parte de la base de que es posible aplicar una estrategia de defensa de la producción, del ahorro interno y del empleo, del interés nacional y del bienestar popular por lo que, en esas circunstancias, no es un mito sino que, muy por el contrario, es realismo político plantear el pleno empleo de la fuerza del trabajo bajo las directrices de la primacía del derecho a la vida, como el objetivo primero de nuestro modelo de desarrollo. Este modelo es realismo político pero no lo es planteándolo en los términos de los dominantes sino en el sentido de reivindicar y defender los valores e intereses populares, del trabajador. Por lo mismo, está claro que reivindicar y defender ese costado del mundo nacional y popular, que continuamente puja por renacer, siempre incomoda a los que están sentados en la cúspide del poder controlando nuestras vidas en beneficio de sus intereses de minorías.

La cultura popular, cuando se asume como una fuerte identidad, como cierta pertenencia, cuando se piensa como un proyecto de país, una lengua y una gramática del poder, no implica, en esas circunstancias, otra matriz que milita en beneficio de los dominantes porque es una matriz política devenida en referencia a las multitudes. El que se mira así está representando y les da a sus representados el voto de lealtad, de militancia y fuerte compromiso. Esa matriz, fundada en otro conocimiento de las cosas y de las relaciones entre los hombres, sólo vale cuando se corta de la cantera de la mayoría. La cantera del pueblo es pródiga en este tipo de creaciones que son únicas porque valen por su espontaneidad, su permanencia, lealtad y su compromiso político como la pasión de Allende, como los versos astillados y las alocadas marionetas de Pablo Neruda. Esa lealtad y compromiso de los grandes reformadores al servicio de los humildes fue precisamente lo que hizo de ellos conductores de los grupos populares. La obra de Allende, de Neruda o Enríquez fue su vida, su libro, su letra y su militancia, su ejemplo de lealtad y compromiso con el interés popular. El país fue así un escenario en donde la representación y expresión del ascenso social de los trabajadores se daba en la casa, en las calles y en cada uno de los lugares de trabajo, en las factorías y en la vida real. La monumental obra de cambio y compromiso se talló en sus cuerpos y quedó inscrita en la memoria de miles de trabajadores en los que

vuelve, sin cesar, día tras día. En ese sentido, Allende reproduce el mismísimo batallar de su pueblo que después, en otras circunstancias pero con las mismas necesidades y esperanzas, lucha contra un mundo neoliberal que cae en crisis y se desmorona para intentar levantar otro régimen político que tiene los rasgos ancestrales de nuestros pueblos y su cultura, del pueblo, la ensoñación de éste, su ingenuidad, su fantasía y hasta la misma furia y los mismos materiales con los que se dispone a realizar su destino. La multitud, que puede y es un actor político central en la lucha, no es otra multitud que la que se disemina a diario en las esquinas, en las veredas, en los talleres, en las fábricas y tribunas. Es esa, una multitud de gestos y esperanzas, de palabras, estéticas y de un sentir que demanda expresarse por sí o por la boca de otros. Así de generoso somos los trabajadores que contradecemos la descalificación del conservadurismo, de la reacción siempre concentrada en la idea de los trabajadores como *masa*, es decir, como una agregación impersonal. Pero, lo único uniforme de los trabajadores, que ellos despectivamente llaman *masas*, es la voluntad de no resignarse a ser ajenos a la historia de su emancipación. Por eso tantas veces la tristeza de muchos. Sin embargo, esa tristeza siempre es momentánea porque los pueblos, cuando marchan detrás de su libertad, de sus valores y objetivos, saben que sólo se logra la victoria si luchan con la mejor alegría. Entonces, queda claro que el modelo nacional y popular no representa un desvarío ni menos una utopía, sólo que para que se realice hay que cumplir ciertos requisitos mínimos. Es necesario un proyecto económico de defensa de la producción nacional que, además de considerar una serie de variables macroeconómicas, tiene que empezar por definir una estrategia del poder, de gestión de los trabajadores. Para que deje de ser una abstracción académica o una teoría, delirante o no, y se convierta en un instrumento para la acción política de la mayoría en beneficio de su interés, es indispensable que el gobierno, a través de los actores representativos de los intereses de los trabajadores al interior del régimen político, elabore y aplique un proyecto nacional humanista, es decir, basado en el derecho a la vida y ejerza a su vez la plena potestad e influencia sobre ciertas áreas claves de la economía. Un proyecto nacional sin una clara política económica y productiva efectiva no es nada viable. Por otro lado, una economía de desarrollo y de defensa de la producción interna, sin proyecto político nacional, soberano y popular, solo puede inducirnos a las crisis permanentes.

El primer ámbito en el que se desarrolla un régimen político nacional y popular es en el de la economía y la producción real que así se encuentra por sobre la especulación y la Patria financiera. En cuanto a su funcionamiento, es indispensable el ejercicio de la hegemonía de los actores estatales sobre los diversos servicios públicos, que implica, según los casos y la evaluación que se haga, mayor supervisión, control, más regulación o propiedad sobre

éstos. También es necesario compatibilizar la acción y las inversiones de los empresarios nacionales con los extranjeros siempre en defensa del interés nacional, a través de políticas de créditos, principalmente para las pequeñas y las medianas empresas, políticas y medidas monetarias, arancelarias, fiscales de regulación y control. Al mismo tiempo, el gobierno tiene que afirmar su autoridad por sobre los actores representativos del sector financiero y en particular sobre el Banco Central como vimos anteriormente para que nunca más un gobierno de corte dictatorial, de minorías, produzca cambios en los paradigmas económicos para consolidar una visión autoritaria, reaccionaria y fascista del régimen. En los países que aún perdura el neoliberalismo y luego de transcurridas unas décadas de crisis, de marchas y contramarchas, la gran mayoría de los bancos- ya sean nacionales o de capitales extranjeros- por las consecuencias del sistema financiero- especulativo, ahora asentado en la razón del automatismo del mercado, reduce fuertemente sus actividades en el campo del financiamiento de la producción concentrándose en actividades especulativas de mayor rentabilidad y de menor riesgo en el corto plazo, a saber, se convirtieron en intermediarios del consumo a través de las tarjetas de crédito, como cobradores de impuestos y servicios o líneas generales de préstamos personales al sector formal de la fuerza de trabajo.

Cuando se plantean estos temas, que afectan intereses de los grupos económicos claramente dominantes, el debate político es más que necesario porque aparecen esos actores, económicos, sociales y políticos, que juegan en favor de la especulación, de la desestabilización, el golpismo y del fracaso de los gobiernos progresistas que, a través de estas y otras serie de medidas y políticas concretas, buscan mejorar la distribución de la riqueza a través del trabajo y producción nacional. De acuerdo a los sectores más reaccionarios, cuando se discuten estas políticas que buscan la inclusión e integración de los diversos sectores sociales, siempre se nos viene encima el apocalipsis pero, en realidad, lo que buscan es evitar que cualquier medida, por más justa y reparadora que sea, pueda ser aprobada en beneficio de grupos sociales que conquistan así un nuevo derecho. En ese sentido, es altamente inclusiva la recuperación de fábricas, la organización de cooperativas de trabajo y hasta la definición del sistema bancario nacional como un servicio público que se aboca, a partir de esta nueva definición, a las inversiones relacionadas con la producción y generación de empleo. En el caso del sistema bancario, cuando éste queda definido a partir de estos parámetros, como un servicio público, significa que tiene que estar al alcance de todos. Otro tema relacionado con esto es que, en estas nuevas circunstancias, una ley bancaria diseñada en beneficio de la producción, del desarrollo nacional y de la generación de empleos dignos, es una ley que tiene que pensarse desde los usuarios y no desde las entidades bancarias, es decir, militar a favor de un sistema más

amigable con respecto a la sociedad. La definición de una política bancaria de este tipo no puede quedar totalmente en manos del mercado porque en esas circunstancias se maneja con los patrones y las leyes del automatismo de los mercados, es decir, con las reglas de la máxima rentabilidad posible atendiendo solo a los segmentos y actores más rentables. Si afirmamos que el sistema bancario es un servicio público, es decir, al servicio de todos en relación a la inversión y creación de empleos y que quienes actúan en la prestación de esos créditos e inversiones lo hacen a partir de algo así como una concesión como es el caso del agua, de la electricidad o del gas, donde existe una empresa privada (también puede ser pública) que da ese servicio de agua, gas o electricidad, y que, en el caso de la empresa privada, tiene una concesión del sector público para cumplir con ese servicio, perfectamente puede darlo de tal manera que llegue a todos y que la empresa, privada o pública, pueda obtener, a partir de esta política, cierta rentabilidad que la haga viable económicamente. Pero, como no como vidrio se necesita para el caso de una fuerte regulación por parte del sector público y en general de todos los actores que son parte del régimen político para que esos parámetros de servicio público y rentabilidad puedan cumplirse. No es posible que en todas las localidades donde el negocio no es tal no haya servicio. No puede ser que tras años y años de privatizaciones las empresas privadas que brindan los servicios públicos no hayan invertido parte de su ganancia extraordinaria, conseguida en la peor época del neoliberalismo, en la ampliación del servicio a zonas económicamente menos rentables. Entonces, los trabajadores que en sus localidades no cuentan con servicios financieros y créditos o con cloacas, luz o gas son ciudadanos y trabajadores de segunda categoría.

Por otro lado, los múltiples gobiernos y actores sociales y políticos comprometidos con las bases y las políticas de un régimen político popular, soberano y nacional, tienen que buscar la forma de asegurar y de resguardar el cumplimiento de las metas que plantean las políticas de inclusión, es decir, de creación y defensa de los derechos del trabajador que hagan operativos, en su máxima expresión, los derechos humanos de todos. El modelo nacional y popular administra y hace política en beneficio de todos. Más aún, el régimen popular, crea política donde antes no la había porque plantear la acción política es plantear los problemas que van surgiendo en cualquier proceso de cambios y desde esa perspectiva ninguna injusticia es más duradera que la que permanece en el más absoluto silencio por eso también la importancia de la democratización de los medios de comunicación masivos que conlleva una multiplicación de las voces. Desde la perspectiva de un modelo popular, de creación de derechos y de inclusión, es necesario reconocer que la resolución de los problemas sociales es conflictivo, en el sentido de que en general se tocan los intereses de los grupos sociales dominantes, sin embargo, no es ser

conflictivo porque la resolución de estos problemas sociales, siempre desde el ámbito del humanismo, es un factor que reivindica el ejercicio de los derechos políticos y así beneficia, desde la propia militancia, la conducción del régimen político, es decir, la gobernabilidad del régimen que trabaja en favor de los intereses de la mayoría. Por lo tanto, la acción política, el arte de resistir de los trabajadores y la lucha por la reivindicación de sus demandas, es la creación y la defensa de derechos, es inclusión. Así, cuando hablamos de justicia social qué más consecuente que evocar los derechos adquiridos y conquistados en beneficio de los humildes. Cuando hablamos de conquista de derechos, de justicia social e inclusión social hay que referirnos a la (*r*)evolución para quien donde existe una necesidad nace un derecho. Así de simple, complejo y categórico. Por su pasión, su ejemplo, su fuego y por su amor a los humildes representa aún hoy al conjunto de las mujeres y hombres que buscan mejores condiciones de vida para todos. La (*r*)evolución es la rebeldía de una sociedad ante la inanición, la desmovilización y la falta de esperanzas. Más allá de todos esos intereses minoritarios, que militan contra la satisfacción de las necesidades de los trabajadores, está el nombre, el susurro y el grito de esta (*r*)evolución como representación consecuente de una épica nacional y popular, una cultura e intereses populares que caen y se levantan cuantas veces sea necesario y que por eso siempre vuelve. Vuelve por los pobres que lo lloran. Reconocen en la (*r*)evolución el derecho a la redención social, reconocen a los dirigentes del pueblo que dan dignidad a sus vidas batallando a favor de derechos que antes no existían.

Mientras tanto, la caída de la lógica política que trabaja en favor de los intereses de los sectores conservadores sirve para mostrar que la conquista de derechos, por más que beneficie inmediatamente sólo a un sector social, sirve necesariamente a la democratización del conjunto del régimen porque mejora las condiciones de convivencia entre los hombres y fortalece los vínculos de solidaridad. Por el contrario, mientras no se extirpe la forma más flagrante de discriminación, exclusión y miseria, la comunidad toda albergará conductas mucho más mezquinas e individualistas y las peores pulsiones emponzoñarán el cuerpo de la sociedad. Esto nos habla de la significación política que tiene la toma de partido, la participación y movilización de vastos sectores sociales que son representativos de los trabajadores a favor de los diversos proyectos que se aprueban a favor de los trabajadores. Por último, es importante decir que Chile y cualquier otro país ya no se explican solo por los campos de la inclusión y exclusión social porque la lucha por una justa redistribución de los ingresos, que no son más que los beneficios creados por el trabajo de todos pero con el capital de unos pocos, siempre fue el plano dominante de la gran narración y las crónicas del pueblo y seguirá siéndolo en tanto el país sea un ser vivo, con sus movimientos y espasmos, con sus contradicciones

recurrentes, sus errores, virtudes, traiciones, derrotas y triunfos. Entonces, el control del régimen y del Estado que lo sustenta, entendidos ambos como un ser vivo, como estructuras políticas que buscan mejorar la gobernabilidad del país a través de la defensa y creación de derechos que nos beneficien todos, es la más importante estrategia para el cambio y la transformación social.

Eficiencia y solvencia del modelo nacional y popular.

La racionalidad o no de cierta política económica es posible afirmarla, reforzarla y rechazarla en parte o en su totalidad, en relación a sus postulados y dogmas, confrontándola con la realidad más inmediata, es decir, con los índices de desarrollo económico, político, social y humano logrados por éstas y las consecuencias de la aplicación de esas mismas medidas sobre la calidad de vida del trabajador. Por ejemplo, de acuerdo a los resultados de la política de jubilaciones como uno de los negociados del neoliberalismo, digan lo que digan éstos, el sistema de reparto es más eficiente en términos de mejoría de la calidad de vida y de cobertura de los trabajadores porque sus recursos se originan en los aportes del trabajador, en las contribuciones de los patrones, más los recursos impositivos que hacen posible que las prestaciones se paguen en su totalidad. De todas formas, el sistema de jubilaciones que es necesario inaugurar con el modelo nacional, que es inclusivo, soberano y popular, tiene que completarse con un fondo de garantía de sustentabilidad del sistema que se forma en una primera etapa con las colocaciones que vengan del régimen de capitalización privada. En realidad, ese fondo no se usaría para el pago de los haberes de los jubilados, sino que se destina, en exclusividad, a garantizar la sustentabilidad del sistema para todas las generaciones. Esto es importante porque los sistemas de seguridad social de reparto se basan en el precepto básico de la solidaridad intergeneracional entre los trabajadores, es decir, los que están en actividad mantienen, con sus aportes y contribuciones, a los que se encuentran retirados. Pero, el sistema de reparto, basado en la solidaridad entre generaciones, está amenazado por dos fenómenos:

- a) El primero se asocia al mercado laboral, es decir, la persistencia de la alta desocupación y del empleo precario y flexibilizado deriva e implica, en fin, el desfinanciamiento del sistema; es que los recursos que ingresan al sistema, los aportes de los trabajadores activos, no son suficientes para hacer frente a los gastos demandados para el pago de las jubilaciones a los trabajadores pasivos. Pero este problema de la desocupación y del empleo precario es relativamente temporal siempre que los

cambios políticos y económicos deriven en la superación del neoliberalismo.

- b) El segundo fenómeno, dentro de la lógica del Estado capitalista, es permanente y también más o menos inapelable porque se refiere al envejecimiento de la población. Es decir, es sabido que la esperanza de vida viene experimentado un sostenido crecimiento gracias a los avances en la medicina, la mejora en la calidad de vida, el mejor acceso a la salud y al agua potable entre otros factores que precisamente mejoran la calidad de vida del trabajador y sus propias expectativas. Este fenómeno provoca un aumento del tiempo durante el cual los trabajadores pasivos, los jubilados, perciben haberes. El problema no es ése sino que en la medida en que los países se desarrollan, la tasa de natalidad disminuye considerablemente. En esa perspectiva, si uno observa los países centrales es fácil percibir que cada vez hay mayor cantidad de ancianos y menos jóvenes que aporten al sistema. En otras palabras, una sociedad envejecida es síntoma de un mayor grado de desarrollo pero solo desde la lógica del Estado capitalista. Es decir, este segundo fenómeno así me parece más una cuestión cultural antes que económica porque la falta de interés por procrear, por formar una familia con hijos tiene más que ver con las exigencias sociales de la vida moderna y las formas de producción del capitalismo, con las múltiples exigencias a que son expuestos los hombres como padres y cabeza de familia y, aún más, las mujeres que por un lado trabajan fuera de casa y por otro también lo hacen dentro, dedicándose a los hijos resignando expectativas profesionales, laborales, sociales, etc.⁵

En realidad, cuando me refiero al sistema de jubilaciones y pensiones, a la lucha contra la pobreza, a la primacía de la producción interna antes que la especulación o el desarrollo nacional antes que el endeudamiento, planteo nada menos que dos visiones distintas de la vida y del hombre. En una de ellas, el hombre en general, es considerado como una mercancía que implica,

⁵ En realidad, para el capitalismo la cuestión no es cómo financiar la seguridad social, el sistema de jubilaciones y diversos subsidios, sino quien la financia teniendo en cuenta que de por sí este rol no le corresponde al régimen neoliberal. Se sigue que como el sector público no puede financiar la seguridad social hace su aparición el sistema de jubilaciones privadas. Entonces, puede observarse que la gestión de la seguridad social es una tarea compleja y delicada porque involucra diversas formas de percibir y plantear la vida de los trabajadores.

entre otras muchas consecuencias, que el hombre y su trabajo son una simple variable de ajuste económica, por lo que da lo mismo que tenga trabajo o no porque lo importante es que cierre el déficit y las cuentas fiscales para que los sectores dominantes puedan seguir jugando con nuestra vida y necesidades. Está también el poder que detentan los dueños de los medios de comunicación en especial de ese poder muy concentrado característico de la época neoliberal. El poder que detentan es increíble porque la impunidad de la que gozaron es posible por la presión y tensión que ejercieron sobre el régimen desde sus medios. Los dominantes siempre estuvieron por encima de toda autoridad y de todas las leyes porque esas normas estaban hechas para defender sus propios intereses que están más allá de las obligaciones que impone nuestra democracia, nuestras reglas y justicia. Desde su poder comunicacional siempre juzgaron el accionar de todos los actores sociales en especial de los trabajadores más consecuentes. Incluso lograron marcarnos cuál era el estándar que divide lo que está bien de lo mal. Sancionaron leyes pero también las verdades sobre la bondad o la maldad del hombre, los trabajadores, dirigentes y políticos, del empresario o sindicalistas. De una vez y por siempre quisieron decirnos que era lo correcto y que no lo era, cuáles eran las verdades del hombre, sus razones, su lógica y valores sobre los que tenía que sustentar sus formas de vida y sueños que podía tener y hasta las aspiraciones que era posible llevar a buen término. Trataron de definir por toda la eternidad los intereses de las mayorías y el régimen y la acción política más racional para llevar a cabo la defensa de esos intereses.

Por otro lado, también están los sectores que representan a la iglesia más conservadora con sus múltiples pecados que son bien terrenales a pesar de que ellos tienen la prepotencia de creerse por encima del hombre como genuinos representantes de Dios. Entonces, habría que preguntarse cuánto poder tiene la iglesia en nuestros países. La iglesia tiene una fuerte influencia política porque maneja cierta simbología y mitos que son muy importantes para dejarlos en manos de la reacción y del conservadurismo. Además, tiene fuertes nexos con el poder económico y político tanto a nivel nacional como global. Es necesario entender que lo religioso es muy profundo en el hombre, los trabajadores y los humildes, entonces, quien logre manejar y controlar esa simbología necesariamente tienen una fuerte cuota de poder bastante terrenal por lo demás. Entonces, cuando se avanza en temas delicados, que la iglesia asume como propios, como el matrimonio entre personas del mismo sexo o la legalización del aborto, esta institución eclesíástica, de fe conservadora y reaccionaria en lo político y espiritual, por lo menos en los niveles más altos del poder de decisión, se sienten amenazados por el gobierno que plantea ese debate porque cree que se le quitan espacios que considera propios. O sea, piensa que se le quita poder porque se creen partícipes de una verdad que es

revelada por la divinidad. En ese sentido, los sectores más reaccionarios de la iglesia se manifiestan en estos casos concretos como dirigentes políticos que están por encima de toda la oposición porque ellos son los que convocan. Pero, lo de ellos es hipócrita porque se pretenden mensajeros del Evangelio, de Jesús de Nazaret, de un mensaje de libertad, de igualdad y de aceptación de lo diferente, de una moral que está por encima de todos pero llegado el momento hicieron alianzas con los sectores más reaccionarios de nuestros regímenes políticos apoyando la entrega del patrimonio nacional o la vida de millones de luchadores sociales. Y cuando surgen gobiernos populares una vez más se muestran y ubican como articuladores de la oposición, en función de generar un polo encargado de poner palos en la rueda a esos gobiernos de mejor talante. El problema es que el gobierno nacional y popular avanza sobre temáticas que la iglesia considera propios donde, en un Estado y un régimen político multicultural y laico no puede haber privilegios para los credos. En otras palabras, con temas como el matrimonio entre personas del mismo sexo o la legalización o no del aborto también se discute el orden, el régimen, la disciplina y hasta la jerarquía. Hay mucha discusión cultural. Al igual que los diversos grupos cívico-militares, que en su momento fueron el soporte de las dictaduras de seguridad nacional y que hoy están interesados en una amnistía general para todos los crímenes de los militares genocidas, para los que quebrantaron el régimen constitucional para seguir gozando de sus privilegios, un importante sector del episcopado, simplemente considera que el catolicismo es un elemento integrante e integrador de la nacionalidad, de la religión y de la Patria de los vende patria como, en otro momento de nuestra historia, esa misma unidad y Patria se planteó a través del binomio religión y rey. Aunque larvada, esta doctrina, que es altamente conservadora y reaccionaria, sobrevivió al final de las dictaduras de seguridad nacional que sufrimos y emerge cada vez que las instituciones democráticas avanzan sobre cuestiones que la iglesia como institución cree que le competen por mandato divino. Así ocurre cuando un gobierno impulsa la ley de divorcio o incluso de reproducción responsable y sin embargo no aceptan abrir el debate sobre la responsabilidad institucional de la iglesia en los años de las dictaduras de seguridad nacional.

Finalmente, también está el país soberano, nacional y popular donde las decisiones se toman en base a la mejoría en la calidad de vida del hombre que puebla su geografía. El país donde el cruce de Los Andes va de la mano de hombres del talle de Manuel Rodríguez, de don José Miguel Carrera, de Bolívar o San Martín y su pueblo, de los Granaderos, los indios y los negros que hicieron nuestra historia. Por este nuevo país del siglo XXI marcha y va el trabajador fabricando refrigeradores, lavadoras y sueños colectivos, con Miguel Enríquez y Allende a la cabeza. No van los golpistas ni el dictador

Pinochet. Sin embargo, la historia de Chile y de Latinoamérica en general es pródiga en ejemplos de lealtad y de traiciones. Defecionar se cotiza en el mercado de distintos modos: un puñado de monedas, un programa televisivo o el elogio permanente en un par de medios de comunicación que buscan controlar nuestras vidas. Seguramente, en este nuevo país, es la pasión de Allende el abanderado de la Patria más hermosa. Mientras tanto, la historia está en movimiento, se moviliza, anda y mientras lo hace construye su propio destino. Es del otro lado desde donde se construyen las mentiras, los mitos y las fábulas y por eso se hace necesario desarmar la trampa de los mitómanos. Ahí está el ejemplo de las medidas económicas y políticas que plantearon los sectores opositores que aún hoy, a pesar de todo y contra todos, insisten en el neoliberalismo. Tendríamos que preguntarnos si está dentro de la política neoliberal contemplado el desarrollo y el crecimiento, la inclusión, el disfrute y la satisfacción de las necesidades del trabajador. La respuesta solo puede ser negativa porque ellos militan contra la producción, contra el empleo y el ahorro interno. Y precisamente, la imposibilidad de contar con un ahorro interno significativo y relativamente estable, representa un gran obstáculo en todo proyecto de desarrollo nacional popular y autónomo. En otros términos, esa carencia implica dependencia del financiamiento externo para impulsar las inversiones que transformen el patrón de especialización productiva hacia etapas industriales que sean cada vez más avanzadas.

Soberanía y cambio político.

Nuestras ciudades son frías, son insignificantes, relucientes y malignas porque es la miseria quien nos domina. Hay una especie de frenesí entre los que se encuentran al servicio de los dominantes y cuanto más furiosos éstos más empequeñecen nuestras almas y conciencias. Ellos controlan todo y sin embargo pareciera que nadie realmente lo sabe. Pareciera que nadie sabe de qué se trata, que nadie dirige nuestros sueños y vidas. Estupendo el trabajo de la razón de los clanes familiares anglo- estadounidenses y sus sicarios, los locales y los foráneos. Mientras tanto, nosotros reaccionamos y producimos miles de impulsos reactivos que están completamente faltos de coordinación y objetivos. Nuestras celdas son puras, la acera y las rutas están plenas de desesperados a los ojos de los dominantes y, al mismo tiempo, los excluidos buscando la beneficencia para alimentarse. Toda una región erigida sobre el gran vacío de la nada, con poco sentido, sin sentido, sin la menor dignidad. Pero, Latinoamérica también se sacude del yugo omnipresente. Se sacude del control de los dominantes y por primera vez, desde las conquistas españolas y metropolitanas, se moviliza a un porvenir en lo que podría ser una exitosa integración en muchos sentidos. Latinoamérica empieza a construir nuevos

acuerdos para la solución de ciertos dramas socialmente importantes y que además son comunes para la región. Son problemas derivados de su historia caracterizada por su dependencia política, económica, cultural e ideológica. Esta nueva Latinoamérica, que insinúa un nuevo despertar, es más rica en recursos pero se queda en el tiempo cuando asume las reformas neoliberales y la vasta mayoría de sus poblaciones sufren las consecuencias. Todavía, en especial en los países centroamericanos, somos líderes de la desigualdad, de la injusticia mientras otras zonas, Asia Oriental para el caso, es relativamente igualitaria en términos capitalistas, claro. Si comparamos ambas realidades de países periféricos, tanto de Latinoamérica como de Asia, vemos que el llamado progreso latinoamericano permanece concentrado en la exportación de materias primas, en bienes primarios mientras que Asia planificó su subida en la escala del desarrollo con la manufactura avanzando en la tecnología en mayor grado. Por estos motivos también los paradigmas de desarrollo fueron distintos y sus consecuencias diversas.

¿En qué nos convirtieron esas tesis y paradigmas? Son exactamente los grupos dominantes locales, siempre al servicio de otros intereses, quienes entorpecen nuestras vidas, nos roban el tiempo y explotan la existencia de cada cual. Cada mañana, desde hace más de doscientos años, nos exigen que representemos una farsa intelectual de esclavos, siervos y holgazanes. Pero las cosas cambian y hoy ganamos el derecho a vivir una vida heroica para hacer de esta globalidad algo más soportable a vista del trabajador. Se acaban los tiempos de necesidades y de ahogos, el tiempo en que arranquemos la cólera sin sentido, ardiente y cristalizada en imágenes, palabras y metáforas poco apasionadas para la libertad. Latinoamérica, por la frustración de sus aspiraciones, es el hogar de los movimientos populares más significativos y se encuentra en la búsqueda del hombre emancipado. No podemos estar solos. Necesitamos meditar sobre muchas cosas, necesitamos música, una lírica y arte que acompañe nuestros corazones y raciocinio. Entonces, es en Latinoamérica donde más fielmente podemos rastrear la radicalización de los procesos reformistas. Existe un despertar de los trabajadores. Por lo mismo es que necesitamos engendrar ideas suficientes para conducir las luchas y los combates. Este reformismo radical en tanto derive en la *(r)evolución* más excelsa que se constituye en la fuerza más poderosa para la democratización, para la igualdad, la justicia social, la independencia (...) nos convierte en la región más apasionada y movilizada. Los pasos de la integración de los pueblos vacilan pero a su vez nos prometen bastante.

Latinoamérica siempre fue un hervidero. Las calles, sus ciudades y sus campos se tuercen y giran, en cada esquina y en cada uno de los rincones que forman esta realidad se percibe un enjambre de actividades, de un arte de la resistencia. Largas filas de trabajadores, jóvenes y amas de casa, estudiantes,

mineros, hombres de todos los tipos circulan aquí y allá, entrando, saliendo, participando, luchando y movilizándose con otro apetito, vivo, excitado y más humano. Es como si todos y cada uno nos estuviésemos volviendo locos. Ya existen unas cuantas falsas verdades, mitos, irracionalidades y fábulas que fueron desmontadas por la lógica de la vida. Entonces, nuestras ciudades y tierras son un gran matadero, las rutas rebosan de cadáveres despedazados por la vida nueva que se intenta construir. Se encuentran despedazados por los nuevos carniceros, saqueados por los nuevos saqueadores. Latinoamérica fue capaz de crear procesos sociales de profundidad y cambios admirables que por eso mismo desarrollaron luchas más trascendentes. Son millones los indígenas, los mestizos, los trabajadores de nuestras tierras que así buscan recuperar la voz arrebatada, el grito silenciado y las conciencias desgarradas mientras se aprestan a ocupar lugares determinantes en el régimen político que busca quebrar las estructuras, las simples formalidades de regímenes poco democráticos, castrados por inoperancia, formalismo y superficialidad. Se iniciaron batallas en la búsqueda de la refundación de nuestros Estados y las rutas transitadas se formaron a través de asambleas constituyentes que todo lo pueden porque se convierten en los deudores de las reivindicaciones del trabajador. Se desplegaron otras banderas, se recuperaron los símbolos de un humanismo más cabal como práctica y acción política reanimándose el esfuerzo de integración para frenar la presión de los múltiples intereses de las transnacionales y sus regímenes defensores de éstas. Se hace camino al andar y en el trayecto elaboramos una nueva cosmogonía de la literatura, del arte de poder, redactamos el primer y último de los libros. Todos los que tuvieron algo que decir, algo que agregar y acotar, lo dijeron, lo agregaron y también lo acotaron aquí. Anónimamente, a través de nuestros combates, agotamos el siglo, agotamos los paradigmas y cada una de las tesis neoliberales. Gradual pero definitivamente.

Hasta ahora solo habíamos arado en la oscuridad sin otra guía que la razón dominante. Hoy, ofreceremos a los nuevos militantes de la resistencia y de la creación, los argumentos, la lírica, la pintura necesaria, el suficiente material, frases, parábolas, nuevos mitos, mucho más realistas y humanos, suficientes para crear otro arte de resistencia y poder. En todos los países de nuestra América- a pesar de lo que puedan ser las circunstancias objetivas y particulares de cada cual- se mantiene un proceso de prometedora integración perfilándose esfuerzos de recuperación de la soberanía perdida en la dorada época del neoliberalismo. Así, desde hace mucho tiempo, durante siglos que el mundo está muriendo, se encuentra en terapia intensiva y en una crisis estructural. Lo perciben los sectores más democráticos, los populares y el humanismo que desde ahí empieza a producir una fuerte rearticulación de la izquierda latinoamericana que postula el reemplazo del modelo del libre

mercado asumiendo por ejemplo la democratización que implica, desde esta nueva perspectiva, eliminar del lucro en áreas tan humanas como la salud, la educación, la alimentación, la vivienda y hasta el medio ambiente. No nos engañemos, el neoliberalismo sigue su marcha, la hegemonía de los Estados Unidos y el poder que representan las transnacionales, los dominantes, sus intereses y cosmovisión no ha sido derrotada, como tampoco la tiranía de los organismos financieros que controlan la globalidad, que manejan los hilos del sistema comercial global. Sin embargo, la lucha se reactiva y avanza de manera muy notable. Desgraciadamente, todavía ningún hombre fue capaz de destruir la lógica de la creación neoliberal y hacerla estallar. Todavía nos encontramos lo suficientemente dependientes de una mitología que es falsa a pesar de que la realidad neoliberal continúa su marcha a la muerte. Necesita la realidad volar por los aires. Necesita consignar la tremenda (*r*)evolución que acaba con este mundo que todavía no recibe la sepultura que realmente se merece. Todos los sueños, todas las falsas realidades, las tragedias, los dramas y melodramas a los que quisieron acostumbrarnos, naufragan. Los neoliberales y su más allá, sus teologías, dioses y fábulas, en realidad poco importan. Por lo que se refiere a los neoliberales no son los mismos en estos días de lucha: se muestran más reaccionarios, más brutales y endemoniados porque están medio trastornados y sus nervios les dominan, están enfermos. Me hacen reír y eso, naturalmente, les ofenden y así nos persiguen porque los hiere nuestra sed de justicia, nuestra ética, la teología más universal, nuestra risa, nuestras acciones y persistencias, preocupaciones y despreocupaciones. En verdad, los neoliberales son un capullo aristocrático que habita el reino de la demencia y me importa poco su pasado y su futuro porque la historia, las necesidades humanas, nos dan la razón. Una razón que es más racional, más sana, incurablemente más saludable, con menos remordimientos y pena. Que no nos desvele su pasado y su futuro antes bien tenemos bastante con este presente que intenta desmovilizarnos y desmotivarnos. Es el universo de los neoliberales el que se empequeñece con nuestras acciones y nuestro arte de poder. Nuestro asombro, descontento y grito son parte de posibilidades y probabilidades infinitas a través de las que podemos conjugar otros verbos que nos permitan estructurar una nueva gramática de poder, un lenguaje de dominio de los trabajadores sobre las minorías. La gente que aún desea vivir en ese falso universo está muerta. Odian sus vidas y ocultan sus conciencias, levantan altares donde es otra la gente que ha de orar y, sin embargo, son ellos quienes se sacrifican. En el medio de esos altares se alza una horca, el sacrificio sublime de los hombres alienados, dominados e institucionalizados. Están deprimidos, exprimidos y secos. Enorme será entonces nuestra tarea, nuestra historia. Existirán grandes extensiones por las que habrá que transitar y moverse, desplegarse, trepar, bailar, danzar, cantar, volar, gemir y reír, dar

saltos para elevarnos sobre las miserias. Una realidad fallece, da coletazos de sobrevivencia y sobre ella se levantan nuevas iglesias y catedrales en cuya construcción participarán todos los que recuperan su dignidad e identidades. Asistimos a un choque entre modelos de desarrollo.

Los cambios que están en marcha no pueden pasar inadvertidos para la izquierda porque estos suponen articular una alternativa democrática y de signo humanista que se corresponda con los nuevos tiempos. La izquierda no puede, no debe y no tiene porqué callar. Antes que nada, nuestras catedrales, monumentos, nuestro grito y arte de poder dura mil años y no hay réplica que le haga perder su sentido. Construiremos una nueva realidad en torno a ella y estableceremos una humanidad más libre. No necesitamos en verdad de los genios, antes bien, necesitamos conciencias y manos fuertes para todos los hombres que deseen entregar su alma y su vida al prójimo y al humanismo. Lo que sucede no son más que reflejos de algo más global relativo a las continuas crisis sistémicas a que nos tiene acostumbrado, muy a nuestro pesar, el neoliberalismo. Entonces, el siglo XX fue un período de ensayos, de triunfos, derrotas y errores en lo que se refiere a la búsqueda de una solución al retraso económico, político e ideológico de los países del sur. Por ejemplo, a fines de la década de los noventa, producto de la crisis de los mercados asiáticos, percibiremos en toda su crudeza y en toda su reacción, las fisuras y los dramas de la nueva globalización, del sistema comercial globalizado bajo las tesis e interés neoliberal. Ello abre nuevos espacios, horizontes y campos de batalla para que los movimientos sociales tomen las riendas de una nueva y progresista representación de los intereses de los países estructuralmente dependientes respecto del sistema comercial global. Los alcances políticos y las estrategias de esas corrientes están en pleno desarrollo y consenso y por lo menos debieran aprender de las experiencias históricas y de los esfuerzos anteriores en el sentido de la búsqueda del desarrollo equitativo, humano, alegórico y mucho más guerrero. El siglo XX fue un momento histórico de movilizaciones, de una larga serie de levantamientos y movimientos sociales que proclamaron los propósitos de los revolucionarios. Algunas veces éstos lograron hacerse con el régimen pero también, especialmente el período que va desde los años '70 hasta fines de siglo, vivimos la derrota y la caída de la mayor parte de estos diversos movimientos en el poder o, al menos, una drástica revisión de su política. Retrocedimos así al período de florecimiento de la globalización en los términos del neoliberalismo cuyo automatismo del mercado, su lógica del fin de la historia y de la humillación de la clases, fue aceptada resignadamente por esos mismos movimientos y organizaciones. Pero, la era del triunfalismo neoliberal con sus malévolas circunstancias fue seguida por la era de la desilusión y del estancamiento. El brillo momentáneo del régimen neoliberal que se pretendió eterno, incólume, lógico y racional

empezó a desgastarse y esto se plasmó en una nueva búsqueda de estrategias contra sistémicas en todos los rincones de la globalidad. La historia de ésta va desde el levantamiento de Chiapas en Méjico, con su falso autonomismo, hasta Seattle. De Porto Alegre al surgir de movimientos contra sistémicos globales; desde las luchas de ciertas organizaciones no gubernamentales por mayor bienestar de los trabajadores hasta la toma del control del régimen por fuerzas populares.

Lo que reemplace al sistema comercial global existente es totalmente incierto, es impredecible en sí mismo, si bien cada uno de nosotros puede contribuir a ese desenlace impredecible. Es allí donde reside la vitalidad de los movimientos que están contra el sistema, la lucha de los trabajadores, las movilizaciones y las acciones de las organizaciones no gubernamentales que se definen a través de la primacía del derecho a la vida. Es allí donde reside la fuerza, la gramática y el arte de poder de la mayoría. Es allí donde está la importancia política de hacerse con el asalto de los pilares de los regímenes políticos nacionales. Es impredecible en sí mismo porque cada vez que nos encontramos en una bifurcación, en una crisis estructural, no hay manera de saber de antemano cual será el destino de la encrucijada que construimos porque, en realidad, la historia no está del lado de nadie toda vez que la historia más bien está del lado de los que luchan, de los que sean capaces de desplegar las mejores estrategias de combates porque finalmente son esos los que, tarde o temprano, tendrán que triunfar. El hecho de que los trabajadores sean la mayoría en realidad no implica nada porque una vez más solo la lucha hace la gran diferencia. La lucha es acción y la acción de la mayoría es soberana porque es capaz de producir grandes cambios. La historia por eso está de parte de los que llevan su heroísmo a su máxima expresión en todos y cada uno de los frentes de batallas en que se expresa y manifiesta la lucha de clases. Este es el mensaje del humanismo militante. Estamos en un período de transición y este período se caracteriza justamente porque el sistema existente, el sistema comercial global, está muy lejos del ansiado equilibrio para seguir ejerciendo su dominio sobre cada una de nuestras conciencias. El sistema comercial global lucha contra definitivas oscilaciones, que son cada vez más violentas y caóticas, en todos sus dominios mientras las presiones para retornar al equilibrio son cada vez más débiles en extremo. Esto implica que nos encontramos en un período de transición caracterizado por el reino de la máxima creación, del mejor arte creativo y por tanto nuestras acciones y reacciones, desplazamientos y movilización, sean individuales o colectivas, tienen un impacto mucho más amplio y directo, mucho más revolucionario y definitivo, sobre las opciones históricas con las que se enfrenta esta nueva globalidad. La cuestión política en realidad no radica en cuáles serán las soluciones para los dilemas de nuestro sistema comercial globalizado sino,

antes bien, cuáles serán las bases y razón sobre las que crearemos el próximo sistema comercial global. Yo personalmente ya tomé partido y así digo que el trabajador debe luchar a la ofensiva como a la defensiva. Principalmente a la ofensiva para convertirse en actores de los cambios que urgen.

Latinoamérica, con ese nombre se conoce las ancestrales tierras donde abundan los mitos y las fábulas, una pésima distribución de la riqueza, de la propiedad y una fuerte y constante inequidad entre todos los hombres que la convierten a esta región en particular en una zona distante, muy dependiente estructuralmente del sistema comercial global pero, a su vez, es una zona de contradicciones donde los trabajadores continúan su lucha incansable contra las consecuencias más nefastas del neoliberalismo dominante y reaccionario. En primer lugar, hay que considerar que el Estado capitalista como régimen de producción y distribución está en crisis porque a pesar de muchos esfuerzos no puede resolver en el largo plazo las contradicciones internas que corroen su ser más elemental desde el momento en que la contradicción fundamental del capitalismo es entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el modo de distribuir los diversos bienes, servicios y beneficios. En otros términos, el capitalismo está condenado por sus propias contradicciones, sin embargo, no se resigna a morir y así, cuando la situación política lo amerita, nos convulsiona para prolongar y defender su existencia, su lógica y modos de actuar. En ese contexto surge el neoliberalismo como necesidad extrema para que los dominantes puedan continuar con su forma de vida privilegiada. Sin embargo, desde ahora los sectores dominantes y sus grupos de interés necesitan someter por todos los medios al disconforme, al trabajador, a sus organizaciones, sus movimientos sociales y políticos, a su cultura y a cada organización o institución política que se define a partir de sus intereses. Así, el neoliberalismo surge frente a las nuevas revelaciones que les muestran a los trabajadores las múltiples irracionalidades y mitos de la razón dominante frente a la que las élites reaccionan pero, en este proceso, necesitan de ahora en más que la dominación sea más dura y también un poco más simulada. Con el neoliberalismo logran ese dominio extremo que a su vez se recicla como régimen supuestamente democrático. Los dominantes así descargan todos los sacrificios y consecuencias de las crisis sobre los trabajadores en un contexto de pérdida de soberanía política que vuelve imposible cualquier cambio en beneficio de las mayorías nacionales. Pero, el neoliberalismo no es la última panacea porque incluso cuando este falla en sus postulados, es decir, cuando la población vota, se defiende y profundiza cambios políticos, sociales y económicos que buscan superar este régimen, son incluso capaces de recurrir a la violencia más desenfadada y atroz como es el caso de los múltiples intentos de golpe de Estado en que se comprometen.

Lo notable del neoliberalismo como régimen político es que consigue evitar hasta cierto punto esa violencia desenfrenada de los dominantes (que, en etapas anteriores, nos legaron miles de muertos, desaparecidos, torturados y hasta niños apropiados por los verdugos) a través de la reivindicación de una falsa democracia, puramente formal y que nos conduce a la pérdida de soberanía y así a las posibilidades de cambios en nuestra estructura política y económica, social y cultural. El neoliberalismo simplemente es una medida extrema. Es un remedio heroico dictado por el carácter inextricable de las contradicciones del Estado. Es el último recurso de los sectores dominantes. Por eso, los clanes familiares anglo-estadounidenses no recurren a él de buena gana. Si el neoliberalismo fracasa, ¿qué otra salida tienen esos sectores para continuar defendiendo sus granjerías, sus empresas? El problema del poder que plantea el régimen neoliberal desde esa perspectiva es central porque mientras amplios sectores medios de la población son atraídos por el régimen y sus promesas demagógicas- que los lleva a adherirse política y electoralmente a éste- se vuelven cada vez más exigentes con sus demandas que finalmente no serán satisfechas, provocando así una fuerte disgregación que puede derivar en la instauración de regímenes políticos humanistas. Por ejemplo, ¿qué le queda realmente a los sectores dominantes cuando ya la inseguridad afecta también a los barrios cerrados y privados? ¿Cuándo la miseria y el desempleo ya no pueden simularse en las grandes metrópolis? ¿Cuándo la educación y la salud pública, ante el abandono y la falta de inversión y recursos, ya no es una opción para la población?⁶

También formamos nobles trabajadores, inmensos pueblos y almas que se rehúsan a la muerte por inanición. En esta nueva realidad, comienzan también a soplar nuevos vientos pero en otras zonas de nuestra región apenas hay brisa. En algunas, huracanes que derriban a los halcones que sustentan una razón que históricamente fracasó. Se plasma porque simplemente todo el tiempo somos víctimas de ese fracaso, de las libaciones de los difuntos que pretenden conformarnos con sus promesas, paraísos y sus almas en paz. Esta realidad nos encuentra también con un arte de resistencia y de lo posible que provoca un alto grado de coincidencias sin precedentes históricos entre los líderes y dirigentes de nuestros pueblos. Estas coincidencias hacen surgir un activo, popular y caótico proceso de integración en las áreas de la política, de

⁶ ¿Están las condiciones reales para el desarrollo de un régimen político soberano y popular en los países latinoamericanos donde aún el neoliberalismo resiste con todas sus fuerzas? Por supuesto que existe como también es viable que ese neoliberalismo goce de buena salud por unos años. El factor principal para que el régimen neoliberal resista es la existencia de un fuerte sector de clase media urbana que por el rol que desempeña en la vida económica y cultural del país (de dependencia en relación al gran capital) es incapaz de tener una política propia: vacilan constantemente entre la gran burguesía o los sectores populares.

proyectos, en áreas de los recursos mineros y naturales, en la visión misma de la nueva globalidad definida en términos contradictorios a los intereses del dominante neoliberalismo. Si partimos de estas consideraciones vemos que no podemos admitir que los trabajadores renuncien a la acción y la lucha directa, a los grandes movimientos para constituir otro mundo que es posible. La misión esencial de los trabajadores es acentuar y radicalizar las luchas que significa simplemente profundizar la acción de clase, darle el mayor empuje posible y hostigar a los sectores más reaccionarios o dubitativos. El hecho de que seamos capaces de consolidar regímenes políticos mucho más inclusivos en amplias zonas de nuestra Latinoamérica significa incrementar la demanda de ciertos productos básicos para nuestras poblaciones pero también para las poblaciones de los países centrales. Primero son los alimentos y luego vendrá la energía, los materiales ferrosos y las materias primas en general aunque, después, por el rol propio que les corresponde a los especuladores financieros globales en este contexto (que presionan los precios al alza de los productos) nos conduce como principales países exportadores de esos bienes a una creciente y constante captación de nuevos recursos económicos mientras, en paralelo, esta globalidad es conducida a una crisis alimentaria derivada de la misma lógica de funcionamiento del sistema comercial global. Acá es donde vemos la imperiosa necesidad de garantizar la alimentación de los pueblos. La soberanía alimentaria es una prioridad en la ruta al cambio. ¿Qué estamos esperando? El precio es muy alto porque el hambre es violencia, la exclusión, la marginación, la falta de esperanzas, de sueños, de trabajo o de valores más humanos definitivamente también lo son. Por el contrario, la inclusión social de los trabajadores, la soberanía alimentaria, la ocupación y preocupación por el otro es el camino a la paz. El problema es el acceso, la igualdad de oportunidades y la inclusión. Es necesario así nutrirse de nuevos paradigmas, de *tecnología conveniente* que reivindique nuestras formas de desarrollo. La cuestión tecnológica es de primer orden pero el problema no es tecnológico ni de recursos es de prioridades, de falta de humanidad, de la falta o no de acceso a los alimentos, a los nutrientes, a una mejor calidad de vida en la que por cierto es central el acceso a una medicina de gran calidad. El problema no es de inversión ni producción sino del acceso a esos bienes y servicios. De prioridad del derecho a la vida, que se anteponga al de la propiedad. El conflicto se relaciona con las necesidades de acceso igualitario a la medicina, a la salud y a las posibilidades de alimentación de nuestras poblaciones. En ese contexto hay que entender la inclusión y la lucha por mejores maneras de hacer las cosas. En ese contexto hay que entender la lucha por la democracia en su amplia concepción, las relaciones entre los hombres y la reivindicación de los derechos de los sectores populares, porque es en esas particulares circunstancias donde se nos revela lo mejor de la cultura popular. En la lucha

por la supremacía del derecho a la vida del hombre por sobre la propiedad debemos asegurar la básica alimentación del trabajador. Dejar el tema en manos privadas, en manos de la buena voluntad de éstos, sin injerencia real del régimen, es una irresponsabilidad. Se asemeja a un suicidio colectivo.

¿Qué podemos hacer respecto del uso de alimentos para la generación de biocombustibles? Debemos hacer lo de siempre o sea, buscar alternativas, movilizarnos en beneficio de políticas racionales, amigables, que no coloque en trinchera opuesta las necesidades de energía y alimentación del hombre. El combustible verde es una posible consigna en este tema. La producción del aceite vegetal no comestible, es decir, no apto para consumo humano, es una alternativa. En el plano energético es capaz de generar la misma cantidad de electricidad que otros combustibles como el gasoil. De hecho, si este combustible verde fuese usado en las centrales termoeléctricas de nuestros países, en reemplazo de otros combustibles más contaminantes, más caros y bastante menos amigables, podríamos ahorrarnos varios millones de dólares por año. Además, el aceite vegetal no comestible no es biodiesel. Esto significa que no se entrecruza con la producción de alimentos para el consumo de los trabajadores porque es un aceite vegetal no apto para el consumo del hombre. Esta propuesta así diversifica la matriz de producción energética y es posible reactivar amplios sectores de la economía de nuestras regiones que de por sí son más vulnerables. Por ejemplo, este aceite vegetal no comestible puede producirse con algodón, con lino, con soja, tártago, uva y arroz. Pero, la mejor opción es la colza. En ciertas economías regionales se quema o se tira la cáscara de algodón (colza) que es la que sirve para la producción del aceite vegetal no comestible. Podría, sin problemas, recrearse en esas zonas del país la estructura económica y energética porque una de las funciones del uso de este combustible verde es el aporte a las soluciones sociales que incluyen antes que excluyen. Soluciones que incluyen a los sectores más vulnerables, históricamente marginados de los beneficios del régimen político de pretensiones democráticas porque, en primer lugar, nos permite acabar con largas hecatombes de todos los tipos, porque es factible tecnológicamente, es sustentable y viable políticamente y económicamente, es ambientalmente necesario y socialmente indispensable. Aumenta también la renta agrícola porque existen grandes extensiones de tierra que son aptas para ser sembradas con colza durante la temporada de invierno. Esa es otra ventaja: la colza es un cultivo de temporada invernal que es precisamente la época del año donde los campos están ociosos y desaprovechados, entonces, el cultivo de la colza para la fabricación de este aceite vegetal no competiría con los alimentos. En esas circunstancias, nos ayuda inclusive en la rotación de los cultivos.

Estas soluciones no se circunscriben bajo ningún aspecto dentro de la lógica del neoliberalismo militante porque sus propuestas y opciones van por otro rumbo. Las opciones neoliberales van camino a la exclusión cada vez más intolerable para los hombres de buena voluntad. Sus prioridades no son urgentes para el interés del trabajador porque el interés de las mayorías no es otro que una vida feliz, humana y digna, es el bien común. Estas soluciones son las que conllevan la búsqueda y construcción de otra realidad que deje atrás los resabios de un régimen- altamente excluyente e inhumano- que ya no da para más. Estas soluciones en verdad son políticas públicas que salen en defensa del humanismo porque respetan la vida de los trabajadores, se hacen responsables de las necesidades de los sectores vulnerables pero que desde el origen de la historia son mayoritarios. La democratización no solo nos exige *soberanía alimentaria* sino que ella tiene que ir acompañada de un profundo cambio del sentido de las políticas públicas a implementar. Una agenda pública construida en base a la representación pero, en primer lugar, en base a la participación y gestión de todos los involucrados. Nadie puede ser ajeno, a nadie le es lícito hacerse el distraído porque esa gestión tiene que acompañarse de un sentido que privilegie el derecho a la vida para desde ahí producir los grandes cambios, la caída de los halcones. Lo que tenemos hoy son trabajadores que no quieren menos democracia ni derechos formales o abstractos sino que, muy por el contrario, quieren un régimen político menos formal y más concreto aunque los modelos puedan ser diversos. De hecho, lo son porque cada país tiene que trabajar en beneficio de la mayoría sobre sus particulares y únicas condiciones históricas. Lo importante es que a pesar de muchos males, los trabajadores continúan sus luchas para poder gestionar su vida y la satisfacción de sus necesidades como colectivo. Lo principal es que siempre hay significativos avances en el tema de la inclusión cuando son los trabajadores los que no abandonan la lucha. La historia es un ejemplo de eso. Así fue como en muchos países las poblaciones aborígenes recuperaron sus tierras, sus vidas, su cultura, su cosmovisión del mundo y su dignidad. Es así como dejan de ser los marginados de siempre y pasan a la primera línea en el frente de batalla. La inclusión social y la participación es un hecho concreto cuando los trabajadores toman la iniciativa, cuando accionan y reaccionan contra los dramas nunca resueltos de los que históricamente se hicieron con el control y hegemonía. Es así como se continúa la marcha a otros horizontes a pesar de todos los que presagian la hecatombe de los sectores populares. Es así como, a pesar del cepo autoritario y del reformismo que logra imponer el neoliberalismo, la inclusión social logra marchar con todas las herramientas que dadas las circunstancias le es posible llevar adelante. Así se avanza a una mayor equidad en salud y educación. Es así como se vislumbra que la fuente de poder de los trabajadores son los órganos y movimientos populares que

los propios trabajadores crean en la medida en que la lucha no se abandona y en la medida en que se desarrolla a favor de la soberanía de nuestros países.

El gobierno en la construcción de un régimen inclusivo.

¿En qué sentido puede un gobierno popular actuar en beneficio de los cambios de paradigmas que conlleven un decidido proceso de construcción de un régimen democrático e inclusivo? A partir de esta interrogante, un plan de gobierno se define como un conjunto más o menos coherente de políticas de gobierno adoptadas en base a un programa político que fue validado por la voluntad de la mayoría. Este marcará orientaciones y una lógica fundamental de corto, mediano y largo plazo como también ciertas medidas económicas. En relación a las múltiples estrategias políticas, el gobierno busca definir, aplicar, defender e impulsar un proyecto político local, nacional, regional e incluso global. A nivel táctico, el gobierno trata de infundir racionalidad a sus acciones en base a datos emanados en el mejor de los casos de la realidad y coyuntura política. En referencia a los planes y las estrategias políticas que forman al régimen, existen tradiciones y formas. Entre las más importantes, en cuanto a desarrollo histórico, tenemos la que se asentó en el plan de una economía centralizada en los términos de la ex- Unión Soviética donde el plan quinquenal, de supuesta programación política de las necesidades y el análisis de la acumulación, de la producción y la distribución de los recursos y bienes necesarios para la satisfacción de las demandas de las mayorías, queda viciado por la burocratización (estalinización) del régimen. Por otra parte, no es tan diverso el esquema capitalista porque también está fundado en la primacía de la propiedad (privada) de los medios de producción, de distribución y de acumulación del capital. En éste, la demanda y la oferta de recursos y bienes juegan dentro de esquemas de poder definidos por lo que, dentro de la tradición del Estado capitalista, encontramos también algunos esquemas y variaciones de acciones, de regímenes distintos en relación al tipo de intervención del sector público sobre los mercados de bienes según el contexto. En el seno del capitalismo, la intervención, la planificación política de los gobiernos sobre los mercados, reconfigura una serie de regímenes que, en primera y en última instancia, se convierten en defensores y sostenedores de la lógica privada de la acumulación del capital y todas las consecuencias que esto implica en la convivencia y relaciones sociales y sus instituciones.

De todas maneras, los dos tipos de regímenes, los del socialismo real como el neoliberalismo actual, históricamente son superados por la realidad, por el desenvolvimiento de las necesidades reales de los hombres que así no aceptan supeditarse a lógicas ajenas a los intereses de las mayorías. En otros términos, ambos regímenes políticos fracasan frente a las evidencias de una

verdad que no acepta concesiones. Así, más allá de los aciertos y fracasos de las políticas y acciones públicas del gobierno y de los actores políticos en general, lo importante es que estas políticas y planes de largo plazo, terminan por definir al régimen (los socialismos reales o el neoliberalismo) porque plantean una razón trascendente y perdurable en el tiempo que impone una lógica en la sociedad en que actúa y gobierna. En el proceso de formación de un régimen cualquiera, inclusivo o exclusivo, democrático o autoritario, es necesario que los gobiernos y los diversos actores políticos sean capaces de plantear un plan estratégico, de objetivos y de necesidades perdurables en el tiempo, que se muestre como defensor de las necesidades nacionales. La planificación, la intervención política sobre los mercados en beneficio de los intereses de las mayorías, es prioritaria. La vida, el orgullo, la dignidad del hombre es prioritaria y por eso no tiene cabida acá la mera improvisación. Mirado desde esa perspectiva, el automatismo del mercado no es posible porque nos jugamos el bienestar y los colosales intereses del hombre como parte de la humanidad. Pero, solo es posible la planificación política basada en la primacía de la vida. Es ésta la que se nos muestra fundamental en la construcción de un régimen inclusivo y popular y consecuentemente tienen que actuar los gobiernos y los actores que lo apoyan políticamente. Sólo la planificación racional desde la perspectiva de la dignidad del hombre puede evitar el autoritarismo y la constitución de una clase dirigente semejante en atribuciones a los dioses de la vida y la muerte. La planificación, desde una perspectiva digna, significa una política que lucha contra las humillaciones a que están expuestos los trabajadores como mercancía que solo crea valor para los dueños del capital. Es la planificación política y económica, que se encuentra detrás de determinados intereses ideológicos y políticos, culturales y también sociales, la que debe interesarnos defender en beneficio de un régimen democrático.

No hay que cometer errores. Hay que validar una planificación basada en la primacía del derecho a la vida. Tampoco es posible seguir sosteniendo regímenes políticos que históricamente nos negaron el desarrollo y que por eso nos convirtieron, como países y como pueblos periféricos, en parias de la historia, en simples caricaturas. En la historia de nuestros pueblos no deja de formar una gran paradoja política el hecho de observar como la idea de planificación nacional de los diversos gobiernos era criticada precisamente por los grupos dominantes para favorecer los intereses de las transnacionales con fuertes índices y políticas de planificación. Para elaborar la defensa de ciertas políticas públicas, con el expreso objetivo de construir un régimen político inclusivo, el gobierno tiene que establecer con claridad cuáles son los ejes de la política económica, del accionar de los sujetos políticos, de las políticas culturales y sociales en coherencia con los compromisos asumidos

frente los electores y cuyo sustento está en la construcción del arte de la acción política. El gobierno que busque la institución de un régimen político desde la perspectiva popular necesita con urgencia de un plan de desarrollo del país que sea plausible de perdurar en el tiempo.

Son ciertos ejes y metas las prioridades de un gobierno que busca hacer las transformaciones necesarias en beneficio del bien común:

- a) La lucha por la primacía de la lógica del derecho a la vida sobre la propiedad de los factores de producción. La ideología basada en el marxismo es acá prioritaria porque funda y da sentido a los cambios involucrados en este proceso de transformaciones radicales, revolucionarias.
- b) En base al primer punto se deriva un gran consenso nacional instrumentado por el gobierno a través de un frente político representativo de la necesidad de cambios, de las necesidades tangibles de las mayorías. Una fuerza política que profundice en la distribución del ingreso y que así amplíe la democracia. Más allá de quienes sean los que lo dirijan, de las fuerzas que le dan vida, es importante que este espacio tenga presencia y dimensión en la lucha política por la primacía, es decir, que no se resigne a ser testimonial, que tenga vocación de gobernar, de establecer reglas y normativas y que se nutra de la militancia, de la solidaridad, de las relaciones entre fuerzas y del debate de ideas.
- c) El crecimiento económico es fundamental para la defensa de los logros de un gobierno que busque eficacia en temas como la satisfacción de las necesidades de las mayorías y la defensa de los derechos de los mismos. La cuestión económica, sus éxitos y fracasos, es vital en los procesos de lucha y de bienestar o no de los trabajadores.
- d) Un plan de industrialización nacional basado en tecnología que es conveniente nos conduce, entre otras cosas, a la soberanía económica y la defensa de lo político, de lo popular y de las especificidad cultural del pueblo. Este tema es central porque a través de una concepción de tecnología conveniente pueden desarrollarse en la praxis todas las políticas defendidas por el humanismo a saber, el pleno empleo, el cuidado del hábitat, relaciones de solidaridad entre los trabajadores (...)
- e) La inclusión social se basa en la promoción del pleno empleo. Esta política es necesaria para transformar la realidad de todos. Es una política que nos permite acceder a nuestros derechos. La

inclusión social es una prioridad ética y política sin la que ningún proceso de cambios en términos populares es capaz de subsistir y de afianzarse en el tiempo.

- f) Finalmente, es fundamental que el gobierno sea capaz de actuar en concordancia con una política de distribución del ingreso e igualdad de oportunidades. Se presume que se trata de formar, defender y de desplegar un plan integral de desarrollo nacional basado en el derecho a la vida, la soberanía y la cultura.

En base a estos parámetros, a nivel táctico, el gobierno debe elaborar e impulsar proyectos y políticas en todos sus ministerios, en cada una de sus dependencias, busca sancionar leyes y otras normativas, trabajar en todos los niveles, en los ámbitos municipales, locales, regionales, nacionales y aún en los globales, buscando una articulación mínima entre el régimen político y los mercados que le permita llevar a buen término sus políticas y estrategias de gobierno. Deben articularse políticas de interacción, de intervención y de complementación entre el régimen político y los mercados en temas como la producción, la acumulación y distribución de la riqueza a fin de acentuar la gobernabilidad a favor de los intereses mayoritarios. *Gobernabilidad política* que se relaciona con la inclusión laboral y social, la creación de empleos, la expansión del consumo del trabajador y sus derechos. En la ejecución de este plan de gobierno es necesario definir hasta donde queremos llegar y dónde queremos ir. Ya hemos visto de que manera un gobierno logra esterilizar su accionar de cambio si solo se limita a una política reformista. Entonces, una estrategia de transformación viable lleva a su máxima expresión la defensa de los intereses de la mayoría y es necesario que el gobierno actúe de forma de que los trabajadores perciban ese accionar (del gobierno) en la defensa de sus propias necesidades y de las prioridades nacionales sobre los intereses de grupos minoritarios. Este eventual gobierno lleva a su máxima expresión todas esas políticas públicas de defensa de la soberanía y la cultura popular dadas las ventajas y restricciones existentes de acuerdo al contexto histórico en que actúa. Es la racionalidad, el realismo político el que diferencia a un gobierno popular, en la construcción de un régimen de iguales características, respecto a los sectores y los grupos de intereses más reaccionarios y elitistas. Esos sectores neoliberales son los que suelen argumentar y defender políticas sobre ideales y posturas utópicas pero que sirven para justificar sus fracasos.

En la construcción de un régimen político inclusivo, el gobierno tiene que trabajar en la ejecución de un plan estratégico que se ajuste a las diversas necesidades de las mayorías lo que significa actuar y ajustarse a la realidad y por eso al contexto histórico. Actuar en base a este realismo político significa trabajar sobre la base de nuevas relaciones de fuerza, las realmente existentes

en determinado contexto al interior de los regímenes políticos pero no para conformarse sino para participar y movilizarse, para reconocer ese contexto y actuar en su transformación. La *(r)evolución permanente* solo así puede seguir su curso, de manera más o menos constante, a pesar de las tentativas de los dominantes para ahogarla en los torrentes de una muy falsa elocuencia democrática. El combate de hoy es preludio de otras luchas, del combate más agudos. El ardor combativo del trabajador, tan fabulosamente desperdigados por nuestra Latinoamérica, parecieran inextinguibles. Lo anterior nos plantea problemas de sustancial importancia en el transcurso de la lucha por una nueva realidad posible, mejor, soberana y popular. Nunca como hasta hoy se manifiesta de manera tan imperiosa la necesidad de que el trabajador- en especial en los países que no logran aún desembarazarse de los neoliberales- puedan construir y disponer de movimientos sociales y políticos de combate destinados a cumplir la misión histórica que se les asigna a los trabajadores y sus órganos representativos por el solo hecho de ser mayoría. Es que por el solo hecho de ser mayoría tienen el derecho de imponer sus propias razones, la satisfacción de sus necesidades y la urgencia de sus valores respetando eso sí las opiniones y la cultura de las minorías.

En este contexto de cambios de paradigmas, de soberanía popular y de cambios globales, de imposición y defensa de otras políticas públicas, se nos presentan interrogantes fundamentales que se relacionan con el nuevo rol del régimen. ¿Qué políticas deberá defender? ¿Cuáles debieran priorizarse? ¿En qué contexto son urgentes y eficientes las políticas públicas bajo la óptica del bien de las mayorías, de los intereses de éstos? ¿Qué rol cumple el trabajo en un contexto de crisis relacionado con la primacía del derecho a la vida, con la imposición mayoritaria y democrática de la ideología marxista?

En primer lugar, el régimen político comprometido con los cambios y transformaciones por todos requeridas tiene que luchar de la mejor manera contra el desempleo pero también contra la degradación del trabajo en todas sus manifestaciones; batallar contra flagelos como el trabajo infantil y contra la tercerización de las relaciones laborales. Tiene que combatir estos flagelos porque son esas políticas las que refuerzan la flexibilización laboral que hace a los grupos neoliberales. Son flagelos que no pueden justificarse porque refuerzan los fundamentos de la exclusión y el elitismo político inherente de los intereses más conservadores y reaccionarios. Por ejemplo, en relación a la tercerización laboral, en la práctica, ésta demostró ser una forma más de flexibilización del trabajo y por eso de degradación de las formas del mismo trabajo y de la calidad de vida de los involucrados. Cuando una empresa decide contratar a una que es más pequeña para que le provea algún servicio como el de limpieza o seguridad, está tercerizando funciones. El fin último de este proceso es la reducción de los costos de producción lo que en la

práctica, en términos monetarios, se nos muestra viable económicamente hablando. Sin embargo, la cuestión es que en este proceso de contratación de servicios específicos a una empresa más pequeña (lo que conocemos como tercerización) implica la mayor parte de las veces, que la empresa de origen, la contratante, pasa por alto algunas obligaciones patronales y sociales que son de obligación exclusiva de la empresa más chica a la hora de contratar su personal. El resultado es así el trabajo precarizado que subvierte todos los valores de justicia, de solidaridad y de equidad, todos los valores en los que el régimen político teóricamente se sustenta políticamente. La precarización del trabajo va desde no cobrar una remuneración justa, perder conquistas laborales y remunerativas de las que sí gozan los trabajadores en regla, derechos adquiridos tras décadas de luchas, el no cobro de aportes patronales y jubilación, la imposición de jornadas laborales más allá de las horas estipuladas, el trabajo de los infantes, hasta caer en la esclavitud moderna. En lo referido al trabajo no registrado, estos trabajadores, que a veces están dentro del circuito de la tercerización laboral, no contarán en el futuro con jubilación, con seguro médico o seguro de vida. Por eso, el régimen político tiene que actuar. Hay que luchar contra los propósitos de los neoliberales. Ellos, como gobierno o en la oposición, expresan lo más falso, lo más rancio y feo de las viejas formas de actuación política. Es lo rancio que resiste al cambio y ya no pueden simular su anacronismo. Desde esta perspectiva de lucha y de conciencia, podemos entender la gravedad de la precarización del trabajo porque el hombre es definido, visto y tratado, como mera mercancía que crea valor y capital para unos cuantos, para los más poderosos.

Es cierto que las herramientas que tienen que ver con la *tercerización laboral* en muchos países periféricos e incluso en muchos de los centrales son herramientas legales, eficientes e incluso pueden ser bien usadas pero también es cierto que respecto a esa tercerización se nos plantean una serie de desafíos que tienen que ver con la lógica de un régimen inclusivo porque la legalidad respecto a la tercerización, así como está, favorece la injusticia y la exclusión que son fenómenos que el régimen popular, nacional y soberano tiene que combatir con toda su fuerza. Por ejemplo, para esto el régimen tiene que tener herramientas legales para que las empresas de origen, en el proceso de tercerización laboral, establezcan los requisitos y las normas que deberá cumplir la empresa contratada, como es el pago de los aportes jubilatorios, familiares y patronales. Por su parte, las empresas contratadas tendrán que presentar de forma regular la nómina de los trabajadores que prestarán los servicios que fueron contratados. En caso de que esos requisitos no fueran cumplidos, las empresas de origen tendrán derecho a rescindir los contratos y hasta denunciar a la empresa infractora. El problema es que bajo las actuales condiciones y políticas económicas, bajo los paradigmas y sed de

ganancias a toda costa del régimen neoliberal, el trabajo no registrado, la esclavitud y la explotación, es funcional al sistema formal del trabajo. Un ejemplo típico, que nos toca de cerca se da en la industria del calzado y de la indumentaria, donde las más conocidas marcas tercerizan su producción en talleres donde el trabajo es a lo menos muy precario e incluso hasta esclavo. Son talleres donde el inmigrante de países limítrofes, indocumentados y burlados en sus derechos humanos más elementales, trabajan en ciertas condiciones de extrema vulnerabilidad en todos los aspectos. Talleres donde se violan los derechos laborales, los económicos y los sociales, las leyes de inmigración, talleres donde se viola la dignidad de los hombres. Entonces, para que la tercerización laboral no nos conduzca a un proceso relacionado con la precarización del trabajo, al trabajo esclavo y talleres clandestinos, llenos de esclavos, una nueva normativa de trabajo tiene que dar cuenta de las otras formas en que se organiza la acumulación del capital. En la lucha estamos todos involucrados porque este proceso de tercerización y de precarización laboral, de trabajo fuera de la ley, son obstáculos profundos para la primacía de los derechos de los trabajadores.

En segundo lugar, las normativas que fundarán un régimen popular debe ser producto de la soberanía del pueblo, es decir, del poder de decisión y movilización de los trabajadores. Un nuevo texto constitucional así tiene que profundizar y defender un ordenamiento legal y político del país en que los anhelos del trabajador y sus organizaciones sean prioritarios. Debe ser expresión concreta de otras formas de desenvolver las luchas y las metas históricas y culturales de las mayorías. Un nuevo texto constitucional que defina nuestros intereses, prioridades y valores, nuestras formas y modos de vida. Este texto legal y constitucional tiene que plantear otro concepto del régimen político e incluso del propio Estado donde sea superada la idea del capitalismo. Por eso, es necesario monopolizar ciertas áreas estratégicas de la economía como la educación y la salud que desde ahora no podrán quedar en manos de actores privados. Estas medidas son de primera importancia porque implican otro concepto de democracia, implican otras medidas y mitos y por eso el régimen actúa en consecuencia. Desde la perspectiva neoliberal, estos no son conceptos científicos porque pertenecen al campo del bienestar de los hombres y así constituyen una apuesta política e histórica a favor de todos nosotros, de nuestra naturaleza especial, única, como hombre y trabajador. Es necesario superar la idea de una democracia formalista profundizando en los derechos y bienestar. En lugar del derecho clásico de los liberales hay que imponer el derecho social que resguarda el bien común. En lugar del clásico derecho abstracto debemos oponer un derecho, leyes y normativas que nos conduzcan a un mejor crecimiento humano. Esto nos ayudará a vivir mejor, a convivir. Nos ayuda a equilibrar mejor la balanza, a exigirnos más, a

esforzarnos y saber pensar de otra forma. Habrá así mayor igualdad y menos resentimiento porque el engaño, los mitos del neoliberalismo, serán desde ahora parte del pasado. Hasta será posible disminuir la violencia. Esos son algunos de los preceptos y cuestiones relativas con el crecimiento humano y con el régimen político que nos gobierne.

Finalmente, es necesario un nuevo concepto de la propiedad. Desde la perspectiva de la primacía de la vida sobre la propiedad, esta última al ser privada bajo los nuevos términos del cambio político, debe tener una nueva responsabilidad y función social y así el mismo capital debe supeditarse a la lógica del bienestar social. Está la necesidad de lograr así un fuerte consenso entre las fuerzas populares, entre todos los actores y agentes políticos que eventualmente son favorecidos por un régimen inclusivo, más democrático, productivo, que pone énfasis en la producción y en la economía real antes que en la especulación. En este consenso participan todos los sectores de la producción y del trabajo porque busca el desarrollo en beneficio de todos. El consenso es útil y prioritario, es urgente la generación de ciertos espacios de diálogo, de discusión y probables acuerdos políticos sobre metas, prioridades e implementación de políticas públicas de carácter inclusivas. Solo de esta forma el hombre se vuelve un sujeto activo, actor principal en el proceso de cambio. Son ya actores que han hecho algo. Algo que desde ya es relevante porque perdura: una obra, una conquista. El hombre y sus instituciones son una obra, son una realización que emerge desde el creador y se convierte en patrimonio de todos. El hombre, sus instituciones y el régimen es todo eso que el hombre construye, hace, sufre, ama, odia y vive. Son sus instintos y mitos, sus valores, son todo lo que hacemos o dejamos de hacer. La vida es una obra de imponente arquitectura. Valorémosla como tal. El régimen y sus cambios son centrales. El régimen es actor privilegiado en la generación de la agenda pública del gobierno popular. Pero en este proceso de búsqueda de consenso entre los actores que componen y dan vida al régimen, es necesario aclarar que no pueden existir interlocutores de privilegio que solo terminan imponiendo sus intereses sectoriales sobre las necesidades de la mayoría. Todos son invitados y eventualmente todos pueden participar de ese acuerdo nacional que conduce a nuevos bríos y formas de crecimiento y desarrollo. Deben participar las organizaciones que en general son representantes de los trabajadores como los sindicatos, incluso las organizaciones representativas del empresariado nacional, las entidades que agrupan a las pequeñas y las medianas empresas y actores vinculados con la economía social, el trabajo y la producción. Lo interesante es que todos ellos no sean convocados para discutir o defender intereses corporativos. Eso sería falsear cualquier acuerdo porque el valor de esa convocatoria reside en poder generar un pensamiento y estrategia de desarrollo que, en el más corto y mediano plazo, nos conduce

a mayor bienestar como pueblos. Esta agenda, las estrategias y métodos así discutidos abarcan todos los problemas del país pero tiene que sostenerse en el diálogo, en las formas de inclusión, de una más equitativa distribución de la riqueza alejándonos definitivamente de los guarismos y tesis neoliberales. Esta agenda deberá comenzar por plantear la dignidad del empleo, acabar con el desempleo, con la precarización laboral y flexibilidad de éste. Esta agenda deberá admitir solo el empleo que sea remunerado de forma que los trabajadores puedan aspirar hoy a la satisfacción de sus necesidades. Por eso, es prioritaria la lucha del régimen contra el desempleo, el trabajo ilegal, la explotación, la precarización y flexibilización laboral. Es urgente repensar la industrialización de nuestros pueblos en términos de tecnología conveniente, en términos de primacía del derecho a la vida y la dignidad de las personas. Ese es precisamente el punto de partida sobre el que gira la propuesta de las organizaciones que representan los intereses populares. El consenso debe buscar un equilibrio entre lo político y lo económico, entre lo social, entre lo productivo y el respeto por el ecosistema.

Los ejes de semejante acuerdo son simples: es el de la primacía de la inversión productiva sobre la financiera, el fortalecimiento de la economía real contra la especulación en todas sus formas. Es el empleo y la dignidad de éste. Es el pleno empleo de los factores productivos el elemento central y prioritario que estabiliza nuestra vida. Porque finalmente la única lección de ética adecuada a los hombres es no hacer a otros lo que no quisiéramos que nos hicieran a nosotros. Es no dañar al otro, es batallar en beneficio de los intereses del trabajador. Hasta el principio de hacer el bien queda supeditado al respeto por los otros, a la satisfacción de las necesidades de las mayorías, caso contrario, ese bien resulta peligroso, contradictorio y falso. Se sigue de lo anterior que los desafíos del régimen político no son menores por lo que es la lucha la que siempre se impone.

El desarrollo, el crecimiento y la deuda social.

Con las cada vez más regulares, constantes, potentes e inéditas crisis del neoliberalismo tanto a nivel nacional como global, que siempre termina afectando a la economía real, la productiva, esa que crea trabajo y consumo, bienestar y esperanza entre los trabajadores, vemos como cada día y a cada hora el régimen de bienestar, el desarrollismo del que los países centrales en su momento tanto se enorgullecieron, se hunde en la vorágine de la lógica de las necesidades de la acumulación privada del capital bajo las resoluciones, las verdades y dogmas de los neoliberales. En otras palabras, ese régimen de bienestar se viene de bruces por las necesidades de los sectores neoliberales que simplemente nos conducen a la timba financiera global y por todos los

gravísimos errores cometidos por la banca internacional, por el desenfreno de la ganancia fácil, de corto plazo, de los especuladores financieros a expensas, siempre, del trabajador porque simplemente son los trabajadores el grupo y sector social más vulnerable en todo sentido al contar para su supervivencia solo con su fuerza de trabajo como capital exclusivo. Es necesario entender el clima de malestar que se insinúa y que también se expresa, cada vez con más fuerza, en las fábricas, en las factorías, en las industrias y en general en cada uno de los centros de trabajo y también en la calle, en los negocios, en los barrios más poblados, los populares, de la periferia de los grandes centros urbanos, en las ciudades-dormitorios de las zonas más carenciadas, donde los niveles de desempleo siempre son mucho más altos, urgentes y donde miles de jóvenes desocupados están a la deriva. Desde esta perspectiva política e histórica de crisis, de ajustes pero también de surgir de regímenes inclusivos, nacionales y populares, es urgente resolver las crisis y la deuda social que los países europeos y Estados Unidos, que los países del Asia y de nuestra propia Latinoamérica aún tienen con sus trabajadores. Es decir, se vuelve urgente eliminar esa tremenda brecha que existe entre los niveles de alimentación, de educación y salud, de acceso a la vivienda y al trabajo que son necesarios para un mayor bienestar del trabajador, más aún en estos convulsionados tiempos de crisis y de neoliberalismo. Esta brecha, cada vez más profunda y amplia, se manifiesta en el desempleo sistemático, endémico y sistémico, en la pobreza, marginación y exclusión, en la insuficiencia del acceso al empleo de calidad que así cede su lugar al trabajo precarizado por lo menos en los países en que aún perdura la lógica más reaccionaria del neoliberalismo. Esta crisis y esta deuda social, entonces, se expresa en los regímenes neoliberales a través de la fractura del mercado del trabajo y del consumo, a través de la caída del ahorro e inversión interna, el déficit fiscal y de balanza de pagos, se manifiesta en el elevado número de trabajadores potenciales que viven de la miseria y, en fin, en la desigualdades existentes en la distribución del ingreso y el acceso a las oportunidades del desarrollo, del progreso, del crecimiento, la igualdad y fraternidad. El problema es global porque a pesar del avance de la ciencia y tecnología, a pesar de la multiplicación de bienes y servicios de todo tipo que satisfacen las necesidades básicas pero también suntuarias, una gran parte de los hombres todavía viven en condiciones extraordinariamente miserables lo que solo profundiza a nivel de desigualdad en la distribución de la riqueza y del ingreso al interior de cada uno de los países, desarrollados o periféricos, pero también entre cada uno de esos países que, a través de sus intercambios comerciales, de tráfico de influencias y de poder, integran el sistema comercial globalizado.

Por otro lado, siempre a nivel de la globalidad, existe una variedad y multiplicidad importante de medidas, políticas y programas multilaterales y

regionales de apoyo al desarrollo social, humano y al crecimiento económico e institucional de los países más vulnerables estructuralmente hablando para intentar paliar, en definitiva, las consecuencias más gravosas de las crisis y la deuda social. Sin embargo son de ínfima significación frente a la magnitud y naturaleza de los problemas determinantes de la deuda social global. En otras palabras, por la modestia de sus prerrogativas políticas o la insuficiencia de recursos, no solo económicos sino también humanos, son programas que están lejos de cumplir sus metas. Lo peor es que en el futuro previsible, es decir, en el más corto plazo, no cabe esperar un cambio muy sustantivo en el comportamiento de los países centrales frente a estos dramas y deuda social a nivel global pero tampoco a nivel nacional. Es que con cada crisis (una más grave que la otra) no solo se pierden más y más fuentes de trabajo (que nunca se recuperan) si no que tampoco está dentro de las prioridades del régimen neoliberal, la defensa de la producción. En el entretiem po, los organismos de crédito globales como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial insisten en los ajustes y en la contracción de la producción y de la economía real en general. Las crisis nos muestra que la cooperación a nivel global se limita a salvar al sistema financiero y a los grandes especuladores de las consecuencias de sus propias acciones, comprometiendo billones de dólares en el rescate de esos grupos aún a costa del bienestar de los trabajadores y a costa de profundizar la brecha entre los que más y los que menos tienen. Aún a costa de agravar la deuda social que es una de las graves consecuencias de las crisis. Entonces, se trata de resolver esa gran deuda social- que es tanto nacional como global- a través de la cooperación entre los diversos países de la región. Esta postura está contra la idea de que cada país, con sus regímenes políticos, tiene que hacerse responsable de su propia deuda social sin esperar nada de los demás. Esta postura reafirma la idea de que cada país tiene que hacerse responsable de su propio proyecto de desarrollo y crecimiento en la búsqueda del bienestar de la mayoría a través de la inclusión, la generación y defensa del trabajo y la industria y producción nacional. Por lo tanto, en el contexto de un proyecto nacional, popular y soberano que logre saldar esa deuda social es necesario primero analizar a fondo las responsabilidades de los diversos sectores y grupos sociales en el origen de esa deuda para desde ahí realizar el mejor diagnóstico para proceder en consecuencia. En el caso concreto de Latinoamérica, aún en los países donde se consolidan regímenes más radicales políticamente y socialmente más inclusivos, todavía hace falta una estructura productiva suficientemente capaz de gestionar el saber y el conocimiento para aplicarlo en la totalidad del tejido comercial, económico y social, generando así la primera y fundamental meta de todo gobierno que se precie de popular, radical y nacional, inclusivo y soberano, a saber, el pleno empleo de la fuerza de trabajo a niveles crecientes de productividad. Para

este fin necesitamos de una estructura productiva que se encuentre integrada y sea abierta, que sea inclusiva en relación a cada las regiones y ciudades que constituyen el territorio nacional, que se funde en el agregado de valor para los distintos bienes y recursos naturales y que integre el sistema industrial múltiple y diversificado, con el sector de los recursos naturales y materias primas como la industria agro alimentaria, la minería o el sector energético dependiendo de a qué país latinoamericano nos estemos refiriendo.

Necesariamente, la estructura productiva del país tiene que incorporar todas las actividades de frontera del conocimiento, incluyendo la producción de bienes y recursos naturales como los de capital. Solo sobre estas bases es posible avanzar en procesos de largo plazo de acumulación de tecnología, de capital, de la capacidad de administración y gestión pública de los recursos y el consecuente desarrollo de todo el potencial disponible de recursos a nivel creciente de producción. Hay que entender que como el desarrollo político, económico, institucional y social se registra en primer lugar en el espacio nacional, es decir, al interior de nuestros países, requiere la convergencia y el consenso para aplicar una serie de políticas públicas y de comportamientos privados para la plena movilización de los recursos que son propios. Esto implica la autonomía y soberanía de nuestros regímenes nacionales, tanto en política como en económica, frente a los sujetos de poder globales, para que estemos en condiciones de planificar, a partir de un proyecto coherente, el destino de nuestros países que se relacionan con el bienestar y una mejor calidad de vida para todos. Un proyecto de desarrollo y crecimiento en los términos de inclusión y defensa del trabajo y la producción nacional, necesita como base mínima, para ser viable en el largo plazo, contar con sólidos índices y equilibrios macroeconómicos relativos a las finanzas públicas y los pagos internacionales, es decir, superávit fiscal y de balanza de pagos con una razonable estabilidad de precios. En la búsqueda de una estructura que sea productiva, integrada y abierta, donde confluyen en los mismos intereses de desarrollo y crecimiento nacional tanto el sector industrial como el de los bienes relacionados con las materias primas, que logre crear nuevos nichos productivos a partir del desarrollo y la defensa del mercado interno y de la producción nacional, que defienda el trabajo y busque el pleno empleo como medida primera, es bastante relevante plantear, con el mayor grado posible de consenso entre los sectores y actores sociales y políticos que componen el campo popular, un tipo de cambio competitivo, de equilibrio desarrollista que muestra toda su vialidad en el modelo popular que es capaz de producir una muy buena performance en el ámbito económico, con fuertes índices de crecimiento y de creación de empleos, ahorro e inversión. La defensa de la industria y la producción de bienes nacionales son algunas de las políticas más importantes que caracterizan el exitoso modelo popular.

El nuevo período de defensa de la industria y la producción nacional es estratégicamente fundamental en este contexto y por lo mismo tiene que seguir profundizándose y entroncando con el desarrollo de los otros sectores de la economía y la producción nacional porque solo un proyecto político de este tipo es capaz de garantizar la integración productiva con creación de empleos. La política industrial de nuestros países exige el empalme y el equilibrio entre la dimensión macroeconómica a favor del desarrollo, cuyo gran pilar es el cambio de equilibrio desarrollista, que puede ser concebida como política horizontal, con las políticas de orden más sectorial, vinculadas a las cadenas de valor y atinentes a la dirección del poder de compra del régimen para incentivar la inversión de los actores de interés privados. Como nos lo demuestra nuestra experiencia histórica reciente, la dependencia del financiamiento externo y el desequilibrio fiscal y de la balanza de los pagos junto con el desorden inflacionario, impiden inexorablemente el desarrollo y multiplican la deuda social de nuestros regímenes políticos en relación con el bienestar de los trabajadores. Basta con ver las graves consecuencias de las políticas de los años '90 que, a través de sus medidas neoliberales, de la política de las privatizaciones, la libertad económica, financiera y del capital, conjuntamente con la supremacía de lo especulativo sobre la producción, condujo a los países latinoamericanos en general, a crisis de proporciones que en definitiva solo lograron ensanchar la brecha entre los sectores más pudientes y los más vulnerables, es decir, que acrecentaron esa deuda social que todos nuestros regímenes políticos aún mantienen con los sectores más castigados por el neoliberalismo. Desde esa nueva perspectiva, el cambio y la transformación orientada a remover las deudas estructurales de los regímenes latinoamericanos, que están íntimamente relacionadas con la cuestión de la gobernabilidad y soberanía política, reclama la existencia de un nuevo orden institucional que es necesariamente más estable y que tiene que proporcionar, para ser viable, reglas de juego consensuadas para resolver los conflictos que son inherentes al proceso de cambios democrático. Como lo demuestra la experiencia histórica de Latinoamérica, la inestabilidad en el ámbito político e institucional es un importante obstáculo para el desarrollo económico y social de los pueblos.⁷

⁷ Cuando me refiero a restricción fiscal y externa para el desarrollo estoy diciendo que no es posible el crecimiento en el ámbito de déficit fiscal y de la balanza de pagos porque esto nos lleva más temprano que tarde a financiarnos con recursos externos a través de la toma de crédito bajo la supervisión de los organismos de créditos globales. Esto nos resta independencia en lo económico y en la planificación de un modelo de desarrollo nacional. El desarrollo solo es posible a través del superávit fiscal y de balanza de pagos que son los que generan los recursos genuinos para el financiamiento de ese desarrollo. Recursos propios significa soberanía mientras que, muy por el contrario, deuda y créditos venidos del exterior significa dependencia política y económica.

El modelo de desarrollo nacional, soberano y popular que es, por lo mismo, competitivo, inclusivo y productivo como contracara del modelo de desarrollo neoliberal con sus políticas de exclusión social, llegado a cierto punto necesariamente tiene que crear una línea más democrática y flexible en relación al crédito para las pequeñas y las medianas empresas para incentivar genuinamente la inversión interna de estas empresas que son las que en realidad generan la mayor parte del empleo, la producción y ahorro interno. Las pequeñas y medianas empresas nacionales son las que más protagonismo tienen en la generación y en la creación de empleo siendo responsable, por lo menos de un 80% de éste, sin embargo, sólo reciben en promedio el 33% del crédito a nivel nacional. Esa situación económica en general es producto de la reforma a la Carta Orgánica del Banco Central efectuada en la época del dominio neoliberal. No es ésta una novedad porque cada modelo económico, en este caso el neoliberal, tiene su propio sistema financiero que así es acorde a las directrices de ese modelo. Por tanto, si un gobierno nacional y popular, radical en sus fundamentos, se plantea un modelo de inclusión, crecimiento y desarrollo, de industrialización y defensa de los recursos de nuestros países, incluida la fuerza de trabajo, indefectiblemente tiene que plantear otra lógica en relación a la estructura y políticas del Banco Central que, en este contexto, no puede ser autónomo de la política económica y de los objetivos del crecimiento nacional. Por lo tanto, una reforma financiera que sea integral, es decir, que se plantee un modelo de desarrollo basado en un tipo de cambio de equilibrio desarrollista, en claro beneficio del interés del trabajador debe incluir una gran reforma del sistema bancario para de esa forma favorecer el financiamiento a la producción de las pequeñas y de las medianas empresas de capitales nacionales. En definitiva, solo la consolidación de esos avances configura la plataforma para generar el máximo de empleo necesario en un régimen político humanista, el pleno empleo, a niveles cada vez mayores de productividad y de bienestar de los trabajadores que es la condición para erradicar definitivamente la deuda social que nuestro Estado capitalista generó durante nuestra historia como países nominalmente independientes pero estructuralmente dependientes de los centros globales del poder.

Capítulo 4: Desequilibrios y sustentabilidad del régimen político.

Las tres negaciones del neoliberalismo.

A veces favorecemos el mito por una doble ignorancia. Esto es común cuando representamos y apoyamos regímenes políticos y fases de desarrollo que son incompatibles con la realidad de nuestros pueblos entendidos como región periférica, cuando no vemos las miles de sombras que se esconden detrás de las fábulas de una razón que nos asfixia en todo sentido. Por eso, es necesario reivindicar el humanismo, ese marxismo radical que es la base que sustenta el régimen popular y soberano. Es necesaria la búsqueda de una ruta, que es gradual, para el desarrollo de un modelo que evite los vicios y las expresiones brutales del neoliberalismo. Pero a veces aplicamos políticas neoliberales que militan a favor de la liberalización y apertura del mercado de capitales o de consumo que compone el sistema comercial global mientras al mismo tiempo los países desarrollados bloquean nuestras exportaciones con determinados impuestos, tasas o aranceles. Realmente en nuestra región redujimos la gravitación del sector público en la economía, el rol del régimen en cuanto a las políticas desarrollistas y desmantelamos las organizaciones gubernamentales que componen el sector público (con la desaparición de las políticas sociales hacia los más necesitados) pero en los países del centro del sistema comercial globalizado, aún hoy el régimen interviene decididamente en la economía especialmente en tiempos de crisis. Esto sucede, en última instancia, porque el neoliberalismo no puede ser consecuente consigo mismo toda vez que sus ejecutores tienen apenas un saber fragmentado, parcial, bastante esquematizado y muy especializado que atenta contra el bienestar de los trabajadores. Atenta contra los intereses de la mayoría porque a través de ese saber ellos no pueden juzgar libremente el motivo, las circunstancias ni el sentido de las cosas, del sufrimiento, los sentimientos y los ideales y valores de los sectores populares. En ellos existe una gran imperfección porque ese saber fragmentado, su virtud, su relativismo, objetivismo y especialización les impide alcanzar la plena libertad ética e intelectual del hombre completo. Los defectos más abominables de los tecnócratas son sus sentidos por lo que son incapaces de ver un nuevo ideal, ver el mundo y las vivencias de otros por estar atrapados en una pequeña burbuja que es su mundo, su entorno y su realidad parcializada y virtual. Su realidad es solo eso y su conocimiento los conduce a la muerte prematura de toda solidaridad social, de toda conciencia que sea mínimamente progresista porque las decisiones fundamentales solo tienen como meta la acumulación y concentración del capital. Actúan así, en el sentido de la defensa de los beneficios e intereses de las corporaciones con

todas las implicancias que conlleva. Por ejemplo, el hecho de que el régimen con su estructura social, política, económica y jurídica esté moldeado por la lógica económica en beneficio de los intereses globales nos conduce a una ideologización del proceso económico, de sus políticas, paradigmas, tesis y creencias lo que implica caer otra vez en el economicismo pero ahora desde una visión de derecha vernácula y no desde el marxismo. Ahora, al igual que en el marxismo de los ortodoxos, lo económico está por encima de todo y de todos. Incluso por sobre la vida. Esa es la fuente de la moderna alienación que produce la razón de los neoliberales y que se sustenta en el principio jerárquico del derecho a la propiedad privada. Esta es la fuente de la razón que en el campo de las ciencias se pretende con una verdad absoluta. Esa es la razón por la que el régimen se retira de muchas funciones y roles que le correspondieron en otro momento histórico.⁸

Esa es la fuente de la centralización del poder en cuanto al control de las relaciones económicas dominantes y del desplazamiento de las instancias de decisión política del Congreso Nacional hacia las instancias monetarias y financieras del gobierno central. Esa reorganización política y administrativa corresponde a un cambio de naturaleza de los mecanismos privilegiados de la regulación económica. Se constituyen dos condiciones y políticas básicas del funcionamiento de ese régimen de acumulación en nuestros países durante la década de los '90, es decir, el control de los procesos inflacionarios y una inserción más compleja de nuestras economías en los circuitos financieros globales que confieren a los mecanismos de gestión monetaria del sector público un rol fundamental en la regulación económica. La descabellada concentración del poder de gestión en los tecnócratas hace viable, en algunos casos determinados, la aplicación de reformas orientadas a la estabilidad de las monedas locales y el ajuste de las diversas tasas de cambio lo que facilita una más equilibrada gestión de la balanza de pagos. Esta transformación en la lógica de las políticas económicas nos conducen al desmantelamiento de las redes tradicionales de clientelas incrustadas en el sector público desde el período del desarrollismo que contribuyen de esta manera al surgir de otro tipo de régimen (neoliberal) fundado en lo político en el ejercicio sistemático de la violencia y prepotencia del régimen como respuesta más viable a las

⁸ La internalización del capital productivo desde los países de avanzada a los periféricos implica, desde la estrategia neoliberal, otras modalidades de intervención pública que a partir de mediados de los '70 conduce a una redefinición de las relaciones económicas, políticas, sociales e incluso culturales. El modelo neoliberal gravita alrededor de la idea del desprendimiento de muchas funciones del régimen anterior que se traduce en las políticas de privatizaciones, desregulación de los mercados y descentralización política con el manifiesto fin de favorecer los intereses del capital contra los de la fuerza del trabajo.

demandas y reivindicaciones de los trabajadores por más justas que éstas sean. Esto último conduce a muchos trabajadores a caer en poder de esa élite tecnocrática que vía represión primero y luego a través de métodos un poco más refinados de dominio y control hacen de los movimientos populares simples organizaciones que pierden el mejor sentido de muchos paradigmas. Esta frustración, ante el avance del neoliberalismo y su lógica, transforma a muchos en partidarios acérrimos de una cultura de domesticación donde las mayorías pierden su ser más perfecto, poderoso, triunfante y lleno de gozo para retroceder a un estado de hombres más débiles que son humillados por los detentadores del poder.

Estas transformaciones son el primer paso hacia una nueva definición de las formas y los espacios del respectivo poder del régimen político y del capital en la regulación de las relaciones sociales expresándose a través de la instauración de un modelo de gestión de la fuerza laboral caracterizado por la complementariedad entre la disciplina global, impuesta a nivel del mercado de trabajo por el Estado a través del régimen, y la libertad de explotación que reina al interior de las fábricas. Son estos elementos los que nos permiten entender el rígido control del Estado sobre las relaciones sociales instituidas entre los dueños del capital, los patronos y la fuerza de trabajo, expresada a través de las negociaciones directas sobre el monto de los salarios a través de los mecanismos provistos por el régimen político. Se trata de una esencial condición de vialidad de una política de reducción de costos y concentración de la propiedad. Detrás de ese proceso de definición de las formas en que se expresa el poder del régimen político y del capital existe una nueva razón instrumental acorde con el desarrollo de este proceso de control. En otras palabras, encontramos otras razones que al ser neoliberales se compone de una lógica muy violenta, reaccionaria y perjudicial para los intereses de los trabajadores desde el momento en que la idea del mercado como mercado global, totalitario, aristócrata y único, es capaz de desatar las fuerzas más reaccionarias del propio liberalismo económico. Entonces, el neoliberalismo es el gran adversario y también por eso aparece la ansiada resistencia, que en muchos casos derivó en un cambio fundamental del régimen político a favor del radicalismo pero que también puede derivar es una estrategia sin fuerzas y sin vocación de poder. Es a partir de estos defectos que esa resistencia es catalogada como irracional y favorece a los dominantes. En este caso, la resistencia se convierte en arbitraria y utópica pero lo que muchos olvidan es que ésta deriva también de las malas condiciones de vida, de la pobreza, de la percepción real de los sectores medios que su vida es deprimente y que se caracteriza además por ser víctima de la tremenda agresividad del mercado. Esa agresividad simplemente se manifiesta en cada uno de los problemas de la región. El mercado no cumple su función y por lo mismo Latinoamérica es

un caso histórico y concreto del gran fracaso del capitalismo pero también de la resistencia de los gobiernos populares. En el neoliberalismo, producto de su concepción ideológica que gira sobre la idea de los *amigos- enemigos* que es la base de defensa de la primacía del derecho a la propiedad privada y de la consiguiente violación de los derechos humanos, cualquier afirmación de un valor propio implica de hecho la negación del valor del adversario porque al imputárseles a éstos un valor absoluto declaran a los adversarios como un no- valor, es decir, como valor relativo que tiene que combatirse a través del absolutismo del régimen político y los paradigmas neoliberales. Se trata de tres graves negaciones que acusan intenciones de venganza y de castigo:

- a) En primer lugar, la negación del utopismo y del mesianismo, es decir, al querer solucionar todos los problemas que surgen bajo la égida del neoliberalismo, son realmente impotentes porque las consecuencias de sus acciones en el ámbito político, social y económico, en verdad no son resueltas dadas las características del régimen. Recrean un utopismo que se pretende realista. De esa manera, niegan el utopismo a pesar de que son los primeros utopistas. Además, de esa manera obstaculizan, por las mismas características de su utopía, la resolución racional de los asuntos socialmente más importantes.
- b) En segundo lugar, está la negación del intervencionismo del sector público en el ámbito de la economía, del desarrollo y el crecimiento. En ese sentido, quieren evitar el intervencionismo del régimen y éste se vuelve absoluto porque sus movimientos absolutistas buscan controlar el mundo de los negocios a través de la represión pero también a través de métodos mucho más sutiles como la tecnología o el saber que así está al servicio de sus propios intereses como sector dominante. También, a través de métodos un poco más toscos, amenazan la supervivencia de los trabajadores.
- c) Finalmente, y relacionado con los puntos anteriores, si bien los grupos neoliberales reniegan del terrorismo en todas sus formas también lo reivindicán, es decir, al querer combatir el terrorismo de los sectores fundamentalistas ellos, al mismo tiempo, crean un terrorismo de Estado que supera tanto cuantitativa como cualitativamente el terrorismo que dicen combatir. Así, cuánto más decididamente dicen combatir al terrorismo más terroristas se vuelven los antiterroristas.

A través de estas tres negaciones se construye un proceso político que destruye paulatinamente, sin descanso, los derechos humanos. Dado que el mercado bajo el yugo neoliberal quita automáticamente a grupos humanos enteros la posibilidad concreta de la vida, estos marginados y excluidos se presentan como no completamente humanos, es decir, como enemigos. En realidad, pasa que el mercado solo deja a algunos la posibilidad de realizarse como personas y sujetos de provecho al tiempo que les quita la posibilidad a otros, a las mayorías que son todos los que viven de un salario. El mercado es convertido en el principio fundamental de todo realismo mientras que el objetivo las técnicas sociales consiste en debilitar y destruir todos los grupos de interés, movimientos, agrupaciones o partidos, sindicatos y organismos que reivindican los valores y la cultura popular. Buscan destruir todos esos grupos simplemente porque se oponen a los dictados del automatismo de los mercados. Lo que da al mercado su característica totalitaria es precisamente la *tautologización del automatismo del mercado* y su transformación en un proceso de desarrollo de relaciones mercantiles como única respuesta a la resistencia, la crisis y sus resoluciones. La institución del mercado llega a ser la sede de la perfección en una globalidad que no es capaz de alcanzar todos sus sueños y esperanzas, sus objetivos y metas de grandeza por la resistencia del enemigo. Por eso, el mercado es defendido a toda costa aún al precio de violentar los derechos humanos. Aparece el pensamiento dual y reaccionario: ellos o nosotros, caos u orden, retraso o desarrollo. La tesis de la ideología del mercado no tiene ningún contenido concreto sino más bien metafórico porque, al emanciparse de la realidad e incluso de la historia del hombre, ya no tiene nada que ver con ella. El mercado totalitario, en su representación del automatismo del mercado, es una gran utopía como lo son todas y cada una de las ideologías totalizadoras pero que por muchos no es vista como tal sino como realidad única e inmutable. Cuando uno, cediendo a las presiones de los dominantes, reconoce ese sentido realista de la utopía neoliberal es considerado por fin, por las organizaciones que son representativas de la acumulación privada de capitales, como un intelectual, un pragmático y un académico mucho más equilibrado que desde ahora se encuentra al servicio de un conjunto de verdades que no tienen nada que ver con el humanismo. El racionalismo neoliberal no resuelve nada por lo menos no a favor de los trabajadores y sus intereses. No soluciona ninguna cuestión porque va contra cualquier humanización de las relaciones del hombre. En realidad, solo es capaz de radicalizar los conflictos alrededor de la exclusión desembocando en el nihilismo porque no se puede ser hombre sin tener las posibilidades concretas de la existencia y experiencia. Ser hombre implica y presupone las condiciones materiales de la vida. En otras palabras, solo podemos asegurar la vigencia de los derechos humanos si a todos los hombres se les conceden

las condiciones materiales de esa vida más digna. Esto implica un conflicto con la razón neoliberal y con su orden estructurado en base al mercado como mecanismo central de regulación. La negación de la razón de los neoliberales se transforma así en un pensamiento que es vivificante y a su vez plétórico de alegorías porque niega el autoritarismo y coloca la dignidad como prioridad elemental.

Definitivamente hay que desconfiar e incluso denunciar, con todos los posibles recursos de los que disponemos, los diagnósticos simplistas de los neoliberales porque todos ellos están cubiertos de un gran manto de engaño. Por eso, los grandes acontecimientos de la historia, las transformaciones, las revoluciones y traiciones, los triunfos y las derrotas, los procesos evolutivos o reaccionarios, las convierten en anécdotas y proclaman el fin de la historia y el inicio del conformismo que significa aceptar racionalmente los dogmas del capitalismo como régimen de acumulación, producción y de distribución. Pero al tiempo que se consolida el conformismo también surge la lucha, la movilización, los paros y reivindicaciones. Las teorías del neoliberalismo no hacen más que esconder, detrás de un velo misterioso, oscuro y reaccionario, una profunda sed de poder, dominio y control absoluto donde la democracia no tiene ningún valor a menos que sea capaz de tender los conductos y canales para el desarrollo y la expansión ilimitada del capital, de los intereses de los mismos, es decir, de los beneficios dominantes, de los aristócratas de la represión, la vigilancia y la reacción.

El reformismo más cercano a la socialdemocracia no tiene éxito en la solución de los problemas que afectan a los hombres como trabajadores, los que viven de un jornal. Simplemente porque poco a poco y crisis tras crisis cede derechos y conquistas del trabajador (conseguidas con sangre y fuego, motines, revoluciones y guerras pero también con integración e idealismo) a favor de los sectores financieros y especulativos que controlan las estructuras del régimen político. Son los trabajadores las primeras víctimas de los ajustes y constantes crisis que periódicamente afectan las estructuras neoliberales. Entonces, si hablamos en términos de un régimen que busque la superación de la explotación del hombre por el hombre a través de la primacía de los intereses de la acumulación privada del capital por sobre los intereses de la fuerza de trabajo, el reformismo como fin no es viable porque se sustenta en el liberalismo económico. La falta de opciones políticas es endémica porque los trabajadores de los países donde perdura el neoliberalismo- a diferencia de muchos de sus homólogos de los países con regímenes populares- no son lo suficientemente fuertes aún para convertirse en eje y núcleo directriz de los cambios sociales necesarios para acabar con la reacción de los grupos de interés concentrados. Las reformas y políticas propuestas por esos regímenes, más en los tiempos de crisis, atestiguan la impotencia de sus trabajadores, la

falta de capacidad y compromiso con valores y una ética que busque mejorar en verdad las condiciones de vida de las mayorías. ¿Por qué tendrían que cambiar los regímenes socialdemócratas si son presentados como un ejemplo del desarrollo en todos los ámbitos? Precisamente tienen que cambiar porque ese desarrollo, todas las conquistas que el trabajador de esa región del mundo en su momento supieron conseguir, cedieron frente a la verdad y paradigmas neoliberales. Así, el futuro no tiene nada que ver con el reformismo como un fin mismo, de hecho, el capitalismo es un gran fiasco a nivel latinoamericano pero también a nivel global y todo régimen que insista en su defensa tarde o temprano caerá víctima de sus propios errores. La única posible evolución en términos políticos se relaciona con ser capaces de imponer el radicalismo que con sus reformas estructurales y complejas (en las maneras de expresión de la cultura y valores populares) busca conservar, defender y profundizar las conquistas de los trabajadores alcanzadas en los frentes de batalla para luego crear y reivindicar otros derechos. El reformismo como fin mismo, como una estrategia política de crecimiento y desarrollo, se destruye así misma porque una cosa es hacer del capitalismo un régimen un poco más racional y justo (y por lo mismo mucho más estable) y otra es luchar por imponer otras formas de convivencia y comunicación entre los hombres. Los marxistas ortodoxos encontraron una forma simple de resolver esta cuestión proponiendo hacer la revolución sobre la base del Manifiesto Comunista pero evadiendo, una vez más, los detalles molestos de la transición política. El proceso de transición se construye a través del reformismo radical que no pretende ser la corriente del futuro sino simplemente la única esperanza y una necesidad histórica porque mientras más se posponen las transformaciones más se nos niega la posibilidad de acabar con los dramas heredados del neoliberalismo.

Después de tantas fallas, tantas disyuntivas y antinomias no resueltas, luego de tantos factores, circunstancias, hechos, consecuencias y después de tanto fallecimiento, el humanismo tiene que poner fin a los conceptos usados por el optimismo vulgar. Cada vez tenemos menos motivos para usar esos términos y metáforas, fábulas y preceptos engañosos y cada vez necesitamos más los preceptos lógicos, las verdades socialmente generadas por la mayoría para elaborar un proceso de transición política, de cambios democráticos profundos. Solo los charlatanes y los políticamente alienados por sus propios intereses necesitan de ideas tan absurdas como el optimismo o el pesimismo porque estos términos, al igual que todos los conceptos de los dominantes, dan valor a intereses particulares que defienden las necesidades de los clanes familiares dominantes y su cosmovisión de la vida y la realidad. Ese régimen neoliberal, empequeñecido en sus funciones, vengativo y naturalmente falso, es una bestia solo comparable con las grandes frustraciones políticas que delegan las responsabilidades y el rol histórico del trabajador, como clase

revolucionaria, en pocas manos que solo velan por sus intereses. Todo el régimen desarrollista, su lógica y conquistas logradas a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, fue aplastado por los neoliberales que incluso, como todo cambio de régimen, logró transformar también las relaciones entre los hombres. Al igual que en Latinoamérica, el régimen benefactor empieza a mostrar todas sus deficiencias en los países centrales, es decir, en Estados Unidos, en Japón y en Europa occidental a partir de la década de los '70 que es cuando el neoliberalismo empieza su ofensiva global para resolver la crisis generada por la caída de la tasa de ganancia del capital. Sin embargo, finalmente, el reformismo como final no es capaz de resolver un nuevo problema que se le presenta que es la cuestión de los excluidos y de los marginados que exponencialmente son cada vez más numerosos.

El tema de los incluidos y excluidos de los beneficios sociales por todos generados data de tiempos inmemorables. Este tema viene de la época en que el Estado capitalista brota y destruye a su paso todos los fundamentos políticos, culturales, sociales y económicos en los que se basó el feudalismo arrasando con cualquier vestigio que se opusiera al incremento del capital en manos de la naciente burguesía. Ahora, este proceso es más notorio, es más profundo y descabellado porque el neoliberal es más profundo, descabellado y reaccionario. ¿Cómo impactan las transformaciones en el propio mundo del trabajo debido a la concentración del capital, tanto en el sector que depende de las transnacionales, que tienen la más alta rentabilidad y poder de presión e imposición, como en las empresas más pequeñas, las pequeñas y medianas de capitales mayormente nacionales? Lo que vemos es que con cada crisis del neoliberalismo cae proporcionalmente el empleo pero también el cambio en el mercado de trabajo (en aquellos países donde se consolidan regímenes nacionales, soberanos y populares) esos mismos regímenes favorecen a los trabajadores haciéndole frente a las crisis a través de la producción nacional, a través de la búsqueda de recursos internos, ahorros e inversión y apostando a la estabilidad en el empleo en general a través de la producción basada en mayor demanda de bienes nacionales en nuestro mercado interno. En ese sentido, a pesar de las crisis del neoliberalismo, los países que se rigen por regímenes populares, inclusivos y soberanos logran mantener y hasta mejorar el salario de los trabajadores haciéndose realidad también la recuperación de algunos derechos y conquistas que en su momento el neoliberalismo robó. La importancia de recuperar el empleo, los salarios y su poder adquisitivo es que estas políticas nos permiten recuperar algún grado de protagonismo sindical que favorece a los trabajadores representados en éstos. Es en ese ámbito que los regímenes más radicales luchan a favor de una mejor distribución de la riqueza porque una consecuencia, de las más reaccionarias del régimen neoliberal fue precisamente producir un fuerte proceso de subcontratación y

tercerización del trabajo a través de empresas, sectores y grupos de interés concentrados. Los países con gobiernos populares deben trabajar a favor de la economía de la producción, que además genera empleo, y en contra de la desregulación y del *dejar hacer* en beneficio de los sectores financieros y especulativos. Todavía hay mucho para hacer en materia de infraestructura pero la estrategia de estos países es enfrentar las crisis negando la idea de los ajustes porque así fortalecen la demanda agregada, el consumo, la inversión pública, privada y el ahorro que son todas políticas generadoras de empleo. Los regímenes populares en momentos de crisis del neoliberalismo, crisis que cada vez más recurrentes, desarrollan su acción a partir de tres políticas macroeconómicas fundamentales a saber: la fiscal, con los resultados que buscan un superávit extraordinario, la cambiaria que tiene que ver con el valor competitivo de la moneda nacional y, en el mismo nivel, las políticas de ingresos que defienden el poder adquisitivo de los salarios, la protección social y la defensa del empleo. Mientras los regímenes populares buscan desentenderse de la herencia neoliberal combatiéndola con todos sus bríos, los países donde aún perdura la reacción se refuerzan los paradigmas y las teorías del neoliberalismo a expensas de los intereses del trabajador y a favor del capital, de su tasa media de ganancia y su concentración cada vez en menos manos. En estos últimos países nos encontramos en un proceso de gran transformación, una impresionante concentración del capital, del poder político, la miseria y la degeneración que conlleva. En ese sentido, veamos lo que dice Marx sobre este tema fundamental del desarrollo del capitalismo:

“...Como la demanda de trabajo no está determinada por el volumen del capital global, sino por su parte constitutiva variable, ésta decrece progresivamente a medida que se acrecienta el capital global, en vez de aumentar proporcionalmente al incremento de éste, tal como antes suponíamos. Esa demanda disminuye con relación a la magnitud del capital global, y en progresión acelerada con respecto al incremento de dicha magnitud. Al incrementarse el capital global, en efecto, aumenta también su parte constitutiva variable, o sea la fuerza de trabajo que incorpora, pero en proporción constantemente decreciente. Los intervalos en que la acumulación opera como mero ensanchamiento de la producción sobre una base técnica dada, se acortan.

Para absorber un número adicional de obreros de una magnitud dada, o incluso- a causa de la metamorfosis constante del capital antiguo- para mantener ocupados a los que ya estaban en funciones, no solo requiere una acumulación de capital global acelerada en progresión creciente; esta acumulación y concentración crecientes, a su vez, se convierten en fuente de nuevos cambios en la composición del capital o promueven una disminución

nuevamente acelerada de su parte constitutiva variable con respecto a la constante.

Esa disminución relativa de su parte constitutiva variable, acelerada con el crecimiento del capital global y acelerada en proporción mayor que el propio crecimiento de éste, aparece por otra parte, a la inversa, como un incremento absoluto de la población obrera que siempre es más rápido que el del capital variable o que el de los medios que permiten ocupar a aquella.

La acumulación capitalista produce de manera constante antes bien, y precisamente en proporción a su energía y a su volumen, una población obrera relativamente excedentaria, esto es, excesiva para las necesidades medias de valoración del capital y por tanto superfluas... Pero si la sobrepoblación obrera es el producto necesario de la acumulación o del desarrollo de la riqueza sobre una base capitalista, esta sobrepoblación se convierte, a su vez, en palanca de la acumulación capitalista, e incluso a condición de existencia del modo capitalista de producción. Constituye un ejército industrial de reserva a disposición del capital, que le pertenece a éste tan absolutamente como si lo hubiera criado a sus expensas”

Del texto anterior se desprende que nos encontramos en una fase de acomodamiento y concentración del capital de tal magnitud que el proceso nos conduce, si continúa por sus cauces actuales, a la formación de una gran federación de comercio de empresas transnacionales, es decir, de una mayor concentración del capital y de la propiedad al interior del sistema comercial global que desde ahora se nos presenta como un imperio nunca antes visto ni soñado por los grandes aspirantes a dictadores. No nos engañemos, así como el capitalista en un primer momento de la historia (cuando su sistema social y político recién está pariendo, cuando recién corta el cordón umbilical que lo ligaba al feudalismo) negó la propiedad de los medios de producción a los artesanos y campesinos convirtiéndolos en proletariados, al tiempo que en un segundo momento expropia a los pequeños capitalistas. En palabras de Marx:

“... El modo capitalista de producción y de apropiación y por tanto de la propiedad capitalista de producción, es la primera negación de la propiedad privada individual, fundada en el trabajo propio. La negación de la propiedad capitalista se produce por sí misma, con la necesidad de un proceso natural. Es la negación de la negación. Esta restaura la propiedad individual, pero sobre el fundamento de la conquista alcanzada por la era capitalista: la cooperación de trabajadores libres y su propiedad colectiva sobre la tierra y sobre los medios de producción producidos por el trabajo humano”

Además, Marx nos dice:

“...La propiedad privada erigida a fuerza de trabajo propio; fundada, por así decirlo, en la consubstanciación entre el individuo laborante independiente, aislado, y sus condiciones de trabajo, es desplazada por la propiedad privada capitalista, que reposa en la explotación del trabajo ajeno, aunque formalmente libre. No bien ese proceso de transformación ha descompuesto suficientemente, en profundidad y extensión, la vieja sociedad; no bien los trabajadores se han convertido en proletarios y sus condiciones de trabajo en capital; no bien el modo de producción capitalista puede andar ya sin andaderas, asumen una nueva forma de socialización ulterior del trabajo y la transformación ulterior de la tierra y de otros medios de producción en medios de producción socialmente explotados, y por ende en medios de producción colectivos, y asume también una mera forma, por consiguiente, la expropiación ulterior de los propietarios privados.

El que debe ahora ser expropiado no es ya el trabajador que labora por su cuenta, sino el capitalista que explota a muchos trabajadores. Esta expropiación se lleva a cabo por medio de la acción de las propias leyes inmanentes de la producción capitalista, por medio de la concentración de los capitales. Cada capitalista liquida a muchos otros. Paralelamente a esa concentración, o a la expropiación de muchos capitalistas por pocos, se desarrollan en escala cada vez amplia la forma cooperativa del proceso laboral, la aplicación tecnológica consciente de la ciencia, la explotación colectiva... Con la disminución constante en el número de los magnates capitalistas que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de trastrocamiento, se acrecienta la masa de miseria, de la opresión, de la servidumbre, de la degeneración... Ya no se trata de una concentración simple de los medios de producción y del comando sobre el trabajo, idéntica a la acumulación. Es una concentración de capitales, ya formados, la abolición de la autonomía individual, la expropiación del capitalista por el capitalista, la transformación de muchos capitales menores en pocos capitalistas mayores... Si el capital se dilata aquí, controlado por una mano, hasta convertirse en una gran masa, es porque allí lo pierden muchas manos.”

Quise citar estos párrafos de Marx porque ahí el autor nos describe, de manera bien clara, como el Estado capitalista desde siempre milita a favor de la concentración del capital, es decir, de la propiedad, la plusvalía, de la suba de la tasa media de ganancia a expensas de los trabajadores y a favor de los beneficios del sistema que inclusive se expanden contra los intereses de los

capitales más pequeños. Por ejemplo, a través de una fuerte concentración de la propiedad que decididamente va contra la supervivencia de los pequeños empresarios, que vía proletarización, engrosar ahora la clase de desposeídos en relación a la propiedad de los medios de producción. La gravedad de lo anterior, en la actual coyuntura política, es que son las pequeñas y medianas empresas las que más empleo generan, las que invierten sus ahorros y sus capitales al interior del país, en los mercados internos y por eso son centrales en la planificación de un proyecto de desarrollo que beneficie a las mayorías. Por supuesto, en este y en cada tema los neoliberales se hacen los distraídos.

Hegemonía y contrahegemonía.

La batalla por la hegemonía cultural fue ganada, al menos hasta hace unos pocos años, por el neoliberalismo y sus dogmas de manera que la vida se hizo mucho más odiosa e infinitamente más cruel. A partir de la primacía de la hegemonía neoliberal aparecieron algunos fenómenos evidentes como la degradación de la vida social, el predominio de una lógica que reivindica el individualismo más extremo, el egoísmo de los sujetos y la sustitución de la política y sus definiciones, todo por una administración protagonizada por los tecnócratas, que derivará en una tecnocracia altamente reaccionaria, y la gestión del cuerpo y bienes producidos por el trabajador que transforman la vida democrática en un mercado en que la libertad es responsabilidad y remite a la ideología del automatismo del mercado. En estas circunstancias, también hubo una profunda transformación de la conciencia e imaginarios de la época destronando los valores de la solidaridad de clase y la cultura del trabajo en favor de la especulación y el ocio de los dominantes. Se trató de acabar de una buena vez con toda esa cultura del igualitarismo, de la justicia social y hasta de la profundización de los aspectos democráticos del régimen. En el proceso ayudó la caída final de los socialismos reales que no supieron ni quisieron gestionar, con vistas a una profunda resolución, las principales contradicciones de semejante régimen. En concreto, el neoliberalismo como régimen al servicio y en favor de unos cuantos, como hegemonía cultural, fue y sigue siendo una gigantesca apuesta cultural, política, económica, social e ideológica que busca e intenta con todos sus medios conquistar el espíritu de los trabajadores definiendo la gramática del sentido común. Entonces, parece que es bastante utópico creer que la hegemonía que alcanzó lo hizo sin la complicidad de la industria del espectáculo y de la información altamente concentrada en unas pocas corporaciones mediáticas. O sea, sin culturalizar la vida política de acuerdo a su particular visión de la vida y la realidad que le entregó, una vez terminada la dictadura de seguridad nacional e impuesta las necesidades de la democratización, un rol protagónico al realismo político

para en ese nuevo contexto seguir gozando de los privilegios de un Estado capitalista. Primó, hasta hoy en algunos países que no logran desembarazarse del neoliberalismo, la idea que la gobernabilidad y racionalidad del régimen tendría que ir de acuerdo a lo que ellos definen como políticamente correcto, es decir, sin alterar en profundidad las reglas de una economía impuesta por la fuerza de las bayonetas y del terrorismo de Estado. Esto no impide que sigan apelando al consenso cuando no es posible el diálogo con los propios trabajadores sin que éstos tengan que renunciar a sus derechos históricos. Sin embargo, el capitalismo, creación del espíritu humano al fin y al cabo, no es ajeno a las pasiones, a las debilidades de los hombres y sus organizaciones, al combate y lucha de clases. El error fue creernos que con el neoliberalismo llegada el final de la historia, de los tumultos y de las revoluciones. ¿Con qué derecho pretende hablarnos del fin de la historia y de las ideologías, de una nunca provada guerra entre civilizaciones y del triunfo, definitivo y fatal, del reinado de la mercancía bajo sus términos? ¿Con qué derecho pretenden que nos conformemos a una vida de mediocridad cuando el porvenir nos depara, en la medida en que luchemos, modos de vida más justos y democráticos'?

Son esos grupos los que aman el oro como el dios Mercurio. Y aman aún el placer, como ese Júpiter tenorio cuyas amorosas aventuras conoció el monte Ida. Pero, odian al hombre, sus necesidades, su espíritu y su vida. Por eso, con la aparición y el diseño de la división de clases, tiempo después, sus creencias toman partido por el privilegio de la minoría. Acentuada la división de clases, de cada uno de los estamentos y sectores, definieron el concepto de la ética y se la vinculó con la fe en una nueva razón que les serviría como auxiliar decisivo para proteger la ley, las normas y el régimen político por ellos establecido. Con su razón le dan otro ímpetu a sus normas de conducta impuestas siempre contra la mayoría. Ahora lejos queda la cultura y la moral que desprecia los dogmas y la ética tibia y benevolente que nada tiene que decirnos de las necesidades y urgencias de los hombres. El evangelio de los neoliberales, al igual que todas las concepciones ideológicas de los sectores dominantes, de igual manera que la casta de los primeros hombres, de igual manera que los griegos y los romanos, de igual manera que la dúctil religión de muchos creyentes, debió llegar y llegó también- malogrado el empeño y el esfuerzo de los mejores hombres que prácticamente actuaron en soledad- a la fatal y poco digna condición de mercancía de los trabajadores que ahora son destinados a conservar el interés de monarcas y príncipes absolutistas. En ese aspecto, el neoliberalismo como régimen político que busca reivindicar el Estado capitalista, es el exponente más alto de ese empeño por suministrar a los dominantes los valores negativos que favorecen las exigencias políticas de los centros globales del poder e intereses con ellos asociados. Retocaron la filosofía y el saber de los hombres y triunfaron con una clase por lo menos

durante un buen tiempo. Llega el momento que les toca retroceder pero en el camino nos dejan la inquisición y las persecuciones, barbaras y sangrientas, en que se convierte el código penal bajo la forma de las actuaciones de esos grupos. Los dominantes, con sus tecnócratas, finanzas y su especulación, se habían convertido en los señores de la guerra, en los propietarios de feudos y corporaciones pero también de nuestros valores. De igual manera hoy (visto lo actuado por el neoliberal a través de la historia) no saben como reaccionar frente a los desafíos y circunstancias que el mundo urgentemente les reclama. Están teóricamente imposibilitados para emprender por cuenta propia otra vez la conquista de la mayoría. Pero, no porque no tengan la energía o los recursos para lanzarse en semejante empresa, de gran magnitud, sino porque ya son cada vez menos los que les creen. Simplemente estoy hablando de la *contrahegemonía* de los trabajadores en acción. La mitología de sus verdades se revela ante multitudes que ya no están dispuestas a ser evangelizadas por sus dogmas. Buscan volver a unir, sin restricciones de ninguna especie, el poder espiritual y temporal, pero el tiempo histórico les pasó por encima de manera omnimoda, imprescriptible y absoluta. Ahora los detentadores de los recursos y la riqueza material se quedan sin sus razones, sin valores ni lógica. Por eso, en fin, las instituciones neoliberales hoy están imposibilitadas de poder coadyugar en la consolidación del régimen que siempre los reivindicó como privilegiados. Para las corporaciones la idea de régimen depende en exclusiva de sus intereses privados acostumbrados a traducir el sentido de las cosas y su voracidad de ganancia que supieron construir durante décadas a través de una agenda pública a la medida de sus intereses. De ahí la reacción.

Lo que los mortifica es que su norte utópico no puede ir más allá de proclamar la idea de edificar una república virtuosa que no toque un sistema económico, amparado en los preceptos del automatismo de los mercados, que implica la proliferación de la acumulación privada de capitales sin cuestionar los efectos políticos y sociales más graves del neoliberalismo como lo es la exclusión, la marginación y el empobrecimiento general de los que viven de su trabajo. Simplemente creyeron que la historia se cerraba junto con el desvanecimiento de las ideologías contrarias a sus modos de vida y que ahora se trataba de sentarse en la mesa del consenso, allí donde nada decisivo se podía discutir ni criticar con espíritu de modificar el curso de las cosas. Y como se equivocaron respecto al fin de la historia, que implica el final del conflicto de clase bajo el predominio de los privilegios propios aún le temen, como si fuera el peor pecado, a los antagonismos. Los gobiernos populares- y esto más allá de sus límites como gobierno- se supone que inexorablemente rompen con la lógica, la inercia, la despolitización y desmovilización de los trabajadores que significa en la práctica el fin de la historia acabando, de una vez por todas, con las múltiples certezas de los dominantes en el sentido de la

eternidad del Estado capitalista. En ese contexto, los gobiernos populares, que plantean una contrahegemonía respecto a los valores dominantes, abren las puertas a una significativa recuperación del espacio público yendo a contracorriente de la tendencia privatizadora que prevalece en el mundo a pesar de las crisis del sistema comercial global. Es a esa anomalía inesperada de los regímenes populares, a su eficacia y eficiencia en la mayoría de los aspectos que hacen al colectivo social, a los que temen los dominantes y por ello reaccionan con una fuerza sorprendente, dando batalla por la hegemonía cultural que es la base y sustento de cualquier proyecto político, en todos los frentes en que se expresa la lucha por la hegemonía. Los factores de poder dominantes insisten entonces con sus falsas expresiones que intentan una vez más hegemonizar la opinión pública con un discurso crítico que en lo central asocia la presencia, la injerencia y la participación del sector público en la economía como un fuerte avasallamiento al sector privado. Pero, más allá de cualquier reacción, esas expresiones carecen de aval jurídico, económico e inclusive de racionalidad política.

Estos factores de poder, que se expresan a través de los intereses de las grandes corporaciones, en realidad insisten en una visión del automatismo de los mercados que por su propia definición atenta contra cualquier proyecto de desarrollo del mercado, consumo y ahorro interno que busque la inclusión del trabajador en un contexto de crecimiento, igualdad y oportunidades reales para todos. Visualizan al sector público como el enemigo a combatir porque precisamente es éste quien milita contra el más libre de los mercados a través de regulaciones, de diverso tipo, que en el contexto de regímenes populares, se define a partir del bien común. El sector público es así el gran problema a resolver. Desde ese enfoque, que defiende el automatismo de los mercados y que por ende está directamente asociado con los programas y políticas de los neoliberales, el sector público debería ser reducido a su mínima expresión, ya que su injerencia en la economía sería contraria al desarrollo equilibrado, económico, político y social, de nuestro país. Sin embargo, a pesar de todo, la experiencia histórica e incluso las estadísticas, a las que tan afectos son los factores de poder dominantes, una vez más vienen en nuestro auxilio para demostrarnos, vía la misma experiencia histórica de nuestros pueblos, que los regímenes nacionales, populares e inclusivos auspician un bienestar que el neoliberalismo está lejos de alcanzar con sus dogmas. De todas maneras, en la lucha contra la hegemonía de los neoliberales, tiene que preocuparnos la discrecionalidad política con la que operan para defender sus granjerías y privilegios de clase. En realidad, la única posibilidad de alcanzar un camino de crecimiento económico equilibrado, que favorezca los intereses de todos los sujetos y actores involucrados en éste, con perspectiva de liberación y de soberanía nacional, es a partir de una fuerte alianza entre los empresarios

nacionales, de pequeña y mediana escala, el sector público y los actores y organizaciones que son expresión genuina del movimiento obrero organizado y de la cultura popular en general. Esto significa que el régimen en general se involucra en la búsqueda del bien a partir de un programa de desarrollo basado en tecnología conveniente y en la gestión ampliamente democrática del trabajador como sujeto social protagonista. De ahí, la importancia de contar con plena libertad de información. Es un derecho, es una necesidad y primera reivindicación del pueblo y por lo tanto es una tarea colectiva que mejora la gestión democrática de la agenda pública. Es la contrahegemonía del trabajador la que está en alza a expensas de los neoliberales porque la reconstrucción económica, política y social que se produce con la venida de los regímenes populares es resultado de una mayor intervención del sector público y de los actores representativos de la cultura popular en la defensa de intereses comunes.

La mayor intervención del sector público en el ámbito de la economía y en la definición del propio sistema productivo, orientado al sector externo o interno, de la producción de bienes con valor agregado o la dependencia de las materias primas, la definición del tipo de cambio de la moneda nacional, entre otros tantos factores que definen la matriz productiva, es un reaseguro en la continuidad del proceso de reivindicación y defensa de los intereses de los trabajadores en el contexto en que esa intervención se da bajo gobiernos de gestión democrática. De ahí que bajo estos gobiernos debería haber un aumento constante de la inversión pública que permite la construcción de la infraestructura necesaria para el crecimiento y el desarrollo económico y social, pero además para el aumento de la demanda agregada, necesario para que las empresas vendan más para de esa manera tener un fuerte incentivo en la inversión productiva. En esas circunstancias, el crecimiento de la inversión hecha por el sector público es la que permite y acompaña el aumento de la inversión hecha por el sector privado. El mismo fenómeno se da en relación con la política social en que se compromete ese gobierno. Ese compromiso político se expresa en la seguridad social, en proyectos productivos, en microcréditos para actores económicos que por sus características les resulta muy difícil acceder al crédito bancario clásico, inversión en infraestructura y en múltiples cooperativas de trabajo que así son especialmente protegidas. Ello bajo el convencimiento de que al darles recursos a los sectores que son más vulnerables económica y socialmente hablando a su vez se protege e intensifica la economía desde el momento en que estas políticas del régimen consolida el trabajo, la producción y aumenta por esa vía el consumo que permite a las empresas y comerciantes vender más que en los períodos de contracción de la economía. En estos ejemplos de inversión productiva e infraestructura, que además implica la construcción de rutas, caminos y la

mejoría de las comunicaciones en general, se observa que el mejor socio para las empresas y los intereses privados es un sector público que en coalición con las organizaciones populares, proyecta el crecimiento y el desarrollo equilibrado de la economía y del sistema productivo. En este contexto, y a pesar de las ventajas de un régimen popular que reivindica el desarrollo de la producción nacional, que va en beneficio de los trabajadores, los dominantes- que no tienen ningún interés en el desarrollo nacional y que solo les importan sus intereses corporativos que responden a la lógica de los centros globales del poder más concentrado- militan en favor de una visión decididamente anti desarrollista que entienden al sector público como tremendo obstáculo al desarrollo. En términos económicos, desarticular este paradigma sobre el rol que le corresponde al sector público es una de las principales disputas políticas y culturales para reforzar una contrahegemonía y por lo tanto un importante desafío a llevar por delante en el sentido de que el gobierno popular tiene que demostrar en los hechos la eficiencia y la eficacia de sus medidas respecto de las neoliberales. Consolidar, reforzar y profundizar el modelo de industrialización con inclusión social es el desafío.

Otra vez se nos plantea la vida como una lucha por la supervivencia, por derechos y necesidades de los trabajadores, que busca reivindicar el bien común, contra el interés de la minoría que contradicen las políticas inclusivas a través del desarrollo de la producción nacional. Esa batalla, les guste o no a las élites, es la más alta culminación de la escala animal y del equilibrio que nos conduce al ser genérico, ese ser libre y autónomo que resiste la acción destructora de la fuerza, los valores y conceptos antagónicos. Es la unidad específica del hombre en la naturaleza, concierto prodigioso de millones de conciencias que danzan al son de la libertad, unidas y hermanadas por el vínculo solidario y supremo de buscar el bien común. Es también una lucha por adaptarse y cambiar una realidad que no puede perdurar. Y luchamos, con todos los medios a nuestro alcance, por vencer y asimilar las mejores lecciones que nos deja el combate. Sin embargo, esa ley universal, de la vida como una lucha por la primacía de unos intereses contra otros, bajo ningún aspecto puede justificar la doctrina de los campeones de la fuerza, del poder y la presión. Es la movilización activa pero no violenta de los trabajadores, actuando siempre como mayorías, la que necesariamente tiene que primar. Por ejemplo, las hipótesis de Marx no nos conducen a la aristocracia, el autoritarismo o a la guerra sino que, antes bien, conducen a la paz y gestión democrática de los trabajadores. Lo que estoy diciendo es que el marxismo, en cuanto se refiere a las manifestaciones jurídicas, políticas, económicas, artísticas, sociales y religiosas de los pueblos, es una concepción ideológica de la vida y del régimen desde el que se infiere, antes que el sometimiento de unos por otros, antes que la guerra como condición primaria e inexorable de

la vida, la mejor fórmula de la armonía de los hombres, la simbiosis política, social, cultural y mejor fórmula democracia. La *contrahegemonía* planteada por el marxismo es un cambio de cultura que se gesta cotidianamente. Es el principio y el final de un ciclo mientras se van gestando nuevos desafíos para los sectores populares. Las peleas intestinas interminables que papelón tras papelón protagonizan los representantes de la cultura dominante, que muchas veces no logran ponerse de acuerdo en una alternativa política al cambio porque simplemente no les queda otra que seguir defendiendo lo viejo y lo crítico, ese neoliberalismo que no es una real alternativa, son la gráfica de la descomposición política de un régimen y eventualmente de un Estado que no da para más. Esto implica la extinción de un modo de hacer política en base a la tecnocracia y la formalidad de los derechos. En estas circunstancias, la descomposición final de esas formas de acción política afecta de lleno en los dominantes pero apenas roza con su mal olor a los sectores populares porque ellos sostienen formas políticas alternativas de gobernabilidad. El gobierno popular entonces es la expresión más acabada y en desarrollo del cambio de paradigma en la concepción política de los trabajadores. Por eso, su proyecto es rebelde, plebeyo y desprejuiciado, prudente o temerario de acuerdo a las circunstancias, insolente y arquetipo de otros espacios que construye su lugar en el mundo junto al pueblo, con el que se aman, sin estar dependiendo de otros. Los sectores dominantes, en tanto, se muestran timoratos, dependiente del afuera que los circunda, están desesperados, fuertemente reaccionarios y militarizados como profetas del odio. Pero, entendamos que su militarismo, en sus múltiples manifestaciones, no es nada más que un signo y sería un error teórico de proporciones tomar ese signo por la cosa significada. La cosa significada en este caso son los ingentes intereses materiales de los sectores dominantes y sus élites que estructuran una forma cierta de ver el mundo, la realidad y la vida. Los *ingentes intereses materiales* acumulados por una exigua minoría que los controla, los detenta y aprovecha en perjuicio de una mejor idea de la humanidad. Por obra de esos intereses que constituyen un sistema comercial que ya es globalizado y estructurado a partir de normas impuestas por los países desarrollados (que a través de leyes mediatizadas controlan la lógica de los intercambios entre países) los demás pueblos, los estructuralmente dependientes, son sometidos a una constante contienda de tarifas, con coacciones y amenazas, con engaños, con acuerdos y equilibrios, en cuyo arte la diplomacia está al servicio de las oscilaciones bursátiles y de la voluntad de los que controlan la globalidad en términos neoliberales.

Se plantea la interrogante que tiene que ver con el cómo esos sectores dominantes a nivel local, con sus élites gobernantes que responden al interés y formas de vida de los centros globales del poder, pierden paulatinamente la hegemonía que sostiene los elementos del estatus político que perduraron

desde la época de la independencia. Pasó que el régimen nacional y popular se hizo parte de la realidad a partir de la construcción de una importante contrahegemonía que ya no acepta un régimen que somete a las mayorías en nombre de los intereses de las minorías. Por eso, están en descomposición no solo dirigentes y líderes conservadores, los que reivindican el neoliberalismo a pesar de todo, que no tienen siquiera la altura moral de revisar el accionar que les correspondió como conductores de un proceso político altamente excluyente, que nos trajo crisis, angustias, pobreza y marginalidad, sino que también lo que se descompone es el neoliberalismo al que ellos de todas maneras buscaron aferrarse ideológicamente. Y como no se desmarcaron a tiempo, se hunden estrepitosamente con él para así no hacerse responsable de los dramas y consecuencias sociales, fuertemente dramáticas y humanas, que dejan como herencia. Mientras tanto, el tiempo es una categoría política para los gobiernos nacionales y populares en el sentido que buscaron recuperar el tiempo histórico perdido e inauguraron obras y construyeron otros derechos para los que viven humildemente con su única posesión, su fuerza de trabajo. Pero hay algo más valioso que es la construcción de una nueva memoria que se presenta como basamento de una contrahegemonía que gestiona poder de los trabajadores. Es lo que conocemos como el arte de las posibilidades de cambios en favor de los intereses mayoritarios. Y gobernar es erigirse como pueblo autónomo y soberano, independiente de intereses foráneos, esos que se dicen dueños del destino, del presente, de nuestro pasado y de la historia. Gobernar es dejar de dictar de la manera insensata y sin cordura típica de los sectores dominantes que solo nos condenaron, con sus aptitudes, a una vida de carestía. Gobernar es formar trabajadores con conciencia, bien solidarios y comunitarios, es confirmar la alegoría de la mayoría respetando e integrando inclusive a esa minoría que desde siempre busca acaparar la riqueza por todos producida. Gobernar es terminar con los vicios de un régimen político feudal, decrépito y caduco desde todos los puntos de vista. Es corregir e innovar, es depurar a los trabajadores de valores creados y sostenidos por los dominantes para solventar racionalmente una hegemonía que solo esclaviza y pretende vernos apenas como una agregación de personas con intereses individuales, racionales y egoístas.

Gobernar es pensar en nuevas formas de conducción de la política, es pensar en un régimen democrático mucho más profundo de los que pretende el reformismo político con su concepción, reaccionaria e interesada, de una democracia formal, esa que se refiere a la función electoral exclusivamente. La *governabilidad de los regímenes populares*, ampliamente inclusivos en lo social, no puede reivindicar las nociones de la formalidad de los neoliberales porque la democracia, más allá de la hegemonía que pretenden solventar por los siglos de los siglos los sectores dominantes, es una concepción general de

la vida, del derecho de los trabajadores que se refiere a un proceso mucho más universal de civilidad que busca la realización concreta de ideales que conduzcan a un destino más solemne, a mejores conductas y a un proyecto político que rectifica el pasado en función de las necesidades del presente y las expectativas del futuro. La democracia no puede conformarse con la mera función electoral porque en esas circunstancias se desnaturaliza incluso el sufragio que es el único concepto que es aceptable del reformismo político y sus diversas incapacidades estructurales. Lo que digo es que la concepción de la democracia como simple función electoral y no más allá de eso, postura típica del reformismo más estéril, contiene todavía increíbles inexactitudes sobre la soberanía popular como fundamento de la libertad del sufragio y que se relaciona con que ese mismo fundamento es un mito. En otras palabras, la soberanía popular en la democracia popular que concibo no es idéntica a la que implica la concepción democrática solo como función representativa y electoral. Mientras esta última está siempre condenada a la tecnocracia más voluble, al verbalismo en boca de los charlatanes, la democracia popular, muy por el contrario, se hace efectiva en la medida en que los trabajadores puedan fundar una contrahegemonía que plantee nuevos valores, una ética humana, en la manera en que la mayoría se capacite en el pensamiento y en la acción política redentora que así plantea una soberanía popular a partir de la autonomía en todos los ámbitos para hacer realidad la satisfacción de las necesidades de todos. Gobernar es acabar con la tragedia de los que ven como primordial la acumulación privada de los capitales.

La democracia, la igualdad y el autoritarismo.

Es odiosa la historia de Chile, nuestro país largo y bien angosto, como también es odiosa la historia de Latinoamérica también larga y estrecha en ideas y valores por lo menos desde el inicio del proceso de independencia hasta finales del siglo XX, un período de casi doscientos años. Es odiosa la historia de nuestra región porque empieza con un gran, un terrorífico y no siempre bien condenado genocidio que cumplió quinientos años y un tiempo más. Es odiosa la historia de Latinoamérica porque es impresionante la forma en que actualmente a pesar de muchas cosas, a pesar de la profundización de la democracia, a pesar de declaraciones en favor de Estados pluriculturales y la reivindicación de la cultura de los indígenas, se continúa discriminando en todas sus formas a los grupos y sectores de trabajadores que descienden o son originarios de esos pueblos. Pobre de todos esos que tienen que arrastrar la pesada carga de una descendencia que los vincula a esos sectores y grupos de intereses, a esa lógica, a esas culturas originarias porque, simplemente, los dominantes no los tienen en cuenta bajo ninguna circunstancia. Los sectores

dominantes toman partido por los conquistadores de todas las nacionalidades que cruzaron los mares para dar nombre a todas las cosas, para construir otra lógica, una nueva racionalidad y otra cultura en defensa de esos intereses que son dominantes. Ese es precisamente el ideal de cualquier gran conquistador y hombre de fe: llegar a tierra vírgen de la influencia occidental e imponer su cultura, ideas, su concepción de la vida, de la muerte, del progreso o lo que se les ocurra. Este proceso, donde se conjugan más de quinientos años de colonización cultural y política con falta de perspectivas y valores nacionales de los grupos dirigentes y no participación del trabajador como conjunto, como clase de asalariados, nos explican en gran parte cómo es posible que doscientos años después, desde la independencia para acá, no hayan sido suficientes para conquistar la soberanía de Latinoamérica. En primer lugar, el tema tiene que ver con la formación y características de la élite gobernante. En concreto, ese poder republicano surgido de los procesos de independencia de nuestros pueblos, allá por el 1810, definitivamente quedó en manos de los criollos rebeldes pero no se desparramó hacia los otros sectores sociales que fueron estigmatizados por la marginalidad, por la pobreza o la raza. Con toda la claridad posible en su momento lo dijo Simón Bolívar en su discurso de Angostura en 1819 cuando señaló:

“El poder en las nuevas repúblicas quedaba en manos de una aristocracia de rango, de empleos y de riquezas que aunque hablan de libertad y de garantías, es para ellos solos que las quieren y no para el pueblo”

Bolívar estimó con la mayor certeza que la independencia nos trajo la ansiada libertad pero no la necesaria igualdad. Cruel y destructiva como fue la conquista española en nada se quedan atrás las campañas racistas de los nuevos regímenes republicanos de Bulnes en Chile o de Roca en Argentina. Más humanistas y mucho más protectores en varios sentidos fue el régimen imperial de España que el régimen político hispanoamericano liberal. No sin razón, Emiliano Zapata, en Méjico, fundó su revolución agraria en cédulas concedidas a las comunidades por Carlos V. Desde esa perspectiva, el pueblo si bien como mayoría es fundamental y protagonista en la lucha y revueltas que llevaron a la conformación de los primeros gobiernos patrios, una vez conquistada la independencia fueron otra vez usados por las élites y grupos nacionales gobernantes en propio provecho. Además, desde siempre esos sectores socialmente dominantes a nivel local son clases, grupos de interés y corporaciones muy dependientes, inclusive desde el punto de vista político e ideológico, de las clases dominantes de los países centrales. Así, esos grupos dominantes en Latinoamérica se caracterizan increíblemente por hacer de

cada teoría política proveniente del centro del poder globalizado, una idea totalitaria que defienden con todas sus fuerzas a pesar que en la generalidad de los casos representan las banderas del formalismo y de la reacción en la lucha política por la primacía. De esta tendencia en los círculos dominantes nos convertimos a su debido tiempo y de acuerdo a la época histórica, en fanáticos liberales (ya sean democráticos u oligárquicos), nos convertimos en proteccionistas, en monetaristas, keynesianos, neoliberales y hasta socialistas y cuanto istmo se convirtió en dominante en los países desarrollados. Con una gran dosis de fanatismo, sin libertad de pensamiento y con una increíble servidumbre del intelecto van por la vida como si nada. Hasta el movimiento de emancipación de nuestros pueblos tienen un impulso decisivo a partir de hechos europeos como la revolución francesa, las invasiones de Napoleón a España, el antagonismo multiseccular en Inglaterra y las logias masónicas.

Cuando se planteó la necesidad de construir un régimen libertario, que fuera sustento estratégico, político e ideológico de esa conquista, ignorando toda realidad interna, esas mismas clases dominantes dirigieron sus miradas a Estados Unidos como modelo para forjar las instituciones políticas de una América que ya no era española. Para construir el futuro, sufrimos hasta hoy el peso de esta decisión, de este ideal y esta conquista tanto en términos materiales como culturales, ideológicos y políticos. También aprendimos hace bastante tiempo que nuestra cultura particular en la que intentamos profundizar para construir nuestro sentido de la política, de la libertad y de la dignidad, existe una determinada forma de relacionarnos y concebir al resto de los hombres para desde ahí insistir en nuestros propios símbolos, marcas e iconografías que, ya sean asimiladas o impuestas, son representaciones de una verdad que confiere una dimensión emblemática a nuestras formas de vivir, de amar, de sufrir, luchar, movilizarnos y de ocultar nuestra impotencia (cuando nos supera la necesidad e imposibilidad de desarrollar una estrategia política viable, soberana y popular de acuerdo a nuestra especificidad como países o región) detrás de ciertas máscaras y estereotipos. Entonces, no es extraño que esos sectores gobernantes, que son representantes de la minoría y surgidos de esa primera y temprana independencia de la metrópolis española, se basaran ideológicamente en las ideas del liberalismo venido del antiguo continente que desgraciadamente no era para nada democrático a pesar de postular, en la teoría pero nunca en la práctica, las ideas de la igualdad, de la fraternidad y libertad. Si consideramos seriamente la teoría política de este período, vemos como algunos de sus autores no eran muy democráticos que digamos pero que sí cumplieron y fueron funcionales al nuevo régimen que emergía desde las entrañas del feudalismo. Por cierto, fueron maestros de los futuros dictadores de toda estirpe. Tenemos así como ejemplo la contribución de Hobbes que en el *Leviatán* intenta salvarnos de la guerra de todos contra

todos o el *Panóptico* de Jeremy Bentham que es una construcción planeada por el autor para hacer realidad el más antiguo e innoble anhelo de poder, es decir, que un solo ojo, bien alerta, oblicuo y tiránico, tan omnipresente como invisible a las miradas de los indiscretos, sea capaz de vigilar las acciones de millones de hombres. En su *Panóptico*, ideal del régimen político neoliberal, vigilar se entiende de manera burda. Se entiende como ejercicio atemorizante que, a través del conducto del temor y hasta del horror, evita toda conducta contra la moral y contra la ética de los dominantes para que los detentadores del poder puedan seguir defendiendo las siniestras ventajas materiales y espirituales que poseen. Ventajas que se relacionan así con estar capacitados, gracias al conturbenio que los liga a los sectores del poder, a ejecutar en la práctica sus ideales.

En relación a los autores del liberalismo que son más democrático como Rousseau, idealista por excelencia, hay que decir que usó sus propias debilidades y lagunas teóricas para intentar luchar contra la corrupción del régimen político dominante en su época. Pero, estas lagunas teóricas solo le permitieron lamentarse de la corrupción y no luchar contra ésta. Se lamentó de la decadencia del régimen que verá como una funesta consecuencia de la civilización. Pero, de pronto esa amargura se alivia y piensa en la búsqueda de alternativas para esos males que inexorablemente según el autor llevaban a la sociedad a la condena y oscuridad eterna. Desde este particular punto de vista, en la obra de Rousseau encontramos una profunda preocupación por la realidad vivida (la de su época) y por la necesidad de defender principios que tomaran al hombre tal cual es según estableció en su *Contrato social*. En su obra, que le dio un lugar en la historia de la ciencia, vemos cómo el autor desarrolla ciertos principios que resultan obligadamente abstractos porque la idea siempre fue sentar las bases de circulación de lo que él entendió como el buen gobierno. Pero el ginebrino pierde de vista su horizonte porque termina desarrollando un régimen basado en apariencias. Así cuando Rousseau se pregunta cuál es el mejor sistema de gobierno (siguiendo a Montesquieu) responde que tiene que ver con la dependencia de ciertos factores como el clima o la población, las costumbres o la extensión del territorio. Muy a su pesar, Rousseau termina cayendo en la fosa de la utopía política aunque este hecho no le quita el lugar que le corresponde en el pedestal de los teóricos de la política. Pedestal al que otros no tienen derecho porque su obra, que se encarna en la historia y en la vida de su época, es por lo menos una utopía de pretensiones realista porque la ciudad de Rousseau, es decir, el modelo político planteado por el ginebrino a través del *Contrato Social*, aún en antiguas instituciones y organizaciones políticas idealizadas por el autor por la necesidad de un sentimiento profundo en relación a la ciudad- Estado, o sea, la polis grecorromana. Sin embargo, al mismo tiempo plantea que el

pueblo legisla reunido en la asamblea y se hace responsable de su futuro pero principalmente de su presente. Si analizamos la génesis de estos profundos cambios y sentimientos, vemos que tiene la osadía incluso de presentar ante la Europa ilustrada, la de los más grandes Estados nacionales, un ideal pero principalmente un modo de convivencia entre los hombres en términos de una polis que hace frente a la tendencia inexorable de centralización política, social y económica. Definiendo al hombre como ser organizado e interesado en las causas y el origen de las cosas y la relación con el placer, nos dice que el mejor gobierno se opone al modelo nacional y federal que él asocia a la burocratización de la monarquía, al estatismo de las relaciones humanas y a la corrupción de los antiguos valores en favor de los intereses mercantiles. La polis es un ideal donde prevalecen los valores anteriores al capitalismo, a la mercantilización de las relaciones sociales y así es un grito y un llamado de atención frente a lo que se viene en relación a la nueva hegemonía de los burgueses revolucionarios de su época.

La polis de Rousseau es un intento heroico pero utópico por frenar la marcha histórica del Estado capitalista de producción, de distribución y de circulación de las riquezas y bienes y servicios en general. Se trata de frenar la marcha del Estado capitalista para preservar, en su inocencia, a todos esos pueblos que todavía no se subieron a la locomotora del modo capitalista de producción. Además, la frontera de demarcación en el siglo de las luces y del iluminismo entre por ejemplo Rousseau y los Enciclopedistas queda trazada por su defensa de un mundo realmente antagónico al planteado por aquellos. Es decir, desde Locke los teóricos del liberalismo se agruparon detrás de la propuesta de la libertad como bandera política máxima bajo la que subyace una defensa a ultranza de la propiedad privada asociando ésta a la libertad del hombre. En cambio Rousseau, a expensa de estos liberales, es ferviente partidario de una polis autosuficiente donde la ética y la moral desplaza los valores del mercantilismo. La polis en Rousseau es un régimen igualitario donde todos tienen las herramientas que les permiten satisfacer necesidades básicas sin la dependencia de terceros. Va incluso más lejos y denuncia a la propiedad privada en su obra *Discurso sobre el origen de la desigualdad*. Su genialidad en esta obra descansa en la condena del régimen de su tiempo. Es Locke y no Rousseau el que busca armonizar los postulados y los paradigmas del derecho natural con la existencia de un sector social desprovisto de todos los medios de vida. Lo que Locke legitima en su *Ensayo sobre el gobierno civil* es la propiedad privada ilimitada de modo que de ahora en más los derechos del Estado capitalista están científica y racionalmente ponderados y justificados. Desde esta perspectiva, las consecuencias nefastas del mundo y del Estado capitalista carecen de interés moral y así no se busca modificar nada porque la justificación racional de este régimen parió definitivamente.

La tarea de Rousseau consiste en un enfrentamiento por un lado entre esta legitimidad y por otro la legitimidad ilimitada de la propiedad. Entonces, el ginebrino busca desnudarla, denunciarla y desmontarla. El significado de su obra es no buscar una igualdad inalcanzable, utópica y falsamente concebida, sino establecer parámetros mínimos realistas:

... “que ningún ciudadano sea lo suficientemente rico para poder comprar la vida de otro ni que ninguno sea tan increíblemente necesitado para venderse”...

El desarrollo de sus teorías se fundamentó no en el *igualitarismo absoluto*- porque en verdad el autor no aspiró a un comunismo de bienes materiales- sino más bien reclama un régimen político que provea los medios de producción y de subsistencia básicos para todos los ciudadanos de su polis. Son los principios de la igualdad de oportunidades de todos y para todos, que aún hoy no puede ser una realidad, porque un régimen que aspire a la *igualdad de oportunidades entre los hombres* y que favorezca la puja distributiva a favor de los trabajadores, necesariamente tiene que combatir la lógica capitalista del Estado sobre el que en principio sustenta sus acciones y políticas públicas. Es el proceso de *fetichización de las mercancías* la base material- ideológica sobre la que se sustenta la neutralidad y objetividad del Estado y del régimen en relación a la acumulación privada del capital, es decir, del Estado como garante de última instancia de la relación capitalista de producción. Relación además formada por el trabajador y la clase patronal que se viculan entre sí a través de una supuesta igualdad ante la ley que Marx nos la describe magistralmente a través del siguiente texto en *El Capital*:

“Dejando a un lado los límites sumamente elásticos, como vemos, de la naturaleza del intercambio mercantil no se desprende límite alguno de la jornada laboral, y por lo tanto límite alguno de plustrabajo. El capitalista, cuando procura prolongar lo más posible la jornada laboral y convertir, si puede, una jornada laboral en dos, reafirma su derecho en cuanto comprador. Por otra parte, la naturaleza específica de la mercancía vendida trae aparejado un límite al consumo que de la misma hace el comprador, y el obrero reafirma su derecho como vendedor cuando procura reducir la jornada laboral a determinada magnitud. Tiene lugar aquí, pues, una antinomia: derecho contra derecho, signados ambos de manera uniforme por la ley del intercambio mercantil. Entre derechos iguales decide la fuerza. Y de esta suerte, en la historia de la producción capitalista la reglamentación de la jornada laboral se presenta como lucha en torno a los

límites de dicha jornada, una lucha entre el capitalista colectivo, esto es, la clase de los capitalistas, y el obrero colectivo, o sea la clase obrera”.

En el derecho contra el derecho, la antinomia que se produce y que nos describe Marx nos plantea que el Estado capitalista no es neutral sino más bien es constitutivo de la dominación y el control por parte de los hombres siempre sedientos de capital y sangre del trabajador porque estos hombres, representantes y defensores de los intereses dominantes, si por ellos fuera *“del intercambio mercantil no se desprendería límite alguno de la jornada laboral, y por tanto, límite alguno del plustrabajo”*. Sin embargo, cuando la acción política se debate en la hora crucial, cuando los trabajadores empiezan a hacerse con las estructuras del poder de decisión, desnudando la red de traficantes de mentiras y de fábulas que operan en defensa de las élites, las nuevas verdades junto al pueblo vuelan libres hacia otros horizontes. A partir de las nuevas directrices y conceptos impuestos por el sistema comercial global, a través de las normas mediatizadas, los países periféricos, es decir, los dependientes de los centros globales del poder, si pretenden progresar y crecer deberán someterse a reglas de un régimen de intercambios comerciales globales de característica neoliberal, abierto al mundo; en estos términos significa someterse a los centros financieros que controlan las estructuras de esos intercambios. Significa abrirnos a esa globalidad que cuenta con sus designios superiores, con sus irracionalidades, crisis y contracciones. Esta definición bastante apretada de la apertura y sus consecuencias no difiere mucho de una conceptualización clásica de los que fueron los intercambios comerciales internacionales en los períodos anteriores a esta globalidad neoliberal. Cualquiera podría preguntarse cuál es la diferencia entre este tipo de comercio y el actual o que el solo hecho de que estas relaciones de intercambio hoy se cuelen por todos los rincones del planeta, globalizando absolutamente todo, es suficiente como diferenciación en relación a los sistemas comerciales internacionales anteriores. Pensar eso sería no tener en cuenta una cantidad de consideraciones que van más allá de los horizontes de sutiles análisis interesados, que son políticamente benevolentes respecto del racionalismo dominante porque lo que en fin distingue a este sistema comercial global de los anteriores, son las implicancias, las directrices, los dogmas y las consecuencias de este sistema sobre los regímenes nacionales. Con esta globalización tenemos cambios y consecuencias en las formas del empleo donde el sector servicios adquiere una dimensión muy importante, tenemos cambios en la composición del comercio global que implica un creciente deterioro en los términos del intercambio, transformaciones en el rol y en las asignaciones políticas de nuestros regímenes nacionales que conduce a la caída de los gastos corrientes del sector público, es decir, la

reducción del gasto público y cambios en los mecanismos de dominación de los países centrales sobre los periféricos.

Sucede así porque estamos frente a la formación de nuevos regímenes políticos, de una razón del capital más reaccionaria, elitista y excluyente. En ese sentido, el capitalismo latinoamericano del nuevo siglo, caracterizado por la modernización de lo tradicional, por la dependencia estructural que origina otro colonialismo, es distinto de ese que se impuso en los países centrales por las razones que ya vimos. Este hecho que le imprime características propias al régimen capitalista de nuestros pueblos, define sus roles, características, posibilidades y su tipo de inserción en el sistema comercial globalizado. Es así imperativo considerar las múltiples condicionantes, que se nos imponen desde el ámbito de lo externo, a través del funcionamiento de un sistema de intercambio global de bienes y servicios de todo tipo del que no somos más que otro eslabón de una larga cadena. Precisamente por eso, en los países que perdura el neoliberalismo a ultranza, vemos regímenes políticos que violan los más básicos derechos del hombre. Definitivamente, en esos regímenes políticos que perduran en la mayoría de los países centroamericanos- que históricamente son mucho más sometidos a los designios de Estados Unidos que los del sur de nuestra América- se violan los derechos humanos a través de nuevas modalidades y formas de dominación política, de definición del sentido, de la idea del bien, del mal y del ejercicio de una política sustentada ideológicamente por preceptos defendidos por las élites, de subordinación, lucecitas y espejitos de colores, de realidades pintarrajeadas que nos impiden ver el horizonte en su mejor y magnífico esplendor, ese esplendor mortal que desafía a los grupos dominantes. Violentan los derechos económicos porque ellos desconocen nuestras conquistas, derechos y necesidades consagrando al mismo tiempo el monopolio de las transnacionales dentro de sus mercados pretendiendo mostrarnos a éstas como base de un desarrollo que se perfila como posible pero que es una quimera. Violan también los derechos sociales porque el neoliberalismo se sustenta en falsas realidades, ideales y juicios de valor produciendo en cambio una gran masa de excluidos y marginados que no lograrán insertarse social, política y económicamente en la nueva realidad por las cualidades del mercado de trabajo y consumo. Todo eso a pesar de que el discurso oficial y dominante nos diga lo contrario para hacernos creer que nuestra descendencia, las generaciones venideras, tendrán algún futuro en el cual creer.

Visto así, la característica del subdesarrollo nos interpela a enunciar la distinción entre ese sistema comercial global, en los términos e intereses del neoliberalismo vigente y dominante pero en crisis, y el anterior sistema de intercambio comercial internacional. La distinción es su globalización con todas las consecuencias que ello implica. Esas consecuencias tienen que ver

en primer lugar con el deterioro de los términos del intercambio a favor de los países centrales y las transnacionales y contra los intereses del desarrollo soberano, popular y autónomo de los países de la periferia que se traduce en la caída de la calidad de vida de los trabajadores. Ahí, en la caída de nuestras formas y calidad de vida, en la pérdida de derechos, de la educación, la salud y nuestro poder adquisitivo, es donde mejor se ven las consecuencias de nuestra inserción subordinada en el sistema comercial global. Se expresa también en la implementación o no de ciertos planes y políticas económicas que se aplican como recetas milagrosas que solucionarían nuestros males pero que solo agravan nuestros dramas sociales, económicos y políticos. El FMI, con la soberbia inaudita que le caracteriza, aún después de las múltiples crisis de las que es directo responsable, aún después de la caída del empleo en el mundo, insiste en el ajuste con el beneplácito de la banca internacional. De hecho, las reformas que siempre plantea en el sistema financiero global, no alcanzan para cambiar las causas fundamentales de las crisis que tiene que ver con la lógica de las empresas financieras y especulativas que operan en esta globalidad. El problema es que por el poder de presión política que ejercen, su tamaño e intereses, se vuelve casi imposible (bajo la óptica de los dominantes) dejar que colapsen por el impacto devastador que tendría ese colapso sobre el conjunto del sistema comercial global. Precisamente porque son seis las grandes empresas financieras de Estados Unidos que aportan nada menos que el 60% del PBI de ese país, existe además una oligarquía financiera compuesta por esas mismas empresas. ¿Se imaginan entonces las consecuencias de la caída de éstas, las consecuencias para la economía de Estados Unidos y del mundo? El hecho de que no puedan caer, sin graves costos financieros y económicos, las vuelve (paradojas de las crisis) mucho más fuertes. Parece extraordinario entonces que esas empresas usen su fuerza económica para ejercer más presión y más poder político. Esto, además, es consecuencia de la implementación del neoliberalismo. Por ejemplo, en los años '90 esas empresas representaban solo el 20% del PBI de Estados Unidos contra el actual 60% que consolida la concentración de la propiedad, de la riqueza, la especulación, las crisis y desempleo. El problema es que hoy esas empresas siguen usando ese poder y esa presión política y económica para seguir con esos negocios y corriendo los mismos riesgos que nos llevan al desastre y al descalabro de las relaciones comerciales a nivel global. Así, las crisis no producen en ellas ningún gran cambio de actitud sobre sus negocios especulativos y financieros salvo los que tienen que ver con un más grande, más poderoso y resistente poder para evitar cualquier regulación que se les intenten imponer.

También se ve cómo detrás de este sistema comercial global existe una continua mercantilización de las relaciones humanas y una fuerte apertura a

los mercados externos de capitales que se traduce, en especial en los países menos desarrollados, en una lucha constante por ganar esos capitales y esos nuevos mercados a expensas de los trabajadores, a casi cualquier costo, como si esos capitales y esa inversión extranjera directa fuera en verdad el motor del desarrollo de nuestros países. Además, la lógica del sistema comercial global nos dice que hoy los intercambios comerciales se desenvuelven de manera más eficiente a través de la formación de grandes bloques regionales. En este contexto, nuestra región estuvo fuertemente comprometida en la construcción de esos grandes bloques regionales para intentar favorecer las exportaciones y el desarrollo. Por ejemplo, no olvidemos que en su momento el Mercosur fue planteado en estos términos, es decir, para resguardar cada uno de los intereses de la banca y de los sectores financieros y especulativos de las oligarquías de los países miembros y para asegurar la libre circulación de capitales y mercancías. Por eso, en su primera época caracterizada por los designios y el dominio neoliberales, el Mercosur fue un gran fiasco. De todas maneras, al respecto el caso más emblemático fue el Nafta, el acuerdo de libre comercio entre las dos grandes potencias del norte y Méjico. Después de este acuerdo empezó a gestarse desde el imperio otro que buscó una extensión planetaria y que en su forma legal y jurídica se presentó como un acuerdo de libre comercio de las Américas (el ALCA) que finalmente fue sepultado en Mar del Plata, Argentina. Para el ALCA y el Mercosur, solo por nombrar dos ejemplos, el eje rector de todo bloque comercial no tuvo nada que ver con el desarrollo, con la economía real ni menos con la producción para el consumo, el ahorro y la inversión interna sino que sus necesidades e intereses giraron alrededor de las ideas del mercado neoliberal globalizado corrompiéndose así cualquier necesidad y valores de los trabajadores.⁹

Por otro lado, nuestro retroceso político en los años '90 que estuvo relacionado directamente con la primacía del régimen neoliberal, fue para los dominantes una evolución porque la adopción del neoliberalismo significó una nueva expansión a nivel global de los capitales nacionales. Es decir, así como en la década de los '50 las corporaciones de Estados Unidos se abren al mundo en la búsqueda de nuevos mercados donde colocar su exceso de

⁹ El caso del ALCA es ilustrativo porque la lógica del automatismo del mercado en ese tratado en particular fue absoluta e intentó proseguir su marcha agresiva contra las fuerzas populares y de la producción nacional de la manera más radical posible. En el interín apareció la ansiada resistencia de los sindicatos, de las organizaciones de base, de grupos o partidos y finalmente de los regímenes que echaron por tierra las pretensiones hegemónicas e imperiales de Estados Unidos en ese ámbito en particular. Esta alianza de la reacción, que se expresó en este acuerdo de libre mercado que finalmente no fue, intentó reducir todas las relaciones sociales a relaciones de mercado para que una vez más las grandes corporaciones globales se hiciera con nuestros derechos.

producción, a partir de la revolución conservadora de Reagan en los Estados Unidos luego adoptada por Gran Bretaña y desde ahí al resto del mundo, se rompen con todas las barreras que el régimen benefactor produjo para, desde este otro contexto, acrecentar los capitales y el poder de esas corporaciones que controlan los medicamentos, el alimento, la energía, la salud y nuestras vidas. Veamos por ejemplo que nos dice Marx en relación a ese proceso de acrecentamiento del capital:

“El acrecentamiento del capital implica el incremento de su parte constitutiva variable, o sea de la que se convierte en fuerza de trabajo. Una parte del plusvalor transformado en pluscapital tiene que reconvertirse siempre en capital variable o fondo suplementario de trabajo. Si suponemos que, a condiciones en los demás iguales, la composición del capital se mantiene inalterada, esto es, que para poner en movimiento determinada masa de medios de producción o capital constante se requiere siempre la misma masa de fuerza de trabajo, es evidente que la demanda de trabajo y el fondo de subsistencia de los obreros crecerán en proporción al capital, y tanto más rápidamente cuando más rápidamente crezca éste. Como el capital produce anualmente un plusvalor, una parte del cual se suma cada año al capital original; como este incremento mismo se acrecienta todos los años con el volumen creciente del capital que ya está en funciones, y finalmente, como bajo un acicate particular del afán de enriquecerse-apertura, por ejemplo, de nuevos mercados, de esferas nuevas para la inversión de capital a causa de necesidades sociales recién desarrolladas, etc.- la escala de acumulación se puede ampliar súbitamente solo con variar la distribución del plusvalor o del subproducto en capital y rédito, cabe la posibilidad de que las necesidades de acumulación de capital sobrepujen el acrecentamiento de la fuerza de trabajo o del número de obreros, y de que la demanda de obreros supere su oferta, a raíz de lo cual los salarios pueden aumentar.”

Veamos ahora, para tener una mejor noción del párrafo anterior, que es lo que Marx entiende por el capital en su forma más íntegra, o sea, el capital orgánico:

“La composición del capital debe considerarse en dos sentidos. Con respecto al valor, esa composición se determina por la proporción en que el capital se divide en capital constante, o valor de los medios de producción, y capital variable o valor de la fuerza de trabajo, suma global de los salarios. En lo que atañe a la materia, a como funciona la misma en el proceso de producción, todo capital se divide en medios de producción y fuerza viva de

trabajo, composición que se determina por la proporción existente entre la masa de los medios de producción empleados, por una parte, y la cantidad de trabajo requerida para su empleo, por el otro. Denomino a la primera, composición del valor; a la segunda composición técnica del capital. Entre ambas existe una estrecha correlación. Para expresarla, denomino a la composición del valor del capital, en tanto se determina por la composición técnica del mismo y refleja las variaciones de ésta, composición orgánica del capital. Cuando se habla sin más ni más de la composición del capital, nos referimos siempre a su composición orgánica.

Los numerosos capitales singulares invertidos en determinado ramo de la producción, presentan una composición que difiere de unos a otros en mayor o menor medida. La media de sus componentes singulares nos da la composición del capital global en ese ramo de la producción. Finalmente, la media global de las composiciones medias de todos los ramos de la producción, arroja la composición del capital social de un país, y en lo sucesivo nos referiremos, en última instancia, únicamente a ésta última”

Finalmente, a expensas del dominio del régimen neoliberal y su libre mercado, expresado en el automatismo del mismo, se produce un importante giro en la concepción del desarrollo económico, político, social, cultural e ideológico (...) y en el rol y funciones que de ahora en adelante cumple el sector público al interior del régimen político para resguardar el crecimiento económico de nuestros pueblos.

El reformismo, el dogmatismo y la variable de las crisis.

Nacidos en el mismo ámbito y contexto histórico que el socialismo, el gremialismo obrero moderno y hasta el corporativismo surgían como activas manifestaciones del quehacer popular en el campo económico y social. A la zaga del pensamiento, las ideas e inteligencia venida de Europa, que influían considerablemente en Latinoamérica, nuestro continente recibe al socialismo como una ideología foránea y ajena. En tres eventos de importancia histórica, es decir, los sucesos del '48, la comuna del '71 y la represión de Bismarck, el socialismo de Europa ahondó en sus circunstancias acumulando experiencias políticas que ensancharon el campo de la teoría. Desde acá y siempre en el marco del socialismo europeo de fines del siglo XIX, hay que subrayar la sobresaliente actuación del socialismo alemán que produjo una amplia gama de parlamentarios, teóricos y hasta hombres de gobierno. Sin embargo, con el triunfo de la revolución de los bolcheviques esto da un vuelco con lo que el marxismo, en la práctica e incluso en la teoría, abandona muchos de sus tesis y postulados democráticos y retrocede paulatinamente pero sin pausas hacia

un dogma ortodoxo sustentado teóricamente por el leninismo y luego por el estalinismo. A partir de estos hechos particulares el marxismo se convierte en una religión, es decir, en una teología más o menos cerrada y dogmática de modo que los trabajadores bajo ese sistema se convierten una vez más en lacayos dotados del mayor ingenio para buscar los medios y estrategias que les permitieran evadirse del régimen represivo construido- y esto es lo más paradójico- en base a los ideales más humanistas y libertarios concebidos en la historia de la teoría y ciencia política de manera que se convirtió, para los creyentes, en un régimen político de fines últimos que dió sentido a la lucha y la vida. Además, ese régimen tuvo un carácter de normas y leyes absolutas a través de las que podía juzgarse los acontecimientos para desde ahí cambiar la realidad de las mayorías. Este carácter religioso y dogmático del marxismo ortodoxo, del leninismo o del estalinismo, es lo que nos explicó su éxito pero también su gran fracaso en los anales de la historia más reciente y paradójica. El uso de la acción política de la manera más fría y despiadada, de la manera más paciente para hacerse con el poder absolutista de los trabajadores y dirigentes que habían luchado a través de los soviets contra el zar del antiguo régimen, fue la realidad más contundente del nuevo orden establecido por los bolcheviques en esa Rusia que quiso ser revolucionaria. Fue también lo que pasó con el radicalismo en la vieja Europa y en especial en Rusia porque ese radicalismo no fue acompañado por el reformismo en el sentido de entender éste como estrategia en la que los trabajadores, como clase social, asumen el poder de decisión en el ámbito de los problemas nacionales y las posibles resoluciones expresadas a través de la agenda pública.

Es necesario que de nuestra pasión pueda hoy nacer otra opinión que indefectiblemente, como tal, se convierta y cristalice en paradigmas y ciertas convicciones que unifiquen y nos den la fuerza suficiente en la lucha por un régimen más democrático, es decir, paradigmas y convicciones en continuo movimiento. Adaptativas, es decir, que se adecuen a las nuevas realidades y que planteen el reformismo radical en su ruta a la dominación de manera que la bestia neoliberal se reduzca a cenizas mientras nosotros, liberados ya del yugo ignominioso de la reacción política, nos elevemos por sobre los dioses de los sectarios de toda calaña. La búsqueda y discusión de nuevos principios políticos en discusión son centrales para plantear esas propuestas. Las nuevas corrientes que conforman el campo de la acción política y la cultura popular tendrían que empezar por distinguir entre las circunstancias no elegidas por las personas, que están asociadas al lugar de pertenencia dentro del régimen político como, por ejemplo, su género, su raza o talentos y esas otras que son de su exclusiva responsabilidad como su disposición a asumir ciertos riesgos, a trabajar y capacitarse para intentar sostener política e ideológicamente las directrices de un régimen político humanista. Tenemos que acostumbrarnos a

honrar con nuestra conciencia, con nuestro apoyo y valor todos esos actos de personas, organizaciones y movimientos representativos de los trabajadores porque son organizaciones y movimientos humanizados en el sentido que sus actos son movilizados a favor de sentimientos más tiernos, que rebosan de amor y sacrificios de toda índole en provecho del prójimo. Hay que honrar a esas instituciones en todo tiempo y lugar porque con ello acrecentamos las convicciones y estimación por valores más humanos de manera que también podemos sacrificar parte de nuestra existencia en la imposición de esos valores más humanos y sociales. Los grandes batallones de la virtud, ese gran ejército de valerosos que atrae para sí las convicciones de todos a beneficio de un régimen humano, popular, nacional y soberano, de una causa mejor por la que se combate, es prioritario que se sostenga en acciones que procuren que la vida de los trabajadores no dependa de las circunstancias de la que los hombres no son responsables como el género o la condición social.

Solo bajo estas circunstancias podremos luchar contra esa democracia, típicamente neoliberal que se define a través de la mera participación política formal de los trabajadores y que es incapaz e insuficiente para consolidar los procesos democráticos. El trabajador no puede extraviar su rumbo político tomando una dirección cualquiera pero que es opuesta a la democracia social y política que le entrega la tremenda responsabilidad de decidir como sector mayoritario. Pero, más allá de las erradas concepciones teóricas, prácticas y estratégicas vinculadas al leninismo como germen del autoritarismo y por eso base de la derrota de los trabajadores, el marxismo no está agotado ni mucho menos. En ese sentido puedo decir que Marx indudablemente fue un teórico de peso y como tal hay que contemplarlo en su época. En esa vieja Europa, cuna de Carlos Marx, los dominantes- expresados en la naciente burguesía- alcanzan el cénit de sus realizaciones y obras. Era la época del materialismo mecanicista. La explotación de los obreros era sobrecogedora y así también el naciente mundo fabril era una realidad muy opresora para la mayoría. A partir de ahí, a través de sus primeras obras, Marx prometía el paraíso en la tierra, otro sentido de la vida, formas de existencia y convivencia entre los trabajadores donde se resolverán sus necesidades. De todas maneras, para él, socialismo nunca significó una estúpida revancha contra otras civilizaciones y se empeñó en dotarlo de un carácter profundamente democrático y además científico en oposición al socialismo utópico tan en boga por entonces. Marx tempranamente plantea el carácter democrático del socialismo porque éste se opone al elitismo y vanguardias políticas planteadas por sectores y corrientes de opinión que se dicen revolucionarias. Entonces, la convivencia política, el régimen, las organizaciones, partidos y los movimientos defensores de los intereses de los sectores que componen los trabajadores como clase y todas las cuestiones y problemas que son de carácter colectivos porque nos afectan

a todos y el régimen y sus acciones en su globalidad, son asuntos de todos, de un colectivo que busca realizar sus metas y objetivos de crecimiento, en cada ámbito, ampliando las oportunidades de los trabajadores en un proceso de lucha por la equidad y la distribución de la riqueza. El régimen tiene que cambiar abandonando teorías y principios que refuerzan el reformismo y el dogmatismo en perjuicio de los intereses de la mayoría. El régimen político tiene que cambiar para convertirse en un nuevo actor, con otros roles, para alterar en el nombre del pueblo, las condiciones y circunstancias históricas del neoliberalismo y construir un régimen en transición, reformista, radical, soberano y popular que sea capaz de regular el proceso de acumulación de capital, de proveer bienes y servicios públicos necesarios para el normal funcionamiento de los agentes económicos y de los actores políticos que aseguren a lo menos una mínima equidad en el reparto de los beneficios de la producción, que fomente el desarrollo científico, el crecimiento tecnológico (en términos de tecnología conveniente) y desde ahí contribuya a la adopción de otras directrices y estrategias más acordes con la vocación democrática y popular.

El régimen desde esta definición política y estratégica definitivamente invierte en los trabajadores, en sus razones, esperanzas y su futuro evaluando constantemente los hitos y las metas del desarrollo proveyendo no solo de los controles sino además de los incentivos que son necesarios para expandir la inclusión, la representación democrática y el desarrollo entendido como otra orientación en la distribución de los beneficios que favorezcan al trabajador como genuino productor de las riquezas. Ese régimen significa sumergirse en un proceso político, ideológico, económico, social y hasta cultural de nuevas posibilidades de poder en el largo proceso que nos conduce a la libertad. Significa interiorizar nuevos elementos esenciales y fundadores de otra razón menos dogmática y más humana. Sin embargo, los neoliberales se esfuerzan en su dominio, se esfuerzan por captar todas las culturas particulares de los pueblos a estos mercados y conducen, cual jinetes del apocalipsis, valientes y temerarios. La realidad (algo que tanto dicen venerar) al final nos dice que la mayor parte de las crisis políticas e institucionales se desarrollan en medio de crisis económicas por lo que la historia económica de los pueblos mostraría las relaciones que existen entre la estabilidad política de nuestros regímenes y el desarrollo económico del mismo. Pensemos solo un momento sobre lo ridículo y suicidas de nuestros regímenes políticos latinoamericanos durante, por ejemplo, la década de los '90. Pensemos sobre el neoliberalismo como la peor frustración de desarrollo. Así como los hombres son capaces de elevarse por otras rutas y senderos peligrosos y desafiantes para reírse de sus fatigas, crisis o de sus piernas vacilantes y temblorosas, también es capaz de profesar teorías y modos de vida vacíos de sentido y lógica hasta reivindicar incluso

concepciones de vida ajenas al bienestar de la mayoría como es precisamente el neoliberalismo. El punto es que las experiencias políticas más íntimas y radicales de nuestros pueblos nos torturan y se burlan de las mayorías porque la experiencia neoliberal nos lleva a constatar que las crisis económicas tienden a producir crisis políticas aunque el orden de la causalidad de estos problemas no está tan claramente definido si tenemos en cuenta que este no es un proceso mecánico, o sea, no siempre ocurre que una crisis económica derive en una crisis política o viceversa: la experiencia latinoamericana nos muestra que cerca del 90% de los países que devalúan sus monedas caen, en un plazo de no mayor a un año, en una profunda crisis institucional y política y desde esa nueva perspectiva las formas de dominación se hicieron mucho más represivas. Por lo mismo es necesario fortalecer un proyecto nacional de desarrollo que considere el crecimiento con equidad pero que considere también los aspectos institucionales, el consenso, la relación de fuerzas y la gobernabilidad como requisito de un proyecto de crecimiento sustentable. Por otro lado, si consideramos que Marx en tanto revolucionario predijo la desaparición del Estado capitalista, es decir, como régimen y organización política, económica y social y su reemplazo por el socialismo revolucionario y democrático, que traería el fin de la explotación de los hombres, que traería el fin del proceso de conversión de la fuerza del trabajo en simple mercancía, si consideramos también que tantas veces la izquierda- basada en una errónea interpretación de la realidad- predijo el fin del Estado capitalista, si tenemos en cuenta las múltiples crisis que el capitalismo logró sortear de una o de otra manera y si, en fin, tenemos en cuenta que el capitalismo incluso logró salir airoso y como único vencedor en relación a la Guerra Fría, entonces por lo menos tengo que concluir que éste tiene una capacidad de supervivencia y de regeneramiento de sus estructuras francamente admirables y formidables.

Frente a las restricciones y las formalidades, ante la hipocresía y las falsedades ideológicas y políticas del régimen político liberal del siglo XIX y principios del XX, los trabajadores latinoamericanos reaccionaron a través de la lucha por la ampliación de la legitimidad política restringida y formal que acompañó la construcción de otras representaciones políticas relacionadas con la forma de funcionamiento del régimen y del Estado, que conducirán a una nueva excitación del sentido e imaginación, de manera que se producen nuevos planteamientos teóricos y prácticos en relación a la democracia, la inclusión, movilización o participación igualitaria para los trabajadores. Por ejemplo, en Chile estos nuevos planteamientos teóricos, basados en la necesidad de conciliar el régimen con los avances en la democratización política- social, se vieron reflejados en la promulgación de parte del gobierno de Alessandri de la Constitución de 1925. En ésta se plasman algunas ideas básicas, más o menos avanzadas para la época, relativas a la formación de un

régimen más inclusivo con respecto al orden anterior que es heredero de las oligarquías venidas de la época de la independencia y de la formación del Estado nacional. Bolivia, en esta época, es el ejemplo de manual de una república oligárquica que lleva implícito la huella de un cambio que afecta a toda la región latinoamericana: dictaduras y oligarquías que son emisarias políticas de las fuerzas dominantes que, en relación a la gobernabilidad política, se muestran cada vez más obtusas, ineficientes y castigadas por la realidad porque cada vez es más patente que gobiernan desde afuera, desde las condicionantes que implican la militancia a favor de los intereses de los centros del poder global. En el período que es previo a la crisis de los '30, en Argentina, son los inmigrantes de origen europeo quienes transformarán gradualmente el mercado laboral. En la etapa que se inicia con esa crisis, la inmigración cambia de origen y a partir de ahora son los inmigrantes del interior profundo del país los que se suman a los esfuerzos para hacer crecer la economía nacional. Desde esta perspectiva, la imagen urbana del país empieza a transformarse porque el destino de esa inmigración interna son los centros urbanos especialmente Buenos Aires donde están las oportunidades. Esta transformación, derivada del impacto por la presencia y el ritmo de la inmigración interna, se hace más notoria en el sector de la industria donde los productos fabricados localmente empiezan a sustituir a los importados y así, en base a esta primera fase del proceso de sustitución de importaciones, la industria nacional logra crecer y expandirse.

El rol del régimen político significó entonces un impulso más decidido al crecimiento industrial a través de ciertas políticas públicas que buscaron favorecer el financiamiento del sector reservándose el mercado interno de consumo de bienes y servicios para sí. En ese contexto histórico, el proceso de industrialización argentino se reflejó en el incremento de ciertas áreas y sectores en los que se destacaron el caucho, el metal, los productos derivados del petróleo y hasta la producción de artefactos eléctricos, todos rubros que son propios de un régimen de cierta complejidad productiva. Esto significó que Argentina pudo cubrir determinada parte de sus necesidades de bienes de consumo final en sus mercados para posteriormente incluir la producción de bienes de consumo durables como los refrigeradores. En esa etapa anterior a la crisis internacional del '30, a pesar del desarrollo industrial, la agricultura mantuvo su predominio sobre el sector industrial y ganadero y no se pudo sortear los efectos más dramáticos de esa crisis internacional. En esos años, la agricultura produjo sus cambios más relevantes fuera del área de la pampa donde prosperaron los cultivos del algodón y ciertas actividades industriales como la producción de lácteos pero los productores rurales más pequeños, afectados severamente por la crisis, huyen a los centros urbanos que son más importantes engrosando las filas de la inmigración interna. Finalizada la

Segunda Guerra Mundial, la industrialización por fin tomará cierto ímpetu, un dinamismo necesario para mejorar la calidad de vida de los trabajadores donde los fondos de inversión, creados por el sector primario y exportador, son transferidos al sector industrial y manufacturero durante los primeros años de Perón en el poder. Ahí se producen las primeras fricciones porque, en definitiva, se busca la sustitución del *modelo primario-exportador*, que está vigente desde la Colonia, por un modelo de industrialización que viene a afectar importantes intereses de las élites gobernantes hasta entonces. El cambio de perspectiva significaba un cambio de régimen político y por lo tanto el reemplazo de una élite dominante y sus intereses por otra en ascenso, la elite capitalista e industrial. La industrialización primero fue una solución de emergencia impuesta por el conflicto bélico en Europa y Estados Unidos y las perturbaciones que siguieron en el comercio global. Sin embargo, con el retorno de la normalidad algunos sectores pensaron que Latinoamérica debía volver con todas sus fuerzas a las ventajas comparativas que en la región significaba insistir con la primacía y el control del sector primario sobre el resto de la economía a pesar de que ello implicará en la práctica una eterna dependencia en relación a los centros globales del poder. Por eso, es decir por los intereses que cuestiona, la industrialización es un proceso que implica un fuerte consenso en relación al modelo de país que necesariamente avanza solo sobre un entendimiento con la clase de los trabajadores en general que requiere por lo menos moderación en la explotación del trabajo por el capital. Esta es la crítica más importante del régimen desarrollista porque al fin ese modelo no soluciona el problema de fondo relativo a la explotación de los trabajadores aunque como vimos el capitalismo como modo de producción tiene una gran capacidad para sobrevivir. El proceso de industrialización finalmente derivó en un fuerte crecimiento de nuestra región pero tuvo que pagar el alto precio de una redistribución del poder a favor de los dominantes foráneos que eran los que en última instancia contaban con capitales para poder financiar el modelo de sustitución de importaciones. A medida que la región se incorporó como área dependiente del sistema comercial global y en la medida en que este proceso se profundizó, la vulnerabilidad en relación a las crisis globales se acrecienta como nos lo demostró, por ejemplo, la crisis de los '70 y la de los '80 con la deuda externa.¹⁰

¹⁰ Si analizamos la historia de las relaciones de producción del siglo XIX se me viene a la mente la figura del trabajador de oficio como necesaria expresión de la factoría. Este trabajador, que es disciplinado y hábil, era requerido por el capitalista por su conocimiento especializado sin el que no podía dar marcha al proceso de la producción de bienes. En este momento, Marx observa que la acumulación del capital tiene límites determinados por el *pleno empleo de la fuerza de trabajo* y, una vez que ese límite es sobrepasado, es decir, cuando se produce el fin del período del gran auge, el capitalista

De la dependencia estructural de nuestros países en tanto capitalistas periféricos respecto al sistema comercial global, deriva que Latinoamérica agotara todas y cada una de las posibilidades y proyectos que buscaron el desarrollo integral de nuestros pueblos al no poder evolucionar al radicalismo como sí sucedió con la instauración de esos regímenes a principios del siglo XXI. Desde el régimen político mercantilista que heredamos de la época de la colonia derrocharemos todas las posibilidades del desarrollo de nuestros pueblos. El régimen mercantil, que evolucionará en relación al modelo agro-exportador y que hará pie con la crisis del '30, convierte al régimen político en un actor comercial central que pronto la coyuntura política le impondrá nuevas funciones ante la realidad de que la demanda se adapta muy mal a esta novedosa situación. Entonces, será necesario que el régimen intervenga para racionalizar los escasos recursos. No solo para evitar que se agudicen los conflictos sociales típicos en un contexto de crisis sino que además para asegurarse que estos recursos se vuelquen de forma provechosa en mejorar la posición de nuestra economía nacional que permanece aún bajo la amenaza

empieza a incrementar el capital constante a expensas del capital variable. Pero como la tasa de explotación no puede seguir ascendiendo se produce inevitablemente una caída de la tasa de ganancias. Esta clásica argumentación de Marx nos sirve para revelar las causas de la primera crisis crónica de sobreproducción que se produce entre los años 1873- 1894. En el terreno de lo social, una vez sofocada la *Comuna de París*, las luchas sindicales se centraron en las condiciones del trabajo y la recuperación de esas luchas con la aparición de los diversos partidos socialistas. A finales del siglo XIX, Taylor idea un sistema de producción basado en el análisis de los tiempos y movimientos en el taller industrial mediante el uso sistemático del cronómetro. Se abre una nueva forma de organización que se caracteriza por el divorcio entre el proceso de creación y ejecución de las diferentes áreas del proceso productivo. Esto lleva a cierta monopolización de la información global del proceso que quedará a cargo de un staff de especialistas subordinados al capitalista.

Por otro lado, con el desarrollo de la Primera Guerra Mundial, el mundo capitalista ingresa en una segunda crisis de sobreproducción que se extiende de 1914 hasta el '45. Durante ese período en cuestión, en lo concerniente a los sistemas productivos de cada país y los cambios derivados por el descubrimiento de la cadena de montaje de Ford (década del '20) empieza la época de la producción en masa que mediante la cinta transportadora añade parte por parte cada pieza hasta que se obtiene el producto final. En consecuencia, este modelo fordista tiene la ventaja de economizar recursos a través de un ahorro de los tiempos muertos de los obreros que hace posible la producción a gran escala. Este régimen necesitó como complemento político- institucional la lógica basada precisamente en el llamado Estado de Bienestar que tuvo varias características.

- a) La intervención del régimen político como único recurso eficiente y eficaz para salir de la crisis que amenaza la estabilidad del Estado capitalista.
- b) La extensión creciente de la red de seguridad social.
- c) El establecimiento de medidas y políticas públicas tendientes a la protección del mercado interno de una indiscriminada competencia venida desde el exterior.

del colapso más aterrador. De ahora en adelante, el régimen representa otra verdad que se traduce políticamente en una *hegemonía en acción* que intenta racionalizar el nuevo rumbo de la economía, de la política y del ámbito de lo social y cultural. Ahora se trabaja con otras ideas en la lucha y mediación relativa al proyecto y modelo de país implementado a través de las acciones de los nuevos actores sociales y políticos y sus intereses dominantes. En ese sentido, la ideología, o sea, la razón capitalista justifica la elección y de ahí surge el método. Así, los trabajadores tienen la necesidad histórica ineludible de transformar ese saber organizado e impuesto por los grupos dominantes, que controlan la agenda pública, en un saber alternativo que le dispute a los intereses de las élites su lugar en la agenda del gobierno. La discusión ahora no se centra en el problema de la razón o no del sistema sino en entender la lógica del capital, del Estado y su régimen para desde ahí contraponer otros valores, ideas y paradigmas contra la lógica dominante. Es importante la construcción de un arte de lo posible que le dispute palmo a palmo el poder a los dominantes porque sus razones no se basan en una realidad concreta sino, antes bien, se basa en función de una verdad inventada, camuflada, escondida y adornada por la defensa de los intereses de los dominantes. La razón de esos en nuestra región derivó en una legitimidad restringida y funcional a los intereses de las nuevas élites nacionales, que transfiguró, trastocó y desfiguró cada noble ideal del iluminismo en supuesto favor de un muy necesario realismo político que finalmente solo logró voltear el sentido y la dignidad de grandes valores, ideas y conceptos con los que se intentó construir nuestros Estados nacionales. De igual manera que antaño, el pensamiento filosófico falseó descaradamente los nobles conceptos que con el tiempo transmutaron en función de una concepción política que sirvió y sirve como instrumento de dominación de unos sobre otros y que pasa a formar parte de la razón de los neoliberales.

De esta manera, esa realidad en que viven hoy los trabajadores está estrechamente vinculada con las ideas de la dominación política en todos los ámbitos, de sometimiento, intimidación y hasta de venganza de manera que el desarrollo de ideas o de un ideal cualquiera, una costumbre o institución, un órgano de poder o grupo de interés no es en verdad una progresión hacia fines lógicos sino que es una constante sucesión de hechos y de fenómenos dependientes entre sí, de hechos y sucesos violentos que se someten a otros hechos, fenómenos o intereses sin dejar en el olvido la resistencia que entra en el juego del poder, del tira y afloja para la defensa o crítica de esos hechos y sus repercusiones. La cúpula del capital más concentrado, al servicio de los intereses de las transnacionales que operan en nuestros países, se parece a la antigua burguesía nacional solo en que necesita del Estado nacional y de su régimen político para defender y preservar, por todos los medios posibles, la

tasa media de ganancia y precisamente por eso prioriza los aspectos políticos como parte de su estrategia de negocios. Esos grupos logran controlar las organizaciones e instituciones empresariales y así entienden la lucha por el poder. Se plantean como núcleo de lucha, la disputa por los sectores medios que escapan a su lógica del automatismo del mercado entendiendo, eso sí, a los sectores medios como ese importante universo simbólico que opera como referencia cultural e ideológica de pertenencia integradora, o sea, más allá de los techos salariales o las relaciones de dependencia laboral. Es la necesidad política de ganar para sí o, en el peor de los casos, neutralizar a esos sectores lo que los lleva a plantear la lucha en términos tan extremos. La mínima posibilidad de que una parte importante de los sectores medios se desprenda de esa mesa cultural servida por los dominantes para eventualmente elaborar una postura y una idea o proyecto alternativo más cercano y en solidaridad con los sectores populares, que remonte antiguas gestas y conquistas de las mayorías, implica para los dominantes, históricamente más conservadores, un peligro que no pueden ignorar. Esta realidad nos demuestra que solo se puede evolucionar a favor de los trabajadores cuando la fluidez de este proceso de lucha y resistencia hace suya las reivindicaciones de las mayorías nacionales. Así, surge una nueva voluntad que se dirige a formas de poder más democráticas y considerables en la medida en que es el trabajador quien asume el poder de decisión. Entonces, la ampliación de la legitimidad restringida, venida desde los tiempos de independencia, en la búsqueda de un régimen político más inclusivo y popular, humanista y soberano, si quiere ser tal, si se pretende auténtico, definitivamente solo puede ir en la dirección de la inclusión de los trabajadores en todos los ámbitos y sentidos.

Capítulo 5: Monetarismo, deuda, crisis, inflación y democracia.

La deuda como problema estructural.

Si analizamos el período donde se nos imponen a los trabajadores de Latinoamérica las dictaduras de seguridad nacional veremos que en el ámbito de la política bancaria, las entidades de carácter públicas fueron sometidas a los designios de los intereses privados perdiendo de esa manera la mayor parte de sus atribuciones en favor de las formas neoliberales que luchan por imponerse a cualquier costo. Se destaca cómo se usaron esos bancos públicos como instrumento del capital privado local que responde desde siempre a los grupos de poder globales. De hecho, perdieron su autonomía lo que derivó en un proceso que los vincularía como instrumento de bancos privados locales lo que produjo crisis persistentes. Bajo las dictaduras cívico- militares de la época estos bancos públicos de la mano de la razón del automatismo del mercado que se impone a expensas del interés de las mayorías, participaron activamente en el proceso de endeudamiento y de especulación financiera del modelo de país neoliberal que empezaba a insinuarse. En apenas unos años estos bancos dejaron de ser entidades financieras públicas para convertirse en un apéndice de las plazas financieras y especulativas de los centros globales del poder. Este proceso de transnacionalización logró desnaturalizar en todo sentido los objetivos de la banca pública porque transformó de manera muy profunda la composición de sus operaciones y distorsionó así su estructura productiva. En el régimen desarrollista, asistencialista y de bienestar que es anterior al neoliberalismo, los bancos públicos obtienen la mayor parte de sus recursos en el mercado nacional destinando también casi la totalidad de sus préstamos a las pequeñas y medianas empresas nacionales contribuyendo así al desarrollo del país a través del financiamiento y apoyo a la industria. Pero, con la instalación de la dictadura toda esa estructura bancaria, simbolizada en el rol que le compete y corresponde por ley a la banca pública en la inversión

nacional, experimentó una serie de cambios acorde con la nueva visión de la producción y de la economía. Ahora la mayor parte de los recursos son en moneda extranjera y se apoyan en préstamos de la banca privada global mientras que los recursos internos del sistema bancario se reducen de manera drástica. Debido a este cambio de las fuentes de recursos del sistema, cambia también el destino del crédito y en ese sentido los principales tomadores de esos créditos son las empresas del Estado y un cada vez más reducido grupo de empresarios privados mayormente foráneos que de esa manera desplazan a los pequeños y medianos empresarios nacionales del acceso a los créditos, de la producción e incluso del consumo. De hecho, a partir de esa concepción económica, la política de los créditos va contra la producción nacional y por lo tanto contra el consumo y el mercado interno. Son los primeros pasos del neoliberalismo sobre el sistema productivo nacional porque precisamente esa política de préstamos conduce a una excesiva concentración de la propiedad debido a las consecuencias de esta nueva orientación ideológica.

Los grandes perdedores bajo esta concepción de la economía son los bancos públicos quienes se convierten en instrumentos dependientes de las políticas y caprichos de la banca privada y de los grupos económicos más concentrados. Durante el período en cuestión, la principal característica del nuevo sistema bancario y de crédito es la falta estructural de autonomía de los bancos públicos llegando al punto de que los principales directivos de esos bancos privados son también directivos de los bancos públicos que así elaboran los dogmas de la política crediticia y monetaria. Son estas facciones hegemónicas de la burguesía local, con una visión política rentista, financiera y especulativa, la que provoca un impresionante endeudamiento que no tiene relación alguna con mejorar la capacidad productiva de nuestra economía. La especulación y la renta financiera desplazan la inversión productiva que crea trabajo, desarrollo, consumo y ahorro. La organización de los patronos y sus principales bancos asociados ayudaron, con la incorporación de sus cuadros dirigentes, a diagramar la nefasta política económica del período a través del Ministerio de Economía, del Banco Central y desde la dirección de la banca pública. Por su parte, los bancos privados locales líderes serán el componente bancario de un conjunto de empresas industriales y servicios que formaron lo que tradicionalmente se conoce como grupo de interés o grupo económico, es decir, una familia o alianza de éstas que se reúnen a través de su patrimonio de capital y sus capacidades para lograr hacerse con el control de un conjunto de empresas tanto financieras como bancarias, industriales, agropecuarias o de servicios no financieros. Actuaron en consecuencia porque demostraron ser los genuinos representantes de un capitalismo rentista, especulativo y financiero que militó contra los aspectos productivos de la economía real. Además, si bien esos intereses poseen inversiones industriales son en primer

lugar grupos de origen primario- financiero de clara orientación neoliberal constituyendo el principal núcleo de elaboración de la política neoliberal.¹¹

Hasta antes del 11 de septiembre el sistema financiero y bancario en nuestro país se encontraba fuertemente regulado por el régimen. Por ejemplo, las tasas de interés que cobraban y pagaban las entidades financieras- los bancos- estaban reguladas a través de leyes por lo que también estaban reguladas sus ganancias. Existía además una gran cantidad de cooperativas y mutuales de crédito, que eran locales o regionales, y que garantizaban que ese ahorro permaneciera en esas regiones. También existió al respecto ciertas barreras a las actividades que podía realizar o no un banco para garantizar que no se hicieran inversiones en cualquier rubro o de muy alto riesgo que colocara en entredicho la estabilidad de la economía nacional. Los requisitos de capitales mínimos y de encaje eran distintos de acuerdo al tipo de entidad financiera, es decir, si era una cooperativa o una mutual de crédito local tenían requisitos un poco más flexibles que los bancos para poder garantizar la existencia de esas entidades locales, regionales o sectoriales. En cambio, con la imposición de la dictadura de seguridad nacional, terrorismo de Estado mediante, triunfa una visión económica en la que el régimen tendría que reducirse al mínimo en relación a sus regulaciones tanto en lo político, social, económico como financiero. La reforma de la ley de entidades financieras en ese sentido se orientó a favorecer la concentración de la propiedad y capitales e inversiones a través de nuevas exigencias de capital mínimo a las

¹¹ Son las fuerzas armadas las que ponen a funcionar la brutal máquina del genocidio de nuestros pueblos. Sin embargo, el hilo de ese poder, las estructuras políticas, sociales y económicas las movieron los sectores dominantes a través de sus propios representantes como son un vasto grupo de civiles a través de los que se controlarían el poder económico concentrado y monopolístico como los nuevos tecnócratas, algunos jueces y otros que le dieron sustento político e ideológico a las dictaduras latinoamericanas. De hecho, las dictaduras militares anunciaron, desde la desmesura de creer que venían a reorganizar el país, que no venía solo por la intervención del gobierno y de algunas estructuras políticas sino que venía por el régimen político que desde ahora tendría que ser objeto de una profunda reconstrucción en beneficio de intereses reaccionarios. Las dictaduras buscaron una regeneración social y política profunda cuyo proyecto económico solo era posible a través de la represión y el terror. Las fuerzas armadas intervinieron en un régimen que ofreció una pasiva conformidad frente a lo que veían como inevitable aunque también obtenían el respaldo entusiasta de los que bregaban por la restauración conservadora, las jerarquías, la autoridad y todos esos valores que son inherentes a los sectores más conservadores. En esos años de plomo, los dominantes (con nexos con el interés de las transnacionales) se agolpó detrás de las políticas neoliberales. Por su parte, Pinochet y todos los dictadores latinoamericanos en general fueron el brazo armado de esos civiles y militares cuyo proyecto nacional correspondía a ese país primario-exportador que habíamos heredado de los tiempos de la emancipación política.

cooperativas y mutuales. Por su parte, en el contexto global, en el que los bancos de Estados Unidos de ese entonces tenían gran cantidad de reservas, de depósitos y capitales y a partir de la correspondiente desregulación de los mercados de capitales y de la imposición del régimen neoliberal, esos bancos extranjeros desembarcaron sobre nuestros países produciendo una importante concentración y extranjerización del sistema financiero.

El problema es que los bancos ahora al servicio de los intereses de las transnacionales no nos permiten ver de una vez por todas la realidad tal y como es porque esos bancos esperan la firma de acuerdos con los organismos de crédito globales como el Fondo Monetario Internacional para negociar la deuda externa u otras facilidades para el pago de los intereses de ésta y en los países en que aún perdura el régimen neoliberal esto se traduce a nivel de la economía doméstica en ajustes y en contracciones de la demanda agregada. Así, para obtener esos beneficios, es necesario aplicar medidas económicas que busquen establecer el equilibrio de la balanza de pagos internacionales lo que implica una disminución precisamente de la demanda interna y del crecimiento orientado a las exportaciones de bienes y servicios nacionales. Entonces, fue necesario reducir los gastos y los salarios, disminuir el déficit presupuestario del sector público y los aranceles de los productos venidos desde el exterior. Además, como el nuevo modelo de desarrollo que es aplicado por la dictadura de seguridad nacional es claramente especulativo y rentista, las inversiones de los bancos extranjeros que hacen pie en estas tierras, en complicidad con la burguesía especulativa local, resultan en una importante y extraordinaria deuda externa que hipoteca y que cercena los destinos del país por décadas porque esas inversiones no son acompañadas de un proceso de creación de empleos o de inversión industrial y productiva sino que en ese contexto de desregulación financiera lo que hacen es acompañar la especulación y la fuga de capitales. Así, la especulación y las inversiones de la banca transnacional nuevamente jugaron contra la lógica y los intereses del capital productivo nacional.

En esta perspectiva, resulta interesante iniciar un debate profundo en relación al tema del desarrollo productivo a través de la promoción de una banca de desarrollo. De ahí que un proyecto político popular y soberano no puede funcionar sin la participación del régimen político en la definición e implementación de políticas públicas que complementen el funcionamiento del mercado, en particular cuando es necesario responder a las necesidades del crédito de esas pequeñas y medianas empresas que en definitiva son las generadoras del empleo. No hay que olvidar, en relación al protagonismo del régimen político, que ese proyecto de desarrollo humanista no es viable en la práctica sin un sistema financiero pero tampoco puede funcionar de manera eficiente con cualquiera. Necesita uno cuyo objetivo sea canalizar el ahorro

interno en el esfuerzo de la producción nacional. También son vitales las pequeñas y las medianas empresas porque son las grandes generadoras del empleo, es decir, de mano de obra intensiva que así trabajan a favor del consumo interno, la distribución de la riqueza y del ingreso que es a su vez una importante política para trabajar contra la alta concentración de los capitales y la propiedad. Resulta impostergable implementar mecanismos y normas que incentiven el uso de esos recursos en la producción nacional, es decir, en beneficio de créditos para las pequeñas y medianas empresas a través de la reducción de las tasas de interés y la recomposición del capital de trabajo de las empresas. Es necesaria la impostergable necesidad de una banca del desarrollo nacional para apoyar esos emprendimientos productivos a costos más competitivos. Las dictaduras de seguridad nacional militaron fuertemente a favor de la liquidación de cualquier proyecto de desarrollo económico y político que significara crecimiento e independencia en relación a los centros globales del poder. Por ejemplo, si bien la cuestión de la deuda externa en nuestros países lo venimos arrastrando, en muchos casos, desde el momento mismo de la independencia, allá por el 1810, solo a partir de mediados de los '70 y a través de las políticas neoliberales de los nuevos gobiernos de facto, la cuestión de la deuda se convierte en un problema estructural y endémico que frena cualquier proyecto de desarrollo. Llega el tiempo del FMI y sus condicionantes.

En los años '80, a pesar del nuevo lenguaje técnico- financiero de los tecnócratas y los problemas sociales, políticos, institucionales y económicos ligados a la cuestión de la deuda externa- tradicionalmente reservado a un pequeño y estrecho círculo de especialistas- es desbordado convirtiéndose en un tema ampliamente debatido por todos los sectores sociales precisamente por las consecuencias de esos problemas políticos, sociales y económicos derivados, por ejemplo, de la estructura productiva nacional y de la ley de entidades financieras donde la banca del desarrollo y del crédito a la pequeña y mediana empresa desaparece. Además, este debate toma impulso con la aparición de la crisis de la deuda externa de principios de los años '80. Aún hoy, en muchos países latinoamericanos, la cuestión de la deuda es un problema que condiciona fuertemente las estructuras de los regímenes de esos países para buscar un desarrollo más acorde con la realidad de cada uno. La deuda condiciona la mayor parte de esas fuerzas políticas, también a los movimientos sociales y grupos de intereses que buscan la transformación y cambios en otro contexto político o que simplemente aspiran al crecimiento y desarrollo de sus respectivas economías para intentar mejorar la calidad de vida de los habitantes de esos países. La deuda entonces no es solo cuestión de desequilibrios explicables dentro de los límites de la deuda misma o de factores inmediatos como la solvencia y la liquidez sino que es, ante todo, un

problema particularmente político en el sentido que es un factor central de desequilibrio de nuestros regímenes que en teoría buscan el desarrollo de nuestros más nobles valores democráticos. Nuestros regímenes políticos no pueden dar soluciones estructurales, es decir, de profundas raíces, a los más acuciantes problemas, o sea, a las cuestiones socialmente más importantes bajo la presión de una deuda que coarta las posibles maniobras de esos regímenes para aspirar a una vida mejor de los trabajadores involucrados. La deuda es una clara manifestación de un proceso de crisis del régimen, del Estado capitalista y de todas las fuerzas políticas y sociales de los países más comprometidos con los organismos de crédito globales y su lógica como son los centroamericanos que estructuralmente son mucho más dependientes que los del sur de Latinoamérica. Incluso, la realidad de estos países no puede catalogarse como de estancamiento sino de regresión. Claro ejemplo son los países donde encontramos un Estado fallido que se impone por los problemas que precisamente el régimen político no supo resolver. En esos casos, el tema de la deuda no solo estanca sino que además hace retroceder el crecimiento económico comprometiendo el porvenir de millones de trabajadores que son excluidos y marginados del desarrollo al no haber sido capaz esa sociedad en particular de construir, defender, movilizarse y participar en la elaboración de proyectos alternativos de crecimiento debido a las condicionantes externas y la falta de voluntad y arte de poder alternativo real de las clases y sectores dirigentes y líderes políticos.

Es prioritaria la lucha por el poder que implica la primacía de unos u otros derechos en el camino a la satisfacción de las necesidades de los trabajadores porque esa lucha por el poder es la única manera posible de actuar, pensar y reaccionar por parte del trabajador y sus representantes. Todos los acuerdos, el diálogo y el consenso político tienen que estructurarse a partir de los intereses que favorezcan a los trabajadores y sus experiencias. Cualquier otro consenso no es viable porque son parte de una imposición, del chantaje de los intereses dominantes y solo nos perjudican. Solo de esta manera es posible consensuar esas políticas que nos conviertan en una sola voz frente a la patronal, tanto local como global, estructurada en base a los organismos financieros y políticos globales regidos por leyes y normativas venidas desde los países centrales sustentadas ideológicamente en teorías como las del monetarismo neoliberal y el automatismo del mercado.

El monetarismo neoliberal, que se viene aplicando desde la reforma conservadora en los Estados Unidos, Gran Bretaña y luego en el resto del mundo, es una teoría y corriente de pensamiento económico que se sustenta en principios opuestos a toda teoría que reivindica la intervención del sector público en lo económico para encauzar y racionalizar un proyecto político de crecimiento y desarrollo. El planteo de la no intervención del sector público

en la economía se sustenta en la idea del automatismo de los mercados por lo que éste se encuentra íntimamente relacionado con él. Desde esa perspectiva global, el planteo del automatismo del mercado financiero, de capitales, el laboral o el de consumo significa reforzar los métodos, las normas y las leyes mediatizadas de dominio y control de los centros globales del poder, que son los defensores de los intereses de las transnacionales y sus corporaciones, a través del sistema de intercambios de bienes y servicios entre los países del centro y los periféricos. Este supuesto teórico que busca racionalizar los paradigmas neoliberales opera liberando energías económicas y sociales que permiten la vigencia de precios justos para los propietarios de los factores de producción y los actores económicos en su rol tanto de productores como de consumidores. Pero lo que no tienen en consideración es que precisamente esa riqueza produce una nueva aristocracia porque supone (en condiciones ventajosas de poder político, social y cultural) el acceso a los mejores frutos del árbol de la producción que siempre es social. En ese sentido, del acceso de privilegio al poder, esta aristocracia del nuevo capital crea cada una de las condiciones para que el resto de los hombres, los trabajadores, se comporten noble y virtuosamente de acuerdo a la concepción moralista y dogmática de los dominantes porque una élite de tecnócratas, ellos mismos, se encuentran en la cúspide de los organismos y estructuras del poder de decisión desde el que controlan la agenda pública. Si observamos los acontecimientos políticos en las diversas economías latinoamericanas neoliberales, tanto en período de dictadura como en democracia, vemos que las empresas monopólicas que lograron superar sus propias miserias dejando tras de sí la crisis de la deuda o cualquier otra crisis del neoliberalismo, aumentan de manera importante su nivel de ganancia destruyendo en el camino la competencia de las pequeñas y medianas empresas que generalmente son de capitales nacionales. Incluso, en regímenes radicales esas empresas hacen grandes negocios y ganancias.

En general, en Latinoamérica más del 70% de las empresas radicadas en nuestros países representan a las pequeñas y medianas empresas que son las generadoras del empleo, de ahorro interno y de las inversiones que fluyen a través del mercado interno principalmente. Pero ese mercado neoliberal, a través del automatismo de los mercados o del monetarismo (...) milita contra la lógica de la producción nacional y del desarrollo del mercado y consumo interno. En otras palabras, detrás del monetarismo neoliberal existen una serie de disposiciones que apuestan a una recomposición de los niveles de ganancias de los grupos económicamente más poderosos en desmedro de los trabajadores y en beneficio directo de la concentración de los mercados, de la propiedad y riqueza. Este proceso favorece a los empresarios vanguardistas, ligados a las exportaciones, que así son capaces de superar sin problemas las etapas recesivas y de crisis como resultado directo de la imposición de los

paradigmas neoliberales. Otro aspecto es la estabilización de la producción industrial en el sistema económico de los países más desarrollados. Para eso, hay que transferir ciertas actividades productivas a zonas claramente menos desarrolladas que intentan incrementar la producción de esa industria que es tecnológicamente mucho más avanzada en los países centrales. Es esa última función la que cumplen nuestros países que se hacen cargo de la producción menos compleja y más intensiva en cuanto a mano de obra que a su vez es una mano de obra mucho más barata en relación con los salarios y con las conquistas laborales de los trabajadores de los países centrales. El régimen político neoliberal entonces se dirige principalmente a facilitar el flujo de las transacciones económicas y comerciales entre nuestros países periféricos y los centrales colocando los excedentes de la producción de esos países en nuestras economías para así lograr una fuerte reducción de los stocks de productos y bienes elaborados en sus industrias. A estas alturas las empresas ya lograron recuperar sus niveles de producción, disminuir la capacidad productiva excedente y elevar la rotación del capital fijo y del circulante. En nuestros países, esta política es nefasta porque reduce el nivel de actividad industrial disminuyendo el empleo y desalojando a las empresas productoras de bienes que con este programa se abastecen a través de las importaciones. Esto es precisamente lo que pasó con el desmantelamiento de la estructura industrial de nuestros países. Un tercer elemento y mecanismo que envuelven las formas en que el neoliberalismo actúa en su versión monetarista es que el marco de apertura y de desregulación de la economía es imprescindible para que los capitales foráneos puedan acceder, siempre en nombre de la libertad del mercado, a nuestras economías que desde ahora se encuentran abiertas a las transnacionales quienes vendrían a ser expresión de la libre competencia. A los capitales extranjeros les conviene sobremanera esa dinámica porque si observamos la deuda externa podemos comprobar que en general el nivel de deuda alcanza magnitudes que son extremadamente elevadas mientras que el exceso de liquidez de los organismos financieros globales permite que los créditos sean canalizados para la asistencia de los déficits fiscales nacionales que a su vez generan un rápido aumento del endeudamiento externo y todo se transforma en un círculo vicioso desde el que no es posible salir si no se cuestionan las bases y paradigmas neoliberales.

Del otro lado del espectro ideológico y estratégico, los que apoyamos los regímenes políticos nacionales, populares y humanistas, existe una gama de posiciones más amplias y menos virulentas que van desde los que aceptan pagar la deuda externa pero pretenden cargar los costos de ésta sobre los más privilegiados, las élites, hasta quienes directamente proponen no pagarla. Pero, por la presión del sistema financiero global en los '80 esta discusión rápidamente fue suprimida de la agenda pública siendo que los acreedores en

su conjunto concluyeron que una refinanciación de ésta necesariamente era posible solo a través de la intervención y acuerdos con el FMI que adquirió de esa manera un gran poder de presión política sobre nuestros regímenes. Dado su rol clave en la coyuntura del sistema comercial global, los países con esas deudas terminaron aceptando cada vez con menos resistencia las recomendaciones políticas de los organismos de créditos globales, el FMI principalmente, para lograr la refinanciación que buscaban. Entonces, las negociaciones quedaron limitadas a aspectos secundarios o formales del sistema económico de nuestros países desde el momento que el FMI exige el cumplimiento de un plan ortodoxo fuera de todo auténtico espíritu de rigor científico racional. La presencia humillante de sus funcionarios en nuestra economía en su momento reflejó que la política económica nacional era decidida en el exterior ya sin disimulo ni consideración. La importancia del FMI en ese contexto es que a través de ese protagonismo, a través de ese poder de decisión sobre nuestras estructuras económicas y políticas, en los '90 fueron aplicadas todas las propuestas de los organismos de crédito global que impuso sobre la región el neoliberalismo. Las propuestas de aquellos organismos aceleraron a su máxima expresión los pagos al exterior, a los acreedores internacionales y cargaron sus costos sobre los trabajadores. La importancia del FMI es que su presencia implica ciertas reglas y normas de juego al servicio de los intereses dominantes. Además, define resultados de antemano, las consecuencias, el contexto del debate y orienta la política económica en una sola dirección que nos conduce a los intereses de los acreedores externos representados por intereses más espurios.

A pesar de que a partir de fines del siglo XX en Latinoamérica, con el surgir de regímenes políticos más inclusivos, soberanos, nacionales, radicales y soberanos, que derivó en nuevas formas de encarar la deuda externa que incluso en el caso de Ecuador se llegó a debatir sobre la legitimidad de ésta logrando una importante quita, lo central es que estos hechos políticos nos demuestran que al analizar el funcionamiento básico del sistema comercial global bajo los parámetros neoliberales, en lo que respecta a Latinoamérica se percibe de forma más clara que el problema de la deuda va más allá de lo meramente económico porque tiene trascendencias estructurales en relación a las posibilidades de que podamos o no encarar un real proceso de desarrollo nacional. La combinación de todos esos factores genera una transferencia de ingresos inédita. Esa transferencia es una de las causas del déficit público que caracterizó a nuestra región en los años '90 y de la redistribución de la riqueza en sentido de profundizar la concentración de ésta y de la propiedad. Tal vez sea la experiencia de Chile, con posterioridad al golpe de 1973, el acontecimiento que marca el inicio de esta etapa neoliberal para nuestra región porque la caída del gobierno popular de Allende y la puesta en escena

de otro régimen político, que implica otra política y otro modelo económico, alertan a las fuerzas sociales, políticas y económicas sobre la trascendencia de los acontecimientos que después se concentrarán en la escena económica. La experiencia luego se repite en el Uruguay y Argentina que tampoco dejan de sufrir consecuencias graves en su aparato económico e industrial. Surge una estructura de políticas de desarrollo auspiciadas por los postulados sostenidos por la escuela económica de Chicago y en particular en las ideas de Friedman que van en sentido contrario al crecimiento del mercado interno orientado al sector productivo, a la creación de empleos, ahorro, inversión y al crecimiento económico en general que implica desarrollo social, político e institucional en favor de la mayoría. En cambio, la ideología neoliberal es el más grande disparate porque es la peor utopía pero también la realidad más grave. La iglesia neoliberal es una institución política- moral que propone su propio fin universal abarcando a los hombres y la humanidad en su conjunto a partir de preceptos religiosos tan atrayentes para sí como la idea de la globalización o libertad del mercado que se presentan de ahora en adelante como fin necesario al interés supremo del hombre. El neoliberalismo es la peor corrupción, la tremenda promesa incumplida que produce una ética y valores estrechos, mezquinos, materiales, bajos y limitados a la expansión de los intereses de corporaciones que controlan las estructuras del poder del sistema comercial global. Pero este carácter religioso del neoliberalismo no puede determinar nuestro juicio porque este régimen político- que pretende ser una institución universal- no lo es porque supone y corresponde a necesidades artificiales que no descansan más que en una razón tecnocrática compuesta de ficciones que no resisten el mínimo análisis histórico. Es una ideología que descansa y busca perpetuarse en la creación de necesidades donde éstas no existen. En relación a la deuda externa, en una situación política ideal, justa, humanista y revolucionaria en sus expresiones máximas, los costos son asumidos por los responsables de esta cuestión que son los países centrales en su conjunto con los organismos financieros globales, los bancos acreedores y los grupos económicos locales que lograron estatizar sus deudas y fugar capitales. Como este contexto ideal no es posible dada las actuales relaciones de fuerzas, una política más realista en relación siempre a la deuda, tiene que replantear drásticamente las reglas, normas y leyes de funcionamiento de la arquitectura financiera global. Las implicancias de esta estrategia tendrían que buscar una postura regional común y conjunta del régimen en beneficio de determinadas directrices que definan los combates a favor de intereses más racionales. Entonces vuelvo a insistir en las acciones de un bloque regional de integración que es pensado como una organización de acuerdos políticos y económicos regionales que implica posturas, tomas de posiciones y estrategias nacionales de desarrollo y crecimiento. Ya no es

políticamente viable sostener regímenes basados en la especulación y en los déficit tecnológicos, el repatriamiento de utilidades, de los intereses de la deuda y la fuga de capitales sin inversión, de la catástrofe social, económica, cultural e institucional que solo terminan afectando a los trabajadores. Que termina afectando directamente a jubilados, estudiantes, maestros, mineros y a los trabajadores en general que ven como a través de la razón del régimen son frustradas constantemente sus capacidades, sueños y expectativas por una mejor calidad de vida.

El proyecto de desarrollo ajeno a la lógica de los neoliberales o sea aquel que esencialmente es productivo e inclusivo, choca con graves límites y obstáculos en su implementación tanto del orden interno como externo. En relación a los primeros, se relaciona con las trabas impuestas a la fracción oligopólica por parte del sector público y la fracción foránea de los capitales oligopólicos de origen nacional mientras los segundos se determinan por el endeudamiento externo y la guerra comercial de los regímenes políticos del tercer mundo por captar los capitales e inversión extranjera directa. Frente a esta situación descrita y teniendo en cuenta que el proceso privatizador de Pinochet y sus cómplices lograron una increíble concentración del poder en un par de grupos económicos, que condicionan a los gobiernos posteriores, la monarquía constitucional, muy formalizada y también carente de sentido de la Concertación, fue también paradigmática en este aspecto y de ahí surge que no estuvieron a la altura de las circunstancias. Entonces, las alternativas posibles a ese modelo y régimen neoliberal, se verían cada vez más acotadas porque la Concertación nunca estuvo comprometida con los cambios que los trabajadores chilenos en su momento, a fines de la dictadura cívico- militar, le habían confiado. Se mostraron siempre comprometidos con los intereses económicos y políticos de los organismos de crédito global y con la represión social, económica y política para mantener la dominación y el control.

El financiamiento del desarrollo.

El colapso de las economías nacionales por las diversas consecuencias de las políticas neoliberales, que a su vez implican una crisis institucional y política de envergadura, da lugar en todos los casos (así nos lo demuestra la experiencia histórica de nuestra región) a la suspensión del pago de la deuda externa en lo que respecta al ámbito de las finanzas por lo que incluso en este aspecto el neoliberalismo se muestra totalmente inoperante para resguardar los contratos e intereses privados. El momento de origen de estas crisis que tiene un rol central en relación a la gobernabilidad política y la democracia, se remonta al tiempo en que el régimen se vuelve claramente ineficaz para resolver los graves problemas sociales, políticos y económicos que él mismo

produjo a partir de sus políticas. Donde indudablemente fue más patente este fracaso de las políticas neoliberales y donde tampoco los trabajadores fueron protegidos por el régimen político es en las continuas y persistentes crisis a que nos someten cada cierto tiempo los neoliberales con sus irracionalidades. Superada la etapa de las dictaduras de seguridad nacional en muchos de los países latinoamericanos los factores de poder imponen procesos galopantes de inflación para domesticar a los sectores democráticos que emergen con el fin de la opresión cívico- militar de las dictaduras. En ese contexto se planteó anclar la moneda al dólar lo que suponía precisamente eso pero en verdad fue un retorno triste a una variante del antiguo argumento del patrón oro. Si la inflación continuaba el tipo de cambio real de esos países se apreciaría, la demanda de sus exportaciones caería y el desempleo se incrementaría pero lo único importante para los neoliberales es que estas medidas moderarían las presiones de los salarios del trabajador y los precios. Es el típico argumento del equilibrio entre oferta y demanda a partir de una reducción de la segunda lo que produce contracción y ajuste. Esto solo sería posible siempre y cuando el compromiso con el sistema bancario fuera creíble para detener la inflación, es decir, siempre y cuando satisficiera a los grupos económicos oligopólicos que así transfieren los costos de esta crisis a los trabajadores y a favor de sus propios intereses como grupo de presión y poder. La cuestión era que tal vez si las expectativas inflacionarias cambiaban podría reducirse la inflación sin graves costos en la estructura del empleo. Esta receta durante un tiempo funciona pero era muy arriesgada como el tiempo se encargaría de demostrar. Fueron los muchachotes del FMI, siempre tan prepotentes y dueños de una verdad absolutista, quienes promovieron estas soluciones y recetas únicas en su estilo. Fomentaron el uso de ese sistema cambiario junto a toda una serie de baterías y políticas económicas altamente irracionales ahondando en los graves dramas del pueblo. Sin embargo, ellos nunca hicieron su autocritica. Siempre funcionó de esta manera porque quienes pagan las consecuencias de sus actos fallidos son los trabajadores, nunca ellos. Nunca funcionó de otra manera. Lo grave es que aún hoy algunos regímenes latinoamericanos o los opositores a los regímenes de reivindicación de lo popular siguen aplicando estos métodos, políticas y medidas económicas que finalmente se mostraron, de acuerdo a la realidad, como prejuiciosas para la estabilidad y el desarrollo de nuestros países.

En algunos países como Argentina la fijación por ley de la paridad uno a uno entre el peso y el dólar redujo la inflación pero nunca logró promover un crecimiento económico sostenido. De hecho, la crisis del 2001 es un caso testigo al respecto. Errores graves fueron también las reformas en el sistema bancario. En ese sentido, se pensó que era beneficioso que la mayor parte de las entidades bancarias estuvieran en manos de empresas extranjeras lo que

se tradujo en una aparente estabilidad del sistema pero bajo ningún concepto el sistema fue capaz de promover la ayuda, la inversión y promoción de los créditos para las pequeñas y medianas empresas. Lo concreto es que los altos índices y tipos de interés, producto de las políticas neoliberales aplicadas por el régimen, desbordan finalmente el presupuesto del país. El paso siguiente es que el gobierno busca la austeridad fiscal y el ascetismo estructural pero este tampoco es suficiente para la voracidad de los mercados. Del proceso de descomposición, de vital transformación en los parias del mundo a través de la implementación de políticas económicas neoliberales, podemos extraer una serie de lecciones que apelan a lo más hondo del raciocinio.

- a) En primer lugar, ignorar el contexto político y las circunstancias en función de ciertos intereses, máximas y dogmas dominantes es un gran peligro que perjudica necesariamente a los gobiernos de todo tipo que buscan aplicar políticas que superaren el drama del desempleo, la exclusión o marginación. Un país para pocos va contra cualquier definición del bien común que es el primer objetivo de cualquier gobierno.
- b) Además, la globalización en términos neoliberales expone a un país a enormes sacudidas y crisis. En ese sentido, los ajustes del tipo de cambio de mercado, en contraposición con el de cambio de equilibrio desarrollista, son parte del mecanismo de la lógica de la globalización neoliberal.
- c) Finalmente, el crecimiento necesita de instituciones financieras que brinden los necesarios créditos a las empresas nacionales, a las pequeñas y medianas, para incentivar la producción con un tipo de cambio de equilibrio desarrollista que integre a todos los sectores productivos de la economía para así trabajar en favor de un proyecto de crecimiento nacional, popular y soberano.

De esta manera es totalmente irracional una banca extranjerizada que responde a intereses especulativos foráneos antes que una banca nacional al servicio de la producción de bienes en nuestros países de origen y es mucho más irracional cuando esa banca, al servicio de la especulación antes que a la producción, no es acompañada de ciertas salvaguardas apropiadas para que el régimen, a través de los actores gubernamentales y sectores populares, pueda por lo menos regular la actividad de esa banca como primer paso para una reforma más de fondo. El tema de un régimen democrático es fundamental. Ignorar esto puede hacernos retroceder al tiempo de un país en fuerte crisis, neoliberal y excluyente. Sin embargo, éste es un desafío bastante complejo para los trabajadores porque si los sectores reformistas aspirasen en verdad a

un régimen por lo menos un poco más democrático, esos mismos grupos de poder dentro del régimen político tendrían que plantear y redefinir en varios aspectos, en todos los ámbitos, una nueva forma de hacer política, con otras estructuras. En cambio, los reformistas como fin apenas buscan una tímida y cobarde reforma de las aspiraciones democráticas. Lo que digo es que desde la perspectiva de la democracia liberal y tremendamente formalista de la que se hacen eco los neoliberales, si los trabajadores no tienen que comer, si están flexibilizados y excluidos por la falta de trabajo, según esta lógica, lo importante no es esa situación concreta sino que los trabajadores mueran de hambre democráticamente. Por eso se impone un régimen vacío de contenido y fuera de todo sentido de la democracia y de aspiraciones relacionadas con el bien común. También queda marginado de la agenda pública la reforma de las condiciones económicas, políticas, culturales y sociales del país, es decir, de una organización más democrática del régimen en términos económicos, de oportunidades y distribución de la riqueza.

Al no cuestionarse los fundamentos del régimen neoliberal, las bases de éste quedan incólumes y el debate de una nueva organización institucional una vez más es postergado. Lo grave es que esta forma neoliberal de régimen refuerza aún más sus formas autoritarias del ejercicio del poder y cuando el régimen no está capacitado para profundizar en la democratización real de la sociedad a través de una mejor distribución de la riqueza, de la inclusión, la generación de trabajo (...) esa misma sociedad puede buscar soluciones en un régimen autoritario. En otras palabras, cuando los trabajadores perciben que la democracia formal llegó a sus límites en relación a la libertad de expresión y representación, cierto respeto de los derechos humanos y todos los temas relativos a los derechos de los ciudadanos, empiezan a exigir la eficiencia del régimen en el ámbito económico, en el tratamiento de todos esos problemas relacionados con el crecimiento, la creación de empleos y la satisfacción de las necesidades de la mayoría. Es decir, cuando ya no es posible conformarse con el formalismo democrático si ese régimen no es capaz de cumplir con esas expectativas; así el orden democrático puede derivar perfectamente en autoritarismos más o menos encubiertos que se expresan políticamente en los triunfos electorales de la derecha. Es lo que en su momento pasó en Chile con Piñera o en Perú con Alan García devenido luego en neoliberal. También puede darse lo inverso, es decir, que los trabajadores frente a la frustración de sus aspiraciones terminen controlando por la vía democrática los centros nacionales del poder a través de decisiones fundamentales en relación a la organización de la agenda de gobierno. Lo distintivo de estos casos es que el primero (el triunfo de los sectores más reaccionarios del régimen) se debe a los errores estratégicos y de conducción de las fuerzas populares que no están a la altura de las circunstancias que la historia les exige, mientras que en el

segundo caso ese proceso se produce por la movilización y participación de los trabajadores que así logran hacerse- a través de la lucha- con los centros del poder de decisión para desde ahí cambiar la realidad. Precisamente por eso ya no basta con simples eslogan sino que el régimen político, a través de la inclusión, tiene que mostrar eficiencia, compromiso con los trabajadores y el bien común de lo contrario el futuro puede verse cercenado por años. En estos términos, la democracia tiene que demostrar que es la mejor forma de gobierno, mostrarse con capacidad de traer bienestar y mejor calidad de vida para todos de manera que ciertas consideraciones intempestivas, autoritarias y fascistas no tengan ningún margen para desarrollarse en el cuerpo social.

¿Cómo condenar a los trabajadores que, bajo la concepción reformista del ejercicio del poder, se sienten simplemente defraudados y decepcionados por la poca atención que los dirigentes políticos prestan a las necesidades de ellos mismos? ¿De qué sirve tanto revisionismo histórico y crítica sobre los errores cometidos si esto no deriva en la reivindicación del derecho a la vida y contra la lógica de la primacía de la propiedad en cualquiera de sus formas? El régimen reformista como fin continúa siendo una democracia muy formal y tutelada por los grandes centros del poder económico y militar, un régimen vigilado y autoritario que continuamente es puesto a prueba por los grupos de interés que controlan el poder desde sus posiciones de privilegios a expensas del sector público que tampoco en este caso es representativo de la voluntad y cultura popular. El drama de los regímenes que optan por este reformismo estéril y que es funcional a intereses corporativos expresados en los sectores de la derecha, es que están insertos en un drama artístico que solo profundiza las miles de contradicciones del neoliberalismo. Tenemos que ser claros con la cuestión de la eficiencia democrática de estos regímenes, en el sentido de incluir, defender, crear derechos y satisfacer necesidades de los trabajadores: esos países que optan por el neoliberalismo siguen en ruinas y por lo mismo continúan en crisis que se expresa en la frustración de los más vulnerables socialmente hablando. Además, por razones estructurales que tienen directa relación con la clara ineficiencia de las medidas neoliberales, esas soluciones nunca son una realidad y así se perpetúan los grandes dramas de algunos pueblos que en otras circunstancias estuvieron en la lucha por intereses que entendieron no eran negociables.

La magra situación política, económica y social de los países centrales derivada de períodos de crisis, por el solo hecho de ser países desarrollados, nos revela en gran medida la magnitud de los desequilibrios estructurales del sistema comercial global y de los problemas que así tienen que solucionar en cuanto son parte de un bloque con un importante rol y con el suficiente poder para definir hasta cierto punto las leyes que rigen el intercambio comercial entre países. Los desequilibrios que muestra el sistema comercial global ante

las crisis tienen que ver en primer lugar con el hecho de que aunque siempre se invierten y se comprometen fabulosos recursos en salvar a la banca- no así a los trabajadores- al final nada logra evitar el colapso del sistema financiero global. Más bien las crisis son aplazadas sin solucionar los problemas que las generaron. De hecho, como el trabajador hasta hoy no ha podido convertir una crisis terminal en final, las medidas aplicadas en el transcurso de estas crisis no se traducen en políticas que generen una nueva matriz regulatoria que por lo menos intente, a través de medidas anticíclicas, evitar otras crisis. Nunca se solucionan del todo las consecuencias más urgentes y graves que dejan las crisis del régimen neoliberal como el desempleo, la pobreza o la exclusión. La gravedad de esta omisión radica justamente en que una crisis cualquiera refleja el descalabro del mundo financiero y especulativo bajo el auspicio de los términos neoliberales pero también refleja los desequilibrios en las principales economías del sistema comercial global. Del análisis de los desequilibrios e inconsistencias prácticas y teóricas de las economías de los países centrales se deduce que nuestro desarrollo como países dependientes hay que entenderlo dentro de la dinámica y fuerza que preside y centraliza el poder en el sistema comercial global. En segundo lugar, que nuestros países cuentan en lo fundamental con recursos propios, naturales y humanos, como la cultura, la fuerza de trabajo, materias primas y regímenes que conforman, todos ellos, una cultura y una identidad nacional prioritaria para formar por lo menos cierto grado de conciencia nacional y popular que a su vez depende del tipo de inserción que estemos dispuestos a construir en relación al lugar que nos corresponde dentro de la globalidad. De ese análisis tendríamos que debatir también sobre qué tipo de desarrollo buscamos, ese desarrollo que está limitado a la producción y exportación de materia prima con un régimen semi industrial o si queremos una plataforma de desarrollo integrado con una industria pujante ligada a un aparato productivo moderno. La democracia, lo digo con mucha reiteración, implica otra toma de conciencia popular sobre el sentido y lugar que nuestros países tienen que ocupar en el sistema comercial global lo que también implica un fuerte desarrollo del aparato productivo en beneficio del bien común, del empleo, el uso racional de recursos naturales y sobre todo la generación de riquezas para el disfrute de la mayoría.

El fracaso de la comunidad europea en cuanto bloque de integración real entre países, sus continuas crisis y fiascos, nos colocan sobre aviso en cuanto a la vulnerabilidad política de un proceso de integración que insista en las políticas neoliberales, que no vaya acompañado de políticas que busquen cierta homogeneidad comercial, productiva y económica antes de lanzarse en la imposición de políticas neoliberales que solo resta soberanía a los países más pobres, miserables y comprometidos estructuralmente con los designios de los dioses dominantes. Bajo estos parámetros los países mantienen en

cuanto regímenes políticos la autonomía y cierta soberanía sobre algunas de sus políticas fiscales pero, la adopción de políticas más profundas dirigidas por la lógica neoliberal, finalmente traslada a la esfera regional instrumentos centrales de economía y comercio que hacen a la soberanía nacional. Por ejemplo, la decisión sobre el tipo de cambio. El problema es que la decisión sobre el tipo de cambio es fundamental en el manejo de la productividad nacional, del desarrollo de un proyecto de país donde todos sus sectores se integren en una matriz de equilibrio. Es decir, los países que adhieren a una moneda común bajo la óptica de los dominantes lo que hacen es renunciar a un proyecto autónomo de equilibrio y de desarrollo nacional basado en los recursos propios. Entonces, para defender la soberanía nacional es necesario la integración y la modernización del aparato productivo local incluyendo el sector de materias primas e industrial a través de vínculos regionales y una estructura productiva integrada que busque el pleno empleo de la fuerza de trabajo y el mejor aprovechamiento de nuestros recursos. La importancia de un cambio de equilibrio desarrollista milita en esa perspectiva y de ahí que es fundamental. Al respecto, una política macroeconómica significativa porque redunde en nuestra soberanía nacional es la resolución del tema de la deuda externa con los acreedores y la deuda social con los trabajadores a través de políticas que trabajen en favor del desendeudamiento y de la inclusión social a través de la generación de trabajo. El drama político, económico y social de la deuda fue de la mano de otro drama, el de la instauración de la dictadura cívico-militar previo golpe contra los trabajadores el '73. Sin dudas, fue éste el peor período económico tanto para Chile como para el resto de nuestros países donde- no es casualidad- el neoliberalismo hizo de las suyas con toda la impunidad que lo caracteriza. El desenlace fue trágico en algunos países. Argentina con diecisiete tipos de monedas circulando al unísono en reemplazo del peso, el trueque como alternativa en un régimen donde el mercado se vino de bruces, el corralito, el corralón y los bancos inoperantes, una cuasi guerra civil en Bolivia y otro tanto en Ecuador y Venezuela. El resultado del neoliberalismo se expresó en la marginación, en la exclusión social, en el quiebre del mercado productivo y del consumo agravándose los problemas de la inseguridad. El deterioro de esas variables sociales se expresó en el desempleo y la falta de expectativas. Muchas veces la misma Constitución fue violada para intentar reestablecer las estructuras del régimen político. En ese contexto muy crítico, la seguridad jurídica también se convirtió en una quimera como la propia posibilidad de controlar el peso de la deuda o la gobernabilidad macroeconómica.

Para solucionar el problema de la deuda y mejorar las circunstancias de crecimiento de nuestros países es importante favorecer la transformación de la matriz productiva nacional que ahora y a través de otros elementos del

crecimiento y del desarrollo en términos humanista, aplicará nuevas políticas y medidas económicas más alejadas del credo neoliberal y más cercanas al bienestar de los trabajadores. En ese sentido, los gobiernos populares siempre buscan controlar las herramientas básicas de la política macroeconómica para plantear otro modelo de desarrollo, es decir, para plantear el presupuesto, el valor de la moneda a través del tipo de cambio y otra política en relación al pago internacional. El desarrollo del régimen nacional en lo político, popular en lo cultural y fuertemente soberano en el ámbito de lo económico, siempre trabaja en favor del trabajador porque la gestión de éste se basa en la propia movilización y participación de los trabajadores en la construcción de la agenda de gobierno. ¿Cómo éstos podrían actuar contra sus intereses en el largo plazo, como clase de trabajadores? En realidad, aunque en otras etapas históricas de hecho actuaron contra sí mismo- apoyando regímenes políticos reaccionarios- la conciencia que es necesaria para el surgir de los regímenes populares no hace muy posible esa vuelta a la reacción, a la peor época del control de los neoliberales. Esta nueva fortaleza de la economía, producto de las directrices del modelo popular y soberano, nos permite reformular otras propuestas en la resolución de la deuda que incluso permitió el pago de los compromisos con el Fondo. Entonces, el encuadre de la deuda bajo límites ahora manejables con recursos generados en la producción nacional permiten algunos cambios radicales en el encuadre macroeconómico para desde ahí recuperar no solo la industria nacional, el mejor aprovechamiento racional de recursos y el empleo, sino también la seguridad jurídica y leyes que en su momento fueron demolidas por el neoliberalismo. La solución de la cuestión de la deuda se debe entonces a los méritos del modelo productivo porque, en el transcurso de los tiempos inaugurados a partir de las crisis, los países más comprometidos con el cambio dejan atrás las restricciones externas a su desarrollo apoyándose en la generación de recursos productivos propios que permiten un equilibrio y superávit de la balanza de los pagos internacionales. Además, el régimen popular e inclusivo deja atrás la restricción fiscal a partir del superávit de las finanzas públicas que nos permiten destinar recursos al consumo popular, inversión en infraestructura para mantener el empleo y la demanda agregada y hasta aplicar políticas inclusivas. Esta es la base sobre la que se sostendrá la soberanía en el ejercicio de la política económica.

Respecto a la legalidad o no de la deuda hoy mucho no importa. Creo que antes que abrir viejos debates en relación a la deuda, que nos hace correr el riesgo de desatender lo fundamental que es la movilización de los recursos nacionales para el desarrollo, hay que fortalecer la capacidad de decisión y soberanía en un contexto global neoliberal que siempre furtivo y agazapado está al acecho para hacerse con la vida del hombre. Es decir, solucionado en gran parte el tema de la deuda, la primera prioridad es retener y reciclar el

ahorro interno en el proceso de producción convirtiendo a nuestros países en la base fundamental y en el lugar más rentable de inversión de esos recursos. Ahora que la deuda ya no condiciona de manera definitiva nuestro desarrollo y opciones de crecimiento es necesario priorizar esa agenda pública que nos permita plantear, definir e implementar políticas públicas que defiendan de la manera más racional posible el financiamiento del desarrollo. Es necesario militar en favor de las múltiples urgencias y necesidades de los trabajadores para que de una vez por todas podamos dormir en paz.¹²

Las consecuencias de la crisis en la estructura política.

¹² La concepción política del desarrollo bajo los términos de los gobiernos populares es que las políticas de estímulo al consumo del trabajador y el aumento del gasto del sector público en ese sentido, junto con una demanda mayor de productos exportados derivada de una globalidad que expande la necesidad de materias primas del tipo agroalimentarias, mineras y energéticas y un cambio de equilibrio desarrollista más o menos correcto, eran suficientes en la generación de los elementos necesarios para que los empresarios respondieran a través de las inversiones productivas. Desde esa perspectiva ya no era necesario ocuparse en incentivar de manera directa la expansión de la capacidad de producción de las pequeñas y medianas empresas porque ésta se acomoda más o menos de manera automática a los requerimientos y necesidades del mercado interno y global.

Esto solo es cierto hasta antes que se desate una crisis porque como consecuencia de ésta los objetivos más inmediatos del gobierno no es el crecimiento de la economía sino amortiguar la recesión y los efectos de esa coyuntura crítica. La receta más fácil es atizar la demanda fomentando el consumo interno y una suba considerable pero momentánea del gasto público. El problema es que una vez superada la emergencia derivada de una crisis y ya recuperado el crecimiento del país a través de la recuperación de la demanda externa pero también de políticas públicas aplicadas por el gobierno en relación a la defensa del empleo y consumo, el nuevo dinamismo del mercado interno no está acompañado por un proceso de inversiones privadas tan vigoroso como en el período anterior a la crisis. Por eso hay que incentivar la inversión productiva a través del financiamiento a largo plazo como factor clave para el crecimiento en varios sectores del sistema productivo nacional. El problema es que aún hoy el mercado de capital es bien pequeño y solo acceden en la práctica las corporaciones globales. Además, el sistema bancario continúa fondeado con recursos y depósitos a muy corto plazo que militan contra el financiamiento de las pequeñas y medianas empresas en el sentido de que las entidades financieras usan sus recursos para préstamos al consumo, con elevadas tasas de interés y riesgos más bajos en relación a los proyectos de inversión productiva mucho más riesgosos y menos redituables en el corto plazo.

De esta matriz financiera deriva la necesidad real de que el sector público se comprometa en un rol activo en el financiamiento de la inversión productiva a largo plazo. Las definiciones que hacen a las formas de la inversión pública para enfrentar los desafíos del crecimiento, ahorro, consumo y la producción nacional se postergó en el tiempo porque el ímpetu de la demanda agregada alcanza para impulsar el proceso de acumulación.

El problema del régimen neoliberal en Latinoamérica, del que algunos gobiernos se hacen eco y defensores hasta conducir a su propia caída, es que en el ámbito político y económico solo se permiten divergencias de opinión pero nunca diferencias de intereses. De esa forma, esos gobiernos coartan la libertad de opinión y expresión apostando, al igual que en otros países, por una democracia formal y timorata. La democracia es coartada simplemente porque dentro de este contexto los intereses no son, bajo ningún punto de vista, negociables. Es decir, no es posible colocar en duda estos intereses porque hacerlo significa limitar la lógica y las propias estructuras en que se sostiene el neoliberalismo. Entonces, no es casual que en esas circunstancias el régimen político para protegerse a sí mismo tenga que luchar contra las aspiraciones y expectativas democráticas y del bien común planteadas por los trabajadores desde múltiples instancias y a través de sus propias canales de representación política. No es posible hablar de intereses porque habría que evitar bajo cualquier circunstancia el conflicto o la lucha de intereses y de clase; solo es posible la moderación. Solo es posible hablar en términos de consenso y diálogo, de un solo interés relacionado con la formalidad de la democracia y del régimen y por lo mismo ese pluralismo político, que está totalmente falto de contenido porque se encuentra desligado de la justicia social y de los intereses de la mayoría, no es viable políticamente hablando. La herencia de los gobiernos neoliberales que son los que permiten una vez más el saqueo de los recursos del país y la fiesta para pocos, los de siempre, los grandes grupos económicos que encontramos en las sombras ejerciendo su presión sobre las instituciones democráticas, es tan nociva para el país que la crisis neoliberal mientras dura viola constantemente la misma Constitución para lograr una mínima gobernabilidad. En fin, se trata en este contexto de devolver la gobernabilidad a un país que la pierde por la lógica del régimen y así la violación de esas normas es necesaria para volver a ciertos parámetros de normalidad política. En otras palabras, el neoliberalismo solo es funcional en momentos de auge, de las vacas gordas y abundancia y muestra toda su impotencia frente a las crisis. En última instancia, el neoliberalismo más o menos extremo, como el que se aplicó en Latinoamérica en la década de los '90, ni siquiera en la práctica es capaz de resguardar la democracia formal porque incluso los intereses de esa democracia en ningún caso pueden estar sobre los intereses del capital. Los hechos así lo demostraron.

Es ésta precisamente la principal lección que nos entrega la experiencia latinoamericana. La democracia formal cuando no es capaz de rebasar los límites de ese formalismo, cuando no es capaz de derivar hacia radicalismo y se queda, entonces, más temprano que tarde se incuba una crisis que termina afectando la lógica de la acumulación privada del capital desde la perspectiva neoliberal. Esto no es novedad porque hace mucho que los latinoamericanos

vivimos de crisis en crisis mientras los dominantes, a través de los muertos, desaparecidos, de los violados y torturados, intentan coartar constantemente los derechos del trabajador. La novedad de la crisis es que nos demuestra que el neoliberalismo es tan ineficiente, es tan profundamente irreal y fuera de sí, de sentido, es tan utópico y pletórico de fábulas que tampoco es capaz de sostener, en las situaciones extremas, esa misma democracia formal, es decir, un régimen político que apenas se queda en pretensiones. El neoliberalismo, surgido al calor de la represión de la dictadura en Latinoamérica, es contrario al reformismo del anterior régimen, el de bienestar o desarrollismo, porque no reivindica bajo ninguna circunstancia esa democracia social, de igualdad de oportunidades, de puja distributiva y de intereses entre la fuerza de trabajo y el capital que fue característico hasta la imposición del neoliberalismo. El desarrollismo colapsó en Latinoamérica en general pero nunca implicó una crisis social, política y económica de la envergadura de las padecidas bajo el neoliberalismo. El régimen de bienestar colapsa en cuanto fue un reformismo como fin que no pudo derivar en el radicalismo político. Entonces, ante la imposibilidad del radicalismo político, se impone la represión y la reacción a través de dictaduras de seguridad nacional que hacen el trabajo más sucio que requería el neoliberalismo para consolidarse en nuestros países. En ese momento, en que entra en crisis el régimen de bienestar, los problemas, las disyuntivas y antinomias del régimen eran claramente estructurales y por eso es necesario el cambio en sentido popular o reaccionario. La lucha de clases es quien define la alternativa. Evitar la democracia pura y formal era la tarea de esas y estas generaciones para encauzar el desarrollo del conflicto en beneficio de los trabajadores.

Se supone que teóricamente el poder tiene que ser capaz de generar consensos (en beneficio de la primacía de los intereses de los trabajadores y solo en ese sentido) frente a los grandes problemas, soluciones y resoluciones que es capaz de planetar el régimen. En cambio, bajo el neoliberalismo el poder es usado como instrumento macabro y peligroso, demoníaco y pérfido de neutralización de los otros que son definidos en base a la teoría de los amigos y enemigos, es decir, de todos los que cuestionan la primacía del derecho a la propiedad. Todos nuestros países a través del régimen político desde siempre exploramos el tema de la legitimidad del poder, del ejercicio de ese poder a través de las maneras de conciliación de los conflictos de intereses, de unos y otros, que favoreciera la gobernabilidad democrática en el sentido de legitimidad y de evitar la disgregación del cuerpo social que va contra todo intento de formar una comunidad más o menos democrática. Desde la lucha de los trabajadores por sus derechos más elementales pasando por la profundización del cambio durante la Unidad Popular, que trazó un arco de incorporación social fenomenal, los trabajadores chilenos lucharon,

década tras décadas, por derechos y reivindicaciones que les corresponden como mayoría. Desde el tiempo de la emancipación de la metrópoli española este proceso tuvo sus avances y retrocesos pero es importante entender que solo bajo la óptica del neoliberalismo podemos hablar de reivindicaciones de los trabajadores porque precisamente ese régimen político fue quien cercenó los derechos de los trabajadores que eran preexistentes al régimen neoliberal. En otras palabras, antes del neoliberalismo, cuando el régimen luchaba por crear derechos e incluir a los trabajadores en los beneficios de la producción de bienes nacionales, podíamos hablar de vindicaciones porque se luchaba por la incorporación de derechos que antes no existían, derechos que los trabajadores antes nunca habían tenido. Por ejemplo, se creó el derecho a la sindicalización, vacaciones pagas o el derecho a la jubilación, mientras que en la etapa neoliberal se habla de reivindicaciones porque se busca recuperar todos esos derechos perdidos. En ese sentido, una política de derecha es la que excluye porque sus intereses son elitistas, es decir, solo defienden los derechos de minorías sobre el interés de la mayoría mientras que las políticas de la izquierda incluyen y crean derechos. Por ejemplo, la ley del matrimonio gay es inclusiva porque incorpora a la legislación a personas que por su orientación sexual estaban excluidos del matrimonio legal y por eso del derecho a pensiones por viudez o derechos de herencia, etc. Esta es una ley de izquierda porque incluye al igual que la ley que busca desmonopolizar la información porque crea nuevas voces en el espectro de las comunicaciones.

La tarea de los sectores de la izquierda es la creación de derechos para la inclusión social. Así, no es posible que nuevamente dejemos que la idea del poder sea despolitizada como si no tuviera nada que ver con la lucha por intereses de clases. La dictadura de Pinochet en ese sentido destruye y logra cambiar muchas cosas. Ahí es donde los trabajadores hablan de luchas de reivindicación porque se trata de recuperar derechos perdidos. La dictadura de seguridad nacional además de dar el puntapié inicial en relación a las reformas neoliberales contiene una tremenda diferencia con los regímenes anteriores que es el tema de la deuda externa a través de la cual los militares condicionaron el desarrollo nacional por muchos años. En esa época Chile es incorporado a las condiciones del Estado capitalista global. En consecuencia, el neoliberalismo domina ya sin discusiones a partir de esa época donde se produce vía privatización de empresas públicas una gran enajenación de los activos de los trabajadores chilenos, construido por décadas con el esfuerzo de todos, que se acompañó con otras medidas de reformas estructurales que implicaron en el país la imposición de otro modelo productivo, otra lógica económica y valores que acompañarán esos cambios. Son esas circunstancias de refundación del régimen político, ahora neoliberal, el verdadero causante de las crisis de gobernabilidad que siempre terminan por estallar en perjuicio

de los trabajadores. La crisis de gobernabilidad es producto de un proceso de grandes transformaciones que van contra los intereses del trabajador con motivo de otra orientación económica, del dominio de otra racionalidad que reivindica lo financiero y que a su vez denosta la producción nacional en beneficio de nuestra inserción subordinada en esa nueva globalidad definida a partir del neoliberalismo. Desde esta perspectiva es necesario que cada uno asuma como trabajador la responsabilidad colectiva que le compete en las crisis producida por el régimen neoliberal que, con sus políticas públicas altamente reaccionarias y autoritarias, centralizan y concentran el poder, la riqueza y la propiedad en pequeños feudos y espacios de decisión, es decir, en un staff de especialistas, tecnócratas y managers que responden siempre a los intereses de sus patrones quienes definitivamente defienden y reivindican a su vez los intereses de las transnacionales que no por eso dejan de tener también intereses en nuestros países.

Si la democracia no cumple con sus expectativas frente a los intereses y necesidades de los trabajadores este proceso, ante la ausencia de un arte de poder posible, puede derivar en un retroceso de las fuerzas democráticas a nivel de la toma de decisiones al interior de los regímenes políticos. Es decir, cuando el régimen se muestra impotente en la solución de los problemas del trabajador con un auténtico sentido de justicia e igualdad de oportunidades, entonces, los perjudicados son los trabajadores pero- al mismo tiempo y en la misma proporción- se perjudica la autoridad de la dirigencia política que dice gobernar democráticamente. Es lo que pasa con el gobierno neoliberal y así la primera crítica que tendríamos que hacerle es que hay improvisación e incapacidad gobernante para desarrollar ciertas políticas en beneficio del trabajador. De hecho, el desempleo endémico asola todas las estructuras sociales y los que menos resisten terminan aceptando contratos de trabajo cercanos a la esclavitud vía flexibilización laboral. Este drama ciudadano que se configura, el de las interminables colas en búsqueda de un empleo, en los rostros curtidos y melancólicos de los que aún trabajando son flexibilizados, reflejan sin más el fracaso del neoliberalismo en el ámbito económico pero también en lo político por la improvisación inherente de una clase dirigente que no tiene capacidad de conducir un proceso de cambios en beneficio del trabajador. Este tipo de nuevo folclore ciudadano, el de los desempleados y excluidos de los beneficios sociales, desmiente el andamiaje institucional, político, normativo y legal de los milagreros de turno porque la situación se deteriora de forma irreversible. Los ajustes son hechos contra el asalariado, contra el sector productivo, las pequeñas y medianas empresas nacionales, contra el salario real, el consumo, la salud y la educación de modo que el desempleo nos muestra como éste juega un rol de disciplina fundamental en relación a las expectativas de esos que todavía conservaban su fuente laboral.

El deterioro de los salarios y el desempleo como disciplina social juega un rol determinante en la transferencia de los ingresos desde los sectores más pobres a los poderosos y exclusivos. El deterioro del salario es central para entender la injusticia, la pésima distribución de la riqueza y la notable expansión económica con la que son favorecidos una vez más los principales grupos económicos, locales y foráneos, bajo el dominio de los neoliberales. El neoliberalismo es una gran dictadura civil al servicio de los mercados financieros defensores de la especulación y las rentas y contra los intereses de la producción nacional, del ahorro y del consumo interno. En lo político, este régimen se convirtió en una especie de democracia formal, delegativa y reaccionaria que tuvo que hacerse con las mejores armas de la represión para defenderse del descontento. De ahí, el autoritarismo de este régimen. Por eso no es exagerado plantearlo en términos de dictadura civil o de monarquía porque en ambos casos se pretendió absolutista, es decir, una vez que se agota el mecanismo reaccionario del golpe de Estado (que hizo uso de las fuerzas armadas para instaurar proyectos políticos que de otra manera no podrían acceder al poder) el mercado neoliberal usa sus recursos de poder para disciplinar a los trabajadores a través de golpes de mercados, los sube y bajas de la bolsa, los prefabricados índices del riesgo país, las inversiones y las fugas de capital que entre otras tantas medidas son métodos que los mercados tienen a su entera disposición para intervenir, en propio provecho, en el debate de la agenda pública.

La *dictadura civil*, es decir, la concentración del poder en manos de actores defensores del mercado neoliberal, a través de su poder financiero y productivo y bajo el ropaje de la entelequia denominada *mercado*, volvieron a mostrar que en esa Latinoamérica de fines del siglo XX eran los mismos mercados y su automatismo quien controló los hilos del poder que tomaban las decisiones que de una u otra manera nos afectaron a todos. Y en tanto son esos mercados los que manejan y controlan el poder también tienen su propia concepción de lo que es el régimen político, es decir, un aparato institucional circundado por organizaciones, movimientos y grupos de intereses populares y de los patrones en exclusivo beneficio de los teoremas del automatismo del mercado. Pero, en perjuicio de ellos, las mismas voces que en sus gobiernos se alborotan por las presuntas intenciones desestabilizadoras de los sectores populares o por presuntas intenciones de desestabilización de los reclamos sociales expresados en el fuerte descontento y movilización, guardan silencio ante las intenciones de construir una región donde dos tercios de la población estarían ausentes. A esa altura, los funcionarios neoliberales tendrían que saber que la estabilidad y gobernabilidad política- democrática se desmorona cuando se acentúan las desigualdades sociales a través de una regresión en la distribución de las riquezas o, en otras palabras, la polarización social se

acentúa como consecuencia de la extrema pobreza y extrema riqueza. Desde ese momento, los mercados ya son dueños absolutos de la situación política de una monarquía que no puede construir nada nuevo. Los neoliberales ahora medios locos y desenfrenados, hinchados de insolente orgullo y trastornados como ese genio que ya no tiene control sobre sí mismo, saben perfectamente a que situación se encamina un régimen neoliberal y aún así insisten en la prédica neoliberal. Saben que en esa situación extrema, a la que nos conduce la impericia neoliberal con su equipo de tecnócratas, ni el gobierno ni las empresas aguantan por mucho tiempo sin caer en la quiebra.

En ese contexto, la reacción lógica de la mal llamada centro izquierda, de ese reformismo típico de los sectores medios que nada resuelve porque nunca es el momento, nunca están dadas las condiciones, la única reacción de ellos es prepararse para las elecciones como si en verdad alguna vez, bajo el formalismo neoliberal, ellas pudiesen tener alguna incidencia para cambiar la realidad. El principio de autoridad así se encuentra en un gran peligro pero no por las movilizaciones del trabajador sino por la avidez, nunca saciada, de los escasos beneficiarios de las permanentes concesiones a las demandas de los neoliberales. Por su parte, el neoliberalismo- ese régimen político que está truncado, sobornable y garante de los intereses de los dominantes- nos demuestra lo increíble de la tragicomedia de creer que una clase dirigente neoconservadora, del ala más derechista de la política, es capaz de dirigir un gobierno que se pretende progresista. Mientras tanto, los trabajadores tienen toda la razón al protestar aún sabiendo que no encontrarán en ese modelo las soluciones a sus problemas y dramas cotidianos porque el continuo deterioro de las formas y variables que indican y hablan sobre la grave situación social, justifica cada huelga que el gobierno tiene que afrontar. ¿A quién no le afecta la regresión en la distribución del ingreso, el desempleo, la situación de los jubilados, la crisis de la industria, de las pequeñas y medianas empresas y la pérdida de esperanza en un futuro más promisorio? Preguntemos qué pasó con el neoliberalismo y saquemos nuestras conclusiones porque un pueblo sin memoria es un pueblo que se condena a repetir sus errores. En realidad, lo que pasó con el neoliberalismo en Latinoamérica es el gran fracaso de éste, de sus paradigmas e incluso del Estado capitalista. Primero fracasó el socialismo real y hoy lo hace el Estado capitalista. Lo que fracasó son estos regímenes políticos y Estados nacionales que basan su lógica y razón en la absoluta primacía del derecho a la propiedad. Fracasó el Estado capitalista como forma de satisfacción de las necesidades de cada cual y resolución de los problemas inherentes a cualquier régimen político. Fracasó el capitalismo como forma de producción y acumulación, como forma de vida y acceso a los bienes por todos producidos. El capitalismo en su versión neoliberal se mostró por fin en toda su crudeza, sin caretas ni máscaras, sin falsas teorías o

conceptos engañosos, se muestra con toda su crueldad y ésta se manifiesta de manera cotidiana por todo el tejido social. Por eso, tenemos que defender el trabajo, la producción nacional, la integración y la independencia del pueblo.

El neoliberalismo por fin se muestra como lo que es, es decir, como la sociedad del odio y del rencor, de la exclusión, marginación y los ajustes. Un régimen que desde ahora carga sobre sus cabezas la responsabilidad de haber hecho a nuestros países mucho más injustos, empobrecidos, dependientes y elitistas. Pero, no hay autocrítica y pretenden continuar mostrándose como los amos, los esclavistas y señores feudales, los reyes y aristócratas que se están a la vanguardia del crecimiento económico mientras nosotros tenemos que sostener el régimen político para que ellos puedan seguir gozando de sus granjerías. La gran tarea para Latinoamérica en general es poder profundizar la democracia en sus aspectos humanistas porque este régimen político es el único que está capacitado, en las actuales condiciones, para defender y para realizar los logros y conquistas necesarias que nos conduzcan a la inclusión. Los derechos, cualquiera que sean éstos, no se conquistan por la vía de la indignación o del grito sin sentido porque en el fondo estas son acciones y posiciones pasivas porque consideran que los que tienen que darnos esos derechos es un poder superior. Nada está más alejado de la realidad porque ese poder superior hoy en muchos de nuestros países son las corporaciones, todos esos que ocupan lugares de privilegio y poder al interior del régimen a expensas de los derechos y la cultura popular. Es necesario y justo decir que la realidad siempre es una lucha de intereses, una lucha por la primacía y el poder por aplicar políticas públicas que reivindiquen ciertos derechos y no otros. Esto no es criticable pero lo condenable es creer que la realidad tiene que ordenarse de ésa y no otra forma por el simple hecho de que nos gustaría que así fuera. Queda por hacer y el pleno empleo, que creo perfectamente racional y posible con la aplicación de las políticas adecuadas, todavía es un simple deseo. Trabajar a favor de ese pleno empleo implica la movilización de nuestros recursos, la participación de las organizaciones representativas de los trabajadores y en ese contexto de lucha tenemos una responsabilidad por delante.

La exclusión como opción y las alternativas de la democracia.

La meta final de los dominantes es el neoliberalismo por lo menos en esta etapa de la historia de la lucha de clases. Después vendrán otras épocas y formas de dominación pero también de lucha, emancipación y libertad. La meta es el régimen político que en realidad no es, es decir, el régimen falso, vigilado, mínimo y tutelado, ese Estado que sustenta al neoliberalismo. Y es que el neoliberalismo hace muy bien sus deberes por lo menos en los países

mucho más dependientes de los centros globales del poder. Así, el golpe de Estado del '73 no fue sólo para disciplinar a la militancia política, a la clase de trabajadores, sino que también fue un golpe para disciplinar las fracciones del capital. Ya anteriormente se había agudizado la crisis entre los sectores dominantes tradicionales, o sea, entre la burguesía ligada a materias primas y la burguesía industrial con una fuerte presencia de un tercer componente que es el capital financiero más concentrado. En esos años, donde se necesitaba reformular el modelo de acumulación del capital vigente por la crisis que atraviesa el Estado capitalista a nivel global, existían fuertes disensos entre esas tres fracciones de la clase dominante que controlaban el régimen. Es precisamente el neoliberalismo de la mano de la dictadura la que unifica esos grupos en pugna: la herencia de la dictadura en Chile fue dejar un país devastado y atado al capital financiero con un régimen político que convirtió la deuda privada en pública, salarios reales que perdieron más del 50% de su valor y el desmantelamiento del sector público, etc. Lo peor de todo es que los mentores ideológicos del neoliberalismo local, que siempre actúan bajo las sombras, nunca rindieron cuentas ante la justicia por la responsabilidad que les compete en la imposición de las dictaduras de seguridad nacional latinoamericanas. Sin embargo, el legado que dejaron, que es tan sanguinario como el de los militares y su responsabilidad en la represión, aún permanece impune traduciéndose en un legado de pobreza estructural, de desocupación y deuda.

Cuando en Latinoamérica el neoliberalismo políticamente no da para más los trabajadores- ya estupefactos e incrédulos- en algunas oportunidades no fueron capaces de reaccionar cuando el régimen en su delirio fue incluso por la educación y la salud pública. En ese caso concreto, los trabajadores de esos países debieron pagar muy caro en esa época determinante la falta de un proyecto político alternativo a las directrices neoliberales. Hoy como ayer, la construcción y definitiva consolidación del régimen popular y soberano pasa por construir, desde el humanismo, la unidad del movimiento popular para desde ahí dar las batallas necesarias para hacer del país una realidad donde la puja distributiva milite a favor de los necesitados. Hay que acabar de una vez por todas con ese reformismo bastante estéril que solo busca adaptarse con sus ideas a las nuevas formas y exigencias del mercado y que en ningún caso plantea cuestionar estructuralmente el funcionamiento del régimen neoliberal expresado en el automatismo del mercado y del trabajo. Solo así se entiende como muchas agrupaciones y partidos políticos de “izquierda” militan contra el proyecto nacional, popular y soberano. De hecho, en la mayor parte de las veces le hacen el juego a la derecha con el espurio poder que por una vez supieron conseguir en el Congreso. Y como no tienen esos sectores un real proyecto alternativo, como no tienen otra economía que supere la lógica de

los mercados, de la libertad de éstos, entonces, creen que todo lo relativo al ámbito social es populismo y asistencialismo relacionado con épocas que ya no volverán. En eso percibo el terror a ser catalogados de utopistas, el horror de perder las migajas del poder que el neoliberalismo tolera para ellos y, en fin, el terror de no estar a la altura de las circunstancias y así trabajar contra el movimiento popular exigiendo, eso sí, deslumbrantes maravillas a partir de una posición de intelectuales orgánicos. Esto, antes que una estrategia real de poder me parece más bien conformismo y sumisión, cobardía e inoperancia política e ideológica. No son capaces de estar a la altura de las circunstancias al no poder construir poder en favor de las mayorías nacionales. Hoy como ayer nos hablan de seguridad jurídica, de autoritarismo, de asistencialismo y populismo. En plena época neoliberal se habló de la seguridad jurídica de las empresas, figura que estuvo presente en todas las demandas de las grandes corporaciones, lo que esconde el anhelo que ningún cambio político a favor de los trabajadores y sus intereses alterase las férreas reglas del juego de la economía. Sin embargo, esa seguridad jurídica, en los hechos, nunca existió para los trabajadores simplemente porque no hay igualdad ante la ley. Y si la máxima autoridad del gobierno reniega de sus responsabilidades o se desvía de sus deberes de funcionario público está rebajando la calidad institucional del régimen. En ese sentido, el poder político del régimen podrá actuar o no sobre las causas de este y otros conflictos pero tarde o temprano deberá enfrentar las consecuencias de sus conductas y omisiones. Los neoliberales y sus lacayos todavía no pagan con creces este error. El gobierno en manos de los neoliberales tienen una infinidad de problemas y dificultades pero tampoco son consecuentes cuando se trata de construir un gobierno al persistir en negar la inherente dignidad de los trabajadores.

Este cuadro sombrío termina por completarse con el hecho de perderse toda alternancia y alternativa posible en el oficialismo o en la oposición que consiga arraigarse en el sentimiento y cultura popular como opción frente al neoliberalismo. Entonces, la calidad institucional del régimen no mejora con el neoliberalismo y por el contrario éste exacerba todos los dramas colectivos porque en realidad el régimen en las manos de los grupos de interés más conservadores no cuentan con ninguna iniciativa concreta para buscar sanear las estructuras de este poder. De hecho, los gobiernos al servicio exclusivo del banquete dominante hacen todo lo posible para convertir esas estructuras en una monarquía absoluta donde la corona reposa sobre la cabeza de los grupos de poder dominantes. De lo anterior se desprende que el siempre deficiente funcionamiento del régimen en esa Latinoamérica neoliberal de fines del siglo XX, sumado a los altos índices de corrupción y cesantía, no es una cuestión de simple política, de ética y de moralidad de la clase política y dirigente sino que se refiere a la capacidad del régimen político para actuar

con autonomía y libertad, con cierta capacidad de gestión y soberanía frente a los intereses económicos de las corporaciones nacionales y globales. Por eso, una reforma del régimen político no puede obviar y ser traducido en un problema de costos financieros de las campañas políticas, que no es un tema menor, o sobre los sueldos de los dirigentes de cualquier nivel porque el modelo neoliberal tiene cuestiones bastante graves por resolver en el ámbito de su funcionamiento y capacidad institucional. Los gobiernos neoliberales provocan un aumento endémico y constante de la pobreza, el resentimiento, la delincuencia y el oprobio en todos los sentidos donde cada uno de esos oprobios son alabados y sostenidos por la democracia formal y virtual, la democracia protegida, esa que es formalista y truncada en sus aspiraciones. Esos oprobios, hay que decirlo, fueron abalados también por la educación, los libros, las leyes, las normas y nuestros votos. Se nos dijo que no había otra salida y terminamos despreciando nuestras vidas. Despreciamos todo: la dignidad, el trabajo, la producción, la autoestima y la educación de nuestros hijos. El problema es que cuando esos valores se pierden, cuando la vida es un simple oprobio y gran incomodidad entonces todas las reivindicaciones a favor de la vida del hombre se vuelven insuficientes. Al contrario, es el marxismo y su humanismo quien articula con la dignidad de los trabajadores mientras la razón neoliberal no puede hablarnos de la dignidad porque este término le es ajeno. No se discute y no se le nombra porque no tiene sentido. Es de irracionales hablar de dignidad, de idealistas levantarla como bandera de las reformas o de un proyecto político porque en verdad la dignidad es peligrosa. Es subversiva: en ella se condensan muchos derechos humanos. En la dignidad se condensan las aspiraciones, las necesidades y los valores más inmediatos, los derechos más urgentes y las conquistas vitales.

El problema de las políticas neoliberales sobre un programa y proyecto de desarrollo soberano y nacional, de crecimiento del mercado interno, del consumo y del necesario crédito para las pequeñas y medianas empresas, de la inversión y ahorro basados en los recursos nacionales, es que la expansión de las importaciones sobre las exportaciones (consecuencia primera del tipo de cambio sobrevaluado de la moneda nacional) genera desequilibrios y déficits de la balanza de pagos internacionales que no es capaz de facilitar al país las divisas necesarias para sostener el gasto e inversión de la economía. A partir de entonces, el país depende del ingreso de divisas y de los capitales externos, es decir, se hace eco del paradigma de los neoliberales para los cuales el desarrollo descansa sobre los capitales y el ahorro externo y no en la movilización de nuestros propios recursos nacionales. Sin embargo, como los capitales venidos desde el exterior son claramente insuficientes, las reglas del tipo de cambio disparan automáticamente un mecanismo de ajuste con serias consecuencias recesivas que no hace más que exacerbar la crisis sobre

el empleo, la pobreza y las posibilidades del desarrollo nacional. Ante este contexto de fondos y capitales insuficientes venidos desde el exterior por una cuestión de crisis del régimen, es decir, frente a la disminución del ingreso de capitales, el país es conducido, más temprano que tarde, a una contracción de los medios de pago y del crédito interno, elevando la tasa de interés que nos induce a la recuperación del equilibrio en un nivel de actividad ahora más bajo, es decir, mucho más excluyente. La restitución del equilibrio externo en esas condiciones aumenta el nivel de desempleo y compromete gravemente el cumplimiento de la restricción fiscal por la caída producida en relación al nivel de ingresos tributarios. En otras palabras, una eventual crisis bancaria, como la realidad nos mostró muchas veces, provocada por un cambio de expectativas de los inversores o por la insolvencia de los prestatarios, es un factor gravísimo y de riesgo adicional no solo para al sustentabilidad del sistema sino también del país. Por eso, llega un momento en que los países víctimas del neoliberalismo se debaten en un marasmo político, económico y social inaudito para la historia de nuestra región. Así tenemos confiscación de depósitos y ahorro, una dirigencia política insensible a los dramas reales del trabajador y corrupción e incapacidad endémica y brutal para entender la gravedad de los hechos que se viven. Por el grado de descomposición del neoliberalismo, los monarcas finalmente son desplazados por la indignación de la mayoría. Primero derribaron el régimen neoliberal y una vez alcanzada cierta estabilidad con un mínimo de equilibrio político, los trabajadores, entre sentimientos de incredulidad y desorientados se preguntan qué hacer, cuáles eran las causas de semejante desenlace crítico. Las causas tenían que ver con las consecuencias de las políticas de libertad de los mercados que cumplió su designio y su final. Al mismo tiempo, el panorama económico se caracteriza por un manejo de la cosa pública, de la agenda de gobierno impregnada de graves desprolijamientos, errores y horrores, de luchas, pujas personales y el manoseo electoral para acomodar las circunstancias a favor de una visión miope de la realidad. En suma, políticas de desregulación, privatizaciones y libertad de los mercados, la supremacía de la timba y la especulación sobre la producción (...) son solo variantes de una fuerte subordinación política y económica de los deudores, los trabajadores latinoamericanos, frente a los acreedores, o sea, los grupos de interés que responden a las transnacionales.

Los graves sucesos y trastornos vividos en los países con regímenes neoliberales son consecuencia de la implementación de ese mismo régimen que en sí contiene grandes deficiencias. La primera es la amplia exclusión y marginación de los trabajadores como opción del régimen neoliberal para defender y acrecentar, sin límites, la tasa media de ganancias del capital. El agravamiento de las crisis lleva al trabajador a un estado de indefensión y angustia ante los cuales, tanto el sector público como los grupos dominantes,

no pueden permanecer indiferentes a pesar de que insistan en ello. El sector público tiene la obligación política y moral de buscar otras salidas a todos los conflictos planteados socialmente porque es intolerable que se prolonguen en el tiempo. El Fondo Monetario Internacional como representante primero de los organismos globales de crédito, como representante de la especulación y de la economía financiera que reivindica el automatismo del mercado que es, en fin, el responsable directo de las continuas y constantes crisis a nivel del sistema comercial globalizado en los términos, intereses y directrices de los neoliberales, junto con la dictadura cívico-militar, esas que siempre fueron de seguridad nacional y que tanto horror trajeron a nuestra Latinoamérica y los años '80- '90 con la imposición de políticas de apertura, de desregulación y privatizaciones que también hicieron de las suyas, en la coyuntura política de cambios en el sentido de las democracias de inclusión y de gobiernos tanto nacionales como populares y soberanos, incluso el Fondo tuvo que ceder centralidad ante un actor más concreto: las corporaciones. De ahora en más, son las corporaciones quienes, en el diario trajinar que busca defender sus propios intereses, se convierten en actores centrales como sujetos opositores a los cambios auspiciados desde el sector público y los sujetos políticos que representan los intereses de los trabajadores. En esas otras circunstancias, también los medios masivos de comunicación y de información, en la medida en que son controlados por esas corporaciones, son un terreno que se torna central en la batalla por imponer la hegemonía propia. Entonces, lo que vemos ahí, la característica primera del proceso de lucha es precisamente el surgir de una fuerte confrontación entre el poder de esas corporaciones y el poder que generan los sectores populares. Realmente todo esto, el hecho de que se produzca esta confrontación entre intereses que en la práctica son opuestos, que además en el fondo son irreconciliables, no es novedad porque quien se compromete en un proceso de transformaciones, cuando son estructurales, debe producir, quiera o no, ciertas polarizaciones que no son menores ni superfluas. De hecho, en determinado momento, en la medida en que el proceso avance en favor de la igualdad y en la distribución de las riquezas, todos los actores y sujetos y actores políticos involucrados, como representantes de sectores, de algunos grupos de interés y clases sociales, se juegan el todo por el todo. Los que se beneficiaban de la situación anterior no pueden dejar el poder de manera voluntaria. Nunca pasó de esa manera en la historia del hombre. Todos y cada uno de los grupos de poder luchan, hasta el fin, en defensa de sus modos de vida. Es que están en juego intereses, formas de pensar, una lógica, cierta cultura y determinadas formas de vida que definen la pertenencia social de cada uno. Entonces, así como existe un discurso libertario, del humanismo excelso, existe también un discurso de lo político que es formal, abstracto e institucionalista. Esa manera de vivir la

democracia, formalista, abstracta e intitucionalista, frente a los cambios en favor de la justicia social y de la concreción de los derechos constitucionales, solo le queda insistir en la defensa del momento institucional porque es ese momento la base del estatus. El problema para esos grupos, directamente ligados a la ley y al orden neoliberales, es que ignoran que las instituciones no son ni pueden ser entidades neutrales. Por el contrario, las instituciones políticas, que son parte de las estructuras y bases del régimen, en cuanto tales son la cristalización de una relación de fuerza. Dicho de otro modo: defender de manera pura el sistema institucional es cerrarse a toda perspectiva de cambio y por ello insisten en la ley, en el orden y el estatus. En realidad, el cambio no tiene porque darse en contra de las instituciones pero todo proceso de transformaciones altera el equilibrio político e institucional porque cambia la lógica, las verdades, las definiciones y actuaciones del régimen. Por eso, si bien es importante la continuidad de ciertas instituciones, en el sentido de militar a favor de la previsibilidad de los conceptos de la democracia, lo primero es ser capaces de combinar la continuidad institucional con el proceso de transformación de las instituciones en favor de una gestión democrática del régimen político.

En relación al proceso de polarización al que me refiero, lo importante es que éste se efectúe ganando el consenso de otros sectores populares. En concreto, para que los sectores democráticos y populares logren primar por sobre los más reaccionarios, por sobre la clase de los patrones, tienen que consensuar con los estén dispuestos a luchar por el bien de la mayoría más allá de las condiciones sociales de cada uno. Si bien no es común que un movimiento popular tenga el acompañamiento de los intelectuales estamos en presencia de una revolución cultural que se basa ni más ni menos en la toma de conciencia de las mayorías. Y quien tiene conciencia histórica de lo que le está pasando puede orientarse y orientar esa realidad a partir de sus acciones y militancia. Conocer cuales son las alternativas políticas frente a las diversas encrucijadas históricas, conocer las fuerzas sociales en pugna por el control del régimen y conocer la lógica de funcionamiento del mismo, hace la diferencia porque nos evita vivir las crisis como meras coyunturas cuando la mayor parte de las veces esas crisis tienen directa relación con las formas y las políticas del Estado capitalista que se expresa a través de su correspondiente régimen. Ese conocimiento de la realidad, esa conciencia y esa nueva cultura en términos populares, que defiende el bien común, no es tarea para nada fácil porque difícilmente encontraremos un concepto más amplio y vago, que se use de tan distintas maneras, como el de *democracia*. En verdad, este concepto es usado tanto como sustantivo y como adjetivo, lo usamos para hablar de una persona, para decir si es o no democrática, y también al referirnos a una institución. En el ámbito de la política se usa para

reivindicar los derechos humanos como también para defender el terrorismo de Estado, se usa para profundizar en la igualdad de oportunidades pero también como excusa para invadir países y apropiarse de sus recursos. Lo usan los sectores dominantes para proteger sus intereses incluso a partir de formas de acción que se pretenden progresistas. El caso más emblemático al respecto es el reformismo político como final que en los países desarrollados, una vez que logran evitar el radicalismo, se expresa en la socialdemocracia y en el mal llamado *socialismo*. Tanto es así que éste- siempre bajo la forma socialdemócrata- plantea como eje rector de su impronta política- ideológica que la decadencia del capitalismo es altamente improbable porque el mismo tiene las armas de defensa que le permitirían autorregularse ante la llegada de cualquier crisis. Por supuesto que ellos no ven las crisis como consecuencia de la caída de la tasa media de las ganancias del capital. En todo caso, las armas que el Estado capitalista tiene a su alcance para resguardarse de lo que él considera las utopías igualitarias son entre otras tantas la posibilidad de obtener créditos y la capacidad de maniobra de la patronal, que políticamente se organiza en las cámaras de comercio desde donde defienden los intereses de los dueños del capital para así poder acceder con ventajas comparativas y en términos de dominio y monopolio, a los mercados que componen las formas de producción y distribución de bienes. Para los socialdemócratas, el Estado en su acepción capitalista se encuentra blindado por lo que, a lo más, simplemente podemos aspirar a la lucha por mejorar la organización y la administración del régimen político donde desde siempre rigen las leyes de la oferta y demanda. Por eso, la socialdemocracia en Europa, ante sus propias frustraciones y límites, deriva en el neoliberalismo que radicaliza esa idea de la oferta y demanda llevándola al extremo del automatismo de los mercados que rige en estos países. En esas condiciones, la democracia no tiene mucho que ver con la igualdad y con derechos fundamentales que hacen a la justicia.

Desde la perspectiva de los socialdemócratas ya no importa ni tiene sentido luchar por la igualdad o la justicia social llegado a determinado punto de desarrollo del Estado capitalista, cuando se consolida el neoliberalismo, cuando se consolida la guerra de civilizaciones, el fin de las ideologías y la historia. Traicionan sus ideales, los que alguna vez pretendieron reivindicar en favor de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Pero, de alguna manera, más allá de esa sobrecarga que asume el concepto de *democracia* en sus diversas acepciones, que tienen que ver con el desarrollo y la evolución de la lucha de clases, sigue teniendo y manteniendo una fuerte impronta de lo que fue la idea original del concepto, o sea, como promesa que siempre estuvo ligada a la idea de igualdad de oportunidades y de distribución de la riqueza. Es que la realidad nos muestra que los cambios en términos de la gestión popular como genuina expresión de los intereses y urgencias del trabajador,

de una o de otra manera, se hace camino al andar, supera todos los límites y se impone porque, en fin, la *(r)evolución* es un acto de creación y de acción política, mientras que la legislación, la ley y el orden que tanto defienden los neoliberales, antes que ser inmutable es la expresión política de la vida de una sociedad que existe, es decir, es expresión de la lucha entre los diversos grupos de intereses que representan a clases sociales que son antagónicas en sus aspiraciones finales. Muy por el contrario, el reformismo político, que decididamente nos plantea la reforma y la administración, el asistencialismo y las políticas del régimen benefactor antes que la inclusión social en base a la creación de derechos y la defensa de lo ya conquistado por los grupos y sectores populares, no posee fuerza propia, independiente de los cambios en términos estructurales. Es que en cada período histórico de cambios, la obra de los reformistas políticos es supeditada a la dirección que le imprime el ímpetu de la última *(r)evolución*. En palabras más simples, la obra de los reformistas en cada período histórico de cambios estructurales se hace en el marco de la forma social y del contexto creado por la misma *(r)evolución*.

La *democracia* como idea fuerza y rectora de los intereses populares, en la medida en que se impone una lógica superadora del egoísmo típico del capitalismo, en la medida que implanta el bien común y en la forma en que se impone a los preceptos ideológicos del reformismo como fin, donde la socialdemocracia es apenas una de las formas en que se manifiesta, siempre reaparece una y otra vez a lo largo de la historia, aunque a veces de forma caótica y diversa. El desafío de este concepto de *democracia* es que quienes pensaron las instituciones políticas, Francia, su revolución, el Iluminismo y la Ilustración, Estados Unidos e incluso muchos de quienes lucharon por la independencia de nuestra Latinoamérica, algunos de nuestros libertadores y sus ejércitos, que a veces incluso constituyeron el pueblo en armas, todos, cuando diseñaban las actuales acciones de gobierno y políticas públicas, no las entendían como democráticas porque ellos no las vivieron, menos aún las pensaron en términos de militar en favor de la igualdad de oportunidades o de la distribución de las riquezas. Hoy, frente a las transformaciones, es ineludible referirse a la cuestión de la igualdad de oportunidades para todos, la generación y distribución de la riqueza, el bien común y la satisfacción de las necesidades del pueblo. No hacerlo sería dejar el concepto de *democracia* en el limbo del formalismo y la abstracción que es típica de los dominantes y así jugar el juego que ellos quieren. No hacerlo es entregar ese concepto, que remite a mejores formas de vida y de calidad de habitación, a los neoliberales para que sigan riéndose de nuestras falsas libertades. No hacerlo vendría a ser dar por perdida la batalla cultural, teórica y práctica, que involucra de ahora en adelante una nueva cultura, valores y conceptos profundamente populares, inclusivos, de características nacionales y soberanos. Ese es el

cambio del nuevo siglo. Es necesario construir un régimen ampliamente popular que trabaje en favor de la democratización del consumo, la igualdad y el derecho a la vida de las personas.

Capítulo 6: Bases para un modelo de desarrollo.

Las cuentas pendientes del crecimiento y desarrollo.

En principio, en los primeros años del siglo XXI en Latinoamérica en particular se da un proceso de cambios caracterizado por importantes avances en el campo de la democracia en especial con la imposición de los Estados plurinacionales (en contraposición al Estado colonial anterior que además fue excluyente e incluso racista) que reivindica la soberanía de nuestros pueblos y su cultura, que busca el desarrollo a partir de los propios recursos y de la integración del régimen. Esto no quiere decir que el presente no preocupe, más que nada por las metas no cumplidas, por los valores despreciados y los derechos perdidos en plena época neoliberal. En el sentido de la igualdad, que llegó a ser muy importante en los años '50, hoy estamos claramente en retroceso lo que tampoco significa que no avancemos. Lo que digo es que el retroceso fue importante y el avance lento, de modo que los grandes grupos económicos y sus intereses, manifestados incluso de manera antidemocrática y falaz, continúan ejerciendo su poder a través de distintas formas de presión sobre las estructuras del régimen en general. Todavía en Latinoamérica hay un porcentaje nada despreciable de pobreza, de marginalidad y exclusión, es decir, de pobreza absoluta que no se soluciona con medidas económicas que están dentro de la lógica capitalista. Por eso, en el largo plazo el régimen de bienestar es ineficiente y entra en crisis. El régimen de bienestar es eficiente y políticamente viable cuando es pensado como tránsito a la *(r)evolución* lo que implica superar cada una de las estructuras capitalista del Estado. Así, hay millones de trabajadores que reciben prestaciones por parte del régimen, que son bienvenidas pero la realidad es que es asistencialismo y en cuanto tal solo está llamado a resolver las urgencias sociales que no es posible que perduren en el corto plazo porque son urgencias. Eso no es poco porque esa política asistencial busca aliviar las necesidades cotidianas, las que mejoran la vida de los sectores más vulnerables. Este *asistencialismo* deriva de la urgencia de esas necesidades insatisfechas que son consecuencia de una alta tasa de pobreza y marginalidad. Entonces, un primer paso para la solución de estas antinomias es lograr una mejor participación de los trabajadores en la puja distributiva porque a pesar de todo nuestra participación en el ingreso nacional cayó enormemente junto al deterioro de los servicios públicos. Por ejemplo, fue patente el retroceso del sistema educativo y de la salud pública respecto a la época desarrollista y no solo por las posibles restricciones al presupuesto, sino también por el deterioro de la capacitación laboral, la corrupción y falta de estímulos. El problema institucional es importante

porque es este quien garantiza y monitorea el cumplimiento de los derechos y principios establecidos por la Constitución de nuestros países. Además, a través de la ley, el régimen busca garantizar la justicia para todos. Fue la estrategia aperturista, neoliberal, impulsada desde las dictaduras de seguridad nacional, quienes desmantelaron las estructuras del régimen de bienestar y por eso son las responsables del deterioro político, económico y social de Latinoamérica. Es posible distinguir dos períodos fundamentales en relación a la imposición del neoliberalismo en nuestro caso: en primer lugar, el ajuste que se produce con la imposición de las dictaduras cívico- militares y sus formas de acción política fuertemente reaccionarias que reivindican las formas neoliberales tanto en lo económico como en lo político. En segundo lugar, un período de imposición de nuevas políticas relacionadas con la apertura económica, la desregulación y las privatizaciones de empresas del sector público que se llevaron adelante tanto en el período dictatorial como en el democrático.

Las dictaduras de seguridad nacional que entre los años '70 y los '80 (e incluso en los '90 en el caso particular de Chile) nos gobernaron a sangre y fuego adoptaron un proceso de acumulación capitalista muy distinto a los gobiernos militares y democráticos anteriores, es decir, cambió la orientación de la industrialización sustitutiva apuntando a la disciplina social, cultural y política de los trabajadores a través de cambios radicales en las estructuras del régimen desarrollista que dominó hasta el '73. En la concepción política de la dictadura cívica- militar de esos años, la disciplina del trabajador, en el aspecto institucional y político, se reforzó a través de una feroz represión de la cultura y los luchadores populares. A los ojos de los factores de poder más reaccionarios, era necesaria modificar drásticamente las reglas y condiciones estructurales del régimen político que había alentado el desarrollo e inclusión de los trabajadores como clase. Se buscó modificar la matriz productiva del régimen de bienestar imperante y así algunos preceptos centrales del nuevo régimen implementado en el período dictatorial dejó sus huellas sociales indelebles a través de la transferencia del empleo, la pérdida de capacidad adquisitiva del trabajador y una inusual concentración de riquezas. En este sentido, se produce una notoria desaceleración del trabajo, también la caída del salario real, el consumo y una nueva expansión del trabajo informal y del sector servicios que crece a ritmo acelerado y contra el empleo industrial. En cuanto a la distribución del ingreso en Latinoamérica en general éste cayó de forma considerable como también lo hizo la participación de la masa salarial como porcentaje del PBI. Por vez primera, en varias décadas, se produce una histórica movilidad social pero descendente tanto desde el punto de vista de la inserción laboral como el de la percepción de los ingresos. Como siempre, este descenso afectó a los sectores sociales más vulnerables. La democracia

posterior heredó una situación económica al borde del abismo, con presiones inflacionarias y déficit fiscal pero además con los problemas comunes de una transición democrática. De todas formas, estos problemas no son excusa para justificar a esos gobiernos que no estuvieron a la altura de las circunstancias históricas ni en el ámbito económico (donde en general tenemos un proceso de hiperinflación) ni en el ámbito social (donde se produce el crecimiento de la exclusión, la pobreza y el desempleo) ni en el aspecto institucional (leyes que legitiman la impunidad de los militares en relación a la violación de los derechos humanos). Entonces, se acentúa la caída de los salarios reales, la informalidad del empleo y la pobreza estructural que nos muestra una vez más la incapacidad de los gobiernos reformistas como fin en el momento de gobernar generando empleo y bienestar para los trabajadores. Lo anterior se manifestó en el desempleo abierto y en el subempleo, en la precarización del trabajo, su disminución y proliferación de ocupación informal degradándose las fuentes de trabajo, el financiamiento y las inversiones. La informalidad del trabajo y la precarización laboral continuaron acelerándose mientras que hoy ya es indudable que el régimen neoliberal y sus nefastas políticas para el desarrollo- y que se ungió como la ideología de los sectores dominantes- no habría sido posible sin las bases establecidas a partir de los golpes de Estado. Pero tampoco tenemos que olvidar el rol central de las distintas agrupaciones políticas, ya en democracia, que coadyuvaron perversamente a la destrucción del desarrollismo e imposición de las políticas neoliberales.

De esa manera, la característica fundamental del período neoliberal, tanto en tiempos de dictadura como en democracia abstracta y formal, es que estos gobiernos, en realidad todos de orientación neoliberal, provocaron el mayor descenso social, político y económico de la historia de nuestros países a través de la defensa de los intereses de los sectores dominantes. En los '90, ya con la Concertación en el poder, se agudizaron de forma considerable los rasgos evidentes de la pobreza y la exclusión de los trabajadores porque el contexto político ahora se caracteriza por el empobrecimiento que refuerza la intensa movilidad social descendente. Los gobiernos de la Concertación no cambiaron en absoluto la orientación política de apertura y liberalización. En el área de la salud y educación, el régimen claramente quedó debilitado como también en el ámbito del acceso a la vivienda y en la capacidad de regulación del sector público para traer bienestar a la mayoría. La primera consecuencia de lo anterior fue empezar a aplicar políticas contrarias a los intereses de los trabajadores que derivó en el desplome de la base social de representación en que se sustentó la Concertación como bloque de poder.

Hoy, ante la recurrencia de las crisis del sistema comercial global y sus incidencias e impactos en nuestros países, por lo menos estamos obligados a reflexionar sobre las características del régimen nacional y popular, sobre sus

formas y tipo de la distribución de riqueza y propiedad que genera para desde ahí plantearnos alternativas políticas que vayan más allá de las formalidades y sean capaces de concretar las expectativas de los trabajadores. En primer lugar, los gobiernos populares se traducen en un importante crecimiento de la economía en términos más equilibrados, en favor de los trabajadores pero a partir del uso de la capacidad ociosa de las empresas antes que a la inversión tecnológica. Por supuesto, deben aprovecharse los espacios de rentabilidad dejados por el neoliberalismo. El problema es que estos sectores productivos no solo deben recuperarse para mejorar la tasa media de las ganancias y la acumulación privada del capital sino y en primer lugar para satisfacer la demanda de viviendas populares o del transporte público de pasajeros, de la mejoría de la salud y la educación, para incrementar el consumo popular, etc. No se trata solo de la discusión en torno a qué modelo de producción construimos (ya sea el modelo productivo o el especulativo) sino que en primer lugar, y dadas las nuevas circunstancias, se trata de definir qué tipo de modelo de producción necesitamos para satisfacer las necesidades de todos pero también qué necesidades y patrón de consumo es necesario. Aceptar como única salida el desarrollismo es falso porque el régimen político del futuro va más allá del Estado capitalista. Es verdad que a veces no existen las condiciones pero eso se debe a que no tenemos un proyecto político para luchar, porque no tenemos un arte de lo posible ni una gramática del poder que ayude a divulgar las ideas de los regímenes populares. Si no tenemos una teoría, si no existen movimientos a la altura para implementarlo es una falacia hablar de *(r)evolución* como alternativa. El capitalismo desarrollista y asistencial solo es alternativa cuando su objetivo práctico y estratégico es el radicalismo que nos conduce precisamente a la *(r)evolución*. No olvidemos que a expensas del reformismo y su realismo, la lucha de clases aún tiene vigencia porque siguen existiendo en nuestros regímenes un sector social que detenta el poder en todos los ámbitos y que a través de éste también controla lo político y cultural. Mientras esta situación prevalezca hay lucha entre la élite económica, cultural y política y los trabajadores. Por lo tanto, la lucha de clases existe hasta que desaparezca esa dicotomía al interior del régimen y del Estado. El desarrollismo en su mejor momento democrático, es decir, cuando intenta transformarse en opción de tránsito a la *(r)evolución*, es antagónico al neoliberalismo. Esto está demostrado con los golpes militares que las élites de nuestros países, en colusión y en complicidad con los clanes dominantes globales, intentaron contra los regímenes latinoamericanos más radicales. Sin embargo, tampoco el marxismo es solo cuestión de construir conciencias si no que necesariamente implica construcción en todos los órdenes de la vida, quiere decir construir las condiciones concretas para hacer realidad otra sociedad. Desde ese punto de vista se nos revela la

importancia del arte de lo posible. Lo que pasa es que el gobierno reformista y radical eventualmente te mejoran las condiciones de vida y trabajo. Es lo que estratégicamente hacen esos regímenes al invertir sus recursos en defensa del radicalismo, frente a la oligarquía y en la construcción de una economía productiva que genera condiciones para el humanismo. Es precisamente este, como mejor manera de reivindicar la vida, la única opción de futuro porque se encarga de nuestras necesidades.

Por otro lado, en relación al importante tema del tipo de cambio de la moneda como base del desarrollo nacional y de la producción es necesario considerar que es un instrumento de política económica que va mucho más allá del rol de ancla frente a la inflación como pretenden los neoliberales porque éste opera, como instrumento clave ante el asunto de competitividad de nuestras economías y del desarrollo con generación de empleo a través del estímulo y de la defensa del superávit comercial que nos permite contar con los propios recursos para financiar nuestro desarrollo. De acuerdo a los neoliberales, el tipo de cambio apunta en exclusividad al rol de ancla frente a la inflación. El ejemplo paradigmático en este caso fue la convertibilidad en Argentina con las consecuencias por todos conocidas: el modelo posterior a la convertibilidad inhibe la disponibilidad de anclas inflacionarios a través de tenores monetarios y cambiarios y, por el contrario, busca el control de los precios e inflación a través de políticas de ingresos y de oferta ad hoc que son más indicadas para el cable a tierra en relación a este tema tan sensible para el desarrollo. Esto se conecta directamente con el cambio de equilibrio desarrollista. La importancia central de este instrumento es que se relaciona no solo con la producción y con las políticas de desarrollo sino también con la distribución del ingreso, es decir, con los paradigmas de esa producción y modelo de crecimiento. En el tipo de cambio están involucrados, entonces, el reparto de la torta de la manera más equitativa posible o no y el crecimiento o no de nuestros países en términos más equilibrados socialmente hablando. La solución a este asunto implica vincular la distribución y el crecimiento económico con la estructura de producción que concebimos para el régimen político. Con el ejemplo paradigmático de la convertibilidad de los '90 en la Argentina, vemos como la sobrevaluación de la moneda nacional y del tipo de cambio en los países en vías de desarrollo, es el gran error de la política económica porque deja expuesta la estructura productiva y bienes nacionales a la competencia de bienes importados desde países centrales. El resultado es que esas importaciones, de los países desarrollados, terminan sustituyendo los bienes nacionales afectando la estructura productiva del país. De ahí en más se cierran espacios de rentabilidad, de inversión y generación de empleo, baja el consumo, el ahorro y sube la exclusión lo que finalmente nos conduce a una economía recesiva. En la medida en que ese proceso progresivamente

se acentúa, es imposible construir una estructura productiva, de desarrollo y de economía diversificada e integrada, que es esencial para generar empleos y procesos amplios de acumulación de capitales y de tecnología en beneficio de los intereses nacionales. Este proceso conduce a una mayor dependencia del exterior por la generación de desequilibrios en los pagos internacionales porque las importaciones superan las exportaciones de bienes. Es decir, este desequilibrio nos induce a apoyarnos en el ahorro externo, en los capitales venidos desde los organismos de crédito global para solventar el proceso de crecimiento si es que es posible hablar en esos términos. Por último, aquel financiamiento externo genera deuda y esta nos resta soberanía para hacernos cargo del desarrollo. La sobrevaluación de la moneda nacional, a través del tipo de cambio, también es una problemática bastante recurrente en los países latinoamericanos que juega en contra de las fuerzas vivas del desarrollo y del crecimiento, porque adherimos sin más a los postulados y visiones políticas, económicas y culturales de los centros globales del poder. Ella obedece a la incapacidad de construir un diálogo que busque consensuar el desarrollo del país bajo otros elementos. Además, el predominio de los recursos naturales en relación a las exportaciones, dada su abundancia, se apoya en la idea más racional de las ventajas comparativas que hace prevalecer la tendencia a la sobrevaluación de las monedas nacionales en relación a la divisa extranjera en especial el dólar. Esto refleja una lucha de poder y hegemonía que desde la época de la colonia favoreció a los sectores productores de materias primas que son las élite que controla nuestro régimen. Por eso, esta estrategia de desarrollo, basado en la sobrevaluación de la moneda nacional, con su cotización y tipo de cambio favorece a los dominantes pero perjudica a los industriales cuya rentabilidad es claramente insuficiente para el desarrollo.

Este modelo (que se basa en la apreciación de la moneda nacional con respecto al dólar) es altamente perjudicial para los países periféricos porque las políticas neoliberales bloquean el desarrollo de nuestros países. Entonces, no solo se pierde la oportunidad de crecer sino también la credibilidad de los regímenes políticos porque las medidas macroeconómicas que son típicas del neoliberalismo, que buscan generar confianza en los mercados para desde ahí captar capitales y fondos del exterior, son mera fábula porque la verdadera confiabilidad de un país y por lo tanto la única manera real de que ingresen capitales e inversión desde el exterior, se produce a través del desarrollo de la economía como instancia dinámica e inclusiva de equilibrio e integración de los sectores productivos nacionales a partir de un proyecto de crecimiento que insista en la movilización de los propios recursos, el incremento de la demanda agregada con una política salarial congruente con ese equilibrio, las políticas públicas inclusivas y de crecimiento del consumo y del mercado interno, etc. Los regímenes políticos populares, se solventan en primer lugar

en un tipo de cambio real alto que, colocando así una barrera a los bienes de exportación, incentiva la producción de los bienes nacionales. La estrategia nacional, popular y soberana en su primera etapa implica así centrarse en la cuestión del tipo de cambio con un dólar alto y sostenido para proteger e incentivar la industria nacional, para abrir nuevos espacios de rentabilidad y mejorar la capacidad industrial instalada y la generación de empleos en el seno de una matriz productiva que incluya, entre otros factores, superávit fiscal, de la balanza de pagos y desendeudamiento que implica apoyarse en el ahorro y recursos propios. El ahorro externo y la llegada de los capitales del exterior son bienvenidos porque cumplen un rol contributivo pero en ningún aspecto son definitorios para el crecimiento.¹³

¹³ La entrada masiva de capitales a nuestros países incluso muchas veces es perjudicial para nuestro desarrollo por el tema de la enfermedad holandesa. En economía, se conoce como *enfermedad holandesa* al proceso por el cual esta entrada masiva de capitales sobrevalúa la moneda. Al promediar el siglo pasado el problema se planteó precisamente en Holanda por el repentino descubrimiento de hidrocarburos en el Mar del Norte que provocó una avalancha de divisas y de capitales que logró apreciar el tipo de cambio contra la producción nacional. Esta entrada de capitales apreció la moneda y descolocó a los sectores productivos holandeses. Pero, sobre esa base Holanda se convierte en un país que logró integrar esta nueva fuente de ingresos en su estructura de producción para desde ahí difundir los beneficios a toda la economía y a favor de la mayoría nacional para recuperar los equilibrios fundamentales de su desarrollo.

El problema es que la enfermedad holandesa es un mal muy grave en los países que son menos desarrollados porque sus estructuras productivas no están en las mismas condiciones que los países centrales para hacer frente a esos problemas porque el sector exportador de materias primas opera más como segmento del sistema comercial global antes que como actividad económica integrada en el sistema productivo nacional. La estructura que resulta de estas circunstancias es más vulnerable a los cambios de la demanda y de precios internacionales por ser segmento del sistema comercial global, es decir, por depender estructural de esta demanda global. Además, este sector- el más dinámico en términos de generación de divisas en países menos desarrollados- tiene una baja capacidad de difundir sus beneficios en el régimen por encontrarse abocado a la demanda y la competencia de los países centrales. Otro factor que grava este proceso se origina en el sector financiero, es decir, cuando se produce la entrada masiva de capitales especulativos en primer lugar aumenta el ingreso de divisas y el tipo de cambio tiende a la apreciación.

Se trata de un mal de los países periféricos que se vincula al contenido de las exportaciones (recursos naturales y materias primas desvinculados de la estructura productiva) y también de una cuestión financiera derivada de la entrada masiva de fondos del exterior. El desarrollo puede venir, cuando la actividad primaria es un engranaje del sistema productivo nacional y no un simple segmento del sistema comercial global, es decir, al servicio de éste. Australia es el caso de un país desarrollado con amplios recursos naturales porque logró que la actividad primaria- exportadora fuese parte del sistema productivo nacional afianzando una economía industrial, compleja e integrada en favor del bien común que se expresa en la igualdad de oportunidades, y la calidad de vida, etc.

Hay que operar con tipos de cambios de equilibrio desarrollista que es denominado así precisamente porque, en beneficio del desarrollo económico, busca un equilibrio que posibilite la integración de todos y cada uno de los sectores productivos en el sistema económico nacional que se sustenta a través de un coherente proyecto de país. El cambio de equilibrio desarrollista también tiene ciertos objetivos que hacen a su esencia:

- a) En primer lugar, a través del sector público busca privilegiar las compras de los bienes nacionales en todas las decisiones que tienen que ver con el consumo o la inversión de las empresas, el gobierno o las familias.
- b) En segundo lugar, tiene que lograr que el lugar más rentable y seguro de inversión del ahorro interno, generado por el consumo y la producción, sea el propio mercado interno.
- c) En tercer lugar, tiene que estimular la diversificación de las exportaciones incorporando los bienes que contengan el mayor valor agregado y contenido tecnológico para que no quedemos inmersos en las exportaciones de materias primas que pueden provocar déficit en la balanza de pagos internacionales.
- d) Por último, es necesario desalentar los movimientos de capitales especulativos a favor de la entrada de capitales e inversiones productivas que son las que generan el empleo y el crecimiento. Son las inversiones que tienen que ver con la economía real que está más allá de la mera especulación financiera.

Es el tipo de cambio de equilibrio desarrollista el que así contribuye al equilibrio y la integración del sector de producción nacional y al crecimiento del comercio exterior y desde ahí genera superávit en las cuentas corrientes de balance de pagos, con el aumento de las reservas del Banco Central a su vez fortaleciendo los mecanismos que tienen que ver con la producción, el consumo, el ahorro, la inversión y la estabilidad macroeconómica de los regímenes populares. Uno de los principales dilemas que necesitan resolver las medidas económicas que hacen a las políticas de desarrollo sostenido en tiempos de transición es como sostener este cambio desarrollista bajo un escenario macroeconómico que necesita estabilidad de precios atendiendo, al mismo tiempo, a los desequilibrios de la estructura productiva de nuestros sistemas políticos. Este último problema implica establecer y defender un tipo de cambio de equilibrio desarrollista adecuado y diferenciado para la rentabilidad y competitividad de las actividades y sectores económicos-productivos sujetos a la competencia del exterior. A partir de estas cuestiones se nos revela otra vez la importancia del régimen político en la definición y

control del proceso de crecimiento en beneficio del trabajador. A partir de estas cuestiones también nos muestra la importancia de construir un proceso de tecnología conveniente, en cuya definición, las variables económicas como el tipo de cambio es trascendental.

En la medida en que los procesos de aprendizaje tecnológico y de adaptación y generación de innovaciones son de más largo plazo en su maduración, es bastante razonable que los incentivos diseñados desde el sector público se planteen también en términos de largo plazo. El problema es que los incentivos tienen que ser acotados en el tiempo y vigentes hasta tanto los costos privados y sociales se reduzcan de manera considerable de forma que la actividad en cuestión logre competitividad internacional o que por lo menos favorezca a las industrias usuarias. La tecnología es un factor primordial para las empresas y para el sistema productivo en general por lo que es conveniente que el sector público trabaje en favor de éste con el fin de incentivar la creación y uso de capacidades tecnológicas al servicio del bien común. Entonces, la noción de *capacidades tecnológicas* busca capturar la tremenda variedad de habilidades y conocimientos requeridos para comprar, usar, asimilar, cambiar y crear tecnología. Este concepto va más allá de las nociones tradicionales y clásicas de la ingeniería para incluir el conocimiento de los procedimientos de estructuras organizacionales como de los patrones de comportamiento, por ejemplo, de los clientes y los trabajadores. Mientras el neoliberalismo no considera esas capacidades tecnológicas (las habilidades requeridas para comprar, poder usar y crear tecnología) el propio humanismo necesita movilizar ciertos activos complementarios para mejorar las diversas capacidades tecnológicas del sistema productivo entre los que podríamos mencionar la flexibilidad en relación a la organización y del proceso de toma de decisiones, los recursos financieros, el desarrollo de bienes de apoyo y de información y la calidad de los recursos humanos. El proceso de adquisición de conocimiento técnico que nos permita usar de manera más eficiente las tecnologías y los recursos disponibles, desde la perspectiva del proceso de tecnología que es conveniente, es prolongado, impredecible y riesgoso pero implica el desarrollo de las capacidades organizacionales y tecnológicas de avanzada con esfuerzos deliberados en el proceso de producción de bienes y servicios, en la propia comercialización y el contacto con los clientes y en la búsqueda de nuevas soluciones tecnológicas en las unidades de inversión y desarrollo y hasta en las oficinas técnicas que son instancias menos formales. Implica esfuerzos de los actores involucrados en la producción nacional, interactuar decididamente con los proveedores de equipos, componentes, y partes e institutos tecnológicos y las universidades. Estoy hablando de un proceso de aprendizaje colectivo en el que el epicentro está en las empresas manufactureras y en los sectores en las que actúan, están involucrados las

instituciones públicas y privadas. El proceso genera externalidades positivas y sinergias que no se expresan a través del mercado y que requieren de ámbitos de coordinación y de promoción por parte del régimen y las instancias del sector público. El carácter tácito, acumulativo y localizado del saber tecnológico, el énfasis en el proceso de aprendizaje y en las fuentes que lo motivan, así como la importancia de las interacciones que lo inducen y caracterizan, ponen en relieve el complejo cuadro político- social que difiere del simplificado esquema neoliberal.

La intervención del sector público en el desarrollo tecnológico, que forma políticas a nivel del régimen y del mismo Estado, es imprescindible porque en este proceso está en juego el crecimiento, la inclusión y la generación de empleos de calidad, la educación y los derechos que hacen al desarrollo, es decir, los que reivindican la primacía del derecho a la vida pero, además, es fundamental la intervención del sector público porque están involucrados todos los actores sociales, políticos y económicos como ocurre en los casos en que se involucra el bien de las mayorías. Este proceso, por las implicancias en todos los órdenes del régimen político que involucra, no puede quedar librado al azar de los mercados (en realidad a los intereses de las transnacionales) porque implica la definición, planificación y difusión de tecnología. En la forma en que son las transnacionales las que generan innovaciones tecnológicas y que reúnen una porción importante del comercio globalizado de los bienes y servicios tecnológicos, implica que no podamos marginarlas del tema: contribuyen al crecimiento facilitando el acceso a las redes globales de comercialización. Pero, en general, estas transnacionales en nuestros países reciben los frutos de las innovaciones desde las casas matrices de los países centrales y no disponen de elementos de innovación propia que vaya más allá de la producción de los bienes que manufacturan. Todas estas consideraciones significan que los incentivos desde el sector público como el tipo de cambio, no podrían tener como único objetivo la creación de capacidad de producción sino que debe buscar que la política industrial, la estrategia económica de crecimiento y desarrollo crezca en su máxima expresión de acuerdo a las circunstancias para generar en el mediano plazo exportaciones de calidad razonable y hasta capacidad de competencia en el mercado interno a las importaciones porque solo de esa manera se generan las divisas para el crecimiento.

La economía social como alternativa.

La alternativa política a las leyes y normas del mercado neoliberal de carácter tanto nacional como global es, en fin, el humanismo entendido como primacía del derecho a la vida, es decir, un régimen con una economía de

carácter social basada en una producción nacional articulada a través de dos parámetros principales a saber, la democracia participativa y la distribución justa y equitativa de la riqueza que solo son posibles cuando los trabajadores asumen el poder de decisión haciéndose responsables de la agenda pública de gobierno. Por eso, esta alternativa da cuenta de una renovación profunda de la estructura del sector público y del régimen político en general alcanzando inclusive las estructuras del Estado en tanto capitalista. Esta nueva economía se desmarca tanto de los conservadores parámetros neoliberales como de los socialismos reales porque se basa en la gestión de los trabajadores, a través del control democrático de la agenda pública, y así ellos son los responsables y partícipes necesarios de las decisiones macroeconómicas trascendentales como el tipo de cambio, la inversión, el ahorro y la lógica de la intervención del régimen en favor del bien común. Dado que la democracia participativa, es decir, la que toma el poder de decisión a favor del trabajador en todos los asuntos del crecimiento es fundamental para el futuro de nuestros países, el neoliberalismo ya no es opción porque deja esas decisiones fundamentales en manos de los tecnócratas. Si el proyecto de esos tecnócratas consiste en la propuesta de conservar el estatus quo, las políticas económicas de la centro izquierda y su reformismo se agotan en las nociones del keynesianismo, del estructuralismo, de la *economía solidaria*, mientras sus preceptos políticos y éticos brillan por la esterilidad de un razonamiento atrapado en la inmanencia de la democracia liberal. Eso en verdad es el populismo de la derecha.

Los nuevos sujetos de la emancipación, que trabajan a partir de la lógica marxista de que los trabajadores asuman el poder de decisión, como proyecto histórico de la clase trabajadora es resultado de la interacción entre las luchas y movimientos populares, la intelectualidad crítica y los sectores honestos de los partidos políticos tradicionales. En ese contexto histórico va concretizándose la praxis política como manifestación del renacimiento de la razón crítica o del humanismo como esperanza de los pobres, los excluidos, marginados y los condenados de nuestra tierra. Si la nueva esperanza de las mayorías se finca en el renacimiento del socialismo libertario, es preciso saber a qué marxismo nos referimos porque el socialismo, como todos los fenómenos, tiene su evolución histórica con cambiantes formas y contenidos y la única opción posible en relación a éste, como movimiento de libertad política, es expresándolo a través de la primacía de la vida. En ese sentido, el socialismo se presenta en la arena histórica como el socialismo democrático del siglo XXI, o sea, basado en la gestión y la decisión de los trabajadores. Se trata de determinar el contenido del concepto *socialismo* como parte del *marxismo* que es radical, popular, nacional y soberano en el orden de sus propiedades específicas que identifica su carácter social de producción no-capitalista porque cuando se tiene claridad sobre estas cuestiones específicas,

de un sistema social en transición a su propia negación sistémica, es posible entender con precisión el camino recorrido y las soluciones adecuadas para el momento histórico, que permitan avanzar a la sociedad sin clases. Entonces, la primera diferencia específica de la *economía solidaria* en relación al Estado capitalista, se refiere a la participación de los trabajadores en las decisiones nacionales. Por ejemplo, la economía política del humanismo nos interroga sobre cuales son las medidas macroeconómicas trascendentales a aplicar. Sin esta incidencia de los trabajadores sobre las grandes decisiones económicas de un país, este no mostraría una diferencia cualitativa en la autodeterminación de la clase de los trabajadores frente al régimen neoliberal y frente al propio Estado capitalista. La intervención macroeconómica de los trabajadores se ejercer sobre la estructura de las inversiones nacionales, sobre el tipo de cambio de equilibrio desarrollista, la composición del patrimonio nacional o sobre el necesario equilibrio entre la propiedad privada, la pública y social. Ejercer este control democrático de la economía podría iniciarse con mayor facilidad en la composición del presupuesto nacional, que así debería discutirse anualmente a nivel nacional en los medios, para ser votado después mediante un referendo y donde los aspectos más específicos en su aplicación quedan en manos de los ministros del gobierno directamente involucrados en sus respectivas áreas de trabajo.

La experiencia que existe en el mundo en relación al presupuesto participativo, como importante instrumento de democratización del sistema político contemporáneo, avanzó en el ámbito de lo local, gracias a las nuevas políticas implementadas por los regímenes populares. El segundo criterio para solventar en la praxis política una economía solidaria se refiere a la necesaria ruptura con la lógica de mercado a través del establecimiento de áreas de la economía nacional que empiecen a funcionar sobre los principios del valor objetivo y equivalencia. Por ejemplo, los economistas al servicio de los intereses y dogmas neoliberales, sostienen que no existe un valor objetivo más allá de los precios y que en consecuencia esos precios son el resultado de la locación de recursos por el mercado, es decir, que no son subjetivos ni arbitrarios debido a que resultan de los costos (marginales) de producción entre los que están los costos del capital humano, de la relación entre oferta y demanda y de ciertas preferencias subjetivas (curvas de indiferencia) de los compradores y vendedores. Es éste el automatismo de los mercados, en su expresión más radical, que no acepta los valores objetivos en el sentido de la economía política clásica, porque el único parámetro y ley objetiva que guía la dinámica económica de mercado son los mismos precios de ese mercado. Desde esa perspectiva, la justicia social se establece a través de la equidad de precios de productos, bienes y servicios cualitativamente diferentes en lugar de la equidad de valores o equivalencias. Al resultar los precios de factores

que no son determinados de manera subjetiva sino objetiva y formando los precios el denominador libremente convenido para la transacción de compra y venta de los actores y sujetos económicos, no hay injusticia ni explotación, en términos generales. Entonces, los precios de esos bienes, ahora libremente acordados, son el único mecanismo objetivo de justicia social en la economía de acuerdo al neoliberalismo. Lo demás es una reacción de los grupos y de los sectores dominantes que distorsiona el régimen político y sus estructuras a través del intercambio de valores que en teoría serían objetivamente justos, iguales o equivalentes y que sostiene que el precio de los bienes es una expresión monetaria del valor objetivo que oscila en torno a la magnitud real de éste.

En relación a la cuestión de precios y valores parece que el inadecuado planteamiento del problema impide su solución a pesar de que es bastante conocida la sucesión de categorías de *mercancía*, *valor de uso* y *de cambio* desarrollado por Marx en *El Capital* como base analítica para entender la dinámica de la acumulación del Capital. El *valor de uso* de un artefacto se relaciona con la utilidad técnica que tiene para satisfacer las necesidades del hombre representando la cualidad o materialidad del producto. En cambio, el valor socialmente necesario para la producción de un producto se refiere a una simple cantidad de unidades de tiempo como los segundos, los minutos y horas necesarias en promedio, en una sociedad dada y con cierto sistema de producción, para generar esos bienes y servicios. En otras palabras, se trata del trabajo humano abstracto, o sea, que no importa que sea el trabajo de un maestro, profesional o un obrero industrial el que generó el producto porque el concepto del valor, al igual que el concepto de kilo, se refiere a una mera cantidad. En este sentido, un kilo es igual a mil gramos y no importa, si se trata de mil gramos de mantequilla, de trigo o cualquier otro producto. Un kilo es simplemente equivalente a mil gramos y en esa tautología se agota el concepto. Hago referencia a éste porque pasa exactamente lo mismo con el *valor socialmente necesario para la producción de ciertos bienes*, es decir, son conceptos empíricamente indeterminados al igual que los conceptos de las matemáticas. Por fin, el *valor de cambio* hace referencia directa al *valor de intercambio* que adquiere la mercancía en el proceso del intercambio de esos bienes y servicios. En la economía neoliberal, la identidad entre el *valor de cambio*, el *valor socialmente necesario para la producción de mercancías* y el *precio*, no se expresa de manera adecuada y entonces los autonomistas, socialdemócratas o reformistas en general razonan que el *valor de cambio*, que comparte con el *precio* su carácter aparentemente fluctuante, según el lugar y según el momento del intercambio, oscila en torno al valor, es decir, en torno al valor verdadero u objetivo de la mercancía que no se conoce con precisión. Y este argumento fue extendido al precio al que se expresa como

manifestación empírica en relación al auténtico valor que se desconoce. Pero, la economía de mercado no opera sobre valores objetivos sino sobre valores subjetivos relacionados con el poder de presión de los actores económicos fundamentales porque son esos grupos de intereses y sus corporaciones los formadores de precios que además inciden de esa manera en la magnitud de la tasa media de ganancia para el sistema capitalista. El tercer criterio de la economía política se refiere a la productividad del trabajo, la puja por la distribución y las formas de la propiedad de los medios de producción.

Uno de los fenómenos más discutidos en la historia de la economía es la *tasa de plusvalor*, de la ganancia que el capitalista extrae a expensas del trabajo de los obreros que Marx define como la relación entre el *plusvalor* y el *capital variable* donde el coeficiente entre ambas categorías es la que mide la intensidad o productividad del trabajo, es decir, la *tasa de explotación del productor* inmediato o directo. Esta relación, que estructura la ganancia que el capitalista extrae de los trabajadores y que en ese sentido no le retribuye bajo ningún concepto, está en el centro de la clasificación que Marx hace de la historia humana como una historia de la lucha de clases y define así una división central entre la sociedad de clases y la no-clasista como convivencia civilizada, mejor y pacífica entre los hombres. Desde la perspectiva de la productividad del trabajo y la ganancia que el capitalista extrae de la fuerza de trabajo, surge el criterio de participación de los trabajadores a nivel de las pequeñas, medianas y de las corporaciones que está vinculado a la cuestión de las formas de producción, de la gestión empresarial de los capitalistas, del histórico debate sobre las formas de propiedad, la explotación y la lógica del mercado. Indudablemente, muchas veces se discutieron esos problemas como si se tratara de una cuestión de principios que defienden determinado modelo de producción capitalista o alternativo pero en realidad pocas veces se vio que éste es un problema que en gran medida depende del grado objetivo del desarrollo de las fuerzas productivas. En una economía moderna, la esfera de circulación e intercambio de diversos productos, bienes y servicios, que es la definición básica del mercado, es simplemente un eslabón que forma parte de una cadena mayor de producción, distribución y consumo establecido bajo diversos parámetros pero que es imprescindible desde el punto de vista de lo sistémico, que no puede ser sustituido, pese a todos sus vicios y aspectos negativos, mientras exista la economía mercantil. En otras palabras, en los regímenes políticos modernos, el intercambio de bienes y servicios a través de los mecanismos del mercado es inevitable. Lo es mientras esos bienes y servicios tengan carácter de *mercancías*, o sea, mientras sean generados para la venta, consumo y apropiación de la *plusvalía-ganancia* que el capitalista como dueño de los medios de producción, obtiene del trabajador y mientras los precios de esos bienes sean determinados por el poder de los sujetos

económicos que interactúan en el mercado, este mercado no puede dejar de ser el ámbito de la explotación de los trabajadores a través de la expropiación económica que hace el capitalista de la fuerza de trabajo. En realidad, sólo en la economía de las equivalencias que está bajo control democrático puede el mercado recuperar su lugar como espacio de intercambios entre equivalentes. Pero, como ese mercado de intercambios de equivalentes niega los supuestos básicos del intercambio del Estado capitalista solo puede realizarse más allá del neoliberalismo superando la lógica de las estructuras de ese Estado.

A partir de estas nuevas directivas, esta novedosa situación presupone establecer un régimen político que busca la alternativa del humanismo como máxima convocatoria de convivencia entre los hombres. Por otro lado, para construir un arte de poder democrático, es necesario reconocer el carácter mercantil de la economía de los socialismos reales porque negar este hecho es tan errado como sería hoy intentar acabar con el dinero porque esclaviza al hombre. Lo central en relación a la cuestión de la economía humanista en términos de supremacía del derecho a la vida, es ser discutido como una derivación del asunto de la forma de propiedad de los medios de producción, es decir, de primacía del derecho a propiedad sobre el derecho a la vida en la búsqueda de la libertad y la emancipación de los trabajadores y no como un problema de democracia económica participativa, de gestión y toma de las decisiones por parte del trabajador. La esencia libertadora del socialismo (bajo los parámetros y en términos marxista) ante el Estado capitalista radica en una mayor autogestión del productor directo sobre su vida económica directa, sobre sus condiciones de trabajo. La gestión laboral en ese régimen se distingue, por ejemplo, cualitativamente del taylorismo de una economía capitalista, en una menor intensidad del trabajo, es decir, una menor tasa de plusvalía extraída al productor inmediato y el suministro de una calidad de vida adecuada para todos los trabajadores. Por lo tanto, la tasa de intensidad del trabajo tiene que ser decidida por el trabajador directo, en consonancia con las posibilidades objetivas de la institución, como única garantía de sus intereses de libertad, autodeterminación, emancipación y humanismo. Y esa decisión es operativa a través de definir la duración de la jornada laboral porque ninguna forma de propiedad garantiza por sí mismo la libertad de los hombres ya que sólo a través de la praxis consciente de los trabajadores las formas de propiedad pueden estar a favor de estas funciones. El hecho de que ninguna forma de propiedad garantiza como tal la autodeterminación y la libertad auténtica del trabajador y el hecho de que la primacía del derecho a propiedad en realidad milita contra la satisfacción de las necesidades de los mismos, se ve en que en todas las formaciones sociales anteriores (para el caso la tributaria, la esclavista, feudalista y hasta capitalista donde incluyo la variante del estalinismo) el verdadero dueño de la tierra, del latifundio o de la

manufactura determinaba la tasa de explotación del esclavo o del trabajador, asignándole el cultivo de un área agrícola de tantos metros cuadrados o de determinada producción de bienes en el caso de la manufactura bajo amenaza de sancionar el incumplimiento de la norma. Posteriormente, en la medida en que la sociedad y el trabajo se hacen más complejos, el dueño de los medios de producción encarga a un administrador hacer cumplir el rendimiento laboral que establece él mismo como dueño de los medios de producción.

En el caso en que las relaciones se hacen más complejas y el dueño de los medios de producción encarga el trabajo a un administrador y aunque esto constituye una diferencia considerable en cuanto a la estructura y otros aspectos de la empresa, para el trabajador directo esclavizado no tiene mayor importancia porque su tasa de explotación, la productividad del trabajo y los frutos que de él le son arrebatados, sigue igual y él sigue siendo un objeto de explotación. La situación se repite en todos los tipos de regímenes donde el dueño de los medios de producción, de la tierra o manufacturas, le impone al siervo de la gleba, al minifundista, al pequeño vasallo o al obrero industrial la cantidad del plusproducto que demanda para dejarlo trabajar en sus tierras o proporcionarle protección o un salario. Para el vasallo, el siervo de la gleba o el trabajador en general ninguno de esos desarrollos cambia su estatus en la realidad laboral porque siempre se le demanda obediencia y disciplina férrea para cumplir con la tasa de plusvalor preestablecida y realizar las diversas faenas enajenantes que las autoridades inmediatas de la empresa le imponen. En el socialismo real la forma de la propiedad de los medios de producción-estatista o cooperativista- no resuelve el problema del esfuerzo laboral del productor inmediato porque la definición de la intensidad y la productividad del trabajo es monopolio de los administradores del poder económico real, ahora en manos del partido- Estado. Se entiende entonces la importancia de la democratización de las decisiones económicas, políticas y sociales, es decir, de la toma del poder de decisión y gestión de los trabajadores a nivel del régimen porque, en la medida en que son los trabajadores los que definen la tasa de plusvalor, pueden liberar energías para el libre desenvolvimiento de las facultades humanas a favor del principio del placer y en contra del principio de la realidad de por sí enajenante. En ese sentido, no es lo mismo una jornada laboral de 8 horas que una de 6 ó 4. Una economía solidaria y justa, característica del humanismo, se construye a través de la autogestión de los sujetos sociales y políticos, los movimientos y organizaciones de base representativas de los intereses del trabajador que así planifican, gestionan y deciden sobre los fundamentos económicos y mercantiles de la economía, sobre los índices macroeconómicos, sobre las variables de la producción, el consumo, ahorro, inversiones, la distribución de la renta y los beneficios e intensidad del trabajo, que está vinculada a la generación de empleo, es decir,

se decide sobre que factores de producción se transformarán en medios de producción a través del objetivo primero que es el pleno empleo de la fuerza de trabajo. En otras palabras, en la decisión de qué máquina industrial usar como medio de producción se usará la que genere más trabajo para de esta forma disminuir el desempleo. Por ejemplo, ante una situación donde hayan diez trabajadores sin empleo se usa la máquina que de trabajo a ocho o diez trabajadores antes que la máquina industrial que de trabajo a dos aunque esta última sea mucho más productiva porque, en fin, el objetivo de la *economía solidaria* es el pleno empleo de la fuerza de trabajo y bajo esos parámetros se deciden las otras variables como la productividad del trabajo. Este tipo de decisiones no solo afectan la productividad laboral sino que también inciden en el modelo de desarrollo porque, a partir de estas decisiones, se establece el marco del sistema de producción en términos de *tecnología conveniente* y desde ahí la lógica del régimen. Este mecanismo significa establecer una democratización en la esfera económica pero también política- social porque somete la gestión de la patronal a los intereses del productor inmediato y convierte al trabajador en el sujeto de su vida económica porque esas decisiones afectan su calidad de vida al afectar la gratificación que recibe.

El cuarto criterio que incide definitivamente en la construcción de una economía más solidaria, en los términos acá definidos, es la duración de la jornada de trabajo porque una de las claves principales en la construcción de una economía solidaria, fundamento y base central del humanismo, está en la relación entre el trabajo socialmente necesario y el trabajo excedente, entre el principio del placer y de la realidad. Históricamente son los sectores y grupos minoritarios y dominantes los que disponen del disfrute de los beneficios de la producción nacional a través de la propiedad de los medios de producción pero también a través de la definición de las proporciones e intensidad de la productividad del trabajo y de la duración de la jornada laboral lo que, en fin, determina que todos los regímenes anteriores al humanismo, el socialismo realmente existente inclusive, se conviertan en sendas dictaduras económicas con una organización y disciplina militar. La propiedad sobre los factores de producción es central solo cuando ésta se estructura en base a la primacía del derecho a propiedad. En cambio, cuando la estructura del régimen político se basa en la primacía del derecho a la vida damos un gran paso adelante en relación a la democracia económica porque el poder de decisión, imposición y presión pasa desde los tecnócratas a los productores directos, es decir, a los trabajadores. El socialismo hay que entenderlo como el inicio del proceso de emancipación del trabajador y de puente al humanismo, o sea, la sociedad de iguales, sin las clases sociales, que solo tiene futuro si transita desde la dictadura económica, típica de la sociedad clasista, a la democracia solidaria y participativa donde los trabajadores asumen el poder de decisión sobre las

cuestiones prioritarias relacionadas con el régimen y la naturaleza del Estado. A través de esas condiciones y criterios es lógico que los marxistas partan de la cuestión esencial de la toma de decisión del trabajador, de la necesaria ruptura con la lógica de mercado (a través del establecimiento de áreas de la economía nacional que funcionen sobre los principios del valor objetivo y de la equivalencia), de la definición de la productividad del trabajo a través de la construcción de un proyecto de *tecnología conveniente* y de la duración de la jornada laboral para reflexionar sobre la evolución del régimen político y del componente democrático. En consecuencia, la tarea de la administración y gestión del régimen es prácticamente idéntica con la tarea de la organización económica, es decir, la reconstrucción de las diversas fuerzas de producción, la contabilidad y el control sobre la producción y distribución de los bienes y el aumento de la productividad del trabajo.

Con la llegada del nuevo siglo y antes de finalizada su primera década en Latinoamérica se instalaron gobiernos que evidenciaron cierta capacidad política y ansias de cambio de la realidad dando otra orientación, en todos los ámbitos, a las relaciones políticas; estos nuevos gobiernos se posicionaron política y críticamente ante el modelo neoliberal dominante. Igual, no todo fueron buenas noticias ya que en la medida que esos gobiernos no derivaron en el radicalismo, en realidad nunca se plantearon la *(r)evolución* a pesar de la verborragia de la mayoría de sus dirigentes, los trabajadores continuaron sin poder acceder al goce efectivo de sus derechos y siguieron sufriendo los impactos negativos de un modelo que aún en lo económico, en lo social y en lo cultural favorece a una minoría contraria a los intereses del pueblo. De hecho, la mayor parte de esos gobiernos hallaron la ruta para que otra vez la derecha volviera al poder. Casos paradigmáticos fueron los de Argentina y de Brasil donde la reacción, tanto en las intenciones como en la práctica, afirma la voluntad de darle carácter irreversible al modelo neoliberal e impedir la formulación de políticas nacionales a favor del trabajador, que debilitan los procesos de integración de la economía introduciendo de esa manera condiciones desfavorables en particular en lo relativo a la producción de bienes nacionales que son el motor del desarrollo interno, de la misma posibilidad del pleno empleo, la tecnología y soberanía. Mientras tanto, la realidad de esa globalidad definida a partir de los intereses neoliberales presenta un panorama de peligrosa incertidumbre que queda al descubierto en las persistentes crisis del neoliberalismo que así se entremezclan con las crisis del ecosistema, medioambiental y energética, el calentamiento global y la inseguridad alimentaria para sectores que se vuelven así más vulnerables. Todos estos elementos nos anuncian que la nueva crisis sistémica se lleva por delante no solo nuestras esperanzas sino las condiciones de vida y el empleo en esos países donde todavía militan a favor del libre comercio.

Latinoamérica es la región con el más alto índice de desigualdad en el mundo. Esa desigualdad nos confirma que el modelo hegemónico neoliberal desde hace décadas no sirve para satisfacer las necesidades del trabajador. Además, esa desigualdad nos confirma que si bien el socialismo real fracasó también lo hizo el Estado capitalista, primero en su versión desarrollista-asistencialista y luego en su versión neoliberal. Entonces, esa desigualdad no hace más que confirmarnos el fracaso de la lógica donde prima el derecho a propiedad sobre el derecho a la vida. Una opción que se vislumbra en el tránsito desde ese neoliberalismo al humanismo es así la economía social. Cuando hablo de *economía social* me refiero a una concepción que pretende superar la opción entre el mercado capitalista y su libre cambio y un régimen central, planificador y regulador de la economía que se asocia, antes que a los criterios del modelo productivo y radical, al socialismo real también preso de la lógica de la supremacía del derecho a propiedad. Desde esta perspectiva, la economía social plantea que el mercado capitalista debe ser superado porque por antonomasia es alienante porque es dominado por el poder de presión de los grupos monopólicos, que manipulan los precios, las necesidades, el consumo y formas de socialización a través de su control de la comunicación social que además excluye a la mayoría de los supuestos beneficios del libre mercado. También nos dice que el régimen fuertemente centralizado, que es típico de los socialismos que realmente existieron en los países de Europa del Este pero también de ciertos populismos como el nazismo o el fascismo, tienen que ser superados porque sustraen poder de decisión al trabajador como clase y así asumen la falsa representación de un bien que se pretende, en la teoría y en la praxis, revolucionario y nacional, actuando como delegado que en ausencia de una democracia sustantiva y participativa fácilmente cae bajo los intereses de los grupos económicos más concentrados. Este doble desafío, la economía social busca superarlo a través de una simbiosis y unidad entre lo económico, la economía propiamente tal y el régimen a través del acceso al poder de gestión de las organizaciones y movimientos representativos de los intereses de los trabajadores entendidos como mayorías con derecho a autogobernarse.

La *economía social* bajo sus diversas variantes ve la posibilidad de desarrollar una socioeconomía en la que el actor económico no se separa de su identidad social, mucho menos de su historia y de su incrustación en el mundo simbólico e institucional que denominamos como *cultura popular*. Al definir la economía como entidad inseparable del saber, la *economía social* la define como cierto espacio de acción formado no por los individuos y los sujetos utilitaristas que son típicos del neoliberalismo que buscan, de manera individual, la satisfacción de sus necesidades a partir de los recursos de cada uno y bajo la ideología de las expectativas racionales sino que muy por el

contrario es un espacio formado por familias, comunidades, organizaciones, movimientos y colectivos que se mueven por instituciones decantadas por la práctica o acordadas como arreglo voluntario, que de hecho actúa haciendo transacciones entre la utilidad material y los valores de solidaridad y de la cooperación, limitando la competencia cuando ésta impide la satisfacción de las necesidades de todos. No se trata de eliminar el mercado sino que una vez más se trata de la búsqueda del necesario equilibrio entre el mercado y la planificación del régimen político tomando como parámetro el derecho a la vida. Desde esa postura hay que poner límites sociales al mercado capitalista y si es posible construir mercados donde los precios y las relaciones resultan de una matriz social que pretende la integración de todos con un esfuerzo y resultados distribuidos de manera más equitativa. Para la *economía social* que planteo, el desarrollo de la calidad de vida de los trabajadores y de sus comunidades es favorecido por la acción colectiva de los mismos en todos los ámbitos.

Esta economía que es social y humanista, desde el momento en que se presenta como alternativa al neoliberalismo desde la perspectiva de primacía de la vida del hombre, produce y proclama nuevos vínculos sociales, otras formas de participación, nuevos paradigmas, teoremas y no sólo utilidades y ganancias económicas porque genera valores de uso para poder satisfacer necesidades de los mismos productores o de sus comunidades que por lo general son de base territorial, étnica, social o cultural y no están orientadas solo por la ganancia, la acumulación de capital o la suba de la tasa media de esas ganancias. Esta economía es social porque vuelve sobre la producción uniendo ésta con la reproducción, al satisfacer de manera mucho más directa y vinculante, las necesidades acordadas como legítimas por los trabajadores movilizados a través de sus movimientos de representación. Pero, para ser socialmente eficientes, no basta con sostener relaciones de producción y de reproducción de alta calidad, equitativas y justas, por lo que su fundamento es sin duda el trabajo y saber encarnado en los trabajadores y sus sistemas de organización. Pero, la base material de la economía exige (en los períodos de transición en que se necesita convivir con el mercado capitalista) contar con medios de producción propios y eficientes, con créditos, ahorro e inversiones y sostener a través del consumo sus mercados para competir en esos donde aún domina el capital. La competencia es doble. Por un lado, se compete por la voluntad que orienta las múltiples decisiones económicas individuales más importantes y por otro lado se compete con las organizaciones capitalistas en sus mercados pero sin caer en la objetivación de la empresa capitalista, que ve a las personas como sustituibles y sus necesidades como un incentivo que contribuye solo a la eficiencia empresarial. En la economía social también se produce un importante proceso de acumulación del capital pero no en el

sentido del Estado capitalista porque esa nueva acumulación se subordina a la satisfacción de las necesidades de todos y a la calidad de las relaciones de vida y de nuevas relaciones sociales que están más allá de la explotación del trabajo ajeno. Además, las organizaciones y estructuras de la economía social no son empresas capitalistas con determinado rostro humano como pretende el reformismo o el régimen de bienestar y hasta el cooperativismo porque su lógica contribuye a asegurar la producción y reproducción de bienes con calidad creciente para la vida del trabajador y su comunidad de pertenencia hasta llegar a la organización nacional e incluso global. Su gobierno interno se basa en la deliberación entre los miembros, que son productores directos y donde cada uno tiene un voto, admitiendo la división del trabajo, los sistemas de representación, la participación y el control de las responsabilidades. En otras palabras, desde un principio y por definición son empresas sin fines de lucro en el sentido capitalista y por lo tanto son empresas no-capitalistas. Su competencia con las empresas bajo la óptica capitalista en los mercados y en el territorio requiere como estrategia ensanchar continuamente el campo de la razón de todas las políticas de la economía social para que las relaciones medidas por el mercado pueda tener ella también una dosis de solidaridad y precio justo, al ser transacciones entre empresas de la economía social.

Esto implica que una parte de los excedentes que estas organizaciones generen se invierta en la expansión del sector creando o subsidiando la etapa inicial de otras organizaciones que simplemente comparten esta nueva lógica. Por ejemplo, ciertas cooperativas productoras de bienes para el mercado en general, para mercados solidarios, o para el autoconsumo de sus miembros, prestación de servicios personales que sean solidarios (como el cuidado de personas, del ambiente, recreación, terapéuticas, etc.) canalización de ahorros al crédito y la banca social, formación y capacitación continua, investigación, asistencia técnica, cooperativas de abastecimiento y hasta redes de consumo colectivo para abaratar el costo de vida, mejorar la calidad del consumo de los trabajadores, asociaciones de productores autónomos, artesanos, oficios (que venden y generan sus marcas compitiendo en un ámbito cooperativo), asociaciones culturales (como barriales, de género o generacionales, étnicas, comunitarias o deportivas) y la afirmación de las identidades, redes de mutua ayuda, seguro social, atención de catástrofes locales, familiares o personales, sindicatos, espacios de encuentro, de reflexión, sistematización y aprendizaje colectivo. Existe cierta diferenciación, dentro de las corrientes que plantean la economía social, que se refiere a la amplitud social o la focalización en los pobres que, ante la exclusión generada por el neoliberalismo, el trabajador y su familia, los grupos y las comunidades reaccionan desarrollando múltiples iniciativas de sobrevivencia, innovando o volviendo a las viejas prácticas. En parte, son ayudados por las diversas organizaciones que canalizan recursos

para sobrevivir en tiempos de crisis e impulsan la asociación, formación de redes y los modelos de acción política. Los movimientos piqueteros surgidos en Argentina frente a la inédita situación heredada del neoliberalismo fueron un claro ejemplo. Esas intervenciones estuvieron focalizadas en los sectores más golpeados por la crisis, en los excluidos y marginados en general porque el neoliberalismo generó también otro fenómeno al que hubo que responder y que tiene que ver con la polarización social y la estigmatización del pobre e indigente que son condiciones necesarias para que desde los sectores más altos del poder se pueda sostener políticamente el modelo asistencialista y que en fin nada resuelve. La *economía social* no es para los pobres sino que es una propuesta para todos los trabajadores que logra la inclusión de los excluidos y marginados. La *economía social* no trata solo de aplicar políticas asistencialistas de carácter provisorias- hasta que se reactive la economía y el empleo- porque la reactivación neoliberal no resuelve el problema de los excluidos por lo que se trata de activar la capacidad de todos los trabajadores para propiciar por diversas vías el desarrollo de lazos sociales vinculados a la satisfacción de una amplia variedad de necesidades materiales, sociales y de la recuperación de los derechos de todos.

En relación a Latinoamérica y su experiencia en la economía social, la historia nos muestra que el colonialismo europeo y sus instituciones como la monarquía, la iglesia y sus ejércitos de grandes conquistadores y genocidas no encuentran un territorio a descubrir sino que encuentran sociedades bien complejas cuya economía no respondía al modelo mercantilista. Un principio rector de la economía social es que busca necesariamente una convergencia y consenso en defensa del interés de la mayoría que se traduce en compartir la meta de ampliar el mundo del trabajo con calidad humana y calidad de vida basada en la democracia participativa, en la gestión popular y elementos anteriormente definidos que, desde lo más local de nuestro régimen, luche por construir un Estado que va más allá del capitalismo. Es fundamental, es posible y hasta deseable crear las bases y el ámbito desde el cual se expresen y generen los movimientos sociales, de base y defensa de la cultura popular que, constituyendo sujetos políticos colectivos movilizados, contrarresten las estructuras del neoliberalismo que actualmente se encuentra atravesado no solo por periódicas crisis (que incluso afectan a la economía real) sino por crisis de legitimidad y racionalidad en sus términos y que dramáticamente siguen marginando y excluyendo a amplios sectores sociales representantes del . Frente a este escenario, planteado por la necesidad de poner en marcha un tipo de economía social, a partir de nuestra especificidad como pueblo y cultura, hay que considerar algunos elementos de primer orden.

En primer lugar, es necesario reafirmar que la *economía solidaria* es una alternativa que va más allá del neoliberalismo porque intenta constituir

un equilibrio entre el sector público, la economía social y el mercado del capitalista bajo la primacía del derecho a la vida y como primer paso de tránsito desde uno a otro régimen político justo. La *economía social* es simplemente una alternativa para los hombres cuyo objetivo es una mejor calidad de vida para todos, a partir de la autonomía en la producción, la equidad económica, la justicia social basada en la redistribución de la riqueza a favor de la fuerza de trabajo, la sostenibilidad ambiental y la participación a través de la acción política. Por eso, los movimientos de base, articulados con el sector público, son el principal eslabón en el proceso económico para afrontar el reto de ser sujetos que desde la clase social se convierten en los administradores de su destino. Basándonos en los derechos humanos en su amplia extensión, es decir, teniendo como núcleo los derechos económicos, los sociales, culturales y ambiental e integrando enfoques de sustentabilidad, de interculturalidad y equidad de género, así como fortaleciendo los procesos de desarrollo local sustentable para la proyección nacional, seremos capaces de construir otro régimen como etapa inicial al cambio social, político, económico y cultural. Por otro lado, más allá de los distintos desafíos que implica en todos los ámbitos, es necesario también promover la integración regional de nuestros pueblos donde se privilegien los derechos e intereses del pueblo que tenga como fundamento la cooperación, la justicia, reciprocidad y complementariedad en la producción, en el comercio y finanzas, así como en todas las dimensiones de la vida social del pueblo, diferente al modelo de libre comercio que busca hegemonizar, por incidencia de las transnacionales, los acuerdos en el seno mismo de la Organización Mundial de Comercio y en los tratados comerciales que se pretenden imponer en la región. Además, es necesario acompañar decididamente las acciones y las tomas de posición política de las organizaciones que en general reivindican los intereses del trabajador que se movilizan en nuestros países en la defensa de la democracia que conduce a la paz social, a mayor armonía pero que también, cuando es necesario, enfrenta la agresiva penetración de los intereses del capital sobre la lógica de la economía social. En relación a la cuestión relacionada con las estrategias políticas en la búsqueda de otra forma de vida para la mayoría, es una prioridad compartir e innovar en las herramientas, métodos y sistemas que busquen mejorar los niveles de eficiencia de los emprendimientos solidarios, sus productos y servicios, con el ánimo de contribuir a una mejor calidad de vida de los trabajadores y sus comunidades. Por lo mismo, es necesario promover las redes, las comunidades y los movimientos nacionales y populares de la *economía solidaria* buscando consolidar espacios idóneos para mejorar la articulación de los movimientos, así como impulsar alianzas

estratégicas con otras redes y organizaciones para fortalecer la *economía solidaria* en las localidades, países y región.¹⁴

Considerando que el automatismo de los mercados es realmente una postura altamente reaccionaria y considerando que el Estado capitalista y el régimen neoliberal en el que se sostiene también lo es, la mejor manera de organizar la actividad humana es a través de la primacía del derecho a la vida por sobre todas las otras consideraciones porque así la hegemonía de ese libre mercado y de sus dioses se desvanece ante la comprobación de que la expectativa de que todos vamos a vivir mejor si liberamos al mercado es una ilusión que ya ni siquiera es sustentable racionalmente por lo que, en esas circunstancias, la concentración de la riqueza, el ingreso y el poder -y su contrapartida de exclusión social y política de las mayorías- y el descuido del ecosistema, ponen en riesgo no sólo la autodeterminación de los pueblos de la periferia sino también la vida misma en el planeta.

Las políticas interculturales, plurinacionales y el reconocimiento.

Aún hoy en muchos países latinoamericanos no está arraigada la idea de pensar el régimen político y el Estado como cultura de los pactos porque el poder se construyó en todos los casos a expensas de los grupos y sectores populares, monóticamente y desde arriba sin dejar espacios a la concreción de acuerdos que lograran incluir a los trabajadores que en este sentido son grupos subalternos en relación con los dominantes. Mucho menos se abrieron espacios políticos para el desarrollo y señalamiento de los intereses en pugna y así la patronal desmiente las contradicciones, la puja distributiva y lucha de

¹⁴ Emprendimientos familiares orientados a la subsistencia de la comunidad, con el surgir de los gobiernos “populares” empiezan a expandirse por toda la región y de esa forma modifican objetivos. Por ejemplo, de atender la inmediata subsistencia de los sectores más pobres y vulnerables pasaron a dar respuestas a necesidades de comunidades más amplias. De la mano de ciertos proyectos impulsados desde los gobiernos más radicales a través del ámbito del sector público, las cooperativas de trabajo o fábricas recuperadas tras las crisis, asociaciones sociales, etc., empezaron a abastecer de alimentos de producción a miles de familias. La mayor parte de los alimentos que se consumen en nuestros países provienen de los cordones verdes de las grandes ciudades donde viven los productores familiares.

Desde esta perspectiva es necesario ampliar la red de productores en los barrios cercanos y siempre pensados desde la producción familiar. Todos estos emprendimientos y organizaciones familiares y de *economía solidaria*, surgidos desde la resistencia al neoliberalismo y sus consecuencias para los sectores vulnerables, empiezan a vincularse con las producciones familiares que así se relacionan a través de las experiencias asociativas. Para el productor a futuro, la *economía social* puede empezar a resolver múltiples necesidades y a una nueva escala dado que la agricultura familiar está en proceso de ampliación al igual que las economías regionales y la soberanía alimentaria.

clase llegando al absurdo de negarnos la historia como necesaria evolución de nuestras sociedades. Entonces, nuestras leyes constitucionales aceptaron una sola voluntad política aunque en el caso de los pueblos originarios, los indígenas y su inclusión, tema que también nos ocupa, manifestaron cierta receptividad y sensibilidad frente a cuestiones, demandas y reivindicaciones de éstos pero sin ser considerados como sujetos y actores políticos concretos. Precisamente por eso en muchos de nuestros países, en especial donde los indígenas son minoría, la integración es un proceso mucho más complejo que fue esterilizado por la falta de voluntad de los respectivos gobiernos y del régimen político para buscar las vías de resolución. En este ámbito, la integración es compleja porque va más allá de la mera integración entendida como simple instrumento de apertura comercial y del impulso de ciertas estructuras e infraestructura en función de los intereses de los capitales transnacionales. Desde esa perspectiva, la integración del pueblo significa incorporación en un Estado y en un régimen político que es plurinacional, equitativo, soberano, justo y fraterno, donde estemos dispuestos a preservar y garantizar la vida del trabajador en términos del humanismo garantizando, a su vez, los derechos de los pueblos aborígenes buscando la armonía con los otros pueblos con los que coexistimos en la región. No es posible ese ideal si los indígenas no son pensados y reivindicados como actores políticos reales que sean capaces, a través de todos los medios legales y constitucionales de la aplicación de nuestras normas, de plantear pacífica y racionalmente sus reivindicaciones, sus problemas y eventuales soluciones. Pero, la realidad nos muestra que aún muchos regímenes militan a favor de un ordenamiento político claramente exclusivo en relación al tema de los indígenas. En Chile, a los pueblos originarios se les negó su identidad y fueron ridiculizados por los representantes de la razón neoliberal.

El más grave atropello a los derechos de los pueblos indígenas que se verificó en Chile fue durante la dictadura de seguridad nacional, presidida por Pinochet, a consecuencia de la legislación que esos pueblos originarios tuvieron que soportar como parte de la reacción y de la contrarrevolución en marcha. Pero, estas políticas antes que acallar a los pueblos originarios en realidad lograron, en un plazo más o menos racional dada la magnitud de la represión, poner en movimiento un proceso que fortaleció sus organizaciones representativas definiendo y profundizando, a su vez, sus demandas como pueblos que darán ciertos frutos, bastante relativos, con la recuperación de la democracia. Frente a la amenaza de división de sus tierras ancestrales por parte de la dictadura, a través de los decretos leyes 2568 y 2750 del año 1979, los mapuches lograron articular sus organizaciones de base originando en este proceso otras instancias de representación de la base, de defensa y reivindicación de sus derechos. Por su parte, el pueblo Rapa Nui, originario

de la isla de Pascua, afectado por el desconocimiento de sus derechos como pueblo en relación a su lengua o educación, etc., reactiva su antiguo *Consejo de Ancianos* como instancia de representación familiar y de defensa de sus derechos mientras los aymara intenta defenderse de la privatización de sus aguas ancestrales a manos de las compañías mineras en virtud del dictado en el año 1981 del Código de Aguas. De todas maneras- y a pesar del avance que significó ese proceso en la necesaria organización- la demanda de los pueblos indígenas estuvo en esta etapa fundamentalmente destinada a hacer frente a los problemas específicos que afectaban a cada pueblo en particular sin que ésta se orientase a obtener un reconocimiento y una protección de carácter global por parte del régimen de los derechos que a los indígenas les corresponden como pueblos. Tampoco existen en esa etapa nuevas instancias de coordinación entre las organizaciones representativas de los pueblos originarios que les permitiera avanzar en la elaboración de planteamientos, demandas y políticas comunes para lograr el reconocimiento de sus derechos y establecer a partir de ahí otra relación con el régimen. Recién a finales de los años '80 empiezan a abrirse algunos espacios que posibilitan el encuentro de los pueblos originarios en el país. De esos espacios surgirán propuestas de carácter global y común a los pueblos indígenas con el objeto de enfrentar las situaciones de injusticia que concretamente los afectaron. De esta manera, empiezan a sustituirse las demandas sectoriales y más específicas de cada pueblo por demandas y reivindicaciones mucho más globales en el sentido de que se privilegia un tratamiento más general de los problemas de los pueblos indígenas del país basado en el reconocimiento de su existencia, de su cultura e identidad como también de su derecho a participar en la resolución de sus asuntos.

Frente a la negativa constante de la dictadura de acoger las demandas formuladas por las organizaciones de los pueblos originarios y la escasa receptividad que sus planteamientos encontraron en sus partidarios, éstas, en el contexto del nuevo proceso electoral que por fin se inaugura el año 1989 con la derrota de Pinochet en el plebiscito del año anterior, deciden llevar sus reivindicaciones a la oposición, nucleada en la Concertación, para que fueran incorporadas en su plan de gobierno: respondieron elaborando una propuesta para los pueblos indígenas que, en lo esencial, asumía como válidos las ideas formuladas por las organizaciones indígenas en sus demandas tanto en lo relativo al diagnóstico de la situación de marginación y discriminación como en relación a la aplicación de políticas destinadas a enfrentar esa situación. Recuperada la democracia formal y asumido el primer gobierno de la Concertación, y a pesar de los importantes avances en el trato dado a los pueblos indígenas en este periodo, la política continuada por la *Dirección de Asuntos Indígenas* (entidad dependiente del Ministerio de Agricultura) se

continuó con los trámites de división de numerosas comunidades a pesar del anuncio hecho por las autoridades en sentido contrario. Muchas veces estas políticas, que son contrarias a los intereses de esos pueblos minoritarios, se sustentaron en la represión de las organizaciones indígenas y sus integrantes por parte de fuerzas policiales con motivo de manifestaciones asumidas por esas minorías en especial en cada aniversario del 12 de octubre. Además, los proyectos de reforma legal relativos a los pueblos indígenas sometidos al conocimiento del Congreso Nacional, no encontraron el apoyo requerido para su aprobación. En efecto, debido a las críticas que estas iniciativas recibieron por parte de los partidos, conglomerados y grupos de interés y de presión de la derecha, el parlamento demoró casi tres años en aprobar el proyecto de ley indígena no sin introducir importantes modificaciones que lo desvirtuaron. Entre los principales reparos que los sectores más reaccionarios de Chile hicieron estuvo los relativos al uso en ellos del término *pueblos indígenas*, el que consideran una amenaza contra el carácter unitario del Estado y un potencial peligro de futuros procesos de separatismo. Además, estos reparos tienen que ver con el peligro que se cerniría, a partir de ese concepto, al derecho de propiedad que significan, sin más, las normas de protección de tierras comunales de los pueblos originarios. Entonces, entre las limitaciones de este texto legal original en relación al propio texto del proyecto sometido a la consideración del Congreso Nacional y en relación con las tendencias hoy prevalecientes en el derecho internacional sobre la materia, se destacaron las siguientes:

- a) La exclusión del término *pueblos indígenas* que fue reconocido consensuada e internacionalmente a través del Convenio N° 169 de la *Organización Internacional del Trabajo* sobre los pueblos indígenas y tribales como manera central de denominación de las entidades de pueblos originarios que existen en el mundo.
- b) Las limitaciones introducidas al capítulo referido a las Áreas de Desarrollo Indígena, a través del cual se recogía la idea de la creación de territorios o espacios indígenas con mayores grados de autogestión del desarrollo demandada por las organizaciones y reconocida en el derecho internacional. En cambio, hoy estas solo son áreas de focalización de la acción del régimen en favor de esos pueblos.
- c) Por último, la eliminación del capítulo referido a los jueces de paz indígenas, a través del que se pretendió dar reconocimiento a las maneras de esos pueblos para resolver conflictos menores aún subsistentes en las comunidades de modo de dar cabida legal al derecho consuetudinario indígena.

De gran importancia es el rol activo que tienen las organizaciones de indígenas en Chile en relación a la defensa de sus derechos. En términos generales, ese movimiento mostró una gran capacidad de negociación sobre sus reivindicaciones. En efecto, con una actitud de realismo, el grueso del movimiento- a pesar de la difícil situación que enfrentaban sus pueblos al final de la dictadura cívico y militar- optó por la estrategia de la negociación de sus demandas con el régimen haciendo posible así establecer un marco jurídico y político a través del que se pudo avanzar gradualmente en la materialización de algunos cambios menores reivindicados por esos pueblos. Pero tampoco es para festejar el advenimiento de la democracia ni mucho menos porque a pesar del importante cambio verificado en todos los años de falsa transición democrática, en relación a las políticas y definiciones del régimen chileno hacia los pueblos indígenas, la vigencia de una legislación retrasada y de carácter colonial colocó a Chile entre los países donde los avances producidos en la situación de pobreza y marginación de esos pueblos son muy precarios. Lo indígena en el proceso de integración antes bien debe reafirmar la identidad de los pueblos originarios lo que significa reconocerlos como entidades que antecedieron al Estado nacional surgido a partir de la emancipación de la metrópolis, es decir, reconocerlos como sujetos y actores políticos porque son pueblos con organización política, con pensamiento y cultura, valores y mitos propios que, desde una cosmovisión andina, manejan sus tierras y modos de vida. Es necesario incorporar el reconocimiento de esa identidad indígena que incluye la preservación del idioma, de la cultura, sus formas de administración de justicia, su cosmovisión de la naturaleza, de sus dioses y medicina. Los pueblos originarios que continúan manifestando, que continúan defendiendo, marchando, resistiendo y reivindicando sus derechos estructuran sus propuestas en base a un Estado que no considera la naturaleza como simple objeto e instrumento para un desarrollo que nos conduce a serios problemas ecológicos por decir lo menos. Ellos contraponen la cultura de respeto y comunión con el entorno proponiéndose desde esa perspectiva cuidarla y vivir en equilibrio con la naturaleza porque somos parte integrante de ese ambiente natural. Por eso, la cultura de esos pueblos está fuertemente vinculada con la protección del medio ambiente, con el cuidado de la diversidad y preservación de tierras y dominio comunitario. Por eso, también estos pueblos buscan detener la deforestación, el saqueo intrínseco de la minería y el descongelamiento de los glaciares.

La independencia latinoamericana tampoco los alivió en relación a su realidad como pueblos porque las élites criollas, con una visión etnocentrista, racista y claramente europea, los mantiene en su condición de marginados, de *no ciudadanos*- sin siquiera derechos formales- y en este sentido serán

tratados como delincuentes, hasta de terroristas. En el mejor de los casos, esto significó la asimilación forzada a la cultura nacional y, más allá de los discursos de integración que vendrían después, los criollos, los blancos o mestizos se arrogarán la autoridad máxima sobre la economía, la política, el comercio y la industria. Siempre fueron segregados, siempre fueron tratados como minorías incluso en Bolivia donde claramente son mayoría. Es decir, cualquiera fuera su peso demográfico se evitó por todos los medios el reconocimiento de estos grupos como pueblos originarios que así resistieron y combatieron contra el olvido, la segregación y el racismo. En muchos países son más de quinientos años de resistencia indígena pero también son siglos de resistencia de los negros, de los criollos, mestizos y el campo popular en su general porque, aunque las mayorías ven como a los pueblos originarios se les margina más que a todos, millones de trabajadores no-indígenas ven como el régimen neoliberal los excluye cerrándoles las puertas a los beneficios del progreso y del avance social, de la ciudadanía, del consumo, la educación, la salud y el trabajo. Por eso, la unidad entre los movimientos indígenas y las diversas organizaciones populares no-indígenas sigue siendo objeto de debate y estrategia permanente. Mientras unos buscan integración a la Nación en el respeto de las diferencias, los otros definen un autodesarrollo fundado en la etnicidad. Desde la década de los '60 y los '80 prevalecen los primeros y donde las reivindicaciones y la movilización de los indígenas se circunscribe en lo esencial en el marco de lucha de los campesinos y del movimiento popular también desembocaron en un callejón sin salida que lleva a que esos grupos y movimientos indígenas se replieguen sobre sí mismo. La globalización neoliberal modifica aún más esa situación porque provoca una fuerte división y fragmentación de los sujetos sociales que significa un cambio radical en la situación. En ese sentido, el descrédito de los partidos históricos, de los sindicatos y de la política en general, el retroceso de la izquierda frente a la caída de los paradigmas de la igualdad y del socialismo real, auspiciado por sus propios errores históricos, la falta de nuevos paradigmas que favorezcan la reafirmación de la cultura, conquistas y derechos del trabajador conjuntamente con la pérdida del ámbito de lo local y lo regional, terminaron minando a las organizaciones políticas tradicionales con lo que- de rebelión en rebelión- serán desde ahora las organizaciones de indígenas quienes defenderán al régimen ante el mercado y cultura global. De hecho, fue la *Confederación de Nacionalidades Indígenas* de Ecuador la que provocó la caída de tres presidentes, de ideología claramente neoliberal, entre los años 1997- 2005 que derivó en la presidencia de Rafael Correa y en la Asamblea Constituyente que bastante cambió la situación para todos. En Bolivia, la guerra del agua y después la del gas reunió los fuertes reclamos de los pueblos originarios y las reivindicaciones generales de los trabajadores

del Altiplano. Estas batallas terminan con dos presidentes neoliberales, entre los años 2003- 2005 que desemboca en el Estado plurinacional. Y aunque Evo se apoyó mayoritariamente en los indígenas, su base social se amplió a favor de los intereses de los movimientos representativos de los sectores medios urbanos, como las cooperativas, las corporaciones y los maestros y trabajadores públicos, los jubilados y legiones de mestizos que comulgan con la mejoría de las condiciones de vida de la mayoría.

En Chile, la *Coordinadora Arauco- Malleco* es mucho más que una experiencia, postura política e ideológica de resistencia del pueblo mapuche si bien surge del hito de las diversas acciones de resistencia que lleva a cabo ese pueblo originario contra las empresas forestales que hacen de las suyas en la Araucanía. Se constituye como una nueva forma de enfrentar, defender y movilizarse por las demandas que el pueblo mapuche considera urgentes para mejorar su vida colectiva. La *Coordinadora Arauco- Malleco* inaugura una experiencia distinta, una nueva práctica política en terreno, en y desde la comunidad. Y eso genera un antes y un después. Por ejemplo, se empieza a hablar a partir de ese momento del conflicto mapuche pero en primer lugar la comunidad deja de ser pasiva, deja de someterse, y pasa a formar un sujeto social fundamental dentro de su proceso de reivindicación. Una característica central de la resistencia es que su lucha, las ideas sobre las que estructura la resistencia al Estado, son ideas anticapitalistas, es decir, se lucha contra la lógica del Estado capitalista. Esto no me parece una novedad si consideramos el vínculo que los pueblos originarios establecen, como una cuestión cultural y de identidad, con los recursos naturales en particular y con la madre tierra. Esta portura anticapitalista es una definición y la acción política primera que los moviliza. Confrontan al capital y esa batalla genera el conflicto con el Estado y su régimen. La importancia de esa definición anticapitalista es que la Coordinadora forma parte del movimiento antioligárquico, anticolonialista y antimperialista. Es así como a partir de la realidad del pueblo mapuche la Coordinadora irrumpe como un movimiento libre y autónomo, culturalmente mapuche y revolucionario en el sentido que reivindica hacer política y proyectos relacionados con la defensa del derecho a la vida. Precisamente esas características es lo que los hace objeto de atención por parte del Estado y de los detractores de la causa mapuche, de esa oligarquía que dueña del capital al final responde a los intereses de los grupos globales del poder. Así es como la Coordinadora y gran parte del pueblo mapuche pasa a convertirse en el enemigo interno del Estado chileno. De ahí la aplicación de un tipo de represión sobrecogedora que se ampara por ejemplo en la ley antiterrorista.

Esa postura anticapitalista, marcada y consecuente, es tal vez lo que los diferencia de otras organizaciones a pesar de que surgen en un contexto político complejo, que es la llegada al gobierno de la Concertación. En ese

escenario de esperanza era más difícil la confrontar con el capital. Muchos dijeron que la *Coordinadora Arauco-Malleco* no dejaba gobernar a los sectores democráticos, sin embargo, de parte de la Concertación nunca hubo acompañamiento político y sí mucha animosidad. Al final, la animosidad fue creciendo porque la Concertación es un espacio de administración política e ideológica neoliberal. En ese sentido, actualmente la Coordinadora es una organización heroica desde el momento en que la Concertación criminalizó y judicializó su lucha. Simplemente les aplicaron no solo la represión en todos los ámbitos sino también la cooptación de los mapuches en lucha, tanto de la dirección política como de los militantes, abusando del asistencialismo o del financiamiento de proyectos de desarrollo que refuerzan el sometimiento y la esclavitud. Es la política típica del falso Estado de Bienestar ahora devenido en neoliberal que actúa sobre las consecuencias de sus medidas altamente ineficientes y no sobre las causas. Pero, en términos de control y dominio fue eficiente porque obligó a la Coordinadora a reducir la base social y política que sustenta su combate. El mayor logro de la Coordinadora es constituirse en un referente que genera tremenda influencia en el pueblo mapuche. Es el logro de la Coordinadora, es la plena expresión de la batalla cultural, por el sentido del país y por la lucha por la libertad, por la autodeterminación del pueblo. Es una batalla que se vincula con el proceso de autoafirmación étnica nacional porque los mapuches, ahora de la mano de su propia Coordinadora, se sienten parte de una identidad, de una cultura, de un pueblo-nación al que durante toda la historia se les negaron sus derechos e independencia.

El desafío sigue siendo elaborar una construcción política, cultural e ideológica propia, del mapuche. Ese es un tema cultural, muy profundo e importante para que quede librado al azar de la razón dominante porque es un tema que implica incluso romper con las antiguas expresiones que los acompañaron en esas reivindicaciones. La alternativa al Estado del capital privado, la propuesta en el ámbito de un proyecto político de libertad y de autoafirmación de la cultura, es la reconstrucción de la nación mapuche. Ese solo desafío es por sí solo una alternativa al modo del Estado capitalista. Quienes saben de la cosmovisión mapuche, de la forma en que ellos definen la vida, su relación con la tierra, con sus recursos y la manera en que piensan el desarrollo lo comprenderán. Por lo mismo, la Coordinadora se convierte en referente para las comunidades fortaleciendo a partir de esa constatación las reivindicaciones históricas del mapuche, cuyo eje central es el territorio y la autonomía. De ahí que la lucha sea anticapitalista, de ahí se entiende que la institucionalidad altamente represiva heredada de la dictadura los considere terroristas: es que la lucha en términos de reconstrucción de la Nación mapuche implica romper con el andamiaje de la institucionalidad que nos

rige, que se origina con el golpe de Estado y se consolida racionalmente a partir de la aprobación fraudulenta de la Constitución de 1980.

La historia de la Coordinadora está llena de vicisitudes, de conflicto, de acciones, persecuciones y muertos porque sustentar la resistencia en estos términos implica la caída de todo el andamiaje legal e institucional heredado de la dictadura. En realidad, cualquier reivindicación de los problemas del sector popular implica eventualmente la caída de la legalidad que nos gobierna porque esa gobernabilidad no está en condiciones de satisfacer las necesidades del pueblo y solo le queda recurrir a la opción de la fuerza, de la represión. La reconstrucción nacional mapuche es una discusión interesante, estructuralmente fundamental en términos de creación de conciencia, porque liberarse en primer lugar implica descolonizarse del sistema de dominación que imperó desde siempre en este caso. Es un proceso de descolonización ideológica, social, política y cultural porque quiere decir desprenderse de esa construcción que esté fuera del ámbito mapuche. En ese sentido, el proceso de autonomía de los mapuches es muy revolucionario, es radical porque al igual que cualquier otro proceso de autonomía de un pueblo sometido, la autonomía se basa en el principio de territorialidad: el pueblo mapuche y cualquier otro no puede ejercer su autonomía sin territorio propio. Cuando se lucha por el territorio, se tiene que hacer una práctica y una acción política de lucha por el territorio. Y definitivamente no se puede hacer usando de las herramientas que les entrega el Estado capitalista, que además es “nacional” en términos de cultura e ideología. Simplemente no puede permitirlo porque implica una pérdida de poder en términos de control y de homogeneidad cultural. El capitalista favorece el proceso de inversión capitalista y para eso no puede permitirse este tipo de cuestiones. Por tanto, no va a originar ni va a resolver las demandas de los mapuches en relación al territorio porque solo le importa generar territorio para el proceso de inversión capitalista. En este sentido, disputa por el territorio, metro a metro, por recuperar la tierra.

En la lucha del pueblo mapuche hay dos grandes objetivos: en primer lugar está la resistencia a la amenaza que representan las inversiones y el latifundio típico del modo de agricultura del Estado capitalista, es decir, la resistencia al modo capitalista de producción en el territorio ancestral del pueblo mapuche. En segundo lugar, está la reconstrucción del pueblo-nación mapuche que es lo central. A partir de ahí debemos considerar que el propio Estado capitalista, el Estado nacional, con su cultura, su historia, sus ideas y formas de desarrollo tuvo una refundación respecto al Estado nacional que es establecido por los libertadores. ¿En qué sentido? Que tanto el mapuche o cualquier otro trabajador chileno, el campesino y la gente de por sí ligada a la tierra y a la agricultura, todavía usan aquel lenguaje de la época de la reforma agraria y hablan del latifundio como si nada hubiera sucedido. El problema

es que hoy la territorialidad mapuche y agrícola en general no se estructura sobre la base latifundaria sino que en primer lugar lo que existe actualmente en la territorialidad del mapuche es un proceso de transnacionalización basada en una economía fuertemente extractiva y, en principio, basada en la explotación forestal. Las forestales trastocaron todo el sistema de propiedad de la tierra desde la octava hasta la décima región del país y es así como hoy cuentan con millones de hectáreas en la que se basa la economía de esta área. En términos económicos, políticos y sociales, este modelo de desarrollo, basado en la explotación de las forestales, genera la mayor riqueza para esos grupos económicos y a la vez la mayor pobreza para la población. Por eso, en la zona en cuestión los campos son forestales y casi no existe el latifundista clásico sino que en primer lugar estamos en presencia de empresas forestales que tienen las grandes extensiones de tierra. Hay pocos latifundistas porque no tienen la capacidad territorial que tuvieron en otra época. Por lo mismo, entre el 80 y el 90% de las acciones de la lucha son en contra de la actividad forestal lo que a su vez implica una lucha frontal, sin concesiones, contra la inversión del Estado capitalista, los proyectos de las mineras o las centrales hidroeléctricas. En la lucha contra el capitalismo se impondrá la batalla contra la propiedad usurpada que tienen las forestales y así el capitalismo en Chile tuvo una refundación, por lo menos en la forma de producción y de propiedad en esa zona del país.

Cuando finalmente entendemos la cosmogonía mapuche, la relación de ellos con la Madre Tierra, con la vida del hombre, la relación de éste con los recursos y con el equilibrio que plantea en términos de desarrollo, es más fácil darse cuenta que esa visión del mundo está íntimamente relacionada con la vida. Así, la alternativa al Estado capitalista va por esos caminos porque el mapuche plantea un mundo de mayor justicia y equilibrio, de armonía, donde el hombre se identifica con su territorio, con su espacio, con su cultura y forma de vida. Ese hombre no es ni conquistador ni un expoliador, menos un explotador. Es un régimen político bueno, mejor, más sano y justo. Y sobre todo, un régimen político que en la medida que es humanista respeta la vida. De hecho, es anticapitalista porque recupera el ser de la naturaleza, de la biodiversidad, de la cultura del pueblo mapuche que comulga con el espacio y las personas desde una mirada colectiva, del bien común. El indígena tiene una tremenda ligazón con la tierra, con los recursos y la vida, con todo eso. Valora cerros, ríos, lugares y los espacios que tienen un sentido de identidad, cultura y memoria histórica. La misma cosmogonía de los indígenas desafía a todos, a los que estamos por el cambio en términos populares, a plantearnos el desarrollo en términos de tecnología conveniente. Bajo la legítima presión y reacción de los pueblos originarios, expresada a través de los movimientos que los representan, la mayor parte de los países de la región adoptaron otras

normas e incluso constituciones nacionales que reconocerían aquel carácter multiétnico y plurinacional del Estado y del régimen. En otros casos menos radicales que el de Bolivia, se otorgaron derechos específicos a los indígenas y afrodescendientes y así, en la mayor parte de los casos, salvo en Chile, a los pueblos originarios se les reconoció cierta forma de autonomía en los aspectos políticos, económicos, territoriales y culturales. En lo relativo a la cuestión cultural, la autonomía y reivindicación de su cultura es importante en la construcción del régimen popular porque los pueblos originarios tienen una forma de pensamiento y una visión del mundo que va más allá del simple respeto que pudieran o no tener las sociedades occidentales en relación al ecosistema. Ellos saben, desde tiempo ancestral, que toda degradación y violencia contra el entorno y el ecosistema, invariablemente repercute en las condiciones de vida de nosotros y de las generaciones por venir. Así, la *Pacha Mama* (la Madre Tierra) es todas las montañas, los ríos, las cascadas majestuosas, los precipicios vertiginosos. El trueno, el relámpago y después la lluvia, es decir, una armonía con el cosmos. A partir de esa visión, en los casos extremos, podría pensarse en ciertas dificultades y hasta incongruencias entre la vida en comunidad y sus valores en relación por ejemplo a las técnicas modernas del desarrollo en beneficio de los trabajadores como la electrificación, las rutas y eso, el desarrollo de actividades económicas rentables que no siempre tienen en consideración el respeto por el ambiente y hasta como se articula la justicia comunitaria con la ordinaria. Pero, el desarrollo significa que hay que pensarlo en términos del marxismo, o sea, desde la tecnología que es conveniente y a partir de ahí buscar soluciones a los problemas concretos que se vayan presentando en el camino. Se trata de las técnicas de los criollos sin abandonar ni violentar las costumbres de los pueblos originarios para desde esos parámetros buscar la conjunción de los elementos de ambos. La resolución de esta conjunción o simbiosis entre la cultura indígena y la técnica criolla (basada en tecnología conveniente) que a su vez implica reafirmar los valores de la democracia.

En primer lugar, los países latinoamericanos que aún no lo han hecho, tendrían que reconocer que los pueblos originarios- que coexisten en estos territorios- viven en desiguales condiciones y oportunidades en relación con otras comunidades, de diversas identidades, cosmovisión y cultura en general más cercanas a lo foráneo, europeo y etnocentrista. En esa perspectiva, estos regímenes tienen que abrir caminos de diálogo para que todas las culturas y nacionalidades se expresen en lo que tendría que ser las nuevas estructuras del Estado y su régimen, redefiniendo la noción de ciudadanía y de Nación (el ser nacional) desde la dimensión intercultural. Reconocer lo *multicultural* es central porque busca entender y reivindicar la *diversidad étnica social* de nuestros países para encontrar otros canales de construcción del pensamiento

que reivindica y ejerce *lo público* sobre otra forma en las relaciones políticas, sociales, económicas y culturales. Pero, no todo lo *multicultural* presupone de por sí relaciones entre sujetos políticos iguales porque hay una importante cantidad de *pluriculturalismo* que solo es capaz de aceptar lo diverso a partir de relaciones de dominio, es decir, de jerarquías que subordinan desde la cúspide. En esta particular visión son ellos los que saben. Entonces deciden y mandan a los de abajo que no están en condiciones de definir sus intereses como comunidades o sectores y grupos sociales. Ese es el multiculturalismo que solo aceptan los grupos de interés representativos de los dominantes a nivel global porque no cuestiona la centralidad de su cultura, los valores, decisiones y desde ahí sus políticas públicas. Por lo mismo, es esta la razón por la que la multiculturalidad tiene que acompañarse de la interculturalidad si en verdad busca la integración de todos bajo la armonía y la justicia de la democracia. La *interculturalidad* se refiere a las relaciones que se establecen entre las diferentes condiciones de complementariedad y paridad, o sea, sin que se establezca un centro cultural que sea central y hegemónico en relación a las otras culturas involucradas. Por lo mismo, se diferencia del concepto de *inclusión*. El concepto de *inclusión* en primer lugar se refiere a que los excluidos, de ahora en más, serán incluidos pero, ¿quién es el que incluye a los excluidos en este contexto de primacía de una cultura sobre la otra? El problema es que cuando alguien incluye puede también excluir el día de mañana y, por lo mismo, el concepto de inclusión encierra, en su núcleo más profundo, la negación de la multiculturalidad que a su vez se basa en la interculturalidad porque solo de esa manera la inclusión es definitiva en cuanto que perdura en el tiempo consolidándose en las mismas estructuras del régimen. Los *excluidos* no reclaman inclusión en este sentido más restringido sino que reclaman el reconocimiento y la horizontalidad antes que la verticalidad en las relaciones entre los pueblos, trato igualitario y justicia. A partir de ahora, el tema ya no pasa solo por los incluidos y los excluidos del régimen sino que pasa por una cuestión de reconocimiento en el sentido del justo trato, de equidad en las relaciones entre culturas. Solo así, es decir, a través de la construcción de un régimen humanista, se logra esa auténtica inclusión que implica el reconocimiento de todos. Se trata de incluir y de construir, a través del reconocimiento y desde la base del régimen, un Estado plurinacional e intercultural entendiendo que no puede haber en absoluto *plurinacionalidad sin interculturalidad*.

La batalla por la ley de medios de la democracia.

Una discusión, que es irritante para muchos de los que se encuentran en el campo popular, tiene que ver con las nociones de unidad, tolerancia y

efectividad de las acciones políticas porque muchas veces, ante el grado macabro de nuestros dramas y lo tibio de las reformas, se cree que mantener la urgencia de la unidad en las acciones políticas obliga a ocultar diferencias al interior del movimiento popular y a posponer, para un futuro incierto, la discusión de estos temas en público. Esto siempre bajo la lógica de suponer que provoca el debilitamiento por la división en el movimiento. Grupos y dirigentes en este sentido podrían sostener la suposición que es necesario mantener la unidad a toda costa para defender una falsa solidez que gira alrededor de la resistencia y movilización del trabajador. Por el contrario, me parece que la posibilidad de fortalecer la resistencia y la lucha en todos los frentes contra los neoliberales implica profundizar en la unidad de los trabajadores a partir de la democratización de los movimientos populares. Sin pretender ofrecer la última palabra creo que rehuir este debate impide la construcción de una formación política que contribuya a enfrentar los ataques de la reacción de derecha. Esa formación tiene que profundizar en el debate porque la fortaleza teórica es lo que ayuda a garantizar cualquier propuesta que conduzca a la lucha por la asamblea constituyente en los países en que aún el neoliberalismo es una realidad y a la lucha como medio para edificar un régimen político que busque superar el neoliberalismo.

Desde esa perspectiva, una batalla fundamental se da en la temática de las comunicaciones y la información por ser cuestiones muy sensibles en la construcción y en la defensa de un proceso democrático de transición desde el neoliberalismo al humanismo. En primer lugar, hay que tener en claro el carácter intrínsecamente mercantil de los medios de comunicación que como tales necesitan contratos para cubrir gastos, invertir en tecnología, pagar a sus trabajadores y acumular ganancias. Es la consecuencia de la lógica del neoliberalismo al que no escapa ninguna organización más o menos masiva e importante, es decir, hasta hoy no puede ser de otra forma y por eso necesitan establecer convenios sobre publicidad y propaganda sea con el gobierno o con empresas privadas. Por eso, defienden sus intereses como grupos de poder y presión y por eso la independencia y objetividad de esos grupos es una quimera. Los holdigns de la comunicación están alienados detrás de los intereses dominantes, de inspiración ideológica neoliberal, que desde la estructura del poder conspiran contra el cambio en las relaciones de fuerzas que involucren el ascenso de los trabajadores intentando cooptar a periodistas y dirigentes populares para hacer fracasar la expresión más combativa de la movilización y participación popular. En general, muchas veces creemos que los problemas de nuestros países son exclusivos de nuestros regímenes, sin embargo, es la temática de la democratización de los medios masivos de comunicación e información la que nos muestra la coincidencia de los temas a resolver en nuestros países por el solo hecho de ser países dependientes

estructuralmente de los centros globales de poder. Vivimos en un mundo globalizado bajo las directrices neoliberales, somos países dependientes y vinculados por cuestiones políticas, históricas y culturales y por lo mismo los problemas que nos aquejan son comunes a todos en cuanto región que forma parte de un sistema comercial global. El sistema comercial global es un sistema de poder como lo fue el colonialismo en otra etapa histórica (luego devenido en neocolonialismo) que emerge a partir del neoliberalismo y sus intereses y se acentúa rápida y vigorosamente a través de la revolución en las comunicaciones. Esto implicó un desarrollo y crecimiento importante del sector especulativo- financiero, del movimiento de capitales desregulados y del librecambio pero también significó estar más conectados a través de las comunicaciones con otros países por los problemas que nos son comunes.

En principio vivimos día tras día una realidad construida a través de ciertas informaciones que condicionan nuestras pautas de comportamiento y hasta nuestra calidad de vida a partir de que- en base a esas informaciones y definiciones- se construye la agenda de gobierno que nos afecta a todos. Por eso, es necesario que en el tema de la información exista la mayor cantidad posible de transparencia y en la cuestión relativa a la comunicación la mayor cantidad de voces. Es decir, mientras mayor cantidad de voces, mientras más puntos de vista, conceptos y verdades existan, más objetivo y democrático es el proceso de resolución de los problemas socialmente importantes. Así, la realidad social se construye a partir de las comunicaciones y la información y para construirla no es necesario caer en la grosería de mentir (aunque la mayor parte de los medios de comunicación globales y dominantes lo hacen) porque basta con mostrar o acentuar algunas cosas y no mostrar e ignorar otras. Es la forma de censura en democracia formal típica del reformismo de los dominantes. El problema es que la manipulación que los medios masivos de comunicación hacen de la información, y a partir de ésta, de la realidad cotidiana, un asunto muy grave. Por ejemplo, en septiembre del 2001 todos nos horrorizamos ante la caída de las torres gemelas y de los atentados al Pentágono en el que murieron unas tres mil personas inocentes y de todas las nacionalidades y credos, sin embargo, ese mismo día y todos los días mueren en el mundo treinta mil personas de hambre, de las cuales unos seis mil son niños y otros 2700 infantes mueren de sarampión. Cada una de esas muertes, que son totalmente evitables, no nos escandalizan porque son muertes que, a diferencia de las víctimas de los atentados a Estados Unidos, naturalizamos a través de los medios masivos de comunicación. Existe un discurso bastante macabro que nos afirma que esto tiene que pasar porque supuestamente no hay recursos para la alimentación de todos lo que es otro de los graves mitos del neoliberalismo. Pero, no es en realidad necesaria ni inevitable que suceda porque sí existen los recursos para alimentar a toda la población del mundo

que pasa hambre. Sin embargo, terminar con el hambre en el mundo también significa acabar de una buena vez con la especulación financiera, con las ganancias extraordinarias de la industria agro- alimentaria. ¿Qué nos queda de la objetividad o imparcialidad? ¿Qué nos queda de la independencia de los medios de comunicación?

Nos queda poco porque la realidad muestra que los medios masivos de comunicación- los grandes monopolios y aún las radios y hasta los medios comunitarios en general- están fuertemente comprometidos con la realidad lo que significa que defienden determinados intereses en perjuicio de otros. En esto no hay nada cuestionable porque cada uno tiene sus convicciones y su sistema de ideas y en ese sentido solo podemos aspirar a alcanzar apenas una parte humanamente posible de objetividad, sin embargo, lo que es más grave es que los medios de información y comunicación se pretenden dueños de la objetividad y de la verdad absoluta. La única imparcialidad posible se da en el contexto del mayor pluralismo posible en el ámbito del régimen político, es decir, mientras más plural sea la información cotidiana, la participación y la movilización de los que deciden, más nos aproximamos a la democracia y la objetividad y así es moral y políticamente inviable y condenable seguir sosteniendo que los medios de comunicación tienen cierto acercamiento místico con lo absoluto que los lleva a convertirse en los defensores de la libertad de prensa. A partir de los preceptos dominantes se trata de reforzar el mercado libre eliminando las regulaciones en el sector de la información y de las comunicaciones, para continuar el saqueo también económico y político del sector público, para reducir el rol de los sindicatos y las organizaciones populares, para dividir y después liquidar la resistencia popular estableciendo centros de producción en donde haya garantía de mano de obra barata, casi esclava, que estimule la intervención del régimen solo en beneficio de la acumulación privada del capital, de las corporaciones y sus intereses que van contra mano del interés del pueblo. Los medios masivos de comunicación buscan reforzar esos mitos que finalmente son parte de una racionalidad más compleja de dominio. Lo grave es que incluso la expresión *mercado libre* sólo es una manera de hablar de algo que no existe porque el consumidor no se relaciona con el productor sino solo a través de los intermediarios y así el precio de venta de un bien o un servicio lo pone el vendedor y no se negocia al tiempo que la demanda se determina por una campaña de mercadeo donde es superfluo el contenido del bien producido y solo importa las luces de colores que despide. Es similar a lo que pasa en el plano de la actividad de la comunicación e información, es decir, las prácticas del mercado se trasladan a esta esfera; lo que importa es la apariencia del personaje y no su contenido, la inmediatez y jamás el contexto porque este último, el contexto, implica un análisis minucioso. Se provoca la frase corta y vulgar, el hecho escandaloso,

ese que impacta al oído y ya se cree que se está haciendo periodismo pero en realidad no se está generando ningún discurso fundante. Esto simplemente se manifiesta en la esencia de la política neoliberal, en relación al periodismo y todos los temas, porque el neoliberalismo, fundado en silogismos, fábulas y metáforas, es una forma carente de contenido que resalta los aspectos vanos y superficiales de la vida y de los personajes o dirigentes que pretenden y se muestran como figuras públicas pero donde lo fundamental es la promoción de la imagen y no del argumento razonado.

Los sectores populares necesitan una opción ética como condición para transformar la vida en comunidad entendiendo que no es un recurso racional ni un agregado que adorne el discurso y lo haga más atractivo sino que es una acción política más humanista e inclusiva. Por eso, en todas las expresiones de la lucha, en el rol jugado por los periodistas y los medios de comunicación que se pronuncian y militan contra la lógica reaccionaria del Estado capitalista, la opción ética y los valores surgidos en este proceso son centrales porque la guerra- decía algún teórico por ahí- es la continuación de la política por otros medios y la política en tanto tal es la prosecución de la cultura popular y la resistencia inherente a ésta por otras vías. Sólo gana la confrontación quien vence la batalla ideológica, el que logra construir un arte posible que domine las conciencias de la mayoría. Esas batallas también se libran en gran parte con los medios de comunicación. La guerra mediática es por lo mismo el preámbulo necesario de la política y las estrategias de poder. Mientras las guerras militares tienen treguas y rendiciones incondicionales, las culturales son incesantes, en continua transformación. Los monopolios mediáticos se parecen a los financieros, industriales y los comerciales porque también luchan por expandirse, concentrándose cada vez en menos manos y usando su poder de presión como herramienta para incrementar ese poder, mediante normas que faciliten su acumulación o a través de conflictos que expandan mercados y apropien recursos. Su objetivo es colocar bajo el dominio de la acumulación privada del capital monopólico la infraestructura económica- política para someter a los monopolios mediáticos a la estructura y la lógica del racionalismo neoliberal que determina la conducta y las acciones del Estado y su régimen político. Además, las guerras libradas entre los poderes de los monopolios mediáticos, informativos o industriales contra los países en vías de desarrollo son asimétricas precisamente por la desproporción de los recursos estratégicos y económicos involucrados. Pero, esos recursos económicos no siempre aseguran el triunfo de los monopolios porque esas batallas se libran antes que nada en el campo político, ideológico y cultural que es capaz de reforzar y transformar la lógica del régimen. Los ejemplos de los regímenes populares de principios del siglo XXI respecto de la cuestión de los medios de comunicación, nos muestran que se puede librar

un conflicto mediático contra una oposición golpista, reaccionaria y violenta sin apartarse un ápice del estricto cumplimiento de las normas democráticas. Pero es necesario abrir una contraofensiva en lo que serían tres frentes que me parecen prioritarios:

- a) Primero, la aprobación y defensa de una amplia ley de servicios audiovisuales acorde con la profundización de la participación de los trabajadores que en ese sentido reivindica y profundiza la democracia porque busca multiplicar las voces y la regulación legislativa del espacio radioeléctrico.
- b) En segundo lugar, la creación de medios de comunicación y de información tanto privados como también de servicio público, alternativos, comunitarios y libres de las presiones políticas de las grandes transnacionales de la comunicación que tengan en cuenta los intereses y conceptos de los sectores populares como primera prioridad.
- c) Por último, el uso soberano de la potestad del sector público de otorgar y renovar o no las diversas concesiones sobre el espacio radioeléctrico aunque en el proceso haya que luchar contra las múltiples presiones y tensiones de los sectores dominantes.

En aplicación de estas tácticas el gobierno popular tiene la opción de crear canales de contenido más general que reivindiquen la cultura popular (los documentales comunitarios), canales de noticias dirigidos a la audiencia nacional y latinoamericana, algunos sobre el debate parlamentario con el fin de favorecer la transparencia en las decisiones que hacen al régimen por lo menos en el ámbito del parlamento, canales juveniles, locales, regionales y contestatarios. De hecho, una vez que se ponen en marcha los cambios en favor de un régimen popular (entendido como gestión de los trabajadores en el sentido que hemos visto) esas mismas necesidades de gestión democrática hacen que en el ámbito comunitario surjan centenares de pequeñas radios y medios de carácter comunitarias y otros tipos de expresiones que manifiestan las necesidades de los trabajadores en ese ámbito. Conjuntamente con ello, el régimen tiene que desarrollar normas constitucionales que exijan veracidad de las fuentes de información, la pluralidad de ésta, limitaciones al tiempo de publicidad y porcentajes de producción nacional e independiente. El factor decisivo en esta confrontación es que producto de la movilización consciente los monopolios mediáticos van perdiendo su credibilidad hipotecando ese importante recurso en beneficio de los intereses que siempre representaron. Analizando la información de los medios hegemónicos, existe el país real que es el de la producción, el de la inclusión, de la educación y el trabajo y al

mismo tiempo existe el virtual que esos medios masivos de comunicación intentan imponer a pesar de los éxitos de los sectores populares. Los cambios en la legislación inciden no solo en la lógica de esa lucha por los intereses de unos y otros, por la multiplicación de nuevas voces o defensa de los intereses de los conglomerados de la información sino que incluso, los cambios en la legislación sobre los medios de comunicación, inciden hasta en el aspecto tecnológico. De una u otra manera siempre llegamos al fondo del asunto que es la democratización de los medios y que inciden en nuestra percepción de la realidad política y formación de la agenda pública. Esa democratización así no sólo se refiere a los contenidos porque también incide en la realidad económica de los sectores mayoritarios de cada país. Una ley de medios más democrática sobre medios audiovisuales, la radio, internet, la comunicación digital en general y la televisión, debe permitir que tanto las empresas del sector como los gobiernos locales, los regionales y nacional, así como las cooperativas, universidades, organizaciones sin fines de lucro y movimientos populares en general, como los pueblos originarios, puedan acceder a una licencia para operar. En el mismo sentido democrático, hay que poner límites concretos a la concentración de licencias fijándose topes a la cantidad de esas licencias a las que puede acceder un mismo concesionario. Por último, la ley tiene que favorecer necesariamente al prestador de los servicios nacionales limitando la participación del capital extranjero en los medios y creando órganos colegiados para la aplicación, la interpretación y el cumplimiento de las normas establecidas por ley. Es importante plantear que se necesitan muchas voces.

En una etapa de ebullición, movilización, participación y debate de los trabajadores, a nivel del régimen, tiene que ver también con las controversias que nos atraviesan como países y de las que es protagonista el pueblo porque la política volvió con fuerza a las raíces de los movimientos populares. Hay que vencer, en alto grado, las reticencias, esa cultura de resignación que el neoliberalismo intenta implantar. Lo interesante del tema de la democracia en las comunicaciones es que va en directo beneficio de ampliar el debate sobre la agenda, que a su vez enriquece la democracia porque profundiza el debate, la resolución y definición de los problemas que se perciben como importantes, sus conflictos, batallas y pujas.

Soberanía alimentaria.

Otro tema que es muy importante por estar relacionado estrechamente con la lógica del régimen inclusivo, soberano, nacional y popular, entendido como de tránsito al humanismo, es la cuestión de la *soberanía alimentaria* por la importancia que reviste en la calidad de vida de los trabajadores. La

soberanía alimentaria es un concepto introducido a partir del año 1996 por una agrupación denominada *Vía Campesina* en la ciudad de Roma, con motivo de celebrarse la *Cumbre Mundial de la Alimentación de la Organización para la Alimentación y la Agricultura* (FAO).¹⁵

Soberanía alimentaria, como política y elemento de desarrollo de los regímenes políticos en relación a la inclusión y cohesión social, en relación al crecimiento, la calidad de vida y el marxismo, es la facultad de cada uno de nuestros regímenes (a través de la articulación entre el sector público y las organizaciones populares, las pequeñas y las medianas empresas y en general todos los sectores hacia los que puede expandirse el humanismo) para definir sus políticas agrarias y alimentarias de acuerdo a los objetivos de desarrollo sostenible y seguridad alimentaria de toda la población. Esto implica la protección del mercado interno, a través de la aplicación de las políticas que militen en ese sentido, contra los productos excedentarios que se venden más baratos en el mercado global y contra la práctica del dumping, contra las ventas por debajo de los costos de producción que solo pueden sostener las transnacionales comprometidas con el tema e interés ligado a la agricultura y alimentación. La soberanía alimentaria es por eso una ruptura con relación a la organización actual de los mercados agrícolas puesta en práctica por la *Organización Mundial del Comercio* que trabaja y moviliza en la perspectiva del interés de los grupos de poder globales. La seguridad alimentaria tiene que centrarse en la disponibilidad de alimentos y bienes alimenticios en general porque esa soberanía incide también en los modos de producción de los alimentos y su origen resaltando la relación que tiene la importación de alimentos más baratos- siempre producidos por las transnacionales- con el debilitamiento de la producción y la población agraria local. En relación a la historia del concepto de *soberanía alimentaria*, éste hace su aparición en el *Foro Mundial por la Seguridad Alimentaria*, en la que *Vía Campesina* lanza este concepto. En este foro también se hizo hincapié en el rol crucial que los trabajadores organizados podían jugar para implementar los compromisos de los gobiernos derivados de esta nueva política alimentaria. Por otro lado, la soberanía alimentaria, en el foro del 2002 establece como definición que:

¹⁵ Esta organización, la *Vía Campesina*, se definió como “*un movimiento internacional de campesinos y campesinas, pequeños y medianos productores, mujeres rurales, indígenas, gente sin tierra, jóvenes rurales y trabajadores agrícolas. Defendemos los valores y los intereses básicos de nuestros miembros. Somos un movimiento autónomo, plural, multicultural, independiente, sin ninguna afiliación política, económica o de otro tipo. Las organizaciones que forman la Vía Campesina vienen de 56 países de Asia, África, Europa y el continente Americano*”

“La soberanía alimentaria es el derecho de los pueblos, comunidades y países a definir sus propias políticas agrícolas, pesqueras, alimentarias y de tierra que sean ecológica, social, económica y culturalmente apropiadas a sus circunstancias únicas. Esto incluye el verdadero derecho a la alimentación y a producir los alimentos, lo que significa que todos los pueblos tienen el derecho a una alimentación sana, nutritiva y culturalmente apropiada, y a la capacidad para mantenerse a sí mismos y a sus sociedades.”

La *soberanía alimentaria* nos plantea una nueva matriz productiva, que revoluciona la cuestión económica, política y social porque implica otras medidas agrícolas y alimentarias que incorporan una amplia serie de temas como la reforma agraria, el control del territorio nacional, el mercado local, la biodiversidad, la autonomía, la cooperación, la deuda externa, la salud y otros relacionados con la capacidad de producir alimentos de manera local. Abarca políticas referidas no sólo a localizar el control de la producción y de los mercados sino también a promover el derecho a la alimentación de todos, el acceso y control de los pueblos sobre la tierra, sobre el agua, los recursos genéticos y la promoción de un uso ambiental sostenible y equilibrado de la producción. Todo eso implica la economía social que a su vez se basa en la soberanía alimentaria como meta a alcanzar. Entonces, ¿qué consecuencias tiene la soberanía alimentaria en el ámbito de la política? Sus consecuencias son amplias en relación a las formas de actuar del régimen político porque esta tiene que ver precisamente con el derecho de los trabajadores a definir y gestionar la política agraria y alimentaria de nuestros países. Es también el derecho de los campesinos a producir alimentos y el derecho del consumidor a decidir que quieren consumir y como se produce. La soberanía alimentaria, como política del régimen, incluye en primer lugar priorizar la producción agrícola local para alimentar a la población. Para ello, los campesinos, como los productores del mundo, necesitan contar con bienes y servicios públicos, con cierta infraestructura como las carreteras y trenes para poder acceder al mercado o un precio de garantía para cosechas y créditos para su producción. De esta manera, asignar fondos públicos de apoyo a la transición desde los negocios agroindustriales bajo la lógica neoliberal a la agricultura sustentable en el tiempo es una política que brinda apoyo a la conservación de las tierras, recursos y hasta la venta directa de agricultores a consumidores reforzando la idea de la alimentación como derecho primero en el proceso de primacía del derecho a la vida sobre los otros derechos humanos. Por otra parte, el acceso de los campesinos a la tierra como recurso, al agua, el crédito y las semillas es una necesidad sin la que la política de soberanía alimentaria es una utopía. Es necesaria la reforma agraria, la definición del agua como recurso de bien

público (que hay que repartir de forma sostenible) y la batalla contra los organismos genéticamente modificados para el libre acceso a las semillas. El tema de las semillas es muy importante porque éstas- por la centralidad que le corresponde en la producción rural- son apropiadas por el sector privado a través de la producción de semillas transgénicas y patentes comerciales. Esto significa nada menos que privatizar la última parte del proceso de producción rural que tienen las transnacionales que así buscan controlar la vida de los hombres. Por lo mismo, de ahora en más empieza una resistencia por la defensa de la semilla recuperándola para todos porque esta semilla es la esencia de la vida, de la agricultura. En tercer lugar, la soberanía política implica reconocer los derechos de los campesinos que desempeñan un rol esencial en la producción agrícola y alimentación de la población. Implica, en general, la siempre postergada o frustrada reforma agraria que va más allá del simple reparto de la tierra porque significa también la creación de condiciones necesarias para garantizar el éxito de la agricultura familiar. Es el primer paso a un modelo diferente de desarrollo porque sin el acceso a la tierra es imposible reducir la pobreza rural porque cuando las mayorías no tienen acceso a recursos productivos el resto de las políticas son irrelevantes.

Es el punto de partida de un camino alternativo de desarrollo porque el cambio en el desarrollo económico hacia un modelo inclusivo, que aumente el nivel de vida de los hombres, empieza con una reforma agraria real. Pero, en cierta época, esa reforma agraria se convierte en un tema tabú bajo la ideología del *Consenso de Washington* y, por lo mismo, nuestros regímenes dependientes de los centros globales del poder, incluso en el ámbito político, cuando se impone el neoliberalismo no logran trabajar a favor de la reforma agraria hasta que los movimientos de campesinos llegaron a ser más fuertes empujando el tema de la reforma y colocándolo otra vez en el debate sobre el desarrollo. Otro punto está en el derecho de los consumidores a decidir que quieren consumir y como. Implica protegerse de las importaciones agrícolas y alimentarias demasiado baratas y defender los precios agrícolas ligados a costes de producción. Es posible siempre que nuestros regímenes políticos tengan el derecho de gravar con impuestos las importaciones demasiado baratas comprometiéndose a favor de una producción campesina sostenible y ligada al mercado interno. Por las implicancias de las políticas ligadas a la soberanía alimentaria es claro que las políticas neoliberales impiden el desarrollo de la soberanía alimentaria porque priorizan el comercio y los intercambios globales bajo el auspicio de los intereses dominantes y no en la alimentación de los pueblos. Las políticas neoliberales no contribuyeron en absoluto en la erradicación del hambre en el mundo a pesar que desde hace años existen recursos para ello. Estas políticas incrementan la dependencia de las importaciones agrícolas y refuerzan una industrialización del agro que

hace peligrar el patrimonio genético, cultural y medioambiental del planeta, así como nuestra salud. Como correlato, el neoliberalismo empuja a millones de campesinos a abandonar sus prácticas agrícolas tradicionales, al éxodo rural o a la emigración. Instituciones internacionales como el Fondo, el Banco Mundial o la Organización Mundial del Comercio aplican desde hace mucho esas políticas dictadas por las transnacionales. Entonces, los acuerdos globales, bendecidos por la OMC, los acuerdos regionales de librecambio de productos agrícolas, permiten a esas empresas el control del mercado global de alimentos. Se deduce de ahí que la Organización Mundial de Comercio es una institución de carácter global que está incapacitada para tratar temas relativos a la alimentación y agricultura desde el momento en que a través de la aplicación de sus políticas incentiva el fenómeno del dumping siendo éste el que destruye la producción y la soberanía alimentaria. En el mundo las importaciones agrícolas a precios más bajos que los costos de producción destruye la economía agrícola local y familiar. Es el caso de la leche europea importada a India, de la carne y de los cereales de la comunidad europea a África y otros tantos productos que se exportan desde los países más desarrollados a los menos. Así, el proceso de transición que conduce a la soberanía alimentaria termina con el dumping. La soberanía alimentaria no está contra los intercambios justos entre países, sí contra esos fenómenos que desvirtúan los intercambios comerciales equitativos. La prioridad dada a las exportaciones permite garantizar al pueblo la seguridad alimentaria a la vez que intercambia con otras regiones una producción específica que es la diversidad de nuestro planeta. Hace falta dotar a estos intercambios globales de una nueva matriz de producción.

- d) En primer lugar, esta matriz tiene que priorizar en la producción local y regional frente a la exportación. O sea, luego de lograda la soberanía alimentaria, es decir, cubierta las necesidades del mercado interno hay que destinar el excedente a la exportación en un marco de un sistema productivo integrado y equilibrado. En esto tienen mucho que ver el tipo de cambio de equilibrio desarrollista.
- e) Después, que en la práctica se autorice a los países y regiones del mundo a protegerse de importaciones a precios muy bajos para evitar el fenómeno del dumping que desvirtúa los mercados y la satisfacción de las necesidades básicas de alimentación de la población.
- f) En tercer lugar, permitir la aplicación de políticas de ayuda y de incentivo de la producción familiar y local en el marco de una economía que reivindica el derecho a la vida como prioridad.

- g) Por último, garantizar la estabilidad de los precios agrícolas a escala global mediante acuerdos internacionales de control de la producción.

En relación al acceso a los mercados globales de los campesinos, ésta no es una solución porque como productores directos en verdad el problema específico de estos sectores no es la falta de acceso a esos mercados sino que por el contrario es la falta de acceso a sus propios mercados locales ante una realidad que impone precios muy bajos para sus productos. En ese sentido, el acceso a los mercados globales de los productos agroalimentarios afecta sólo al 10% de la producción mundial que sin embargo está controlada por unas cuantas transnacionales agro-industriales. Los productos tropicales, como el café o banana, lo ilustra claramente desde el momento en que esos mercados solo benefician los intereses de los países centrales mientras los productores directos, los campesinos de esos países periféricos, no logran mejorar su situación. Entonces, para revertir esta cuestión, las políticas agrícolas deben apoyar una agricultura campesina, local e integrada en una economía social que así sea sostenible en el norte más desarrollado como en el sur periférico. Para poner en marcha esa soberanía alimentaria nuestros regímenes políticos deben apoyar la producción agrícola para poder garantizar la alimentación, preservar el medio ambiente, desarrollar una agricultura sostenible y mejorar la calidad de vida de todos. Es Estados Unidos junto con Europa los que abusan de recursos y ayuda del sector público para reducir sus costos y así sus precios en el mercado interno mientras practican el dumping con sus excedentes en el mercado global. De esa manera destruyen la agricultura de menor escala tanto en sus países como en los nuestros.

En circunstancias de fuerte desigualdad en el intercambio comercial global debemos preguntarnos cuál es la alternativa en relación a la cuestión agroalimentaria y la soberanía del pueblo al respecto. Es necesario entrar en contacto con los movimientos de base comprometidos en el tema para apoyar iniciativas y acciones como la ocupación de tierras, iniciativas de producción campesina sostenible, la defensa de las semillas locales, acciones contra los organismos genéticamente modificados y contra el dumping bajo la lógica de construir una economía social que nos integre a todos como productores y consumidores. La integración en la *economía social*, que nos entienda como trabajador, productor y consumidor no es una quimera porque la producción agrícola aumentó en los últimos años enormemente y eso implica que existe suficiente alimento y recursos para satisfacer necesidades de absolutamente toda la población mundial. ¿Cómo se entiende entonces la hambruna que aqueja al hombre? Se entiende no por la falta de recursos sino por la forma en que se encuentra organizada la producción y los intercambios de bienes y

servicios a nivel global, por su lógica, sus mitos y razones y, desde ese punto de vista, es el neoliberalismo el máximo responsable de esos dramas. Es el neoliberalismo quien expulsa campesinos de sus tierras y, en ese sentido, son los campesinos sin tierras los que tienen baja renta, son los más pobres y los que están menos equipados porque tampoco tienen acceso a la tecnología ni al crédito. Por eso, en ese sector es tan alta la inmigración a la ciudad donde hacen el trabajo menos calificado perpetuando la desigualdad, la pobreza, la marginación. El libre comercio favorece a los productores agroalimentarios más grandes y sus negociados y por lo mismo es tremendamente destructivo para los pequeños agricultores por las desigualdades que la competencia genera en este nivel. El mercado en estas condiciones no puede satisfacer las necesidades del hombre. Además, las políticas y dogmas de los liberales nos afectan a todos. Afectan tanto a los empleados administrativos de las empresas, a los empresarios de las empresas nacionales, a los trabajadores de cuello blanco, obreros, los estudiantes, amas de casa, mineros y campesinos, a los pequeños pescadores que viven del mar porque a cada hora, en todos los lugares del mundo, el poder se concentra y se globaliza. Por ejemplo, las políticas impulsadas desde el Banco Mundial, el Fondo o por la Organización Mundial de Comercio afectan a las comunidades de pescadores artesanales que abarcan a nada menos que 100 millones de personas de todo el mundo. El pescado es un alimento vital para la alimentación pero la concentración de la industria pesquera en unos cuantos consorcios (que acaparan casi el 80% de la producción pesquera del planeta) pone en riesgo también la seguridad alimentaria. Una sola transnacional de la pesca opera la flota comercial más grande- fuera de China- extendiendo sus tentáculos a los cinco continentes y desplazando a las industrias nacionales y la pesca artesanal. Entonces, para hacer frente al neoliberalismo es necesario fortalecer las organizaciones y las plataformas comunes para alcanzar una alianza entre el mar y la tierra para abrir nuevos caminos y formas de producción de alimentos de todo tipo.

Lo interesante es que a partir de la cuestión de la soberanía alimentaria se logra reabrir el debate sobre la siempre necesaria y postergada reforma agraria. En el último tiempo, la población de campesinos se redujo de manera drástica y por primera vez en la historia del hombre, la población que vive en las ciudades está superando a la población rural. Por lo mismo, la propiedad de la tierra vuelve a concentrarse año a año en antiguas y nuevas manos. Resurgen los latifundios que en otras épocas se combatió. Mientras tanto, las familias de los campesinos expulsados de sus tierras, ancestrales en la mayor parte de los casos, aumentan por las acciones de esa agricultura manejada por los monopolios que así liquida progresivamente las explotaciones familiares tanto en los países industrializados como en los periféricos y la producción de alimentos se convierte, a partir del control de las multinacionales, en un

negocio global. Acá estamos en presencia del modelo agroexportador que se impone bajo la tutela de los organismos representantes de los intereses globales dominantes como la OMC que sencillamente trabaja contra de la agricultura familiar, local y la cultura campesina y de los pueblos originarios que buscan integrarse bajo la óptica de una *economía social*. Todo está diseñado para fortalecer el modelo agroexportador, es decir, la construcción de infraestructura o la construcción de autopistas o embalses, la apropiación del saber, la tecnología, la liberalización del comercio, la flexibilización laboral y la desregularización de los derechos del trabajador y ajustes en los períodos de crisis. Este modelo agroexportador es profundizado por las élites y los sectores sociales dominantes en Latinoamérica (venidos de los tiempos de la independencia y reafirmados en su poder a través de un pacto neocolonial con el imperio inglés de entonces) a través de la represión que se expresa en asesinatos de campesinos. Frente a esto urge fortalecer la lucha contra la impunidad, la represión y violencia e impulsar todas las formas de resistencia porque los grandes cambios, y no las tibias reformas, solo vienen a través de la movilización y la participación social. Es fundamental un plan estratégico alimentario que supere la idea de una agricultura industrial y del monocultivo a gran escala destinada a la exportación, es decir, que está basada en altos volúmenes de producción descuidando la calidad de los bienes generados, precios bajos y entendida como segmento del sistema comercial global antes que como sector integrado a la economía nacional que además expulsa a los campesinos a la miseria y exclusión. Esto significa también que en lugar de producir productos sin sabor para el mercado global es necesario producir comida real para trabajadores reales en la economía a través de prácticas agrarias sustentables en todo sentido.

A partir del dominio y del control del neoliberalismo, que reemplaza al desarrollismo como régimen político, la humanidad profundiza la cuestión de la injusticia y la mala distribución de recursos y beneficios de la producción de bienes y servicios a nivel nacional y global. En ese contexto, el problema una vez más es el de la injusticia, que produce en el sector agrícola de los países periféricos varios sectores de trabajadores ahora hambrientos que en consecuencia terminan emigrando a las ciudades lo que conduce, al mismo tiempo, a la disminución de la cantidad de agricultores de pequeña escala y economía familiar. Ese proceso de continua concentración de la propiedad de la tierra y la producción agrícola, auspiciada por los adelantos tecnológicos (al que solo tienen acceso los productores monopólicos) conduce a procesos de producción biotecnológicos, o sea, a la posibilidad cierta de manipulación genética de semillas, cultivos y el ganado que supuestamente solucionarían los grandes y graves problemas del hombre en relación a la alimentación, los recursos naturales, mineros y energéticos. Entonces, es ahí donde la industria

agroalimentaria ve la oportunidad de extraer ganancias enormes en toda la cadena alimentaria. Sin embargo, el sistema alimentario tal y como estaba desarrollado en ese momento, es decir, tremendamente descentralizado, les impedía aumentar sus ganancias a niveles extraordinarios. Para cambiar esa situación empiezan un proceso de descentralización del proceso productivo en el ámbito concreto de los agroalimentos. Todo lo que tuvo que hacer la industria agroalimentaria fue convencer a los gobiernos de que la revolución biotecnológica podía poner fin al hambre sin hacer daño al medio ambiente, es decir, a través de un proceso de sustentabilidad que por lo demás es una actividad de tal complejidad que esos desafíos biotecnológicos solo pueden ser encarados por las transnacionales o el sector público donde este último- en la realidad del neoliberalismo- no invierte dejando esos procesos bajo el control de los grupos de intereses más concentrados. El sector público solo se remite a regular y controlar, a través de medidas y políticas antimonopólicas, a los sectores concentrados de la economía lo que sin embargo no impide que las empresas agroquímicas se apoderen de semillas a partir de la producción de los organismos genéticamente modificados, políticas monopólicas o de dumping que los lleva a controlar y comprar otras empresas productoras de semillas. A partir de ahí, los nuevos regímenes neoliberales se convierten en garantes de la protección de las inversiones de esas industrias otorgándoles patentes primero sobre las plantas y luego sobre los genes. A partir de ahora, las reglamentaciones de inocuidad para proteger a los consumidores, ganadas arduamente en el transcurso de más de un siglo de luchas, ceden frente a los alimentos y medicamentos que desde ahora son modificados genéticamente.

La industria transnacional obtuvo la concentración de la propiedad y la producción para controlar esos mercados. De las cientos de compañías de semillas e instituciones públicas de mejoramiento de los cultivos que existían hace solo unas décadas atrás, ahora sólo quedan unas cuantas transnacionales que controlan más de dos tercios de las ventas globales de semillas que son de su exclusiva propiedad. Por otro lado, de las docenas de compañías de plaguicidas que existían hace solo unas décadas, en la actualidad también unas cuantas, menos de diez, controlan casi la totalidad de las ventas de agroquímicos a través de intercambios generados por el sistema comercial global. En otras palabras, en solo un par de años de neoliberalismo unas cuantas corporaciones de la alimentación y agro negocios se hicieron con el control de por lo menos una cuarta parte de la biomasa anual del planeta, es decir, de los cultivos, del ganado, de la pesca y energía. La soberbia llega a tal punto que hoy las corporaciones globales, con la ayuda de las tecnologías que logran controlar, creen estar en condiciones de producir cualquier bien fabricado a partir del carbono de combustibles fósiles que se obtiene a partir del mismo carbono que hay en las plantas. Entonces, además de cultivos, las

algas de los océanos, los árboles de nuestras selvas y bosques y hasta el pasto de la sabana pueden ofrecer los recursos y materias primas para alimentar a la población y producir combustibles, fabricar aparatos y curar enfermedades mientras se elude el problema del calentamiento global. Pero, para que la industria haga realidad esta visión, los regímenes deben hipotecar algunas políticas prioritarias para el desarrollo y el crecimiento de nuestros países aceptando que esta tecnología es demasiado cara para ser encarada por el sector público. Solo entonces se puede dismantelar los diversos reglamentos, normas y las leyes proteccionistas y aprobar más patentes que refuerzan los monopolios. Como pasó con la biotecnología bajo la óptica neoliberal, las tecnologías adoptadas no tienen por qué ser socialmente útiles ni tampoco ser técnicamente superiores, no tienen por qué ser rentables porque todo lo que tienen que hacer es eludir la competencia y las alternativas y coaccionar a los regímenes políticos para que abandonen el control y las inversiones en estas áreas de la economía. Una vez que el mercado está monopolizado poco importa cuáles son los resultados de la tecnología. El problema es que en un contexto de crisis global, crisis a la que nos acostumbra el neoliberalismo, se multiplican los conflictos laborales relativos con las grandes compañías de la alimentación, la destrucción del medio ambiente y otros dramas de la vida monopólica que se convierten en parte de la nueva normalidad. Por ejemplo, ya es rutina la escalada de los precios del petróleo y su incidencia sobre los costos de los alimentos que también es acompañada de reacciones sociales y sindicales con epicentro en los denominados países periféricos. El aumento del precio de los alimentos básicos, entre ellos el trigo, el maíz o el arroz, afecta fuertemente a países como Méjico, Indonesia o Yemen, que hasta hace un tiempo no tenían una situación de urgencia al respecto. También hay que considerar, dentro de la lógica de oferta y demanda del automatismo de los mercados, que la suba de alimentos básicos se debe al fuerte incremento de la demanda agregada de éstos en los países emergentes, al aumento de la población mundial, la proliferación de inundaciones y sequías por el cambio climático y el mayor apetito de la industria de los agro combustibles por los cereales. Lo cierto es que la fuerte demanda de alimentos simplemente genera la posibilidad de efectuar sólidos negocios a las transnacionales a través de sus filiales afincadas en los países periféricos que actúan con reglas de apropiación capaces de poner en riesgo la soberanía alimentaria de los regímenes anfitriones y en muchos casos pueden amenazar seriamente la salud de los consumidores. También esas compañías se convierten en focos permanentes de conflictos sociales.

Las alternativas entonces se reducen a dos. Por un lado, las siembras, las cosechas y en general la producción de alimentos, su distribución y su posterior venta implican un sistema a partir del cual pueden satisfacerse las

necesidades de las mayorías en relación a la alimentación, el desarrollo y el crecimiento o, por otro lado, hacer de esa producción un régimen altamente dependiente de las normas de producción y distribución controlado por la lógica y los recursos de las transnacionales. Esto último es grave porque las transnacionales se han granjeado con justicia la reputación de perseguir sus fines de lucro a toda costa, incluso sacrificando a los trabajadores, el medio ambiente y la salud de la mayoría. Por su parte, Greenpeace continuamente denuncia la conducta de las multinacionales en Latinoamérica que están fuertemente involucradas en el deterioro del ecosistema regional. En el rubro alimentario, Greenpeace señala que hay empresas globales que depredan los recursos pesqueros en países como Chile mientras contaminan y hasta violan sistemáticamente los derechos laborales en El Salvador. La imposición de medidas neoliberales se refleja en la situación del trabajador y sus grupos familiares y se expresa políticamente a través de la flexibilización laboral, la subcontratación y tercerización de la fuerza de trabajo. Se expresa también a través del trabajo a destajo y la pérdida de derechos laborales, a través de la violencia y leyes que conducen al continuo empobrecimiento del trabajador. Además de las crisis políticas, comerciales, financieras, económicas y social que produce el propio neoliberalismo con sus formas de actuar, éste también produce crisis ecológicas en vastas regiones de la aldea globalizada a través del control y la elección de recursos energéticos fundamentales en perjuicio de otros menos contaminantes que en la mayoría de los casos son también recursos no renovables como el preciado petróleo. Sin embargo, las grandes empresas y el gobierno de Estados Unidos hoy- una vez que ya tienen bajo control recursos estratégicos como el petróleo- dedican fuertes inversiones a desarrollar fuentes de energía y materiales que no dependan de éste. Una de las líneas principales es el desarrollo de la *economía de los carbohidratos* que es una nueva escalada tecnológica que aumentará la disputa por las tierras, las plantaciones y los cultivos agrícolas, que ahonda en la pérdida de soberanía alimentaria de nuestros pueblos y que, además, plantea efectos devastadores para la biodiversidad, para la economía familiar y la comunidad local a pesar de que desde el imperio, como el genuino representante de los intereses de las transnacionales, continuamente se intenta plantear que este tipo de recursos energéticos son una real alternativa al deterioro del clima auspiciado por las energías clásicas como el petróleo o el carbón. Esta forma de producción, de la economía de los carbohidratos o del azúcar, se basa en el uso de biomasa, es decir, del uso de cualquier materia biológica para extraerle azúcares (de ahí el nombre) que fermentados se convierten en combustibles o de manera directa en sustancias como plásticos. Se produce etanol a partir del maíz, caña de azúcar y otros cultivos. Ya está demostrado que esta generación de recursos, conocidos como agrocombustibles, no es

capaz de resolver una serie de problemas relativos con la competencia que se establece contra la producción de los alimentos para los hombres en relación al uso de la tierra. De esto deriva el retroceso del cultivo del maíz o de la caña de azúcar para consumo humano que implica en el corto plazo una suba considerable de los alimentos básicos de la alimentación. Pero, las ganancias en estos negociados es de muy alto rendimiento por lo que las transnacionales, que controlan éste y otros sectores que son claves como el semillero (que incluye organismos genéticamente modificados, las cerealeras, las petroleras, el monocultivo forestal, la celulosa o farmacéutica) apuestan a la biología sintética o ingeniería genética extrema. Esta consiste en construir microbios artificiales que aceleren la extracción de azúcares, su propia fermentación y la conversión en químicos, polímeros y otras sustancias, a partir del uso de insumos biológicos como cultivos forestales, agrícolas o pastos, buscando producir plásticos, combustibles, fármacos, cosméticos y otros productos.

Lo que diferencia la producción de estos bienes de lo que serían los organismos transgénicos es que la inserción de material genético no proviene de otro ser vivo existente sino que proviene de secuencias que son diseñadas artificialmente en laboratorios modificando en un proceso de ingeniería el metabolismo de algunos microbios ya existentes. La idea, valga la soberbia, es crear otras formas de vida artificiales y al servicio de los intereses de las corporaciones globales. El problema es que el uso de ese tipo de microbios artificiales implica un aumento considerable y exponencial de los riesgos y problemas de todo tipo, incluso éticos, que plantean los transgénicos al ecosistema y la salud. Estas corporaciones, muchas veces auspiciadas por el Departamento de Energía de Estados Unidos, financian emprendimientos que buscan apropiarse y mercantilizar la mayor cantidad posible de biomasa del planeta. Según estudios en el mundo se usa apenas el 24% de la biomasa del planeta de manera inequitativa pero, una vez más, esto no es impedimento real para que busquen quintuplicar la apropiación de biomasa para uso de Estados Unidos. Así, afirman que al emplear celulosa, árboles y residuos de la cosecha, lo que provoca una enorme degradación del suelo, no competirán con los alimentos; eso es falso porque se hace con los recursos de las mejores tierras en cuanto a rendimiento y del agua. Se vuelve necesario considerar otra vez los impactos de la producción de los agros combustibles como los obstáculos para la construcción de la *soberanía alimentaria* pero también de la *soberanía energética* de nuestros pueblos, un tema no menor en relación al crecimiento y desarrollo de nuestro sistema productivo- tecnológico. Hay que expresar de manera clara, con la participación y movilizaciones en todos los ámbitos, todas las críticas en relación al modelo y la estrategia de promoción de los agrocombustibles porque, en fin, éstos no son auténticos vectores de desarrollo desde el momento en que violentan la supervivencia del hombre y

su medio ambiente. Tampoco son sinónimo de sustentabilidad mientras los agro combustibles representan un fuerte obstáculo para el cambio estructural en nuestros sistemas de producción y de consumo, de agricultura y de matriz energética, que responda a los desafíos que presentan los cambios climáticos en base al concepto de tecnología conveniente.

Estas empresas y organizaciones y su modelo de agricultura industrial no es sustentable porque es un modelo viable solo a través de la expansión de los monocultivos, la superexplotación de los recursos naturales, el suelo o el agua, la fuerte concentración de la propiedad de la tierra y del uso intensivo de los agroquímicos. Los agrocombustibles representan una grave amenaza para la producción de alimentos de consumo humano porque, más allá del cultivo usado para producir energía, comestibles o no, detrás de este tipo de lógica de la producción subyace la competencia por la tierra, los cultivos, la energía y agua. La estrategia de difusión global del modelo agroenergético, muchas veces bajo el auspicio de gobiernos que aportan todos los recursos, incluso económicos y humanos, por ejemplo, a través de la acción de sus ministerios o de sus instituciones financieras y de investigación, reproducen los impactos y problemas relativos con el cuidado del ambiente y por lo mismo, los movimientos sociales y de base tienen que cuestionar cada una de las estrategias de expansión de los agrocombustibles a través del sistema comercial global. Los “beneficios” ambientales de los agrocombustibles son desmentidos siempre por las comunidades que están siendo afectadas, cada vez en mayor número y en intensidad, por la imparable expansión del cultivo energético. Al desaparecer los bosques y los ecosistemas nativos desaparece también la biodiversidad que, en esas condiciones, no puede sobrevivir si no es en un hábitat que les sea propio. Mientras tanto, las poblaciones que logran subsistir gracias a la biodiversidad animal y vegetal, se ven obligadas a dispersarse perdiendo la posibilidad de existencia como pueblo, como cultura e identidad. Los suelos y superficies cultivables, junto con el agua, son recursos vitales, que además no son renovables. Por eso, se generan fuertes presiones sobre el uso y abuso de la tierra en los países periféricos en especial en los tropicales que, política y económicamente, son mucho más vulnerables que los del sur de América. En esos países, superficies y grandes extensiones de tierras agrícolas, que anteriormente estaban destinadas a la producción de alimentos, son reemplazadas por cultivos para la producción de energía. La tierra que tendría que usarse en la producción de alimentos es ahora destinada a la producción de agrocombustibles para las potencias. Esto no deja de ser paradójico porque mientras millones de seres humanos viven en la peor miseria y pasan hambre, la producción de agro combustibles solo acelera la contaminación por el uso y abuso de pesticidas y fertilizantes que deja a muchas poblaciones de los países más vulnerables sin el vital acceso al

agua potable de lo que se derivan las enfermedades. Tanto en Latinoamérica como en África, cultivos como el *ricino* se unen a la producción de los combustibles a partir de sustancias vegetales mientras se avanza rápidamente en la investigación de combustibles de segunda generación, que pueden ser producidos experimentalmente a partir de los árboles.

De acuerdo a las denuncias de comunidades locales y organizaciones sociales y de derechos humanos, las multinacionales productoras de aceite de palma o de soja, usan violentas prácticas para hacerse del control y posesión de la tierra de las comunidades aborígenes o campesinos con la complicidad de las fuerzas de la policía, los ejércitos y autoridades que además se hacen los distraídos ante la formación de fuerzas militares. Familias o comunidades de indígenas, antes autosuficientes a partir de los recursos del bosque y del campo que los rodeó, se convierten ahora en víctimas de este tipo de grupos y de fuerzas del poder muy corruptas. Es evidente que la crisis energética y la real posibilidad o no de superar estos escollos en el proceso de crecimiento y desarrollo es una cuestión prioritaria y, por lo mismo, habría que incentivar el debate sobre éste y otros tantos temas fundamentales como elementos de éste. Es necesario que los problemas energéticos de los países desarrollados, para que las corporaciones continúen sosteniendo sus altas rentabilidades, no busque solucionarse a expensas de la alimentación de la población de los países de la periferia. No es válido ni posible seguir aceptando que debido al agotamiento inminente de los combustibles fósiles en el corto o mediano plazo, los regímenes políticos de los países de mayor desarrollo que, junto a las empresas multinacionales controlan y sostienen la matriz de dominio del sistema comercial global, estructuren el mundo promocionando falsamente los agro combustibles como una solución sostenible y amigable cuando solo logran exacerbar los problemas económicos, sociales, culturales, políticos y de desarrollo de los países periféricos. Toda argumentación relativa con la imposición de políticas energéticas relacionadas con la producción de agro combustibles en nuestros países son inviables en el largo plazo porque es falsa esa argumentación referida a la posible sostenibilidad de los recursos naturales a partir de esos bienes, es decir, por las mismas consecuencias de este tipo de producción (que inexorablemente nos conduce a la concentración de la propiedad de la tierra, nos conduce al monocultivo, la destrucción de las economías familiares, locales y comunitarias y a una fuerte erosión de nuestro ecosistema) no es una opción que sea viable desde el punto de vista del humanismo que siempre necesita insistir en el mejoramiento de la calidad de vida. En fin, el monocultivo industrial no puede nunca ser sostenible en el tiempo.

Capítulo 7: Desarrollo y bienestar.

Nuevas formas de articulación del régimen político.

La democracia se basa en la participación de las mayorías en todos los ámbitos del acontecer nacional y en el respeto por los derechos humanos en toda su extensión y en su más amplio contexto. No solo en el respeto de los llamados derechos civiles sino también y muy en especial de los derechos económicos y sociales que se traducen en satisfacer las distintas demandas de los trabajadores relacionados con una vida material y espiritual dignificada por las acciones de los que viven de un sueldo. Hay que considerar que la gente más necesitada, los pobres y excluidos en general, bajo ninguna forma son equivalentes a los trabajadores porque estos últimos están sujetos a la disciplina de los métodos de producción y tienen una tendencia natural, por sus propias experiencias, a organizarse. En cambio, los más vulnerables, los pobres, excluidos o marginados, son desempleados o subempleados siendo esa miseria más amorfa que la de los trabajadores que están sindicalizados. Los pobres y estructuralmente excluidos o marginados de los beneficios del neoliberalismo no nos ofrecen la base material para construir un régimen más justo y por eso tienen que ser integrados al trabajo y a las luchas por mejores y dignas condiciones de vida. Hemos visto como las transnacionales, como empresas de vanguardia, paulatinamente socializaron el sistema económico y productivo basándose en recursos de la ciencia y los adelantos tecnológicos. Pero, la toma de decisiones y la apropiación de los bienes y beneficios del régimen de producción siguen siendo privados y así compramos el progreso y la tecnología a expensas de los más débiles. Se sigue que la humanidad se ve más amenazada por su riqueza que por su pobreza y precisamente por eso los medios de producción tienen que ser socializados y convertidos en objeto de control democrático a partir del derecho a la vida de los trabajadores. La cuestión es que esos procesos son extraños al neoliberalismo simplemente porque éste no puede hacer realidad los derechos sociales y económicos de las mayorías. Su lógica es otra y de ahí nace la intrínseca necesidad de los hombres por la lucha y la movilización que nos conduzca a nuevos frentes de combate. Es necesaria que esa lucha evite el crecimiento desmesurado de la miseria. La resistencia se plantea en todos los ámbitos donde se expresa la lucha por la supremacía entre el interés de uno y otro. Es el arte del poder que no cede un ápice, no retrocede ningún centímetro y en caso de que lo hagamos será para dar un gran salto adelante, para avanzar en la conquista de

nuestros derechos democráticos. La lucha se plantea desde la perspectiva que nadie es prescindible. A pesar de que esa afirmación es una obviedad, las víctimas que produce el neoliberalismo con sus políticas nos muestran que ese régimen, tanto ayer en su forma de dictadura de seguridad nacional como hoy en su forma de democracia formal y abstracta, no tiene ninguna voluntad política de reconocer a los sujetos y actores cuyos derechos son violados de manera sistemática por los dominantes de poder. Más grave es que en cierto momento del desarrollo del neoliberalismo por la necesidad de su expansión y consolidación, esos derechos abstractos y formales dejan de existir. Ahora el problema es que donde estos derechos no existen no pueden ser violados. Pasa entonces que el régimen neoliberal reconoce derechos solo a algunos, a través de la asignación por el mercado de los bienes de consumo necesarios para la vida en comunidad, al tiempo que la mayoría pierde sistemáticamente esos derechos a través de la exclusión y la falta de reconocimiento.

Por las consecuencias de la imposición del neoliberalismo al interior de nuestros regímenes, el tránsito desde el benefactor al neoliberalismo que es mucho más extremo, solo podía hacerse en una primera etapa a través de las dictaduras de seguridad nacional. Las clases dirigentes, a través de sus ejércitos y sicarios, aparecieron como la única institución capaz de subvertir el régimen democrático e institucionalizar la violencia para desde ahí hacer frente a la fuerte combatividad de los trabajadores. La identidad de clase que vinculará en esta fase de transición a los grupos políticamente dirigentes con la clase económicamente dominante se desarrolla a través de una legitimidad tecnocrática capaz de estabilizar provisionalmente los regímenes autoritarios. La instauración de esa nueva paz social depende entonces de la capacidad que revelan los regímenes para frenar la radicalización de los trabajadores y sus movimientos que al mismo tiempo abren el camino a otras formas de acumulación de capital en estrecha vinculación e integración con el capital foráneo. Acá hablo de una legitimidad ideológicamente bastante restringida pero no por eso frágil. Sin embargo, la reducción de las esferas de decisión y la hipertrofia del sector público bajo las dictaduras de seguridad nacional en empieza a tener efecto negativo para el desarrollo del neoliberalismo porque éste necesita de la libre fluidez de la información. Es éste precisamente el primer factor que explica la tendencia de los años '80 a la democratización de nuestros países. En otras palabras, aparece la necesidad de adaptar y hasta suavizar el sistema de control- dominación para poder ampliar los canales de comunicación entre los sectores y grupos de intereses que tendió a traducirse en proyectos democráticos a partir de las nuevas realidades particulares de nuestros pueblos. El otro proceso que desestabiliza la dictadura de seguridad nacional es el surgir de movimientos sociales de base que hacen peligrar el régimen porque su dinámica no se reduce a las de las oposiciones liberales

consentidas por la razón de los regímenes autoritarios sino que nacen como resultado de transformaciones en las relaciones sociales. Estos movimientos traducen, manifiestan y expresan el abismo que desvincula las aspiraciones de segmentos cada vez mayores de población de la lógica profundamente represiva de ese régimen omnipresente. Todo lo popular ahora es sospechoso porque las organizaciones gubernamentales, el gobierno y el sector público en general, se separa y se escinde cada vez más de los trabajadores y de sus organizaciones, movimientos, intereses y necesidades. Por eso, se refuerza la represión, por eso la aparición de una nueva diversidad de formas represivas que confiere a esos movimientos sociales un rol propio en la dinámica global de la lucha de clases. Las reivindicaciones propuestas son muy heterogéneas y algunas traducen realidades engendradas por la acelerada acumulación de capital como el movimiento contra el alza del costo general de vida o de múltiples manifestaciones directamente políticas que combaten e impugnan de frente la naturaleza represiva de esos regímenes.¹⁶

La importancia de estos movimientos sociales- algunos plasmados en el surgir de organizaciones no gubernamentales o asociaciones civiles- es que crean un espacio autónomo de expresión de los trabajadores y esto obliga al régimen a buscar otras formas de legitimación. Así, estamos ante un proceso de transformaciones con características de apertura y democracia. El cambio

¹⁶ Para los marxistas existe un acto de fuerza y violencia legítima. Es la violencia de las mayorías (las *masas* según otros). No la individual que es propia de los terroristas, de la patronal, de sus sicarios y de sus grupos conspiradores. En cambio, la violencia de los trabajadores, de los sectores populares y capas subalternas en contra de la opresión y la explotación del hombre por parte del capital, constituye un acto legítimo. Y más aún cuando hablamos no de cualquier violencia de las mayorías, sino que en su máximo nivel: la violencia de las mayorías revolucionaria, es decir, cuando lo que se pone en juego es quien ejerce el poder político haciéndose de esa manera con el control de las estructuras del régimen.

En cuanto a la violencia de las mayorías ésta puede manifestarse de dos maneras. En primer lugar, como acto espontáneo donde se despliega con plena libertad y en todas direcciones la energía social del pueblo; o como un acto que combina lo primero con la conspiración y planificación política que otorgan una dirección para garantizar el éxito de la movilización y asegurar el ejercicio del poder por parte de la clase de los trabajadores. Lo último se define como *insurrección*.

Por otro lado, la *insurrección* no implica de por sí un acto sangriento con miles de caídos. Por ejemplo y en el caso de los bolcheviques, la insurrección de octubre no puede reducirse al acto de la toma del Palacio de Invierno. De hecho, la toma del Palacio de Invierno- edificio que albergó a lo que quedaba del debilitado gobierno provisional de la época- fue el acto simbólico que aseguró la realización de una insurrección iniciada dos días antes en Petrogrado. Durante el 24 y 25 de octubre, todas las posiciones estratégicas de la capital del imperio ruso cayeron bajo control de los organismos armados del Soviet. Allí reside la explicación de la *insurrección* como acto de las mayorías.

producido, tanto en el ámbito económico, social y político, da cuenta de una realidad bien distinta ante la que hay que ubicarnos como actores sociales y políticos y desde ahí plantear diversas estrategias y modos de acciones para crear un espacio autónomo en el cual movernos. En ese ámbito de lucha y de entrecruzamientos entre versiones contradictorias sobre la percepción que cada cual tiene de la realidad aparece una vez más el realismo político como forma de dominio y control en el sentido que a partir de éste se hace frente a las crisis sociales, políticas y económicas heredadas de las dictaduras que nada resuelven. A partir del realismo político se frena el mejor lenguaje de los humanistas, un nuevo léxico y el arte de lucha, de poder y de lo posible que no es capaz de radicalizar sus posturas y que así descansa en una falsa visión de la vida a favor de la opresión política que acecha furtivamente la descomposición de la lucha de los trabajadores para desde ahí atentar contra la vida. Lo grave es que este realismo es sinónimo de razón, de un sentido común, de lógica y hasta de responsabilidad política que son exhibidos como valores inmutables y prioritarios a la hora de justificar las medidas y políticas más irracionales de los gobiernos presos del reformismo. En otras palabras, con los criterios políticos de ese reformismo final los sectores dominantes lo que buscan es justificar las fronteras de lo lícito, posible y utópico. Entonces, sobre la base de esas consideraciones es falso afirmar que el realismo político es neutral en términos de interés e ideología política. A partir de esta verdad, caracterizada en algunos países por la clara derrota de los actores populares a través de la feroz represión, emerge otro discurso político que pugna por la aceptación de la realidad, es decir, que trabaja en favor de la aceptación del neoliberalismo como natural, histórico, inevitable y racional. El realismo pugna así por la necesidad de recrear un sistema de reglas compartidas que conduzcan a una articulación y sumatoria de intereses siempre confrontados. Sin embargo, parten de la idea de que el neoliberalismo es el fin de la historia y que en ese sentido no es racional intentar modificar las bases sobre las que el sistema se sustenta. El reformismo y su realismo ilegítima las demandas sociales en beneficio de una supuesta estabilidad del régimen.

El hecho de que el régimen político actúe así, es decir, que considere ciertos tipos de reclamos justos como peligrosos y amenazantes para el orden democrático significa simplemente que adopta determinada posición política ante una cuestión planteada por un actor social (posible política pública) y que toma partido por un sistema de reglas iguales para todos en lo formal pero que en los hechos parte de una inevitable desigualdad de los actores en pugna. Esta aceptación implica una particular valoración de qué sistema de normas es preciso recrear en función de qué prioridades y en beneficio de qué proyectos, a partir de qué tipo de actores y en virtud de qué intereses son interpretados como relevantes o socialmente importantes. Esto supone cierta

interpretación de la realidad que conlleva la distinción entre lo que es posible e imposible, lo legítimo e ilegítimo. El paradigma de ese realismo es aceptar con la mejor resignación el sometimiento a las actuales formas de la realidad, de la política económica neoliberal, donde la utopía ya no es la democracia socialmente más justa y equitativa sino la democracia formal. Así pensado, el régimen democrático y su cultura, sus razones e intereses, no se viven como etapa a superar en favor de una mejor calidad de vida sino que se vive como utopía. Por eso hay que considerar la variación, dentro de nuestros regímenes políticos, de las estructuras y modalidades del poder al interior del régimen. Nos encontramos entonces frente a una limitación de las posibilidades de los sectores populares en la defensa y reivindicación de sus intereses tanto desde el punto de vista económico como político y en ese contexto las alternativas son más acotadas porque socialmente implican grandes costos sociales y económicos para los trabajadores, sus formas y condiciones de trabajo. Un ejemplo de como el neoliberalismo excluye cada vez una cantidad mayor de trabajadores de los exiguos beneficios de su régimen político, se ve en el tema de la inflación y las formas en que buscan solucionar esta cuestión. Los neoliberales nos dicen que los desequilibrios en los gastos del sector público se manifiestan a través de consecuencias inflacionarias, o sea, a partir de una inflación distinta al capitalismo monetario. Dicen que cuando avanza la espiral inflacionaria, el régimen no dispone de otros instrumentos de acción que la reflexión crediticia de manera que los nuevos paganos no son capaces siquiera de crear otra imagen de la vida y de la economía. El supuesto se basa en el postulado que es necesario restringir las actividades económicas, que es necesario enfriar y ajustar la economía, hasta que la misma fuerza de trabajo (el trabajador) se resigne a aceptar salarios que permitan de nuevo establecer el excedente económico y la capacidad de acumular del Estado capitalista. Esta supuesta verdad, trágicamente implementada, no tolera en absoluto otro tipo de divinidades que no sean las que habitan el Olimpo y defienden la fe y creencias de los neoliberales. Además, nos permite entender que las crisis son reales, que no pueden corregirse con medidas ortodoxas porque son políticas que provocan costos sociales, políticos y económicos de la mayor gravedad y que a todos nos afectan. En el ámbito político puede incluso significar la pérdida de los valores democráticos. Entonces, el reformismo solo es capaz de derivar en radicalismo cuando esos mismos movimientos son capaces de capitalizar en su favor las frustraciones de los trabajadores que así se convierten en una renovación de ideas, principios y políticas de trascendencia heroica.

El militante del partido, de los movimientos populares, el arquitecto de la (*r*)evolución tiene que ser un revolucionario profesional, de un partido de *tribunos del pueblo* que mediante la denuncia de cada acto de opresión por

parte de la patronal y la lucha política contra el régimen neoliberal y de su Estado capitalista permita al militante, al tribuno y vocero de su organización ganar la hegemonía sobre la clase oprimida en la lucha por la liberación del pueblo. Por eso las huelgas, los paros y las movilizaciones son en realidad escuelas de guerra: las denuncias son una declaración de guerra constante contra los gobiernos, contra el régimen neoliberal, etc. La organización del partido centralizado de combate, de trabajadores que actúan como tribunos populares de las causas de los sometidos, que se preparan para la conquista del poder político de los trabajadores mediante la *insurrección*, es la tarea central de los revolucionarios. La clave es que no hay relación mecánica o directa entre la clase trabajadora y su representación política, en el sentido que el socialismo no surge espontáneamente del reformismo como fin en sí mismo, ni siquiera del reformismo radical, cuando el pueblo no es capaz aún de crear las condiciones, etc., para la (*r*)evolución. El fundamento del cambio tiene que ver con la necesidad de una organización de los elementos más conscientes de los trabajadores dedicándose a la (*r*)evolución. Sin embargo, este vínculo entre *espontaneidad* y *representación política* (que dice relación con el partido) encontraría en Lenin, en la (*r*)evolución soviética, un nuevo nexo o *superación dialéctica* con la primera revolución rusa, la de 1905. El surgir de los Soviets introduciría otra perspectiva y entrelazaría todavía más el desarrollo de la lucha política y social del partido revolucionario con la espontaneidad de las mayorías, que en plena revolución, mediante la acción directa, la económica y la huelga general, desarrolló “espontáneamente” una consciencia más allá del “sindicalismo”, creando organismos de combate de los trabajadores, en los cuales son el embrión de un futuro gobierno popular. El desarrollo de la conciencia que va más allá del *sindicalismo* es central ya que es allí donde se supera el carácter sectorial de las reformas (el sindicato) y se pasa a lo más *universal*, a la batalla por las demandas de la clase social de los trabajadores. En Chile un ejemplo de lucha de los trabajadores que superan lo sectorial, el reformismo de la CUT, para evolucionar al combate universal son precisamente las *Juntas de Abastecimiento y Precios* y los *Cordones Industriales*. En ese contexto de (*r*)evolución la tarea del partido es pelear por la dirección, por la hegemonía en el seno esos nuevos organismos de poder popular, como organización que reúne a todas las fuerzas a favor del cambio. El gobierno popular es encabezado por el trabajador organizado en *soviets*, en los *Cordones Industriales*, etc. y dirigido por el partido. En su momento León Trotsky se refería al problema de transformar la experiencia de la (*r*)evolución bolchevique de 1917 en un aprendizaje con modo de uso estratégico para la *Internacional Comunista*, es decir, en un activo para el combate por la (*r*)evolución global. No se trataba -para los bolcheviques- de hacer el socialismo en un solo país. Nos dice Trotsky al respecto:

“A Lenin -el principal dirigente de la (r)evolución- el mundo habitado por los llamados hombres civilizados se le aparece como un solo campo de combate [...] Ninguna cuestión de importancia puede encerrarse en un marco nacional. Amenazas visibles e invisibles solidarizan cada cuestión con docenas de fenómenos acontecidos en todos los extremos del mundo. En su apreciación de los factores y de las fuerzas internacionales Lenin era más libre que la gente imbuida de prejuicios nacionales.”

En un momento, después de la victoria de Octubre 1917 pero antes del proceso de burocratización del Estado bajo la conducción de Stalin, existía una importante carencia de herramientas para analizar el proceso en cuestión, para extraer lecciones útiles para la praxis política. Esto resultaba complejo desde el punto de vista estratégico. No olvidemos que por esa época -durante la Primera Guerra Mundial- el marxismo se apropia definitivamente de la noción de *estrategia*, concepto proveniente de la terminología militar. Antes de esta guerra mundial en el movimiento marxista y siempre de acuerdo a Trotsky:

“...sólo se habla de la táctica del partido proletario; esta concepción correspondía con los métodos parlamentarios y sindicales predominantes entonces, y que no sobrepasaban el marco de las reivindicaciones y de las tareas corrientes. La táctica se limita a un sistema de medidas relativas a un problema particular de actualidad o a un terreno separado de la lucha de clases. La estrategia revolucionaria cubre todo un sistema combinado de acciones que tanto en su relación y sucesión como en su desarrollo deben llevar al proletariado a la conquista del poder.”

De acuerdo a lo anterior ¿cómo llevar a los trabajadores a la conquista del poder? La estrategia es precisamente el *arte de vencer*. La complejidad de la (r)evolución, tanto ayer como hoy es cómo transformar este cambio radical en un bastión de la (r)evolución global evitando así el aislamiento, derrotando a la patronal y al imperialismo. Que la (r)evolución permanezca recluida en las fronteras nacionales, en un terreno económico- social atrasado como el de los países estructuralmente dependientes, es determinante, es un factor que contribuye al desarrollo de la burocracia, del estalinismo. El caso de los bolcheviques y las derrotas en Europa y en Oriente durante las dos décadas posteriores a Octubre de 1917 son experiencias claras en ese sentido. La conquista del poder no puede entenderse en clave estrictamente nacional. Si el mundo habitado por los llamados hombres civilizados se aparece como

un solo gran campo de combate, el espacio de despliegue de la estrategia es global. Mientras la patronal retenga el poder las contradicciones y peligros persistirán como lo demostraría toda la historia posterior -desde la política militar errática de la década de 1930 que abrió las puertas a la invasión nazi hasta la conversión de la burocracia estalinista en burguesía y el posterior desmantelamiento de las conquistas de la (*r*)evolución. El capitalismo, en su actual versión neoliberal, está en crisis porque se manifiesta un dinámico desequilibrio de las economías de los países centrales y en los periféricos. En Latinoamérica, estas crisis se expresan en los países que aún insisten en el neoliberalismo, en la imposibilidad de frenar la exclusión de los mercados de consumo, del laboral, de la ciudadanía y otros. Los axiomas y preceptos del hambre empiezan a nutrirse de la ideología económica del neoliberalismo aunque la realidad, en fin, sea otra y aunque continuamente se muestren las irracionalidades de aquella manera de pensar el desarrollo. La realidad, en lo más profundo de los anales de la historia del sistema comercial globalizado, es una sola y tiene que ver con el increíble déficit del paradigma dominante. La posición de los pueblos latinoamericanos en el sistema comercial global es la de sostener que la cuestión del subdesarrollo es un problema político en el sentido que crea las condicionalidades que afectan el crecimiento. Pero, también estas condicionalidades surgidas de nuestra posición periférica no son vistas como tales por esos regímenes que predicán el neoliberalismo.

La gobernabilidad, la gestión y las bases democráticas.

La patronal está dispuesta a hacer de todo para negar nuestros anhelos, para de forma contundente defender sus intereses. La pregunta que se impone es ¿a qué estamos dispuestos nosotros, la clase de los trabajadores, la mujer y el hombre de Chile y Latinoamérica, la juventud, para defender los nuestros? No es una pregunta ociosa: si el pueblo se lo propone podemos cambiar esta realidad, nuestra historia y el Estado capitalista de producción. Tal vez de ahí surge el miedo del empresariado a los procesos democráticos, a los que en verdad lo son. De hecho es así y actúan en consecuencia. Los grandes medios de comunicación y sus analistas, lacayos y delincuentes de cuello y corbata, quieren instalar la idea de que en Chile se vive un viraje tranquilo hacia la derecha, que el alto rechazo a los gobiernos neoliberales muestra que aquel deseo de reformas profundas es una ilusión y que la mayoría está conforme con ese régimen heredado de la dictadura. Es el relato a favor de los grandes empresarios, porque son ellos los que sueñan con volver a la “tranquilidad” de los años noventa donde la represión y la “conciliación” de clases con su democracia en la medida de lo posible, donde nadie cuestionaba nada, es el escenario ideal y propicio para los grupos dominantes. Es la patronal la que

anhela que los trabajadores se resignen a trabajar en malas condiciones y a endeudarse de por vida para pagar por la educación, por la salud y por la alimentación. No nos olvidemos de la salud; todos derechos que debieran ser garantizados por el Estado. Que ese discurso que el duopolio intenta imponer no surta el efecto deseado quiere decir y nos confirmaría que millones de personas están de acuerdo con las demandas que los estudiantes y ahora los trabajadores han instalado en la calle: acabar con las AFP, conquistar una verdadera educación gratuita para todos, la salud pública, de calidad, entre otras reivindicaciones. ¿Cómo hacerlo, cómo transformar esos anhelos en realidad? Con la Concertación y con la Nueva Mayoría, con la derecha más fundamentalista, con el duopolio, definitivamente no se puede: defraudaron sistemáticamente a millones de personas y al final terminaron administrando el “legado” del genocida.

¿Acabar con la educación y con la salud de mercado donde la vida y la muerte tienen precio? Descartado. Pasan. Queda claro que apostar a que el duopolio resuelva nuestras demandas no es posible. Aún así el *progresismo* continúa sosteniendo la misma estrategia de siempre, la de la democracia en la medida de lo posible para avanzar gradualmente en las reformas. Para ellos, este sería el único camino posible, todo lo demás sería una utopía. Pero lo realmente utópico es pensar que esa estrategia permite conquistar nuestras demandas. Vienen haciendo lo mismo que les ordenan desde los '90: el votar por el mal menor, para que no gane la derecha como si la Concertación y la Nueva Mayoría no fueran de derecha. Y así seguimos con la educación y con la salud de mercado, etc. Y así seguimos y vamos por la otra década que gana y gobierna el duopolio con su democracia de muy baja intensidad. De acuerdo a esta realidad, de cómo ha sido la historia desde el golpe hasta acá, es claro que los grandes empresarios están dispuestos a todo cuando se trata de defender sus intereses. Nosotros como asalariados debiéramos hacer lo mismo para defender nuestros derechos: terminar con la mercantilización de nuestras vidas o conquistar el derecho a la educación gratuita no será posible si no nos convertimos en una fuerza social y política activa para rechazar al Chile neoliberal. El desafío es preparar la pelea por nuestras demandas. No basta ser “oposición”; es necesario que se haga sentir la fuerza del pueblo. Igual falta: ellos están organizados, tienen partidos, medios de comunicación, centros de pensamiento y grandes gremios empresariales. Están dispuestos a sacrificar parte de su tiempo para proponerse la tarea de gobernar a favor de los suyos. Pero los trabajadores somos más y somos muy fuertes. De hecho, el pueblo cuando da un golpe es implacable. Además, el mundo no funciona sin nosotros. Si nos lo proponemos y estamos dispuestos a dedicar parte de nuestro tiempo a organizar nuestra herramienta política, nuestra organización o partido, etc., podemos plantearnos desafíos fenomenales. Los empresarios,

sus políticos e ideólogos quieren que nos limitemos a votar cada tantos años, que lo hagamos pensando solo en el bolsillo, de la manera más individualista posible, que luchemos por demandas sectoriales. Quieren hacernos creer que nuestro futuro depende del esfuerzo de cada uno. Mientras más callados y resignados mejor, porque en realidad son unas pocas familias- los Luksic, los Matte, Angelini, los Piñera- los que definen el destino de millones a través del poder que ostentan. Hasta están dispuestos a permitir movilizaciones cada tanto, que tengamos uno que otro sindicato, que participemos de alguna iniciativa local en nuestros lugares de estudio o de trabajo. Mientras sus ganancias, el Estado capitalista de producción y el lucro en todos los ámbitos se mantengan, pueden soportarlo.

El asunto es que cada vez es menos la gente, los estudiantes para el caso, que están dispuestos a matarse para estudiar y que una vez recibidos tengan que trabajar años y años para terminar enfermos, jubilarse con una pensión de hambre, solo para que nuestros hijos tengan que repetir el mismo ciclo de vida. Como hemos visto, en la actualidad, con los avances de la tecnología y con la robotización del trabajo, es posible laborar seis y hasta menos horas por día, acabar con el desempleo y recibir lo necesario para una vida digna, asegurando educación, salud y vivienda para todos, permitiendo gozar del arte, la cultura, el deporte, el ocio y entregarle un verdadero futuro a nuestros hijos. Pero los capitalistas organizan la sociedad de tal manera que los avances de la humanidad entera están en función de las ganancias de unos pocos bolsillos. Uno de los desafíos urgentes de los regímenes políticos más radicales es la democratización constante de las estructuras y organizaciones políticas a través de la equidad, eliminando la pobreza y la marginación, buscando el pleno empleo de la *fuerza de trabajo*, la mejor manera de aprovechar nuestros recursos, la distribución de las riquezas a favor de las mayorías y la igualdad de oportunidades. Pero, no basta con declamaciones. Es necesario demostrar- a través de los logros de los gobiernos populares- la eficiencia de la razón del humanismo que trabaja por una gobernabilidad que se basa en la inclusión social que se enfrenta al régimen político neoliberal ya históricamente fracasado. El marxismo debe demostrar esta eficiencia superando la cuestión de los *incluidos- excluidos*. Fueron los sectores más reaccionarios los que impusieron por todos los medios el neoliberalismo y lo convirtieron en una herramienta mágica que solucionaría nuestros dramas, disyuntivas y antinomias, las cuestiones sociales, económica y políticamente de mayor trascendencia para la vida de todos y por eso tienen que hacerse responsables de las consecuencias de sus quimeras impuestas en el mundo.

Desde mediados de la década de los '70 en adelante en nuestros países y en los centros globales de poder se abrieron los mercados nacionales y se privatizaron la mayor parte de las empresas públicas que buscaron de esa

forma eficiencia, eficacia y modernidad. Así, también buscaron ordenar los índices macroeconómicos y el déficit fiscal. Buscaron sanear las cuentas del sector público y se dejó de aplicar políticas productivas en beneficio de los trabajadores y de los que no tenían lugar bajo la nueva razón de los sectores dominantes. Por irracionales fueron descartadas todas las políticas públicas que buscaron disminuir la desigualdad favoreciendo a los reaccionarios en relación a la concentración de la propiedad y de la riqueza. Pero, el problema de fondo todavía sigue sin resolverse porque aún hoy el neoliberalismo controla a través de sus métodos. La solución es el cambio de estructuras, es la profundización de la democracia a través de políticas que conduzcan la puja distributiva a favor de los intereses de los trabajadores que son quienes producen la riqueza. Y esta puja distributiva a favor de los trabajadores solo es posible a través de la movilización a través de los movimientos y canales que sean capaces de construir en ese sentido. Si nos organizamos es para ir por todo. Si miles asumimos la tarea de construir un partido de trabajadores, que sea anticapitalista, revolucionario, esto es posible. Un partido enraizado en los lugares de estudio y trabajo, un partido propio del pueblo, que reúna a los obreros, estudiantes, profesores, intelectuales con un mismo objetivo. Un partido capaz de hacer su aporte para poner en movimiento la gran fuerza social de los trabajadores para así acabar con el capitalismo y organizar la sociedad sobre nuevas bases, en donde el centro esté puesto en la vida y el bienestar de millones y no en las ganancias de unos pocos.

La gran lección que nos queda por asimilar es que no es lo mismo establecer un régimen democrático en lo formal que consolidar un gobierno popular a través de políticas reales que mejoren considerablemente la calidad de vida de los trabajadores. El régimen político tiene que comprometerse en la defensa de la cultura popular y del interés del trabajador como clase mayoritaria que así, en tanto mayoría, tienen todo el derecho a ejercer el poder de decisión, de gestión y definir democráticamente las condiciones del bienestar común. Afianzar la democracia además se asocia a los valores de la autonomía, de la solidaridad, la independencia y la libre auto determinación de los pueblos. Sanear las cuentas fiscales y lograr superávit de la balanza de pagos internacionales es una política racional para implementar un proyecto político y económico de desarrollo y fortalecimiento de los recursos y las fuerzas productivas que sean capaces de conducirnos al desarrollo. Pero, el neoliberalismo nunca trabajó a favor de esas políticas y muy por el contrario la experiencia nos demostró como bajo estas políticas los problemas del déficit gemelo se acentuaron peligrosamente. Por otro lado, no es cierto que el neoliberalismo busque el desarrollo con igualdad: su base ideológica nos plantea que los capitales necesarios para buscar ese desarrollo se basa en el ahorro y en los capitales externos y no en los capitales, en inversión y ahorro

interno. En lo político, el neoliberalismo jamás puede reivindicar la soberanía al depender de los capitales externos, mucho menos con la soberanía popular al excluir a amplios márgenes de la población de los beneficios del régimen. Si bien el hecho de votar en algunos casos podría ser imprescindible en el proceso democrático no es suficiente para consolidar una democracia radical. En consecuencia, tanto el Estado capitalista como los diversos regímenes en que expresa su poder, por ejemplo, el de bienestar o el neoliberalismo, tienen que ser superados para consolidar el desarrollo de nuestros países en todos los aspectos para fundar estructuras que estén a la altura de las circunstancias históricas. Y la circunstancia más real y concreta, en los países en que aún perdura el neoliberalismo, es la desigualdad, el alto grado de miseria física y fisiológica, de exclusión y marginación.

¿Qué nos queda de los ideales democráticos? Creo que los valores son un refugio pero principalmente son el verbo que nos ayuda a conjugar cada una de nuestras acciones, combates y lucha. Son el comienzo de todo lo que acontece. Pero, ¿cuáles son de alguna forma las premisas en las que debemos basarnos para que deliberadamente prodiguemos al racionalismo dominante las dagas que lo destruyen a favor de los intereses de los trabajadores? ¿Y, cómo por el amor a la humanidad, decidimos poner punto final a todas las miserias humanas reivindicadas por el neoliberalismo? ¿Cómo al mismo tiempo seremos capaces de deslumbrar a todos, a la mayoría nacional y global, con nuestras acciones, consecuencia y el arte de poder y de lo posible? Estas son preguntas complejas que es posible responder a través de la aplicación de una estrategia política basada en el reformismo radical, es decir, no es una tarea fácil pero a su vez ésta nos obliga a no renunciar, a no irnos ni mucho menos refugiarnos en nuestra individualidad porque esta no es una historia de imposibles o de metáforas sino que es, en primer lugar, una historia de conquistas y reivindicación de los valores del trabajador como clase de la mayoría. Hay que insistir con este asunto: la consolidación de la democracia, del régimen que batalla a favor de los trabajadores y contra los intereses dominantes, no solo es posible sino que es muy necesario. No nos olvidemos de los valores del hombre y conquistas de los trabajadores. La consolidación de la democracia se vincula de manera directa con la implementación de las políticas públicas más importantes porque hace al bienestar del trabajador y al mejoramiento de la gestión del sector público y privado, es decir, hace a una mejor gestión del régimen en su integridad y eso nos favorece a todos. La gestión humanitaria siempre está en la búsqueda de un marxismo sin mordazas porque sabe que el alma no es un asunto de tinieblas sino puro y ardiente compromiso terrestre y material, de mejora de la calidad de vida, también espiritual, pero que es necesariamente material. No es un repetidor de consignas y derechos a destajo pero camina sonriente de la mano de todos

los que se entregaron a una causa generosa y vital hasta la última gota de sangre, hasta el último hálito de su aliento, convencidos de que la justicia no vendrá de la distraída mano de Dios sino que será hija de la lucha a favor de la primacía de los derechos de los trabajadores. *Gestión revolucionaria* se relaciona con el desarrollo de nuevas tareas que reivindiquen en la práctica los derechos elementales de la condición del hombre, es decir, los derechos humanos como base política, social y económica de las formas de vida de todos nosotros. No hay sociedad racionalmente válida, que se pueda construir en base a la exclusión y marginación de la mayoría y a favor de la impunidad de los sectores dominantes que responden a intereses ajenos al bien común. La gestión revolucionaria tiene que ver también con un proceso de cambio social que necesariamente debe ser irreversible cuando cambia el poder a través de estructuras económicas y sociales que reivindican los derechos y valores del trabajador. En otras palabras, hay ciertas políticas que tendrían que ser irreversibles cuando se fortalecen las bases materiales del poder que se ejerce y son controladas por los grupos sociales mayoritarios que ligan su suerte y vidas a los cambios que surgen así del radicalismo. Irreversible tiene que ser la aparición del poder popular y los movimientos que reivindican la participación y movilización de los trabajadores. Tienen que ser irreversible también las conquistas de los trabajadores logradas a través del gobierno popular. De todas formas, la irreversibilidad de esas políticas no es absoluta sino que hay grados; la historia en ese sentido nos muestra como la violencia de los dominantes es proporcional a la adhesión que esas políticas populares suscitan en el trabajador. Por ejemplo, la Unidad Popular en Chile estableció un régimen de bienestar que en este sentido fue el más radical de la época y en nuestra región por lo que su liquidación sólo fue posible a través del genocidio del trabajador, con la exclusión política de los sectores sociales que respondían a ella. Por eso, necesitamos militar en favor de la eficiencia de los regímenes populares porque la suerte de ellos está directamente ligada a la vida de los trabajadores y sus derechos en todos los ámbitos. En otros países, menos radicales en sus bases, falta mucho por avanzar en el tema de la reforma política, por eso es preciso cortar lazos entre el poder económico y la política. El cambio estructural a consolidar se relaciona con las necesarias medidas que tienden a mejorar la distribución del ingreso, con afianzar el mercado interno, el consumo popular, el ahorro y la producción nacional, el desarrollo de tecnología que sea conveniente y el crecimiento de todas las variables relacionadas con el humanismo donde por supuesto se incluyen las variables tecnológicas. Existe un tremendo desafío en materia de ciencia y de tecnología que necesariamente tiene que lograr el acoplamiento efectivo entre la generación del conocimiento y la generación de riqueza entendida como el incremento de los puestos de trabajo dignos en base al pleno empleo

y a través de la creación de empresas nacionales de base tecnológica para convertirnos en productores y exportadores de bienes de capital con alto grado de valor agregado. La experiencia nos muestra que, para ser efectivas, las políticas relativas a la ciencia y la tecnología tienen que mantenerse a lo largo del tiempo y por eso es primordial que los diversos proyectos en éste y todos los campos, en el ámbito de la política o en el ámbito de la economía, la cuestión social y la cultura, muestren resultados concretos y un impacto neto sobre la calidad de vida de las mayorías y el desarrollo económico. Esto se relaciona directamente con la gestión, con la eficiencia y la consolidación del régimen democrático. La experiencia finalmente nos muestra que las políticas públicas, para que perduren en el tiempo, para que sean eficientes en relación al desarrollo y al crecimiento tiene que partir del diagnóstico de las necesidades urgentes del trabajador porque son precisamente esas políticas las que nos conducen a la recuperación del régimen como herramienta central de desarrollo, de crecimiento y de pertenencia colectiva. Estas políticas tienen como base ideal de sustento proyectar nuestro país en la región y en el mundo.

Los valores democráticos en la lucha por el bienestar.

En los procesos de grandes transformaciones continuamente emergen nuevas voces que producen diálogos, discursos e insumos para la reflexión que eventualmente sostienen la praxis de los sujetos políticos y sociales que se involucran en esos cambios. Es que el estudio, el análisis de la realidad, conjuntamente con el debate sobre la situación política, están desde siempre en el centro de un pensamiento que necesariamente es crítico, que aporta ideas y prácticas mucho más racionales y transparentes. La universidad es un espacio privilegiado para centrar la atención en estos cambios y generar los insumos críticos que los diferentes sectores y sujetos políticos necesitan para avanzar en sus derechos. De hecho, en un contexto atravesado por cambios y transformaciones en sentido popular hay que atender a los desafíos en torno a un proceso de independencia que en Latinoamérica aún no culmina. Falta en la región una conciencia que de cuenta de los cambios que se producen en nuestra realidad a partir de los regímenes populares que lograron radicalizar las propuestas democráticas en beneficio de los intereses de los trabajadores en cuanto al acceso a la salud, educación y los bienes y servicios públicos que mejoran la calidad de vida del trabajador. Son estas reivindicaciones siempre actuales porque en la particular historia de nuestra región hemos vivido golpes durísimos, ciclos de ascensos y caídas brutales. Por lo mismo, Latinoamérica tiene aún cuentas pendientes en relación a la defensa del bien de las mayorías. Si nuestros próceres reivindicaron el régimen democrático

como contenido necesario del Estado, ese impulso es un proyecto político aún inconcluso. La integración de los pueblos es central porque además se orienta a transformar las condiciones de vida del hombre por lo que el rumbo económico también es materia de cuestionamiento. Pero desde siempre, en cuanto a los procesos de mejoría de nuestras condiciones de vida, la solución es más sector público y nunca menos. Siempre hay que ir por más, nunca por menos. Necesitamos de un sector público activo, reflexivo, que esté presente, planificador y regulador de las variables de la economía. Necesitamos de un sistema de producción que sea políticamente inclusivo y socialmente más democrático. La democracia implica regular la economía pero por sobre todo implica desarrollar políticas que satisfagan las urgencias del pueblo. Mientras los gobiernos de derecha privilegian un modelo neoliberal que no gusta de la intervención del sector público pero sí del *automatismo del mercado*, el gobierno popular insiste en democratizar las relaciones sociales y políticas a partir de la redistribución de las riquezas. Solo ese puede ser el rumbo.

El pensamiento crítico latinoamericano (que tiene una larga tradición democrática y que desde sus inicios lucha por la democracia y así afronta numerosos desafíos) tiene que mostrar a la mayoría que el neoliberalismo dejó de ser racional y lógico. Tiene que mostrar que los tecnócratas no son profesionales ni mucho menos son transparentes sino que simplemente son los representantes de los objetivos de grupos económicos concentrados. Son representantes de la economía especulativa mientras los sectores populares, en la lucha por la democracia, ponen la producción delante de los capitales especulativos para revertir la situación de los socialmente más vulnerables. Visto desde el tema de la soberanía alimentaria- directamente vinculada con las necesidades de alimentación de los trabajadores- es falso el pronóstico que hacen algunas instituciones de que el problema de la pobreza y hambre está vinculado a la volatilidad de las materias primas, sino que en realidad esto se debe a la injusta distribución de la riqueza. Hay que trabajar en tres ejes: el aumento de la productividad, la promoción de la colaboración e integración entre los países del sur y la inversión en tecnología que permita que terceros países, sobretodo los más pobres del planeta, participen de la tecnología de otros para solucionar temas tan prioritarios como la pobreza, la marginación o exclusión social cuya solución implica una sustancial mejoría de la calidad política- democrática del régimen. El pensamiento crítico actúa en ese sentido. Por eso, ya no hay posibilidad de aceptar la manipulación mediática de los conglomerados de la información, que sólo les interesa fabricar una opinión pública que les permita seguir manteniendo el modelo económico y político de los privilegiados. La prensa privada latinoamericana constituye un circuito cerrado que condiciona lo que se denomina opinión pública, porque es una opinión selectiva que determina el mercado. Es como

una dinámica que se financia no por la compra de los lectores sino por las agencias. No hay democracia sin una opinión pública formada. El tema está planteado y los sectores populares actúan en consecuencia. En Latinoamérica la división es clara. Por un lado, tenemos a la derecha agrupada alrededor de los monopolios de los medios de comunicación y por otro lado, el pueblo que vota y se moviliza por políticas sociales de mayor jerarquía.

El problema de la democracia va más allá de plantear un pensamiento que sea crítico y latinoamericano en el sentido puramente académico porque los problemas del trabajador son reales y tiene que ver con las falencias del régimen democrático que a todos afectan. También es necesario un cambio en la estructura social del régimen que permita mayor igualdad y acceso de todos a los beneficios económicos de la producción socialmente generada. Finalmente, es necesario un cambio en la estructura social que- en relación a la temática de las comunicaciones- logre vencer el dominio del mercado audiovisual y periodístico. El neoliberalismo hace rato que mostró sus límites, pero la construcción del régimen popular, del humanismo, no puede quedarse en el pensamiento crítico y tiene que ir por la conquista de todos los espacios sociales en que se expresa el poder de gestión. La gestión popular de la problemática social es una necesidad intrínseca si consideramos que los cambios que fueron auspiciados por los neoliberales nos hicieron retroceder de manera brutal. Las transformaciones del neoliberalismo en nuestros países generaron fragmentación y marginación social, generaron desempleo y una infinidad de obstáculos en la democratización de nuestros regímenes que solo pueden ser vencidos por una profunda lucha política. Resulta extraño hoy recordar, en estos tiempos de persistentes crisis, convulsiones, conflictos, luchas y novedades sorprendentes, los vaticinios mundialmente famosos que hiciera a finales de la década de los '80 los académicos representantes del neoliberalismo. En especial de hombres como Fukuyama que en esos días dominados por la práctica y por la retórica del neoliberalismo se anunció, con una seguridad digna de la mejor causa, que llegaba el fin de la historia y la muerte de las ideologías en un mundo en el que la expansión del capital bajo los preceptos e ideas del *automatismo del mercado*, alcanzaba sus cotas máximas arrojando más allá de las geografías civilizadas los últimos restos de conflictos menores que, de eso no había dudas, también serían finalmente resueltos. En un mundo donde además la matriz civilizatoria del mercado global y la falsa democracia liberal triunfante alcanzaría su globalización. De ahora en adelante, los trabajadores sin historia y sin ideologías se dedicarían a vivir sus vidas sin grandes sobresaltos, un tanto aburridos y ocupándose de la industria del espectáculo, en visitar los museos temáticos en los que podrían observar, no sin cierta nostalgia, las imágenes y restos arqueológicos de esas épocas en las que existía la historia y los conflictos estaban a la orden

del día. Estarían allí como testigos mudos de otra época. Sin embargo, a pesar de todos los vaticinios e irracionalidades de los dominantes, el régimen neoliberal está agotado pero las campanas que anuncian su fin solo tocarán cuando sean los trabajadores los que luchen en consecuencia. Hasta hoy esa lucha no es fácil porque en todo este tiempo la imposición del neoliberalismo en nuestros países, luego de unas décadas, produjo un imaginario social que no podía sino plegarse ante los anuncios de los ideólogos del sistema que entremezclaban las perspectivas del nihilismo consumado, el descubrimiento alborozado de una modernidad decapitadora sistemática de verdades, valores y morales represivas consideradas como absolutas que inauguraban el tiempo del más allá de toda certeza y festejaba la llegada de la era del vacío, del espectáculo y las banalidades en la que los seres humanos podrían finalmente liberarse de los antiguos sometimientos heredados de la lucha de clase para defender el dominio abrumador de los medios masivos de comunicación, el individualismo, la subjetividad y la expansión ilimitada de la sociedad del espectáculo y despolitización general. En ese contexto de nueva resignación, la lucha por la democratización de los regímenes políticos se hacía más difícil frente a la alquimia de pesimismo, escepticismo y cinismo neoliberal que reemplaza ideales emancipatorios y utopías político- sociales que habían significado un punto de encuentro y de orientación de los sectores populares en sus luchas. Claro que los antiguos cultores del fin de la ideología y de la historia no fueron capaces de entender que ese discurso unidireccional encontraría, al girar el siglo, su propia crisis.

Desde ahora y a expensas de los neoliberales lo que se plantea es la superación del neoliberalismo que es posible en la medida en que se logre la desmercantilización de las relaciones entre los hombres, en la medida que se avance en la *economía social*, en la soberanía alimentaria y en la medida en que se avance con la creación de espacios para recuperar los derechos de la mayoría. La historia no admite ambigüedades ni eclecticismos en tiempos de transformaciones. Mientras los países que insisten en el neoliberalismo viven su propio horror, los países que sean gobernados por regímenes populares irán unos pasos más adelante con la chance de salvarse de la gran hoguera desatada por las continuas crisis que cada tanto se desatan en el sistema comercial global por la responsabilidad del neoliberal. No es cuestión de suerte ni de geografías distantes, sino que es un asunto de proyectos diferentes. De eso se trata. Mientras unos insisten en la exclusividad los otros luchan por la democracia radical. Cuanto más libres podamos jugar en la transversalidad económica y política global, pero muy especialmente insertos en la región latinoamericana y en el entendimiento con las potencias emergentes, más sustentable será nuestro destino como nación soberana y democrática. Y en simultáneo, cuanto más nos alejemos de las políticas

neoliberales que fueron experimentadas hasta el hartazgo, más lejos vamos a estar de sufrir las ondas expansivas del colapso del Estado capitalista. De a poco vamos encontrando el destino. Es el prodigio inherente de los grandes tiempos de cambios. Hay que entender al Estado y al régimen como una unidad que nos inspira a decir que el proyecto de país también es una unidad en pleno desarrollo y diversidad. Hace ya un tiempo que la minoría política dejó de expresar minorías sociales. Es ese el mayor drama de la oposición al gobierno popular. Semejante vacío existencial no pueden simularlo siquiera con los medios de comunicación a su favor. Por tanto, la responsabilidad del proyecto popular es la de representar e incorporar a vastos sectores y sujetos sociales que, más allá de sus legítimas diferencias, se reconocen en ese todo abrazador que es el régimen político que incluye profundizando de esa forma la democracia radical. Para ser más precisos, diré que la unidad nacional no es ni debiera ser interpretado como un mero slogan sino como un imperativo político que hoy exigen la historia y las condiciones locales e internacionales para poner en valor la oportunidad de crear definitivamente un régimen más inclusivo y desarrollado, con todos y para todos.

Estamos en pleno tránsito desde un régimen desigual e injusto, elitista y neoliberal a un régimen político más igualitario, democrático y justo, como merecemos. El nuevo paradigma es la *igualdad de oportunidades*, aunque haya sido formulado en abstracto, hace muchos años. Un régimen político más solidario, justo e igualitario traerá irremediamente mayor desarrollo en términos productivos, tecnológicos, industrial y cultural. Vamos por un régimen que es más igualitario y alfabetizado, con una educación de mayor calidad, inclusiva, con una salud pública a la que todos tenemos acceso, con mayor consumo popular y empleo, con muchas más viviendas y más redes de agua potable. Vamos a un régimen donde el mismo consumo se democratiza en favor de los sectores populares. Acá no estoy banalizando un optimismo desmesurado simplemente de esta forma es como se construye el régimen democrático a partir de la negación de los dogmas neoliberales. Pero nunca es suficiente porque hay quienes creen que la buena noticia es que los productos primarios mantienen precios altos en un mundo que requiere de alimentos y energía.

Los desafíos del desarrollo.

Desde el principio, allá por el 1810, el desafío de construir el Estado nacional enfrentó problemas fundamentales en Latinoamérica. Entre estos está la ocupación efectiva del territorio que se reivindica con la nacionalidad, la cohesión social, el régimen con la consiguiente formación de un sector público nacional y eficiente, la formación de movimientos y organizaciones

representativas del trabajador y la cultura popular, la estructura productiva y el régimen económico como base del desarrollo y el tipo de inserción en el sistema comercial internacional de la época donde Inglaterra era la potencia hegemónica. La formación del país, bajo la dirección de esos desafíos, se hizo dentro de un escenario global que penetró por distintas vías, es decir, las finanzas, el comercio, los intercambios de bienes, las migraciones, la esclavitud, la libertad de vientre, la marginación o la información en el nuevo espacio nacional. Entonces, la trayectoria de nuestros pueblos, en el sentido de cumplir con los desafíos del nuevo Estado nacional, resulta de una compleja red y relaciones entre el contexto histórico internacional, siempre central para los países de la periferia, y las respuestas que los sectores populares y en especial las nuevas élites nacionales pudieron proporcionar a partir de esa nueva realidad y las oportunidades derivadas del contexto de intercambios internacionales. Se forjaron progresiva pero decididamente las ideas y los proyectos hegemónicos de las nuevas élites que orientan en lo sucesivo el comportamiento de los grupos dirigentes y la formación de la opinión pública para desde ahí construir y dar sentido a su propia agenda de gobierno y gobernabilidad.

Por otro lado, las varias deficiencias políticas de esas élites y ese poder e ideas hegemónicas, expresadas en la formación de países exportadores de materias primas e importadores de maquinarias y productos de mayor valor agregado, se rastrea en el hecho de que no fuimos capaces aún de alcanzar el crecimiento y el desarrollo de nuestros pueblos en todas sus manifestaciones y potencialidades lo que también revela la necesidad de encarar esos desafíos fundacionales del Estado que aún no son resueltos. Esos desafíos de nuestros Estados nacionales y los problemas políticos del régimen siguen siendo los mismos de la etapa inaugural de nuestros países porque la desigualdad y la falta de oportunidades para las mayorías todavía es una constante que atenta contra la gobernabilidad y cohesión social. En la solución de estos desafíos siguen siendo importantes los acontecimientos heredados de los centros del poder global pero también nuestra capacidad para resolver las cuestiones y desafíos fundamentales y desarrollar así todo nuestro potencial disponible en relación a nuestros recursos. En este sentido, tendríamos que saber cuales son las tendencias presentes y futuras, a mediano plazo, del sistema comercial global, de la globalización en términos neoliberales, que encuadra y define la trayectoria de nuestros países a partir de este siglo. Un hecho clave es que terminó el monopolio de los países avanzados, del norte más desarrollado, sobre el conocimiento tecnológico y científico y las actividades y recursos de frontera. Por lo mismo, Brasil, China, India, Rusia y los países emergentes de Asia, constituyen un centro dinámico en el sistema comercial globalizado que ya empieza a consolidarse. De todas maneras, esto solo es posible en la

medida en que los países emergentes logren solucionar el tema de la pobreza estructural y la exclusión endémica de su sistema productivo; de lo contrario, una vez más quedarán al margen y formarán parte de la periferia subordinada a los centros más dinámicos del sistema comercial que por definición forman los países que hasta cierto punto lograron consolidar su cohesión social y desarrollar políticas nacionales para la gestión del saber y su transformación productiva. No olvidemos que en su momento Estados Unidos y los países europeos se transformaron en desarrollados precisamente porque lograron solucionar en gran medida los principales problemas sociales, políticos y de desarrollo económico de sus trabajadores. Tampoco es previsible que las disputas entre los actores políticos protagonistas del sistema comercial global desencadenen guerras globales porque esos centros del poder construyeron en beneficio propio, a lo largo de la historia del hombre, una compleja red de interdependencias que se revela en el ámbito de las relaciones comerciales, en el movimiento de los capitales, de tecnología y conocimientos. Esto es lo que los lleva preservar el núcleo del sistema comercial global y disputar la hegemonía por medios más sutiles que tienen que ver con el predominio económico, el saber científico- tecnológico y su influencia en la explotación de los recursos naturales, materias primas y el acceso a los mercados. Las amenazas a la seguridad global seguirán en el futuro previsible radicadas en el tráfico de armamentos, de drogas, en la trata de personas y en conflictos focalizados bajo raíces étnicas o religiosas. Además, el sistema comercial global- y pese a que los grupos neoliberales pretendan hablarnos de bloques regionales para desmerecer la importancia de los Estados nacionales y sus regímenes políticos- seguirá articulándose a partir de relaciones entre los Estados, los que, en algunas regiones específicas, forman bloques políticos y comerciales pero que bajo ningún circunstancia reemplazan los regímenes políticos nacionales.

En el ámbito de los recursos internos (recursos políticos, económicos, sociales y culturales) hay que dejar de lado de forma definitiva la idea de que el progreso, prosperidad y desarrollo de nuestros regímenes puede basarse exclusivamente en la explotación de los recursos naturales. El desafío es construir un régimen con una economía diversificada, integrada, compleja, solidaria, social y apoyada en ciertos elementos prioritarios:

- a) Primero, hay que desarrollar una base industrial estructurada en tecnología que es conveniente y que incorpore las actividades de frontera científico- tecnológicas.
- b) En segundo lugar, hay que incorporar las cadenas de valor de alto contenido tecnológico de su producción primaria.

- c) Por último, el desarrollo de cada una de esas actividades en todo el territorio nacional.

Todas las políticas tienen que buscar ese desarrollo. En relación al rol estratégico de la política fiscal, su primera tarea es convertirse en una política contracíclica, que impulse el gasto social como instrumento de distribución del ingreso para combatir la pobreza, la exclusión y fortalecer el mercado interno apuntando al crecimiento de la inversión pública. Por lo mismo, el régimen político debe intervenir regulando la evolución global del sistema económico para estimular de esa manera, bajo la primacía de un proceso de transición, la inversión privada a través del crecimiento de los mercados por el impulso de la demanda agregada. Entonces, en un proceso de transición, la cuestión fiscal tiene dos objetivos. Por un lado, una variante contracíclica que busca impulsar el gasto social como herramienta central de distribución del ingreso a favor de los trabajadores, para bajar la pobreza y fortalecer el mercado interno y, por otro lado, el crecimiento de la inversión pública y de los sectores privados para mejorar la eficiencia inherente de un sistema económico inclusivo- popular que pueda aumentar la productividad de los trabajadores en beneficio de los intereses de esos trabajadores. Este esquema político y económico nos permite recuperar el espacio y los actores políticos y movimientos nacionales como un nuevo lugar de realización, cada vez más autónomo, de los problemas y avatares venidos desde el sistema comercial global como bien queda demostrado en cada una de las crisis a las que ya nos tiene acostumbrado el neoliberalismo. La combinación de una virtuosa y sólida política en el ámbito fiscal que vaya acompañada de una política de desendeudamiento, no apoyada en los ajustes típicos del neoliberalismo, y en el sostenimiento de la competitividad externa, permiten preservar, defender y crear fuentes de trabajo sin deteriorar los salarios, conformando una matriz económica- productiva acorde a nuestra especificidad histórica y cultural.

Ya sabemos que el neoliberalismo no es una opción de futuro porque existen demasiadas externalidades y fallas en el automatismo del mercado (tanto en un sentido político como en un sentido técnico) como para seguir insistiendo en estas estrategias y, por lo mismo, ocurre que hoy la alternativa es la intervención del régimen que tiene que regular la evolución global del sistema económico mediante una serie de canales y políticas como el gasto en infraestructura productiva y social, el acceso al crédito para la mayoría, niveles de inversión, la redistribución de la renta, la regulación de los precios de la economía, el tipo de cambio de equilibrio desarrollista y la militancia a favor de una mayor equidad en la propiedad de los medios de producción. En relación a los incentivos para la inversión privada en la estructura productiva del país es, sin lugar a dudas, el crecimiento del mercado interno a través de

una creciente demanda agregada (que es un factor principal de optimismo en la conformación de las expectativas empresarias) una muy buena política para continuar afianzando ese mercado interno que se relaciona directamente con el mejoramiento de la distribución del ingreso a favor de los trabajadores como política central de la agenda de la economía social. El régimen político tiene mucho que decir al respecto porque su rol es central en el proceso de desarrollo. Este interviene como actor político que reivindica la inversión e intervención en los sectores estratégicos de la economía y como árbitro que garantiza el desarrollo, la justicia social, la inclusión y el propio bienestar de los trabajadores a través de una economía social entendida como cierto tránsito al humanismo, es decir, la sociedad sin desigualdades sociales. Es desde el sector público (articulado con los movimientos sociales, de base y populares) que surgen los estímulos para que los sectores privados de la economía, a través del crédito y el desarrollo del mercado interno, aumente de manera constante sus inversiones en la producción nacional con la meta expresa de seguir colaborando en el crecimiento de la demanda interna y las exportaciones. Necesariamente esa política, la *economía social* en sí misma, implica una redefinición de nuestras estructuras productivas a través de otros objetivos, más democráticos, del crecimiento económico para avanzar en la modificación de las variables que atentan contra los intereses del trabajador. Las inversiones productivas tienen que ser asumidas por el sector público involucrando, en su desarrollo y en las responsabilidades de su expansión, a los otros actores políticos que son parte del régimen porque una tarea de tamaño dimensión nos involucra a todos. Por ejemplo, podría proponerse un fondo de desarrollo local que ayude a establecer una estructura productiva moderna que sea capaz de generar el pleno empleo y el uso más racional de recursos, que integre y armonice el crecimiento a través de la participación de las economías locales y regionales distribuyendo demográficamente los beneficios de ese proceso a toda la población en todos los ámbitos. También es necesario trabajar sobre las pequeñas inversiones productivas a través de trabajadores organizados en cooperativas y economías de escala, producción familiar y comunitaria. Además, el cambio y diversificación de la estructura productiva empieza por los cambios en las estructuras de las exportaciones, a un contenido que busque mayor presencia de los bienes industriales, de por sí de mayor valor agregado. La industria contribuye a producir las divisas que generan la expansión de nuestros mercados, o sea, el desarrollo y esto no es posible sin políticas macroeconómicas y de crecimiento adecuadas. Por eso, en este libro me referí al rol de la política fiscal o a la imposición de un cambio de equilibrio desarrollista. Por eso, me referí también a un sistema financiero al servicio de la producción (y no de la especulación) al servicio

del desendeudamiento, del crédito a las pequeñas y medianas empresas o al superávit de la balanza comercial (...)

La industria no puede exportar ni diversificar su producción y ventas al exterior en medio de persistentes procesos de retraso cambiario, como bien sucedió en otra época. Tampoco será posible si los vaivenes del sistema comercial global son los que terminan modelando la estructura de producción interna de nuestros países. Por eso, si los precios relativos internacionales se traducen al mercado interno sin interferencias, a partir del librecambio, el sector primario (es decir, el agropecuario, el minero y materias primas en general) es un apéndice del mercado global y, por lo mismo, anteriormente me referí a la necesidad de integrar a todos los sectores productivos dentro de un proyecto político, económico e industrial basado en el mercado y en el consumo interno. Es prioritario redefinir la estructura productiva de nuestro país que tiene como eje central el sector primario porque ese modelo solo conspira contra el crecimiento armónico, justo, solidario, social y centrado en el mercado y consumo interno. Si los ingresos de nuestra economía dependen de los precios internacionales de unos cuantos productos, nuestras economías siguen siendo estructuralmente vulnerables, o sea, dependientes de la lógica de los centros globales del poder. El sector primario es el punto de partida y nada más allá de eso porque es necesario poder avanzar en políticas que nos permitan agregar valor a nuestros bienes. El régimen tiene que estimular las inversiones en sentido de buscar la integración de la economía para resolver la falsa oposición entre el sector primario y el industrial. Se concluye de todo lo anterior que hay que abandonar el supuesto neoliberal de que el país y sus mercados son simples apéndices y segmentos del sistema comercial global, cuya economía tiene que organizarse a través de las señales, paradigmas y teorías de los centros de poder. Hay que abandonar estos supuestos porque generan dependencia y subdesarrollo, producen exclusión y marginación y, en este sentido, son incompatibles con el desarrollo que es un crecimiento basado en la defensa de los espacios nacionales. Las crisis del neoliberalismo en Latinoamérica y en el mundo en general nos muestra que un proyecto de desarrollo dependiente de un centro dominante global fracasa en el largo plazo porque no es posible centrar ese crecimiento en la exclusividad de la inversión extranjera. Es vital desembarazarnos de la idea hegemónica de los centros del poder global para consolidar una visión nacional y propia, de nuestros problemas y realidad, para vincularnos al sistema comercial global conservando nuestra especificidad como pueblo, nuestro proyecto y empresa de construcción de un régimen basado en la cohesión.

Epílogo.

De manera general el análisis sobre el sistema comercial globalizado, el análisis de las formas en que la política y en que la economía, la lucha por el poder de gestión y las formas de expresión de las relaciones comerciales entre los países, se basa en las acciones de los Estados capitalistas- que a su vez se expresan a través del régimen- para desde ahí entender su particular forma de reacción y su comportamiento no siempre racional, su composición de clase, alianzas y los conflictos que se suceden en su interior. Todo esto considerando el rol y las formas en que cualquier país se inserta en el sistema globalizado de intercambios comerciales porque no es lo mismo ser un país desarrollado, uno del centro, a ser un país dependiente, marginal y periférico. Hay que considerar que se trata de reivindicar- en el campo conceptual y para tener una visión racional respecto a la realidad presente- que cualquier análisis de la situación global, de la forma en que se manifiesta las relaciones de poder en ese nivel, tiene que ver con la *teoría del subdesarrollo* que es la *teoría sobre las causas del subdesarrollo*. Así, en cierto modo, la historia corriente es el relato de lo ocurrido y de la manera en que nuestros países, los Estados nacionales y sus regímenes políticos, por las razones que fueran, se insertan en el comercio global. Las acciones y omisiones de los regímenes políticos nacionales, en tanto representante de los Estados capitalistas, son el eje para entender la política de cada país, de las relaciones entre los países dominantes y dominados, entre el centro y la periferia económica, financiera y de las comunicaciones. Pero, con el neoliberalismo a cuestas desde hace un buen tiempo, en el escenario global tenemos un nuevo protagonista que está representado por los tecnócratas que responden a la especulación y finanzas. A mi juicio, las continuas crisis que conmueven al sistema globalizado de las relaciones comerciales es el resultado de la irrupción incontrolada del sector financiero que está desafiando el rol que por definición le corresponden a los regímenes como planificador, administrador y regulador del crecimiento y desarrollo. Este hecho nos dice que a pesar de todas sus irracionalidades, el neoliberalismo militante no está dispuesto a ceder fácilmente en la manifiesta avaricia que tiene por la riqueza y el poder. No olvidemos que de acuerdo a los preceptos dogmáticos y faltos de verdad de los dominantes, el neoliberalismo vino a solucionar la crisis generada por la caída de la tasa media de ganancia del capital. El neoliberalismo resuelve esa cuestión a través de la supremacía de lo financiero sobre cualquier otro tipo de consideraciones que de por sí son más racionales.

Después de la caída del socialismo realmente existente, un socialismo que en verdad no pudo ser una alternativa porque política e ideológicamente quedó estancado en la supremacía del derecho a propiedad por sobre la vida, el alineamiento político y dominante estaba bastante claro. De ahora en más, los regímenes políticos nacionales- de las características que fueran- tendrían que rendir honores y pleitesía al sector de las finanzas, a la especulación y a los países capitalistas dominantes que continúan siendo los amos y dueños de un bloque de poder donde la conducción y el comando del destino de todos los trabajadores queda bajo el control absoluto de los intereses especulativos fuertemente concentrados en unas cuantas manos. En esas circunstancias, los países periféricos y marginales defenderán sus intereses como puedan frente a las condicionalidades del sector de la especulación. Pero, lo que hoy nos muestran las crisis cada vez más graves y persistentes del neoliberalismo, es que lo conveniente al sector financiero en general no es conveniente para las mayorías nacionales. Las crisis y su persistencia nos muestran que lo que es conveniente para los especuladores incluso hoy es perjudicial para los países más desarrollados, sobre todo los que están menos adelantados en términos tecnológicos, en términos culturales, sociales y políticos. Las consecuencias más evidentes de esta situación son los ajustes y la paulatina eliminación del llamado Estado de Bienestar en los países centrales que se traduce en la pérdida de empleos, de la seguridad social, la gobernabilidad, el desarrollo, la seguridad jurídica y hasta del implícito contrato social que nos conlleva a intentar vivir en sociedad. Entonces, en esas condiciones la alternativa es esta: el sector financiero global enfrenta al régimen nacional- cualquiera sea su orientación- o trata de ponerlo a su servicio. Ahora ese designio y ese rol en la lucha por el poder de gestión lo asume la banca internacional, el Fondo Monetario Internacional e incluso algunas empresas calificadoras de riesgos. El sector financiero se hace con la dirección y conducción de la agenda de gobierno extrayendo del ámbito del debate, de la acción política y decisión democrática cualquier medida que intente controlar, regular o administrar la política económica de nuestros países. En particular, esto lo hace a través de una postura que se relaciona directamente con la independencia del Banco Central al que le asigna como tarea central, cuando no única, controlar la inflación mediante tasas de interés elevadas y apreciación cambiaria. Esto no es sorprendente porque el régimen político no solo pierde su rol regulador sino que además sustenta todas las políticas que favorecen la renta financiera. Además, los organismos financieros y especulativos globales bajo la nueva conducción de la política neoliberal opera fuera del control de los órganos elegidos democráticamente e imponen políticas de ajuste y reformas políticas y estructurales afines al poder financiero. De este modo los regímenes aíslan de la soberanía popular aspectos de la política económica quedando a merced

del poder fáctico de las finanzas. Que se desarrolle en su máxima expresión una elite de tecnócratas que controlan el poder de decisión al interior de los regímenes es un claro indicio de la compenetración entre el sector financiero y los poderes del régimen. Finalmente, el sistema financiero- especulativo impone sus intereses en la agenda de los gobiernos, independientemente de su origen político y a expensas de los intereses de los trabajadores.

Esos gobiernos- una vez que caen en manos de los dogmas y parábolas de los neoliberales- adoptan las medidas que creen serán agradables a esos mercados, empezando por el ajuste fiscal que demuestre la férrea voluntad de pagar las deudas, aunque sea a costa del nivel de vida del trabajador, aunque sea a costa de hipotecar el futuro y cercenar nuestro desarrollo. El problema es que una globalidad como la actual, persistentemente azotada por las crisis de los preceptos y de las formas de actuar de los neoliberales, no insistir en el rol regulador, de creación y defensa del empleo y de la producción nacional, es prácticamente un suicidio colectivo a pesar de que el neoliberalismo, el colmo de su prepotencia, nos presenta programas de ajuste como si fueran pociones mágicas, racionales, como verdades absolutas por las que incluso hay que dar la vida. A pesar de que en su momento los países de Europa basó sus conquistas en el progreso técnico que generó su excelencia industrial y su poderío bélico, el colmo de la prepotencia, el neoliberal sigue sosteniendo la no regulación de los actores y agentes financieros que nos revela la sumisión o la complicidad de los gobiernos más poderosos. A pesar de las crisis, de la caída del empleo o la producción, a pesar que ponen en riesgo el gobierno democrático, los neoliberales insisten en la hegemonía del sector financiero-especulativo porque se trata de transferir el poder económico y político a favor de ese sector. Este proceso de libertad de los mercados se evidencia económicamente en la imposición del llamado *Consenso de Washington* que reivindicó dos pilares centrales sobre el que se sostendrá el neoliberalismo. En primer término, los programas de ajuste y después las políticas de privatización de las empresas públicas. A través de esos ejes se cumple con otro propósito del *Consenso de Washington* que consiste en otorgarle más poder económico y de presión política a los grupos financieros y económicos transnacionales por sobre la agenda del gobierno nacional. Quienes se queden con esas empresas serán los que detentarán la mayor parte del poder económico real en nuestros países. Lo anterior muestra que estamos muy lejos de la concepción teórica que en su momento plantearon los neoliberales respecto de la praxis política, en el sentido del fin de las ideologías, del fin de la lucha de clases- expresada en la lucha por el poder de decidir a nivel nacional y global- y el fin de la historia: las crisis del neoliberalismo, con la supremacía de lo financiero sobre la producción real de bienes, coloca otra vez a la praxis de la política (como herramienta de cambios) en su justo

lugar. Este hecho es importante porque en otra época se pensó y creyó válida la postura de que la política estaba vacía de contenido y que de esa forma perdía la posibilidad de convertirse en herramienta de cambios. En realidad, nunca fue de esa manera porque la política siempre fue instrumento de avances o retroceso. Esta vez simplemente la acción política es instrumento de cambios pero a favor de los neoliberales. Entonces, entender la acción política como vacía de contenido es funcional a los intereses de los sectores dominantes. En esas condiciones, en la lucha política lo que se disputaban eran los cargos pero nunca el poder para cambiar la realidad aunque los sectores proclives al neoliberalismo siempre actúan en ese sentido. La ilusión consistía en hacer creer que eso era la política. Así, conscientes o no, con buena fe o sin ella, los candidatos y dirigentes políticos de turno jugaban en general para el mismo equipo, es decir, para la corporación mediática que es la expresión más elocuente y concentrada del poder económico. Entonces, no hay fin de la lucha de clases, no hay fin de las ideologías ni mucho menos fin de la historia porque los opositores a los intereses nacionales y populares tienen su historia. Una historia que es coherente con sus formas de actuar, una historia siempre cargada de reacción política, de errores groseros en la apreciación de nuestra coyuntura política crucial, una historia de infamias, de egoísmo, de peleas internas, fracturas intestinas, desunión y, por sobre todo, de desprecio por la voluntad popular. La historia de los dominantes también es coherente con los golpes de Estado, golpes palaciegos que solo sembraron nuestra tierra de muerte y destrucción, de desaparecidos y apropiados. Solo necesitamos hechar una mirada a los libros de la historia para advertir la falta de visión de una clase política que sólo acertó cuando otros le prestaron las tanquetas, ya fueran blindadas o mediáticas. Esta vez la acción del pueblo va en serio contra los responsables del hambre, la pobreza, el desempleo y la exclusión social. Esta vez la batalla va contra los violentos. Esta vez la acción política de los sectores populares es en defensa de los trabajadores, es en defensa de los humildes y la buena gente.

La década de los años '80 se caracterizó por las múltiples condiciones de estancamiento de la economía, por la permanente inestabilidad de precios y sus procesos de inflación, por los desequilibrios externos de importancia, desequilibrios fiscales, de balanza de pagos y financieros producto de las crisis del modelo capitalista en su versión de bienestar. Pero, el hecho de que la opción progresista de cambios a un modelo más inclusivo no era posible, dada la instauración y consolidación en la mayor parte de nuestros pueblos de dictaduras de seguridad nacional, se dieron las condiciones y el entorno más favorable para la implementación de determinadas reformas tendientes a la consolidación del régimen neoliberal. En otras palabras, se produjo un entorno favorable al neoliberalismo dadas las nuevas relaciones de fuerzas

imperantes en ese contexto autoritario y altamente reaccionario. Así, pasa a ser parte de nuestra realidad determinadas políticas públicas profundamente regresivas que asisten a dismantelar el régimen benefactor y su marco de regulación a través del cual, en los países latinoamericanos con economías más grandes e importantes, se logró crear una industria más o menos pujante a través de la sustitución de importaciones y así se mejoró sustancialmente la vida del trabajador de la época. Por el contrario, ahora la desregulación de los mercados, la liberalización comercial y las privatizaciones de empresas públicas, serán políticas constitutivas del nuevo régimen que intentará sortear la crisis de la caída de la tasa media de ganancia, es decir, de valorización del capital. Nace el neoliberalismo que a través de diversas teorías intentará hacerse con el sentido común de las mayorías. Atacará, a través de distintas líneas de pensamiento, ideas y argumentos tradicionales de los heterodoxos que justifican la intervención del régimen político en la economía. Atacan todas las políticas que buscan construir una economía nacional al servicio de las mayorías. Desde ahora y bajo ningún pretexto, se acepta la intervención del régimen político en la búsqueda de solucionar los desequilibrios propios del automatismo del mercado. Surge como recomendación la reducción drástica de la presencia del régimen en lo económico en términos de roles, atribuciones y grado de influencia. A través de la desregulación del mercado y la liberalización económica, se buscó introducir en la economía mayores grados de competencia en los mercados de bienes y servicios. Desde el punto de vista macroeconómico, la competencia supone, de acuerdo a la visión de los neoliberales, un impulso para reestructurar el parque industrial nacional a partir del abandono de ciertas operaciones productivas antiguas y obsoletas, el desarrollo de sectores competitivos, la búsqueda de nuevos mercados y la adopción de otras tecnologías para mejorar la eficiencia, la productividad y la competencia de las empresas nacionales. Desde el punto de vista de lo micro económico, la competencia es la motivación primera para que las empresas recortasen gastos superfluos y desarrollaran un proceso signado por mejoras en la productividad y en la eficiencia mediante la introducción de tecnologías innovadoras y el continuo desarrollo de mejores productos. Sin embargo, el neoliberalismo no considera acá factores de primera importancia en relación a las especificidades del propio proceso de adopción y desarrollo de nuevas y más modernas tecnologías. Por ejemplo, el crecimiento económico depende principalmente de la forma en que las diversas empresas gestionan el proceso de organización y de desarrollo tecnológico.

A pesar de las suposiciones del neoliberalismo, la tecnología no es un bien ideal y perfectamente transferible porque contiene elementos que hacen necesario para el comprador invertir en el desarrollo de nuevas capacidades y adquisición de información. Es éste un proceso que implica determinados

riesgos y costos, es un proceso impredecible que además requiere de insumos físicos y de diversos factores condicionantes como el nivel de educación de la población, de las instituciones y de las organizaciones de información y capacitación, de bienes y servicios técnicos. A medida que nuestros pueblos profundizan en el desarrollo industrial y adoptan esas tecnologías los costos de aprendizaje se elevan progresivamente y el neoliberalismo nada tiene para decirnos al respecto. Sin dudas, las características y elementos que definen esta modernidad neoliberal es que el principal recurso económico, el nuevo factor de producción que por excelencia crea valor a su máximo nivel, es la ciencia y el saber que de éste se deriva. Por eso, es indispensable que exista articulación en el proceso de industrialización, de crecimiento e integración económica a través de una decidida y activa participación del régimen en relación a la definición de las metas, objetivos y movilización de los recursos productivos con que cuenta el país. Hay que repensar los temas porque surge la evidencia de otros escenarios. El derrumbe de la experiencia neoliberal (por lo menos de sus opciones más reaccionarias) con las fenomenales crisis a las que pretende acostumbrarnos lo atestiguan. A partir de esos fenómenos críticos, de crisis de la caída de la tasa media de ganancia, la política y las estrategias económicas comenzaron a adoptar otros rumbos, ligados al campo popular, que supone una notable recuperación de la actividad productiva, una fuerte caída del desempleo y la exclusión y cierto alivio en las condiciones sociales y políticas de nuestros pueblos. Por eso, incluso muchos sectores de la derecha latinoamericana, siempre autoritaria y reaccionaria, no se atreven a proponer abiertamente una vuelta a la lógica neoliberal ni a poner en duda el rol interventor del régimen bajo custodia de los gobiernos populares. En cambio, su estrategia para socavar la intervención del régimen político en las actividades económicas y en la lógica del automatismo de los mercados, se basa en las críticas al estilo de esos gobiernos. Por eso, hay que insistir en la batalla ideológica y política porque, se acepte o no, el régimen político y su intervención es central en la recuperación que sigue a la crisis. Entonces, la principal actividad del régimen en la etapa del reformismo político consiste en sostener y garantizar, a través de diversas políticas públicas estructuradas bajo la óptica de primacía del derecho a la vida del hombre, las condiciones para consolidar el trabajo, la producción, la libertad y la satisfacción de las necesidades del trabajador.

Es comprensible que se abra el debate sobre cuestiones económicas y ahí los humanistas tenemos mucho que decir y aportar. En ese sentido, las batallas alrededor de la decidida intervención del régimen político, de los gobiernos de turno frente a las otras opciones políticas, las del libre comercio o la del automatismo del mercado y todas sus implicancias, continúan vigentes. La destrucción más cabal de las dictaduras de seguridad nacional de épocas

pasadas que sufrieron los pueblos de Latinoamérica fue acabar con la lógica, la presencia y existencia de los actores del sector público que eran parte del régimen como tal, como reguladores e interventores en la economía y en los conflictos sociales. Es decir, se trabajó por la destrucción del Estado nacional occidental- al que adherimos tempranamente y que incluyó conceptos como el del *bien común*, *integración*, *ciudadanía*, *geopolítica* o *cultura popular*- la historia compartida y hasta los símbolos y héroes de la Patria. Ese concepto de *Estado nación* es el que recibe las feroces críticas de parte del neoliberal en su marcha hacia la primacía y defensa de sus intereses de élites. Por eso, hoy existen trabajadores que a pesar de todo no sienten a estos sectores, a esos actores y estructuras del sector público, que forman parte del régimen, como instancia confiable, protectora e incluso existente. Revertir este tipo de anomalías significa una lucha de proporciones porque implica eficiencia y eficacia en la administración y logros concretos en el ámbito económico que conlleven una mejor calidad de vida. El desarrollo del país, en los términos de inclusión social, del mercado interno y de la primacía de la producción nacional, dependen del rol del régimen y los actores que lo componen; de los objetivos de largo plazo que exceden a los gobiernos de turno y los intereses sectoriales de los diversos grupos de poder. El desarrollo del país significa gestión y aplicación del saber, del uso de la tecnología conveniente en la producción nacional. La inclusión social conjuntamente con el mejoramiento de la situación correspondiente por la generación de empleo implican la incorporación permanente de tecnología conveniente en el desarrollo y en la consolidación de los procesos productivos acordes con los objetivos del bienestar común de los trabajadores. Requieren, como condición necesaria y virtuosa, la permanente incorporación de innovaciones en los procesos productivos y en la versatilidad y calidad de bienes y servicios que abastecen la demanda interna del consumo, de la inversión y de las exportaciones.

¿Qué nos conviene producir? Esta pregunta se resuelve a partir de la certeza anterior relacionada con la importancia de la *tecnología conveniente* y del saber en la consolidación de un tipo de desarrollo nacional, soberano y popular. Porque la forma en que nuestros países se vinculen con los demás, a través de la lógica del sistema comercial global, está ligado a la producción de bienes y servicios que éstos pueden ofrecer con ventajas comparativas en el mercado externo. En otras palabras, a partir de lo que nuestros países sean capaces de producir, exportar e importar se definen y determina que estemos en condiciones o no de difundir nuestra tecnología reforzando los procesos de largo plazo de acumulación del saber, del capital, la eficiencia, gestión, educación u organización de nuestros recursos que, en definitiva, forman las bases del desarrollo. ¿Materias primas? La pregunta fundamental es si con la producción de éstas alcanza para ocupar e incluir todos los recursos humanos

ociosos, o sea, los desempleados y excluidos entre otros, del actual régimen, si alcanza la disponibilidad de recursos para plantear mejoras periódicas en las prestaciones sociales de salud, educación, jubilaciones, pensiones y las remuneraciones de todos y si el desarrollo de la tecnología en este rubro, en fin, nos alcanza para generar determinada sofisticación técnica y capacidad competitiva a partir de este sector en exclusividad. La respuesta es no y la historia de nuestros países es una demostración persistente de esto. En primer lugar, la producción de ciertas materias primas como el cobre, el petróleo, los recursos energéticos o los bienes agro industriales a lo más emplean un tercio de la población económicamente activa. Por lo tanto, el fin de la exclusión y la búsqueda consecuente del pleno empleo, necesita de otros recursos, de otras fuentes de riqueza y de trabajo con lo que es necesaria una estructura tecnológica de amplia base industrial y servicios de toda índole. En segundo lugar, porque la ciencia y la tecnología conveniente se vincula a la existencia de una base productiva inclusiva, compleja e integrada, que abarca a todos los sectores involucrados. Finalmente, si la producción, como es el caso de las materias primas, se encuentra concentrada en uno o en pocos sectores ligados a ciertos grupos de poder de decisión y de presión se atenta contra la democracia y la inclusión, contra la justicia distributiva y contra la lógica de tecnología conveniente que así no es capaz de responder satisfactoriamente a los continuos cambios en el sistema económico nacional. En el caso del modelo de exportación de materias primas, que es característico de nuestros países, el régimen solo es capaz de resguardar los intereses de los grupos de poder que son minoritarios pero altamente concentrados. Entonces es urgente interrogarnos sobre un asunto que me parece más o menos obvio.

¿Si lo que producimos no lo consumimos fronteras adentro qué interés real tienen esos productores y exportadores nacionales, asociados con grupos de poder foráneos, en que el país se desarrolle, se expanda y crezca? ¿En qué se benefician los exportadores ligados a los intereses del sistema comercial globalizado si el trabajador mejora su expectativa de vida y demanda más y mejores tierras para formar y consolidar nuestra soberanía alimentaria? ¿En qué se benefician los productores de soja o de biocombustibles si ampliamos el mercado interno, la ciudadanía social y si consolidamos la realidad de los derechos y garantías que el régimen neoliberal concibe como formalidades? Evidentemente no se benefician en nada porque el conflicto fundamental de la lucha en nuestros países sigue siendo desde siempre la exportación de lo que tendríamos que consumir fronteras adentro. Exportamos lo que comemos y en esas condiciones se reproduce a nivel estructural la concentración de la propiedad de la tierra y de los beneficios de esta producción reforzando así el esquema del subdesarrollo. En esas condiciones, la expansión del mercado y consumo interno resulta un problema central para los grandes exportadores.

Por eso, es prioridad el debate sobre un modelo de desarrollo del mercado e inclusión interna que busque como eje la coordinación de los sectores que compone nuestra economía. La producción y exportación de materias primas, dada sus ventajas comparativas a niveles del sistema comercial global, no debe ni puede ser un segmento del mercado global, es decir, desvinculado de la necesidad del desarrollo interno, sino parte de nuestra economía nacional. Es imprescindible buscar equilibrios en nuestra estructura económica y así la existencia del tipo de cambio diferencial para dar rentabilidad a la globalidad de la producción de nuestros bienes y servicios exportables, o sea, sujetos a competencia internacional, es central. Es necesario tratar las condiciones altamente cambiantes que determinan la rentabilidad de las diversas materias primas y la rentabilidad de la producción de bienes y servicios industriales. Prioritario es la distribución de los ingresos, que sea progresiva y constante, en beneficio de mejorar la capacidad y el poder adquisitivo de los salarios para de esa forma fortalecer el mercado interno. Mediante un tipo de cambio diferencial, que sea de equilibrio desarrollista, se estimula el desarrollo y el crecimiento de los diversos sectores productivos de la economía nacional y se milita a favor de la integración de esos sectores. Además, mediante un tipo de cambio competitivo se estimula agregar valor a la producción nacional que en nuestros países es capaz de combinar la sustitución de importaciones y el desarrollo tecnológico en términos locales. Todas estas cuestiones son variables fundamentales porque lo prioritario es la redistribución del ingreso y la posibilidad de acceder a los bienes generados por la producción frontera adentro. De todas maneras, es un enfoque restrictivo pensar la competitividad solo bajo los términos exclusivos del tipo de cambio porque se trata de consolidar una nueva matriz productiva de tecnología conveniente apoyada en nuestros recursos, en el ahorro y mercado interno y en políticas distributivas que favorezcan a la amplia mayoría como la siempre esperada reforma impositiva eliminando por ejemplo el IVA a los artículos que componen la canasta básica de alimentos porque este impuesto no es para nada equitativo. Hay que grabar la acumulación de la riqueza en exceso, la especulación y favorecer el consumo, la producción y la inversión nacional.

Referencias bibliográficas.

Repetto Saieg, Alfredo Armando: “Más allá de la crisis y la utopía neoliberal”. 1° edición, Buenos Aires, Argentina: el autor, Marzo del 2010.

Araneda Gómez, León: “Que el pueblo Juzgue. La historia del golpe de Estado”. Terranova Editores 344120, Santiago de Chile, Enero de 1990.

Zamorano Osvaldo: “La globalización, asunto poco transparente”, en Revista “Avance”

Modak, Frida: “Salvador Allende en el umbral del siglo XXI” Plaza & Jones, 1998.

Pérez Guerra, Amaldo: “La alternativa, ¿cómo se construye?” en www.archivochile.com, Junio 2005.

Nin, Andrés: “La traición de la revolución española”, Editorial Biblioteca Proletaria. Buenos Aires, Argentina, 1971, 245 páginas.

Canihuante, Gustavo: “La revolución chilena” Biblioteca popular Nascimento, 1971.

Viera -Gallo, José Antonio: “Chile, un nuevo camino” Ediciones Chile América CESOC, 1989

Bascuñan Edwards, Carlos: “La izquierda sin Allende” Editorial Planeta Chilena S. A. Santiago de Chile, 1990.

Graziano, Walter: “Hitler ganó la guerra” 1° edición, 6° reimpresión, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, Argentina, 2004.

Platón: “El banquete, Critón, Apología de Sócrates. Tres diálogos selectos”. Negocios Editoriales. Edición especial para Ediciones Libertador. Buenos Aires, Argentina, 2003.

Platón: “La república”. Edicomunicación, S. A., Barcelona, España.

Homero: “La Odisea”. Bureau Editor S. A, Argentina, 2006.

Aylwin, José: “Pueblos indígenas de Chile. Antecedentes históricos y situación actual” Instituto de estudios indígenas, Universidad de la Frontera, serie de documentos número 1, 25 páginas.

Acevedo, Manuel: “Economía temas básicos” Ediciones de la Universidad, 1993

Marx, Karl: “El Capital”, Tomo I, II y III; Siglo XXI Editores en coedición con Siglo XXI de España editores, S.A, vigésima segunda edición en español, 1998.

Marx, Karl: “El manifiesto comunista y otros ensayos”. Edición SARPE, 1985. Pedro Texeira, 8, Madrid.

Harrington, Michael: “Socialismo” Fondo de Cultura Económica, S. A, de C. V, Buenos Aires, Argentina, 1978.

Revista Realidad Económica: Instituto Argentino Para el Desarrollo Económico, 1982/1987.

Revista Dialektica, CEFYL, año III, número 5/6, 1994.

Atencio, Jorge: “¿Qué es la geopolítica?” Editorial Pleamar, Buenos Aires, Argentina, 1986.

Nietzsche, Federico: “El Anticristo” Bureau Editor S.A, Abril del 2004, Buenos Aires, Argentina, 96 páginas.

Nietzsche, Federico: “Humano demasiado humano” Ediciones Libertador, Buenos Aires, Argentina, 2004, 320 páginas.

Nietzsche, Federico: “La Génesis de la moral” Bureau Editor S. A, Marzo del 2003, Buenos Aires, Argentina, 98 páginas.

Nietzsche, Federico: “Aurora” 1ª Edición, Buenos Aires, Argentina-Gridifco, 2005, 288 páginas.

Rousseau, Jean Jacques: “El Contrato Social” Ediciones Altaya S.A., 1993, Travesera de Gracia, 1708021, Barcelona, España.

Quito, Julián: “Ecuador: hacia un nuevo rumbo histórico” en Agencia de Prensa de Ecuador. Comunicación para la Libertad, Quito, Ecuador, 16 de diciembre del 2006.

Ramírez Gallegos, Franklin: “Cambio político, fricción institucional y ascenso de nuevas ideas”. En Revista de Ciencias Sociales. Num. 28, Quito, mayo 2007.

Chudnosky; Daniel- López, Andrés: “Auge y ocaso del capitalismo asistido: la industria petroquímica latinoamericana” 1º edición. Buenos Aires, Alianza, 384 páginas, 1997.

Chudnosky; Daniel: “Los límites de la apertura: liberalización, reestructuración productiva y medio ambiente. 1º edición, Buenos Aires, Alianza, 1996.

Asdrúbal, Baptista- Mommer Bernard: “El petróleo en el pensamiento económico venezolano”. Ediciones IESA, Caracas, 1987.

Ellner, Steve: “Democracia, tendencias internas y partidos políticos de Venezuela”. Nueva Sociedad # 145, 145 Septiembre-Octubre 1996.

“El proceso constituyente y la Constitución de 1999”, Revista Politeia, No. 30. Instituto de estudios Políticos, Universidad Central de Venezuela.

“Evolución Institucional de Venezuela (1974-1989)”. En Pedro Cunnill Grau, Venezuela Contemporánea (1974- 89). Fundación Eugenio Mendoza, Caracas, 1989.

“Un balance de las reformas estructurales neoliberales en América Latina”. Revista de la CEPAL, Agosto 1997, Santiago de Chile, ONU.

“A los 30 años de la Constitución democrática. La participación política en la nueva Venezuela”. Revista SIC, Año LIV, # 531.

Wallerstein, Immanuel: "El Foro Social Mundial en la encrucijada". Publicado en "América Latina en Movimiento", Números 385-386, edición espacial, Foro Social de las Américas, ALAI, 20 julio 2004.

Wallerstein, Immanuel: "Después del desarrollismo y la globalización, ¿qué?" IADE/ Bolpress en www.visionesalternativas.com

Wallerstein, Immanuel: "La decadencia del poder estadounidense". 1° Edición, Capital Intelectual, Buenos Aires, Argentina, 2006.

Tenembaum, Ernesto: "Números brujos" en Revista veintitrés, época II, año 11, número 558 de la edición del 12 de marzo del 2009.

Chudnovsky, Daniel y López, Andrés: "Auge y ocaso del capitalismo asistido: la industria petroquímica latinoamericana" 1° edición, Buenos Aires, Argentina, Alianza Editorial S. A. 1997.

Amir, Samin: "El desarrollo desigual". Edición SARPE, 1985. Pedro Texeira, 8, Madrid.

Iribarne, Eduardo: "Marx, científico de la revolución" Editorial Pomaire, 1970.

Viera -Gallo, José Antonio: "Chile, un nuevo camino" Ediciones Chile América CESOC, 1989.

Heinz, Dieterich Steffan: "Utopía y Praxis Latinoamericana" en Revista Internacional de Filosofía Iberoamericana y Teoría Social, Universidad del Zulia. Maracaibo-Venezuela, año 8, número 20, Enero-Marzo, 2003, páginas 117-132.

En Visiones alternativas:

Haiman El Troudi: "Socialismo que ha preferido sintetizar la herencia cultural, social, histórica y política de sus raíces y fuentes originarias Un socialismo a la venezolana"

Amir, Samin: "La ideología estadounidense"

Gómez Barata, Jorge: "Liberalismo económico: Ser o no Ser"

Rosenmann, Marcos: "Crisis, mercado e inflación" (La Jornada)

Boff, Leonardo: "La hora y el turno de los asiáticos"

Falconí, Franklin: "Zona Euro: nueva expresión de la crisis cíclica del capitalismo" (Red Voltaire)

En argenpress info:

E. Yepe, Manuel: "Capitalismo de desastre en América Latina"

Peláez, Vicky: "Evo Morales ejemplo para Latinoamérica"

Caputo, Orlando: "Economía mundial y el preludio de la séptima crisis cíclica" (El Siglo)

Petras, James: “Depresión mundial, guerras regionales y declive imperial (I): desaparición del experto económico” (Tomado de Rebelión).

Petras, James: “Depresión mundial, guerras regionales y declive imperial (II): Un análisis de clase” (Tomado de Rebelión).

Petras, James: “Depresión mundial, guerras, declive imperial (III): Obama y la crisis, un análisis de clase” (Tomado de Rebelión).

Dri, Rubén: “El proceso golpista del conglomerado opositor argentino” (Tomado de MERCOSUR Noticias)

Almeyra, Guillermo: “Argentina: el hondurazo que se prepara” (La Jornada).

Rangel, José Vicente: “Derechos humanos y mercadeo” (Aporrea)

Lozano, Miguel: “Venezuela: salud para pequeños corazones”

Jhan, Lena: “Medios alternativos y comunitarios consolidan su rol histórico en 2010” (ABN)

Mora, Randy Saborit: “Gobierno venezolano redujo pobreza extrema en 54 por ciento” (Prensa Latina)

En “La Izquierda Diario” <http://www.laizquierdadiario.cl>

Valenzuela, Juan: “Bolchevismo para los combates del presente”

Octubre de 1917: ¿Insurrección Proletaria o Golpe de Estado?

Lenin y el Partido

El siguiente artículo corresponde al especial "100 años de la Revolución Rusa", presente en la edición N°2 de la Revista Ideas de Izquierda.

Torres, Pablo: “Lenin y el Partido”.

Tótoro, Dauno: “Si los trabajadores se lo proponen, pueden cambiar la historia”.

En revista Argentina económica Edición del 28 de Septiembre, 12 de octubre, 30 de noviembre, 21 de diciembre del 2008, 8, 15 de febrero, 3, 17 de Mayo, 19 de Abril del 2009 y 20 de Junio del 2010:

Curia, Luis Eduardo: “¿Hora de atacar el nudo gordiano?”

Curia, Luis Eduardo: “Aspectos de la sustentabilidad de la expansión”

De arriba, Hernán: “El rol del estado y el mercado casino”

Ferrer, Aldo: “El derrumbe del fundamentalismo globalizador”

Ferrer, Aldo: “El financiamiento del desarrollo, reflexiones sobre los holdouts”

Ferrer, Aldo: “La estructura productiva del país es lo que está en juego en este debate”

Ferrer, Aldo: “Crisis terminales comparadas: la argentina de 2001 y la mundial de 2008”

Ferrer, Aldo: “La normalización de la política económica”

Ferrer, Aldo: “El regreso al FMI: ¿destino o elección?”

Ferrer, Aldo: “El Mercosur frente a la crisis internacional”

Ferrer, Aldo: “Los deudores del FMI”

Ferrer, Aldo: “¿Qué le conviene producir a la Argentina?”

Ferrer, Aldo: “Las interpretaciones de vivir con lo nuestro”

Ferrer, Aldo: “La deuda social”

En Le Monde Diplomatique. Capital Intelectual S.A. Buenos Aires, Argentina. Edición de Junio del 2005, Abril, Mayo, Junio, Julio, Agosto, Septiembre y Octubre del 2006, Enero y Diciembre del 2007, Septiembre, Noviembre, Diciembre del 2008, Marzo, Abril, Mayo del 2009 y Mayo del 2010:

Amin, Samir: “¿Qué altermundialismo?”

Bernard, Cassen-: “Una nueva América Latina se expresa en Viena”

Bairoch, Paul: “Crecimiento protegido”

Burgi, Noelle: “El imperio del miedo”

Cueva, Agustín: “Análisis posmarxista del Estado latinoamericano”

Chávez, Walter- Stefanoni, Pablo: “Bolivia en revolución”

Cordonnier, Laurent: “Cosmética para las finanzas mundiales”

Coronato, Adolfo: “La mala hierba de Monsanto”

Doriac, Fabrice: “La gran ola que barre a Guadalupe”

Espina Prieto, Mayra Paula: “Conclusiones para una plataforma de debate sobre el Estado y sus roles en la eliminación de la pobreza”

Fals Borda, Orlando: “Globalización y Segunda República”

Ferrer, Aldo: “Globalización, desarrollo y densidad nacional”

Gabetta, Carlos: “Argentina cromagnon”

Gabetta, Carlos: “El big bang de la crisis”

Gérard, Françoise: “Al asalto de Burkina Faso”

Habel, Janette: “Desafío regional a Estados Unidos”

Halimi, Serge: “Cuando manda el interés burgués”

Klare, T. Michael: “Geopolítica de la efervescencia social”

Keve, Carolina: “El mar de fondo social”

Kamata, Satoshi: “Descenso a los infiernos”

Mathieu, Anne: “La réplica de los oprimidos”

Pivert, Isabelle: “La dictadura de los accionistas”

Rapoport, Mario: “Liberales de la boca para afuera”

Ramonet, Ignacio: “La explosión del desempleo”

Rivas, Carlos: “Una brecha estructural”

Revelli, Philippe: "Etanol contra reforma agraria"
Stefanoni, Pablo: "La consolidación del evismo"
Séve, Lucien: "Karl Marx contraataca"
Sapir, Jacques: "Tótems y tabúes"
Servant, Jean- Cristophe: "Mineros zambianos en liquidación"
Zacharie, Arnaud: "La increíble resurrección del FMI"
Otero, Alejandro: "¿Y los programas de junio?"
Pérez; Graciela: "Más salud y educación"
De la Fuente, Hugo: "Ante el nuevo escenario en Chile"

En Prensa latina (<http://va.prensa-latina.cu>) Edición del 8 de Septiembre del 2008:

Almeyra, Guillermo: "Las muy diversas autonomías"
Modesto, Emilio Guerrero: "Paraguay: Lugo, el insoportable"
Susó, Martín "¿Bolivia ante el caos total?"

Diario Miradas al sur. Ediciones del 20 de Julio. 3, 24 de Agosto; 14, 20, 21 de septiembre; 5, 12, 26 de Octubre, 14, 28 de diciembre del 2008, 11 de Enero, 1, 8, 15 de Febrero, 8, 15 y 22 de Marzo, 5 de Abril, 17 y 24 de Mayo, 7 de Junio del 2009 y 28 de Marzo, 18,20, 25 y 27 de Junio, 4, 11, 21 y 22 de Julio del 2010 y 11 de septiembre del 2011:

Anguita, Eduardo: "Redistribuir las conciencias"
Anguita, Eduardo: "Tanta avaricia y tanta pobreza"
Aronskind, Ricardo: "Frente a la crisis hay que ampliar la demanda"
Busso, N y Fosarolli, D: "La deuda de la democracia"
Blaustein, Eduardo: "Con el susanismo: nació una vieja ideología"
Cohen, Noemí: "Maíz. Alimento básico en riesgo"
Calcagno, Eric: "El estado del Estado"
Calcagno, Eric: "La debacle mundial vista por ojos argentinos"
Calcagno, Eric Alfredo: "Sobre el modelo de calidad institucional"
Calcagno, Eric Alfredo: "El plan del gobierno y los detractores"
Calcagno, Eric Alfredo: "Las cuestiones de fondo"
Montoya, Roberto: "Se desploma el Estado de Bienestar europeo"
Galand, Pablo: "Las entidades financieras tendrán una nueva ley"
Curia, Luis Eduardo: "El frente externo, nosotros y quién es quién"
D'Elia, Luis: "¿Progresismo blanco o nacionalismo popular"
De arriba, Hernán: "La re- tensión entre el hambre y rentabilidad".
Echagüe, Hernán López: "Cómo se construye el miedo"
Ferrer, Nelson: "Por un modelo de país"

- Frenkel, Roberto: “La acción internacional es imprescindible”
- Guido, Emiliano: “No veo un escenario de catástrofe”
- Golbert, Samuel: “Pocos ganadores y muchos perdedores”
- Girotti, Carlos: “Una interpelación radical a los límites del modelo”
- Giles, Jorge: “La presidenta y la nueva institucionalidad”
- Giles, Jorge: “Dadme un punto de coincidencia”
- Giles, Jorge: “Entre los relatos y la realidad”
- Giles, Jorge: “El discurso en el congreso es una circunstancia crucial”
- Giles, Jorge: “Yo sé que ustedes recogerán mi nombre”
- Guido, Emiliano: “Lula en conflicto con los Sin Tierra”
- Galand, Pablo: “El G- 20 evitó las fisuras pero no despejó las dudas”
- Galand, Pablo: “Sin acuerdo sobre la crisis”
- Gambina, Julio César: “Una cumbre que no solucionó lo central”
- Horowick, Alejandro: “Paradoja conservadora”
- Klein, Naomi: “El libre mercado sobrevivirá a la crisis”
- Kaufman, Alejandro: “Razones y emociones”
- Kliksberg, Bernardo: “Cuáles son las lecciones de la crisis”
- Kliksberg, Bernardo: “Aprender de los errores históricos”
- Kliksberg, Bernardo: “Escándalos éticos cotidianos”
- Bielsa, Rafael: “Cristina o la creación del relato”
- Long, Diego: “El sistema es un chiste”
- Lázaro, Luis: “Hacia un nuevo escenario”
- Morgado, Claudio: “El monopolio de la realidad”
- Marelli, Sergio: “Sueños de un hombre despierto”
- Nápoli, Andrés: “Un planeta ahogado por la escasez de agua”
- Oporto, Mario: “El estudiante como unidad biográfica”
- Olaso, Francisco: “Hay que acabar con el FMI”
- Peredo Leigue, Antonio: “La violencia de los frustrados”
- Polimeni, Carlos: “Peronismo versus posmodernidad”
- Pitluk, Héctor: “Una posible solución: las cooperativas”
- Pitluk, Héctor: “Mesa de enlace, un año de monocultivo de ideas”
- Griffin, Patricio: “Protagonistas de su propio destino”
- Galand, Pablo: “Inclusión social y concientización”
- Galand, Pablo: “La caja previsional, motor de desarrollo”
- Bencivengo, Gabriel: “Canje: las cosas cada vez más claras”
- Ramírez, Sergio: “El que nunca dejó de crecer”
- Recalde, Aritz: “Una carta de soberanía popular”
- Siddig, Ezequiel: “Hombrecitos que anhelan el cielo”
- Sader, Emir: “Acelerar los procesos de integración”
- Samuelson, Robert J: “Debilidades de la globalización”
- Samargo, José: “Crimen financiero contra la humanidad”

- Tomada, Carlos: "El desafío de defender el empleo de los argentinos"
- Verduga, Demián: "Mortalidad infantil: el 60 por ciento de los casos es evitable"
- "Tenemos que abrirnos más" Por "Política"
- Waisberg, Pablo: "Un proyecto argentino que reemplaza al gasoil en la generación de energía eléctrica"
- Cecchini, Daniel: "Se cuestiona el modelo, pero el rol del estado no se discute"
- Braga Menéndez, Fernando: "El precio de la destrucción"
- Lieutier, Ariel: "Hay que discutir el financiamiento del sistema"
- Giles, Jorge: "El jardín de la república nacional y popular".
- Heyn, Iván: "200 años de una disputa".
- Valdés, Eduardo: "Un gigante asiático contra la pobreza"
- Bencivengo, Gabriel: "Bergoglio, mariscal de los cielos"
- Pérez, Graciela: "Cuando el diablo mete la cola"
- Álvarez, Santiago: "Nos toman por boludos y dicen que llueve"
- Anguita, Eduardo: "Con los ojos en el 23 de octubre"
- González, Oscar: "Un balance sobre la disputa por la palabra"
- Daneri, Alberto: "La primavera de los pueblos"
- Yeannoteguy, Gabriel: "Abrazos y fogatas en una noche helada"
- Valdés, Eduardo: "Evita, Bergoglio y De Neves"
- González, Oscar: "La ira de Dios y el prodigio de la ley"
- Alvarez Rey, Agustín: "Voces de una sesión histórica"
- Mariotto, Gabriel: "Tres tristes julios y un júbilo venidero"
- Calcagno, Eric: Teoría y práctica en la política económica peronista"
- Giles, Jorge: "Yo sé que ustedes recogerán mi nombre"
- Kestelboim, Mariano: "Fuga de capitales, y qué?" Revista Argentina Económica de la edición del 11 de Julio del 2010.
- Giles, Jorge: "Los desarmaderos del poder" publicado en "El Argentino" de la edición del 27 de abril del 2010.
- Marx, Carlos: "El Capital" Siglo XXI Editores, s. a. de c.v. Méjico D. F. Volumen I, II, III.
- Tristán, Rosa: "El devenir de la socialdemocracia" Publicado en Debate Socialista de la edición del 15 y 17 de octubre del 2010, #117.
- Chudnovsky; Daniel: "Los límites de la apertura: liberalización, reestructuración productiva y medio ambiente" 1ª edición, Buenos Aires: Alianza, 1996. 560 páginas.
- Zlotogwiazda, Marcelo: "La inversión es tema central" en Revista Veintitres, número 622, página 54 y 55.
- Broder; Pablo: "Dos años en la era K", 1ª edición, Buenos Aires, Planeta, 2005, 344 páginas.

Coraggio, José Luis: “La economía social como vía para otro desarrollo social” en www.neticoop.org.uy

“¿Qué es la soberanía alimentaria?” Por Vía Campesina, 13 de febrero del 2004 en <http://www.ecoport.net>

“Reforma agraria, comercio, soberanía alimentaria, y agroecología”. Entrevista con Peter Rosset, especialista en agricultura y movimiento campesino en <http://www.voltairenet.org>.

Tamayo G, Eduardo: “Neoliberalismo y soberanía alimentaria” 12 de junio del 2004 en <http://alainet.org>.

“Declaración del III encuentro latinoamericano de economía solidaria y comercio justo” Publicado el 31 de octubre del 2008 en www.neticoop.org.uy.

Heinz, Dieterich Steffan: “Tres criterios para definir una economía socialista”, Universidad Autónoma Metropolitana, México, D.F.

Heinz, Dieterich Steffan: “Tres criterios para definir una economía socialista, Sociedad Global; Fin del Capitalismo Global. El Nuevo Proyecto Histórico1, El Socialismo del Siglo XXI y la Democracia Participativa, Universidad Autónoma Metropolitana, México, D.F.

Heinz, Dieterich Steffan: “Fin del Capitalismo Global. El Nuevo Proyecto Histórico” Ediciones Océano, México, 2001.

Heinz, Dieterich Steffan: “El Socialismo del Siglo XXI y la democracia participativa, Ediciones de Paradigmas y Utopías, México, 2002.

Bascuñan Edwards, Carlos: “La izquierda sin Allende” Editorial Planeta Chilena S. A. Santiago de Chile, 1990.

Ramírez Silvina: “La guerra silenciosa. Despojo y resistencia de los pueblos indígenas”, Capital Intelectual, Buenos Aires, Argentina, 2006, 118 páginas.

Diario “Página 12”. Ediciones desde Marzo hasta Enero del 2002.

Dolores Cautivo, José Luis Córdova, Macarena Benítez, Igor Mora y Carlos Vera: “Teillier para presidente: Una candidatura que construye alternativa” en diario El Siglo.

Nietzsche, Friedrich: “La Gaya Ciencia”. Ediciones Libertador. 1ª Edición, Buenos Aires, Argentina, 2004.

Anguita, Eduardo: Entrevista a Eugenio Raúl Zaffaroni: “En seguridad, es mejor asesorarse con Scotland Yard que con los Estados Unidos”. En Diario Tiempo Argentino de la edición del 17 de Febrero del 2011.

Horowicz, Alejandro: “Entender la interna de la Unión Cívica Radical” En Diario Tiempo Argentino de la edición del 10 de Enero del 2011.

Horowicz, Alejandro: “La fundación del Peronismo” En Diario Tiempo Argentino de la edición del 17 de Enero del 2011

Yasky, Hugo: “Para ganar en primera vuelta hay que superar los estrechos límites del PJ”. En Diario Tiempo Argentino de la edición del 17 de Febrero del 2011.

Romero, Ricardo: “Tercer movimiento histórico y kirchnerismo” En Diario Tiempo Argentino de la edición del 17 de Febrero del 2011.

En “Le monde diplomatique” edición de abril, mayo del 2010:

Ramonet, Ignacio: “La cuestión social”

Lordon, Frédéric: “Empezar la desmundialización financiera”

Gabetta, Carlos: “Un siglo a mitad perdido”

Torrado, Susana: “Una sociedad empobrecida”.

Gambina, Julio C: “Un proyecto de nación postergado”.

Coronato, Adolfo: “¿Nosotros quiénes?”

Lemoine, Maurice: “Las trampas de la diversidad”

En diario “Miradas al sur” ediciones del 18, 25 de abril, 2, 9, 16, 23 de mayo, 20 de Junio, 4 de Julio, 1 de agosto y 31 de octubre del 2010, 24 de abril, 26 de junio, 18 y 25 de septiembre del 2011:

Bloque Nuevo Encuentro Popular y Solidario y Bloque Proyecto Progresista: “Los necesarios cambios a la ley de entidades financieras”

Giles, Jorge: “El domicilio del poder político: De la rural a la Rosada”

Galand, Pablo: “Un crecimiento a contramano de los agoreros”

Heyn, Iván: “Retener dólares es agrandar el país”

Abal Medina, Juan Manuel: “Nacional y popular” en revista Veintitrés de la edición del 22 de julio del 2010.

Montoya, Roberto: “Se desploma el Estado de Bienestar europeo”

Galand, Pablo: “Las entidades financieras tendrán una nueva ley”

Giles, Jorge: “¿Era por nocaut o por abandono?”

Calcagno, Eric: “La irrupción del sector financiero mundial”

En Revista Argentina Económica de la edición del 20 de junio y del 1º de Agosto del 2010:

Frenklel, Roberto: “Nuevos fundamentos de las políticas macroeconómicas en los países en desarrollo”.

Ferrer, Aldo: “Las retenciones: ¿Qué son y para qué sirven?”

Ferrer, Aldo: “La deuda social”

Curia, Luis Eduardo: “Aspectos de la sustentabilidad de la expansión”

Marelli, Sergio: “Siempre hay cosas por decir” (entrevista a Silvio Rodríguez)

Galand, Pablo: “El fondo es incorregible”

Fatala, Abel: “Los efectos de una política de Estado”

Chito Vásquez Ocampo, José María: “Después del terremoto vi las imágenes más terribles de toda mi vida”

Arcomano, Raúl: “Martínez de Hoz: el peor traspie de la famosa Escuela de Chicago”

Zanini, Carlos: “La clave: el retorno de la película”.

Bencivengo, Gabriel y Balázs Francisco: “Defender la pureza institucional es cerrarse al cambio”.

Giles, Jorge: “De una generación perdida a una generación dorada”

Galand, Pablo: “Contra los capitales especulativos”

Juvenal, Gabriela: “Martínez de Hoz es la génesis del golpe de Estado” entrevista a Eduardo Luis Duhalde.

Galand, Pablo: “Para que la banca esté al servicio del crecimiento”

Bencivengo, Gabriel: “Verdugos civiles de la dictadura”

Navarro, Vicenc: “Lo que no se dice en los medios de la crisis económica”

Calcagno, Eric: “El sabor de la cicuta”

Heyn, Iván: “Por una banca onshore”

Carrasco, Lucas: “Combatiendo el capital (simbólico)”

Brooks, David: “La oligarquía financiera enfrenta a Obama y su reforma financiera”

Anguita, Eduardo- Rosemberg, Diego: “Los argentinos y el trabajo” El ministro habla de todo: expansión del empleo, el desafío de darle más calidad en lugar de precarización. Y dice: “me gustaría que en unos años la CTA tenga personería”. Entrevista a Carlos Tomada.

Calcagno, Eric: “Las medidas tomadas que son irreversibles”

Barañao, Lino: “En una nueva etapa”

Rosemberg, Diego: “Ahora el G- 20 tiene un cierto gustito nac & pop”

Guido, Emiliano: “Grecia desnuda la crisis terminal del modelo financiero”

Heyn, Iván: “Globalización & soberbia”

Rauber, Isabel: “Por un Estado plurinacional e intercultural”

Zaffaroni; Eugenio: “Los medios de comunicación construyen la realidad social”

Sabbatella; Martín: “Necesitamos tener muchas y variadas voces”,

Anguita, Eduardo: “El triunfo de la política”

Goobar Walter: ¿Quién le teme al lobo feroz?

Blaustein, Eduardo: “Habrá que hamacarse; la base está” en *Miradas al Sur* de la edición del 31 de octubre del 2010.

Cecchini, Daniel: “Néstor o el poder que otorga el pueblo”

Invernizzi, Hernán: “Una lección para aprender”

Lang, Silvio: “Una frase suspendida”

Trabajadores de *Miradas al Sur*: “Kirchner y nosotros”

Calcagno Eric, Calcagno Alfredo Eric: “Lo que está en juego”

Giles, Jorge: “El hombre del Bicentenario”

Garré, Nilda: “Cristina, Presidenta coraje”

Vidal M, Diego: “El tema de una gran elección nacional no es el pasado, es el futuro”.

Juvenal, G y Lofredo, S: “La prohibición resultó un fracaso”.

Rosli, Jimena: “El narco que juega a las escondidas”.

Gallota, Nahuel: “La sociedad consume malas noticias”.

Heyn, Iván: “De China con amor”

Giles, Jorge: “Cuando amanece la patria”.

Taborda, Saúl: “Reflexiones sobre el ideal político de América Latina” Grupo Editor Universitario, 1º edición, Buenos Aires, Argentina, 2007.

En “Revista económica” ediciones del 18, 25 de abril, 2, 9, 16, 30 de mayo, 4, 11 y 18 de Julio del 2010 del 2010:

Ferrer, Aldo: “Relevancia actual del pensamiento de Raúl Prebisch” página 6.

Ferrer, Aldo: “Enseñanzas helenas”

Ferrer, Aldo: “Hacia el tercer centenario”

Ferrer, Aldo: “Después del canje”

Ferrer, Aldo: “Tipo de cambio, estructura productiva y distribución del ingreso”

Ferrer, Aldo: “Cada país tiene la globalización que se merece” (Primera y segunda parte)

Ferrer, Aldo: “Desarrollo: el tema ignorado en la pastera de Fray Bentos”

Curia, Eduardo: “Obstáculos en el reordenamiento mundial”

Rapoport, Mario: “El dólar y el sistema monetario internacional: ¿una moneda de transición?”

Rapoport, Mario: “Los debates del Bicentenario: sobre el futuro de nuestro pasado”

Millaci, Héctor Daniel: “Un banco de desarrollo para apuntalar la industria nacional”

De Mendiguen, José Ignacio: “Desarrollo productivo y subdesarrollo financiero: la necesidad de promover una banca de desarrollo”

Prado, Mariana: “Pymes advierten que los aumentos de precios están fogueados por grupos económicos concentrados”

Curia, Luis Eduardo: “Teoría general de la enfermedad holandesa”

Curia, Luis Eduardo: “Lo mejor: superar el dilema cambiario”

Curia, Luis Eduardo: “El desarrollo del país es la verdadera confianza”

Krugman, Paul: “La trampa del euro”, página 4.

Prado, Mariana: “Crecen los proyectos de economía social”

Waisberg, Pablo: “Hay que seguir avanzando hacia una estructura más diversificada”

Waisberg, Pablo: “El Estado debe intervenir en los sectores estratégicos”

Somoza Zanuy, Ariadna: “Dar la batalla por las ideas para los próximos cien años”

En Visiones alternativas (<http://www.visionesalternativas.com.mx>):

Modak, Frida: “América Latina: Tecnología y democratización de medios”.

Brito García, Luis: “Monopolios mediáticos y guerras mediáticas”

Calloni, Stella: “La dignidad no se negocia”

Zelaya, Gustavo: “Honduras: La resistencia popular y los periodistas”

Ghersí, Diego: “Coca Cola, Pepsi y otras predatoras: cuando el Maná no cae del cielo”

Money Pat: “¿De quién es la naturaleza?: la mercantilización de la vida”

Barrantes, Daniel: “Agrocombustibles obstaculizan soberanía alimentaria, reitera Conferencia Internacional”

Ribeiro, Silvia: “La economía post-petrolera del azúcar: ni dulce ni limpia”

Rodríguez, Guadalupe: “La Sostenibilidad de los Agrocombustibles ¿Una broma de mal gusto?”

Ducci, Sergio; “Se abrió el debate sobre el pensamiento político de la Argentina y América Latina” Publicado en diario Tiempo Argentino de la edición del 19 de septiembre del 2011.

Foster, Ricardo: “El regreso de la historia y la ceguera de la oposición” Publicado en revista Veintitrés de la edición del 22 de septiembre del 2011.



Reconocimiento-No comercial-Compartir Igual 3.0 Unported

Creative Commons Corporation no es un despacho de abogados y no proporciona servicios jurídicos. La distribución de esta licencia no crea una relación abogado- cliente. Creative Commons proporciona esta información “Tal cual”. Creative Commons no ofrece garantías sobre la información suministrada, ni asume responsabilidad por los daños y perjuicios que resulten de su uso.

Licencia

La obra(tal como se define a continuación) según los términos de esta licencia pública de Creative Commons (“CCPL” o “Licencia”). La obra está protegida por derechos de autor y/u otras leyes aplicables. Cualquier uso de la obra diferente al autorizado bajo esta licencia o derecho de autor está prohibido.

Mediante el ejercicio de los derechos a la obra que aquí, usted acepta y acuerda estar obligado por los términos de esta licencia. En la medida en la presente licencia se puede considerarse un contrato, el licenciante le concede los derechos contenidos en consideración de su aceptación de los términos y condiciones.

1. Definiciones

- a) **"Adaptación"** significa una obra basada sobre la Obra o sobre la Obra y otras obras preexistentes, tales como una traducción, la adaptación, la obra derivada, el arreglo de la música o demás transformaciones de una obra literaria o artística, o fonograma o de rendimiento y incluye adaptaciones cinematográficas o cualquier otra forma en la cual la Obra puede ser reformulada,

transformada, o adaptada incluyendo cualquier forma reconocible derivada del original, excepto que una obra que constituye una Colección no será considerada una Obra Derivada a los efectos de esta Licencia. Para evitar dudas, cuando la Obra es una obra musical o fonograma, la sincronización de la Obra en una relación temporal con una imagen en movimiento ("sincronización") será considerada una Obra Derivada a los efectos de esta Licencia.

- b) "**Colección**" significa una colección de obras literarias o artísticas, tales como enciclopedias y antologías, o ejecuciones, fonogramas o emisiones, u otras obras o prestaciones distintas de las obras que figuran en la Sección 1 (g) siguiente, que por razones de la selección o disposición de las materias, constituyan creaciones de carácter intelectual, en los que se incluye la obra en su totalidad y forma inalterada, junto con una o más de otras contribuciones que constituyen obras, cada una separadas e independientes en sí mismas, que en conjunto se integran en un todo colectivo. Una obra que constituye una Colección no será considerada una Obra Derivada (como se define más arriba) para los fines de esta Licencia.
- c) "**Distribuir**" significa poner a disposición del público. original y copias de la obra o adaptación, en su caso, mediante venta u otra transferencia de propiedad
- d) "**Elementos de la Licencia**" significa los siguientes atributos de alto nivel de licencia seleccionados por el Licenciante e indicados en el título de esta Licencia: Atribución, No Comercial, Compartir en igualdad.
- e) "**Licenciante**" significa el individuo, las personas, entidad o entidades que ofrecen (s) de la Obra bajo los términos de esta Licencia.
- f) "**Autor original**" significa, en el caso de una obra literaria o artística, el individuo, las personas, entidad o entidades que crearon la Obra o si ninguna persona o entidad puede ser identificado, el editor, y además (i) en el caso de una actuación de los actores, cantantes, músicos, bailarines y otras personas que representen un papel, canten, reciten, declamen, interpreten

o ejecuten en cualquier forma obras literarias o artísticas o expresiones del folclore, (ii) en el caso de un fonograma, la productor es la persona física o jurídica que fija por primera vez los sonidos de una ejecución o de otros sonidos, y (iii) en el caso de las emisiones, la organización que transmite la emisión.

- g) **"Obra"** significa la obra literaria y / o artística ofrecida bajo los términos de esta licencia incluyendo, sin limitación, cualquier producción en el campo literario, científico y artístico, cualquiera que sea el modo o forma de expresión, incluido el formato digital, como un libro , panfletos y otros escritos, el trabajo de una conferencia, discurso, sermón u otra de la misma naturaleza; una obra dramática o dramático-musicales; una obra coreográfica o de entretenimiento en pantomimas, una composición musical con o sin letra; una obra cinematográfica a la que se asimilan las obras expresadas por procedimiento análogo a la cinematografía; una obra de dibujo, pintura, arquitectura, escultura, grabado o litografía; una obra fotográfica a las cuales se asimilan las obras expresadas por procedimiento análogo a la fotografía; una obra de arte aplicado; una ilustración , mapa, plano, croquis o trabajo tridimensional relativa a la geografía, la topografía, la arquitectura o las ciencias; una actuación, una emisión, un fonograma, una recopilación de datos en la medida en que esté protegido por derecho de autor como un trabajo, o un trabajo realizado por una variedad o un artista de circo en la medida en que no se considera de otra manera una obra literaria o artística.
- h) **"Usted"** significa que es un individuo o entidad ejerciendo los derechos bajo esta Licencia quien previamente no ha violado los términos de esta Licencia con respecto a la Obra, o que ha recibido permiso expreso del Licenciante para ejercer derechos bajo esta Licencia pese a una violación anterior.
- i) **"Ejecutar públicamente"** significa hecer recitaciones públicas del Trabajo y de comunicar al público las recitaciones públicas, por cualquier medio o procedimiento, incluso por medios alámbricos o inalámbricos o al público espectáculos digitales; poner a disposición de las obras públicas, de tal manera que los miembros del público puedan acceder a estas obras desde el lugar y en el lugar que ellos elijan, para realizar la obra al

público por cualquier medio o procedimiento y la comunicación al público de las actuaciones de la Obra, incluso pública digital rendimiento, para transmitir y retransmitir la obra por cualquier medio, incluso los signos, sonidos o imágenes.

- j) **"Reproducir"** significa hacer copias de la obra por cualquier medio, incluyendo, sin limitación, grabaciones sonoras o visuales y el derecho de fijación y reproducción de las fijaciones de la Obra, incluyendo el almacenamiento de una interpretación o ejecución protegida o de un fonograma en forma digital o cualquier otro medio electrónico.
2. ***Feria de los Derechos de Negociación.*** Nada en esta licencia tiene por objeto reducir, limitar o restringir los usos libres de derechos de autor o los derechos derivados de las limitaciones o excepciones que se prevén en relación con la protección de derechos de autor bajo la ley de derechos de autor u otras leyes aplicables.
3. ***Concesión de licencia.*** Sujeto a los términos y condiciones de esta Licencia, el Licenciante otorga a Usted una licencia mundial, libre de regalías, no exclusiva, perpetua (por la duración de los derechos de autor) para ejercer estos derechos sobre la Obra como se establece a continuación:
- a) Reproducir la Obra, incorporar la Obra a una o más colecciones, y para reproducir la Obra incorporada en las Colecciones;
- b) para crear y reproducir adaptaciones a condición que cualquier adaptación, incluyendo cualquier traducción en cualquier medio, toma medidas razonables para etiquetar claramente, demarcar, o identificar de otra manera que los cambios se realizaron en la obra original. Por ejemplo, una traducción debe marcarse como "La obra original fue traducida del Inglés al Español", o una modificación podría indicar "La obra original ha sido modificado.";
- c) para distribuir y ejecutar públicamente la obra, incluyendo las incorporadas en las colecciones y,
- d) para distribuir y ejecutar públicamente Adaptaciones.

Los derechos mencionados anteriormente pueden ser ejercidos en todos los medios y formatos ahora conocidos o desarrollados en un futuro. Los derechos antes mencionados incluyen el derecho a efectuar las modificaciones que sean técnicamente necesarias para ejercer los derechos en otros medios y formatos. Sujeto a la Sección 8 (f), todos los derechos no concedidos expresamente por el licenciador quedan reservados, incluyendo, pero no limitado a los derechos descritos en la sección 4 (e).

4. Restricciones. La licencia otorgada en la anterior Sección 3 está expresamente sujeta a, y limitada por las siguientes restricciones:

- a) Usted puede distribuir o ejecutar públicamente la Obra sólo bajo los términos de esta Licencia. Usted debe incluir una copia de, o el identificador uniforme de recursos (URI) para esta Licencia con cada copia de la Obra que Usted distribuya o ejecute públicamente. Usted no puede ofrecer o imponer ninguna condición sobre la Obra que restrinja los términos de esta licencia o la capacidad del destinatario de la Obra para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia. Usted no puede sublicenciar la Obra. Usted debe mantener intactos todos los avisos que se refieran a esta Licencia ya la limitación de garantías con cada copia de la Obra que Usted distribuya o ejecute públicamente. Cuando Usted distribuya o ejecute públicamente la Obra, Usted no puede imponer ninguna medida tecnológica vigente en la Obra que pueda restringir la capacidad de un destinatario de la Obra de para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia. Esta Sección 4 (a) se aplica a la Obra cuando es incorporada en una colección, pero esto no exige que la Colección, aparte de la obra misma quede sujeta a los términos de esta Licencia. Si Usted crea una Colección, previo aviso de cualquier Licenciante Usted debe, en la medida de lo posible, retirar de la Colección cualquier crédito requerido en la cláusula 4 (d), según lo solicitado. Si Usted crea una Obra Derivada, bajo requerimiento de cualquier Licenciante Usted debe, en la medida de lo posible, quitar de la adaptación cualquier crédito requerido en la cláusula 4 (d), según lo solicitado.
- b) Usted puede distribuir o ejecutar públicamente la obra derivada solamente bajo: (i) los términos de esta Licencia, (ii) una

versión posterior de esta Licencia con los Elementos de la Licencia que esta Licencia, (iii) una licencia de Creative Commons jurisdicción (ya sea este o una versión de la licencia posterior) que contiene los elementos de Licencia que esta Licencia (por ejemplo, de la Attribution-Noncommercial-Share Alike 3.0 EE.UU.) ("Licencia Aplicable"). Usted debe incluir una copia de, o la URI, por licencia pertinente con cada copia de cada adaptación que usted distribuye o realiza públicamente. Usted no puede ofrecer o imponer ninguna condición sobre la adaptación que restrinja los términos de la licencia pertinente o la capacidad del destinatario de la adaptación al ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia Aplicable. Usted debe mantener intactos todos los avisos que se refieran a la Licencia Aplicable ya los descargos de responsabilidades con cada copia de la Obra tal como se incluye en la adaptación que usted distribuye o realiza públicamente. Cuando Usted distribuya o ejecute públicamente la Adaptación, Usted no puede imponer ninguna medida tecnológica vigente en la adaptación que restrinjan la capacidad de un destinatario de la adaptación de para ejercer los derechos otorgados al receptor bajo los términos de la Licencia Aplicable. Esta Sección 4 (b) se aplica a la adaptación cuando es incorporada en una colección, pero esto no exige que la Colección, aparte de la propia adaptación debe estar sujeta a los términos de la Licencia Aplicable.

- c) Usted no puede ejercer ninguno de los derechos otorgados a Usted en la Sección 3 precedente de modo que estén principalmente destinados o directamente a conseguir un provecho comercial o una compensación monetaria privada. El intercambio de la Obra por otras obras con derechos de autor a través de la tecnología digital de intercambio de archivos o de lo contrario no serán considerados para ser destinados o directamente a conseguir un provecho comercial o una compensación monetaria privada, siempre y cuando no haya pago de ninguna compensación monetaria en conexión con el intercambio de obras protegidas.
- d) Si usted distribuye o ejecuta públicamente la Obra o las adaptaciones o colecciones, para que, a menos que una solicitud ha sido hecha de conformidad con la Sección 4 (a), mantenga

intactos todos los avisos de derechos de autor para la Obra y proporcionar, razonable para el medio o medios Usted esté utilizando: (i) el nombre del autor original (o seudónimo, si procede) si fue suministrado, y / o si el Autor Original y / o el Licenciante designa otra parte o partes (por ejemplo, un instituto patrocinador, entidad editora, una revista) para la atribución ("Partes del Reconocimiento") en la nota de derechos de autor del Licenciante, términos de servicios o por otros medios razonables, el nombre de dicha parte o partes, (ii) el título de la Obra si está provisto; (iii) en la medida en que sea posible, el URI, si los hubiere, que el Licenciante especifica para ser asociado con la Obra, salvo que tal URI no se refiera al aviso de derechos de autor o información de licencia de la obra, y (iv) de conformidad con la Sección 3 (b), en el caso de una obra derivada, un aviso que identifique el uso de la Obra en la adaptación (por ejemplo, "Traducción Francesa de la Obra del Autor Original," o "Guión basado en la Obra original del Autor Original"). El crédito requerido por esta Sección 4 (d) puede ser implementado de cualquier forma razonable, siempre que, sin embargo, que en el caso de una adaptación o colección, en como mínimo dicho crédito aparecerá, si un crédito para todos los autores que contribuyeron a la Adaptación o Colección aparece, entonces, como parte de estos créditos y de una manera por lo menos, tan destacada como los créditos de los demás autores contribuyentes. Para evitar dudas, Usted sólo podrá utilizar el crédito requerido por esta Sección con el propósito de reconocimiento en la forma prevista anteriormente y, por ejercer sus derechos bajo esta Licencia, Usted no podrá implícita ni tácitamente aseverar ni dar a entender ninguna conexión, patrocinio o aprobación por parte del autor original Licenciante y / o Partes del Reconocimiento, según corresponda, de usted o de su uso de la obra, sin el permiso independiente, expreso, previo y por escrito de, al Autor Original Licenciante y / o Partes del Reconocimiento.

- e) Para evitar dudas:
 - i. **Irrenunciable Esquemas licencia obligatoria.** En las jurisdicciones en las que el derecho a cobrar regalías a través de cualquier sistema de licencias legales u obligatorio no podrá ser cancelado, el Licenciante se reserva el derecho exclusivo a

cobrar las regalías para cualquier ejercicio de su parte de los derechos garantizados por esta Licencia;

- ii. **Esquemas de licencia obligatoria renunciable.** En las jurisdicciones en las que puede ejercerse el derecho a cobrar regalías a través de cualquier sistema de licencias legales u obligatorias renunciado, el Licenciante se reserva el derecho exclusivo a cobrar las regalías para cualquier ejercicio de su parte de los derechos concedidos bajo esta licencia, si el ejercicio de tales derechos es con una finalidad o uso que de otra manera no comercial, que según lo permitido bajo la Sección 4 (c), y por otra parte renuncia al derecho a cobrar regalías a través de cualquier esquema de licenciamiento obligatorio o legal y,
 - iii. **Planes voluntarios de la licencia.** El Licenciante se reserva el derecho a cobrar regalías, sea individualmente o, en el caso de que el Licenciante sea miembro de una sociedad de gestión colectiva que administre los regímenes voluntarios de concesión de licencias, a través de esa sociedad, de cualquier ejercicio de su parte de los derechos concedidos bajo esta licencia es con una finalidad o uso que de otra manera no comercial, que según lo permitido bajo la Sección 4 (c).
- f) Salvo que se acuerde lo contrario por escrito por el Concedente o como puede ser de otra manera permitida por la ley aplicable, en caso de que se reproduzca, distribuya o ejecute públicamente la Obra, ya sea por sí mismo o como parte de las adaptaciones o colecciones, no debe distorsionar, mutilar, modificar o tomar otra acción despectiva en relación con el trabajo que cause perjuicio al honor del autor original o reputación. Licenciante acuerda que en esas jurisdicciones (por ejemplo, Japón), en el que cualquier ejercicio del derecho concedido en la Sección 3 (b) de esta licencia (el derecho a hacer adaptaciones) se considerará como una deformación, mutilación, modificación o cualquier atentado contra el honor del autor original y la reputación, el Licenciante renuncia o afirmar que no, según el caso, esta Sección, en la máxima medida permitida por la legislación nacional aplicable, para que pueda ejercer razonablemente su derecho en virtud de la

Sección 3 (b) de esta Licencia (derecho a hacer adaptaciones) pero por lo demás no.

5. Declaraciones, Garantías y Limitación de Responsabilidad.

A menos que se acuerde mutuamente por escrito entre las partes y en la medida máxima permitida por la ley aplicable, el Licenciante ofrece la obra tal cual y no hace ninguna presentación o garantía de ningún tipo respecto de la obra, ya sea expresa, implícita, legal o de otro tipo, incluyendo, sin limitación, las garantías de título, comercialización, aptitud para un propósito particular, no infracción, o la ausencia de latentes u otros defectos, exactitud, o la presencia de ausencia de errores, sean o no sean descubiertos. Algunas jurisdicciones no permiten la exclusión de garantías implícitas, por lo que esta exclusión no se aplique en su caso.

6. Limitación de Responsabilidad.

Excepto en la medida requerida por la ley aplicable en ningún caso el Licenciante será responsable ante usted por cualquier otra teoría legal por cualquier daño especial, incidental, consecuente, punitivo o ejemplar, proveniente de esta licencia o del uso de la obra, aún cuando el Licenciante haya sido advertido de la posibilidad de tales daños.

7. Terminación.

- a) Esta Licencia y los derechos aquí concedidos finalizarán automáticamente en caso que Usted viole los términos de esta Licencia. Las personas o entidades que hayan recibido adaptaciones o colecciones de usted bajo esta Licencia, sin embargo, no verán sus licencias finalizadas, siempre que estos individuos o entidades sigan cumpliendo íntegramente las condiciones de estas licencias. Las secciones 1, 2, 5, 6, 7, y 8 subsistirán a cualquier terminación de esta Licencia.
- b) Sujeto a los términos y condiciones anteriores, la licencia otorgada aquí es perpetua (por la duración del derecho de autor aplicable a la Obra). No obstante lo anterior, el Licenciante se reserva el derecho de difundir la Obra bajo condiciones de licencia diferentes o de dejar de distribuir la Obra en cualquier momento, siempre que, sin embargo, que ninguna de tales elecciones sirva para retirar esta Licencia (o cualquier otra

licencia que haya sido, o se requiere para ser concedida bajo los términos de esta Licencia), y esta licencia continuará en pleno vigor y efecto a menos que termine como se indicó anteriormente.

8. *Misceláneo.*

- a) Cada vez que Usted distribuya o ejecute públicamente la Obra o una Colección, el Licenciante ofrece a los destinatarios una licencia para la Obra en los mismos términos y condiciones que la licencia concedida a Usted bajo esta Licencia.
- b) Cada vez que Usted distribuya o ejecute públicamente una Obra Derivada, el Licenciante ofrece a los destinatarios una licencia para la Obra original en los mismos términos y condiciones que la licencia concedida a Usted bajo esta Licencia.
- c) Si alguna disposición de esta Licencia es inválida o no exigible bajo la ley aplicable, esto no afectará la validez o exigibilidad del resto de condiciones de esta Licencia y, sin acción adicional de las partes de este acuerdo, tal disposición será reformada en la lo estrictamente necesario para hacer tal disposición sea válida y exigible.
- d) Ningún término o disposición de esta Licencia se estimará renunciada y ninguna violación consentida a menos que esa renuncia o consentimiento sea por escrito y firmado por las partes que serán afectadas por tal renuncia o consentimiento.
- e) Esta Licencia constituye el acuerdo completo entre las partes con respecto a la Obra licenciada aquí. No hay entendimientos, acuerdos o representaciones con respecto a la Obra que no estén especificados aquí. El Licenciante no será obligado por ninguna disposición adicional que pueda aparecer en cualquier comunicación proveniente de Usted. Esta Licencia no puede ser modificada sin el mutuo acuerdo por escrito entre el Licenciante y Usted.
- f) Los derechos concedidos bajo, y hace referencia a la materia, en la presente Licencia se elaboraron utilizando la terminología de la Convención de Berna para la Protección de las Obras Literarias y Artísticas (enmendado el 28 de septiembre de

1979), la Convención de Roma de 1961, el autor de la OMPI Tratado de 1996, la OMPI sobre Interpretación o Ejecución y Fonogramas de 1996 y la Convención Universal sobre Derecho (revisada el 24 de julio de 1971). Estos derechos y prestaciones en vigencia en la jurisdicción relevante en que los términos de licencia se trató de hacerse cumplir de acuerdo con las disposiciones correspondientes de la aplicación de las disposiciones de los tratados en el derecho nacional aplicable. Si el conjunto estándar de los derechos concedidos en virtud del derecho de autor aplicable incluye derechos adicionales no concedidos bajo esta Licencia, tales derechos adicionales se considerarán incluidos en la Licencia, esta licencia no se pretende restringir la licencia de ningún derecho bajo la ley aplicable.

Aviso Creative Commons

Creative Commons no es parte en esta Licencia y no ofrece ninguna garantía en relación con la Obra. Creative Commons no será responsable frente a Usted o cualquier parte en cualquier teoría legal de ningún daño, incluyendo, sin limitación, cualquier daño general, especial, incidental o consecuente, originado en conexión con esta licencia. No obstante lo anterior dos (2) oraciones anteriores, si Creative Commons se ha identificado expresamente como el Licenciante, tendrá todos los derechos y obligaciones del Licenciante.

Excepto con el propósito limitado de indicar al público que la Obra está licenciada bajo la CCPL Commons, Creative no se autoriza el uso de cualquiera de las partes de la marca registrada "Creative Commons" o cualquier otra marca o logotipo relacionado a Creative Commons, sin el consentimiento previo y por escrito de Creative Commons. Cualquier uso permitido se hará de conformidad con los vigentes en ese momento de Creative Commons directrices uso de la marca, según lo publicado en su sitio web o puesto a disposición a petición de vez en cuando. Para evitar cualquier duda, esta restricción de marca no forma parte de esta Licencia.

Creative Commons puede ser contactado en:
<http://creativecommons.org/> .